

La gramática del discurso político en la era kirchnerista

Decir, imaginar y emocionar.

Autor:

Bermúdez, Nicolás Diego

Tutor:

Vázquez, Graciana

2014

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título de Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Letras.

Posgrado

PROGRAMA DE DOCTORADO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y
LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Las gramáticas del discurso político en la era *kirchnerista*:
decir, imaginar y emocionar

TESIS DOCTORAL

Candidato a Doctor: Mgter. Nicolás D. Bermúdez
Directora: Dra. Graciana Vázquez Villanueva

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....8

En torno a la organización de esta tesis.....13

CAPÍTULO I

Introducción. Coordenadas de una investigación.....15

1. Metodología y *corpus*.....18
 - 1.1. Problemáticas específicas de la investigación y aspectos teórico-metodológicos generales.....18
 - 1.2. Detalle del *corpus*.....26
 - 1.3. Categorías y procedimientos de análisis.....28
 - 1.4. Sobre las marcas.....30
 - 1.5. Posicionamiento del investigador.....31
 2. Estado de la cuestión.....32
 - 2.1. Aclaraciones previas.....32
 - 2.2. Estudios no discursivos sobre el kirchnerismo.....33
 - 2.3. Investigaciones discursivas sobre espacios políticos no kirchneristas.....37
 - 2.4. Estudios discursivos sobre el kirchnerismo.....38
 3. Acerca de las condiciones de producción del discurso kirchnerista.....39
-

CAPÍTULO II

Introducción. La política y la mugre.....45

1. Lo mismo de siempre.....47
 - 1.1. Si tan sólo los enunciados fueran como las plantas.....48
 - 1.2. En el principio fue el género.....54
 - 1.2.1. Géneros de la vida cotidiana.....58
 - 1.3. La cuestión de la tipología para los estudios del discurso.....60
 - 1.3.1. Cartografía de la complejidad: circulación y niveles.....61
 - 1.3.2. La clasificación como clave de autoconstrucción epistemológica.....63
2. La palabra política, una utopía.....68
 - 2.1. Para los estudios del discurso la política puede ser muchas cosas.....69
 - 2.1.1. Con el respaldo de las instituciones.....69
 - 2.1.2. Un criterio funcional.....71
 - 2.1.3. La pérdida evidencia de lo político.....76
 - 2.1.4. El poder de la palabra.....83
3. Los de afuera no siempre son de palo.....89
 - 3.1. Los frágiles contornos del habla política.....90
 - 3.2. La traición de la política.....95
 - 3.3. Hoy, igual que ayer, la frazada es corta.....101
4. En busca de la autonomía perdida.....102
 - 4.1. El cuidado de la vida en común.....105
 - 4.2. Los intereses antagónicos.....108
 - 4.2.1. El amigo de mi enemigo.....108
 - 4.2.2. La confrontación organizada.....110
 - 4.2.3. Una definición estética de la policía.....114

- 4.3.Figuras de la renegación de lo político: hacia una domesticación de lo traumático.....119
 - 4.3.1. *La impolítica o el viejo problema de la limosna grande*.....121
 - 4.3.2. *La arquipolítica o el sueño de una comunidad sin conflictos*.....124
 - 4.3.3. *La pospolítica o la política en la era de su culturización*.....125
 - 5. Los dos paradigmas de la ciencia política.....127
 - 5.1.Un discurso bifronte.....127
-

CAPÍTULO III

- Introducción. Decir la política.....133
 - 1. La enunciación en la política: concepciones empíricas y modelos abstractos.....134
 - 1.1. Todo enunciado es político.....134
 - 1.2. Lingüística y enunciación política.....137
 - 1.3. El modelo adversativo de la discursividad política.....141
 - 1.3.1. *El enunciador como categoría abstracta*.....142
 - 1.3.2. *El dispositivo enunciativo según la Teoría de los Discursos Sociales*.....144
 - 1.3.3. *Un debate en torno a las figuras de la subjetividad: breve excursio*.....145
 - 2. La destinación múltiple y simultánea.....148
 - 3. El imaginario político.....152
 - 3.1. Componentes.....152
 - 3.2. Las potencias del imaginario: breve *excursio* sobre los fantasmas de la política.....154
 - 3.3. ¿Vos sos compañero?156
 - 3.3.1. *Racconto. La preocupación por los muchos en la teoría política*.....158
 - 3.3.2. *Los colectivos políticos en los estudios del discurso*.....161
 - 3.3.3. *Consideraciones metodológicas*.....162
 - 4. Análisis y discusión.....164
 - 4.1. El corpus.....164
 - 4.2. Genéricas.....165
 - 4.2.1. *Discursos de asunción del mando*.....165
 - 4.2.2. *Discursos de antagonismo manifiesto*.....172
 - 4.3. Los dispositivos de enunciación.....173
 - 4.3.1. *El carácter es el destino*.....173
 - 4.3.2. *Yo hablo, ustedes ¿escuchan?*184
 - 4.3.3. *Un carácter sin política es mejor que un político sin carácter*.....193
 - 4.4. Colectivos y metacolectivos.....197
 - 4.4.1. *Aclaraciones metodológicas*.....197
 - 4.4.2. *Mucho pueblo para poca gente*.....199
 - 4.4.3. *No son todos todos los argentinos*.....208
 - 4.4.4. *El equipo, los vecinos y la gente*.....214
 - 5. Conclusiones.....218
-

CAPÍTULO IV

- Introducción. El kirchnerismo y la memoria.....221
- 1. La memoria en la contemporaneidad: hipertrofia y saturación.....223
- 2. Memoria, rememoración, recuerdo, olvido.....227
- 3. La memoria colectiva.....229
 - 3.1. Memoria: usos y abusos.....231
- 4. Memoria y discurso.....237
 - 4.1. Memoria y discurso de la política.....240

5.	La memoria en el discurso de la política argentino. Análisis.....	242
5.1.	La <i>conmemoración</i> : el discurso de la política y el uso de la memoria pública.....	242
5.2.	El fundacionalismo permanente o todo tiempo pasado fue peor.....	246
5.3.	Una propuesta nocional: el archivo.....	251
5.4.	Nuestros años setentas.....	253
5.4.1.	76, (80), 90.....	253
5.4.2.	<i>De víctimas a héroes: militancia y redención</i>	258
5.5.	El deber de darle sentido a la historia.....	267
5.5.1.	<i>El factor Bicentenario</i>	267
5.5.2.	<i>¿La misma partitura?</i>	269
5.5.2.1.	Los 70 vueltos a visitar una vez visitados.....	269
5.5.2.2.	Contra la historia del <i>Billiken</i>	274
5.5.2.3.	“En la trinchera”.....	277
5.5.3.	<i>La década ganada</i>	278
5.5.4.	<i>Narrar y comparar</i>	282
5.6.	Utopismo.....	284
5.6.1.	<i>La memoria y la función utópica</i>	284
5.6.2.	<i>La crisis del imaginario utópico</i>	287
5.6.3.	<i>El Mac Guffin y el sueño</i>	289
6.	Condiciones de producción: rememoraciones conflictivas y memoria justa.....	295
7.	Conclusiones.....	302

CAPÍTULO V

Introducción. “Pathograma” del kirchnerismo.....	304
1. Una cartografía disciplinar.....	305
2. Una terminología múltiple.....	312
3. La propensión a la taxonomía.....	314
4. Las emociones en los estudios del discurso.....	317
4.1. Justificación epistemológica: estudios del discurso y retórica.....	317
4.2. La razón de las emociones.....	319
4.3. La vida social de las emociones.....	323
4.4. Las emociones y el cuerpo: sustracción y deconstrucción.....	328
4.5. El lugar de las emociones en los sistemas políticos.....	330
5. Algunos fundamentos para el análisis discursivo de las emociones políticas.....	333
5.1. La incumbencia de los estudios del discurso.....	333
5.2. Parámetros para el análisis de enunciados políticos: la situación <i>pathógena</i>	335
5.3. Apostillas sobre la genericidad.....	344
6. La política como melodrama. Análisis.....	347
6.1. La llegada kirchnerista.....	347
6.2. La humildad y el coraje.....	353
6.3. La salida del infierno.....	359
6.4. El purgatorio kirchnerista: la época de la radicalización del clivaje.....	363
6.5. Un tercero viene después de un primero.....	368
6.6. El macrismo como arenga “indignógena”.....	369
6.7. La política como continuación del fútbol por otros medios.....	376
7. Conclusiones.....	379

CONCLUSIONES GENERALES

1. Acerca del funcionamiento de discurso kirchnerista.....385
 2. El discurso de la política hoy.....387
 3. No tan distintos.....390
-

BIBLIOGRAFÍA REFERENCIADA.....396

El marxismo clásico ha sido un dualismo radical, proletariado contra burguesía. Ha hecho del antagonismo la clave de toda representación de la política (...) Pero, precisamente, lo que los acontecimientos oscuros de los años 60-70 han puesto a la orden del día es el ocaso, la inoportunidad histórica de esta poderosa concepción. Lo que se busca hoy es un pensamiento de la política que, aunque tratando el conflicto, teniendo el Dos estructural en su campo de intervención, no tenga a ese Dos por esencia objetiva. O, más bien, a la doctrina objetivista del Dos (las clases son transitivas al proceso de producción) la novación política en curso intenta oponer una visión del Dos “en historicidad”, lo que quiere decir que el Dos real es una *producción* del acontecimiento, una producción política, y no un presupuesto objetivo, o “científico”. Debemos hoy proceder a una *inversión* de la cuestión del Dos: de ser modelo del concepto en objetividad (la lucha de clases, o la dualidad de los sexos, o el Bien y el Mal...), va a devenir aquello a lo que se prende la producción azarosa que se vincula a un acontecimiento. El Dos, y no el Uno como sucedía anteriormente, es lo que adviene, el Dos es una post-acontecimiento. El Uno (la unidad de clases, la fusión amorosa, la Salvación) era impartido al hombre como su dificultad y su tarea. Al contrario, pensaremos que nada es más difícil que el Dos, nada más sumiso simultáneamente al azar y a la labor fiel. El supremo deber del hombre es el de producir, conjuntamente, el Dos y el pensamiento del Dos, el *ejercicio* del Dos.

Alain Badiou, *Manifiesto por la filosofía*.

Hay buenas razones para dudar del tipo de análisis que viene a continuación. Yo mismo lo haría si no fuera su autor.

Erving Goffman, *Frame analysis. Los marcos de la experiencia*.

INTRODUCCIÓN

Dejemos de lado el asunto del placer ¿Cómo responder a la pregunta sobre el interés por sumar una tesis al voluminoso conjunto de escritos académicos sobre el discurso político argentino de los últimos diez años? Abuso de la paciencia del lector transcribiendo dos extensas citas que me darán la posibilidad de ensayar una réplica.

“En los debates sobre el kirchnerismo como proyecto político-cultural se suelen plantear dos tesis contrapuestas: la primera, que él ha sido un fenómeno eminentemente pragmático y coyunturalista, que apeló circunstancialmente a las más diversas ideas y tradiciones para justificar los cursos de acción que resultaran más acordes a la meta de lograr y preservar el máximo de autonomía y recursos de poder; la segunda, que en su vértice existió desde el comienzo un proyecto de largo aliento, un núcleo duro de identidad de matriz ideológica, que le permitió a la coalición gobernante atravesar unidad diversos conflictos y obstáculos, e incorporar incluso a nuevos actores afines cuando perdió apoyos menos firmes.

Estas dos tesis se vinculan a su vez con dos interpretaciones igualmente disímiles respecto a lo que ha sido el kirchnerismo para la sociedad: de un lado están quienes sostienen que él supuso un nuevo sentido común, transversal a los clivajes que separaban hasta hace unos años los distintos grupos de opinión y corrientes políticas del país, al disolver anteriores antagonismos, los principales, el que separaba a la izquierda cultural y los movimientos sociales (el feminismo, los de libertad sexual, de desempleados, el indigenismo, etc.) del peronismo político y sindical, y al desarrollismo y la modernización económica del distribucionismo social, para crear en su lugar otros nuevos y más acordes a los tiempos que corren (entre izquierda y derecha, nacionalismo y liberalismo o reformismo y orden); del otro, que apenas si ha reproducido un consenso bastante tradicional, que sigue teniendo su principal asiento en el peronismo, y se afirma en el nacionalismo antiliberal y antinorteamericano, el intervencionismo patrimonialista, y que vehiculizó, con unas pocas notas innovadoras, en ausencia de otras alternativas, una nueva variante del compromiso, tan coyuntural y precario como en el que en los años noventa sostuviera el menemismo, por el que una sociedad fragmentada y mayormente despolitizada, atravesada por complejos clivajes y controversias aunque a la vez vibrantemente pluralista y ansiosa de cambios políticos y económicos, acepta ser gobernada por

las viejas y desacreditadas estructuras del Partido Justicialista” (Novaro, 2011: 129-130).

“He aquí una historia: determinada fracción política accede al gobierno con un programa que pone el acento en la redistribución de la riqueza. Ese programa encuentra obstáculos en los sectores más conservadores de la sociedad, que fragua denuncias en su contra. El gobierno lucha para llevar adelante su programa con todas las armas a su alcance (los medios de comunicación, la Justicia, las cámaras parlamentarias, el Banco Central, el Instituto de Estadística y Censos, sus aliados locales e internacionales). Gana algunas batallas y pierde otras.

He aquí otra historia: determinada facción política accede al gobierno con un plan de revancha política y enriquecimiento personal. Ese plan encuentra obstáculos en los sectores más intransigentes de la sociedad, que lo denuncia. El gobierno lucha para llevar adelante su plan con todas las armas a su alcance (los medios de comunicación..., sus cómplices locales e internacionales). Gana algunas batallas y pierde otras.

Entre esas dos historias hay una relación diagramática que asegura su identidad: es la misma historia, porque es el mismo dibujo, la misma secuencia de acontecimientos. Resulta, entonces, que el sentido de un texto (de la Historia) no reside en tal o cual de sus ‘interpretaciones’, sino en el conjunto diagramático de sus lecturas.

La diferencia entre una historia y otra reside en un acto posicional o de creencia. En la primera historia, la corrupción es un dato residual, necesario para sostener la cohesión del frente de combate. En la segunda historia, el programa de redistribución de la riqueza es un dato residual, necesario para sostener la libertad de acción política (mediante sucesivos triunfos electorales) que garantice la impunidad de la facción gobernante.

¿Qué habrá que creer? ¿Y cómo se fabricará la Historia de los últimos quince años? Naturalmente, habrá una sucesiva acumulación de evidencias documentales (estadísticas, cuadros comparativos, documentos reservados, declaraciones juradas, sentencias judiciales, etc...) que respaldarán una u otra versión. De modo que la verosimilitud de tal o cual historia (no digo ‘su verdad’, sino su capacidad persuasiva) dependerá antes de los archivos, de los archivistas y de los analistas de archivo (lo que, tal vez, coincida con el rol más o menos clásico de los historiadores). Mientras tanto, vivimos, con la pasión del caso, una historia que a veces se muestra con un semblante y a veces con otro” (D. Link, diario *Perfil*, 06.12.2013).

No me interesó escribir la tesis con el objetivo de dictaminar, de suministrar los elementos que lleven a inclinarse por una u otra de las lecturas que plantean estos fragmentos,¹ sino más bien al revés: mi interés fue motorizado por el deseo de determinar y explicar las condiciones discursivas de esa exacerbada doble lectura; por la voluntad de aislar el núcleo problemático que concitó la irrupción del kirchnerismo, las pasiones intelectuales que despertó, las polaridades culturales y políticas a las que dio lugar. ¿Novedad? Los clivajes son la *ratio essendi* de la política, no su excepción. Tampoco el carácter exacerbado que tienen en nuestro presente constituye una primicia para el país. Digamos, sí, que lo que hay aquí es un gobierno que no ha rehuído a la segmentación política y cultural de la sociedad. Ahora bien, la forma que ha cobrado esa controversia no es la de dos doctrinas en contienda, sino la de un cuerpo de prácticas cuyo significado político es de compleja determinación –nada malo en ello en principio– y, del otro lado, su impugnación, que no se procesa en nombre de significados políticos opuestos, sino desde la indignación por la no coincidencia entre esas prácticas y los discursos que quieren legitimarla.

Se trata, evidentemente, de la hoy reputada cuestión del *relato*. El discurso social se apropió de la acepción más técnica del término para designar y denunciar, como anomalía, un atributo genuino de todo discurso político: el de poner en marcha una serie de recursos simbólicos orientados a legitimar su acción, función que, por las restricciones que lo gobiernan, el mismo discurso no puede declarar abiertamente. En realidad, el término es usado para describir/profundizar –elijase a gusto– la brecha que siempre se abre entre las palabras y las cosas. Si aceptamos como probados los actos de corrupción que, desde foros más o menos serios, se le imputan a la administración

¹ Como finalmente sí hace uno de los autores citados: “En conclusión: la maximización de la autonomía política fue desde un comienzo el motor y la meta de la construcción político-cultural del kirchnerismo, y a partir de los límites con los que chocó adoptó una versión cada vez más radicalizada del nacional-populismo que ofrecía los contornos necesarios para abroquelarse y polarizar la escena política, y que permitió construir una ‘cultura de Estado’. De allí que aún conflictos que implicaron altos costos y serios traspiés se encararan como ocasiones útiles para fortalecer la cohesión y el aislamiento. ¿Era esa la única forma de ganar autonomía? ¿Era acaso la más segura y duradera? Para los actores en cuestión fue la más a mano, y dada la distribución de recursos y debilidades puede decirse que lo había sido desde un comienzo. De allí que pueda sostenerse que el kirchnerismo ‘maduró’ como proyecto político-cultural a partir de que entró en crisis su apuesta inicial, más innovadora y articulada, y por tanto más auténticamente hegemónica. Y que al mismo tiempo que su proyecto se empobrecía, se pudo consolidar el control monopólico del aparato estatal.” (Novaro, *op. cit.*: 140).

actual, surge la pregunta por la virulencia que detona esta brecha: ¿por qué no suscitó la misma reacción en otros gobiernos, el de Carlos Menem sin ir más lejos, que la exhibió haciendo gala de un cinismo escalofriante? Quizás se deba –respuesta posible– a que el kirchnerismo ha mostrado la voluntad de rellenar esa fisura con una brea de épica. Ningún espacio político tiene una mala opinión de sí mismo, es obvio; pero no es menos obvio que, más allá de que se afecten o no sus intereses materiales, algunos actores sociales se irritan ante el ejercicio de ciertas narrativas.

De todos modos, tampoco se trata de decidir sobre esos desajustes, de medir la distancia que hay entre los discursos y las prácticas que no lo son (i.e. no le compete al análisis del discurso verificar la “verdad” del decir político, investigar las “mentiras” que puede pronunciar un actor). La pregunta que nos interesa contestar no es qué es realmente el kirchnerismo, cuál es su “esencia” –como el vuelo del búho de Minerva, esta respuesta debe esperar–, sino cómo funciona el discurso kirchnerista.² Se me dirá que la lógica de este funcionamiento tampoco está cerrada. Puede ser. Pero los datos existentes sí permiten postular cómo el discurso kirchnerista ha intervenido en el campo político, cómo ha intentado redistribuir sus identidades, agrupar sus actores y organizar sus sentidos.

R. Girardet (1999) circunscribe cuatro conjuntos mitológicos para la política: el Salvador, la Edad de Oro, la Conspiración y la Unidad. La elucidación de esas formaciones imaginarias, la pregunta por la figuración discursiva de esos fantasmas, está presente, de manera más o menos inmediata, en los tópicos de esta tesis. El escrito que sigue se detiene en la configuración del enunciador político, en la estructura discursiva de la rememoración, en el funcionamiento de las categorías que expresan el antagonismo político y en el lenguaje que busca disiparlo. Tópicos que cruzan las tramas que, al fin y al cabo, están en el corazón de la organización política de la vida en común: la del representante y los representados, la del pasado y el futuro, la de los

² Los adjetivos kirchnerista y macrista (que introduciré más adelante) no designan locutores, sino espacios políticos. Es obvio que esta forma de nombrarlos implica la posibilidad de extender las características enunciativas descritas aquí a otros discursos producidos, por distintos locutores, dentro de esos espacios políticos.

amigos y los enemigos. La explicación de la visceral doble lectura de la que hablaba arriba seguramente tiene su origen el repliegue del discurso kirchnerista sobre los hechos traumáticos del pasado reciente (cap. IV), pero no se pueden desconocer los aspectos emocionales (cap. V), ni las operaciones enunciativas (cap. III). Por ejemplo, un archipiélago de voces ha colocado el autocentramiento enunciativo de Cristina Fernández de Kirchner, la primacía del *yo*, como la razón principal del rechazo o la adoración que suscita su figura.

Concretamente, esta tesis estudia el discurso kirchnerista tal como lo organizan y expresan sus principales figuras, los presidentes Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner, entre el 2003 y el 2010, por lo que se trata de la variante institucional de la palabra política. Por imperativos metodológicos que expondré en el capítulo I, se incorporaron a la investigación discursos de otros espacios políticos. Pero no me desintereso de lo que ha sucedido esta última década en lo que atañe al funcionamiento del habla política en general. Así, el plural de *gramáticas* en el título delata un doble interés: por el tipo de discurso, político, y por uno de sus subtipos, el kirchnerista.

Las hipótesis sobre el funcionamiento de este último se irán proporcionando en los capítulos III, IV y V, baste por ahora con adelantar que, a pesar del cambio de locutor, pueden encontrarse elementos que atestiguan la existencia y la identidad de *un* discurso kirchnerista que trasciende esa variación. Esos elementos provienen de manera esencial, aunque no exclusiva, de los insumos para la construcción de una memoria y de la sujeción a un guión emocional.

Asimismo, en la investigación y la escritura existió un interés que apuntó a otro plano. No ya el del kirchnerismo, sino aquel del cual este posicionamiento es una particularidad: el discurso político. No me planteé hacer aquí un estudio sistemático sobre el discurso político, pero tampoco me desinteresé de la posibilidad de generalizar algunas derivaciones del análisis de los “subtipos” considerados. En el texto de esta tesis, por lo tanto, se encontrarán afirmaciones y conjeturas sobre el funcionamiento del discurso político argentino.

En torno a la organización de esta tesis

A pesar de lo que aparenta su separación y su titulación, los capítulos específicamente analíticos de esta tesis, III, IV y V, a su manera abordan todos el tópico de la enunciación, toda vez que, en última instancia, este componente es el encargado de entrelazar las operaciones discursivas, por lo cual afecta continuamente al material lexical y semántico; o, para decirlo con palabras de E. Verón (1984: 51), es el dispositivo a través del cual lo imaginario de la historia se inserta en las estructuraciones del orden simbólico. Pero también son problemáticas que le competen a la enunciación incluso si tomamos este término en su acepción más restringida, como la imagen discursiva de las figuras participantes en la situación comunicativa. Es innegable, por ejemplo, el protagonismo de la instancia enunciativa en configuración de una situación emotiva.

El capítulo III se centra, sí, en las operaciones que dan lugar a la configuración del enunciador y del vínculo que establece con sus destinatarios, para lo cual se apela a las categorías específicas que describen estas instancias. Pienso que la relevancia de este análisis radica en que es, a la vez, el nivel en el que se define el modo de vinculación de un discurso de la política con el campo de los destinatarios –el objetivo de la investigación conduce a describir la identidad de este posicionamiento a partir de *lo ideológico*, de su efecto ideológico, y no desde una supuesta ideología– y el entorno más sensible a los cambios de los datos situacionales en el ciclo temporal estudiado (2003-2010). En el capítulo IV se aborda, de manera medular, una dimensión de todo posicionamiento político, pero que operacionalizada por el kirchnerismo ha tenido una notoria resonancia en otros universos discursivos, incluido el académico. Me refiero a las prácticas constructoras de memoria, cuya relevancia también ha sido innegable en la determinación de la identidad política de este posicionamiento y aún hoy es, por ende, un territorio central en los conflictos simbólicos de la arena política. El capítulo V se dedica a las emociones que pretende suscitar el discurso kirchnerista. La justificación de la relevancia de este tema para la política cae por su propio peso: ¿quién puede negar que, desde mitad del siglo pasado, se ha venido acentuando el

papel decisivo de la afectividad para la aglutinación de voluntades? La extensión del capítulo II, que trata sobre la clasificación de los enunciados y los límites del discurso que puede denominarse *político*, merece ser fundamentada. Estimo que es aceptable la objeción de que se trata de una exploración demasiado amplia para el lugar en apariencia marginal que terminan ocupando sus resultados –finalmente, casi todos los textos analizados pertenecen sólo a uno de los dos tipos de discurso político que se discriminan en ese capítulo–. Mi réplica es que, en principio, lo tratado allí cumplió un rol fundamental en la selección y organización de los materiales y del *corpus* definitivo, por lo cual tiene un impacto innegable en el análisis que le sigue. Por otro lado, da cuenta de un estado de la teoría frente a la discursividad política, lo que también tuvo implicancia en la investigación y en la justificación de su factibilidad y relevancia. Finalmente, las problemáticas que allí se abordan me parecen relevantes en sí mismas. En pocas palabras, puede plantearse la debilidad relativa de los lazos que hacen a la integración orgánica de este capítulo con el resto de la tesis, no así con la investigación que la originó. Resulta menos comprensible, sin embargo, discutir su importancia.

CAPÍTULO I

Introducción. Coordenadas de una investigación

Vale adelantar los rasgos generales de la investigación, si bien me explayaré sobre ellos a lo largo de la tesis. El *área disciplinar* que la definió puede designarse como *estudios del discurso*. Prefiero este término frente a otros a los cuales se les suele atribuir una significación equivalente (e.g. *análisis del discurso*, *disciplinas del discurso*) por varias razones. La principal: por las relaciones de inclusión que habilita, este hiperónimo permite darle, al menos en los límites de esta tesis, una cierta inteligibilidad a un campo epistemológicamente inestable y terminológicamente polisémico, a la vez que sirve para conceptualizar mis elecciones teóricas y analíticas, orientadas a articular instrumentos de distintas corrientes (v. *infra*). Así, la amplitud de *estudios del discurso* expresa adecuadamente la voluntad de inscribir esta investigación dentro de una determinada concepción de la producción del sentido (social, material, histórica) y de hacerlo valiéndome –con las precauciones del caso– de categorías forjadas en distintas líneas de reflexión.

En lo que concierne al *tema*, cabe decir que el objetivo inicial y general de la indagación fue estudiar la economía funcional del discurso político argentino contemporáneo. Por el imperativo de factibilidad propio de una investigación de este tipo –es evidente que sólo podemos aspirar a abarcar un segmento acotado del flujo de la producción de sentido–, el tópico de la tesis se redujo al funcionamiento del discurso *kirchnerista* institucional,³ tomando como materiales de análisis los enunciados producidos por los presidentes Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner *entre los años 2003 y 2010*. ¿Por qué hasta ese año? La conjetura que justifica este cierre del *corpus* es que un acontecimiento ajeno al funcionamiento del orden democrático, pero central para el campo político argentino, la muerte de Néstor Kirchner, trastocó de

³ La práctica discursiva pública de los actores políticos en ejercicio de un cargo (e.g. presidente, jefe de gobierno, diputado, etc.) se puede denominar *institucional*, en atención al lugar social que ocupan.

manera radical las dimensiones imaginarias y simbólicas que generan y son generadas por los enunciados políticos. Para la teoría política también es un punto de inflexión, incluso –o sobre todo– para los autores no alineados con el kirchnerismo:

“Así como en su origen el kirchnerismo fue tributario del azar y del descuido de la elite peronista, un acontecimiento igualmente azaroso, fruto de otro descuido, cambiaría lo que hasta octubre de 2010 era un destino de derrota y extinción. La sorpresiva muerte de Néstor Kirchner no pudo ser más oportuna en términos políticos y simbólicos. La cada vez más probable fractura de la coalición oficial se disipó en el clima de reconciliación entre pueblo y gobierno y olvido de los costos acumulados por el gobierno de su mujer. Fue así que la evolución hacia una ortodoxia populista –o mejor dicho ‘involución’, pues apuntaba a lo más propio del acervo cultural de la elite gobernante–, que hasta entonces había brindado autonomía a la presidencia pero con altos costos electorales, de pronto pareció ser avalada por la mayoría social. Y un ‘kirchnerismo recargado’ creyó así llegado el momento de purificarse de elementos conservadores, que otra vez atribuyó a la estructura peronista, aunque no para regresar a la inicial ‘articulación de tradiciones’, sino para completar la maduración de un proyecto que pretendía ser tan revolucionario y hegemónico como el primer peronismo. La desorientación en que habían ido internándose los adversarios hizo el resto para que, lo que en otras circunstancias podría haber significado el fin de una era, pudiera presentarse como su tardía y verdadera partida de nacimiento” (Novaro, 2011: 139).

Asimismo, discursos provenientes de otros actores políticos que ocupan también un lugar institucional, como Mauricio Macri (Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires) y Hermes Binner (Gobernador de la Provincia de Santa Fe), me han servido como *corpus* de contraste, como “reveladores”,⁴ en la etapa de análisis y la labor que se ha realizado sobre ellos forma parte de esta tesis, sea como “subtexto”, sea de manera explícita.⁵ Al fin de cuentas, explicar el funcionamiento de un conjunto discursivo,

⁴ Es el relevamiento de las “disparidades interdiscursivas sistemáticas” (cf. Verón, 2005: 128) entre enunciados cuyas condiciones productivas se postulan como diferentes lo que permite describir la economía funcional de un tipo de discurso.

⁵ Si bien se hacen unas pocas alusiones en la tesis, no incorporo sistemáticamente la palabra de los representantes de los espacios políticos identificados con el término “la izquierda” (e.g. PO, PCA,

describir su *gramática*, implica especificar las diferencias sistemáticas (y no sólo algunas operaciones aisladas) y regulares (las que se repiten en los diversos textos⁶) que mantiene con otro conjunto discursivo sometido a distintas condiciones de producción (cf. Verón, 2005: 53).

Además, esta labor contrastiva me aproximó a mi voluntad inicial, de la que hablaba más arriba, ya que posibilitó describir “metaoperaciones” que identifican, aunque sea parcialmente, el funcionamiento del discurso político en general, más allá de las diferencias de los posicionamientos específicos –lo cual, repito, explica el plural del título de la tesis–. Estimo que esta voluntad también permite enfrentar la objeción razonable que puede surgir ante los riesgos de una homogeneización aventurada cuando, como en este caso, se trata de construir y caracterizar un discurso a partir de una gran cantidad de ejemplares textuales, producidos en una franja temporal muy amplia y por distintos locutores –semejante dispersión obliga a estar atento a demasiados factores contingentes–. Si bien es prudente reconocer que otros trabajos académicos se han ocupado de tópicos y materiales afines o contiguos a los que se contemplan aquí (v. *infra*), estimo que la investigación realizada me ha permitido tanto observar ciertos aspectos inéditos de la discursividad política en la contemporaneidad, como repensar la actualización de otros ya señalados (e.g. las características de la palabra peronista y su vigencia en la kirchnerista). Asimismo, en la investigación tampoco se desistió de interrogar, a la luz de los resultados del análisis del *corpus*, los límites de la *Teoría de los Discursos Sociales* y de otros modelos teóricos sobre el discurso político.

MST), dado, entre otros factores, a que no cumplen con el parámetro de institucionalidad que caracteriza a los otros textos del *corpus*.

⁶ En esta tesis se emplean los términos *texto* o *mensaje* como categorías preteóricas, para designar un fragmento extraído del flujo de sentido; en cambio, *discurso*, categoría teórica, es el producto del análisis de los textos. Esta diferencia explica el uso según el caso de “texto kirchnerista” o “discurso kirchnerista”.

1. Metodología y *corpus*

1.1. Problemáticas específicas de la investigación y aspectos teórico-metodológicos generales

De manera breve, me referiré aquí a los principios teóricos que rigieron la planificación de la investigación, así como a algunas de las decisiones metodológicas que fueron tomadas a lo largo de su desarrollo en función de los primeros datos relevados y de las dificultades encontradas en esa exploración. Otras decisiones, serán expuestas a lo largo de los capítulos siguientes, donde se da cuenta de los resultados del análisis. Para esta presentación apoyaré, fundamentalmente, en distintos textos de Verón (principalmente 1984, 1985, 1987, 1998, 2002) en donde la discusión de los aspectos metodológicos tiene un lugar central.

Ante el diseño y despliegue de una investigación lo más habitual parece ser enfrentarse con restricciones que nos obligan, por decirlo así, a tomar decisiones auto-limitativas. Una investigación es, en buena medida, llevar a cabo una serie de selecciones y recortes. Es la historia de una sucesión de frustraciones. Por eso, me apresto a aclarar el emplazamiento epistemológico que pretendo darle a esta tesis y los problemas teórico-metodológicos involucrados en esa definición, a fin de ubicarla con la mayor claridad que me sea posible en el mapa de las disciplinas que se ocupan del discurso.

a. *Esta tesis no es una tesis de lingüística, aunque su objeto sea el lenguaje en uso*

Tal como la considera la *Teoría de los Discursos Sociales*, la problemática discursiva es distinta a la que presenta la lengua para la lingüística. No se trata, como en un análisis lingüístico, de describir proposiciones circunscribiéndose a sus componentes internos o remitiéndoles a las reglas de una lengua. Una perspectiva como esta supone el desinterés por estudiar el lenguaje en relación con el trabajo social que produce el sentido. Tampoco es una problemática exactamente igual a la de otras disciplinas que se constituyeron en torno a la noción del discurso. Para la *Escuela Francesa de Análisis*

del Discurso, por ejemplo, el análisis debía revelar la participación de fuerzas inconscientes, por lo que los textos eran percibidos como engaño; la descripción *arqueológica*, otro caso, supone que el discurso responde a un conjunto de reglas que regulan la aparición y comportamiento de los enunciados; por su parte, el *Análisis Crítico* ve en el discurso el lugar donde se construyen las desigualdades sociales que debe deconstruir el analista. En cambio, para la *Teoría de los Discursos Sociales* la categoría teórica *discurso* –definible como la configuración espacio-temporal de sentido, y no como la suma de los significados de los enunciados– implica una determinada estructuración de los fenómenos que se pretende indagar, a saber: los textos del *corpus* no se pueden analizar “en sí mismos”, sino sólo en relación con determinadas invariantes de, en el caso de esta tesis, su producción (cf. Verón, 2005: 48). Para intentar ser más claros, la producción de sentido es necesariamente social, por lo cual su estudio implica atender a las condiciones sociales productivas (en tanto determinaciones económicas, políticas, institucionales, etc.), que dan cuenta de las restricciones de generación de un tipo de discurso, entendiendo, por una parte, que el discurso no es un objeto inerte que refleja lo social (el sentido nunca es objetivo), que no se trata de una relación mecánica de determinación: un discurso siempre es pasaje de sentido, nodo de una red infinita; por otra, que la separación entre discurso-condiciones de producción no es una distinción ontológica, sino metodológica, siempre se establece a partir de un *corpus* específico (v. *infra*).

b. *Esta tesis trata de algo, no de todo*

Una frase muy escuchada entre los docentes de los talleres de tesis es que “no se puede dar cuenta de lo humano y lo divino”, lo que parece querer decir que hay que limitar la ambición cuando se elige un fenómeno y más aún cuando se lo estudia interrogándose por su sentido y las condiciones que regulan el engendramiento de este último. La producción de sentido se presenta bajo la forma de una red semiótica incesante, por lo cual no se puede estudiar de ella más que un fragmento.

A lo largo de la investigación me he preguntado cuál es el valor epistemológico de una tesis sobre discurso político que sólo se concentra en algunos aspectos que hacen al funcionamiento del orden simbólico de la significación, en una época donde el ecosistema político parece vivir para y por las imágenes y las pantallas, donde la verbalización de conjuntos doctrinarios parecen perder irremediablemente su valor persuasivo, para ser sustituidos por un conglomerado, no siempre unívoco, de gestos corporales, eslóganes lacónicos, sonrientes retratos y de voces que gritan o se entrecortan. Una tesis que, además, no contempla la dimensión material del sentido. Este último –recordemos– no puede no investirse en conglomerados de materias sensibles (e.g. trazo, tono de voz, cuerpo, etc.), que pasan así a ser *significantes*, por lo cual parece poco apropiado obviar para el estudio del sentido la materialidad que le sirve de soporte. Esta tesis, no obstante, opera una descomplejización de ese paquete significativo, pues es el resultado del análisis de la transcripción escrita de discursos orales.

Hay más de una respuesta para sacarme de este apuro. Está, en primer término, la excusa institucional que también da cuenta de ciertos intereses personales: mi formación de grado y el posgrado en el que se originó esta tesis tuvo lugar en una Facultad que se ocupa de las ciencias del lenguaje. En segundo lugar, no me parece que, aún así reducido el tejido semiótico analizado, las conclusiones que se pueden sacar de su estudio carezcan de valor explicativo o potencial de generalización. Aunque no con la misma dinámica que tiene en el universo de las ciencias naturales, la producción de conocimientos en ciencias humanas también tiene algo de acumulativo: mi investigación se articula con otras anteriores (v. “Estado de la cuestión”) y –espero– puede servir de zócalo para otras futuras. En tercer lugar, referentes de esta corriente han llevado a cabo con éxito estudios como el que sigue (cf. Sigal & Verón, 1988).

c. *Esta tesis es sobre discurso político, aún cuando se interroga sobre la existencia misma de esa entidad*

Sabía que quería trabajar sobre el discurso político incluso antes de decidirme a reflexionar sobre la palabra kirchnerista. Esta elección abrió una problemática insospechada al inicio –a la cual se le dedica un capítulo, el II–, problemática cuya resolución, incluso, es quizás inalcanzable: la de la existencia misma del discurso de tipo político.

d. *Esta tesis pretende ser algo más que una noticia periodística, aunque la proximidad con la fenoménica que aborda no la ayuda a conseguirlo*

Al revés de lo que sucede con los mandatos presidenciales y la vida de las agrupaciones políticas, la semiosis no concluye. Para pecar de obvio: el reconocimiento de un acontecimiento político se desplaza en una diacronía corta o larga y no deja de elaborar sobre él nuevos sentidos. Si esto es así con los fenómenos alejados en el tiempo ¿cuánto más difícil es inmovilizar, para su estudio, lo que se dijo ayer? El gobierno kirchnerista está en curso: sigue produciendo, entre otras cosas, textos, cuya circulación evidentemente “retroactúa” con fuerza sobre toda la producción anterior, objeto de la presente investigación. ¿Cómo compatibilizar esta falta de sedimentación con las exigencias de la comunidad científica sobre ciertos estándares de confirmación que hacen válido un conocimiento? En principio, operando una segmentación temporal del tejido semiótico analizado, segmentación que no es arbitraria, pues su límite final se justifica por una transformación en aquello que se pretende describir: el funcionamiento del discurso kirchnerista (v. *supra*). Por otro lado, las anteriores no parecen ser condiciones y riesgos de los que estén a salvo otras investigaciones. El falabilismo tiene como precursora la teoría semiótica que está en la base de nuestro marco teórico: la misma lógica que le cabe al fenómeno discursivo analizado le cabe al metadiscurso.

- e. *Esta tesis no aborda problemas de reconocimiento, aunque ella misma se sitúa en esa instancia*

Como observador, mi preocupación fueron los fenómenos de *producción*, es decir, analizando los enunciados se reconstruyeron las condiciones y los procesos de generación de los discursos abordados. No ignoro la complejidad de instancias que dan lugar al tejido semiótico, pero desistí de analizar los fenómenos de *reconocimiento* (la lectura de esos discursos) y de *circulación* (el desfase, la asimetría que se produce entre *producción* y *reconocimiento*). Me concentré, en suma, en estudiar el funcionamiento de cierto discurso político en su relación con el orden de lo *ideológico*, lo que, en la compleja sociedad argentina, se traduce en explicar ese funcionamiento en virtud de los conflictos políticos y culturales. De todos modos, en la tesis se insiste en la importancia y complejidad crecientes de los fenómenos de mediatización del acontecimiento político, tópicos que, de ser posible, formarán parte de una próxima investigación.

- f. *Esta tesis no aborda todos los mensajes kirchneristas, solo algunos de ellos*

El acceso a los materiales y su recolección fueron motivo de una serie inconvenientes derivados de la heterogeneidad de dispositivos comunicativos empleados por los distintos agentes políticos (e.g. el gobierno de la Ciudad de Bs. As. utiliza preferentemente la declaración ante los medios y la conferencia de prensa) y de prácticas de conservación (e.g. aunque editados, el gobierno nacional conserva transcritos todos los discursos de los últimos dos presidentes, pero los partidos no hacen lo mismo), lo cual también permite anotar una primera observación sobre la gestión de la palabra en los distintos espacios políticos.

Recolectar materiales y construir un *corpus* definitivo (i.e. extraer de esos materiales un conjunto que guarde un vínculo de representatividad con ellos) implica llevar a cabo una serie de recortes sobre el tejido semiótico. Con más precisión: a) determinar los elementos de campo político (e.g. la necesidad de legitimación del

kirchnerismo, en momentos posteriores a una crisis política ocasionada por un gobierno del mismo partido) que, según postulo, explicarían ciertas propiedades de los materiales analizados (e.g. desagentivaciones, configuración de componentes históricos, etc.); b) separar, entre los elementos involucrados en el análisis, aquellos que formarán parte de las *condiciones discursivas de producción*: la estructura de los discursos sociales tiene la forma de una red interdiscursiva, por lo cual puede haber otros discursos entre esas condiciones. Dicho de otro modo, el análisis coloca al discurso en relación con algo diferente a él,⁷ con datos que se postulan como condiciones de producción. En el caso puntual de esta investigación, con unas condiciones de producción correspondientes al campo político argentino.

La constitución y ordenamiento interno del *corpus* siguió dos variables. Primeramente, los textos se confrontan de acuerdo a posicionamientos políticos explicitados por los mismos locutores; los resultados de la comparación revalidarán o no esa distribución inicial. El segundo factor es el género o, como prefiero decirlo, la *genericidad moduladora* (cf. Schaeffer, 2006). Este es uno más del repertorio de términos ocasionados por la búsqueda y clasificación de regularidades inherente a la reflexión científica, tal vez el más conocido de los propuestos por las ciencias del lenguaje para el ordenamiento del universo de los enunciados. Las escenas genéricas pueden actuar como criterio explícito de partida de una investigación –tal es el caso aquí– o de llegada. En los estudios del discurso, ordenar un *corpus* bajo un criterio genérico (o tipológico) significa reconocer el peso, para el análisis, de los espacios preestablecidos por las prácticas verbales; esto es: trasladar a la investigación las conductas metadiscursivas más o menos espontáneas de los hablantes de una comunidad.⁸ En

⁷ Se trata, como señala Verón en repetidas oportunidades, de una separación metodológica, no ontológica.

⁸ Maingueneau (2005: 72-74) trata a estas unidades de análisis (géneros y tipos) como *de dominio* (“*domaniales*”), que, junto a las *transversales* (organizaciones de lo lingüístico que pueden aparecer en distintos géneros o géneros-L), conforman las unidades *tópicas*, opuestas a las *no tópicas*. Estas últimas son construidas por los investigadores con independencia de las fronteras que define el uso. Ejemplo son las *formaciones discursivas* y los *recorridos* (“*parcours*”). Se puede ver que, en última instancia, responden a dos modelos de investigación dentro de los estudios del discurso: uno orientado a articular los componentes sociales y textuales de la actividad discursiva, otro que apunta a desmontar las continuidades a fin de hacer aparecer en los textos la redes no evidentes que vinculan enunciados.

definitiva, aquí se le asigna un lugar prevalente a los géneros dentro de las instancias discursivas. Esa instalación se justifica si, ya fuera de lo estrictamente metodológico, se comprende que sirven para la vinculación de nuevas manifestaciones de la producción de sentido con las anteriores;⁹ que se trata de un componente architextual que impone restricciones a la generación y a la lectura de los enunciados políticos; una fuerza moduladora integrante de la *gramática* productiva de un discurso.¹⁰ Así pues, conviene resaltar la importancia del estudio y descripción de las distintas genericidades, y de tomarlas como variable para el estudio de la palabra política, dado que son fundamentales para explicar parte de su funcionamiento. El problema de la dimensión architextual no es solo la ocasión de un goce clasificatorio. Para el caso del discurso político, *genericidad moduladora* no es simplemente una clase donde se agrupan los especímenes textuales según una serie de propiedades comunes, sino que es un componente que forma parte de un dispositivo de comunicación que regula el funcionamiento y legitima la palabra de la política en un lugar y momento determinados.

Esta postura es compartida también por buena parte de los analistas del discurso de tradición francesa, principalmente entre aquellos autores interesados por el factor institucional en la producción de sentido y abiertos a las influencias de los métodos de la etnolingüística. Para esta corriente, la actividad discursiva comprende problemáticas que, para ubicarlas en categorías tradicionales, se puede decir que son a la vez de orden lingüístico y social. No es posible concebir el texto político como un simple agenciamiento de ideas que permitiría expresar las ideologías. El contenido doctrinal es afectado por su reenvío a las condiciones de enunciación y por la restricción de la genericidad moduladora involucrada. D. Maingueneau señala:

⁹ Esta misma cualidad puede ser leída en términos críticos, tal como lo hace Foucault (2002) al asignarle participación en un dispositivo de control discursivo.

¹⁰ Claro que la genericidad es un elemento que no “satura” la *gramática* de producción. Además, no es posible ignorar que el análisis no puede confinarse a genericidades y tipicidades: equivaldría a desconocer las relaciones interdiscursivas. En la elaboración de los textos participan elementos de otras escenas genéricas, elementos cuya pertenencia genérica es indeterminable, elementos de otras tipicidades, etc.

“En todos los casos se debe poner en evidencia el carácter central de la noción de género de discurso, que a título de institución discursiva desbarata toda exterioridad simple entre texto y contexto” (1999: 65).

El mismo autor conceptualiza el lugar de la genericidad moduladora en la dialéctica anterior en términos de *institución discursiva* (cf. 2010) donde combina los dos sentidos del término institución (i.e. como la acción de establecer y como una organización de prácticas y aparatos) a fin de subrayar la acción de determinación recíproca: el sentido discursivo tiene entre sus restricciones a las instituciones que son las genericidades (no son las únicas, también están las estructuras del campo, el estatus del actor político, etc.); por su parte, la institución política es constantemente reconfigurada por las genericidades que ella autoriza (i.e. cada texto reflexiona sobre su escena de enunciación y el posicionamiento en el campo que torna posible esa enunciación).

Creo que así se justifica, al menos desde el punto de vista teórico, el gesto de otorgarle prioridad a una restricción por encima de otras, concretamente, al hecho de agrupar los textos teniendo en cuenta el lugar institucional del locutor¹¹ (a cargo del ejecutivo) y las distintas escenas genéricas ¿Qué resultados puede esperarse que arroje esta valoración metodológica del componente genérico? Ante todo, tener un principio organizador del relevamiento cuando, como es el caso, hay que enfrentarse con una gran cantidad de materiales (i.e. darle prioridad a los textos de *conmemoración* en la búsqueda de elementos emocionales; anotar como significativo que aparezcan este tipo de elementos en textos que se suponen solemnes). Otra ventaja: la genericidad funciona como caución de equivalencia de los textos y le pone así un límite a las sobreinterpretaciones que pueden llegar a producirse con las exploraciones de índole *no tópica* (v. nota al pie 8).

Así pues, en cada capítulo realizaré, según el caso, una descripción más o menos breve de los rasgos que definen la escena genérica involucrada en el análisis.

¹¹ Esta decisión también implica una respuesta frente a una pregunta que es legítimo hacerse ¿quiénes son los locutores que pueden ser portavoces del kirchnerismo?; ¿la construcción del discurso kirchnerista está sujeta únicamente a la palabra de sus dos líderes?

1.2. Detalle del *corpus* (segmentado por escena genérica)

→ Discursos de asunción del mando (capítulos III y V)

- ↘ Discurso de Néstor Kirchner ante la Asamblea Legislativa, 25/05/2003 (fuente: portal de la Presidencia de la Nación.
- ↘ Discurso de Cristina Fernández de Kirchner ante la Asamblea Legislativa, 10/12/2007
- ↘ Discursos de Mauricio Macri en la Legislatura, 09/12/2007

→ Discursos de *antagonismo manifiesto* (capítulos III y V)

- ↘ Discurso presidencial en el Acto de Firma del convenio entre AySA y Municipios del Conurbano Bonaerense, 25/03/2008
- ↘ Discurso presidencial en el Encuentro de Parque Norte, 27/03/2008
- ↘ Discurso presidencial en el Acto de anuncio de nuevas medidas para los pequeños y medianos productores agropecuarios, 31/03/2008
- ↘ Discurso presidencial en el Acto por la Convivencia y el Diálogo, 01/04/2008
- ↘ Discurso de Néstor Kirchner en el Acto celebrado en la Plaza de los dos Congresos 15/07/2008

→ Discursos de *conmemoración* (capítulos IV y V)

- ↘ Discursos presidenciales en el Acto de Conmemoración de la Declaración de la Independencia Nacional, años 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010 y 2011
- ↘ Discursos presidenciales en el Acto del Día de la Bandera, años 2003, 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009, 2010 y 2011
- ↘ Discursos presidenciales en el Acto de Conmemoración del Aniversario del 25 de Mayo, años 2004, 2005, 2006, 2007, 2008, 2009 y 2011

- ↘ Discurso presidencial en el Acto de Conmemoración Histórica del 17 de Octubre, año 2008
- ↘ Discurso presidencial en Acto de Conmemoración del 53° Aniversario del Bombardeo a la Plaza de Mayo, año 2008

→ Discursos de celebración (capítulos IV y V)

- ↘ Discurso de Mauricio Macri con motivo de la celebración del Bicentenario.¹²
- ↘ Discurso de Hermes Binner con motivo de la celebración del Bicentenario
- ↘ Discurso presidencial en el Acto de Inauguración del Paseo del Bicentenario, 21/5/2010
- ↘ Discurso presidencial en el Acto de Apertura Oficial de la primera parte del Centro Cultural Bicentenario, 24/5/2010
- ↘ Discurso presidencial en el Acto de Inauguración de la Galería de Patriotas Latinoamericanos, 25/5/2010
- ↘ Discurso presidencial en la Cena del Bicentenario realizada en la Casa de Gobierno, 26/5/2010

→ Discursos en actos de inauguración y anuncios (capítulos III y IV)

- ↘ Discurso presidencial en casa de gobierno, 25/03/2004
- ↘ Discurso presidencial en el acto de firma de convenio para el mejoramiento de viviendas en la matanza, 21/02/2005
- ↘ Discurso presidencial en el acto de firma del decreto de recuperación del Régimen Jubilatorio para Docentes, 21/02/2005
- ↘ Discurso presidencial en el acto de firma de Convenios para la Provincia de La Rioja, 23/02/2006

¹² Transcripción de *spot* grabado para la TV, disponible en You Tube.

- ↘ Discurso presidencia en el acto de Inauguración de Obras en la Basílica de Luján, 22/09/2007
- ↘ Discurso presidencial en el Acto de presentación y apertura de ofertas para el corredor ferroviario de alta velocidad Buenos Aires - Mar del Plata, 08/02/2008.
- ↘ Discurso presidencial en la inauguración de la nueva sede de la Universidad de Tres de Febrero, 28/03/2008
- ↘ Discurso presidencial en el anuncio de los ganadores del concurso de Ideas de Arquitectura para el Bicentenario, 28/10/2008
- ↘ Discurso presidencial en la inauguración del Salón Mujeres Argentinas del Bicentenario en la Casa Rosada, 06/03/2009
- ↘ Discurso presidencial en la presentación del Programa de Actividades Oficiales del Bicentenario, 15/12/2009¹³

1.3. Categorías y procedimientos de análisis

La producción de sentido no funciona de manera homogénea; la descripción de cada discurso puede exigir, por lo tanto, recurrir a conceptos diferentes.

Como decía más arriba, el procedimiento contrastivo es el principio básico del análisis discursivo (y, como ya se aludió, de organización del *corpus*), puesto que permite atender a los vínculos sistemáticos de los paquetes de textos que se postulan como representantes de un funcionamiento discursivo (el kirchnerista) con sus condiciones de producción y, por ende, de las diferencias entre los distintos conjuntos textuales (kirchnerista, macrista, socialista). Poner en práctica este procedimiento intertextual implica postular variaciones sistemáticas en las condiciones productivas: si estas condiciones varían, si existe un *desfase*, los discursos también variarán en alguna

¹³ La fuente de los discursos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner es el portal de la Presidencia de la Nación. [URL: <http://www.presidencia.gov.ar/discursos>]). Los de Mauricio Macri el portal del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. [URL: <http://www.buenosaires.gob.ar/noticias>].

parte, y es esa variación la que, en parte, debe describir –bajo la forma de *operaciones* discursivas– y explicar la investigación.

El análisis propiamente dicho consiste pues en la descripción –la *Teoría de los Discursos Sociales* tiene pretensiones descriptivas– de huellas de *operaciones discursivas* (cf. Verón, 1998, 2005: 51; Culioli, 2010), a partir de las marcas detectadas en la superficie de los enunciados del *corpus*. Bajo el término *operación* se postula un dispositivo funcional que puede explicar –la *Teoría de los Discursos Sociales* procura determinar causas–, conectando esas marcas con las *condiciones de producción*, la dinámica productiva de un conjunto de enunciados.¹⁴ La determinación e identificación de las operaciones en el *corpus* permitieron reconstruir algunas –está reconstrucción no puede ser nunca completa– de las reglas de la *gramática funcional de producción del discurso verbal kirchnerista* –cada materia significativa produce su propia gramática, si estudiáramos los gestos corporales de estos actores tendríamos otra *gramática*–; vale decir, de las restricciones estabilizadas al engendramiento de sentido.

En este apartado me he limitado a presentar las categorías teóricas más importantes involucradas en la estructuración del objeto de estudio (i.e. *producción, reconocimiento, circulación, discurso*) y algunas de las categorías analíticas (e.g. *operaciones, huellas, condiciones de producción*); la presentación y discusión de estas últimas la completaré en los capítulos analíticos pertinentes, a fin de mejorar la legibilidad de la exposición.

¹⁴ La estructura de cada *operación* discursiva es tripartita: *operador* (marca textual), *operando* (elemento perteneciente a las condiciones discursivas o extradiscursivas de producción) y *relación* (o, mejor, *hiperrelación*, dado que existen múltiples posibilidades de conexión, incluso multidimensionales, por fuera de las que se dan “punto a punto” –i.e. una marca textual corresponde a un elemento de las condiciones producción–. Ejemplos: una marca puede ser a la vez operando en una operación y operador en otra, un término de una relación en un nivel de análisis puede ser a su vez una relación en otro; el mismo tipo de marca puede hacerse cargo de operaciones diferentes; el mismo tipo de operaciones puede estar a cargo de diferentes marcas (cf. Verón, *op. cit.*: 52).

1.4. Sobre las *marcas*

Las condiciones de producción –decía más atrás– dejan huellas en las configuraciones de sentido que producen, por lo cual, si bien no son directamente accesibles, pueden ser parcialmente postuladas y descriptas –y su consideración variará, evidentemente, según problemática de la investigación–. “La identificación de las funciones operatorias de las huellas depende –según Verón (2013: 405)– de la posición en la que se coloca el observador, y de las operaciones analíticas que realice a partir de ellas”.¹⁵

En el desarrollo de la investigación se pudo advertir que la *Teoría de los Discursos Sociales* no da acceso a un tipo privilegiado de lectura: en su desenvolvimiento privilegió el análisis de los medios, pero las lecturas posibles son múltiples: ideológica, psicológica, sociológica, política, etc. (cf. Verón, 2005: 55). Si bien, por otra parte, elaboró una caracterización de los niveles de marcas (que pueden corresponder al plano lingüístico, supralingüístico o a unidades heterogéneas compuestas de elementos lingüísticos y no lingüísticos), no hizo lo mismo con las marcas concretas. Esta última indeterminación fuerza al analista a tomar una serie de decisiones en función de su investigación concreta. Así, me vi obligado a proporcionarme un conjunto de herramientas de descripción de ciertos funcionamientos discursivos que se manifiestan a nivel del enunciado. A diferencia de otras corrientes, la *Teoría de los Discursos Sociales* no tuvo que conquistar su autonomía frente a la lingüística y, por lo tanto, no abundan en ella “vestigios categoriales” de ese origen (a lo sumo se verifica en ella la influencia de la *Teoría de las Operaciones Enunciativas* impulsada por Culioli). Para clarificar: no se trataba de completar o extender una teoría, sino de dar respuesta a las necesidades de un análisis concreto.

¹⁵ La explicación de la articulación entre fenómenos, aspectos teórico-metodológicos y punto de observación coincide con la que, conceptualizada en tres niveles, propone Culioli (2010) para la actividad lingüística. El nivel 1, inaccesible al observador, es el del funcionamiento cognitivo de los sujetos hablantes. El acceso empírico sólo alcanza al nivel 2, el de las huellas en la superficie textual de las operaciones del nivel 1. Y todo indica, además, que no hay relaciones bi-unívocas entre ambos niveles. En el nivel 3, se construyen los modelos teóricos (metalingüísticos) que son hipótesis acerca de la relación entre los niveles 1 y 2, con la expectativa de que el nivel 3 esté en una relación de adecuación tal con el nivel 2, que, por medio de esta relación explícita entre 2 y 3, resulte posible representar la correspondencia entre 1 y 2.

Durante la investigación se emplearon, entonces, instrumentos analíticos generados en la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso*,¹⁶ lo cual implicó un relevamiento comparativo de aspectos históricos del desarrollo de cada una de las dos corrientes, con una elucidación, en lo que atañe a su conceptualización del sentido, de sus similitudes (e.g. ambas presuponen el mismo paradigma de la subjetividad; la explicación de las propiedades de los discursos se establece en las dos corrientes a partir de un vínculo, especificado desde el punto de vista socio-histórico, con una instancia exterior; etc.) y de sus divergencias (e.g. el paradigma semiótico de base – peirciano para el caso de la *Teoría de los Discursos Sociales* y saussureano para el de la *Escuela Francesa*– lo que conduce a la segunda a reflexionar principalmente sobre la dimensión simbólica de la significación; la concepción más “neutra” de la *Teoría de los Discursos Sociales* sobre la ideología, alejada de la noción de ocultamiento y de las lecturas sintomales que nutren a la de la *Escuela Francesa*; una propuesta de enunciación por parte de la *Teoría de los Discursos Sociales* pensada como un modelo abstracto para dar cuenta del anclaje de operaciones, totalmente despojada de la tradición lingüística y de concepciones empíricas, como sucede en la *Escuela Francesa*; etc.).

1.5. Posicionamiento del investigador

Creo que conduce a un callejón sin salida sostener que el ejercicio investigativo en el interior del análisis del discurso simplemente debe encontrar el calce justo entre la subjetividad epistemológica (i.e. el investigador es libre de elegir el marco teórico-metodológico que le conviene, incluso participar en controversias científicas al

¹⁶ Hay aquí, irremediamente, una simplificación. En la actualidad, es impracticable promover a un único autor como representante de la *Escuela Francesa*. Esa denominación reenvía hoy a una multiplicidad heteróclita de investigaciones (no todas centradas sobre la política), que tienen al fenómeno discursivo como objeto (pero estructurado a partir de distintas variantes metodológicas), que muestra una tendencia casi suicida a la autorreflexión epistemológica en sus principales autores y que pueden filiarse, de manera directa o indirecta, con la obra fundadora de M. Pêcheux y su entorno.

respecto) y la objetividad analítica (i.e. mantener una neutralidad absoluta en relación al objeto) (cf. Koren, 2013). Prefiero sostener la idea de que toda investigación asume un compromiso político, una toma de posición, más allá del tópico que se aborde. De hecho, se puede sostener que la elección del marco teórico y la del objeto no es escindible del compromiso o posicionamiento crítico, más allá de que se encaren temas políticamente sensibles o se trabaje dentro de una corriente en cuyo programa se considere la transformación política y/o la denuncia de los mecanismos discursivo de la discriminación. Muchos autores defienden la naturaleza crítica del análisis del discurso por el sólo hecho de que es capaz de desarticular los mecanismos que construyen el sentido común de los actores (e.g. que ellos gobiernan todos los sentidos de lo que dicen). Por mi parte, la iniciativa política de los estudiosos del discurso de nuestra región se traduce en la posibilidad de crear los saberes e imaginar las prácticas que funcionen como condición de la intervención emancipatoria, más allá de la mencionada objetividad analítica. Ahora bien, a pesar de las voluntades, como los efectos de la intervención práctica suelen ser –como lo afirma la semiótica– indecibles e impredecibles, todo lo anterior no pasa de ser una mera petición de principios y esta tesis un lanzamiento de dados.

2. Estado de la cuestión

2.1. Aclaraciones previas

Parte de la relevancia de la investigación se justifica por la evidencia de que, desde una perspectiva discursiva, la palabra kirchnerista fue poco estudiada, al menos con el grado de exhaustividad y sistematicidad que requiere la producción de una tesis.

La palabra política fue la catalizadora de varias corrientes de los estudios del discurso y durante mucho tiempo su objeto principal, de lo que se sigue que el acervo de estudios sobre el tema es casi inabarcable. Lógicamente, la selección de bibliografía

para la investigación y la redacción de este apartado respondieron a un criterio de actualidad, sin desconocer la vigencia de ciertos textos “clásicos” que son parte estructural de la tesis que sigue. En tal sentido, y como se explicitó, en el marco de esta investigación convergieron la *Teoría de los Discursos Sociales* y la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso*. Esto explica la decisión de marginalizar, en lo que sigue, la bibliografía surgida de otras corrientes, fundamentalmente del *Análisis Crítico del Discurso*, cuyos aportes, no obstante, reconozco y valoro.

Planteo este estado de la cuestión a partir de tres ejes. En primer lugar, se exponen obras que se ocuparon de un tema similar al de esta tesis, pero no lo hicieron desde los estudios del discurso. En segundo lugar, los trabajos que, bajo una perspectiva discursiva, se interesaron por la palabra política, pero no específicamente del kirchnerismo. Para finalizar, sí considero los estudios discursivos sobre este espacio político.

2.2. Estudios no discursivos sobre el kirchnerismo

Sin duda alguna, el kirchnerismo como fenómeno político y, de manera más específica, como fenómeno discursivo se ha convertido en objeto de atención de muchos investigadores, sobre todo en el último lustro. Obviamente, dejó fuera del censo que sigue la copiosa cantidad de investigaciones y biografías de índole periodística, pero sin dejar de resaltar su valor sintomal: ese raudal de publicaciones – aunque no todas ellas se ajusten a las exigencias del rigor profesional– es un dato del interés social –aunque mayormente satisfagan una demanda “protoparanoica” (“hay otras –o peores– cosas detrás de las apariencias”)– que despierta el proceso político estudiado aquí. Este éxito editorial tiene su versión académica. Además de su atracción para los estudios del discurso, el kirchnerismo como proceso político y como palabra han sido objeto de atención por parte de las distintas disciplinas y corrientes de

las ciencias humanas y sociales, principalmente de la teoría política y de la sociología. Algunos de los trabajos surgidos de ese entorno conceptual me han servido para llegar a estructurar mi propia problemática y, ya durante la fase de análisis, han colaborado en la localización de los elementos políticos, sociales y económicos de las condiciones productivas a las cuales remiten las operaciones discursivas descriptas.

La identidad política del kirchnerismo es blanco persistente de interrogantes. Diversas investigaciones han intentado medir la distancia que el discurso kirchnerista guarda con el *populismo*, el *neoliberalismo* y, fundamentalmente, con el *peronismo* –en los tres casos, pero sobre todo en el último, el problema inicial es, claro, empezar a definir el término de referencia (elucidar, por ejemplo, qué cosa es el peronismo).¹⁷

Para el caso del *populismo*, y sin despreciar la magnitud de otros trabajos (e.g. E. De Ípola, 1982; G. Aboy Carlés & P. Semán, 2006; S. Barros 2006; M. Novaro, 2006; A. Bonnet, 2007), el nombre de referencia es el de E. Laclau y sus seguidores (e.g. G. Olivera, 2002; P. Biglieri 2008). Su reivindicación del populismo y sus conjeturas sobre el carácter populista del peronismo (cf. 2006), basados en una concepción posestructuralista de la significación y en la teoría lacaniana, han sido redirigidos por él mismo y por otros hacia una interrogación del kirchnerismo. Algunos de los elementos que se desprenden de esa lectura (e.g. la producción de los colectivos de identificación y la naturaleza de los antagonismos políticos) son términos de debate en esta tesis.

La continuidad o ruptura del kirchnerismo con el *neoliberalismo* ha sido materia de estudio de, entre otros, A. Borón (2005), M. Svampa (2007) y E. Rinesi (2011). El primero llama la atención sobre las discrepancias entre las decisiones económicas del gobierno de Néstor Kirchner, seguidoras de las políticas neoliberales, y sus prácticas discursivas, que presentan a su gobierno como un momento de quiebre. También Svampa piensa la gestión kirchnerista en términos de “ambigüedades, tensiones y dobles discursos, en un escenario regional recorrido por el quiebre del consenso neoliberal”, pero su diagnóstico es que el modelo neoliberal no se vio afectado

¹⁷ Si bien ha sido material de consulta y fue incorporado a la investigación cuando el análisis lo requería, no incluyo en este estado de la cuestión la innumerable cantidad de bibliografía sobre el peronismo.

sustancialmente por las políticas de Kirchner. Más optimista, Rinesi inscribe al kirchnerismo, en lo que concierne a la gestión de la conflictividad social y política, en un linaje integrado por el republicanismo y el jacobinismo. Conviene asimismo incluir en esta lista los trabajos de D. Slipak (2005; 2007), quien ha inquirido, en diferentes análisis sobre textos kirchneristas, los intentos de ruptura del kirchnerismo con el imaginario menemista y a la recuperación del discurso peronista clásico, indagando su capacidad interpelativa en el período post-crisis.

En cuanto al vínculo entre kirchnerismo y *peronismo*, una aproximación que ha servido de orientación es la que propone la obra colectiva coordinada por A. Malamud y M. De Luca (2011), cuyo *leitmotiv* es responder, revisando distintos flancos de la actividad gubernativa, a la pregunta ¿cuánto de peronismo hay en el kirchnerismo? La trayectoria que se deja entrever a lo largo de los capítulos esquematiza una originalidad inicial que prosigue en una mimetización con aspectos conservadores del peronismo, manifestada en una tendencia al pragmatismo y la adopción de estrategias meramente coyunturales.

Otro tópico en donde acostumbran a pivotar los estudios sobre el kirchnerismo es el de la *memoria*. La confrontación con los materiales muestra, por cierto, la obsesiva presencia del componente conmemorativo y evocador, aunque se trata de un rasgo que trasciende el discurso kirchnerista y se hace necesario, pues, ver en él su funcionamiento diferencial. Durante la investigación busqué intervenir en el problema a partir del aporte de ciertos estudios ya clásicos sobre la memoria colectiva: P. Bertrand (1977), G. Vattimo (1989), R. Koselleck (1993), P. Ricœur (2004), D. LaCapra (2005), A. Huyssen (2007) y M. Halbwachs (2011 [1950]) (a los cuales cabría añadir ahora a R. Robin (2012)), que en mayor o menor medida brindan, por su consideración del procesamiento privado y público de acontecimientos como la *shoah*, instrumentos teóricos para reflexionar, *mutatis mutandi*, sobre las posibilidades de simbolización del acontecimiento traumático –en este caso, la evocación de los años setenta–. Es decir, aunque mi interés radicó en ocuparme del desempeño de las operaciones discursivas, estos instrumentos permitieron, entre otras cosas, distinguir

funciones compensatorias (i.e. la voluntad de recordar como respuesta a cierta transformación de la experiencia temporal producida por la aceleración de los procesos culturales) e instrumentales (i.e. la modulación pragmática de la rememoración colectiva por parte del poder político) de la memoria. No resulta posible soslayar que este acervo conceptual ya fue empleado por otros estudiosos del kirchnerismo como, por ejemplo, C. Lesgart (2006), E. Jelin (2007) y A. Montero (2007; 2008). En esta tesis se pueden reconocer asimismo los aportes de los estudios de J.-J. Courtine (1994), D. Maldidier y J. Guilhaumou (1994), y su ponderación del lugar del pasado en las luchas simbólicas, como mecanismo para darle legibilidad y legitimidad.

Menos presente en la bibliografía sobre el kirchnerismo, pero –por esta misma significativa asimetría– no menos importante, es la problemática de las proyecciones *utópicas*, a la cual le dediqué cierta atención durante la investigación. En este punto, los trabajos que se utilizaron para reconocer y darle organización a los datos son los de P.-F. Moreau (1986), M. Tournier (1993), V. Comparato (2005), P. Ricœur (2006). De algunas de las proposiciones de este último realizo en el capítulo correspondiente una capitalización heurística, ya que permite distinguir entre *funciones negativas* de lo utópico (implica un desafío a la creencia en la legitimidad del poder de la autoridad y una crítica de la realidad) y *funciones positivas* (como ideal constante pero no alcanzable que hace posible la vida colectiva, ya que devuelven el impulso emocional para motivar a la sociedad).

Queda, justamente, la cuestión de las *emociones*, a la cual le asigné un capítulo. Como se sabe, es vastísima la literatura generada en torno a la dimensión emotiva del discurso político, tanto dentro como fuera de las ciencias del lenguaje. De esta segunda zona, fueron considerados y discutidos aportes originados en la filosofía (R. Bodei (1995), M. Nussbaum (1995), O. Hansberg (1996)), la antropología (D. Le Breton (1999)), el psicoanálisis (N. Rosa (2006), C. Soler (2011)) y la sociología (É. Durkheim (2004 [1897])), no sólo para aproximarme a la fenoménica y organizar su verbalización y conceptualización (es amplia la cantidad de términos involucrados en el campo: emociones, sentimientos, afectos, etc.), sino también para debatir a partir de ellos la

vigencia y eficacia del instrumental analítico que empleo en este punto, proveniente en su mayoría de la semiótica y la retórica.

2.3. Investigaciones discursivas sobre espacios políticos no kirchneristas

Existe una segunda franja de trabajos sobre el discurso político que aunque no comparten exactamente mi tema de investigación, se instalan o bien en el mismo marco teórico o bien con la suficiente proximidad como para permitir una serie de reflexiones en torno a la operatividad de ciertas categorías y nociones y, por ende, a capitalizarlas y optimizar así el análisis. La pluralidad de perspectivas que, en el interior de las ciencias del lenguaje, tienen por objeto el discurso –más allá de que este vocablo no tenga un significado unánime– permite tales prestaciones.

En este sentido, y aunque de hecho fueron incorporados algunos de sus conceptos al diseño metodológico, es de mención obligada el trabajo clásico de S. Sigal y E. Verón (1988) sobre el discurso peronista y sobre su modelo enunciativo, ejemplo de puesta en obra de los principios de la *Teoría de los Discursos Sociales*. Ahora bien, si consideramos en toda su amplitud el campo de las investigaciones *semióticas*, la bibliografía sobre discurso político, incluyendo *papers* y ponencias, se torna difícil de abarcar, incluso si se restringe el inventario a aquellas que no se interesan especialmente ni por la mediatización ni por otro orden de la significación distinto al verbal. Cabe, no obstante, hacer mención al segundo volumen de la revista *deSignis* (2002) (publicación de la Federación Latinoamericana de Semiótica), dedicada a la comunicación política, dado que el conjunto de los artículos reunidos cristalizan y hacen una puesta a punto de los avances teóricos y analíticos de la semiótica sobre el funcionamiento la palabra política –principalmente el texto de P. Fabbri y A. Marcarino (2002).

Por *fuera de la Teoría de los Discursos Sociales* y la *semiótica*, otros trabajos se pueden citar como referencia necesaria. Algunos incluso orientaron la labor investigativa realizada, fundamentalmente en lo que atañe al tratamiento de materiales políticos y a la elucidación de aspectos metodológicos, aun cuando finalmente no formaron parte de esta tesis, como en los casos de J.-J. Courtine (1981) y P. Chilton y C. Schäffner (2005). Entre los que se abocan a *corpus* contemporáneos hay que citar los trabajos de M. Zoppi Fontana (1997) (sobre el discurso alfonsinista), A. Raiter (1999) (sobre el discurso zapatista), P. Marchand y L. Monnoyer-Smith (2000) (sobre el discurso político francés), E. Narvaja (2008) (sobre el discurso chavista), I. Chumaceiro y M. Gallucci (2008) (sobre Chávez y Uribe), A. Bolívar (2009) (también sobre el discurso Chavista), H. Fair (2009) (sobre el discurso menemista), P. Charaudeau (2009) (sobre el discurso populista), C. Gobin (2011). Otros se concentran en el ámbito local, pero se dedican a otras temporalidades: N. Goldman (1989) (acerca del discurso político de Mariano Moreno) y G. Vázquez Villanueva (2006) (acerca de Bernardo Monteagudo).

Como es lógico, la política tiene especial interés entre quienes ejercen la *retórica* y la *teoría de la argumentación*, corrientes a las cuales aludiré en la tesis cuando se trate el valor persuasivo de las emociones, pero que conservan un rol periférico en el dispositivo analítico puesto en juego. También aquí es extensa la lista de obras de referencia. Algunas de ellas se destacan por iluminar problemas epistemológicos y metodológicos, tal es el caso de Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca (1994 [1958]), P. Boudon (2000), B. Buffon (2004), R. Amossy (2008a, 2012), P. Charaudeau (2008), M. Meyer (2009), Ch. Plantin y S. Gutiérrez Vidrio (2010) y Ch. Plantin (2011); otras, como, por ejemplo, Gutiérrez Vidrio (2005), permiten observar la operacionalización en discursos políticos del dispositivo analítico de la teoría de la argumentación.

2.4. Estudios discursivos sobre el kirchnerismo

La perspectiva discursiva no es patrimonio de los investigadores provenientes de las ciencias del lenguaje. Desde un enfoque lexicométrico y contrastivo, V. Armony (2005) propuso un análisis interdisciplinario (sociológico y lingüístico) del discurso

kirchnerista, comparándolo con otros discursos presidenciales argentinos. De esas intervenciones se desprende la importancia táctica de significantes como “Patria”, “Argentina” o “argentinos”, en el marco de una elaboración simbólica de una identidad nacional al servicio de la reconstrucción del tejido colectivo. De esto mismo hablaré en el siguiente capítulo. Desde las ciencias políticas, A. Montero (2012) analiza con categorías de la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso* y de la *Teoría de la Argumentación en la Lengua* la elaboración de la memoria en los enunciados de Néstor Kirchner.

Por su parte, el paisaje dentro de las corrientes del análisis del discurso más cercanas a los instrumentos de la lingüística (como el *Análisis Crítico del Discurso* y la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso*) muestra un progresivo interés por el discurso kirchnerista (véase, como ejemplo, Raiter (2009)), actualizado en una proliferación de ponencias y artículos y, en menor medida, tesis académicas, acumulación que aún no ha dado como fruto obras de mayor envergadura y circulación social. Otro tanto se puede decir del panorama en el interior de la *Teoría de los Discursos Sociales*. Esta tesis, por ende, pretende alojarse en esa zona de parcial vacancia.

3. Acerca de las condiciones de producción del discurso kirchnerista

Reconstruyamos ahora algunas de las condiciones en las que se produce la palabra kirchnerista, con el objetivo de localizar allí los operandos que la configuran.

Cuando el 25 de mayo de 2003 Néstor Kirchner asumió la presidencia gracias a poco más del 22% de los votos, el país aún padecía el impacto de la tremenda crisis económica, social y política que terminó de estallar en el 2001, a pesar de la devaluación y pesificación “asimétrica” oficiadas por Eduardo Duhalde que le

pusieron fin al ciclo económico de la convertibilidad impulsado por el neoliberalismo de la década anterior. Como se expuso al inicio de la tesis, la interpretación y exposición de los hechos del pasado variará según los autores –las convenciones historiográficas implícitas acerca de la relación entre relato y realidad son siempre asediadas por los sistemas de significación y los presupuestos de lectura generados en el presente– y, por ende, es materia de disputa la repartición de los méritos en la gestión de la crisis: en porcentajes variables según la fuente, algunos son atribuibles al nuevo gobierno y otros a factores precedentes o ajenos (v. por ejemplo, Svampa, 2007).

Nadie objetaría, de todas maneras, que la situación era la de un desastre con múltiples manifestaciones: económica, social y política. Este último ámbito estaba teñido por la fragmentación de las entidades partidarias tradicionales y la deslegitimación de sus actores: “que se vayan todos”, frase insignia de la protesta social, tenía como blanco no sólo a Menem, De la Rúa y Cavallo, sino a toda la clase política. Con cierto respaldo por parte del FREPASO y la UCR, Duhalde lideró un gobierno de transición parcialmente asentado sobre acuerdos legislativos, lo cual produjo una novedad efímera en la cultura política argentina: la momentánea parlamentarización de su tradición presidencialista (cf. Novaro, 2010: 282). Hacia el segundo semestre de 2002 mejoraron algunos indicadores de la actividad económica. Paralelamente, Sudamérica transmutó su signo político, que pasó de años de hegemonía neoliberal a la proliferación de gobiernos caracterizados en general –y creo que de manera simplificadora– como de izquierda y populistas. Es en ese contexto que, apoyado por Duhalde, Néstor Kirchner se presenta a elecciones. El dato significativo es que las elecciones presidenciales de abril de 2003 se transformaron, en la práctica, en la interna del peronismo, disputada entre Kirchner, que marcaba una continuidad con la gestión anterior, la línea populista liderada por Rodríguez Saa y la neoliberal encabezada por Menem. Este último ganó la primera vuelta de las elecciones, pero, para evitar el rechazo masivo que se pronosticaba para la segunda vuelta, decidió retirar su postulación, por lo que Kirchner asumió la presidencia en unas condiciones que bien lejos estaban de blindar su legitimidad.

Rápidamente, sin embargo, quedó claro que no sería un presidente vicario o de transición: sus iniciativas mostraron que estaba dispuesto, en un mismo movimiento, a robustecer su apoyo político, a autonomizarse de la tutela de Duhalde, a romper con el pasado de su partido y, más aún, a inaugurar una nueva época política. Algunas acciones y discursos fueron decisivos para la parcial consecución de estas metas. En el plano económico, los pilares fueron el superávit fiscal y comercial, sostenidos de manera simultánea. Los ciclos de tasas de interés bajas y a la abrupta alza de los precios de las exportaciones –principalmente por la emergencia de nuevas economías industriales asiáticas– le permitirían un crecimiento y concentración inédita de recursos fiscales, a lo que le sumó una muy favorable renegociación de la deuda externa, asistida por la prescindencia de la administración Bush –que no quería que el costo mayor de la crisis argentina recayera sobre el Tesoro estadounidense–, pero impulsada por un discurso sumamente confrontativo contra los organismos internacionales de crédito y los tenedores de bonos “defaulteados”. Fruto de una política de intervencionismo estatal, otras decisiones del ámbito interno contribuyeron a esta reactivación económica. Sumado a la devaluación de la moneda, el congelamiento tarifario de los servicios públicos, y hasta la reestatización de algunas empresas privatizadas, devolvió rentabilidad a la industria sin afectar las cuentas públicas, factor que, junto con la consecución de superávit fiscal y la minimización de la presión gremial, ayudó a controlar la inflación.

También en el plano político se registra esta convergencia de legados y decisiones. Se debe computar como mérito kirchnerista el fortalecimiento, en relación a la etapa menemista, del funcionamiento de las instituciones políticas y del Estado, aunque, para algunos autores, el aumento progresivo del poder en manos del ejecutivo sigue aún hoy poniendo en riesgo los principios republicanos. De hecho, una acusación sostenida que ha recibido el kirchnerismo es el perfeccionamiento de los mecanismo de conversión de recursos estatales en sufragios (cf. Romero, 2012: 389). Sin embargo, continúa siendo casi unánime la aprobación sobre dos de sus acciones tempranas, que además operaron como espaldarazo fundamental para su legitimación.

Por un lado, la revalorización de la política de derechos humanos y, en particular, su actualización jurídica, plasmada en la reapertura de juicios y revisión de leyes. Por otro, el desplazamiento de la denominada “mayoría automática” de la Suprema Corte de Justicia, que había convalidado las políticas menemistas. Asimismo, la fragmentación de los partidos existentes le permitió a Kirchner sumar aliados de distintas fuerzas y reorientar al peronismo luego de su nefasto capítulo menemista. Su intento de dotarlo de una nueva memoria y de articularlo transversalmente con fuerzas y actores de izquierda y centroizquierda tuvo no obstante éxito dispar y, en algunos casos, paradójico, pues terminó por lograr mayor obediencia de los cuadros de su propio partido que de sus circunstanciales aliados (cf. Novaro, *op. cit.*: 297).

Es innegable que, una vez autonomizado como fuerza gobernante e imprecisamente recortado sobre el fondo del peronismo su propio ideario político, el kirchnerismo ingresó en un período de radicalización, donde encontró nuevos conatos de resistencia, principalmente la reunificación de los sectores de clase media históricamente refractarios al peronismo. Hacia el final de la gestión de Néstor Kirchner, era claro que la lógica política de su gobierno funcionaba absorbiendo y polarizando (cf. Novaro, *op. cit.*: 301), en función de una gramática de lectura de la arena política que separaba entre un campo nacional y popular, cuya representación se adjudicaba el gobierno, y una derecha que respondía a intereses censurables (monopólicos, oligárquicos, extranjerizantes, etc.), integrada por la mayoría de los sectores de la oposición y a la cual era funcional la supuesta miopía de los grupos de izquierda. En parte por el impacto de la misma polarización en el ámbito intelectual, esta matriz es aún hoy objeto de interpretaciones divergentes y, por tanto, no se coincide a la hora de determinar las causas que la ponen en funcionamiento. Se trata, para algunos, de una reacción orquestada por las facciones perjudicadas frente al avance de políticas kirchneristas en la redistribución de la riqueza; para otros, son derivaciones de las contradicciones mismas del grupo gobernante, de un diagnóstico equivocado sobre la dinámica campo político y de las acciones desplegadas para imponer su sorda voluntad.

En las elecciones presidenciales del 2007, el kirchnerismo intentó neutralizar parte de los argumentos opositores, fundamentalmente el de la degradación institucional obrada por la concentración desmesurada de poder en el ejecutivo. Primero, desistiendo de proponer la reelección de Néstor Kirchner, aunque la candidata finalmente elegida fuera su esposa, Cristina Fernández; segundo, esgrimiendo como promesa de campaña un mejoramiento de la calidad institucional. A la postre, la vencedora de las elecciones fue la candidata oficialista. Su primer gobierno iba a estar casi desde su inicio signado por un conflicto que, según la percepción de muchos, marcó un cambio de etapa en el gobierno kirchnerista: el rechazo a las retenciones móviles sobre las exportaciones, resultado de un prolongado plan de lucha organizado y desarrollado, a través de un *lock out* comercial y diversas marchas, por el conjunto de las entidades que nuclean a los principales sectores agropecuarios. Lo que los medios designaron *el conflicto del campo*. Para esta tesis, esa coyuntura, recogida bajo el término *antagonismo manifesto*, explica buena parte de las variaciones del discurso kirchnerista y de las invariantes que le dan identidad. Este conflicto –concretado a través de un desenlace dramático que fracturó el frente gobernante– abrió una etapa crítica para el gobierno entre el 2008 y 2009. En el plano económico, la crisis de Wall Street y el derrumbe del precio de soja lo llevó a decretar la reestatización de los fondos previsionales que administraban las AFJP, lo cual significó un alivio para la recaudación fiscal y un golpe político de efecto, pues reforzó la aprobación de los sectores contrarios a las políticas neoliberales. En el campo político, el gobierno volvió a tomar la iniciativa con decisiones de peso: la implementación de la asignación universal por hijo y las leyes de servicios audiovisuales y de matrimonio igualitario. La disminución de los indicadores de la crisis financiera internacional en el 2010, mejoró la situación general del país. Hacia fines de ese año, un nuevo acontecimiento va a interrumpir este panorama y a reconfigurar la situación política: la muerte, repentina y prematura, de Néstor Kirchner.

Desde su posicionamiento antiperonista, L. A. Romero resume la situación de la siguiente manera:

En los meses siguientes, la popularidad de Cristina creció aceleradamente, y siguió así hasta fines de 2011. La muerte de Kirchner pareció alejar toda la carga negativa del kirchnerismo y dejar en pie sólo los aspectos positivos. Fue una suerte de gambito de rey: el sacrificio de una pieza mayor para obtener una ganancia posicional decisiva. El pasaje de un gobierno bicéfalo a otro manejado exclusivamente por Cristina Kirchner no trajo en lo inmediato sorpresas o cambios de rumbo. La campaña electoral lo dominó todo. El consumo, incrementado por la inyección de dinero por el fisco, continuo alimentando la imagen de prosperidad, y el relato épico del kirchnerismo se potenció con la imagen glorificada de quien, desde algún lugar, continuaba inspirando al gobierno. Creció la politización de amplios sectores juveniles, lo que recordó las antiguas grandes movilizaciones políticas. La oposición, preparada para enfrentar a un Kirchner de carne y hueso y no a un mito, quedó descolocada y sumida en sus peleas. En octubre de 2011, Cristina Kirchner obtuvo el 54 % de los votos. Fueron muchos más de los que nunca había conseguido el kirchnerismo. La continuidad estaba garantizada, pero a la vez nadie dudaba de que, con Cristina en soledad y con un apoyo electoral masivo, se abriría una nueva etapa (*op. cit.*: 401).

Así pues, la muerte de Néstor Kirchner da inicio a lo que muchos historiadores arriesgan en llamar el “cristinismo”. La pregunta que queda por responder –quizás sea la ocasión para otra tesis– es si se trata de una cuestión de cambio de estilo o una reorientación política.

CAPÍTULO II

Introducción. La política y la mugre

Este capítulo se sostiene sobre la obligación metodológica que tienen hoy los estudios del discurso de reflexionar sobre los límites de la palabra política. No se trata de meros devaneos ontológicos, sino de calibrar las reflexiones producidas anteriormente sobre estas fronteras a fin de organizar la propia intervención.

Evidentemente, el primer problema es decidir si las intuiciones con las que se seleccionaron los materiales de análisis están respaldadas por los conocimientos actuales sobre la discursividad y, por lo tanto, son correctas. Para comenzar, me arriesgaría a sostener –sugerido por algunos trabajos de filosofía política¹⁸– que, como el político, ningún otro campo social tiene contornos tan difusos, tantas líneas de fuga que prorrumpen desde su interior, tantas lecturas que lo sesgan o seccionan, hasta el punto en que casi nadie titubearía demasiado en rotular hechos nimios y privados, o incluso íntimos, como una cosa política, y a muchos menos les sorprendería ser testigos de algo así. En la época moderna, asistimos a una especie de prevalencia incondicional de lo político. Se trata, como dice J.-C. Milner, de una Palabra-Amo, cifra del sentido social: “Se reconoce la visión política del mundo, que articula con este solo nombre el punto donde el mundo deviene visible y donde lo que se ve adopta forma de mundo” (1999: 79); paradójicamente, la virtud decisiva del término política es no estar ligada a ningún semantismo particular: “el significante *político*, al menos en cuanto que alude al secreto de un mundo, será más eficaz cuanto más cerca esté de un *flatus vocis*” (*op. cit.*: 81). Como la mugre, la política está en todas partes; es ubicua. Se suele aceptar, por ejemplo, que la órbita de lo económico –al menos lejos de la tradición marxista– tiene un afuera cuyo comienzo es posible determinar con cierta

¹⁸ Es ya célebre la referencia a una *retirada de lo político*, en el sentido de que la cuestión misma de lo político se retira y “da paso a una suerte de obiedad de la política o de lo político, a un ‘todo es político’” (v. Lacoue-Labarthe & Nancy, 1997: 97).

precisión; que, para el caso de las prácticas del lenguaje, el lugar social que ocupa el hablante y el tema que moviliza el enunciado resultan parámetros eficientes para afirmar que pertenece al discurso económico. Ahora bien, si un padre le regala propina a su hijo mientras lo incita a atesorar capital a lo largo de su vida, el primer reflejo de muchos sería, sin duda, evaluar esa acción como política y no como una práctica económica *stricto sensu*. Algo similar vale –otro caso– para la literatura: una novela que trate sobre la violencia simbólica que un profesor universitario ejerce sobre sus subalternos al tiempo que imparte lecciones sobre Foucault, Bourdieu o Paulo Freire sería rápidamente etiquetada como un relato político antes que pedagógico institucional, ocasionando además una copiosa hermenéutica sobre las perversas estructuras de los aparatos del Estado que posibilitan, promueven y enaltecen esos abusos.

Quiero insistir: no es el caso demostrar aquí que el dominio político (i.e. las tramas y espacios que se establecen para decidir sobre los asuntos de una comunidad), a diferencia –vaya como ejemplo– del económico y el jurídico, tiene un peso específico mayor en la articulación de las relaciones sociales. Es cierto que, para una percepción silvestre, los tres parecen inficionar todo el universo social, pero es el político el horizonte interpretativo prevalente para la lectura, por parte de la crítica, de casi todos los fenómenos culturales y sociales. ¿Facultad intrínseca de ofrecer una mejor legibilidad o palabrería ilustre? Más –políticamente– correcto sería decir que tal preponderancia se justifica porque la política atañe a las condiciones de una vida en común –o, visto desde la instancia subjetiva, a un modo de organizar la intersección entre el goce individual y la posibilidad de una existencia colectiva– y, sobre todo, a la repartición de los lugares que cada uno ocupa (o no) en esa comunidad.

Sobra decir que hacer de esta ubicuidad un problema es cosa de la razón científica. La teoría requiere “compartimentalizar” y generar cierto efecto de clausura.¹⁹ La sociología, en esferas o campos; los estudios del discurso, en tipos y

¹⁹ De este dato provienen, en parte, los inconvenientes ligados al afianzamiento de algunas corrientes de los estudios del discurso como disciplinas autónomas y sólidamente constituidas. Los intereses y *corpus* de estas corrientes se fueron diversificando de tal manera que se asiste hoy en día a una

géneros; y así. Ni aunque fuera posible pretendería finiquitar aquí el problema que suscita establecer los límites del discurso político, dictaminar cuáles enunciados le corresponden y cuáles no. Tampoco me considero con las competencias para reducir la amplitud que posee el asunto (e.g. catalogar criterios estrictos para un programa de definición lingüística del discurso político), ni menos aún para aumentarlas (no me interrogo en esta tesis sobre la ontología de la política). Me sentiría satisfecho si tan sólo quedan despejadas las principales aristas que involucra decidir sobre el carácter político de un enunciado y mi ubicación al respecto. En otros términos, procuro que un paso metodológico ineludible –justificar los criterios de instalación en un lugar social de enunciación y de conformación de un *corpus*– sirva asimismo para revisar el funcionamiento del dominio político en la contemporaneidad.

Lo anterior explica la extensión de este primer capítulo.

1. Lo mismo de siempre

Si existe un discurso político, si alguna vez hubo que bautizar una clase con ese nombre, es porque hay discursos que no son políticos o, lo que es igual decir, otras clases de discursos. Así, el primer asunto a considerar es el de la organización de los enunciados involucrados, en el pasado y en el futuro, en la urdimbre del sentido social. Conviene, para fijar las coordenadas del terreno que realmente importa observar aquí, seguir dándole crédito al trabajo clásico de Foucault (cf. 1997 [1966]) acerca del agrupamiento de los entes del mundo. El orden de las cosas tiene tres dimensiones según este autor, tres niveles de elaboración simbólica.

“descompartimentación” de las investigaciones, al punto que algunos autores prefieren imaginarlas como espacios críticos de interrogación y experimentación más que como auténticas disciplinas.

En el primero se encuentran los códigos fundamentales de una cultura (los que administran su lenguaje, sus esquemas perceptivos, sus técnicas, sus valores, la jerarquía de sus prácticas), los cuales fijan de antemano, para cada pensamiento individual, los criterios que le permiten establecer ciertas semejanzas y distinciones. En este plano, las cosas se ordenan según una lectura “espontánea”, que responde a requerimientos de la vida práctica. La franja media se produce por un primer salto hacia un nivel reflexivo: es la experiencia preteórica del orden que tiene la cultura. Es la conciencia de la existencia misma de los órdenes, que encuentra siempre traducción en un campo epistemológico datado. Y es en nombre de este orden que, según Foucault, “se critican y se invalidan parcialmente los códigos del lenguaje, de la percepción, de la práctica” (*op. cit.*: 6). Sobre este suelo se construye, finalmente, el conocimiento reflexivo sobre la organización de la cultura, la dimensión de la cultura donde el orden ya no forma parte de una práctica espontánea ni su constatación es fuente de perplejidad, sino que constituye el objeto de las teorías científicas y las interpretaciones filosóficas más elaboradas. A estas les toca replegarse sobre las otras dos regiones y explicar la existencia de los órdenes, las leyes que los regulan, el establecimiento de uno y no de otro, etc.

Llegados aquí, sobra aclarar que el presente capítulo se interesa por un problema microscópico derivado de esta última zona; su punto de vista es metateórico, por decirlo rápidamente. Formulado como interrogante: ¿cómo los estudios del discurso intentaron ordenar los enunciados existentes? ¿En qué planos de la producción de sentido radicarón la cuestión? ¿Qué denominaciones y criterios de clasificación propusieron y cuáles desecharon?

1.1. Si tan sólo los enunciados fueran como las plantas...

Existe, entonces, una certeza que esta tesis acepta como uno de sus puntos de partida: una de las labores primordiales de cualquier corriente de los estudios del discurso es clasificar los enunciados producidos en la sociedad o, al menos, interrogarse sobre la

viabilidad y rédito de la clasificación. La conducta “espontánea” y la voluntad científica de clasificar deben capitalizarse en programas de investigación. Que se entienda: lejos de posturas normativistas, y sin descuidar el tema de las tipologías que forman parte de las competencias comunicativas de los hablantes, se trata aquí de observar qué sucede en el plano epistemológico del análisis discursivo. Bien vale comenzar citando un texto de G. Ciapuscio, dada la límpida formulación que ahí tiene el tema. Si bien su marco teórico es la lingüística textual y, consecuentemente, su unidad de análisis son los textos y no los enunciados, brinda una explicación satisfactoria sobre los orígenes antropológicos de la cuestión de la tipologización y pistas sobre ciertas dificultades:

“La necesidad de clasificar es intrínseca al ser humano: para comprender el mundo que nos rodea, percibimos las similitudes y diferencias y a partir de allí surge inmediatamente la necesidad de ordenar, de jerarquizar, en suma, de establecer tipos de objetos, acciones, eventos situaciones sobre la base de criterios de orden diverso. Esta forma de operar del sistema cognitivo humano tuvo desde la antigüedad su reflejo en las artes y humanidades y constituye hoy en día una preocupación fundamental en los estudios discursivos y textuales. La finalidad de la clasificación o tipologización no se dirige en estas disciplinas hacia el mundo externo en general sino hacia las producciones lingüísticas de las personas, esto es, hacia los textos” (1994: 13).

Aunque es fácilmente comprobable que, en las distintas corrientes de los estudios del discurso, las investigaciones sobre esta materia no están en una fase inicial, la ponderación que hace la autora del estado general de situación no es del todo optimista. Para el caso de la lingüística textual detalla algo fácilmente transferible a otras corrientes: aún falta un sistema de clasificación que, sin dejar de ajustarse a los requerimientos teórico-metodológicos, tenga, a la vez, realidad empírica. Y los inconvenientes no terminan allí. Buena parte de lo que sigue en este capítulo de la tesis está destinado a considerar algunos de ellos, como ser la confusión terminológica en la

denominación de las categorías y la naturaleza heterogénea de los parámetros de clasificación.

Para este capítulo en particular, el lugar a desentrañar es el de las tipologías. ¿Qué es esta entidad? Perogrullada: es el resultado de una clasificación en base a tipos. Una tipología supone, como condición de posibilidad, un lugar común, un área de identidades, de semejanzas, que funciona como fondo sobre el cual distribuir los parecidos y las diferencias de las cosas; es, nuevamente, una disposición de elementos que tienen entre ellos rasgos semejantes, que los definen como tipo, y características propias, que los diferencian de los otros tipos. Este espacio plano que le otorga cierta inteligibilidad a las cosas del mundo, esta utopía que consuela con la fantasía de la congruencia, reconoce, en la actividad investigativa, al menos dos amenazas. De un lado, el riesgo que supone el excesivo “alisamiento”, el efecto hegemónico sobre la espesura del orden discursivo, como si los tipos pasaran por alto el comportamiento “chúcaro” de los enunciados, como si pudieran por un momento restaurar el equilibrio perdido en la indeterminación que rige todos los procesos de producción de sentido. Sabemos, caso pueril, que un enunciado puede engendrarse “político” y ser luego reconocido en el entorno de un juego de discurso bien distinto. Este ejemplo nos conduce al otro peligro: el efecto de clausura. Los tipos tienden a ilusionarnos sobre la existencia de espacios semióticos cerrados, con unas normas de funcionamiento específicas. No hay manera de que cada investigación no efectúe una serie de recortes, explicaciones y también cierres. La pregunta es cuál es límite en donde la labor de pensar las propiedades inherentes de cada tipo comienza a transformarse en miopía, en donde la homogeneidad que proponen las formas de ordenarlo se desplaza hacia los atributos reales del fenómeno estudiado, y la clasificación deja de cumplir así con las funciones descriptivas y explicativas mínimas.

Tal vez el problema de fondo se encuentre en confundir las miras. La empresa clasificatoria no puede consistir en emular la taxonomía que afecta a los vivos, puesto que unos y otros, enunciados y seres, no comparten una misma lógica genética y reproductiva. Aunque lo hizo en referencia al universo literario, nadie expuso las bases de este problema mejor que J.-M. Shaeffer (1986; 2006). Su sagacidad le permite

desanudar dos dimensiones que muchos análisis tienden a confundir o cuya existencia directamente pasan por alto. No es análoga, señala (1986: 3-4), la relación que *un* texto concreto tiene con *su* clase de pertenencia concreta con la que vincula a *los* textos con *las* clases, ya que esta última instala la cuestión en el terreno del vínculo que guardan los fenómenos empíricos (en este caso los textos) con las categorías (las clases) y plantea que existe una exterioridad entre los términos relacionados. Esta segunda dimensión promueve la aparición de un metadiscurso de carácter trascendental sobre los géneros y los tipos (e.g. los sistemas genéricos del romanticismo, del idealismo alemán); la primera, permite pensar teorías fenoménicas y textuales.

Según Schaeffer, para una teoría de carácter trascendental una categoría como, por ejemplo, *género* funciona a modo de una exterioridad, una entidad extratextual, fundadora de una clase de textos, en tanto matriz, estructura, esencia, etc. Esta exterioridad:

“Es el procedimiento que consiste en ‘producir’ la noción de un género no a partir de una red de parecidos existentes entre un conjunto de textos, sino postulando un texto ideal cuyos textos reales no serían más que derivados más o menos análogos, igual que según Platón los objetos empíricos no son más que copias imperfectas de las Ideas eternas” (2006: 9).

Se observará que uno de los inconvenientes que presenta esta posición es su desconocimiento de la transtextualidad y, por tanto, su imposibilidad de explicar parte del funcionamiento lingüístico del texto. Las secuelas de esta ignorancia no son menores, ya que se pierde de vista que los géneros y los tipos son el resultado de la percepción de que un nuevo texto se vincula con los existentes, de acuerdo – obviamente– a una modalidad propia y específica. Aplicado al caso de las obras literarias, T. Todorov también lo describe con claridad:

“Dicho en términos más generales: no reconocer la existencia de los géneros equivale a pretender que la obra literaria no mantiene relaciones con las obras ya existentes. Los géneros son precisamente esos eslabones mediante los cuales la obra se relaciona con el universo de la literatura” (1994: 11).

Esta teoría ontológica se sostiene, en parte, en la idea de que un conjunto de enunciados o un texto es algo así como el *analogon* de un objeto físico con una identidad compacta más que un hecho semiótico específico, es decir, un conjunto complejo formado por, al menos, un canal de comunicación con una estructura dada y una serie de actos comunicativos que actualizan ese canal. Según Schaeffer, se deriva de este tratamiento de los textos una uniformización de la relación que hay entre los textos, los géneros y los tipos o, para ponerlo en otros términos, se cae en el error de pensar que todas las determinaciones genéricas o tipológicas se refieren a fenómenos textuales del mismo nivel y de idéntico orden. Tal creencia se debería extinguir rápidamente si se consideran la multiplicidad y complejidad de aspectos que hacen a esta cuestión.

“Cuando uno se concentra en la globalidad del acto discursivo, más que sobre su simple realización textual, literaria o no, oral o escrita, la heterogeneidad de los fenómenos a los que se refieren los diferentes nombres de géneros deja de ser escandalosa: siendo como es el acto discursivo pluriaspectual, resulta completamente normal que admita varias descripciones diferentes y, sin embargo, adecuadas” (Schaeffer, 2006: 56).

En último término, gran parte de las confusiones que se suscitaron alrededor de la segmentación del universo textual fueron provocadas por una tendencia a tomar el paradigma de la clasificación biológica como modelo para la de los géneros textuales, como si se tratara de dos lógicas plenamente homologables. Se olvida, tomando este camino, que los seres vivos estamos afectados por una *invariancia reproductiva* (Monod, 1993), es decir, reproducimos y transmitimos *ne variatur* la información

correspondiente a nuestra propia estructura, como parte de un proyecto teleonómico esencial. Esta propiedad implica que poseemos un determinismo morfogénico autónomo de las fuerzas y condiciones exteriores, las cuales, a lo sumo, trastornan este desarrollo. Todo esto nos diferencia de objetos y de artefactos, como, por ejemplo, los géneros discursivos y los ejemplares textuales que los componen, dado que son creación de agentes exteriores. Expresado de manera simple, la perra Lassie se explica a partir de su género, dado que sus propiedades, mamífero doméstico cuadrúpedo, derivan, por herencia genética, de su pertenencia a la clase de los caninos; un ejemplar textual, por contrapartida, no admite que sus rasgos se expliquen siguiendo ese camino: si un texto posee “X” propiedades no es *porque* pertenece al género X, sino que esto se debe a que posee ciertas características compartidas con otros textos lo que le permite conformar, amalgamándose con ellos, una clase.

Al revés de lo que sucede con el de carácter trascendental, un abordaje textual empírico trata al texto no como un objeto físico, sino como un hecho comunicativo específico. Esto no sólo lo convierte en una teoría verdaderamente lingüística, sino que le permite pensar la textualidad como un sistema abierto y –punto importante– postular la existencia de una *genericidad* (o *tipicidad*) entendiéndola como un componente textual, lo que implica que las relaciones genéricas serían un conjunto de reinversiones más o menos transformadoras de este componente. Así establecida, Schaeffer llega a afirmar que la *genericidad* puede perfectamente ser explicada por un juego de repeticiones, de imitaciones, préstamos, etc. de un texto en relación a otros, o a otros, y la apelación a un postulado tan “poderoso” como el de una estructura o matriz de competencia se muestra perfectamente superflua, ya que no explica más cosas de lo que puede hacerlo una teoría transtextual. De hecho, este postulado es inadecuado en la medida en que es incapaz de tomar en cuenta la dimensión esencialmente dinámica de la genericidad e impone una visión simplemente clasificatoria que desconoce la especificidad de la relación genérica. ¿Significa esto que debemos descartar de plano la idea de género o de tipo en tanto categorías con cierto nivel de abstracción reconocible y considerar la *genericidad* como puras relaciones

transtextuales de repetición que no remiten a nada “por encima” de ellas? Sería más prudente recurrir, aunque modificándola, a otra noción que propone Schaeffer, la de *genericidad* (o *tipicidad*) *moduladora* (cf. 2006: 112 y ss.), para especificar el papel del componente genérico o tipológico en la producción textual. En tal sentido, un régimen de modulación haría referencia a determinaciones que no son totales, sino parciales, que permiten explicar algunos rasgos del texto producido, pudiendo justificar, incluso, algunos de esos rasgos de manera exhaustiva.

Junto con los riesgos e inconvenientes mencionados, sobreviene pronto –como se dijo arriba– el percance terminológico generado por la inestabilidad de los taxones. En general, no se confunde una zona de la producción verbal (e.g. política) con un dispositivo de comunicación específico (e.g. panfleto, plataforma, afiche, etc.). No se puede decir lo mismo de la denominación metadiscursiva de cada uno de estos niveles, ya que las distintas teorías y corrientes utilizan a menudo diferentes designaciones categoriales (e.g. tipo, género, clase textual, género de texto, hipergénero, etc.), incluso de una a otra se invierte la denominación de los niveles. Me apresuro a aclarar que, a contramano la tradicional fórmula bajtiniana, en este trabajo el término *tipo* hará referencia a los grandes sectores de la actividad verbal, mientras que *género*, *genericidad* y *escena genérica* señalan configuraciones comunicativas y enunciativas particulares. Este desnivel no implica un clivaje. Los tipos y los géneros discursivos se encuentran en relación de reciprocidad: todo tipo es un agrupamiento de géneros, un género sólo es tal si pertenece a un tipo.

1.2. En el principio fue el género

Una mirada a la historia de las ciencias del lenguaje arroja un dato concluyente: la primera reflexión importante sobre la clasificación de los enunciados –y entre las inaugurales sobre la discursividad–, la bajtiniana, se produce poco después de la

primera reflexión estrictamente lingüística sobre el lenguaje, la saussureana.²⁰ El texto inspirado (o directamente escrito) por M. Bajtín y firmado por V. Voloshinov (1992 [1929]), *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, fue redactado en la década de 1920; el del mismo Bajtín sobre los géneros discursivos, en la de 1950 (2003 [1979]) (al igual que el de Jakobson sobre el esquema de funciones del lenguaje, sólo por mentar otro hito de las ciencias del lenguaje en las tentativas por organizar la actividad lingüística –que se propone, en este último caso, catalogar unidades menores en relación a los ejemplares textuales, unidades definidas por parámetros funcionales–). Conviene ampliar un poco sobre este momento inicial de especulación metadiscursiva.

Consideradas desde un enfoque comunicacional en sentido amplio, las tesis de corte materialista de Voloshinov y Bajtín se extienden sobre el campo de la práctica comunicativa en general y de la praxis social que la implica. En este dominio, la noción de género discursivo es considerada como configuradora de la experiencia ordinaria del lenguaje; puntualmente, hace referencia a las formas de comunicación que actúan sobre las competencias lingüísticas y las actuaciones discursivas concretas, moldeándolas según la determinación de las condiciones, y oscilaciones, de una situación social y de una ideología dadas. La producción discursiva no es pura creación individual, sino que está determinada por la estructura de un género discursivo, género discursivo que, a su vez, responde a un condicionamiento ideológico. Según Bajtín:

“Una función determinada (científica, técnica, periodística, oficial, cotidiana) y unas condiciones determinadas, específicas para cada esfera de la comunicación discursiva, generan determinados géneros, es decir unos tipos temáticos, compositivos y estilísticos de enunciados determinados y relativamente estables” (*op. cit.*: 252).

²⁰ A su vez, ambas se producen mucho después, conviene señalarlo, de trascendentes clasificaciones originadas en otras esferas comunicativas, como la teoría literaria y la retórica. A Schaeffer (cf. 2006) se debe un trabajo esclarecedor al respecto.

Coincidiendo parcialmente con los enfoques retóricos y pragmáticos, Bajtín afirma que la selección de enunciados depende del género que se considere apropiado y de los receptores concretos o previstos:

“Todo género discursivo en cada esfera de la comunicación discursiva posee su propia concepción del destinatario, lo cual le determina como tal (...).

Al hablar siempre tomo en cuenta el fondo aperceptivo de mi discurso que posee mi destinatario: hasta qué punto conoce la situación, si posee o no conocimientos específicos de la esfera comunicativa cultural, cuales son sus opiniones o convicciones, cuáles son sus prejuicios (desde mi punto de vista), cuáles son sus simpatías y antipatías; todo esto determinará la activa comprensión-respuesta con que él reaccionará a mi enunciado, la selección de procedimientos de estructuración y, finalmente, la selección de recursos lingüísticos, es decir, el estilo del enunciado” (*op.cit.*: 254).

En tal sentido, el grado de competencia de un locutor no se define, tal como lo concibe este autor, por el manejo de una lengua, sino por su repertorio discursivo, esto es: por la capacidad de utilizar las distintas formas genéricas de la comunicación según sus necesidades.

Esta última constatación activó la voluntad clasificatoria de esta línea de reflexión. Voloshinov (1992 [1929]: 41-50) percibe la importancia de los géneros discursivos y señala que la tarea urgente del marxismo es tipologizarlos. La premura se debe a que son los géneros los que: a) organizan la interacción discursiva y, por tanto, la reproducción de la ideología social en sentido amplio; b) están determinados plenamente por las relaciones y fuerzas de producción de una coyuntura determinada, es decir, por el nivel infraestructural:

“Cada época y cada grupo social tiene su repertorio de las formas discursivas de la comunicación ideológica real. A cada grupo de formas homogéneas, es decir, a cada género discursivo concreto, le corresponde su conjunto de temas. Entre la forma de la comunicación (por ejemplo, la directa comunicación técnica y laboral), la forma del

enunciado (breve réplica oficial) y su tema existe una indisoluble unidad orgánica. *Por eso la clasificación de las formas del enunciado debe fundarse en una clasificación de las formas de comunicación discursiva.* Estas últimas están plenamente determinadas por las relaciones de producción y por la formación político social” (*op. cit.*: 46).

Con la misma preocupación, Bajtín afirma que la tipologización recorrió caminos que olvidaban la naturaleza lingüística de las prácticas clasificadas. El caso de la organización literaria es una proliferación de criterios temáticos, socio-históricos, contenidistas, de clasificación, criterios que reflejan una inquietud por la especificidad del campo artístico. La retórica, por su lado, se restringió, al menos en un primer momento según Bajtín, a considerar en su tipología el lugar social del uso de los géneros.

En lo que atañe a los ensayos de clasificación, el aporte célebre y significativo de Bajtín es la distinción entre géneros discursivos primarios y géneros discursivos secundarios. Estos últimos, derivados de los primarios, modulan la comunicación culturalmente compleja y el dispositivo que los actualiza es generalmente escrito o icónico (e.g. novelas, films, investigaciones científicas, los géneros periodísticos). Los géneros primarios están, por su parte, en contacto inmediato con la realidad, puesto que se emplean en el intercambio cotidiano oral. Son absorbidos por los secundarios que los reelaboran, al tiempo que les hacen perder ese contacto (como sucede, vaya por caso, con los enunciados de un diálogo cotidiano que, integrados a una novela, adquieren sentido dentro de ese otro grupo de enunciados). A este estado de cosas, le corresponde una metodología específica. La función del analista, para no caer en abstracciones o en formalismos, es abordar el lenguaje desde los géneros, ya que ellos mediatizan la conexión entre el lenguaje y la vida social.

Interesa retener por ahora que ya en toda esta reflexión metadiscursiva inicial estaba en germen la preocupación clasificatoria, y la atención a las competencias genéricas y a las restricciones institucionales.

1.2.1. Géneros de la vida cotidiana

Cambiamos ahora el lugar de radicación de la cuestión: del paneo histórico a las competencias comunicativas de los hablantes. Ya se señaló que la ingente proliferación de discursos parece colocar a las distintas disciplinas que los estudian frente a una tarea capital e incesante: la de clasificarlos. Un principio de organización aparece como exigencia para comprender su funcionamiento y, sobre todo, como requisito para la vida en común. Entre otras disciplinas, la antropología, la psicología cognitiva y la psicolingüística han comprobado, una y otra vez, que las clasificaciones son una condición para las actividades cognitivas –lo cual constituye otro indicador de la envergadura que deberían tener las teorías genéricas; son siempre algo más que teorías sobre cuestiones discursivas: son verdaderas teorías sobre el conocimiento–. Entre sus competencias comunicativas, los hablantes disponen de tipologías adquiridas por vía metalingüística y epilingüística –es decir, a través de los modelos teóricos y saberes gramaticales codificados y de la actividad metalingüística no consciente (v. Culioli, 1976: 13)– tipologías que intervienen en la producción y el reconocimiento de enunciados.

La dimensión epilingüística merece, pues, algo de atención. En principio, porque no parece que tenga un único plano de interés. En sus actividades de producción y reconocimiento, los hablantes pueden responder a elementos que los instalan en un tipo o escena genérica, incluso rotulándolos, pero a la vez registran el hecho mismo de la existencia de diferencias. Por esto, se hace necesario señalar una obviedad: la clasificación y el uso que los analistas hacen de los tipos discursivos no se puede igualar al que realizan el grueso de los hablantes de una comunidad. No queda así más que reconocer que nociones que etiquetan clasificaciones de distinto nivel (e.g. tipo, género) poseen un estatuto ambiguo, ya que un mismo término atraviesa dominios de conocimiento diferentes, es decir, lo hallamos en las prácticas cotidianas y las tareas científico-investigativas específicas con sus diversas líneas teóricas. Para el caso específico de los géneros discursivos, J.-C. Beacco expone la cuestión con alguna claridad:

“La problemática concerniente a los géneros discursivos podría pues enunciarse de la manera siguiente: se trata, por un parte, de reconocer lo que esta noción, aprehendida globalmente, lleva en sí misma de experiencia humana, colectiva y reflexiva, de la comunicación verbal y de examinar como ella puede ser (y ha sido) construida para ser articulada y/o integrada a unos dispositivos teóricos que atañen al lenguaje y a las lenguas. En esta perspectiva, *género discursivo* tiende a usurpar el espacio conceptual del *discurso*, para cuya sucesión se presenta como candidato. Por otra parte, se puede examinar la noción de género discursivo por lo que ella es originariamente: una categorización ordinaria, intrínsecamente imprecisa pero que puede ser objetivada, de la comunicación verbal” (2004: 109).²¹

Ahora bien, es interesante preguntarse lo que la memoria de esa categorización (de esa “experiencia humana, colectiva y reflexiva, de la comunicación verbal”) dice y hace en los procesos de interacción. En el habla cotidiana, donde no existe una reflexión metalingüística especializada y sistemática, los locutores, muchas veces de manera exclusivamente intuitiva, emplean los géneros como medio de situarse en el conjunto de las producciones textuales y con el objetivo de organizar las prácticas (entre ellas las discursivas) que se despliegan a partir de una producción determinable (e.g. contestar formalmente una carta que se percibe como perteneciente a un registro formal). Eventualmente, y para favorecer esta organización, llegan a darles un nombre que luego puede trascender hacia el universo investigativo. Es justamente en este punto, el bautismal, que Beacco explora, en términos diacrónicos y sincrónicos, la articulación, a partir de los géneros discursivos, entre los dominios de lo cotidiano y del conocimiento científico:

“Esta capacidad de los locutores de categorizar el discurso procede de una elaboración metalingüística ordinaria, cuyos únicos elementos emergentes son los nombres de los géneros. No todos los nombres provienen de esta actividad de categorización ordinaria, pero la noción de género de discurso parece salpicar de esta actividad clasificatoria a toda clasificación científica. Se tendrá por prueba de

²¹ La traducción me pertenece.

esta ‘ciencia salvaje’ del lenguaje que la noción de género se encuentra elaborada y activa desde los comienzos de la reflexión lingüística. Apuntemos también que la categoría de género de discurso tiende a ser definida de modo extensivo más que intensivo, lo que constituye un indicio de su débil grado de abstracción (...) El único elemento de especificación del género discursivo como forma de interacción es el recurso al carácter consensual de su identificación, producto de una convergencia histórica y social (*tradición*), que construye al género discursivo como una categoría metalingüística concerniente al conocimiento ordinario pero formalmente descriptible, aunque la naturaleza de estas formas no sea definida.

Las denominaciones de los géneros discursivos son aceptadas como componentes del modo de ser primero y por defecto de los géneros discursivos. No constituyen de ninguna manera una clasificación sistemática (dado que no son una tipología construida). Emergen en el discurso y en el léxico de la lengua bajo la forma de repertorio, asistemático y de elementos poco ensamblados, de formas discursivas” (*op. cit.*: 111).²²

Se observará que gran parte del interés de Beacco radica menos en entender el funcionamiento de los géneros y los tipos en la interacción discursiva cotidiana que en historizar la reflexión metalingüística colectiva, asignándole a estos el estatuto de noción clasificatoria precientífica cristalizada por obra del consenso y la inercia de la tradición, reflexión que, por otra parte, resulta en nominaciones. La incidencia de ese resultado en la dinámica de las prácticas discursivas no debe, creo, ser minimizada.

1.3. La cuestión de la tipología para los estudios del discurso

El estudio de los fenómenos vinculados a la producción y al reconocimiento del sentido implica prestar atención a lo discursivo, ya sea que se lo considere, tal como lo hace la semiótica de segunda generación, una manifestación situada de ese tejido, o como un conjunto de fenómenos transoracionales, tal como lo hace la tradición lingüística. Señalemos, en principio, que los discursos están sometidos a restricciones y

²² La traducción me pertenece.

reglas de organización vigentes en cada comunidad. Algunas de estas reglas se efectúan a través de lo que los estudios del discurso han denominado *tipos*, *géneros*, *subgéneros*, etc. Así pues, la tipologización también tiene un lugar entre las preocupaciones centrales de cada una de las corrientes de este campo. Entre las tareas que se asignan esos metalenguajes teóricos se encuentra la de organizar y clasificar los discursos producidos en una sociedad, con el objetivo de poder proceder a su análisis.

1.3.1. Cartografía de la complejidad: circulación y niveles

Desde la *Teoría de los Discursos Sociales*, Verón (1987: 14-15) prestó siempre especial atención a los inconvenientes que surgen ante los ensayos de tipologización de los discursos sociales, dificultades que se explican por la complejidad del objeto. Establecer las particularidades de un tipo de discurso implica operar simultáneamente en más de un nivel de análisis, en principio porque el fenómeno que se debe tipologizar es en verdad un conjunto de procesos de intercambio dentro de un campo discursivo. La tarea consiste, entonces, en hacer una tipología de los *juegos de discurso*,²³

²³ ¿Qué tan cerca se encuentra esta definición de la noción de Wittgenstein *juegos de lenguaje*? Al menos en el texto de referencia Verón no lo aclara. Pero es innegable que su explicación recoge atributos de la definición wittgensteiniana e invita a prolongar la conjunción, fundamentalmente en lo que toca a la imposibilidad, desde el punto de vista del análisis, de operar clausuras en la clasificación de los intercambios discursivos y de ignorar la transformación permanente de esas clases. La conceptualización sobre la que debe trabajar la teoría es, en definitiva, la de un campo atravesado por procesos interdiscursivos. Recordemos la definición de *juego de lenguaje* expresada en el parágrafo 23 de las *Investigaciones filosóficas*. Allí, a partir del interrogante “¿Pero cuántos géneros de oraciones hay?” (y, si se observan los ejemplos que se enumeran abajo, es claro que “oraciones” es equivalente a enunciados), se responde lo siguiente: “hay *innumerables* géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos ‘signos’, ‘palabras’, ‘oraciones’. Y toda esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan (...) La expresión ‘juego de lenguaje’ debe poner de relieve aquí que *hablar* el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida. Ten a la vista la multiplicidad de juegos de lenguaje en estos ejemplos y en otros: - dar órdenes y actuar siguiendo órdenes; - describir un objeto por su apariencia o por sus medidas; - fabricar un objeto de acuerdo con una descripción; - relatar un suceso; - hacer conjeturas sobre un suceso; - formar y comprobar una hipótesis; - presentar los resultados de un experimento mediante tablas y diagramas; - inventar una historia, y leerla; (...) - suplicar, agradecer, maldecir, saludar, rezar” (2002 [1953], § 23). Visto desde el panorama actual de la semiótica, esos *juegos de lenguaje* parecen corresponder o bien a lo que hoy en día llamaríamos genericidades

estableciendo criterios que permitan distinguir entre los núcleos de invariantes y los sistemas de variaciones en cada uno de los niveles que se interdeterminan:

- a. El nivel de las *estrategias* o variaciones sincrónicas: un mismo tipo (o juego de intercambios discursivos) se define por un sector invariante y por la determinación de sus estrategias, es decir, de una serie sistemática de variaciones (e.g. dentro del mismo tipo político en el que se inscriben, el peronismo, el radicalismo, el macrismo, etc. representan distintas estrategias discursivas).
- b. El nivel de los procesos de *intercambio* o variaciones diacrónicas: el mismo hecho de hablar de intercambios ya supone un despliegue temporal (e.g. el funcionamiento del discurso político puede mutar), pero también hay diacronía en los procesos que se dan hacia el interior de las distintas estrategias, por lo cual también les cabe a estas la descripción en términos de invariante/variaciones (e.g. considerando una descripción inicial, se pueden analizar los cambios en el discurso peronista a lo largo del tiempo).
- c. El nivel de la *materialidad significante*: las condiciones de circulación de los discursos sociales son determinadas por los soportes significantes en donde aparecen materializados (e.g. escritura para la prensa, oralidad para la radio, imagen para la televisión, etc.), soportes que, obviamente, demandan formas de análisis específicas.

Lógicamente, la cuestión siempre es más compleja en el universo fenoménico que en la teoría. Una vez fijados estos criterios, hay que distinguir, entre los elementos invariantes, aquellos que son esenciales a un tipo de aquellos que son accesorios o

primarias, o bien a las entidades que suelen denominarse tramas o registros (e.g. descriptivo, argumentativo, narrativo, etc.). Así, como sucede con los *juegos* en general, en donde es el propio juego el que determina la función de cada pieza, en el lenguaje el sentido de los enunciados se define en función de su uso corriente en un *juego de lenguaje* (i.e. genericidades, tramas). Ahora bien, en la obra de este filósofo también la noción misma de *juego* es sustraída de cualquier idea de esencia, de la existencia de algo único en común, fuera de los límites del mismo juego, que permitiera definirlos. En este punto es donde se introduce la expresión “parecidos de familia” (*op. cit.*, § 67), para describir la relación observable entre los *juegos*: compleja “red de similitudes que se superponen y entrecruzan. Parecidos a gran escala y en detalle” (*op. cit.*, § 66). Si traigo a colación la idea de *parecidos de familia*, es sólo a título de insistir con las dificultades, casi siempre desconocidas por los estudios del discurso, que la filosofía del lenguaje encuentra en los esquemas taxonómicos “estables” (e.g. tipo, género, trama, etc.), importados de las ciencias naturales.

inespecíficos (e.g. en el discurso político, la contradestinatación es esencial, mientras que la figura del prodestinatario también aparece en otros discurso de índole persuasiva). Asimismo, siempre existe entrecruzamiento entre los tipos discursivos; dentro del orden social, la regla no es el retraimiento, sino el flujo de enunciados (e.g. al ser entrevistado por un periodista de un diario, un político debe negociar formas de presentación, aspectos enunciativos y léxicos, aspectos retóricos etc.; si se presenta en televisión, debe adaptarse a la lógica del espectáculo televisivo²⁴). Así las cosas, se hace necesario reflexionar sobre la delimitación de los distintos tipos y los regímenes de “contaminación” entre ellos. Finalmente, conviene recordar al pasar un dato elemental: todos los discursos sociales tienen un funcionamiento heterogéneo, ya que en él no sólo se ven comprometidas diversas materialidades, sino también distintos órdenes de significación (simbólico, pero también icónico e indicial). La “ecología” de cada tipo no se termina con este modesto inventario.

1.3.2. La clasificación como clave de autoconstrucción epistemológica

Huelga aclarar que estas disquisiciones no ocupan únicamente a la *Teoría de los Discursos Sociales*. Ya referí el trabajo de Voloshinov, el cual anticipa las teorías del discurso contemporáneo y, en particular, los trabajos fundadores de la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso*, a la cual me referiré ahora. A diferencia de lo que sucede con la *Teoría de los Discursos Sociales*, donde tipificar es describir regularidades interdiscursivas, aquí se verifica cierta esperanza de clausura de los espacios semióticos. Cabe aludir, a

²⁴ Adelantándose a la actual tinellización de la política, S. Valdettaro (1997: 80) indicaba hace casi dos décadas que “Debido a que la política sigue siendo, principalmente, un gran sistema de exclusiones, el ingreso a lo que podría nombrarse como ‘ágora electrónica’ debe necesariamente cubrir un nivel de expectativas visuales. La delimitación del cuerpo político en esta polis semafórica –esto es la pregunta acerca de quién es ‘ciudadano’ y quién no– implica el manejo diestro de la señalética visual en que ha devenido el espectáculo político. No todos acceden a ella, pero cada vez más, y ello por dos motivos ya explicitados: por sus propias capacidades adquiridas y por la misma lógica estructural del sistema de mediación política. Es por ello que las estrategias de entrada en escena de diversos actores sociales producen una serie de efectos imprevistos que derivan, muchas veces, en verdaderas acciones políticas”.

título de ejemplificación, al número 41 de la revista *Langages*, publicado en el año 1976 y dedicado a los criterios de tipologización del discurso político. En la introducción, L. Guespin (1976) se encargaba de anudar, como aristas de un único problema –el de estabilizar una disciplina emergente–, la configuración del objeto, la definición del método y el establecimiento de las fuentes de tipologización. A pesar de que reconoce la necesidad de esta última labor, señala que el análisis del discurso se encuentra, en ese preciso momento, en una fase pretaxonómica. La tentativa de operar con categorías “artificiales” tomadas de dispositivos retóricos o filosóficos, implica sumirlo en los riesgos de una tipologización prematura, erigida sobre criterios más bien pobres. Pero entonces, ¿cuáles eran en aquel momento los caminos posibles para el análisis del discurso? Una primer disyuntiva aconsejaba orientar la problemática o bien hacia el funcionalismo (i.e. buscar los rasgos que definirían cuándo un enunciado funciona políticamente, por ejemplo), vía que presentaba como déficit el hecho de no atender al problema del cruce de restricciones ni a la jerarquización entre tipos y subtipos; o bien seguir un criterio tipificador, poniendo las bases para encontrar un mínimo de propiedades inherentes definitorias de cada tipo.

Más cerca en el tiempo, Maingueneau (2005) recupera la cuestión pensándola desde su costado metodológico. Si bien se enrola en la estirpe de la *Escuela Francesa*, ensaya una definición remozada del análisis del discurso, concibiéndolo como una disciplina que busca aprehender el discurso como interacción de un texto con un lugar social. Es decir: su objeto no es ni la organización textual ni la situación de comunicación, sino aquello que las anuda a través de un dispositivo de enunciación específico. Estudiar este dispositivo supone acordarle un rol central a las restricciones institucionales y a nociones como la de género,²⁵ las cuales –se dijo– desbaratan toda

²⁵ Hasta el momento de la irrupción y estabilización de un enfoque etnolingüístico en su dominio, la *Escuela Francesa* le reservaba un estatuto más bien periférico, neutro, a los géneros. Hace casi dos décadas, Maingueneau escribía: “Los enunciados que conciernen al análisis del discurso se presentan (...) en efecto, no solamente como fragmentos de lengua natural o de tal o cual archivo, sino como muestras de un determinado género discursivo (...) el estudio de los géneros discursivos no representa un objetivo para el análisis del discurso; esta disciplina se interesa esencialmente por acceder al dispositivo complejo que implican los archivos” (1991: 29). Priorizar los archivos al género, pasar del análisis de los enunciados a la dimensión ideológica sin contemplar las determinaciones de la intermediación genérica, implicaba descuidar las coerciones institucionales que actúan a través de ella: “Para la tradición del Análisis del Discurso, los *géneros* serían condicionamientos terminales, pertenecientes a la instancia de articulación lingüística, y no participarían de las condiciones ideológicas

exterioridad simple e ingenua entre texto y contexto. En el estado actual de la corriente cobra relevancia, pues, interesarse por lo que el autor llama unidades *tópicas*, que, a diferencias de las *no tópicas*, procuran guardar una fuerte correspondencia con las fronteras definidas por las prácticas semióticas empíricas (v. *supra*).

En un carril de reflexión similar al de Maingueneau, Charaudeau (2003: 149-164) se plantea echar luz sobre este punto, al que califica como confuso, aún en los momentos en que ha sido declarado como zanjado. El diagnóstico lo lleva a aislar y examinar, entre otras, dos dimensiones involucradas en el movimiento “tipologizador”: el grado de generalidad de las propiedades definitorias (el problema elemental de la correlación inversa entre su amplitud y el poder de discriminación) y la instancia de su aplicación (¿la tipología funciona en la producción o en el reconocimiento de textos?). Las dificultades que encierra la primera son evidentes. Un rasgo definitorio demasiado general (e.g. distinguir entre oralidad y escritura, o las ya aludidas funciones del lenguaje de Jakobson), presente en muchos ejemplares, segrega conjuntos demasiado amplios, en muchos casos casi coincidentes con la totalidad del universo textual. Consecuentemente, sólo guardan utilidad como criterios para una tipología en términos de prevalencia (e.g. un texto con dominante referencial) o bien para combinarse con otros y, distinguiendo niveles de especificidad, posibilitar una organización que contemple categorías y sub-categorías –lo cual vuelve imperioso para los estudios del discurso determinar con claridad su relación de inclusión: entre género y tipo, por ejemplo, aquel implica a este último, pero no a la inversa–. La otra dimensión tocada por Charaudeau apunta a no confundir la clasificación de las operaciones de producción con la de los textos ya producidos. Por ejemplo, las

de producción; por ello, en tanto mero receptáculos de un discurso previamente condicionado, no serían pertinentes para el dispositivo de análisis de esta tradición. Una perspectiva tal no puede discriminar con acierto los condicionamientos que analiza (ideológicos) de aquellos que pertenecen estrictamente a las convenciones de escritura, convenciones ligadas a un género y pertinentes en tanto que ellas legitiman el texto que aparece como apropiado a una situación de comunicación reglada” (Beacco, 1992: 10). Como bien señala Beacco, ese descuido podía generar apreciaciones erróneas al considerar un fenómeno discursivo (el ejemplo es un poco burdo, pero al no considerar las convenciones comunicativas institucionales ¿era esta perspectiva capaz de explicar con acierto, en un texto científico-académico, el empleo de la primera persona del plural?). “Giro etnolingüístico” de los noventa mediante, la *Escuela Francesa* reposicionó, junto con otros, el concepto dentro de su teoría, convirtiéndolo en un espacio de análisis crucial para dar cuenta de los vínculos entre los enunciados y sus condiciones de producción.

tipologías que pretenden distinguir secuencias textuales (e.g. descriptiva, narrativa, dialogal, etc.) (cf. Adam, 1992; Bronckart, 1996) procuran organizar la fenoménica desde los procedimientos discursivos implicados en la producción y no desde los textos que les dan acceso. En este caso resulta pertinente hablar de secuencias, porque las categorías en juego no pueden discriminar estrictamente entre ejemplares textuales, a no ser que lo hagan, como ya se dijo, en los términos de una prevalencia (e.g. texto con dominante descriptiva, narrativa, dialogal, etc.). Aunque en teoría puede afectar a ambos niveles, se trata, evidentemente, de un problema que concierne más al género que al tipo.

De un repaso somero a las distintas resoluciones de la cuestión que se dieron en el sector de influencia de la *Escuela Francesa* se sigue que es posible encontrar:

- ↘ Tipologías situacionales: aquí el principio de clasificación es el lugar de la actividad social en donde se producen los enunciados (cf. Bajtín, *op. cit.*). De una tipología a otra, la estructuración de la serie social en cuestión no es de índole y extensión homogéneas. La clasificación puede, por ejemplo, apoyarse en aparatos institucionales (e.g. la universidad, los partidos políticos) o en sectores (e.g. el periodismo, la política). La delimitación del tipo discursivo debe contemplar la red de géneros que funcionan en una misma institución o sector.
- ↘ Tipologías ideológicas: construidas en función de posicionamientos en un campo (e.g. discurso o formación discursiva peronista) o, incluso, “metaposicionamientos” ideológicos (v. por ejemplo Gardin, 1976, que sugiere la disposición de la palabra política en la modernidad en función de la responsabilidad o irresponsabilidad ideológica del locutor). El punto a considerar aquí es que cada posicionamiento inviste ciertos géneros y no tales otros (e.g. las agrupaciones de izquierda y el panfleto), lo cual debe tomarse en cuenta para estudiar su identidad.
- ↘ Tipologías transversales: fundan la organización de los discursos con criterios transversales a tipos y géneros, de acuerdo con una función (referencial,

emotiva, fática, etc.) o rasgo enunciativo dominante (e.g. ausencia o presencia de embragues deícticos). Son bien conocidas la ya mencionada de Jakobson (*op. cit.*) o la de Benveniste (1966), donde el criterio de clasificación es el vínculo que se establece entre el enunciado y su situación de enunciación, el cual puede, en general, ser leído en términos de mayor o menor autonomía. Por este camino, propone distinguir entre *discurso* (el enunciado presenta huellas de remisión a la situación de enunciación) e *historia* (no se registran ese tipo de operaciones).²⁶

Es posible aún ascender el nivel de observación y, digámoslo así, tipologizar las tipologías empleando un principio todavía más abstracto para organizar los distintos criterios clasificatorios. Así, A. Petitjean (1989) propone la distinción entre:

- ↘ Tipologías homogéneas: estipulan un único criterio, pero lo suficientemente general como para suministrar una retícula abstracta; por este camino se gana en la legibilidad del fenómeno, pero se pierde en su comprensión. Por ejemplo la de Adam (*op. cit.*).
- ↘ Tipologías heterogéneas: se basan en criterios clasificatorios diversos (e.g. temática, medio, modo enunciativo). Charaudeau (*op. cit.*) propone una tipología de base los textos mediáticos a partir de parámetros múltiples, tales como: los modos discursivos (e.g. referir, comentar), el tipo de instancia enunciativa (e.g. ser el medio o estar fuera del medio), el tipo de contenido o tema, las características del dispositivo escénico que especifica los géneros y los textos, etc.
- ↘ Tipologías intermedias: se sirven de criterios heterogéneos, pero organizándolos en torno de un “foco clasificatorio”.

²⁶ Una tipología aún más completa es la que expone Simonin-Grumbach (1975), quien reformula el modelo anterior y le añade las categorías *discurso indirecto libre*, *textos teóricos* y *textos poéticos*.

2. La palabra política, una utopía

Más allá de comprobar el rechazo unánime a la heterotopía, el panorama complejo y elusivo presentado anteriormente no es muy consolador y deja en pie la pregunta inicial: ¿cuándo hay discurso político para los estudios del discurso? Pregunta extensible a otra: ¿existe realmente la posibilidad de definir el discurso político o algún tipo de discurso social?, formulada con la expectativa de que los intentos de definición de lo político engendrados en los estudios del discurso permitan también acceder a una mejor explicación de lo que sucede en el nivel de las clasificaciones en general.²⁷

El escepticismo parece ser la norma en este punto. Cito palabras de expertos en la materia:

“Está claro que el hablar de discurso *político* supone necesariamente que existen discursos que no son políticos; dicho de otro modo, la noción de discurso político presupone, de manera explícita o implícita, ciertas hipótesis sobre una tipología de discursos sociales. Ahora bien, es igualmente claro que esa tipología no existe todavía. El trabajo sobre el discurso político se ha desarrollado entonces sobre la base de ciertas intuiciones –con frecuencia correctas–, y a partir de una identificación de sentido común, como por ejemplo la que consiste en analizar como ‘discurso político’ textos producidos por líderes o por partidos políticos (...) El análisis de los discursos sociales está apenas en sus comienzos. Pero lo poco que hemos avanzado basta ya para darnos una idea de la complejidad de los objetos que tratamos de describir, complejidad que explica las dificultades con que se enfrenta todo esfuerzo por constituir una tipología” (Verón, *op. cit.*: 13-14).

“Abordar el análisis del discurso político implica necesariamente, ya sea de modo explícito o implícito, presuponer la existencia de otros tipos de discursos sociales que no lo son: el de la publicidad, el de la información, el literario, el científico, entre otros. Aunque es evidente que el político constituye un tipo específico de discurso, hasta el

²⁷ Este interrogante se abre a una cuestión todavía más compleja, que excede esta tesis: la de los límites de la perspectiva sociosemiótica. Dado que el objeto de esta última puede estar constituido no sólo por los conglomerados discursivos, sino también por todo el conjunto de prácticas, en tanto son formas de relacionarse con el mundo, por consiguiente, de significar. Al respecto, puede consultarse la obra de M. T. Dalmaso (2005).

presente no existe una tipología satisfactoria que explicita las diferencias y semejanzas con los otros” (García Negroni & Zoppi Fontana, 1992: 15).

“Si tuviéramos una taxonomía de otros tipos de discurso (científico, didáctico, publicitario, religioso, etc.), mostraríamos que el discurso político se puede definir por vía estructural por posiciones y por diferencias y podríamos entonces evaluar los efectos importantes que producen las diferencias de fuerza. Pero esa taxonomía no existe y es uno de los objetivos que tiene la investigación semiótica hoy” (Fabbri & Marcarino, 2002: 18).

El más reciente de los textos citados tiene ya un poco más de diez años, pero me inclino a creer que aún cuesta encontrar respuestas satisfactorias para el atasco que describen. Pasemos revista a distintos ensayos destinados a hallar una solución.

2.1. Para los estudios del discurso la política puede ser muchas cosas

2.1.1. Con el respaldo de las instituciones

La propuesta de Verón es “asociar de manera general el concepto de ‘discurso político’ a la producción discursiva explícitamente articulada a las instituciones del Estado” (*op. cit.*). Se trata de un criterio institucionalista. El sentido común dicta que esta “articulación explícita con las instituciones del Estado” debe entenderse de la manera más amplia posible, de modo de poder incluir en ese conjunto la palabra de partidos, de líderes (con o sin representación legitimada para manifestar la opinión de una agrupación), de portavoces sindicales, etc. Ahora bien, como se puede apreciar, la cualidad fundamental (el carácter *político*) del objeto a precisar (el discurso *político*) se determina en función de otro término igualmente calificado (las instituciones *políticas*). O, dicho de otro modo: la cualidad a definir forma parte de la definición. El mismo

autor advierte sobre los riesgos de circularidad de la moción, aunque de inmediato los relativiza. Por dos factores:

- Una exigencia teórico-metodológica: la *Teoría de los Discursos Sociales* supone que las unidades de análisis deben estar asociadas a condiciones de producción más o menos estables, por lo que parece prudente trabajar con marcos institucionales identificables, sobre los que existe producción teórica (como lo son, para este caso, las instituciones políticas del sistema democrático).
- Una plusvalía epistemológica: se puede leer en la cita de Verón que antecede cierta preocupación por el estado aún rudimentario de la teoría y por su futuro. Para hacerla progresar son fundamentales los resultados del análisis, mucho más que respetar a rajatabla la estructuración original de la investigación. Esto habilita el manejo –lícito, aunque insuficiente– de categorías intuitivas iniciales, a condición de darse la oportunidad de transformarlas o abandonarlas. En el caso en cuestión, el estudio de los enunciados asociándolos intuitivamente al aparato estatal permitiría comprender mejor el funcionamiento de esas instituciones; de hecho, todo lleva a pensar que sólo a través del análisis de los discursos es posible alcanzar la intelección de ciertos mecanismos de los procesos políticos.

La relativización es razonable y justificada: estimo que el destino de las teorías es volverse operativa desde el punto de vista analítico y no regodearse con una reflexión sobre sí misma. Lo anterior no impide, de todos modos, plantear interrogantes evidentes sobre el carácter fuertemente restrictivo de la propuesta inicial. ¿No se limita demasiado el universo de los enunciados que pueden tipificarse como políticos si se los localiza en la producción de las instituciones del Estado, y si no se aclara la extensión de lo que se considera articulado con ellas? Se ofrece como obvio pensar que, en el campo político, entran en juego otras estructuras que actúan por fuera del aparato estatal, ya sea que éste las reconozca y a menudo lo complementen (e.g. una organización de la sociedad civil que no cuente con apoyo estatal y que se encargue de fomentar la participación ciudadana), ya sea que no las reconozca (e.g. una agrupación que funciona como brazo político de una organización que invoca la lucha armada).

Estas otras instituciones, además, no contradicen los factores que animarían la remisión de lo político a lo estatal: las condiciones de producción que suministran pueden estabilizarse y son una vía posible para el avance teórico.

La complejidad del asunto, en definitiva, residiría en lo siguiente: ¿hasta dónde una zona de la teoría que se percibe a sí misma como en estado embrionario puede proporcionar una definición de discurso político lo suficientemente elástica como para dar cuenta de escenarios donde la situación de enunciación no es, por decirlo así, “prototípica”? La actual arena política mediatizada nos carea hoy, mucho más que antes, con una disposición heteróclita y promiscua de las palabras, los cuerpos y los espacios. Por ejemplo: locutores políticos producen enunciados que no refieren a acontecimientos o prácticas de las instituciones del Estado, o lo hacen en espacios imprevistos, donde deben negociar el régimen de su producción y circulación con otros locutores y otros tipos discursivos; o viceversa: ciertas palabras proferidos por locutores no políticos entran, por trayectos inesperados de su circulación, en el juego de los intercambios políticos. La pregunta que cabe es si frente a las limitaciones de las herramientas a su disposición, y a fin de priorizar el desarrollo controlado de la teoría y la metodología, la opción –legítima y sensata– tomada por Verón no implica resignar la comprensión de aspectos laterales del fenómeno.

2.1.2. Un criterio funcional

En el mismo plan definicional, una operatoria interesante es la que ponen en obra M. M. García Negroni y M. Zoppi Fontana (1992), las cuales intentan, desde una perspectiva pragmática, aunque considerando los aportes de la *Teoría de los Discursos Sociales*, distinguir el discurso político confrontándolo con otros colindantes: el de la

publicidad y el de la información.²⁸ O sea: si bien hacen un diagnóstico similar al de Verón, no dirigen la mirada hacia los lugares sociales de circulación de la palabra política para resolver los problemas de tipologización, sino que priorizan un procedimiento contrastivo de funcionamientos. La elección de esos elementos de comparación resulta pertinente, puesto que, por una parte, el discurso de la publicidad puede ponerse al lado del político, integrando ambos un tipo de mayor extensión (e.g. el discurso *propagandístico* (cf. Charaudeau, 1994)), aunque cada uno con sus diferencias específicas; por otra parte, el discurso de la información (mediática) suele enmarcar y mediatizar al político, propiciando así una serie de negociaciones entre ellos (e.g. la política tiñe la construcción de la información en los distintos medios, mientras que el discurso político no deja de verse perturbado al tener que compartir allí los espacios de producción con otros tipos de discursos). La confrontación propuesta por las autoras involucra tres jurisdicciones donde el discurso político exhibiría un comportamiento particular, a saber: destinación, interdiscursividad y funciones.

En el caso de los destinatarios, la especificidad del discurso político es su *multidestinación simultánea*. Sin entrar por ahora en detalles sobre este aspecto, vale apuntar que este discurso se dirige simultáneamente a tres destinatarios: el *destinatario positivo* o *prodestinatario* (i.e. el receptor que comparte ideario, valores y objetivos con el enunciador, y conforma con él un colectivo), el *destinatario negativo* o *contradestinatario* (i.e. es el tercero excluido del colectivo de identificación y del circuito comunicativo) y el *paradestinatario* (i.e. se trataría de los llamados indecisos, ocupantes de la posición a la cual se dirige la dimensión persuasiva del texto político). Esta partición responde a una configuración estructural del campo discursivo político: a diferencia de otros discursos donde este rasgo es circunstancial (e.g. el literario), no es posible en política

²⁸ Un procedimiento similar es el que utiliza otro lingüista argentino, A. Raiter (cf. 1999: 98-99). Este autor sostiene que el discurso político presenta características análogas a las del discurso histórico, principalmente la construcción de una *pararrealidad discursiva* (efecto de referencialidad ilusorio que crean los discursos), y a las del discurso publicitario, ya que procura operar cambios en el sistema de creencias de los destinatarios. La especificidad del discurso político radica en que asocia ambos rasgos en su funcionamiento, ya que presenta una pararrealidad discursiva a partir de la cual los destinatarios deducirán la necesidad de un cambio en sus creencias o conductas. Desde la semiótica, Fabbri y Marcarino lo definen de una manera similar, ya que advierten que el político es un discurso destinado a “transformar hombres y relaciones entre los hombres, no sólo un medio para re-producir lo real” (*op. cit.*: 18).

hablar sin presuponer una instancia antagónica. La enunciación en este campo es, en suma, inseparable de la construcción de un adversario, de la existencia de enunciados contrapuestos (cf. García Negroni & Zoppi Fontana, 1992: 16; Verón, 1987: 16-17). Este rasgo hace a la identidad del discurso político, al diferenciarlo del publicitario y del informativo –aunque estos dos discursos sí comparten con él el hecho de estar centrados en el destinatario, por lo que la organización de los textos dependerá, de hecho, de hipótesis sobre los imaginarios que movilizan a esos actores (cf. Charaudeau, 2003: 69)–. El primero de ellos, el publicitario, no tiene enemigos. Aún si se considera el estatuto de la mercancía competidora, ésta no se ubica en los lugares creados por la destinación. El adversario puede ser entendido como parte de las condiciones de producción de un mensaje publicitario, pero no tiene en general registro en la superficie textual (es explícitamente ignorado, por decirlo así). Por su parte, el discurso informativo puede pretender que tiene como adversarios al no saber, la falsedad o la falta de información, pero ese enemigo, no obstante, es común al locutor y a todos los destinatarios. Hoy, sin embargo, la composición y la dinámica fuertemente adversarial del campo político argentino invita a interrogarse si no hay un desplazamiento en esta lógica. El discurso informativo que producen algunos medios parece implicar la segmentación del conjunto de los destinatarios, es decir, existiría un emparejamiento funcional entre el discurso político y el de la información. No arribo a esta conclusión considerando las críticas que dirigen los medios hacia los enunciadores políticos, algo que no está fuera de su lógica funcional, sino por la construcción sectaria que llevan a cabo de esos enunciadores y de la información en general. Dicho de otra forma, por el modo en que toman partido de manera indisimulada.

Asimismo, las autoras señalan que la dimensión polémica, implicada en la construcción adversativa, también imprime su huella en otro rasgo identitario: la interdiscursividad. Todo enunciado político supone otro que se le enfrenta. Así, todo texto es susceptible de constituirse en una réplica descalificadora de la palabra previa del adversario, al tiempo que funciona como anticipo a las posibles respuestas polemizadoras que pueda desencadenar en el futuro. Para decirlo más simple, la

palabra política tiende a tomar posición sobre lo ya dicho y a prever la lectura “destructora” del adversario. Evidentemente, esta característica también está sujeta a la configuración específica de un campo político (siempre en referencia, por supuesto, a sistemas democráticos). Que las cosas funcionan así para arenas de alto nivel de discrepancia como la nuestra es irrefutable. Ahora bien, ¿este mecanismo vale para todas las comunidades o conviene revisarlo para el caso de aquellas –si es que existen– donde lo político es un espacio de colaboración y de construcción colaborativa del vivir juntos? Si tal espacio se rechaza por improbable, al menos la pregunta se puede mantener en términos potenciales: ¿cómo operaría la interdiscursividad en un campo político donde no prime la función polémica? Por otro lado, con los otros dos tipos discursivos sucede algo distinto. En principio, señalan las autoras (*op. cit.*: 16), este rasgo, la ostensión de una interdiscursividad conflictiva, no estaría en ellos tan acentuado. Me parece pertinente adjuntar aquí el reparo que proponía para el tema de los destinatarios: el rango de beligerancia que enseñan hoy algunos medios conduce a reflexionar sobre la construcción de sentido en el discurso informativo. No existe algo así como un “grado cero” de interdiscursividad conflictiva en los datos que proveen los medios, a no ser en la información puramente fáctica. Ahora bien, el tratamiento de la información en función del destinatario y del efecto perseguido, vale decir, las opciones tomadas en cuanto a cuáles hechos referir, si hacerlo simbólica o icónicamente, etc., es lo que termina por determinar su inteligibilidad. Así las cosas, en un escenario donde los medios participan de manera sectaria y visible en la pugna política, el factor interdiscursivo, en su aspecto de réplicas y anticipaciones “destructoras”, cobra singular importancia en el tratamiento de la información. La publicidad, por su parte, no suele inscribirse en esta estructura. Con una orientación neutra, la interdiscursividad forma parte de su lógica: los otros anuncios o las opiniones previas de los destinatarios hacen a las condiciones de producción de un texto publicitario, pero no se puede decir que sea un discurso que procure entrar en polémicas o efectúe lecturas “destructoras”.

Con respecto a las funciones que desempeña el discurso político, ya Verón había señalado que su especificidad estaba dada por su carácter multifuncional, en concomitancia a lo que sucedía con los destinatarios. Lo cito:

“Las ‘funciones’ del discurso político son pues múltiples, cosa que con frecuencia se olvida –por ejemplo cuando se comparan estrategias ‘modernas’ de comunicación de los partidos políticos con las estrategias publicitarias–. El discurso de la publicidad es enteramente del orden de la seducción-persuasión. El discurso político es un discurso de *refuerzo* respecto del prodestinatario, de *polémica* respecto del contradestinatario, y de *persuasión* solo en lo que concierne el paradestinatario. En la economía discursiva de los intercambios políticos, las tres funciones son igualmente importantes” (*op. cit.*: 18).

Así, al igual que el de la publicidad y el de la información mediática, el discurso político posee un componente persuasivo; la manifestación del interés por obtener la adhesión del destinatario es una de las fuentes de legitimación del espacio del enunciador. A diferencia de aquellos, no obstante, añade otras dos funciones que lo particularizan: la función polémica y la de refuerzo de creencia, las cuales no parecen interesar a la información y sólo eventualmente a la publicidad. A esta composición, García Negroni y Zoppi Fontana (*op. cit.*: 17) le agregan una distinción jerárquica, que varía según se observe el fenómeno desde un punto de vista intradiscursivo o interdiscursivo. Intradiscursivamente, sucede que mientras la persuasión y el refuerzo de creencia se actualizan tanto en el nivel de los distintos enunciados y bloques del texto como, fundamentalmente, en el del discurso en su totalidad, la función polémica, en cambio, se concreta en general en el primero de esos niveles. Asimismo, esta última resulta subsidiaria de las otras dos, puesto que polemizar con el adversario puede ser una estrategia tendiente a favorecer la seducción de los paradestinatarios y a reforzar la creencia del prodestinatario. Desde el punto de vista interdiscursivo, la polémica tiene, en cambio, mayor jerarquía que las otras dos funciones, dado que, a fin de evitar una desautorización permanente, obliga al adversario a responder y a hacerlo dentro de los parámetros impuestos por el discurso polemizador. La pregunta que surge finalmente es si no es prudente añadirle, como otra variable explicativa de esta distinción que establecen las autoras, la destinación del mensaje, en tanto que la función polémica se jerarquiza cuando el destinatario (aunque no sea explícito) es un enunciador político

adversario y se torna complementaria cuando se trata de un colectivo que trasciende los conjuntos partidarios.

Aquello que, según estas autoras, distingue al discurso político de otros tipos, aquello que le otorga identidad, es, en suma, su multidestinación simultánea, su fuerte conciencia interdiscursiva y un conjunto de funciones idiosincrásicas: fortalecer, persuadir y polemizar.

2.1.3. La perdida evidencia de lo político

Ya se señaló que, en la actualidad, es impracticable promover a un único autor como representante de la *Escuela Francesa*. La imposibilidad no hay que buscarla en los atributos del representante, sino en la incongruencia de lo representado. Insistamos en que esa denominación triple –que acumula configuraciones grupales, indicadores geográficos y rótulos disciplinares– reenvía hoy a una multiplicidad heteróclita de investigaciones –no todas centradas sobre lo político–, que tienen al fenómeno discursivo como objeto –aunque estructurado a partir de distintas variantes metodológicas–, que muestra una tendencia suicida a la autorreflexión epistemológica en sus principales autores y que pueden filiarse, de manera directa o indirecta, con la obra fundadora de Pêcheux y su entorno.²⁹ Hacer una historia y una cartografía que esclarezcan esta situación no se encuentra dentro de los objetivos que se propone este trabajo. Sólo apunto que aquí privilegié textos que funcionaran como botón de muestra de las distintas etapas de *Escuela Francesa*.

Lo primero que hay que decir es que no siempre la tipología fue un problema para los analistas del discurso político. El transitado artículo de J. J. Courtine (1981) sobre el discurso comunista, vaya como ejemplo, no se interroga abiertamente sobre lo que se definiría como *político*, lo que resulta totalmente lógico dado que se desprende

²⁹ De hecho, algunos autores proponen *tendencias francesas* de análisis del discurso (cf. Charaudeau & Maingueneau, 2005: 229). Opto, no obstante, por *escuela*, más solemne y didáctico, ya que en nuestro medio cultural *tendencia* hace resonar lo novedoso y efímero.

“naturalmente” de su objeto de su estudio (enunciados de locutores pertenecientes al partido comunista francés)³⁰ y de que la política era un fenómeno de mayor legibilidad en el momento de su escritura. Las controversias que involucran lo que se entiende como *tipo* remitieron a la elección masiva del discurso político en los trabajos que marcaron la primera época de la *Escuela Francesa* y a los criterios de segregación de enunciados hacia el interior de este tipo. Courtine expone, al respecto, dos tendencias. Por una parte, aquella representada por trabajos como el de Guespin (1971: 24), que ve en el discurso político un objeto “cómodo” para el estado embrionario de la disciplina (al pasar, nótese que los recaudos evocan los que esgrimía Verón), dado que su tipología parece particularmente sencilla. La otra tendencia se encuentra ya en los trabajos de M. Pêcheux, y es la que subraya la relación necesaria de las prácticas de análisis del discurso político con la práctica política: habría, así, una política del análisis del discurso.

En otros autores la tipologización fue planteada y aceptada, aunque no sin cautela. Tal es el caso de Guespin (*ibid.*), quien se afana por sostener la pertinencia e importancia de las investigaciones tipológicas –más arriba señalamos su interés por realizarlas apoyándose en las formaciones discursivas–. Frente a las voces que afirman que lo que incorpora un enunciado al discurso político es la lectura política que de él se efectúe, Guespin arguye que el objeto de análisis es el discurso que se produce como político, según “la situación de comunicación, la personalidad del locutor, la metalengua, etc.”. Todo esto, sin embargo, no debería engañar sobre el verdadero alcance de una tipología. Señala Guespin que el discurso es un constructo teórico y la regulación impuesta por una clasificación no hace a la constitución del objeto en sí, sino a la del objeto de conocimiento. Aunque obvio, el recordatorio del autor no sobra: una tipología disemina la ilusión de una segmentación, una clausura y una hegemonía dentro del universo de la discursividad que no se corresponde con la realidad fenoménica.

³⁰ Explica Courtine: “Este conjunto de principios delimita el espacio de las preguntas en las que se inscribe nuestro trabajo; se tratará de *análisis del discurso político*, ya que el corpus de la investigación consistirá en un conjunto de discurso dirigido por el Partido Comunista Francés a los cristianos, de 1936 a 1976, en el marco de su ‘política de mano tendida’” (*op. cit.*: 11). El destacado es mío.

Más acá en el tiempo, también Charaudeau (2006) hace intervenir la situación en la definición del discurso político, dado que su análisis considera las palabras proferidas en función del proceso de su enunciación dentro de cierto dispositivo de comunicación. Su aproximación al tema conlleva nuevos registros dentro de la *Escuela Francesa*, dado que emplaza el estudio del discurso político en el interior de las “relaciones entre *lenguaje, acción, poder y verdad*” (*op. cit.*: 16). Vale decir, explicar el funcionamiento de la palabra es indisociable del análisis de la acción que intenta disimular –el discurso se produce para ocultar actos–³¹ o en la que se transforma (i.e. decisiones gubernamentales). Para decirlo con mayor claridad: hay aquí una concepción realista de la acción, como una entidad separada de los discursos desde el punto de vista ontológico, aunque no desde el punto de vista retórico, concepción diferente a, por ejemplo, la que sostenía Verón. Señala Charaudeau:

“Lenguaje y acción son dos componentes del intercambio social que poseen una autonomía propia y que, al mismo tiempo, se encuentran en una relación de interdependencia recíproca y no simétrica (...) Así, puede decirse que todo acto de lenguaje está ligado a la acción mediante las relaciones de fuerza que los sujetos mantienen entre sí, relaciones de fuerza que construyen simultáneamente el vínculo social” (*ibid.*).³²

Según explica Charaudeau, el gobierno de la palabra no es todo en política, pero la política no puede desarrollarse sin ella. El despliegue de la acción política necesita del lenguaje, puesto que dicha acción depende, al menos en las democracias occidentales, de un conjunto de espacios de discusión que orienten el colectivo hacia la consecución del bien común (e.g. elaboración de un proyecto grupal, definición de los medios para llevarlo a cabo, determinación del modo de elección de representantes,

³¹ Esta reciprocidad entre actos y discursos implica la instalación de sobrentendidos, sobre los cuales, para Charaudeau, operaría el discurso político. Así, se habilita a postular su homología funcional con la teoría lingüística que distingue un enunciado de su presupuesto. En realidad, la resonancia teórica que se verifica aquí es la que caracteriza los textos compuestos de enunciados entimemáticos, aquellos que no pretenden plantear a nivel temático las máximas ideológicas que los regulan y que determinan su inteligibilidad (cf. Angenot, 1982).

³² La traducción me pertenece.

puesta en obra de modalidades de control, etc.). El campo político sería bipartito: resulta de dos componentes de la actividad humana que se vinculan dialécticamente. Por un lado, el del espacio público, ocupado por la instancia ciudadana, en donde se discuten ideas y se lucha por obtener legitimidad. Por el otro, el espacio político *stricto sensu*, ocupado por la instancia gobernante, donde se toman decisiones y se procura el ejercicio de la autoridad. En el primero, el lenguaje prevalece frente a la acción, en particular en sus dimensiones persuasivas. En el segundo, en cambio, es dominante la acción, principalmente en la gestión de todo lo que atañe a la observación de las leyes.

Aunque este esquema bien desglosado asegure la legibilidad de lo social, a la distribución le falta aún incorporar el funcionamiento de los medios, que emulsionan estos espacios y permiten preguntarnos si esa diferenciación entre espacio público y espacio político es todavía válida. La pregunta no hace sino recuperar una controversia de larga data: ¿cuál es el lugar que ocupa la política en la esfera social?, o, formulada desde la teoría política ¿cuál es su especificidad frente a otras dimensiones que supone la vida en común, como lo estatal o lo económico? La respuesta que ensaya Charaudeau encuentra en el proceso de mediatización iniciado en la segunda mitad del siglo XX la causa de la abolición entre la instancia política y la sociedad civil, entre lo público y las diversas dimensiones de lo privado –valdría preguntarse, en el mismo orden de cosas, si el siglo XXI no traerá como novedad la erosión de los límites de la dimensión íntima–. La mediatización se apoderó tanto de la construcción de un espacio de comunicación que debería mediar entre Estado y sociedad civil (una versión restringida del espacio político), como de la construcción de la opinión de los actores y de la significación de los acontecimientos sociales, de los que hoy no es posible prescindir para tomar las decisiones que intervienen en la configuración del ámbito del vivir juntos (una versión amplia).

Ahora bien, este esfuerzo por cartografiar la relación entre el campo político y el lenguaje no conduce necesariamente a la definición de discurso político. En principio, porque para hacerlo es necesario profundizar la descripción del funcionamiento de la palabra en el campo mencionado, evitando detenerse en los aspectos comunicativos

institucionales, o sólo añadiéndole, en el mejor de los casos, un interés por sus efectos pragmáticos. Lo cierto es que, según precisa Charaudeau (*op. cit.*: 32), hablar de discurso político “es intentar definir una forma de organización del lenguaje en su uso y en sus efectos psicológicos y sociales, en el interior de determinado campo de prácticas”. Desde un enfoque sociosemiótico se debería añadir que es el discurso el que regula esas prácticas y les otorga una significación; en términos apenas diferentes, es la actividad discursiva la que conforma los espacios (de discusión, de persuasión, etc.) donde se gesta y se efectúa la acción política.

Una vez establecidas las relaciones entre discurso y política –entidades distintas, pero indisociablemente ligadas, según el autor– queda por ver el aspecto que nos preocupa: ¿cuándo hay discurso político? Afirmar Charaudeau:

“Cualquier enunciado, por más inocente que sea, puede tener un sentido político a partir del momento en que la situación lo autoriza. Es igualmente verdad, sin embargo, que un enunciado aparentemente político puede, según las circunstancias, servir sólo de pretexto para decir otra cosa que no es política, al punto de neutralizar su sentido. No es, por tanto, el discurso el que es político, sino que la situación de comunicación así lo torna. No es el contenido del discurso el que lo politiza, sino la situación” (*op. cit.*: 39-40).³³

Un problema de este comentario es que no suministra los elementos para determinar lo “aparentemente político” de un enunciado, elementos que, según el autor, quedarían relegados frente a la “*situación de comunicación*”. La intuición parece señalar que, por lo menos, el tema y la instancia de locución (i.e. gobierno, ciudadanía y medios) deberían formar parte de ese inventario. Sin embargo, ni uno ni otra se bastarían, al menos por sí solos, para definir la naturaleza política de un enunciado. Por un lado, el tema, como bien lo expresa Charaudeau, no necesariamente politiza el discurso: un enunciado en apariencia político podría tener otras significaciones ajenas a ese campo, sea, por caso, porque se lo emplea en un sentido figural (e.g. en un chiste), sea porque

³³ La traducción me pertenece.

se considera su circulación en una larga duración (e.g. desarraigadas de su contexto original, las frases de Kirchner “¿Qué te pasa (Clarín)? ¿Estás nervioso?”, o la de Perón “Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar” suelen hoy tener usos no políticos³⁴); a la inversa, un enunciado que aparentemente no refiere a ninguna cuestión política podría insertarse, de todas formas, en ese régimen (e.g. la frase de Cristina Fernández de Kirchner “Que no se hagan los rulos”, aludiendo a las expectativas sobre su candidatura). Es evidente que en este caso nos enfrentamos a cuestiones ligadas a la circulación o, lo que es igual, a los desfases entre producción y reconocimiento. Por otro lado, colocar al locutor como elemento determinante del carácter político de un discurso no nos ahorra objeciones. La primera: trazar con claridad el conjunto de los locutores que se van a considerar políticos. No hay duda para el caso de quien inviste el cargo de diputado o se postula para gobernador, pero ¿es lo mismo para los sujetos que ocupan marginal y ocasionalmente cierto espacio en una institución política? Aun si se pudiera resolver lo anterior, existen otros obstáculos. Ejemplos: un locutor político puede, en público pero fuera del marco de un mensaje oficial, referirse a temas no políticos (e.g. un presidente habla sobre su gusto gastronómico), a no ser que postulemos que toda palabra pública proferida por los sujetos que ocupan ciertos cargos se inscribe en la discursividad política; una figura pública no perteneciente al campo político puede intervenir políticamente, sea que su enunciado tenga una orientación política explícita (e.g. una actriz se manifiesta por los medios a favor de impulsar la legalización de la pena de muerte), sea que la adquiera durante los avatares de su circulación.

De lo anterior se desprende: a) que es imposible delimitar la entidad discurso político desde un único parámetro; b) que esta condición debe tenerse en cuenta si se lo quiere definir a partir de una situación de comunicación. Así pues, es de suponer que la *situación de comunicación* política debería poder describirse en función de una serie de criterios. Ahora bien –aquí otro problema del texto comentado–, Charaudeau tampoco

³⁴ Es evidente que ciertas características le permiten a estas frases autonomizarse de su régimen enunciativo de origen e inscribirse en otro distinto. Ejemplo similar es el del enunciado “Que se vayan todos”, cuya autonomización se facilita por su pertenencia a una instancia autorial colectiva y el empleo de términos que no son característicos del habla política.

detalla cuáles serían los parámetros que informan a esa situación. En otro lugar (Charaudeau & Maingueneau, 2005: 530-532), precisa que la *situación de comunicación* es el conjunto de instrucciones situacionales que rigen la emisión de un acto de lenguaje y que permiten la interpretación correcta del enunciado. Pero aquí no se terminan las indefiniciones. La principal discrepancia que rodea a la noción es la del carácter extralingüístico o intralingüístico de esas instrucciones. De inmediato surge otra acerca de qué debe ser considerado de las condiciones extralingüísticas (¿la totalidad del entorno cognitivo, psicológico y/o sociológico o sólo algunos datos?) o de las intralingüísticas (¿el entorno lingüístico de manera íntegra o sólo aquellos elementos que se pueden poner en fase con los extralingüísticos?). En otro texto, Charaudeau (2000) sí cataloga los componentes de una situación de comunicación de índole extralingüística: identidad y ubicación de los participantes, finalidad que los vincula, macrotema y circunstancias materiales involucradas. Podemos especular que estos parámetros son aplicables al caso de la política y que se deberá atender a ellos para ponderar el carácter político de un enunciado.

Charaudeau (2006) recoge esto parcialmente cuando ensaya una localización de los lugares de producción del discurso político. Aunque no desconoce los fenómenos de reconocimiento y, por ende, los de circulación, se preocupa por aislar y distinguir “lugares de fabricación” y de configuración del discurso político. Así, su forma puede ser la de un *sistema de pensamiento* (que procura fundar un ideal político que sirve de referencia para posicionamientos), la de un *acto de comunicación* que pone en juego procedimientos retóricos (orientados a incidir sobre los prodestinatarios, los contradestinatarios y los paradestinatarios, construyendo así colectivos de identificación) o la de un *comentario* (que no busca intervenir, sino conceptualizar lo político) (*op. cit.*: 40-41). La dificultad, a mi juicio, reside en proponer la existencia de lugares de fabricación sin subrayar que se trata de un esquema teórico que diseña en exceso la dinámica discursiva, la indeterminación de los procesos de configuración social del sentido. Las condiciones de circulación del discurso político contemporáneo –esto es: la mediatización– hacen muy difícil la postulación, por parte del analista, de situaciones de comunicación de esta clase. De hecho, si se quiere optimizar por esta vía la representación del fenómeno, vale la pena considerar la aportación que el mismo

Charaudeau brinda al referirse a la *situación de discurso* (Charaudeau & Maingueneau, 2005: 532). Esta última, a diferencia de la de comunicación, recoge los datos de saber – sobre el mundo, pero también sobre los funcionamientos de los tipos discursivos– que circulan interdiscursivamente y que sobredeterminan a los locutores.

En definitiva, el enfoque que propone Charaudeau intenta esquematizar la intersección entre el campo político (con sus actores, prácticas no discursivas y sus relaciones de poder) y los mecanismos discursivos y textuales que lo habitan. Tal esquematización se revela como un instrumento de valor, que le otorga al discurso político un alto nivel de legibilidad, aún a costa de ubicar en segundo plano la dinámica de la producción social de sentido. En esta dirección, al distinguir actos y discursos, cabe preguntarse, por una parte, si no se restituye al acervo de la *Escuela Francesa* elementos que habían sido expulsados en la alborada de la formación de su aparato teórico, como la intencionalidad; por otra parte, el otro interrogante es si no se pierde de vista una dimensión fundamental de la discursividad, la de encargarse de la estructuración simbólica que requiere la comprensión y la acción. Vale decir: los acontecimientos del mundo adquieren sentido a través de su semiotización.

2.1.4. El poder de la palabra

Es indispensable, antes que nada, recapitular un conjunto exiguo de datos que informan a la puesta en marcha de las corrientes que pueden subsumirse bajo la etiqueta *Análisis Crítico del Discurso*³⁵ (cf. Fairclough & Wodak, 2000; Meyer, 2003; Wodak, 2003). En el programa inicial del *Análisis Crítico del Discurso* (y de la *lingüística crítica*, su antecedente más relevante), estaban impresas tanto la influencia de Voloshinov (v. *supra*), como la de Gramsci. Lógicamente, en la obra de este último se

³⁵ Para evitar una digresión, doy por aceptado que es posible hablar de corrientes para lo que en realidad es una red de autores y trabajos con distinto tipo de conexiones entre ellos. Las referencias bibliográficas que aparecen a continuación permiten fundamentar esta opción.

halló la *via regia* para instalar a la disciplina en el interior de la tradición marxista. Pero no sólo se ganaba un marco teórico para solventar la elucidación del funcionamiento discursivo del poder, sino que también se le daba un lugar decisivo de intervención en las pugnas que dinamizan la vida social: el objeto de la corriente –el discurso– no constituía un mero epifenómeno del funcionamiento económico, sino que integraba la dimensión esencial en la reproducción y transformación de los conflictos, además de conferirle, a la labor del analista, un halo de resistencia a los mecanismos de dominación puestos en obra por los grupos con poder. Daba acceso, en definitiva, a la institución de un designio militante a la par de un programa académico.

Y este programa parece mantener aún hoy dos objetivos. Uno de índole general: estudiar el lenguaje como práctica social. Aunque sujetos a sus restricciones, los acontecimientos discursivos pueden, a su vez, constituir, reproducir o transformar las instituciones y las estructuras sociales. Hay aquí, dicho de otra manera, una relación dialéctica. Otros objetivos son de carácter específico. En principio, iluminar las junturas entre lenguaje y poder, inspeccionando, sobre todo, las estrategias discursivas empleadas por los dispositivos institucionales controlados por los grupos dominantes a fin de consolidar su dominio y reducir los conatos de resistencia. Este propósito requiere, lógicamente, una comprensión precisa de las relaciones entre discurso y relaciones de dominación, la cual posee una estructura fractal: el lenguaje le sirve de expresión al poder, participa en las luchas por su adquisición y su concentración, colabora a reproducir las relaciones de desigualdad, aunque también puede cuestionar aspectos de la dominación, etc. Ahora bien, ¿el lenguaje detenta un poder que le es inherente? Pareciera que para el *Análisis Crítico del Discurso* el lenguaje carece de un poder propio y sólo lo obtiene de sus usuarios y de las prácticas que lo ponen a funcionar, como si se tratara de un medio idóneo para representar, en el contexto de disputas por el establecimiento de las relaciones de dominación, objetos, personas, vínculos, etc., de una manera determinada. Algunas de las manifestaciones más puntuales de toda esta problemática del lazo entre poder y lenguaje son especialmente predilectas para el *Análisis Crítico del Discurso*, como ser la constitución, expresión y legitimación, a través del discurso, de la desigualdad social y de los actos de discriminación. Así pues, la intervención del *Análisis Crítico del Discurso* piensa el campo

social como un espacio tensado por múltiples puntos de antagonismos: el de las luchas sostenidas por las feministas, las emprendidas contra el racismo, las impulsadas por la igualdad de derechos para los homosexuales, etc.

Estimo oportuno incorporar en este punto la argumentación de P. Chilton y Ch. Schäffner (2005), quienes, dentro de esta misma corriente y de esta misma problemática, procuran demarcar el análisis del discurso político. Otorgan una primera definición que, para no tildarla de tautológica, se la puede calificar como apodíctica: “El análisis del discurso político –afirman (*op. cit.*: 304)– se ocupa de relacionar las particularidades del comportamiento lingüístico con lo que normalmente entendemos por ‘política’”. No obstante, rápidamente notan las dificultades:

“Esto plantea dos problemas que podrían llamarle la atención al lector inmediatamente: 1) Lo que se considere ‘político’ dependerá del punto de vista del comentarista, 2) Se puede interpretar que los múltiples actos llevados a cabo mediante el lenguaje (es decir, el discurso) cumplen diversas funciones, no sólo políticas, sino también heurísticas, lúdicas, informativas, etc.” (*ibíd.*).

El segundo de los problemas –lo vimos– atañe a la voluntad de clausura propia del razonamiento teórico cuando se enfrenta a fenómenos excesivamente heteróclitos, y reclama una solución metodológica, que es la que proporcionan los autores:

“En cuanto al segundo problema, relacionamos situaciones y procesos políticos con tipos discursivos y niveles de organización del discurso mediante una categoría intermedia, a la que denominamos funciones estratégicas. La noción de *funciones estratégicas* les permite a los analistas del texto y del habla concentrarse en aquellos elementos que contribuyen a los fenómenos que las personas consideran intuitivamente como ‘políticos’, y obviar otras funciones como la informativa, la lúdica, etcétera” (*ibíd.*).

Al menos en lo concluyente de su formulación, el primer problema parece ignorar la extensa reflexión producida en el ámbito de la ciencia política, no digamos ya desde Aristóteles, pero sí al menos desde Maquiavelo y Schmitt. Por supuesto que, como lo han enseñado entre otros N. Chomsky y Verón, la intuición es un punto de partida legítimo para hacer progresar el conocimiento, pero aún así, ésta se halla restringida por saberes producidos con anterioridad y, en última instancia, por cierto sentido común. Es decir: lo que se considere *político* no puede depender exclusivamente del punto de vista del analista. Como muestra, vaya lo que hace Verón (1987). Mientras defiende su derecho a trabajar desde la intuición, fundamenta –como se expuso más arriba–: a) el linaje científico de ese derecho, b) sus límites y validez para el caso específico del discurso político (categorizando como *política* la palabra articulada a las instituciones del Estado). Ahora bien, en un segundo momento, Chilton y Schäffner explicitan su propio punto de vista, aunque dejan sin justificar las ventajas de la elección que realizan:

“En cuanto al primer problema, definimos como potencialmente ‘políticas’ aquellas acciones (lingüísticas o no) que involucran el poder o su opuesto, la resistencia. Desde luego, no existe una única definición del concepto de ‘poder’ que sea compartida por la totalidad de los teóricos políticos, y tampoco es nuestra intención resolver esta cuestión aquí” (*ibíd.*).

En síntesis, para estos autores ingresa como componente del conjunto *discurso político* toda práctica verbal que se “involucra” en una relación de poder, a fin de mantener o transformar su distribución. La definición deja, no obstante, algunos aspectos sin puntualizar. En principio, el que se abandona explícitamente y cuya importancia no es menor. Los enunciados que profiere un padre para exigirle a su hijo que mastique la cena con la boca cerrada o los que produce un empleado administrativo al sólo efecto de gozar con la disposición abusiva del tiempo del tramitador que tiene frente a él no tipificarían como discurso político según una noción tradicional de poder (central, positivo, prohibitivo, censor, soberano, masivo,

homogéneo, totalmente asimétrico, etc.), pero ¿cabe decir lo mismo si se trabaja bajo la hipótesis de un poder social, ubicuo, pero que opera como una red de microprácticas? Los análisis de, entre otros, Foucault (e.g. 1992; 1998a) han cuajado en una representación del poder que desbarata la separación entre lo público, como aquello que incumbe a la política, y lo privado, aquello que le es por definición ajeno; desde entonces sabemos que, como bien lo expresa el lema feminista “lo personal es político”, la vida privada es una región decisiva para las relaciones de dominación. Otras dificultades sobrevienen en seguida si extendemos esta vía de razonamiento. Porque si lo político es reductible al poder, y el poder impregna todos los dominios de la vida, se extinguen las posibilidades de fijar las fronteras y la especificidad del discurso político (i.e. si todo es político, nada lo es). Por otro lado, coextender el poder y lo político dificulta el encuadramiento tipológico de situaciones y enunciados que parecen ajenos a toda relación de sojuzgamiento y, aún así, toman parte de actividades que hacen a la organización de la vida colectiva para la consecución de un objetivo, es decir, a lo que tradicionalmente es designado como lo político por antonomasia (e.g. los textos elaborados para la regulación de una comunidad instituida bajo principios acráticos). Para Chilton y Schöffner, en definitiva, un *corpus* es político prácticamente por decisión del analista. Aunque ellos no lo dicen de forma explícita, me gustaría pensar que esa decisión debería ser ella misma política, en el sentido de que se encuadre en una problemática interesada en la corrección de una repartición asimétrica de poder y que las derivaciones de la investigación sirvan para intervenir allí. De todos modos, parece razonable la decisión de darle un lugar central a la conflictividad en torno al poder en la definición de los fenómenos políticos, toda vez que –lo vimos más arriba con Gramsci– es el modo de acceso que han elegido teóricos de indiscutible relevancia.³⁶

³⁶ Y no únicamente dentro de la tradición marxista. Para Luhmann (cf. Luhmann, 2000; Torres Nafarrate, 2009), por ejemplo, la diferenciación funcional del sistema político está dada por la *posesión de poder/no posesión de poder*. Vale recordar lo siguiente: el principio de la teoría sistémica radica en que toda posibilidad de conocimiento del mundo empieza con la experiencia de una *diferencia* entre al menos dos cosas; en principio, esas cosas son *sistema/entorno*. El elemento básico que compone los sistemas sociales es la *comunicación*, entendida como un proceso autorreferencial y clausurado que comporta tres fases, en las que se procesan tres distinciones: 1) la información en relación a todo el sentido latente; 2) lo que de

En resumidas cuentas, para esta expresión representativa del *Análisis Crítico del Discurso* la política se subordina a la contienda por la posesión del poder: la condición mínima para la existencia de la palabra política es que involucre alguna dimensión del poder y su resistencia. Es decir, la definición de lo político es aquí relacional. Veamos beneficios y desventajas. La ventaja evidente es que coloca al analista del discurso ante la posibilidad y responsabilidad de analizar la red de relaciones constitutivas de los sujetos y ante la posibilidad de asistir las prácticas de emancipación, ya que el *Análisis Crítico del Discurso* propicia una interesante conceptualización de la dinámica del poder en el campo político. Por un lado, elabora una noción de poder que sugiere conflicto entre actores, lucha permanente por imponer sus intereses, dominio inestable, noción que implica ya sea la estabilización y naturalización de significaciones específicas a fin de mantener cierto nivel de consenso entre las clases subalternas, ya sea la transformación de esos significados para alterar las condiciones de dominación. Por otro lado, se resguarda, contra el pensamiento althusseriano del sujeto como efecto ideológico sobredeterminado, la disposición activa y la posibilidad de actuación creativa de los agentes; dicho de otro modo, no cuadra subestimar su capacidad de resistencia y de oposición. La fuente de esta conceptualización del poder como fenómeno social es Gramsci y su concepto de *hegemonía* (Gramsci, 1984). La supremacía hegemónica es el modo en que el poder gobernante se gana el consentimiento de aquellos a quienes sojuzga. Sin embargo, no es nunca un fenómeno

esa información se va a comunicar y lo que no; 3) el hecho de ser entendida o no. La información que procesan los sistemas sociales es, entonces, un constructo interno, no la toman del entorno. Del entorno sólo requieren un impulso –por eso Luhmann habla de una *autonomía relativa*– y que el sistema perciba este impulso como experiencia de diferencia, tratada a partir de un código específico. Hay que añadir, con respecto a este último punto, que el código social del que derivan todos los demás es el *lenguaje*, el cual ofrece una codificación binaria prototípica (sí/no). De la aparición de distintos códigos específicos para funciones específicas surgen los diferentes sistemas sociales (político, científico, jurídico, etc.), clausurados a partir de su respectiva lógica operativa (que, en el caso del sistema político, está determinada por la posesión del poder y la toma de decisiones). Clausura y autorreferencialidad, sí, pero, para existir juntos, los sistemas deben estar *acoplados estructuralmente*, es decir, entreverados en un proceso en donde cada uno se vincula según su propia estructura (sin una determinación directa, sólo como estímulos que eventualmente desatan –pero no determinan– cambios en el sistema afectado). No de otra manera funcionan las cosas en el plano de los seres vivos. Como se sabe, el modelo sistémico luhmanniano está inspirado en las ciencias de la naturaleza. Lo vivo alcanza allí el orden formando sistemas de manera *autopoietica*. En un nivel básico: una unidad viviente se crea a partir de la diferenciación y separación dentro/fuera, interior/exterior. A propósito, es un dato a remarcar la poca atención que todavía hoy se le presta, dentro de los estudios del discurso, a la obra de Luhmann. La excepción es Verón (v. Boutaud & Verón, 2007).

total y completo, ni está confinado a las determinaciones del economicismo: supone inestabilidad, resistencia por parte de los grupos sometidos, zonas de negociación, sistemas ideológicos que se interpenetran, etc. La desventaja epistemológica de esta descripción –poco significativa si se la mide con sus beneficios, a no ser que se considere que de alguna manera los neutraliza– parece ser su amplitud potencial, lo cual nos devuelve al estado de indeterminación planteado en la introducción de este capítulo.

3. Los de afuera no siempre son de palo

Mi intención en esta parte es presentar algunas tentativas de definición del habla política que, aunque no provienen de los estudios del discurso, han colocado a la producción de enunciados en el centro de su reflexión. ¿Cuál es el interés que tiene su inclusión en este capítulo? Justamente ese: que, a través de la noción de discurso, piensan la circunscripción de la política como una cuestión que no puede permanecer sorda al uso del lenguaje. Sobra aclarar que esta apertura es favorecida por el carácter anfibológico o multivalente de la noción de discurso, que, al no definir un dominio que pueda ser explorado por una única disciplina, habilita su apropiación por diversos marcos de referencia, aunque en cada uno de ellos posea un estatus diferente. El trayecto hasta aquí se realizó cotejando distintos enfoques de los estudios del discurso; se trata en adelante de expandir el diálogo –sin dudas beneficioso– hacia lugares puntuales de otras disciplinas de las ciencias sociales que se ocupan del funcionamiento de lo discursivo. Concretamente, glosaré las principales tesis de dos científicos sociales contemporáneos, aunque sin ninguna pretensión de ser exhaustivo. Reconozco que este recorrido fragmentario y –de cierta manera– descontextualizado termina por desdibujar buena parte de la historia de la constitución de estas tesis, de las inquietudes intelectuales que actualizan, de las polémicas en las que intervienen, etc.

Lo que tenemos que pedirle a esta confrontación con saberes que tienen otras preocupaciones, otras categorías (otra cultura en definitiva), es que favorezca la localización de los puntos ciegos de los estudios del discurso al momento de definir la discursividad política e, indirectamente, que contribuya a desnaturalizar los límites de estas corrientes y las empuje, de ser necesario, a que se puedan imaginar de otra manera.

3.1. Los frágiles contornos del habla política

Si bien su disciplina de base es la ciencia política, la particularidad del trabajo de Ch. Le Bart (2003) es el interés que deposita en el análisis del *discurso* político. Con el objetivo de corroborar la entidad genérica de este último apela a la teoría de los campos de P. Bourdieu. Para Le Bart no existe ninguna duda de que el discurso político es un género en términos bajtinianos –un tipo o una tipicidad moduladora, según el vocabulario que se ha venido usando– con todas las de la ley, marcado por restricciones, obligaciones y prohibiciones estabilizadas, dotado de una cierta coherencia; se trata, por decirlo de alguna manera, de una actividad discursiva específica que proviene de los actores de un campo social singular: el campo político. Allí cada rol remite a una modalidad original de agenciamiento de enunciados. El rol de presidente, de ministro, de jefe de la oposición, etc., está sometido a una serie relativamente rígida de restricciones que afectan la toma de la palabra. Esta especificidad también es percibida fuera de su perímetro. Por los ciudadanos, quienes reconocen los enunciados políticos como fenómenos codificados, previsibles, incluso dignos de desconfianza; por los analistas, que ven allí un lenguaje estereotipado. Así, lejos de reflejar la voluntad del locutor –o a lo sumo hacerlo superficialmente– o la verdad del mundo social –a lo sumo como efecto retórico–, la palabra política manifiesta, al momento de ser proferida, un estado del campo y la posición que allí y en ese momento ocupa el hablante.

Queda claro, entonces, que la particularidad del discurso político proviene de la del campo. La pregunta que sigue es: ¿cuáles son las propiedades de este campo y cómo es su funcionamiento? Para Le Bart, el carácter representativo de la actividad política en las democracias occidentales favoreció su profesionalización, propiciando una brecha entre representados y representantes y, a la larga, una cierta autonomía de la actividad. Si es posible hablar hoy para la política de un campo con relativa autonomía se debe a que se cumplen una serie de requisitos. En principio, la existencia de componentes distintivos: las estrategias que persiguen los actores, los comportamientos que adoptan, los bienes simbólicos que producen, distribuyen y pretenden, la autonomía de las instituciones denominadas políticas, la división del trabajo que consagra la peculiaridad de los agentes, una originalidad relativa en las reglas del juego, un tipo particular de capital (el político); todos estos componentes participan, además, de un universo de sentido singular determinado por su carácter relacional. Sin embargo, lo que le otorga consistencia a este conjunto es lo que Le Bart (*op. cit.*: 98), siguiendo a Bourdieu, denomina *illusio*. La *illusio* política es el nombre que reciben las creencias fundantes, ya interiorizadas, que motivan y orientan la acción de los actores del campo: sólo quien cree en el valor del capital político y en los beneficios que conlleva su posesión pugnará por obtenerlo.

La *illusio* cobra un papel relevante a la hora de demostrar, por su transgresión, los contornos de la palabra política, puesto que la demarcación de su exterioridad la desnaturaliza. Las creencias determinan positivamente a los discursos cuando estos las fortalecen; pero también puede existir una determinación negativa, cuando los locutores hacen visibles los límites de lo decible en el campo político. Según Le Bart, todo discurso debe ser analizado bajo estos parámetros. Pensemos en el caso de las *gaffes*. El escándalo que suscita la frase “Hay que dejar de robar por dos años”, pronunciada por un político y sindicalista aludiendo a sí mismo y a sus pares, proviene de su violencia sobre las creencias colectivas fundantes del campo político –en este caso, su *importancia funcional* (v. *infra*) o, si se quiere ser más concreto, la suposición de

la honestidad por parte de los elegidos en el desempeño de las funciones públicas– y pone de manifiesto los límites de lo decible en su interior. Para clarificar:

“Esta postura de investigación induce a una consecuencia en cuanto a la delimitación de los corpus. Es en el margen que el discurso político muestra mejor su lógica interna. Puesto que son desproblematizados, los enunciados ordinarios pasan desapercibidos ya que se ajustan perfectamente al horizonte de expectativas de aquellos a los que están destinados. En cambio, la dramatización que establece la transposición de las fronteras decible/indecible, admisible/inadmisible, permite poner al desnudo las creencias que subyacen en el discurso político. En este sentido, los períodos rutinarios interesan menos que los períodos de crisis” (*op. cit.*: 100).³⁷

Si hablaba antes de “cierta autonomía” del campo político es debido a que los límites que la establecen no son precisos. Evidentemente, se trata de un campo con autarquía relativa, ya que el sufragio, que es expresión de su capital específico, el que permite acceso a posiciones dominantes, proviene de un intercambio con actores que se encuentran en una posición de exterioridad: los electores. Esta falta de clausura impacta sobre el universo de los enunciados políticos, donde se verifica una permanente yuxtaposición de dos clases. Por una parte, la familia de los enunciados investidos por las creencias propias del campo político (e.g. aquellos cuyo sentido actualiza el papel fundamental de la política en la transformación social); por otra, los discursos que, sin ir contra la *illusio*, poseen registros de legitimación externos (e.g. aquellos que conmutan la significación de la labor política tradicional por una suerte de buena gestión para los mejores vecinos). Esta situación es correlativa con lo que sucede en el plano de las creencias fundadoras clásicas. Veamos de qué modo.

Le Bart indica que hay dos creencias fundantes –dos máximas cabría decir– que participan de la legitimación dentro del campo político y que muy difícilmente sean puestas en cuestión: la creencia en la *importancia original* del poder político –sacralizado por derivar del sufragio universal– y la creencia en la *importancia funcional* –pues se

³⁷ La traducción me pertenece.

sostiene aún su eficacia para transformar la sociedad—. Así formuladas, ambas parecieran surgir de una mirada un poco ingenua sobre la política contemporánea. La segunda aparenta ignorar los momentos de hegemonía del discurso neoliberal; la primera se discutirá con detenimiento más adelante, en términos de la distinción entre legitimidad y confianza. Ahora bien, aunque no llega a renegar de su vigencia, Le Bart al menos reconoce que hoy se ha debilitado la importancia específica de ambas y su capacidad de interpelar a los ciudadanos, lo que ha dado lugar a una severa crisis de representación. En otras palabras, es sumamente difícil concatenar el campo político con los simples individuos, conducirlos a reconocer el valor de una esfera a la cual no pertenecen de manera directa, pero que requiere su consentimiento para reproducirse. Frente a este estado de cosas, la solución que encuentra la clase política es operar a la inversa: no ya esforzarse en trasladar sus valores hacia el afuera, a fin de colectivizarlos en el ámbito de la ciudadanía, sino importar desde allí mecanismos de legitimación alternativos. Una clave de lectura posible para esta mutación del campo es el aumento de la personalización. En nuestras democracias occidentales, la legitimación del rol político hoy resquebrajado tiende a desplazarse hacia la personalidad de los actores, a los cuales Le Bart, siguiendo a Weber, describe como “condenados al carisma”. Algunos podrán decir que también aquí se tocan los límites de la política y se torna posible detectar aquello que le es exógeno. En Argentina tuvieron lugar casos que, no obstante, invitan a la prudencia en este punto. Pensemos en situaciones en las que la falta de carisma es irreparable, lo que torna evidente la labor de los asesores de imagen y la puesta en escena política termina por deconstruirse públicamente. Este —por llamarlo de algún modo— *giro personal* en la política provoca que, lejos de ser ocultadas como sucedía antes, las singularidades del mundo privado e, incluso, del plano íntimo, se convierten en el sustento de estrategias, llegando, en los casos más extremos, a las operaciones de legitimación que evitan la referencia a la política (volveré sobre este tema en los próximos capítulos). Así, no es para nada extraño encontrar a funcionarios o candidatos que se presentan como no haciendo política o, tal como suele ocurrir en el ámbito argentino, que, graves y circunspectos, solicitan no politizar temas que son manifiestamente políticos (e.g. los referidos a la edad límite de imputabilidad penal de

los menores, los que caen bajo la etiqueta mediática de “inseguridad”, las huelgas docentes, etc.).

Conviene desprender varios elementos del trabajo de Le Bart. Para empezar, ya que sus hipótesis están coligadas con las de la sociología de Bourdieu, la definición del discurso político, el inventario de sus rasgos principales y la explicación de su funcionamiento quedan comprendidos en la teoría de los campos. Soluciona, sin dudas, el problema de la especificidad del discurso político en el marco de una tipología de los discursos sociales, aunque inmediatamente surgen interrogantes de rango epistemológico e investigativo: ¿por este camino, no se somete a los estudios del discurso político a ocupar un espacio demasiado reducido e inmovilizado en el interior de una convergencia transdisciplinaria, es decir, como accesorio de la sociología?; ¿no pierde su condición de espacio de problematización de saberes? En igual sentido: ¿qué tipo de destrezas presupone por parte del analista: una formación sociológica fuerte o sólo hace admisible el trabajo en equipo con sociólogos? En segundo término, hay que notar que, con la idea de correlación entre campo y tipo discursivo, el aparato teórico propuesto reviste con una conceptualización nítida el tema de la clausura de los enunciados, aunque no elimina del todo ciertas ambigüedades, señaladas por el mismo Le Bart. En general, a causa del mismo carácter relativo de la autonomía del campo político, que tiende a volver ineficaz el procedimiento de detección “por negatividad” de los enunciados que le pertenecen; de un modo más particular, por el incremento de las apelaciones a la personalidad. Este último tópico también deja por resolver algunos interrogantes: ¿en qué momento las alusiones de un político a su vida privada comienzan a ser políticas o dejan de serlo?; ¿la división la establece algún parámetro del funcionamiento del campo (y habrá que observar allí cuáles son los criterios de su determinación) o bien toda palabra pública puede considerarse al servicio de la legitimación del enunciador y, por tanto, es parte del discurso político, incluso los enunciados que reenvían a la esfera de la intimidad o el goce –como los producidos por Menem concernientes a su sensualidad y a sus relaciones amorosas, aunque bien se puede afirmar que la única y primordial cuestión política es precisamente la relación de los sujetos con su goce–. Finalmente, el modelo de Le Bart parece pecar de restrictivo en otro punto. Si bien se preocupa por dar un principio de organización al habla de la

clase política y por clarificar sus límites, poco dice, al menos en este trabajo, de los enunciados que no emanan de esa esfera. De los locutores políticos pueden surgir enunciados explícitamente políticos; pueden asimismo producir enunciados en apariencia políticos, pero que entran en conflicto con los valores que fundan el campo y, por ende, pierden ese atributo; pueden finalmente producir enunciados cuyo sentido no sea político, pero que ayudan a legitimar su actuación como político profesional. Ahora bien, ¿qué sucede con la palabra de los integrantes de la sociedad civil?, ¿no pueden provenir de allí enunciados políticos? La solución, cabe presumir, hay que buscarla remitiéndose a las determinaciones de las reglas del campo político. Lo cierto es que en el artículo de referencia Le Bart poco dice sobre esas reglas y sólo se limita a defender la autonomía de ese campo.

3.2. La traición de la política

El objeto de la obra sociológica de B. Latour, muy atenta los desarrollos de la semiótica, será retomado en el capítulo siguiente de esta tesis, ya que remite a una cuestión hoy en día medular del discurso político: la de la conformación de los colectivos de identificación. En este sentido, digamos que mientras Le Bart pone el foco en la legitimación de la clase política separándola de sus representados, la reflexión de Latour supone la mutua determinación de estas dos instancias. Su pregunta se dirige a la relación de representación y a la segmentación del universo de los representados. Antes, dada la capitalización heurística que hace de nociones de la lingüística y de la semiótica greimasiana, resulta prudente y útil comentar su original concepción de la política. Para Latour (2002; 2006), la política es, fundamentalmente, un régimen enunciativo cuya especificidad (que lo distingue de otros, como el de la religión y el de la ciencia) es darle forma a los agrupamientos sociales, a los cuales configura y reconfigura una y otra vez y, por esto mismo, es la sociedad la que debe ser explicada a partir de la política, no al revés, como aún lo hace gran parte de la

sociología.³⁸ El comúnmente llamado “lazo social” es, en realidad, el resultado de la fuerza performativa de la palabra política, que, operando como un modo de mediación, define y redefine los colectivos.³⁹ La ecología del discurso político es frágil. Estado, partido, empresa, familia, etc., cualquiera fuese la dimensión de estos grupos, nunca son un dato previo al discurso, sino que es necesario una mediación, la de la enunciación política, que los hace y transforma permanentemente, que los moviliza, los disuelve, los diseña y rediseña, etc., para lo cual debe evitar partir de la idea de que tiene como destinatarios individuos con opiniones, voluntades, identidades e intereses establecidos e inmutables. Nada menos político que la imagen socrática de un cuerpo de ciudadanos responsables y razonables, dueños absolutos de sus ideas y palabras, como precondition del discurso. A diferencia de lo que planteaba Le Bart, no es la política una esfera de lo social (no se circunscribe a lo que se acostumbra a señalar como “esfera política”), ni el conglomerado de unas instituciones, ni las prácticas de unos sujetos, ni la movilización de unos géneros, etc.; no es de estos contenidos de donde proviene el atributo político de un discurso. Todo lo contrario: lo político es, para Latour, un régimen de habla particular. Así, por ejemplo, un diputado puede no hablar políticamente en una sesión de la cámara (e.g. leyendo un informe sobre la producción agropecuaria anual), pero sí hacerlo frente a su familia, como un acto más de su vida privada (e.g. pidiéndole que hagan causa común y no saluden a un vecino que les ha faltado el respeto). Para ponerlo en palabras exactas:

³⁸ Está concepción se encuentra también en la obra de J.-C. Milner, aunque sostenida allí a partir de una perspectiva psicoanalítica. Cito: “En cuanto a la visión política del mundo, consiste en un solo axioma: no hay ningún más allá de los agrupamientos, y por sí solos éstos constituyen el alfabeto donde se escribe el lazo social que fuere. De donde resulta el recubrimiento constante de los agrupamientos y discursos, y que el discurso de los agrupamientos proporcione la clave última de todos los demás (...) De ahora en más, la palabra *político* funcionará como una instrucción y una clave: cada vez que se pronuncie, reencontrar y evaluar el agrupamiento pertinente; cada vez que unos individuos se agrupen, sostener que es en su nombre. Para quienes llaman Estado al agrupamiento supremo, lo político es coextensivo, pues, a la cuestión del Estado, pero los hay que prefieren retener como únicos válidos otros agrupamientos más pequeños o más grandes o más directos o lo que fuere. Familia, humanidad, aldea, etc.” (1999: 81-82).

³⁹ El proyecto de Latour (2002) intenta remozar la obra de G. Tarde. Una de las ideas centrales que se desprende de esa retoma es que los distintos tipos de interacción no deben ser estudiados desde la suposición de una estructura de lo social predeterminada, sino que implican elucidar el tipo de mediación que los regula.

“¿Cuántos enunciadores/-tarios hay? ¿Quién es el enunciador? ¿Quién es el enunciatario? ¿Quién representa a quién? ¿Quién habla en nombre de quién? ¿Quién se dirige a quién y en qué orden? El colectivo no existe completamente solo, ese es el gran descubrimiento de la sociología y de la antropología modernas. No se mantiene completamente solo. Hay que trazarlo, performarlo. No se mantiene presente sin ser constantemente re-presentado. Es un problema topológico insoluble: ¿cómo una multitud conserva la forma de un conjunto? Es un “singular plural” que hay que recuperar constantemente resolviendo la cuestión Uno/Todos en la totalidad de sus puntos. Digo lo que dicen, luego los represento. Dicen lo que digo, luego me obedecen. Somos diferentes con respecto a ellos. Él es otro. Todo este trabajo de definición se hace a partir de enunciados que, tomados en sí mismos, están casi totalmente desprovisto de sentido: el sentido no viene del enunciado, sino del trazado del colectivo que permite su circulación rápida” (Latour, 2006).⁴⁰

¿Cuáles son las particularidades de este régimen? ¿Qué lo distingue, por caso, de la religión, del orden jurídico, de la ciencia, etc.? Primero: su régimen de veridicción se basa en el *hacer existir* (o *performar*) a la multitud como un colectivo provisoriamente definido, como un Uno. La palabra política puede ser calificada como verdadera si cumple con su función de trazar las fronteras que materializan un agrupamiento y, correlativamente, como falsa si suspende esta labor. El rechazo que muchas veces causa lo político en la gente razonable, la decepción que suele ocasionar, la sospecha y aversión que cae sobre los discursos y las figuras inscriptas en este régimen es, justamente, porque se lo pondera desde criterios de verdad y falsedad, de felicidad o infelicidad, que le son ajenos, que pertenecen a otros regímenes y a otras exigencias de veridicción. Según Latour (2002), la palabra política no puede ser evaluada –como quieren, entendiéndolo como el mal menor, muchos antirrepresentativistas– en función de nociones como transparencia, exactitud, fidelidad, rectitud comunicativas, etc., ya que, mirada desde ese lugar, se convierte en un habla deficitaria en lo que concierne a la transferencia de la información, dado que el representante crea un

⁴⁰ La traducción me pertenece.

discurso nuevo (por eso fácilmente se le imputa ser repetitiva, mentirosa, inauténtica, disimuladora, pura retórica, etc.).

En segundo lugar, si se quiere esquematizar el régimen de enunciación política, hay que recurrir a una figura circular y a dos tipos de relaciones posibles entre lo Uno y lo Múltiple. La política, siempre de acuerdo a Latour (*op. cit.*: 151), transforma a los muchos en uno por un primer vínculo de *representación* y “retransforma” en muchos al uno a través de la *obediencia* (o de un ejercicio de *poder*). Son dos puntos de un mismo movimiento de ida y vuelta, no dos partes disyuntas. Sin embargo, para Latour no hay que visualizarlos como mitades de una estructura perfectamente circular. La filosofía política clásica procura ver aquí un orden producido por los mismos que lo reciben, y en eso consiste la *autonomía*, en ocupar esos dos puntos: en producir la ley (el *nomos*) por la expresión de una voluntad y ajustarse a ella por manifestación de docilidad; cuando esta coincidencia se desplaza, salimos de la autonomía para entrar o bien en la disidencia, o bien en la dominación. Ahora bien, la autonomía total es, no obstante, constitutivamente imposible, ya que, por representación, la multitud deviene una antes que la unidad, por obediencia, vuelva a ser multitud. Para ser exactos, todo consiste, según Latour, en un juego permanente entre *autonomía* y *heteronomía*. No hay así una estructura absolutamente cerrada, ya que los vínculos de representación y obediencia son siempre traicionados, continuamente dislocados, dado que en este régimen enunciativo no existe –como se apuntó– transferencia exacta y directa de la información. Por eso tal vez sea más apropiado expresarlo con la idea de un bucle: el que habla como portavoz de los muchos no puede sino traicionar a los que representa, así la multitud se transforma en una unidad;⁴¹ recíprocamente, los que obedecen deben

⁴¹ La relación de representación y el desempeño del portavoz son aspectos que el análisis del discurso político ha insertado en el núcleo de sus reflexiones. El estudio que, desde esta perspectiva, puede hacerse sobre los criterios de legitimación de los mecanismos institucionales de representación política conduce a una reinterpretación de las teorías contractualistas en términos discursivos, que da la siguiente fórmula de legitimidad: *lengua del saber político = expresión jurídico-institucional de la lengua del pueblo*. Lo que, en definitiva, está en discusión es el funcionamiento discursivo de la palabra del representante del pueblo: ¿se trata de un sustituto (y opera así metafóricamente) o –como quiere la tradición rousseauiana– una traducción de la lengua legítima del pueblo (funciona por metonimia)? Según demuestra Guilhaumou (1989), y reelabora Zoppi Fontana (1997), son los mecanismos metonímicos los que instituyen legítimamente al portavoz (su palabra *es la expresión* de la del pueblo) y bloquean la aparición de las figuras metafóricas de delegación (en las cuales la palabra del representante *está en el lugar de* la palabra del pueblo) que terminan por estatuir ese discurso como sustituto del poder

transmutar la orden recibida, caso contrario, no harían otra cosa más que repetir una y otra vez el mandato sin aplicarlo. Sin esta doble traición, sin esta impostura, la política sería imposible. De nuevo: si se efectúa el reclamo de transparencia, fidelidad y racionalidad (“que los gobernantes se parezcan a su pueblo, que nos podamos identificar con ellos”), los muchos permanecen como tales: al no poder transformarse en un colectivo, en un Todo, ya no habría verdadera representación. En correspondencia, si los políticos quisieran ser obedecidos fielmente sería impracticable el pasaje del uno a los muchos. Se exigiría, cosa imposible para los humanos, que la orden fuera ejecutada sin deformación, sin traducción, sin agregados ni sustracciones. Es imposible postular el parecido entre el enunciado del uno y la puesta en movimiento de la multitud, no sólo porque las palabras tienen que transformarse en acciones, sino, fundamentalmente, porque lo uno deviene muchos. Se puede hablar, entonces, de “relaciones de dominación”, de “correspondencia de fuerzas”, de “lucha de influencias”, de “*lobby*”, de “proceso electorarios”, sin hacerlo políticamente. Para que esto suceda es suficiente que se les atribuya a estas cuestiones una transferencia sin deformación; que las relaciones de dominación, por ejemplo, se desplacen en línea recta, como sucede con la información. No hay vida política sin infidelidad, sin traición, sin alguna forma de traducción. La política puede ser enunciable, pensable, sólo si los agentes son capaces de cambiar, a través del debate, sus opiniones y sus lugares de pertenencia. Vale decir, que no estén seguros de los intereses que representan dándole voz, ni de la obediencia que solicitan. Doble traición entonces: de los mandatarios con respecto a la exigencia de representación fiel de los ciudadanos; de los ciudadanos con respecto a la obediencia fiel a los mandatarios. No es la igualdad consigo misma, sino esta torcedura permanente la que hace a la política, la que le permite agitar, transformar, enemistar, etc. Toda pretensión de sustituir esta operatoria, principalmente a través de una razón razonable que regule y corrija esta dinámica (e.g. las condiciones ideales de comunicación propuestas por Habermas),

originario del pueblo. El matiz que Latour le añade a este proceso metonímico de representación es el de la expresión no inmediata, adulterada siempre por alguna cuota de traición.

termina por convertir a los colectivos en un agregado de elementos fijos. Es decir: destruye la política.

En tercer lugar, el mecanismo enunciativo político posee similitudes estructurales y operativas con la enunciación tal como la describe la semiótica. Se deja expresar, en ambos casos, como un acto de delegación que se lleva cabo entre el sujeto de la enunciación y la figura del sujeto del enunciado. La relación política es pues semejante a la relación enunciativa: cada acto de habla produce, como reacción, un enunciador oculto, que es quien delega el ejercicio de la palabra a quien habla por él (*débrayage*), en otro espacio y en otro tiempo; por lo tanto, hablar es obedecer lo que “otro” hace decir, esto es, representarlo. Así se explica que cuestiones tales como el autor, la autoridad y la autorización sean consubstanciales a la manera política de hablar. Sin embargo, no se trata de dos estructuras totalmente idénticas. El catálogo de diferencias debería incluir, en principio, la visibilidad: la delegación en la enunciación política no implica, como en la enunciación semiótica y en los otros regímenes de enunciación, un sujeto enunciador presupuesto pero inaccesible,⁴² sino que es un lugar bien localizado, bien visible, ocupado por toda una serie de actividades: puedo ver a aquel que me hace obedecer, puedo hacerme ver a través de aquellos que pretenden hablar en mi nombre. Otra diferencia radica en la duplicidad funcional: el enunciador político ocupa dos posiciones que son contradictorias para la teoría de la enunciación, es a la vez delegante y destinatario. Un tercer dato es la radical ausencia de identidad, dado que no hay parecido ni transparencia en la relación entre este enunciador político y el sujeto al que hace hablar. Finalmente, está el hecho de que la enunciación política es el efecto de una pluralidad: por la boca de este enunciador habla una multitud.

*

Creo que la aportación sustancial que brinda reseñar los trabajos de Le Bart y de Latour es poner de manifiesto dos vías que toman las ciencias sociales para determinar cuándo hay palabra política. A la que propone Latour identifiquémosla como vía

⁴² Recordemos a Greimas: “El sujeto de la enunciación jamás puede ser capturado y todos los *yo* que se puedan encontrar en el discurso enunciado no son sujetos de la enunciación, sino simulacros (...) Los diferentes *yo* que podamos encontrar en el discurso son *yo* hablados y no son *yo* que hablan. Porque el *yo* de la enunciación está siempre oculto, siempre sobreentendido” (1996: 11-12).

inmanente, dado que la política se explica por las mismas particularidades funcionales de su régimen enunciativo: un enunciado es político cuando performa un colectivo de identificación. En el caso de Le Bart, los enunciados políticos se explican por algo distinto a ellos, por algo que los trasciende: la dinámica general del campo político (aparece nuevamente aquí el riesgo de la tautología: *definiendum* y *definiens* comparten el atributo de políticos). De igual modo, se podrían oponer principios de funcionamiento. En el segundo de los autores mencionados, el discurso político debe operar, siguiendo máximas de claridad y fidelidad, por adecuación a unas reglas. En el primero, en cambio, lo hace por medio de una tergiversación permanente de la significación original de la relación entre representados y representante.

3.3. Hoy, igual que ayer, la frazada es corta

Un balance provisorio de lo expuesto hasta aquí diría que la situación actual en lo que respecta a la tipologización del discurso político no es necesariamente mejor a la que describían Verón y otros analistas. Evidentemente, gran parte del trabajo en este punto está aún por hacerse. Lo único que me atrevería a postular es que debe ser encarado desde dos líneas. Hay que hacer avanzar, por una parte, la teoría de las tipologías en el interior de los estudios del discurso, mientras que, en paralelo, conviene seguir pensando en torno a las cuestiones para las que los escritos ponderados más arriba sólo encontraron soluciones parciales, sea intentando resolverlas del todo o, conscientes de que estamos ante un *impasse*, decidiendo abandonarlas. Una de las claves parece estar – insisto – en zanjar de una vez cuál va a ser el diámetro de lo político para los estudios del discurso. Una acepción restringida nos despeja el conjunto de las temáticas a estabilizar, aunque deja en pie algunas importantes (e.g. la del funcionamiento de las instituciones sociales); por el contrario, un sentido amplio expande el área de intervención posible de los analistas del discurso político (e.g. toda relación de poder), pero puede volver ocioso o hasta inconveniente establecer una tipología. Cualquiera

sea la decisión que tomemos para esta última disyuntiva, es evidentemente que necesitamos los aportes de la teoría política.

4. En busca de la autonomía perdida

Aunque de las indagaciones provenientes de los estudios de la discursividad resultan definiciones del discurso político con rasgos comunes, que comparten cierto aire de familia, guardan entre ellas, no obstante, apreciables diferencias, propiciando que el diseño de las investigaciones se desplace entre un sentido común entumecido y el puro antojo. Este panorama tiene cierta similitud con lo que sucede en la teoría política, donde los esfuerzos no transitan tampoco un camino más apacible. Una lucha por una relativa autonomía también tiene lugar allí, autonomía de lo político con respecto a las otras áreas de lo social. Respecto a, por ejemplo, lo económico, contra la subordinación propuesta por la tradición marxista más ortodoxa. Respecto a, otro caso, lo estrictamente estatal, pues si bien el concepto de Estado presupone el de lo político, en la actualidad el Estado se encuentra entremezclado con la sociedad al punto que lo político no admite ser definido a partir de lo estatal. La convicción que está detrás de estas aspiraciones de autonomía es que lo político tiene sus propios criterios, independientes de otras áreas. Algunos autores, como G. Sartori (citado por Marchart, 2009: 74), llevan su concepción autonómica al extremo, y consideran al dominio político independiente (se ciñe a sus propias leyes), autosuficiente (puede explicarse por sí solo) y causa primera (se genera a sí mismo y al resto de los campos sociales). Al afirmar la primacía y no sólo la autonomía, se roza la cuestión relativa a la ontología de la sociedad. Ahora bien, mientras se considere la política sólo como una esfera social más, diferenciada de las otras, con sus disimilitudes estructurales o institucionales, estaríamos de nuevo bajo la idea de un campo, tal como sugería Le Bart, con las consiguientes dificultades para pensar los límites del discurso político.

Resulta oportuno, antes de continuar transitando el terreno de la ciencia política, introducir un par de aclaraciones. La primera es meramente terminológica. Si hasta aquí utilizamos de manera denotativamente indistinta, y sin atribuirle ninguna valencia técnica, las flexiones de género del sustantivo *política* (la política/lo político), a partir de este momento discriminarán significados. La segunda aclaración es substancial. No se trata en este escrito de hacer una presentación sistemática de la teoría política contemporánea, ni de examinar en detalle los procesos históricos de su constitución, ni siquiera de extraer consecuencias para sus debates actuales y futuros. Interesa tan sólo reponer una serie de reflexiones que, por una parte, permitan iluminar regiones de la operatoria del discurso político en la actualidad, dado que todo engendramiento de sentido está sujeto a las restricciones de los mecanismos de funcionamiento de lo social; por otra parte, y en tanto las prácticas e instituciones políticas constituyen un nivel privilegiado dentro de esos mecanismos, es decir, en tanto son condición de producción del análisis, es fundamental que estas reflexiones sirvan para justificar la selección y el agrupamiento de los enunciados. En concreto, se pasará revista a la obra de diversos autores, aunque sin ninguna tentativa de exhaustividad ni con el proyecto de una reposición integral y sistemática de sus tesis principales. Así, la extracción de tan sólo algunas de las vetas que integran estas obras conduce a relegar –aunque no a ignorar– buena parte de las vicisitudes de sus genealogías, de los programas intelectuales que actualizan, de los diálogos y polémicas en los que participan y de la silueta que cada una de ellas proyecta sobre el campo de la teoría política. Es inaceptable dejar de reconocer que así se pierde algo de la complejidad del pensamiento de cada autor, aunque esto no supone necesariamente una distorsión de sus ideas capitales. Este panorama tampoco se traza con el intento de llevar a cabo uno de los tan mentados ejercicios de transdisciplina –que muchas veces destacan lo que quieren remediar: la falta de una construcción teórica de lo discursivo, lo que no sucede en el modelo de la *Teoría de los Discursos Sociales*–, ni es el resultado de la parvedad de una mínima dosis de *background*, que se fue a buscar a un *handbook* de política. La selección de los textos responde a su resonancia en nuestro ámbito cultural actual y, fundamentalmente, a que son capaces de ofrecer un principio de segregación

y ordenamiento de la multiplicidad heterogénea de fenómenos que entran en la órbita de lo político. Estas obras conducen a una segmentación –binaria en los casos que se consideran aquí– que permite bosquejar una lógica de las situaciones reales y organizarlas.⁴³ Insisto: dictaminar sobre el estatuto autónomo de la política no está en el horizonte de esta tesis, sino que es más bien un tópico que opera como una plataforma para pensar el lugar social y el funcionamiento de la palabra política y, por corolario, abrir el camino a ciertas cuestiones metodológicas.

Muchos ensayos de la teoría por probar esa autonomía y especificidad de lo político frente a otros dominios o campos sociales desembocaron en una conceptualización binaria de incontrovertible vigencia en el pensamiento político contemporáneo: la diferencia entre *la política* y *lo político*.⁴⁴ Independientemente de su resemantización en el interior de reflexiones particulares, la significación puramente denotativa de *la política* sintetiza las acciones concretas de organización de los asuntos de una comunidad, en tanto que *lo político* remite al campo donde aquella se aplica; se puede expresar también: *la política* es la acción que aspira a organizar *lo político* (cf. Tenzer, 1999: 46). Esa diferenciación, sin embargo, no tiene un único trazado. Se trata del frecuente caso en donde una misma dicotomía terminológica no segmenta, en la obra de distintos autores, significados idénticos. Una explicación plausible para esta conceptualización dicotómica es que fue generada en el seno de corrientes de pensamiento que confrontan, fundamentalmente, en su acentuación sobre la manera en que tiene lugar la organización de la comunidad; esto es: si la política responde o bien a la reunión libre de los individuos a fin de cuidar lo común, o bien a un

⁴³ Tal vez la ausencia más notoria, en este tramo de la tesis, sea la de los trabajos que se inscriben dentro de lo que se podría denominar reflexión *biopolítica*, los que evidentemente cumplen con la primera de las dos justificaciones mencionadas, pero no con la segunda. Más adelante consideraré los aportes de esa línea de pensamiento para abordar los problemas en torno a los colectivos de identificación (v. cap. III).

⁴⁴ Vigencia no significa novedad, ni siquiera para el ámbito argentino. Casi cuatro décadas atrás ya funcionaba como clave interpretativa de la escena política del momento. A título de ejemplo, cito un comentario de la época: “Vamos a partir de la distinción, ya tradicional en ciencias sociales, entre lo político y la política. La esfera de lo político comprende, básicamente, al Estado en tanto superestructura jurídico-política de la sociedad. La esfera de la política comprende las prácticas de organización y movilización popular. Es característica básica del Estado Nacional Popular una subordinación de la primera instancia (lo político) a la segunda (la política). Concretamente: el Estado Peronista basó la legitimidad de sus estructuras jurídicas y político-parlamentarias en las prácticas de organización y movilización del Pueblo, las cuales generaron un proyecto político que determinó el sentido en que debían orientarse esas estructuras del Estado” (Feinmann, 1974: 121).

antagonismo que se da, en principio, con un exterior hostil (cf. Marchart, *op. cit.*: 62). Conviene detenerse aquí para expandir esta cuestión y pasar revista de manera muy sucinta a distintos episodios de esta conceptualización.

4.1. El cuidado de la vida en común

Preocupado, en contra de las acciones del marxismo de Estado, por erigir como problema filosófico el desacople de la lógica política con respecto a la esfera económica, P. Ricœur (1990) propone distinguir *lo político* (*le politique*) de *la política* (*la politique*). El primero de esos términos designa la racionalidad específica que regula el entramado de vínculos que hacen a la vida en común. Sin desconocer la existencia residual de cuotas de la violencia fundante de la sociedad, *lo político* atañe, en las democracias occidentales, a lo que tiene que ver, principalmente, con la organización jurídica del Estado, que garantiza una unidad geográfica y vincula la memoria del colectivo con sus proyecciones a futuro. *La política*, por su lado, refiere a la conflictividad del poder, a las luchas estratégicas que tienen lugar para reconfigurar su distribución. Para Ricœur, el vínculo contradictorio pero indivisible que tejen estas dos dimensiones contribuye a la autonomía de lo político (en sentido amplio).

La distinción que establece C. Lefort (1991) entre *la política* y *lo político* es correlativa con su distinción entre ciencia objetiva y filosofía. Es decir, su diferenciación pasa por el nivel epistemológico. La tarea de definir lo político requiere volver a pensar los fundamentos de la perspectiva científica tal como se da en la modernidad. La exterioridad del observador y la objetividad que propugna el *conocimiento científico* no reconoce, según Lefort, que el objeto se encuentra siempre investido de sentido, que es nuestra condición estar situados en el mundo, que los juicios valorativos son necesarios y que, en consecuencia, la neutralidad es una posición imposible. Además, la ciencia se pone en espejo con su propio tratamiento de

lo social: lo que corresponde a la división en dominios y subdominios sociales (e.g. política, económica, jurídica, etc.) es, del lado de la ciencia, una segmentación interna en disciplinas y subdisciplinas. Un régimen de parcelaciones de esa índole instala a la política en el ámbito de interés de una ciencia positiva, ya se trate de la ciencia política o de la sociología política, y esto vale tanto para el enfoque marxista, donde la política es tan sólo una parte del edificio superestructural, como para la sociología tradicional, donde la política tiene el estatuto de un sistema parcial, ya que en este dominio los acontecimientos son organizados según un sistema global de relaciones, donde aquellos hechos que son políticos son enfrentados a los de las otras esferas para ser, finalmente, todos integrados en el conjunto total de la sociedad.

Ahora bien, la tradición de la *filosofía* consiste, siempre de acuerdo a Lefort, en inquirir lo que va más allá de cada dominio social específico, en trascender esa ficción científica reflexionando en torno a la diferenciación entre sistemas sociales particulares, lo cual no puede sino tener un significado político, ya que se trata de interrogar la institución y la forma misma de la sociedad. El pensamiento filosófico tendría a su cargo, entonces, interrogar el concepto de *lo político*, en tanto dimensión que funda la sociedad y define su dispositivo simbólico. Puede quedar más clara ahora la pertinencia y la significación de la separación entre *la política* y *lo político*. La primera, objeto de estudio de disciplinas talladas por una epistemología positiva, alude a un campo social cuyo rasgo definitorio es la competencia que entablan actores que reclaman para sí el ejercicio de la autoridad pública. *Lo político*, en tanto, pertenece al “campo de interrogación de la filosofía”, saber que se encarga de formular la pregunta política por excelencia, aquella que versa sobre la institución de lo social.⁴⁵

El trabajo de J. Donzelot (2007) se gesta en el campo de la sociología política y no, como el de Ricœur, en el de la filosofía. Atento al modo en que la sociedad procesa sus contradicciones internas y se conforma como tal, compensando a la vez vicios del liberalismo y del socialismo, Donzelot arroja una hipótesis que vincula los términos

⁴⁵ No se puede dejar de señalar que, aunque en general fue muy cercano al trabajo intelectual de Lefort, Castoriadis (cf. 1993) le otorga otro sentido –casi el opuesto– a la diferencia entre *la política* (cuestionamiento explícito de la institución establecida de la sociedad) y *lo político* (el poder concreto, instancia capaz de formular mandatos sancionables).

que se vienen perfilando aquí. *La política* sería el dominio de la representación partidaria de los intereses antagónicos, su soporte de legitimación, ya que les ofrece una correspondencia, natural o histórica, con una opción republicana (liberal o socialista). Se trataría del espectáculo del enfrentamiento entre las propuestas de los diferentes órdenes que se reparten la pretensión de mejor realizar el ideal republicano. *Lo político*, en cambio, remitiría a todo lo que le compete la estabilidad de lo social, esto es, al conjunto de nociones, técnicas y procedimientos por medio de los cuales la sociedad se vuelve gobernable en el marco de un sistema democrático, a pesar de los antagonismos que lo atraviesan. Para Donzelot (*op. cit.*: 187), *lo político* modifica *la política*, hace desaparecer el modo pasional de expresión de los antagonismos para someterlos a una exigencia de verdad.

Desde la filosofía política, el investigador norteamericano S. Wolin pone también el acento en las ventajas de un programa que integre *la política* y *lo político*; la lucha y el espacio de la comunidad. Concretamente, Wolin (1960) entiende *lo político* como una manifestación de la idea de que una sociedad formada por diversidades es, sin embargo, capaz de producir momentos de comunalidad [*communality*] cuando, por medio de deliberaciones públicas, el poder colectivo se utiliza para impulsar o resguardar el bienestar de todo el grupo (retomaré este tema en las conclusiones finales de la tesis). Su autenticidad pasa por no confundirse con las expresiones burocratizadas que suelen exhibir los sistemas políticos. *Lo político* es, así pues, ocasional e infrecuente. *La política*, en cambio, es continua e incesante. Remite al litigio público y legítimo, que involucra a los poderes sociales organizados y desiguales, en torno al acceso a los recursos disponibles para las autoridades de la colectividad. La preocupación de Wolin gira alrededor de mostrar que la especificidad de lo político no tiene nada de abstracción, sino que más bien se trata de producir y cuidar una cultura del vivir juntos, y de asegurar su carácter igualitario incorporando la política a la vida cotidiana.

He expuesto hasta aquí un mínimo repertorio de miradas teóricas que dejan fuera de su conceptualización –aunque no necesariamente de su imaginario– el riesgo de la descomposición de lo social; que no acogen en su terminología principal las fuerzas

disolventes del orden comunitario. Si bien plantean una dicotomía, esta no escapa del juego institucional que propone el sistema democrático.

4.2. Los intereses antagónicos

4.2.1. *El amigo de mi enemigo*

Ningún panorama como el planteado estaría completo sin una mención a la obra de Carl Schmitt, en donde, según el lugar común, se encuentra el origen de la noción de *lo político*, como un medio de darle expresión a la autonomía de esta esfera frente a las otras manifestaciones de lo social. Si los trabajos antes mencionados se hallan orientados a reflexionar sobre el cuidado de lo común como motor de las prácticas asociativas, para Schmitt (2006 [1932]), por el contrario, una comunidad se establece por un antagonismo constitutivo, de cara a un enemigo externo. La obra de Schmitt arremete contra la despolitización a la que el liberalismo europeo de principios del siglo pasado sometió al Estado, reduciendo su importancia y autoridad, ubicándolo al mismo nivel que las otras entidades de la sociedad. Su iniciativa, por tanto, apunta a la instauración de un Estado “fuerte”, concebido como comunidad suprema, que recupere el monopolio de la decisión política. Esta situación afecta a la definición de lo político, ya que no puede tomarse el camino tradicional, que parte de colocar a lo político como presupuesto del Estado. De este modo, se vuelve trascendente el interrogante sobre la especificidad del campo político, al cual Schmitt antepone la convicción de que lo político tiene su propio criterio de definición, que se pone de manifiesto de un modo particular frente a las diferentes áreas del pensamiento y del accionar humanos, en especial frente a lo moral (donde se categoriza en último término en los términos bien/mal), lo estético (bello/feo) y lo económico (rentable/no rentable). Ese criterio que aseguraría la autonomía conceptual de lo político no es otro –sobra recordarlo– que la distinción *amigo/enemigo*. Las relaciones que pueden ser

calificadas como políticas son, para Schmitt, aquellas que tienen lugar en el marco de un antagonismo concreto, originado a partir de la posibilidad real de lucha. Se puede decir también: toda confrontación religiosa, moral, económica, étnica o de cualquier otra índole se convierte en una contraposición política cuando es lo suficientemente fuerte como para agrupar a los seres humanos en amigos y enemigos.

Señalemos, como derivación de lo que antecede, que la conceptualización de lo político que proporciona Schmitt parece no reflexionar sobre las nociones y procedimientos de organización social del litigio a la que atendían las definiciones que citamos antes, interesadas principalmente en lo que ocurría hacia adentro de una unidad política. Cuando introduce la idea de lucha, sólo lo hace, en este momento de su producción, refiriéndose a los límites exteriores de los Estados. No va a ser sino hasta 1972, en el prefacio a la edición italiana de *Concepto de lo político*, que Schmitt va a explicitar la diferencia que interesa aquí y que ya recorría tácitamente toda su obra: la que se establece entre *la política* y *lo político*. El dato decisivo es que con el avance del siglo XX, los antagonismos que tenían lugar dentro de los Estados comenzaron a propagarse y, por ende, a trasladar la incumbencia de la distinción amigo/enemigo hacia el interior de la frontera estatal. Este nuevo proceso histórico suscitó, según lo indica O. Marchart (2009: 65), la emergencia de sujetos políticos inéditos que pusieron en cuestión el monopolio político del Estado, lo cual fundó la demanda de nuevas reflexiones en el plano teórico y conceptual o, al menos, de una extensión de la noción de política, siempre demasiado absorbida por esa institución. A la aparición de estos protagonistas siguió la conformación de nuevos agrupamientos amigo/enemigo, los que se constituyeron en el núcleo de todo un complejo de problemas no necesariamente asociados a lo estatal en sentido estricto, problemas que pueden entenderse como concernientes a *lo político*, al tiempo que *la política* se transformó en un término residual aplicado al ámbito institucional del Estado. El beneficio heurístico que deja la explicación schmittiana es que no conecta el fenómeno político a un escenario institucional específico, lo cual habilita, en consecuencia, a considerarlo como un campo móvil y ubicuo. La incierta desventaja quizás la encontremos como

exceso de esta misma ventaja: como sucedía con Chilton y Schäffner podríamos preguntarnos aquí también por la exterioridad de lo político.

Ahora bien, el mismo Schmitt ya había propuesto soluciones teóricas alternativas para darle tratamiento a los antagonismos y conflictos políticos internos. Estos ensayos tienen algún interés para lo que resta del capítulo. En *Concepto de lo político* (2006 [1932]), especialmente en su prefacio de la edición alemana de 1963 (citado por Marchart, *ibid.*), *lo político* concierne solamente a la política exterior de los Estados, en tanto que en la esfera interna tienden a desdibujarse los fenómenos que dieron lugar al criterio amigo/enemigo, por lo que la política en el sentido radical del término (o la alta política) concluye transformándose en un asunto de vigilancia y control del orden establecido. Así, reducida a dar respuesta “a las intrigas cortesanas, a las rivalidades, a las frondas, a los intentos de rebelión de los malcontentos y, en suma, a las *interferencias*”, se transfigura en una cuestión de *policía*. Ahora bien, el sentido radical de la política no sólo puede ser sustraído, hasta el punto de confinarla a un funcionamiento que encuentra expresión en lo policial, sino que también puede ser sublimado. Schmitt denomina *politesse* a la modulación domesticada y lúdica de la política, a la “*petite politique* del juego social”, en la cual la discrepancia se sublima en formas depuradas y normalizadas de rivalidad.⁴⁶ Es posible, pues, encontrar en esta formulación de Schmitt tres figuras de lo político: la política externa (o lo *político*), la política interna (o *policía*) y la *politesse*.

⁴⁶ Según Rancière (2007: 93), en la *parapolítica* el antagonismo se transmuta en competencia entre agentes legitimados que pugnan por la ocupación temporaria del poder ejecutivo. El conflicto se acepta, pero es absorbido y domesticado por la lógica policial, que lo traduce en una competencia entre partes reconocidas, regulado por normas claras que hay que obedecer. La igualdad no es aquí más que un efecto de una supuesta “libertad” litigiosa del pueblo. Hobbes, la problemática del contrato social y la concentración de los derechos individuales en un poder soberano marcan la instauración de la parapolítica moderna. Para Žižek (2009: 204), su expresión ulterior es la ética habermasiana.

4.2.2. *La confrontación organizada*

Las tesis de Ch. Mouffe (2007) forman parte de una querrela que los denominados posmarxistas impulsan contra las posiciones “pospolíticas” o “antipolíticas” asociadas al neoliberalismo ¿Cuáles serían los rasgos que permiten describir esta última orientación ideológica? Comentar aquí el retrato que ofrece Mouffe es pertinente, dado que sirve para apreciar la actual reabsorción de ciertas ideas schmittianas. Sea en su variante instrumental, donde la política es considerada como el establecimiento de un compromiso entre diversas fuerzas sociales en competencia, sea en su vertiente comunicativa, donde la política remite a un campo de aplicación del consenso a través del diálogo, la racionalidad liberal pretende desconocer la naturaleza conflictiva del mundo social. El asunto decisivo para la práctica y la teoría políticas es que se obstruye así la posibilidad de reconocer la beligerancia constitutiva de las identidades políticas colectivas, dado que el discurso liberal aspira a procesar ese antagonismo reivindicando un pluralismo armonioso y desapasionado, en donde los individuos puedan dedicarse a cultivar una diversidad de estilos de vida, en donde la visión agonal sea expulsada a favor de una rivalidad entre elites con el objetivo de ocupar un lugar, no para llevar a cabo prácticas transformadoras del orden social (cf. *op. cit.*: 28). Por otra parte, al querer expulsar los conflictos ignora, de manera simétrica, que no hay consenso sin exclusión y que las confrontaciones tienen un rol integrador en el marco de las democracias actuales; dicho con mayor abstracción: toda identidad (política) es relacional y lleva implicada una exterioridad constitutiva. Ahora bien, la ilusión neoliberal de un antagonismo social forcluido no es algo inocuo para el sistema democrático. Según Mouffe:

“Es por esta razón que deberíamos dudar seriamente de la actual tendencia a celebrar una política de consenso, que es acompañada con la afirmación de que ella ha reemplazado a la política adversarial de izquierda y de derecha, supuestamente pasada de moda. Una democracia que funciona correctamente exige un enfrentamiento entre posiciones políticas democráticas legítimas. De esto debe tratar

la confrontación entre izquierda y derecha. Tal confrontación debería proporcionar formas de identificación colectivas lo suficientemente fuertes como para movilizar pasiones políticas. Si esta configuración adversarial está ausente, las pasiones no logran una salida democrática, y la dinámica agonista del pluralismo se ve dificultada. El peligro es que la confrontación democrática sea entonces reemplazada por una confrontación entre formas esencialistas de identificación o valores morales no negociables. Cuando las fronteras políticas se vuelven difusas, se manifiesta un desafecto hacia los partidos políticos y tiene lugar un crecimiento de otros tipos de identidades colectivas, en torno a formas de identificación nacionalistas, religiosas o étnicas” (*op. cit.*: 37).

A esta especie de rousseaunismo neoliberal se le opone el hobbesianismo de los posmarxistas como Mouffe. Tal como se puede leer en el fragmento citado, una sublimación políticamente saludable sólo tiene lugar si se domestica el antagonismo, al punto de volverlo compatible con la asociación política; si se crean, para decirlo con otros términos, las condiciones para la coexistencia de una pluralidad de proyectos políticos en un campo abierto a la confrontación. No se trata de combatir los valores tradicionales que adornan la legitimación de las democracias liberales (i.e. libertad e igualdad universal), sino más bien de reconvertirlos en prácticas concretas y radicalizadas. En este modelo, al cual Mouffe llama *agonista*, el adversario es una presencia legítima y aceptada, con el cual no es posible (ni deseable) la reconciliación, pero tampoco está en el horizonte su erradicación absoluta. En definitiva, en la disputa agonista confrontan por el poder dos proyectos hegemónicos, que nunca pueden reconciliarse de manera racional.⁴⁷

⁴⁷ En el concepto de *antagonismo* está el rastro del trabajo conjunto de Mouffe con Laclau (Laclau & Mouffe, 2004), aunque allí el término medular para pensar lo político es *hegemonía*. Lo político puede ser interpretado en ese marco como la disputa ideológica por hegemonizar una serie de significantes vacíos, por colonizarlos con representaciones particulares. Cuando ese proceso de hegemonización tiene lugar (lo que no puede ser sino de manera contingente), esas representaciones son investidas por un valor universal, se presentan como el ejemplo realmente auténtico, como la representación prototípica. Este patrón teórico facilita la reconstrucción y la lectura de muchos de los debates nacionales que tienen lugar en la actualidad. ¿Qué actores sociales, para poner ejemplos sumamente esquemáticos, ocupan hoy el espacio del colectivo *pueblo*?; ¿qué individuo representa mejor al “verdadero peronista”: aquel que pertenece al sindicalismo corporativo o aquel que reivindica la continuidad de su militancia activa y violenta durante los años setenta?; ¿quién encarna el prototipo del ruralista: un campesinado integrado por hombres sacrificados y sencillos, que trabajan de sol a sol y se esmeran por salvaguardar la cultura

Estamos ahora en condiciones de ocuparnos de la presencia, en el trabajo de Mouffe, de la dicotomía que se ha venido examinando en este apartado. Para esta autora, *lo político* designa el antagonismo que define ontológicamente a las relaciones humanas. *La política*, por su parte, alude a las instituciones y prácticas destinadas a organizar la coexistencia de los hombres. Mientras que esta última es objeto de estudio de la *ciencia política*, a la *filosofía política*⁴⁸ le toca dar cuenta de ese antagonismo inherente, constitutivo, que hace a lo político, desentrañando así la dinámica hegemónica del orden social. En ella, el vínculo se experimenta como antagónico cuando es posible percibir a un adversario (un *ellos*) cuestionando la identidad y amenazando la existencia del grupo de pertenencia (*nosotros*). Las identidades sociales nunca se definen con anterioridad a esta relación “adversarial” y con independencia de las fuerzas afectivas e inversiones libidinales. Una vez que la alcanzan, esa definición es siempre inestable (cf. *op. cit.*: 25). Así pues, el panorama que esquematiza Mouffe busca llegar al corazón del funcionamiento de *lo político*, para poner en marcha desde allí una organización de *la política* superadora del modelo neoliberal.

agropecuaria y los valores que se le asocian, o una serie de empresarios tecnócratas sólo preocupados por maximizar el rendimiento de la tierra y su ganancia económica?; en igual sentido ¿qué representación de mujer que aborta es la que está en juego en el debate por la legalización y regulación de esa práctica: la que esgrimen los antiabortistas, una mujer moderna, liberada, cínica, culturalmente sofisticada y que resigna su maternidad a favor de su desarrollo profesional, o, por el contrario, una mujer pobre o indigente, sin ningún amparo por parte del Estado, sin ninguna formación en salud reproductiva y en situación de indefensión frente a la violencia masculina, tal como postulan las voces a favor de la legalización?; finalmente, ¿de qué se trata la inseguridad: es una consecuencia de la perversión inmotivada de un grupo de marginales de tez oscura, obsesionados por ignorar principios reconocidos como universales, tales como la propiedad privada y el derecho a la vida, o es, en cambio, consecuencia del despliegue desaforado de la economía capitalista y de las políticas liberales salvajes que dan como resultado una estructura social determinada por la pobreza, la exclusión y, sobre todo, la inequidad. En estas disputas se impondrá (se volverá momentáneamente hegemónica) la representación que haga más legible la experiencia contemporánea, que permita integrar el signifiante en un relato consistente para que, a su vez, ese relato predetermine lo que vamos a experimentar como real; vale decir, hay entre estas instancias una relación circular y autorreferencial.

⁴⁸ Este uso del nombre *filosofía política* se aleja bastante del que propone Rancière, quien ve en esa disciplina el resultado de los esfuerzos por reducir los momentos verdaderamente políticos a los marcos sociales establecidos.

4.2.3. *Una definición estética de la policía*

La oposición clave en los trabajos de J. Rancière destinados a lo político es entre *la policía* y *la política*. El primer término –*la policía*– cubre una extensión mayor en relación a la que le asignaba Schmitt. Rancière lo describe en los términos que siguen:

“Generalmente se denomina política al conjunto de los procesos mediante los cuales se efectúan la agregación y el consentimiento de las colectividades, la organización de los poderes, la distribución de los lugares y funciones y los sistemas de legitimación de esta distribución. Propongo dar otro nombre a esta distribución y al sistema de estas legitimaciones. Propongo llamarlo *policía*” (2007: 43).

Aunque la incluye, *policía* designa aquí algo más que la instancia particular de los aparatos represivos del Estado encargados de la vigilancia y control del orden establecido. Se trata de un dispositivo general que determina el régimen de los cuerpos, de lo visible y de lo decible, por lo que establece quien forma parte de la sociedad y quien no, y que se efectúa a través de un conglomerado de prácticas y acciones: la legislación parlamentaria, las medidas del poder ejecutivo, las decisiones judiciales, el despliegue de disposiciones económicas, la distribución consensual de bienes, los mecanismos puestos en juego por la tecnocracia, etc. Dicho de otro modo: la estructura policial entraña un orden social establecido, en general a través de una ley implícita, en el que cada parte tiene su *ratio essendi*.⁴⁹ Asimismo, la identificación de un orden policial concreto no constituye una crítica a las estructuras policiales en general. Un juicio de ese tipo no tendría sentido para Rancière, puesto que algún tipo de policía es inevitable. Por lo tanto, en el momento de analizar un caso particular de orden policial es necesario resistir la tentación de proyectar la existencia de un universo de libertad pura en sus afueras. No hay exterioridad total con respecto a un orden policial.

⁴⁹ Este concepto ampliado, no peyorativo, de *policía* está inspirado en Foucault (1990), si bien este último se contenta con diseñar en torno a él una teoría sobre las técnicas de gobierno del Estado policial, ya presente en los autores de los siglos XVII y XVIII.

Este orden policial es socavado por las súbitas irrupciones de *la política*, término reservado a una actividad antagónica con respecto a la anterior. *La política*, según, Rancière:

“(...) rompe la configuración sensible donde se definen las partes y sus partes o su ausencia por un supuesto que por definición no tiene lugar en ella: la de una parte de los que no tienen parte. Esta ruptura se manifiesta por una serie de actos que vuelven a representar el espacio donde se definían las partes, sus partes y la ausencia de partes. La actividad política es la que desplaza a un cuerpo del lugar que le estaba asignado o cambia el destino de un lugar; hace ver lo que no tenía razón para ser visto, hace escuchar un discurso allí donde sólo el ruido tenía lugar; hace escuchar como discurso lo que no era escuchado más que como ruido (...) Espectacular o no, la actividad política es siempre un modo de manifestación que deshace las divisiones sensibles del orden policial mediante la puesta en acto de un supuesto que por principio le es heterogéneo, el de una parte de los que no tienen parte, la que, en última instancia, manifiesta en sí misma la pura contingencia del orden, la igualdad de cualquier ser parlante con cualquier otro ser parlante” (*op. cit.*: 46).

Es decir, para Rancière hay política cuando existe un espacio para el encuentro entre dos procesos heterogéneos: el policial y el de la igualdad, si se entiende al proceso de igualdad como el conjunto abierto de las prácticas orientadas por la suposición de la igualdad entre todos los seres parlantes y por la preocupación de confirmar esa igualdad. Existe un lazo de concomitancia entre política e igualdad. Esta última una es noción clave para darle entidad a la política, que no es otra cosa más que la figura que adquiere ese universal que es la igualdad cuando es dominado y hegemonizado por un conflicto, por una distorsión. Así, cuando hay política se cortocircuita el orden simbólico; se quiebra la configuración del dispositivo policial gracias a la irrupción, a través de un proceso que tiene la forma de un litigio por la igualdad de “la parte de los que no tienen parte”, los sujetos o grupos no incluidos que se vuelven repentinamente visibles en el interior de un orden social estructurado que no les adjudicaba ninguna

visibilidad, y que reclaman para sí el derecho a sostener un discurso, a ser escuchados y, fundamentalmente, a ser comprendidos. Como bien indica S. Žižek (cf. 2001: 186), el caso paradigmático contemplado por Rancière sería menos el del mítico proletariado marxista como sujeto de la historia, que el de la rebelión espontánea de las masas oprimidas reales, las personas comunes explotadas, invisibilizadas y silenciadas. En el campo político argentino contemporáneo se verifican, sin lugar a dudas, momentos de irrupción del litigio propio de la política, momentos en que se desataron enfrentamientos en torno a la forma en que el Estado (nacional o provincial) plantea la organización de la vida en común. Como ejemplo, vale apuntar la aparición en la escena social del movimiento piquetero, que ocupando el espacio público logró hacerse visible y que sean escuchadas sus demandas, redefiniendo así el marco policial vigente, formulando enunciados ignotos, creando una nueva modalidad de subjetivación que trastornaron la representación de un campo de experiencia dado (esto deja en pie, por supuesto, la reflexión sobre una eventual reterritorialización de este movimiento). O bien la ocupación del Parque Indoamericano por parte de familias sin vivienda (para ser vistos), presumiblemente inmigrantes de países limítrofes en su mayoría, reclamando que el Estado atienda sus requerimientos elementales y reconfigurando también por esta vía el espacio discursivo del orden policial (para ser oídos), sobre todo si se tiene en cuenta que los gobernantes de la Ciudad de Buenos Aires sólo interpelan, escuchan y comprenden a los vecinos, es decir, sólo “tienen parte” los que tienen propiedad inmueble, si se me permite el término catastral.

Debe quedar claro que no se trata de afirmar que todo es político, de que lo político está en todas partes ya que en todos lados se verificarían relaciones de poder. El de poder es un concepto del que Rancière, en evidente disputa con Foucault, prefiere prescindir para su teoría, puesto que –como se dijo más arriba– si todo es político nada termina siéndolo. Lo político es más bien una forma en la que antagonizan dos lógicas heterogéneas. Ningún acontecimiento es en sí mismo político, pero cualquiera *puede llegar a serlo*, siempre que se demande la reconfiguración de un espacio y la rearticulación de una posición (por lo que la separación entre política y policía es siempre cuestionada y se ve desdibujada de manera permanente). Frente al interrogante: ¿cuándo un enunciado es político?, un análisis del discurso que quisiera

organizarse epistemológicamente sin ignorar la clasificación que traza Rancière podría sostener que, por caso, la palabra de un presidente inaugurando las sesiones ordinarias de las cámaras legislativas no es necesariamente discurso político, aunque sin lugar a dudas es un discurso *policial*. En cambio, sí tendrían estatuto de habla política las declaraciones de un grupo piquetero que se desclasifica de la inscripción que le asigna el Estado y corta el “libre tránsito” de aquellos que son considerados parte “legítima” del cuerpo social; o las demandas por el reconocimiento jurídico del derecho a la identidad de género formuladas por agrupaciones como los Putos Peronistas, espacio constituido por la convergencia disruptiva para el todo social de unos cuerpos (los de los plebeyos homosexuales, travestis, trans, etc., cuya incapacidad de consumo y su geografía periférica los preservan de ser investidos por las categorizaciones y la gestión de la tolerancia que pone en práctica la tecnocracia multiculturalista) y unos actos de habla (reclamar por el reconocimiento del ejercicio de la diversidad desde un posicionamiento vinculado a las políticas populistas); o la voz de los pueblos originarios cuando se alza no sólo para reclamar la visibilidad de su cultura, sino, fundamentalmente, cuando le piden al Estado ser incluidos, como los demás sujetos de derecho, del orden jurídico y obtener la reparación efectiva de lo expropiado, es decir: la devolución del título de propiedad de los territorios de los que fueron desposeídos a través de la violencia y el exterminio. En otros términos, discurso político no sería aquí, al menos no por principio, el de los actores que se suele entender como políticos, desenvolviéndose en el marco de las instituciones; no es el locutor el que, en definitiva, le transfiere un atributo a su palabra, sino la manifestación de la figura de un conflicto por la igualdad, el momento de una distorsión –de un acontecimiento-verdad, diría A. Badiou (2007)–, en el cual actores hasta entonces no tenidos en cuenta litigan por ser escuchados y comprendidos, por irrumpir en una escena de la que habían sido excluidos.

Ahora bien ¿cuál es el entorno conceptual que hace procedente la distinción que sugiere Rancière? En principio, una noción de sociedad redefinida con respecto a la sociología clásica y al marxismo. Para este autor comprende la articulación de

dispositivos de repartición de las partes sancionadas como legítimas, repartición arbitraria de “aquellos que tienen parte y aquellos que no la tienen”, los que son tenidos en cuenta y los que son excluidos de la consideración común. El *consensus* ficticio que organiza lo social no es otra cosa más que las operaciones de policía que aseguran la conservación del *status quo* y disimulan los objetos litigiosos de la política. En Rancière, asimismo, la política tiene una relación orgánica con la estética, puesto que el orden policial debe ser comprendido como una específica distribución (o partición) de lo sensible, un modo particular de determinación de las apariencias (de aquello que puede ser aprehendido por los sentidos), una puesta en escena definida. Dicho con mayor precisión, se trataría, según Rancière, de darle forma a una comunidad en la que “cada uno está en su sitio, en su clase, ocupado en la función que le corresponde y dotado del equipamiento sensible e intelectual que conviene a ese sitio y a esa función” (2010: 46). Lo armonioso es un dato fundamental para describir un orden policial:

“(...) la existencia de una relación ‘armoniosa’ entre una ocupación y un equipamiento, entre el hecho de estar en un tiempo y un espacio específicos, de ejercer en ellos ocupaciones definidas y de estar dotado de las capacidades de sentir, de decir y de hacer adecuadas a esas actividades” (*ibíd.*)

A esta *división policial de lo sensible* –fórmula que evoca los programas de ciertos regímenes políticos conservadores o reaccionarios, embelesados con una “comunidad organizada” o un “tejido armonioso de la comunidad”– Rancière opone la intención y las prácticas orientadas a la *emancipación social*, como ruptura del ajuste entre una ocupación y una capacidad, como una forma de hacer visible y audible lo que el sistema policial vuelve ininteligible. No sería desacertado decir, entonces, que la emergencia de la política es un acontecimiento estético.

4.3. Figuras de la renegación de lo político: hacia una domesticación de lo traumático

La diferencia entre *la política* y *lo político* no agota, por supuesto, el interés de la reflexión teórica contemporánea. Otro dato impescindible es la fascinación que han suscitado recientemente los acontecimientos y prácticas evaluados como momentos de transfiguración, regulación o, directamente, negación de lo político. Quizás “despolitización” sea el término más recurrente al respecto, aunque –como se verá– no es para nada el único. Esta noción admite ser definida de manera convencional –y provisoria– como la afirmación de que la gestión de los asuntos comunitarios debe estar en manos de un poder administrativo, legitimado en un conocimiento justo de lo que constituye una “buena” comunidad (cf. Laclau, 2006: 10). Asimismo, según el modo en que se lo estructure, la emergencia del fenómeno puede sincronizarse con la del neoliberalismo o, si se enfoca la desactivación política global de diversas esferas de la sociedad, con la del liberalismo clásico (o, incluso, con la de la filosofía política platónica), aunque en los últimos tiempos parece haberse remozado, al ser puesto en fase con un conjunto heteróclito de prácticas culturales generalmente subsumidas –por no decir amontonadas– bajo el vocablo “posmodernidad”. Permanezcamos en la variante neoliberal de la despolitización. Es sabido que el objetivo que persigue el dispositivo económico del neoliberalismo es minimizar los mecanismos políticos que puedan interferir en la acción liberada del mercado, objetivo que, por contrapartida, tiene registro y fundamentación política en su cuerpo doctrinal, ya que sus portavoces suelen sostener que las decisiones tomadas y encauzadas a través de las instituciones políticas son menos democráticas que las decisiones que toma el mercado en sus procesos de autoregulación.⁵⁰ Por esto la máxima expresión del Estado no puede ser otra que fijar y preservar unas reglas de juego que afirmen la libertad de los individuos y los grupos (cf. Calcagno & Calcagno, 1995: 61). Para el caso de América Latina, se puede fechar su avance en el plano político y cultural desde fines de la década del

⁵⁰ “Lo que el mercado hace es reducir, de modo significativo, el nivel de cuestiones que deben ser decididas políticamente y, por ende, disminuir la necesidad del gobierno de participar directamente en el juego” (Friedman, 1982).

ochenta, aunque su vertiente económica se articula ya a mediados de los setenta.⁵¹ No voy a detallar aquí la genealogía de este proceso, pues desborda los límites de esta tesis y es además de una evidencia incontestable para cualquier lector contemporáneo, pero sí a subrayar su centralidad para la reflexión de la teoría política actual y, en menor medida, para los estudios del discurso, en donde no está del todo ausente la descripción y explicación de las tentativas, por parte de la política, de producir el vaciamiento de su propia palabra.⁵²

Ahora bien, si traigo a colación la atracción de la teoría por estos fenómenos de despolitización se debe a que tienen su interés para un análisis del discurso político preocupado por lo que sucede en la contemporaneidad. Pueden servir, como es lógico, para reflexionar sobre un estado de la política y, correlativamente, el de una zona del universo discursivo. En consecuencia, son capaces de proporcionar datos que ayuden a definir la economía de las condiciones de producción a las que se remitirán los operadores (i.e. son susceptibles de aportar una descripción de componentes del imaginario que sobredeterminan el habla de un enunciador político y su reconocimiento, optimizando así la explicación de las operaciones y el análisis ideológico y del poder); pueden, del mismo modo, darle instrumentos al analista para alertar sobre prácticas discursivas antidemocráticas, ya que el objetivo de la política antidemocrática es siempre, y por definición, la despolitización. La reconstrucción de su funcionamiento en cualquiera de estos planos del análisis hace necesario, no

⁵¹ Algunos autores, leyendo a las dictaduras como fenómenos propiciadores de una despolitización radical, las hacen coincidir en el tiempo la imposición económica, política y cultural del neoliberalismo en América Latina. Esta posición, con la que sólo se puede acordar si se le da la espalda al papel de la resistencia de las agrupaciones políticas a las dictaduras de la región, puede sintetizarse en palabras como las que siguen: “El autoritarismo se puede interpretar, entonces, como una despolitización de las sociedades latinoamericanas, al impedir los procesos democráticos de toma de decisiones, la discusión y el control públicos, las libertades ciudadanas y la igualdad general de oportunidades políticas, económicas y sociales. La violación sistemática de los derechos humanos y la imposición de un clima de exclusión, silencio y terror empujaron a los partidarios del cambio, a los intelectuales progresistas y a la izquierda, al exilio, a la moderación o a la acción armada y clandestina. Ello significó una despolitización de la sociedad y una pérdida de referentes políticos, precisamente en el momento en que se estaba conformando su identidad política democrática, como en el caso de la izquierda chilena” (Orjuela, 2007: 18-19). Evidentemente, este tipo de posturas emparejan despolitización con ausencia de democracia.

⁵² Aunque está fuera del período focalizado aquí, un antecedente fundamental en la observación y descripción de los fenómenos de despolitización desde los estudios del discurso es el trabajo de Sigal y Verón (1988) sobre el dispositivo discursivo del peronismo. Uno de sus capítulos trata, justamente, sobre las operaciones de vaciamiento del campo político en los discursos de Perón.

obstante, darle un orden a ese conjunto de fenómenos: proponer un posible inventario, ensayar su descripción, establecer sus diferencias y sugerir un sistema de denominación. La tarea no es del todo sencilla, ya que la teoría política se ha esmerado a la hora de catalogar y rotular prácticas regidas por el horizonte de la despolitización. La segregación que sigue –que no aspira a la exhaustividad– prioriza aquí también la comparecencia en el perímetro local de los aparatos teóricos glosados.

4.3.1. La impolítica o el viejo problema de la limosna grande

Extrañamente, la noción de *impolítica* no es fatalmente pesimista y ayuda a repensar la *despolitización*. Este último vocablo –se dijo– quiere designar la abulia política de los ciudadanos, su repliegue sobre la vida privada para dejar en manos de un poder administrativo la gestión del vivir juntos. Ahora bien, ¿es así realmente como funcionan hoy las cosas o estamos ante la presencia de un mito alojado en el imaginario y los discursos, y metadiscursos, de la política? La mejor reflexión al respecto proviene, a mi modo de ver, de la obra de P. Rosanvallon (2007), autor menos interesado en pensar la constitución del campo político a partir de sus antagonismos que en elucidar los vínculos entre la sociedad civil y el gobierno, o, dicho de otro modo, menos preocupado por la estructura del conflicto que por encontrar los rasgos de la administración de la desconfianza pública, del cuestionamiento organizado de la legitimidad –de desentrañar los indicios de una estructura “protoparanoica”, si se me permite la extrapolación–. En realidad, sostiene Rosanvallon (*op. cit.*: 38), nada más lejos de la realidad que esa supuesta pasividad: marchas, asambleas barriales, ocupación del espacio público, tomas de edificios, cacerolazos, petitorios, son formas de intervención, singulares o colectivas, que demuestran la existencia de una numerosa y robusta participación no convencional. Frente a este estado de cosas, sería mejor abandonar o poner entre paréntesis la idea de despolitización, dado que no hay tal apatía, sino una erosión cada vez mayor de la confianza en los canales de delegación

convencionales (e.g. el voto), producto de la disfuncionalidad constitutiva de los regímenes representativos, preocupados por asegurar la legitimidad política de un gobierno pero no necesariamente la confianza de los electores. A este fenómeno Rosanvallon le reserva el nombre de *impolítica*.

¿Por qué esta participación no sería sencillamente política? En verdad, hay más de un motivo para explicar esta crisis de representación que da lugar a una situación impolítica. Uno de ellos surge de considerar las prácticas de control, de enjuiciamiento y de obstrucción por medio de las cuales la sociedad vigila, evalúa y corrige el accionar de las instituciones estatales y de la clase política. Se trata de procedimientos de naturaleza reactiva, erigidos a partir de la disminución de los poderes de esas instituciones y del aumento del poder social, a los que Rosanvallon (*op. cit.*: 247 y ss.) llama mecanismos de contrademocracia. En el terreno de la impolítica, los ciudadanos, ahora transfigurados en consumidores exigentes, no tienen entre sus expectativas la conquista del poder, lo que oblitera la posibilidad de articular una proposición colectiva acerca de la vida social, de formular un proyecto positivo sobre lo comunitario. La radicalidad se desplaza entonces de las acciones transformadoras a la queja, el enojo y la exigencia. Sin importar su objeto, la indignación parece ser la mejor forma de articular colectivos, sea –en el mejor de los casos– en presencia, sea en redes sociales, donde el encuentro con el otro puede desactivarse en cualquier momento. Esta descripción que otorga Rosanvallon no se aleja demasiado de ciertas interpretaciones posmarxistas, que ven en la falta de articulación de las diversas demandas sociales la causa del deterioro de lo político (cf. Laclau, 2006). El otro motivo está asociado a cierta pérdida de la legibilidad de los fenómenos pertenecientes a la acción política: la multiplicación de los mecanismos de control provoca una aprehensión cada vez más segmentada, por lo cual se pierde en visibilidad lo que se gana en vigilancia. Aún más: se oscurecen los trayectos culturales globales, el modo en que funcionan las cosas del mundo, debido principalmente a la imprevisibilidad de los procesos macroeconómicos, a la incertidumbre que producen las nuevas tecnologías y al desconocimiento que cada individuo tiene del comportamiento de los otros. La desconfianza es lo que sobreviene cuando fallan los intentos por darle representación al

funcionamiento del ser social.⁵³ Así, ausentes un relato y un escenario que las aglutine, las acciones pierden su carácter político.

La situación *impolítica* nombra, pues, una cierta opacidad de los sentidos de la política. En ella los ciudadanos parecen no querer apropiarse de poder, sino volverlo más transparente con el objetivo de controlarlo mejor. La transparencia, tanto física como moral, se convierte así en un valor en sí misma, produciendo un desplazamiento de los atributos que tradicionalmente ocupaban el horizonte utópico de los programas políticos. Slogans de campaña como “Vote limpio” (Coalición Cívica, 2011), funcionarios que instalan cámaras en su despacho para poder ser observados vía web mientras trabajan –eliminando el fuera de campo de la puesta en escena política– o la repetición de enunciados que juran o prometen conductas honestas muestran, como tantas otras prácticas, que ya no son la verdad o el bien común los valores que movilizan a la sociedad civil, sino la búsqueda de transparencia –y en ella también se afianza la promesa de los medios que abordan la política–. Justamente, la réplica de la clase política a esta exigencia es la tentativa, siempre desgastante según Rosanvallon, de transfigurar el poder, de representarlo públicamente como algo modesto. De esta manera, *gobernar* se transforma en *gestionar*, los *gobernantes* en *administradores* y *el pueblo* en *la gente*.

Lo impolítico, en suma, no nos aparta de la política, más bien nos alerta sobre las figuras y los humores que puede adquirir en las democracias occidentales. A las disciplinas que estudian el discurso, la categoría de lo impolítico las habilita a pensar los intentos de volver a poner en marcha ciertas narrativas en declive, a fin de suministrar a los individuos una clave hermenéutica de lo social que guíe la acción política (cf. Angenot, 2003); les permite explicar las palabras de los locutores políticos de abolengo neoliberal que gustan de prescindir de las expresiones políticas para hablar del ejercicio del poder (cf. Bermúdez, 2012); les otorga, asimismo, un camino para

⁵³ F. Jameson (1995) encuentra otro modelo como réplica para esta misma situación de partida. Propone hablar de *cartografías cognitivas* como operadores de articulación en el conjunto de representaciones del individuo: fundadas en una información limitada proveniente de lo local, de su trayecto particular por el mundo, las cartografías pueden suministrarle una generalización sobre el orden global, político.

discernir las condiciones de posibilidad institucionales que favorecen ciertas emociones colectivas en la actualidad.⁵⁴

4.3.2. La arquipolítica o el sueño de una comunidad sin conflictos

Como la figura que sigue, la *arquipolítica* es una variante del antiguo sueño de una comunidad sin conflictos internos, una versión ideal e inmutable de lo que Rancière llama un orden policial. Según la definición que este último le asigna (*op. cit.*: 88), la arquipolítica engloba las tentativas orientadas a definir un espacio tradicional, cerrado y homogéneo, orgánicamente estructurado, de modo que no deje hiato alguno para la aparición de la lógica del antagonismo, es decir, del acontecimiento propiamente político. En la fantasía que impulsa este tipo de orden, los cuerpos son sometidos a una ajustada distribución de lugares y funciones, no tanto por la intervención de los mecanismos estatales, sino por la supuesta “espontaneidad” de las relaciones sociales (la última dictadura militar argentina, por ejemplo, usaba para sus propagandas imágenes de trabajadores entregados a sus tareas seguida del enunciado “Cada uno en lo suyo defendiendo lo nuestro”). Lo político es aquí anulado por la armonización total de los distintos componentes de la comunidad, por el equilibrio perfecto entre funciones y aptitudes, por una educación que teje y hace internalizar la conjunción entre el carácter de los individuos y las costumbres de la colectividad y por un orden normativo que pretende materializar esa conjunción. El imperio no es tanto el de una ley que restringe como el de una historia que persuade. Para ilustrar una expresión de la arquipolítica sería pertinente volver a citar aquí la perspicaz lectura de los discursos

⁵⁴ El uso –literal– que de la noción hace Rosanvallon difiere del de R. Esposito, aunque no deja de haber puntos de contacto. Este último también sitúa la posibilidad de lo impolítico en una relación constitutiva con la categoría de representación, particularmente como una oposición a su momento de crisis, y en polémica directa con toda forma de despolitización y de neutralización del conflicto. De cierta manera, se trata de una reacción frente a la certidumbre de que el léxico tradicional de la política ya no es el adecuado; es un intento de deconstrucción y de renovación del lenguaje de la filosofía política frente a las transformaciones de los hechos y de la realidad; es un esfuerzo por dar expresión a la negatividad radical de la política. “Digamos mejor: lo impolítico *es* lo político observado desde su límite exterior. Es su *determinación*, en el sentido literal que perfila sus *términos*, coincidentes con la realidad íntegra de de las relaciones entre los hombres” (2006: 40).

de Perón que realizan Sigal y Verón (*op. cit.*), en la cual muestran que, en plan de vaciar el campo político, el líder postula al peronismo como una doctrina nacional, no ideológica.

4.3.3. *La pospolítica o la política en la era de su culturización*

Me permito apelar de nuevo a Žižek, ahora citándolo *in extenso*:

“¿Por qué hay tantas cuestiones hoy en día que se perciben como problemas de intolerancia más que como problemas de desigualdad, explotación o injusticia? ¿Por qué creemos que la tolerancia es el remedio en lugar de serlo la emancipación, la lucha política o el combate armado? La respuesta se halla en la operación ideológica básica del liberalismo multiculturalista: ‘la culturización de la política’. Las diferencias políticas, derivadas de la desigualdad política o la explotación económica, son naturalizadas bajo la forma de diferencias ‘culturales’, esto es, en los diferentes ‘modos de vida’, que son algo dado y no puede ser superado. Sólo pueden ser ‘tolerados’” (2009: 169).

La operación ideológica que describe Žižek también puede encontrar expresión en el término *pospolítica*. La pospolítica es una modalidad típicamente posmoderna de procesar los antagonismos. Frente a la aparición de una demanda social, el gesto pospolítico no arriesga una respuesta política, elaborada en el interior de un sistema ideológico, sino que atiende con la mirada experta que surge del consenso entre tecnócratas ilustrados (e.g. economistas, opinólogos, gestores, etc.) y multiculturalistas liberales (cf. Žižek, 2001: 221). Lejos de las posiciones ya rancias de la primera fase del neoliberalismo, marcadas por la indolencia estatal frente a los requerimientos sociales, la respuesta del Estado pospolítico es la acción, pero suprimiendo el litigio; la acción sin transformación de los marcos que determinan el funcionamiento del orden policial,

esto es, sin producir lo político, poniéndose de este modo al servicio del funcionamiento apacible del mercado. La pospolítica le hace lugar a los múltiples conflictos culturales, los instala en un lugar visible (los instituye como respetables “modos de vida”), pero a condición de aislarlos y especificarlos; de privatizarlos. Al afirmar la identidad particular de cada uno de ellos, la diferencia que hace indispensable tratarlos en su singularidad, se obstaculiza la posibilidad de articular las luchas bajo una única demanda vinculante –lógica que, según Laclau, da lugar al populismo (*op. cit.*)– y de conformar una oposición global al poder.

Esta categoría podría iluminar la visión de aquellos que, en el marco del debate por el matrimonio igualitario, pedían procesar el reclamo a través de una nueva figura jurídica (e.g. la unión civil), pero preservando la posibilidad de adopción y el término *matrimonio* –el universal en juego– para los vínculos heterosexuales. Ahora bien ¿no cabría preguntarnos si una posición realmente política no debería, en cambio, propiciar el antagonismo, a fin de extender ese universal a todas las demandas e identidades? O bien, en casos como el de la ya mencionada represión policial frente a la ocupación del Parque Indoamericano, ¿no sería necesario, para sostener una posición verdaderamente transformadora, identificar el universal con el lugar de exclusión, tal como hizo uno de los inmigrantes desalojados por la policía al decir que todos, Macri incluido, somos inmigrantes? En síntesis, se podría inscribir aquí, en la pospolítica, no el desempeño, pero sí –siendo benevolentes– al menos los discursos de buena parte del arco político argentino, en especial los del sector menos retrógrado del macrismo.⁵⁵

⁵⁵ Dos observaciones, también introducidas por Žižek (2001: 238). La primera es que la tolerancia es siempre con una versión aséptica del Otro, no con lo real de su goce (e.g. nos parece interesante experimentar ciertas zonas de la cultura boliviana, conocer sus danzas típicas, entrar en contacto con los sabores de sus comidas o, incluso, colaborar activamente con la integración de los inmigrantes de ese país, que muchas veces llegan a Argentina a vivir en villas miserias, sin embargo ¿llegaríamos al punto de compartir verdaderamente el goce de ese Otro?; por fuera de su explotación como servicio doméstico ¿lo alojaríamos en nuestra casa, compartiríamos con él nuestro baño, le permitiríamos que use nuestras camas, lo dejaríamos solo con nuestros hijos? El reverso de este límite lo encontramos en actitudes como la de no condenar las violaciones a los derechos elementales de ese Otro en nombre de evitar imponerle nuestros propios valores (e.g. me excuso de luchar por una política habitacional efectiva por parte del Estado alegando que a los inmigrantes de los países limítrofes les gusta dormir apiñados).

5. Los dos paradigmas de la ciencia política

El próximo paso consiste en darle algún tipo de organización al cuerpo conceptual sobre la autonomía de lo político desplegado más arriba. El anterior conjunto de reflexiones puede, de manera hartamente esquemática, agruparse en dos polos. No estaría mal designarlos, siguiendo a Marchart (cf. 2009), *paradigma asociativo* y *paradigma disociativo*. El primero, representado en el inventario anterior por los trabajos de Wolin o Ricœur, piensa el campo político como un espacio de libertad y deliberación pública. El segundo, por el contrario, lo describe como un espacio donde prevalece conflicto y antagonismo; esta sería la postura de Schmitt, Mouffe y, con salvedades, de Rancière – que tampoco estaría mal denominarlo *sustractivo*, en tanto ese conflicto enraíza en el reclamo de una parte del pueblo, cuyo lugar fue sustraído en la organización de la comunidad–. En cierto sentido, se podría decir de este segundo grupo que resalta el valor de *lo político*, entendido como el antagonismo que constituye las relaciones humanas y la identidad de los colectivos, mientras que el primero acentúa *la política*, es decir, el conjunto de prácticas e instituciones orientadas a gestionar la coexistencia de los hombres.

5.1. Un discurso bifronte

Esta organización debería ayudarnos a afrontar lo que queda por hacer, que no es ni más ni menos que responder a la pregunta que originó este capítulo: ¿cuándo hay palabra política para el análisis del discurso? El recorrido anterior puso en evidencia la imposibilidad de fijar un criterio de validez universal y eficacia absoluta, que marque los límites de lo analizable como discurso político en todos los casos y de manera exacta. Sólo me propongo suministrar mi punto de vista al respecto, el cual pone el problema de la igualdad en el centro de la demarcación del análisis del discurso político.

Recordemos lo hecho hasta aquí. Se partió de la constatación de que la inquietud por organizar los enunciados estuvo siempre, justificadamente, en el corazón de los estudios del discurso y de que aún hoy es un detonador de propuestas científicas. Fuera de esa inquietud compartida, el resto son discrepancias: desde los niveles de observación hasta las etiquetas muestran la elasticidad del fenómeno en cuestión. Un segundo momento consideró cómo se pronunciaron sobre la diferencia específica de la palabra política las principales corrientes de los estudios del discurso y autores externos a esta última disciplina, pero que colocan a los enunciados como objeto de estudio. El resultado no fue del todo alentador, dado que los modelos parecen aún hoy arrojar resultados demasiado dispares y precarios. Por último, con la expectativa de encontrar allí una superficie conceptual más estabilizada, la pregunta fue trasladada al pensamiento político o, con más precisión, a un conjunto de autores preocupados por definir el hecho político estableciendo sus límites internos (los trazos de disociación entre la reflexión, las prácticas y el campo), sus fronteras externas (su diferenciación, no siempre perceptible, respecto de otras esferas) y formulando una serie de conceptualizaciones que sostienen una tendencia a la despolitización en las propias prácticas políticas o, como mínimo, un cambio de registro en su expresión. Como en el terreno discursivo, también en el pensamiento político estamos ante un fenómeno heteróclito sitiado por una multiplicidad de términos cuyo uso ya no es neutral. De todos modos, un principio de ordenamiento fue posible: la distinción entre *paradigma asociativo* y *disociativo*.

¿Qué sigue? El paso que hay que dar es, por supuesto, encontrar la manera de sacar provecho de esta revisión. El hecho de contrastar los componentes de este arco – que el choque de su diversidad ilumine recíprocamente sus puntos ciegos– ofrece una plataforma a partir de la cual repensar el funcionamiento actual de la enunciación política, de los modos en que el habla política se relaciona con los textos y acontecimientos del pasado para transformarlos en su memoria, de las emociones que los locutores perfunden en su palabra para movilizar los espíritus y cuerpos que interpelan. Para todo esto antes es imprescindible postular una cartografía que sirva para determinar, desde el punto de vista del análisis, el terreno de la producción de

sentido político. En el punto en el que nos encontramos, tres recorridos aparecen como transitables:

1. Una vía de articulación –llamémosle *integradora*– aconsejaría tomar como *político* o *política*, y bajo ese mismo y único título, tanto la producción discursiva explícitamente articulada a las instituciones del Estado, tal como vimos que proponía Verón (v. 2.1.1), como, según la versión que dan Chilton y Schäffner (v. 2.1.4), los enunciados que participan de una contienda por la redistribución del poder, cualquiera sea el plano de la interacción social donde esto suceda. Ya vimos que semejante amplitud conspira contra la comprensión.

2. Otra vía, *restrictiva*, es considerar como *político* o *política* lo dicho en sólo uno de los casos mencionados arriba: sostener, por ejemplo, que hay discurso político o bien cuando se trata de enunciados que se producen o reconocen en el marco de las instituciones políticas de un sistema democrático, o bien cuando se considera las prácticas discursivas puestas a funcionar en el marco de todo tipo de antagonismo, lucha por la igualdad o conflicto por la hegemonía. Se notará rápidamente que, así determinado, este desglose tiene límites difusos y además no genera conjuntos incompatibles; esto es, resulta muy sencillo percibir que los discursos institucionales procesan antagonismos, conflictos y litigios, y que estos pueden desbordar esos causes institucionales. La mutilación es pues redituable para asegurar la estabilidad del espacio de análisis y su legibilidad, pero en uno y otro caso algo de comprensión se pierde. Otro caso: si para unos estudios del discurso dispuestos según la teoría de Rancière lo político fuera sólo un habla que cortocircuita el orden policial, deberían ignorar los enunciados emanados de procesos institucionales normativizados y rutinarios (e.g. los discursos presidenciales, las encuestas de opinión, las notas políticas de la prensa gráfica, etc.); tendrían que dejar fuera de su área de atención toda palabra orientada a confirmar la lógica policial tal cual se describió más arriba. En algunas geografías esa clase de momentos políticos parecen multiplicarse, lo que asegura material de provecho para el análisis y el interés del analista en los reclamos por la emancipación, pero ¿en otras?, ¿qué sucedería en ámbitos dónde se prefiere analizar

corpus institucionales? (Dicho jocosamente: ¿podría haber, bajo estas condiciones, analistas preocupados por el discurso político en Suiza o Canadá, sólo por nombrar comunidades donde un imaginario tercermundista como el mío percibe un funcionamiento sin fisuras de lo policial?). Estos interrogantes –obviamente– fuerzan un verosímil, pero lo hacen porque pretenden señalar una complejidad. También funcionan para el caso opuesto: ¿qué quedaría del discurso político si se dejara de lado lo que podríamos llamar el dominio de la “micropolítica”, esto es, el juego de intercambios de signos que tiene lugar en un escenario en donde se abusa del poder o se le opone resistencia (e.g. la consulta médica, las situaciones de *mobbing*, los piropos en la vía pública, etc.)?

3. La tercera opción que quiero inventariar podría llamarse *desdoblamiento complementario*. Sin ninguna pretensión de originalidad ni ingenio, se trata ahora de retener las dos dimensiones descritas arriba, pero distinguiendo sus designaciones y, aunque esto es algo aún por desarrollar, sus procedimientos de análisis. Vale decir: tendríamos, por una parte, el “análisis del discurso policial” o, si lo nombramos a partir del paradigma disociativo de la teoría política, el “análisis del discurso de *la política*”; sumado, existiría un “análisis del discurso político” o “análisis del discurso de *lo político*”. ¿Este análisis se ocuparía de los discursos que, pronunciados por locutores que ocupan un lugar central en lo que se reconoce sin titubeos como parte del campo político, muestran una conflictividad exacerbada o promueven una imposición de ciertos valores políticos? No me parece adecuado entenderlo así, pues esas dimensiones antagónica y hegemónica ya fueron acogidas por las teorías adversariales que se expusieron más arriba, por lo cual una división como la propuesta no generaría ningún beneficio metodológico. El análisis del discurso de *lo político* debería tener como objeto privilegiado el análisis de los conflictos por la igualdad. Así, este componente se abre a la exploración de las posibilidades de confluencia entre una teoría política como la de Rancière y los estudios del discurso, lo cual valdría para repensar –una vez más– los preceptos de esta última disciplina, esencialmente en lo que atañe: a, en principio, la teoría marxista que está en su “adn” –para Rancière, el marxismo es un modo de sustracción del momento político propiamente dicho, es una de las figuras que adquiere la identificación de política y policía (cf. 2007: 112)–. En segundo término, a

la crítica ideológica que integra su dispositivo: si la crítica social es un aparato que, según Rancière (cf. 2008), reproduce indefinidamente la incapacidad “fatal” de salir la situación de engaño, aun cuando asegura sobre sí misma ser un resorte para la emancipación ¿no sería más apropiado concebir un análisis del discurso político cuya función sea señalar los momentos de irrupción de acontecimientos verdaderamente políticos y suministrar las herramientas teóricas y prácticas para la producción de escenas de disenso?). Tercero: a la teoría de la enunciación que maneja: en el discurso político, la enunciación sería un fenómeno de segundo grado con respecto al habla y a la comprensión rutinarias –policiales–, no se trataría sólo de poner a funcionar el lenguaje, sino de una insospechada intersección de cuerpos y de modos de decir/fuerzas ilocucionarias. La opción sería, en definitiva, un desdoblamiento de enfoques con perspectivas, materiales y categorías diferentes, pero guardando correspondencia entre sí. Su ventaja, según creo, es que ordena y clarifica el interior del campo político, orienta sobre cuáles son los fenómenos que pueden ser estructurados por un análisis del discurso interesado en ese universo, a la vez que baliza sus confines e insta un afuera, aunque no necesariamente opera la clausura de ese espacio de significación –algo impracticable por otra parte–. Así, se podría decir que el político sería un discurso bifronte.⁵⁶ Ahora bien, un balizamiento conceptual no supone necesariamente la existencia de una fenoménica divisible. Toda clasificación que opera sobre el orden discursivo sólo puede aspirar –como se expuso a lo largo de este capítulo– a indicar una dominancia, una magnitud que se impone sobre otras.

Volvamos la mirada sobre *corpus* de esta tesis, compuesto por discursos pronunciados por titulares del poder ejecutivo en actos oficiales ¿Cómo enfrentar su organización y análisis a partir de la repartición conceptual propuesta? Resulta obvio

⁵⁶ Esta propuesta permite al menos morigerar aserciones tan rotundas como la de B. Lamizet, quien arguye: “Como toda semiótica, la semiótica de lo político es incapaz de dar cuenta de la totalidad de los hechos políticos, en la medida en que siempre existe una realidad que se sustrae a los códigos políticos, a los sistemas políticos de significación, lo mismo que a todos los sistemas simbólicos” (2002: 103). Esta afirmación es válida porque está formulada en el marco de una observación de la operatoria del sentido en el ámbito político, es decir, como un principio teórico que busca explicar cómo, para los actores sociales, ciertos hechos cobran significado político. Distinta es la cuestión si nos ubicamos en el nivel metodológico del análisis concreto, que exige justificar un recorte específico del tejido semiótico.

que los enunciados puestos en circulación por las instituciones del sistema democrático argentino se inscriben en lo que más arriba hemos denominado el régimen de *la política*. En otras palabras, esta tesis se enfoca en esta clase de discurso, pero lo hace reconociendo la posibilidad de la irrupción de una palabra que plantee un conflicto por la igualdad, aunque sea como condición de producción del lenguaje de *la política*.

CAPÍTULO III

“El carácter es el destino del hombre”

Heráclito

Introducción. Decir la política

De la observación del dispositivo enunciativo que ponen en obra los presidentes kirchneristas me interesa resaltar lo siguiente. Por un lado, se mantiene la imagen de enunciador con carácter, algo propio de la palabra política institucional argentina y de nuestra tradición presidencialista, pero la novedad con respecto al ciclo precedente es que se vuelve a fortalecer la figura del contradestinatario. Por otro lado, en este capítulo detallaré un desplazamiento enunciativo que estimo más valioso para periodizar el discurso kirchnerista que el mero cambio de locutores. El conflicto suscitado en el 2008 con las patronales del sector agropecuario modifica el dispositivo enunciativo. Esto es particularmente relevante en tres aspectos: la elaboración de la imagen de enunciador privilegia los recursos de identificación por sobre los de credibilidad; las necesidades de promover una identificación –y una identidad– compromete todavía más la construcción de la memoria y la dimensión emotiva; los colectivos que dan cuenta de la gobernabilidad le dejan paso a aquellos que promueven una narrativa de la reconstrucción y a aquellos encargados de recalibrar el campo de la destinación.

*

En este capítulo expondré los resultados de un análisis de los discursos kirchnerista y macrista desde el punto de vista de la enunciación, realizada con el aporte de las

categorías instrumentadas por la *Teoría de los Discursos Sociales* a tal efecto (i.e. *enunciador, destinatarios, entidades, componentes*), aunque sin limitarme a ellas. Estas herramientas recogen la necesidad de dotar a la enunciación de *la política* con un universo categorial específico. El capítulo comienza con una reflexión sobre los modelos teóricos de la enunciación y toca, incluso, aspectos asociados a la concepción discursiva de la subjetividad.

Pecaría de desmesurada –aquí y en cualquier otro escrito académico– toda pretensión de pasar revista a las articulaciones entre el lenguaje y la política, dado que se trata de dos fenómenos que, entre otros destinos, han sido utilizados nada menos que para especificar lo humano. Tan sólo me propongo reservar esta parte de la tesis para presentar una muestra de cómo se ha pensado en las últimas décadas, desde el campo de la reflexión sobre el lenguaje, las tangentes e intersecciones posibles entre enunciación y política, muestras que suponen, a su vez, diferentes conceptualizaciones de estos dos fenómenos. ¿La finalidad de este recorrido? Mejorar la intelección de las elecciones teórico-metodológicas y las condiciones del análisis.

1. La enunciación en la política: concepciones empíricas y modelos abstractos

1.1. Todo enunciado es político

El inconveniente que presentan las conceptualizaciones que coextienden la politicidad con aspectos fundamentales de lo humano y lo social (e.g. el lenguaje, el poder, etc.) es que, si bien despejan el camino para la pregunta por la naturaleza de la política y lo político, le asignan una magnitud tal que no opera ningún filtrado que actúe de plataforma para la labor investigativa de los analistas del discurso. Así sucede, por ejemplo, con las propuestas de P. Virno (2005). La noción de actividad enunciativa⁵⁷

⁵⁷ La enunciación, para Virno (2005), sirve para afrontar algunos de los problemas centrales de la filosofía, dado que funciona a modo de compendio de las etapas fundamentales del origen del hombre, como, por caso, la formación de la autoconciencia y el proceso de individuación. Se hace notar aquí

que maneja se propone no abandonar, como sí hizo la tradición saussureana, la capacidad fisiológica y biológica de enunciar. Su teoría consigna la convivencia, en cada enunciado, del contenido semántico expresado (aquello que se dice o, en términos saussureanos, el vínculo entre *lengua* y *habla*) y el acontecimiento empírico de haber tomado la palabra (el hecho que se habla independientemente de cuál sea la lengua histórica y natural que se actualiza, la potencia genérica de enunciar) (cf. *op. cit.*: 61).⁵⁸ Ahora bien, una lengua histórico natural integra el patrimonio anónimo de una comunidad, mientras que toda la especie comparte la facultad de hablar. La aparente paradoja que describe Virno es que es esta facultad preindividual la que, por contragolpe, permite circunscribir la singularidad del hablante: la capacidad genérica de enunciar es un principio de individuación, una experiencia personal constitutiva de la unicidad de cada uno y de todos los seres humanos. Esto es así porque, a diferencia de la lengua histórico natural, la capacidad de enunciar no perdura separadamente de los distintos portadores contingentes. Parafraseando: torna visible al hablante como portador de la potencia de decir; “la potencia –señala Virno (*op. cit.*: 83)–, como no dispone de ninguna realidad objetiva, se identifica con un cuerpo viviente concreto, es inseparable de un organismo individual”.

Además de ser factor de individuación, esta concepción empírica de la enunciación se encuentra ligada inextricablemente a la política. A partir de una exégesis de Saussure y Aristóteles, y de una particular lectura de la crítica de Wittgenstein y la pragmática, Virno concluye que la enunciación y la praxis política constituyen la *matriz universal de la actividad sin obra*. ¿En qué consiste esta propiedad? A diferencia del trabajo o la producción técnica, que tienen su objeto fuera de sí, que encuentran su culminación en un producto autónomo, palabra y política sólo dan origen a un acontecimiento contingente cuyo único resultado es su propio desarrollo.

algo de la apropiación que realiza Virno de las tesis de G. Simondon (vitales en otros trabajos para su definición de la categoría de *multitud*).

⁵⁸ Una hipótesis de Virno es que, en la actualidad, las operaciones discursivas que ponen en primer plano la capacidad de enunciar (en especial la expresión performativa “yo hablo”), ocupan el centro de la escena de la comunicación social. Más que el dominio de un género discursivo en particular, la organización del trabajo moviliza la competencia lingüística genérica, vale decir, la aptitud de producir todo tipo de enunciaciones (cf. *op. cit.*: 103).

Si bien es evidente que por medio de la palabra es posible la consecución de efectos “extralingüísticos” (e.g. intimidar, conmover, persuadir, etc.), estos últimos no pueden explicar las reglas –por esto mismo arbitrarias– que rigen la actividad del lenguaje.⁵⁹ Sin obra y sin libreto: la enunciación depende de una lengua que es pura potencialidad, se lleva a cabo sin el respaldo de un guión unívoco y preciso. Esta potencialidad se sostiene, como lo vimos más arriba, en dos fuentes: el *stock* de enunciados que informa los distintos géneros presentes en una comunidad dada (lengua histórico-natural) y la facultad biológica del lenguaje común a todos los ejemplares de la especie; dicho de otra manera, cada discurso actualiza un repertorio de enunciados posibles y la decibilidad. Así pues, las dos célebres definiciones aristotélicas, el hombre como “animal con lenguaje” (*zoon lógon échon*) y como “animal político” (*zoon politikon*), no son, según Virno, complementarias, son en realidad “*coextensivas, indiscernibles, lógicamente equivalentes*” (*op. cit.*: 58). Otro argumento: es justamente el mismo equipamiento biológico es el que permite tomar la palabra, enunciar, y el que empuja a actuar políticamente. El lenguaje debe ser así entendido como el órgano biológico de la praxis pública. Enunciar es enunciar políticamente. La discusión a dar no es sobre los usos políticos del discurso, sino sobre la politicidad intrínseca del lenguaje. Lejos de ser un tipo específico de actividad discursiva, determinada por una esfera de lo social, la política es, en realidad, consubstancial al lenguaje (ambas son fundamentalmente *praxis*). Una vez reconocida esta condición esencial, puede volverse a examinar y pensar las concepciones preponderantes del lenguaje –como instrumento social (*poiesis*), según tesis conductistas; como recurso interior de la mente (*episteme*), según tesis cognitivistas)– y las distintas modalidades enunciativas.

En la propuesta de Rancière, en cambio, el uso del lenguaje no se confundiría con lo político, sino con su contrario, la policía. Entre las condiciones de aparición de lo político cuenta, justamente, la sustracción del *logos* a una parte de los seres parlantes, condenándolos al silencio o al ruido de la mera animalidad. La capacidad de hablar,

⁵⁹ Este último es, para Virno, un fenómeno transicional. Rechazando por igual postulados cognitivos y de conductistas, le atribuye al lenguaje un estatuto que no es ni totalmente exterior (no da lugar a una obra extrínseca), ni puramente interno (provoca, pero no presupone representaciones mentales). Por consiguiente, tampoco es posible tomar partido por su carácter innato o adquirido; lo que sucede, en realidad, es que algo que ya existía es permanentemente reinventado (*op. cit.*: 50).

de producir un discurso articulado, no es un dato sobre el que se funda la política. “El logos no es meramente la palabra” (2007: 37), sino que es una intervención simbólica que hace una distribución desigual entre la articulación discursiva, cualidad de los ciudadanos, y la voz desnuda, atributo de los plebeyos. El *logos*, en otros términos, es la sustracción de lo político. A diferencia de Virno, lenguaje y política no son aquí consubstanciales, sino que se intersecan: este último dominio acontece precisamente cuando hay un reclamo por parte de un grupo no contado en el ordenamiento de lo comunitario de que su discurso sea escuchado y comprendido.

1.2. Lingüística y enunciación política

La *Escuela Francesa* partió históricamente de una definición de enunciación que presentó ciertos inconvenientes a la hora de construir un dispositivo conceptual más cercano a la lógica funcional del análisis del discurso. Un aspecto medular del problema fue la transferencia directa de insumos provenientes de la reflexión lingüística, la cual, en general, procura establecer las condiciones de una homogeneidad y transparencia comunicativas y, para caracterizar casos particulares como el del sentido político de un acto enunciativo, procede, luego de la descripción del enunciado, al catálogo de especificaciones aportadas por una situación reconocible y común a los hablantes. Así, cabría sugerir que replican, en el ámbito de las ciencias del lenguaje, la mueca obliterante de las teorías comunicativas de la comunidad política, que disipan la naturaleza conflictiva de lo político. El imaginario que impulsa a estas teorías, en definitiva, se presta mejor a mapear la dimensión simbólica del ordenamiento policial de una comunidad, a realizar una traza de la política más que de lo político. Para observar esto con mayor precisión, vale recordar algunas cuestiones en torno a la constitución del problema de la enunciación en la *Escuela Francesa*.

La tradición francófona llegó a estructurar el problema de la enunciación gracias a una de sus manifestaciones más ostensibles, la existencia de partículas deícticas, lo cual ya había sido objeto de observación por parte de R. Jakobson⁶⁰ y de Ch. S. Peirce,⁶¹ y no era ni es ajeno a las incumbencias de la filosofía (e.g. Husserl, Ricœur). Recordemos la célebre definición de É. Benveniste y algunos de sus corolarios:

“La enunciación es este poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización.

El discurso –se dirá–, que es producido cada vez que se habla, esa manifestación de la enunciación, ¿no es sencillamente el ‘habla’? Hay que atender a la condición específica de la enunciación: es el acto mismo de producir un enunciado y no el texto del enunciado lo que es nuestro objeto. Este acto se debe al locutor que moviliza la lengua por su cuenta. La relación entre el locutor y la lengua determina los caracteres lingüísticos de la enunciación. Debe considerársela como hecho del locutor, que toma la lengua por instrumento, y en los caracteres lingüísticos que marcan esta relación” (2002: 83).

Parece claro que este concepto no se preocupa, como sucedía en Virno, por el fenómeno físico de emisión o de recepción de los enunciados producidos, ni por las informaciones aportadas por los parámetros situacionales al sentido del enunciado. Con Benveniste, la enunciación se convierte en un dispositivo integrado a la lengua, inherente a ella, sea ya que posea remisión explícita al acto enunciativo, como sucede con los elementos deícticos (e.g. pronombres personales), o no. La ventaja evidente de la noción es que permitió iluminar el funcionamiento reflexivo de la actividad lingüística: el enunciado remite al mundo reflejando el acto de enunciación que lo vehiculiza. Asimismo, al indicar que la enunciación no se confunde con el enunciado del mismo modo en que una producción se diferencia de su producto, lleva a cabo un despliegue de instancias que tendrá consecuencias decisivas dentro y fuera de la

⁶⁰ Bajo el término *shifter*, consideró todas las unidades gramaticales cuya significación general no puede definirse sin remitirse al mensaje.

⁶¹ Para Peirce, la mayoría de las palabras pertenecen al conjunto de los *símbolos*, pues se asocian al objeto representado por medio de una regla convencional; sin embargo, hay algunas, como los pronombres demostrativos, que son *indicios*, dado que guardan una relación existencial con el objeto al que refieren.

lingüística, como en el caso del psicoanálisis. Un inconveniente de la definición de Benveniste es que prioriza el polo del enunciador. Desde un enfoque no estructuralista, aunque sin salir del ámbito de la lingüística, la obra de A. Culioli va a proporcionar los argumentos para apreciar que el fenómeno que nos ocupa es en realidad una coenunciación (v. *infra.*).

Ahora bien, uno de los lugares de impacto de la observación de Benveniste fue la metodología de la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso*, a la que le permitió entrar en la fase “postharrisiana”⁶² en una época todavía saturada por abordajes de *corpora* políticos o histórico-políticos. Si bien la problemática de la enunciación enriqueció el aparato metodológico del análisis del discurso político, pronto se transformó en un lastre para sus anhelos de autonomía con respecto a la lingüística. Vale, como muestra de esta trayectoria, citar el trabajo clásico de J.-J. Courtine (1981) sobre el análisis del discurso comunista. La situación que se describe allí es compleja. Mientras que, de un lado, las referencias a la lingüística por parte de la *Escuela Francesa* apuntaban entonces cada vez más a manifestaciones de lo enunciativo (e.g. deixis, índices de personas, performativos y *embrayeurs*), del otro, el reto fundamental era hallar una teorización específica de lo discursivo, desligada de los modelos lingüísticos y de la relación enunciado/enunciación. ¿La causa de este desafío? La necesidad de desplazar las posiciones que instalaban el discurso en la continuidad de la lengua, acompañadas, en general, por un encubrimiento psico-social de la relación entre lengua e historia y por la dificultad de pensar en la materialidad específica de lo discursivo. Courtine se inclina por pensar la enunciación como un componente transicional entre el análisis lingüístico y el discursivo. En efecto, la observación del proceso de enunciación en el enunciado, combina los atributos formales del vínculo entre enunciado/enunciación (e.g. índices de persona, lugar, tiempo y modalidad de la enunciación, etc.) con los

⁶² Inspirado en un artículo del lingüista norteamericano Z. Harris, el *método harrisiano* fue dominante en los primeros momentos de la *Escuela Francesa*. Se trataba de seleccionar *a priori* algunas palabras clave (capaces, según se creía, de condensar de una formación ideológica) y, para comparar su entorno de aparición, se descontextualizaban y manipulaban sintácticamente las oraciones de base en donde aparecían. Fue abandonado paulatinamente, a medida que se hizo evidente que el análisis no podía dejar fuera a las dimensiones enunciativa e interdiscursiva de la discursividad (v. las críticas de Courtine, 1981).

efectos subjetivos del acto enunciativo, emplazado en una situación de enunciación cuyos actores pueden adjudicarse un estatus social (cf. Courtine, *op. cit.*). Por otra parte, la invocación de la materialidad del enunciado pone a la *Escuela Francesa* en sintonía con la definición que de él da Foucault (1996: 167-171). Este último opone la materialidad de la existencia del enunciado a la de la enunciación: puede hablarse del mismo enunciado, allí donde hay varias enunciaciones distintas. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en la tradición lingüística de la que se sirve la *Escuela Francesa*, el enunciado se encuentra ligado a la idea de una materialidad repetible. La oposición enunciado/enunciación permite aquí considerar al discurso en la unidad y la dispersión.

Abreviando la historia, cabe decir que se llegó finalmente a diferenciar una concepción lingüística de la enunciación (nivel local) de una discursiva (nivel global). La primera hace referencia al conjunto de operaciones constitutivas de un enunciado, cuyas huellas son *shifters*, modalizadores, subjetivemas, etc. La segunda, a la enunciación como acontecimiento producido en una situación específica –sea que este encuadre enunciativo esté integrado por determinaciones sociales o psicológicas–. En esta segunda concepción, el sentido del enunciado debía remitirse a:

- a. Un *sujeto de enunciación*, dado que en el seno de una formación discursiva es posible registrar diferentes posiciones de sujeto (i.e. sujeto en tanto efecto del discurso), que al fin de cuentas son variantes de la relación del sujeto del enunciado con el sujeto de la formulación.
- b. Una *situación de comunicación* recuperable en función de ciertas coordenadas espacio-temporales y, más generalmente, “circunstanciales” (tiempo, lugar, circunstancias, que incluyen la presencia de destinatarios determinados, etc.).

Este segundo ítem es el que ha prevalecido en el estado actual de la teoría. Para resumir dicho estado, se podría sostener que, en lo que atañe a su dimensión estrictamente lingüística, el funcionamiento de la enunciación de la política no presenta diferencias específicas con respecto a la que acontece en otras zonas de lo social. En el nivel discursivo se particulariza por una serie de competencias, de

determinantes situacionales (situación de comunicación o entorno extralingüístico) y de saberes interdiscursivos (situación de discurso) que regulan la producción de un acto enunciativo. Es evidente que aquí se reconoce la existencia de ciertas condiciones (lingüísticas y extralingüísticas) que informan al sentido político de un enunciado, pero o bien no se las detalla, o bien sólo se postulan parámetros (e.g. finalidad, participantes, sitio, etc.), lo que no hace más que desplazar, desde el acto a esos mismos parámetros, el problema de la definición de la enunciación política: ¿estamos mejor si sostenemos que para que un enunciado sea político tiene que cumplir una *finalidad* política?, ¿es posible catalogar todas las *finalidades* políticas posibles? ⁶³ La pregunta cae por su propio peso y sería otorgarle, además, una importancia injustificada a la intencionalidad.

1.3. El modelo adversativo de la discursividad política

Los esquemas teóricos anteriores no niegan que tanto la política como lo político están asociados al conflicto, pero es verdad que este no es colocado como factor dominante en la definición de ese tipo de enunciación. Parece pertinente preguntarse si el modelo adversativo que proponen varios autores, representados aquí por la obra de Verón, puede entenderse como el registro del conflicto que da lugar a lo político. Antes de abordar este interrogante, repasemos los presupuestos de la teoría de la enunciación que maneja este autor.

⁶³ Para el caso particular del discurso político, Charaudeau (2006), recuerdo, señala que el sentido político de las prácticas verbales –siempre inestable– tiene que ser determinado en función de un dispositivo situacional (que interrelaciona un lugar ocupado por los interlocutores, su identidad y los vínculos que establecen entre ellos según una finalidad específica) y un posicionamiento.

1.3.1. *El enunciador como categoría abstracta*

Si alguna corriente lingüística preocupada por la enunciación es reconocible en la obra de Verón es la que principia A. Culioli (2010). A pesar de la proximidad temporal, geográfica y terminológica de sus trabajos, sería erróneo situar a Culioli en la misma línea de pensamiento que Benveniste. De hecho, uno de los conceptos claves en los trabajos del primero, el de *enunciado*, no está en el segundo (que se queda en *frase*). Enunciado designa, para Culioli, una configuración de marcadores que son, a su vez, la huella de operaciones, vale decir, que es la materialización de fenómenos mentales a los cuales no tenemos acceso, y de los cuales los lingüistas sólo pueden brindar una representación metalingüística. Tampoco la noción de *enunciación* muestra, en Culioli, un alcance estrictamente similar a la que tiene en la obra de Benveniste y, en particular, entre aquellos seguidores de este último interesados en emplazarla como problema discursivo. Recordemos que, en la ortodoxia de la tradición francesa, la enunciación es tratada como un acontecimiento producido en determinado contexto,⁶⁴ comprenda éste dimensiones sociales y/o psicológicas. Para Culioli, en cambio, consiste en una formulación esquemática. La enunciativa es una de las fases implicadas en la explicación de la actividad del lenguaje, y es caracterizada como un proceso de instanciación de operaciones. Hay relación enunciativa cuando un enunciador toma a cargo uno entre los posibles enunciados equivalentes imprimiéndole marcas (e.g. de tiempo, de aspecto, de modalidad, los determinantes del sustantivo). Dicho nuevamente: para el metalenguaje postulado por Culioli, la actividad enunciativa sumerge a un enunciable (unidad abstracta) en un sistema de referencia intersubjetivo, que atiende a la relación espacio-tiempo, a la posición de los sujetos, etc., transformándolo así en un enunciable situado.

El envite terminológico de Culioli apunta a barrer con dos construcciones teóricas que, según su punto de vista, lastraban el desarrollo epistemológico de la

⁶⁴ Tal vez sea Ducrot (1994: 188) quien haya llevado más lejos esta versión empirista de la enunciación. Es factible, para este autor, marcar la diferencia entre la *actividad lingüística*, el proceso de producción de un enunciado por parte de un autor que se dirige a otra persona, y la *enunciación*, que designa la aparición de un enunciado, la ocurrencia efectiva de una frase de la lengua, en un lugar y momento determinados; es decir, distingue la producción material de un enunciado de la configuración de su sentido.

lingüística. Por una parte, aquella proveniente del funcionalismo comunicativo que se ilusionaba con un “cableado” tendido entre emisores y receptores por dónde, de manera simétrica y transparente, es transportado un sentido previamente codificado. Por otro, las distinciones que regularon buena parte de las investigaciones de la lingüística moderna –entre lengua y habla, por un lado, y entre los niveles de análisis sintáctico, semántico y pragmático, por el otro–, son traspasadas y reestructuradas por las cuestiones que le dan forma a la problemática de lo enunciativo tal como la entiende Culioli. Asimismo, ante el problema que plantea la relación entre instancias discursivas discontinuas y la construcción de un centro de referencia interno que las trascienda, a fin de asegurar el ajuste transindividual (hablante-oyente) y la intersubjetividad, Benveniste, limitado a un análisis de tipo estructural, opta por multiplicar e intercambiar términos (*sujeto*, “sujeto”, EGO, “ego”); Culioli, en cambio, lo resuelve apelando a la noción de *enunciador*. Este enunciador no se confunde con el hablante, ya que es en realidad un *esquema abstracto* que, aunque subjetivo, se configura necesariamente como *intersubjetivo*, esto es, instaura siempre un co-enunciador (el cual tampoco se confunde con un oyente físico). Los términos (*enunciado*, *relación enunciativa*, etc.) y el dispositivo que propone Culioli integran el nivel de las representaciones metalingüísticas, es decir, forman parte de un modelo analítico y no son entidades y procesos efectivos (v. nota al pie 15). Esta última aclaración no es superflua, dado que pone de manifiesto la existencia de una polémica con perspectivas empiristas de la enunciación, como la que –lo vimos más arriba– sostiene Virno. El mismo Verón la expone en uno de los pasajes donde es posible reconocer su deuda con la obra de Culioli:

“Desde nuestro punto de vista, la enunciación corresponde a un *nivel de análisis* del funcionamiento discursivo. En consecuencia, expresiones como ‘enunciación’ y ‘enunciados’ designan ‘objetos abstractos’ –como diría Chomsky– integrantes del dispositivo conceptual del analista del discurso, y no entidades o procesos concretos. A mi juicio es necesario entonces evitar toda perspectiva

empirista de la enunciación, como por ejemplo la que aparece en los trabajos de Oswald Ducrot. Dice Ducrot: ‘llamaré *enunciación* el *hecho mismo de que el enunciado haya sido producido, el acontecimiento histórico* constituido por la aparición del enunciado’. Para nosotros, en cambio, hablar de ‘enunciador’ implica una modelización abstracta que permite el ‘anclaje’ de las operaciones discursivas a través de las cuales se construye, en el discurso, la ‘imagen’ del que habla. Para designar el acontecimiento singular que es la producción de un enunciado o una sucesión de enunciados, hablaremos de *acto de enunciación*” (1987: 16).

1.3.2. El dispositivo enunciativo según la Teoría de los Discursos Sociales

Una vez trazado este mapa, la pregunta que sigue es: ¿cuál es en definitiva el estatuto del enunciador para la *Teoría de los Discursos Sociales*? Señala Verón (2005: 173) que, en un discurso, las modalidades del decir dan lugar a un dispositivo de enunciación que comprende:

- a) Imagen del que habla o *enunciador*: lugar que se atribuye a sí mismo quien habla.

Esta definición está próxima a la de *ethos* acuñada por la retórica antigua para designar la imagen de sí que construye el locutor en su discurso. La tradición francesa recuperó y reelaboró la categoría para referirse a los procedimientos verbales destinados a la presentación de sí por parte del enunciador a fin de establecer una posición institucional y legitimarse (cf. Maingueneau, 2002; Bermúdez, 2007). Por otra parte, si bien no realizaré la genealogía conceptual que lo fundamentaría adecuadamente, debo aclarar que, con el objetivo de no promover confusiones, en los límites de esta tesis trabajaré distinguiendo *locutor* y *enunciador* –y, por ende, *alocutario* y *destinatario*–. El primero sirve para designar al hablante o escritor empírico que profiere un enunciado (i.e. el emisor); *enunciador* es la figura responsable del acto de enunciación tal como se representa en la puesta en escena enunciativa; es, siguiendo la propuesta de Verón, un

efecto del discurso. Con respecto al acto de enunciación, el *locutor* mantiene una posición exterior; el *enunciador*, en cambio, una interior.

b) Imagen de aquel a quien se dirige el discurso o *destinatario*.

c) Relación entre *enunciador* y *destinatario*, propuesta a través del discurso.⁶⁵

Este dispositivo constituye, desde el punto de vista de sus efectos de sentido, el conjunto de instrucciones que lleva inscripto todo texto acerca de cómo quiere ser interpretado. Como instrumento analítico, el enunciador responde a los requerimientos de una modelización abstracta que sirve para referir y anclar un conjunto de operaciones.

1.3.3. Un debate en torno a las figuras de la subjetividad: breve excursio

Una pregunta que cabe hacerse es si el estatuto discursivo del enunciador que propone la *Teoría de los Discursos Sociales* no enajena su conceptualización de la enunciación de cualquier determinación histórica, ideológica y política. Entre los debates más transitados por las ciencias del lenguaje y la semiótica está, por cierto, el que concierne a la conceptualización de la instancia subjetiva. Presentado de manera muy esquemática y para nada exhaustiva, el debate opone, de un lado, a las teorías retóricas, argumentativas y pragmáticas, donde la producción de argumentos o de actos de habla está sometida a cálculos estratégicos de un sujeto o a sus intenciones; del otro, a la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso*, cuya impronta psicoanalítica la llevó a concluir, al menos en un primer momento de su historia, que la actividad enunciativa del sujeto se encuentra sobredeterminada por *formaciones discursivas* que

⁶⁵ Este dispositivo concuerda con otras propuestas, como la de O. Steimberg (1998: 44), quien considera el nivel enunciativo como los procesos de semiotización “por los que en un texto *se construye* una situación comunicacional, a través de dispositivos que podrán ser o no de carácter lingüístico. La definición de esa situación puede incluir la de la relación entre un ‘emisor’ y un ‘receptor’ implícitos, no necesariamente personalizables”.

regulan los lugares de enunciación productores de efectos de subjetividad, dependientes, a su vez, de *formaciones ideológicas*. Es decir, los lugares de enunciación en los que se inscribe el hablante son el resultado del proceso de sujeción ideológica que determina, primero, la interpelación del individuo como sujeto, y luego la representación que se hace el sujeto, desde esa formación ideológica, de su propia situación (cf. Althusser, 1988).⁶⁶

Ahora bien, las controversias en torno a esta segunda acepción son aún hoy agudas entre quienes reflexionan sobre la actuación política, pues si la producción de sentido es irreductible en su totalidad a la voluntad individual del sujeto y si, además, ni siquiera este proceso le resulta transparente (cf. Authier-Revuz, 1995) ¿en qué lugar quedan factores decisivos para pensar la intervención que da lugar a *lo político*, como ser la libertad de acción, la posibilidad de transformación y la responsabilidad? Y aunque esta cuestión puede dejar indiferente a buena parte de las ciencias del lenguaje, no puede ser así en lo que concierne a los estudios del discurso.

¿Qué dice al respecto la *Teoría de los Discurso Sociales*? Revisemos sus presupuestos epistemológicos, desarrollados fundamentalmente en *La semiosis social* (1998). En este texto, Verón acomete contra el reconocimiento que el funcionalismo en lingüística efectúa de la obra de Saussure. El *Curso de Lingüística General* posibilitó la fundación de la lingüística contemporánea debido, entre otras operaciones, a la expulsión del sujeto hablante de la lengua. Pero su progresivo rescate fue, en principio, llevado a cabo por

⁶⁶ Paradójicamente, mientras que el dispositivo enunciativo ha terminado por instalarse en el núcleo de sus problemáticas, toda vez que es la instancia que anuda las formas de hablar con lugar social que ocupa el hablante, las reflexiones sobre las determinaciones ideológicas han padecido cierto reflujo. Según Maingueneau: “El interés que rige el análisis del discurso sería aprehender el discurso como la intrincación de un texto y un lugar social, es decir, que su objeto no es ni la organización textual ni la situación de comunicación, sino lo que los anuda a través de un dispositivo de enunciación específico. Este dispositivo pertenece a la vez a lo verbal y a lo institucional: pensar los lugares independientemente de los enunciados que ellos permiten, o pensar los enunciados independientemente de sus lugares de pertenencia, sería permanecer por debajo de las exigencias en las que se basa el análisis del discurso. Aquí la noción de ‘lugar social’ no debe, sin embargo, ser aprehendida de manera demasiado inmediata: puede tratarse de un *posicionamiento* en un campo discursivo (político, religioso...). En todos los casos, el analista del discurso debe concederle un papel central a la noción género discursivo, que, por naturaleza, desbarata toda exterioridad simple entre el ‘texto’ y el ‘contexto’” (cf. 2005: 70). Este interés es síntoma de una transformación de esta corriente que no desarrollaré aquí, pero que, dejando de lado el *background* político, puede interpretarse como un viraje desde una inquietud por las dimensiones ideológicas de la producción discursiva a una reflexión sobre sus normalizaciones institucionales.

Jakobson, en nombre de las funciones de la comunicación. Esta recuperación pone en obra un cambio en el estatuto de sujeto: se convierte en una fuente activa de la intención de comunicar, determinada por el objetivo que se pretende alcanzar. Así, la intención *reduce* la significación a una dimensión consciente e instrumental.⁶⁷ La recuperación del sujeto excluido se completa con los trabajos de Benveniste, para quien –como se expuso– la instancia subjetiva es necesaria para hacer funcionar como discurso la virtualidad de la lengua –origen de la experiencia de la subjetividad⁶⁸– y con los trabajos de la pragmática anglosajona, que le restituyeron la transparencia, la claridad y el poder de sus intenciones –según H. Grice,⁶⁹ el éxito comunicacional del sujeto hablante se mide por el hecho de comunicar bien sus intenciones.

Ahora bien, contra este modelo, Verón proporciona una explicación de los mecanismos de construcción social de lo real que no se sostiene sobre un modelo subjetivista del actor. El sujeto no es en esta teoría origen de las significaciones o fuente de representaciones sociales, sino que es un agente de mediación en el flujo del sentido, un punto de paso de las operatorias de producción y reconocimiento, un lugar de anclaje de la semiosis. Así pues, el dispositivo discursivo de la enunciación que propone Verón viene a darle representación conceptual al espacio de cruce entre la construcción de una instancia enunciativa y una teoría de producción social de sentido. Esta conceptualización requiere, no obstante, algunas precisiones. Hay que considerar que, visto el fenómeno en sincronía, cada discurso tiene una economía específica, cada disposición o normalización de materias significantes conlleva una posición del sujeto que le es específica. Por su parte, un enfoque diacrónico mostraría que toda

⁶⁷ No es extraño, en este marco, que se valore positivamente la ruptura chomskiana. ¿La razón? Si bien la obra de Chomsky ubica en un primer plano la actividad del hablante, no por ello funda el sentido en el sujeto.

⁶⁸ En su examen de la incidencia de la tesis de la excepción humana en los estudios del discurso, Verón (2013: 74) demuestra que el ámbito de validez de la teoría de la enunciación benvenistiana no puede ser otro que la comunicación lingüística oral, de allí impasse frente a la insistencia por colocarla como condición de una teoría de la discursividad liberada del sujeto hablante individual.

⁶⁹ Al que podría sumarse la idea de *acontecimiento* político de Badiou (2007: 56), cuya dimensión excesiva, supernumeraria no solamente con respecto a su emplazamiento, sino también con respecto a la lengua disponible, le presenta un desafío a la capacidad de la política para estabilizar fielmente y a largo plazo esta nominación.

disociación significativa entre la producción y el reconocimiento de determinados paquetes textuales involucra, asimismo, un cambio en la posición del sujeto. En suma, la lectura de las posibilidades de acción política de los actores desde el modelo que proporciona Verón requiere considerar, en primer lugar, la determinación de lo real y de los espacios mentales por parte del sentido socialmente construido: esos son los límites de su capacidad de elección, lo cual –sobra recordarlo– no lo exime de ninguna responsabilidad política; seguidamente, se debe tener en cuenta que los efectos de toda práctica están afectados por un principio de indeterminación. Esto último permite ligar el modelo semiótico de Verón con el pensamiento de, entre otros, Rancière, quien resalta el sentido contingente e impredecible de la acción del sujeto.

*

Resumiendo, en este trabajo opero en función de las siguientes concepciones. Por un lado, se considera que la subjetividad no es fuente de sentido, sino soporte de la semiosis. Sólo reconociendo los límites de este marco epistemológico vale pensar la responsabilidad de los sentidos que, en un acto enunciativo concreto, actualiza el sujeto hablante. Por su parte, el *enunciador*, el *destinatario* y el vínculo que los une son las categorías metalingüísticas para analizar las entidades producidas a través del discurso. En el análisis, a este dispositivo se remitirán las operaciones descritas. Resulta evidente que esto no implica desentenderse del acontecimiento enunciativo concreto, no sólo porque se trabaja con *corpus* atestiguados, producidos por actos de enunciación, sino porque –repito– la organización de estos materiales contempla la distinción entre discurso de *la política* y discurso *político*, distinción que se justifica a partir de la observación de prácticas e identidades concretas.

2. La destinación múltiple y simultánea

Es momento de completar el dispositivo enunciativo del que se viene hablando. Recordemos lo que propone Verón (1987) para el discurso de la política. La condición

de su esquema es que el ámbito discursivo de la política implica enfrentamiento. Se trata de un modelo que pretende recoger como teoría la conflictividad de este campo regulada por el sistema democrático. Así pues, lo que define para Verón la enunciación política es, fundamentalmente, el modelo adversativo, la “disociación estructural que presupone la construcción simultánea de un destinatario positivo y un destinatario negativo” (*op. cit.*: 17).⁷⁰ Dicho de otro modo, todo acto de enunciación política construye en el discurso la posición de quien comparte las mismas ideas del enunciador y, simultáneamente, considera y prevé las lecturas destructivas de las posiciones opositoras, configurándose así como una réplica y como anticipación de una futura réplica. Esta *múltiple destinación simultánea* del discurso de la política que organiza la demarcación de un adentro y un afuera conecta los postulados de Verón con, por ejemplo, los de B. Latour (v. *supra*), dado que impacta sobre la construcción de los colectivos de identificación. A diferencia de otros discursos donde este rasgo es circunstancial (e.g. el literario), no es posible en política hablar sin presuponer una instancia antagónica. La enunciación en este campo es, en suma, inseparable de la construcción de un adversario, de la existencia de enunciados contrapuestos.

Esta configuración estructural del campo político da lugar una partición teórica de la franja de destinatarios, aunque no se trata de configuraciones estancas y sucesivas: el discurso de la política es una enunciación compleja cuyas fuerzas

⁷⁰ También en Rancière –vale recordarlo– el conflicto determina las condiciones de aparición del habla política. En ambos casos el desacuerdo parece ser algo constitutivo. Sin embargo, no es cualquier conflicto el que pondera Rancière, sino el conflicto por la igualdad, un acontecimiento de excepción fuera de toda regla, del que examina su registro en la interlocución, aunque poniendo distancia, en un mismo movimiento, de otros autores que también se ocuparon de las dimensiones discursivas de la política (e.g. J. Habermas). La figura política de la interlocución no es, para Rancière (2007: 61-81), la de una racionalidad argumentativa que tiene como polo opuesto a la violencia irracional. Esta alternativa acepta sin discusión la relación de identidad entre, por una parte, el intercambio “político” donde unos actores confrontan sus intereses y la validez de sus sistemas de valores y, por otra, un modelo de interacción verbal que idealiza la imagen del diálogo entre la primera y segunda persona, que se escuchan y comprenden según los límites que fijan su intención comunicativa y su voluntad cooperativa, sin otro problema que la mayor o menor transparencia de los contenidos que sus enunciados vehiculizan. El intercambio verdaderamente político es, en efecto, inasimilable a ese modelo de interlocución verbal (por lo cual habría que reconsiderar, dicho sea de paso, el estatuto de ciertos géneros, como la polémica y el debate, asociados tradicionalmente a la discursividad política).

ilocucionarias se dirigen, de manera explícita u oculta, a más de un destinatario (cf. García Negroni & Zoppi Fontana, 1992).

Corresponde, para comenzar, diferenciar el *alocutario inicial*, a quien está dirigido el discurso –en la mayoría de los casos explícitamente, a través de marcas como los vocativos, designación de cargos, etc.–, del *destinatario*, que, como se dijo, resulta de la imagen producida por el despliegue del discurso y que no necesariamente terminará ajustándose al grupo alocutario inicial. El *alocutario inicial* puede someterse a un desglose que vale para todo tipo de discurso. Por un lado, hay que considerar al *alocutario directo*, a quien explícitamente se dirige la enunciación, puede ser individual o grupal, puede o no estar físicamente presente, puede o no tener la posibilidad de responder al locutor; por otro lado, se encuentra el *receptor no alocutario*, figura que no forma parte de la relación de interlocución propiamente dicha, pero su presencia está prevista por el locutor, al punto que incide sobre la producción y puede dejar marcas en la superficie del discurso; los *receptores no alocutarios adicionales*, finalmente, no están previstos por el locutor, por lo que su presencia no deja huellas en el discurso (cf. García Negroni & Tordesillas Colado, 2001: 47-51). La figura del *destinatario* también puede soportar, a su vez, una segmentación. Siguiendo a Verón (1987), pueden distinguirse tres:

- a. El *destinatario positivo* o *prodestinatario*: el receptor que comparte ideario, valores y objetivos con el enunciador, y conforma con él un colectivo expresado en el “nosotros” inclusivo. En relación a esta figura, el discurso de la política funciona *reforzando* la *creencia* presupuesta.
- b. El *destinatario negativo* o *contradestinatario*: es la figura excluida del colectivo de identificación y, salvo en el caso de algunas escenas genéricas, del circuito comunicativo; visto del otro lado, se trata del adversario que no se deja tocar por el discurso del enunciador, que tenderá a realizar una lectura “destruktiva” de sus palabras. Este último presupone que el lugar simbólico del *contradestinatario* está determinada por una *inversión de la creencia*, lo que lo convierte en objeto de lo que en los enunciados es del orden de la *polémica*. A modo de sub-categorías, resulta pertinente adoptar aquí la distinción que

proponen García Negroni y Zoppi Fontana (*op. cit.*: 36) entre *contradestinatario encubierto* y *contradestinatario indirecto*. El primero es aquel al que se le dirigen actos de *amenaza* o *advertencia*, principalmente a través de formas de tercera persona del singular o plural, de formas verbales que presentan ambigüedad entre la segunda y tercera persona del plural, de construcciones sintácticas encabezadas por pronombres quien/es, el/los, etc. (e.g.: “Los que ingenuamente piensan que pueden copar nuestro movimiento (...), se equivocan” J. D. Perón – 20.06.1973). Se trata de un fenómeno que hace a la dimensión polémica de la producción de sentido política, pero que, por contragolpe, puede servir para consolidar el colectivo de los que comparten las creencias del enunciador. Al *contradestinatario indirecto*, en cambio, se lo *desautoriza* o *desacredita*, a través de recursos directos, como la negación, u oblicuos, como la adhesión a uno de los discursos en pugna por parte del enunciador encargado de ponerlos en escena.

- c. El *paradestinatario*: personaje que quizás cobre real nitidez durante los momentos eleccionarios en países donde el voto es obligatorio, pero cuyo asedio es hoy irreductible a esta situación puntual. Podemos encuadrar aquí a los llamados indecisos, ocupantes de la posición a la cual se dirige, conjeturando una *suspensión de la creencia*, el componente *persuasivo* de los enunciados de la política.⁷¹

El peso relativo de cada uno de los destinatarios de este sistema es objeto de un debate que apunta al corazón del funcionamiento del discurso de la política. Contra la opinión de los profesionales de su diseño, quienes lo tienen de objeto de estudio niegan un desequilibrio a favor de la figura del *paradestinatario* (cf. Verón, 1987; 2002). Bien puede ser que esta categoría ya no defina un accidente, pero es difícil adherir a la

⁷¹ García Negroni y Zoppi Fontana (*op. cit.*) sugieren otro tipo de fraccionamiento y proponen separar los *destinatarios directos* (espacio que subsumiría a los *pro* y *paradestinatarios*) de la categoría *terceros del discurso* (lugar de los *contradestinatarios*), los adversarios del hablante, a quienes se alude sin nombrarlos. Esta segmentación sólo es válida si se acepta que los locutores políticos nunca se dirigen explícitamente a sus adversarios. No me parece operativa para toda genericidad o circunstancia (e.g. debate entre candidatos o cuando al que se coloca como tercero es el pueblo en nombre del cual habla el locutor).

postura de aquellos quienes parecen contar, entre las condiciones de su intervención en la arena política, con la posibilidad de negar los contradestinatarios o con la ingenua fantasía de su inexistencia. En el terreno de la política, elegir una palabra es elegir una posición; es someterla a la posibilidad de una doble lectura.

3. El imaginario político

3.1. Componentes

“En el plano del enunciado –sostiene Verón (1987: 19)– el segundo nivel fundamental es el de los componentes. Este nivel opera como articulación entre el enunciado y la enunciación, puesto que los componentes definen las modalidades a través de las cuales el enunciador construye su red de relaciones con las entidades del imaginario”. Y luego agrega: “Hay que entender estos componentes no como elementos aislados y aislables, puntuales, sino como *zonas* del discurso. El discurso político entreteje permanentemente estas cuatro ‘zonas’, pero las figuras que se dibujan en esta trama son diferentes según las posiciones de enunciación dentro del campo político”. El listado de componentes que proporciona Verón es el siguiente:

- a. *Descriptivo*: es aquél en el que el enunciador político realiza un examen o balance de una situación. Es, en general, del orden del *saber*: se articula una lectura del pasado y/o el presente a través del saber colectivo o la agudeza interpretativa del líder. Veremos en el próximo capítulo la gravitación que, en la discursividad política argentina, ha adquirido la lectura kirchnerista del pasado reciente y si esa lectura se semiotiza a través de esta modalidad.
- b. *Didáctico*: es aquél en el que tiene lugar la enunciación de un principio general; no se trata de la lectura de una coyuntura específica, sino que a través de él se formula una verdad universal. Es también del orden del saber.

- c. *Prescriptivo*: es aquél en el que tiene lugar la enunciación de una regla deontológica, sea que se lo haga de manera impersonal (como una verdad universal) o que el enunciador se coloque como fuente de la interpelación. Es del orden del deber.
- d. *Programático*: es aquél en el que tienen lugar los anuncios y las promesas. Es del orden del poder hacer.

En términos de la pragmática, los componentes serían equivalentes a macroactos de habla. Su caracterización lingüística nos coloca frente a la cuestión de las *secuencias* o tramas semánticas (Adam, 1991); Sin embargo, estas “zonas” de las que habla Verón no solamente pueden ser entendidas como tramas cuya dominancia permite una tipologización, sino que, en lo fundamental, conciernen a la *modalización*; es decir, posibilitan definir las posiciones del enunciador: a) en el interior del campo político (e.g. el componente prescriptivo seguramente estará más presente en los textos de los políticos que ocupen lugares de liderazgo); b) en relación a las entidades u objetos discursivos; c) en relación a los destinatarios (e.g. el contradestinatario tendría más peso en el componente descriptivo que en el programático); d) en relación a sí mismo (e.g. el componente descriptivo permitiría más formas apreciativas que el didáctico). Entre los problemas que suscita su análisis encontramos que, como reconoce Verón, en un conjunto de enunciados pueden estar intrincados diversos componentes. Ahora bien, vale la pena preguntarse si el catálogo de componentes está completo. Cristina Fernández de Kirchner, por caso, rima sus discursos con referencias autobiográficas, muchas de las cuales se vehiculizan como una secuencia narrativa autónoma; algunos géneros de la política, como el debate, tal vez ameriten que se hable de un macrocomponente *dialogal*, etc. Del mismo modo, no está de más interesarse sobre el funcionamiento indirecto de los componentes, es decir, vale reflexionar acerca de la posibilidad de una no coincidencia entre los rasgos discursivos y la finalidad pragmática de un componente (e.g. una cadena de enunciados en apariencia descriptivo cuyo propósito es, en realidad, prescriptiva). Cualquiera sean las respuestas, cabe reproducir aquí la misma advertencia que hace Verón: seguramente

estos componentes no son exclusivos del discurso de la política, es decir, todos pueden estar presentes en, por caso, en la publicidad; lo que es privativo de este discurso es su configuración en el interior de ciertas operaciones enunciativas.

3.2. Las potencias del imaginario: breve *excurso* sobre los fantasmas de la política

El análisis del discurso de la política requiere, finalmente, considerar las entidades del imaginario político a las que apela un discurso. Detengámonos ante todo en esta relación: imaginario y discurso. El aspecto intersubjetivo de lo imaginario⁷² permitió trasladar su consideración del plano psíquico al social. Este paso lo dio, entre otros, Castoriadis (2007), en su caso para fundamentar la identidad de los colectivos y su articulación con el mundo en que viven. Producto de la interacción de los hombres entre ellos y con su entorno, el imaginario social cimenta el universo de significación de una sociedad, aquello que la mantiene unida. Debe pensarse los imaginarios como fragmentarios e inestables, pero esencializados al punto de percibirse como evidencia. No se trata aquí de una cuestión de falsedad: esos significados son del orden de lo verosímil, de lo potencialmente verdadero. Reformulo: todo imaginario es un imaginario experimentado como verdad, que esencializa la visión del mundo en un saber –provisoriamente– absoluto. Es un componente que puede despegarse del contexto hacia el pasado (e.g. recuerdos, memoria colectiva) o hacia el futuro (e.g. fantasías, utopías). Retomaré esto en el capítulo IV.

Distinta es la cuestión del grado de racionalización de esos imaginarios (v. Charaudeau, 2006: 205). Los textos elaborados para enseñar los rasgos identitarios de una nación son ejemplo de un alto nivel de racionalización. Decir espontáneamente y

⁷² De una imposibilidad de la especie, su percepción limitada, se abre en cada individuo una facultad, la de representarse (organizadas por una estructura simbólica) las cosas en el pensamiento y con independencia de la realidad. Ahora bien ¿cuál es el desarrollo ontogenético del imaginario? Su base es la formación del *yo* en el estadio del espejo. Tal formación es por identificación, pero también implica alteridad: así, el *yo* y el orden imaginario son producto de una alienación radical (Lacan, 1997a). Su dimensión ilusoria (de totalidad, de síntesis, de autonomía, de dualidad y de semejanza) no lo exime de consecuencias sobre la realidad. Nada más falso que la absoluta falsedad del imaginario.

sin distancia –es decir: creyéndolo– que la sociedad Argentina es un “crisol de razas” – europeas, claro–, o bien que, a diferencia de los inmigrantes peruanos, el argentino es un pueblo que gusta del trabajo, es un indicador que, al menos en ciertos grupos sociales, testimonia un imaginario de nación menos consciente. Ahora bien, estos imaginarios pueden emerger si una circunstancia los cuestiona (e.g. un estudio antropogenético que muestre la presencia mayoritaria de aportes indígenas y africanos en la información genética de la población argentina), o si el grado de confrontación con su alteridad los obliga a redefinirse (e.g. en un contexto de desocupación y frente a su inmigración masiva, lejos de tratarlos de indolentes, se dirá de esos mismos peruanos que venden a precio vil su fuerza de trabajo). Un estudio que atienda a la larga duración histórica podría, finalmente, dar cuenta de la producción acumulada del componente imaginario de una sociedad, cuyo lugar de sedimentación puede, según el caso, recibir denominaciones como *inconsciente colectivo* o *memoria colectiva*. Remontar esta “dimensión transtextual del imaginario” permitiría, vaya como ejemplo, observar, en la discursividad política argentina, las represiones y vivificaciones del imaginario latinoamericanista en las distintas fases históricas.

Ahora bien, ¿cómo se integra la reflexión sobre el imaginario con los estudios del discurso? Por supuesto que aquel sólo encuentra expresión en una organización semiótica, la que, por lo mismo, lo torna accesible. Vale decir, el imaginario participa de la lógica de la discursividad o, mejor, de la interdiscursividad. Esa simbolización promueve y justifica materializaciones –imaginario y materialidad son indisociables– en, por ejemplo, comportamientos individuales y colectivos (e.g. concurrir a una manifestación), producción de objetos (e.g. una nave espacial capaz de atravesar la estratósfera, un monumento), elaboración de emblemas (e.g. un escudo, una marcha), y tiene a los textos (orales, escritos, estables, efímeros, etc.) como uno de sus lugares de actualización. Es posible, por consiguiente, llegar a la descripción de las formaciones imaginarias a través del estudio de los discursos.

Asimismo, los estudios del discurso se ocuparon de diseñar explicaciones acerca del lugar que ocupan los idearios o argumentos en el reconocimiento mutuo de

pertenecer a un grupo (e.g. las teorías de la argumentación, especialmente las de matriz logicista). Sin embargo, no parecen ser suficientes, en tanto no terminan de elucidar los fenómenos de adhesión gestionados sin la participación del significado ideológico o, inversamente, los fracasos de sofisticadas arquitecturas conceptuales. Parece razonable, entonces, plantear la participación de formaciones imaginarias en la construcción de pluralidades, aunque sin que quede reducida a ello. Distintos aspectos de este componente imaginario van a ser objeto del próximo capítulo.

3.3. ¿Vos sos compañero?

Es momento de abandonar la dimensión teórica y ocuparse del papel de las entidades del imaginario en la creación de vínculos políticos en la discursividad nacional. El interrogante específico concierne a la manera en que los enunciados kirchneristas o macristas trabajan esos imaginarios mediante la propuesta de determinados colectivos de identificación. No se puede sostener –por supuesto– que esos colectivos discursivos tengan incidencia exclusiva y directa sobre la formación de los colectivos empíricos –la experiencia contemporánea muestra que tienen poca o ninguna–. Esto no impide estudiar un aspecto de la producción discursiva, partiendo de la base de que puede ser significativo observar, por ejemplo, por qué un personaje político en un momento interpela a sus destinatarios como “argentinos” y luego como “peronistas”; por qué un locutor utiliza reiteradamente el término “pueblo”; por qué ya casi nadie emplea “compatriotas”; por qué en las recientes elecciones porteñas, las campañas fueron pródigas en eslóganes cuyo dispositivo enunciativo incorpora explícitamente la figura del destinatario: “La ciudad nos une”, “Vos sos la ciudad”, “Vos sos bienvenido”, etc., eslóganes que muestran, en su misma falta de originalidad, una cuestión en boga para la comunicación política: las modalidades de interpelación singularizadas (“vos”) – problemática en torno a la significación indicial sobre la que volveré– y su eficacia en

la convocatoria para integrar difusos espacios en común.⁷³ Es evidente que, para la conformación de colectivos, se movilizan, desde lo insondable de sus relaciones, factores simbólicos (i.e. se producen discursos) e imaginarios (i.e. esos discursos evocan imágenes separadas de lo real). Interesa, en suma, observar dos dimensiones de esta cuestión asociadas a la discursividad política: a) el funcionamiento discursivo de los términos que definen colectivos; b) cómo procuran intervenir los enunciados de la política en las formaciones imaginarias que imantan estos grupos.⁷⁴ Insisto: estos dos fenómenos no guardan entre ellos una relación de determinación. Expresado de manera tosca: que sea interpelado como *pueblo*, no asegura que un conjunto de individuos se perciba a sí mismo como tal. De todos modos, tal interpelación es significativa para la elaboración de la identidad política de los actores. Viene al caso recordar el argumento althusseriano sobre la subjetivización provocada por la

⁷³ Los resultados de los comicios del 2011, por su parte, avivaron las indignadas voces de las *almas bellas* y el clamor por el *ser* (“Es que no quieren ser”, fue la querrela de Fito Páez dirigida a los votantes de Macri en su celeberrima nota publicada en el diario *Página/12* el 12/07/2011). De inmediato, los medios estimularon las respuestas de estos electores: menosprecio y escarnio para esos actores indignados e, incluso, impugnación del lugar de enunciación que ocupan y del idioma que hablan. Al punto de que hoy cabe la pregunta sobre el lugar que ocupan en nuestra comunidad los intelectuales críticos. Mauricio Macri, contundente vencedor, acumula en su decir todas las dimensiones posibles del vacío: no hay en su discurso lenguaje político y su propia enunciación no le pertenece. Se me dirá que esto no es noticia, que el liberalismo contemporáneo ha globalizado el abandono de la palabra política y que la política moderna es obra del diseño de ciertos asesores expertos en comunicación. Cierto. Lo novedoso, no obstante, es que el vínculo entre el macrismo y sus votantes se estableció a partir del reconocimiento y la celebración socarrona de este ventriloquismo, que transporta al estrellato a sus asesores de imagen. La puesta en evidencia de la construcción enunciativa parece ya no alterar la credibilidad del discurso político. El *ser* versus el *parecer*, en definitiva. El fenómeno invita al examen. No se trata de condenar la *apariencia* o, para mejor referirnos a la conjunción de intervenciones técnicas y mediáticas que apuntan a la previsión sobre el hacer del pueblo, la *simulación* (v. Rancière, 2007: 131), sino de interrogarse por el funcionamiento exitoso de las situaciones deconstruidas. Es decir, ¿por qué Macri busca definirse y definir a sus votantes a partir de la disociación entre el lugar intrascendente que le otorga a los postulados políticos y de la política y la obscena preponderancia que tienen sus operaciones de propaganda? ¿Por qué el electorado, aún sabiendo esto (o justamente porque lo sabe) lo elige? ¿Por qué la puesta en escena del juego político funciona mejor si se exhibe como tal, como lo hace la impúdica publicidad? Escrupulosas autoridades de la materia deberían dar respuesta a estos nuevos fenómenos. Aquí, sólo me limito a señalar ciertas perturbaciones en el funcionamiento de la discursividad política y a examinar la organización de los vínculos que, a través de los colectivos de identificación, proponen los enunciadores.

⁷⁴ Para amalgamar los colectivos resulta indispensable el juego entre las identificaciones imaginarias, esto es, lo que nos gustaría ser (e.g. una comunidad que se distingue por la profusión y variedad de su producción cultural), y las identificaciones simbólicas, es decir, para qué mirada se pone en escena esa imagen en la que nos gustamos (e.g. para lo que asociamos con el “primer mundo”, es decir, un orden capaz de apreciar esa prodigalidad cultural sin experimentarla como algo totalmente ajeno, como una alteridad coagulada gracias a la figura del exotismo).

interpelación. El reconocimiento del sujeto en la interpelación del gran Otro se vuelve performativo, pues el gesto mismo de reconocimiento “constituye” a ese Otro. Así, el político que “representa al Pueblo” le da consistencia simbólica a la entidad, el Pueblo o la voluntad popular, con referencia a la cual legitima su actividad (cf. Žižek, 2001: 277).

3.3.1. Racconto. *La preocupación por los muchos en la teoría política*

El problema actual de la construcción de colectivos no queda limitado, sobra decirlo, a los estudios del discurso. La teoría política y, de modo más específico, el campo de la *biopolítica*, han revitalizado y radicalizado el antiguo debate sobre los modos de pensar los sujetos políticos. No deja de ser interesante observar algo de este debate, a fin de situar con mayor precisión algunos corolarios del análisis.

El concepto de *pueblo* ha sido objeto de permanentes definiciones, querellas, debates, abandonos y relocalizaciones. En los discursos políticos y teóricos, *pueblo* aparece frecuentemente asociado a otras nociones como *democracia*, *ciudadanía* y *soberanía*. Aunque en esta ubicación parezca irreprochable, nunca pierde su carácter de categoría controversial. Las voces en contra, tanto reformistas como conservadoras, lo asocian a menudo con posiciones autoritarias y antidemocráticas. G. Sartori (1989), por ejemplo, subraya lo desafortunado de la expresión según la cual la democracia se asocia al “gobierno del pueblo”: la evocación del colectivo resulta peligrosa para los mecanismos institucionales, dado que puede emplearse como excusa para transferir a la opinión pública la autoridad política. Para Rosanvallon (2007), otro caso, el populismo es una de las figuras patológicas de lo impolítico: la dificultad de suministrar una representación del *pueblo*, suscitada en el marco de la pérdida de legibilidad de los fenómenos que atañen al vivir juntos, se soluciona con el mito de su unidad y homogeneidad. Otros autores, por el contrario, ven en *pueblo* una categoría afín con lo político y la democracia, lo cual acredita su importancia histórica y su uso conceptual. Con argumentos bien distintos, autores como G. Agamben (2001), E.

Balibar (2004) y Rancière (2007)⁷⁵ han recobrado para la política la dimensión no peyorativa de lo popular. Su definición también ha dado material para reflexionar. Para algunos, no se trata de un grupo dado, de una noción cuya identidad y destinos podrían concebirse como preexistentes a lo discursivo y lo político. En esta línea se coloca Laclau (2005), quien lo concibe como el producto de una lógica simbólica específica, de una articulación discursiva que divide la sociedad en dos campos antagónicos, el popular y el del poder, creando así un nuevo actor a partir de una pluralidad de elementos heterogéneos. Por ello, resulta imposible adjudicar un contenido prepolítico a *pueblo*, independientemente de los significados que puede articular.

La atracción que suscitó esta categoría relegó el pensamiento sobre la existencia política de los muchos en cuanto muchos del horizonte de la modernidad: no sólo por los teóricos del Estado absoluto, sino también por la tradición liberal y por el mismo movimiento socialista. Hoy, en el mismo ámbito de reflexión que postula al *pueblo* como el revés del poder concentrado del Estado, la *multitud* es considerada como sujeto político democrático *par excellence*, dado que caracterizaría todos los aspectos de la vida asociada: costumbres y mentalidad del trabajo posfordista, juegos lingüísticos, pasiones y afectos, modos de entender la acción colectiva. Los obreros actuales no tendrían más la fisonomía del *pueblo*, sino que ejemplificaría de manera cabal el modo de ser de la *multitud*, tanto en sus aristas positivas como negativas. Al proponer esta categoría, autores como Virno (2008) y M. Hardt y T. Negri (2002) no hacen otra cosa sino reconocer la existencia de los muchos en cuanto muchos, muchos que derivan de lo Uno (sin converger en él).⁷⁶ Se trata de una pluralidad, una red de singularidades

⁷⁵ En el interior de una filosofía de la emancipación, Rancière postula la efectuación de lo político en la rebelión espontánea de *la parte de ninguna parte*, de aquellos cuyos enunciados no son comprensibles en el espacio organizado por el orden de lo *policial*, los que, en un violento gesto político-poético, comienzan a hablar por sí mismos, a pedir que su voz sea reconocida como la de un asociado legítimo (v. capítulo anterior).

⁷⁶ Virno (*op. cit.*) consigna, retomando a Simondon, que lo Uno (lo común, lo compartido) que la multitud tiene a sus espaldas consiste en el lenguaje, en el intelecto como recurso público o intersíquico y en las facultades generales de la especie. Es decir, lo Uno es un término que no lo desmantela, sino que le asigna otros atributos a lo compartido.

contingentes que rehúye a la unidad política, rechaza la obediencia y se inclina por formas de democracia no representativa.

La *población*, por su parte, es el objetivo último de las gestiones *biopolíticas* de un gobierno (así como las *disciplinas* conciernen al cuerpo individual). Con el término *biopolítica* (Foucault, 1998b; 2000) se suele hacer referencia a la estatización de la vida biológicamente considerada, a la administración de los hombres en tanto seres vivientes. Da cuenta del desplazamiento desde la familia hacia la acumulación de individuos y a la larga duración como puntos de atención de los dispositivos de gobierno de la modernidad, desplazamiento que deja ver un problema fundamental: el de la inserción de los cuerpos en el aparato productivo capitalista. A la *biopolítica* pertenecen las técnicas y mecanismos de regulación social puestos en juego por el Estado, desde la previsión, las estadísticas, las medidas globales, etc., hasta, como sugiere Agamben (1998), el exterminio; técnicas y mecanismos que tienen por objeto la salud, la higiene, la longevidad, la raza. Pero el dilema de la inclusión/exclusión biopolítica también está inscripto en *pueblo*, puesto que se lo puede considerar el territorio de una oscilación dialéctica entre dos polos: *Pueblo*, por un lado, como conjunto de ciudadanos que forman un cuerpo político integral (al que se opone la *multitud*); *pueblo*, por el otro, en tanto subconjunto fragmentario de excluidos, desheredados, desclasados.⁷⁷ El mismo término define, de manera contradictoria, la exclusión sin esperanzas y la inclusión más abarcadora (v. Agamben, 2001: 31-36).⁷⁸

⁷⁷ El término *pueblo* (con minúscula) utilizado para designar únicamente al subconjunto de los excluidos, es la variante que, sin ambigüedades, forma parte del discurso de los partidos de izquierda (junto con los tradicionales *clase obrera* y *trabajadores*). Algunos de ellos, como el MST, buscan formas de reemplazo (e.g. *los de abajo*), a fin de aislarse de los ecos de sus usos populistas.

⁷⁸ “En esta perspectiva –indica Agamben (2001: 34)–, nuestro tiempo no es otra cosa que el intento –implacable y metódico– de suprimir la escisión que divide al pueblo y de poner término de forma radical a la existencia del pueblo de los excluidos. En este intento coinciden, según modalidades diversas y desde distintos horizontes, derecha e izquierda, países capitalistas y países socialistas (...) La obsesión del desarrollo es tan eficaz en nuestro tiempo, porque coincide con el proyecto biopolítico de producir un pueblo sin fractura alguna”.

3.3.2. *Los colectivos políticos en los estudios del discurso*

Conviene, en política, diferenciar y considerar la distancia entre dos tipos de colectivos. Por un lado, aquellos definidos por los mecanismos institucionales (e.g. ciudadanos), que no son empíricos, sino formales (instituidos “por decreto”, por una homogeneidad postulada, aunque esta cualidad luego pueda olvidarse); por el otro, aquellos grupos coligados en su origen por fenómenos identitarios más indeterminados (e.g. peronistas) (v. Verón, 2001b). La exposición del apartado anterior sirve como muestra para reconocer el interés que, en la contemporaneidad, la mirada teórica ha puesto sobre el estudio de estas entidades, entre otras cosas porque es sencillo advertir la actual dificultad –o ineptitud– del campo político para preservar o construir colectivos de identificación no formales duraderos y estables.⁷⁹ En este marco, adquiere cierta relevancia observar cómo opera en esta dimensión el habla política contemporánea, esto es: cuáles colectivos de identificación se utilizan y cómo se los hace funcionar en el dispositivo enunciativo. En concreto: ¿a qué agrupamientos se busca interpelar hoy en el campo político? ¿Cómo se los nombra? ¿Por qué esas designaciones varían? ¿A qué historias y destinos se apela? Cabe la estimación de que ya nada es claro en el funcionamiento de las representaciones proclives a conductas asociativas, ni en los relatos que organizan los lazos imaginarios. Todo parece indicar la existencia de un déficit en las estructuras fantasmáticas y en la red de discursos que las organizan. ¿Qué interés puede tener instalar estos fenómenos en el interior de los estudios del discurso? En principio, estudiar las estrategias empleadas en la configuración de colectivos de identificación muestra cómo se comporta cada discurso de cara a esta dificultad y contribuye a especificar los rasgos enunciativos que definen posicionamientos políticos.

⁷⁹ A su vez, estos colectivos en nada coinciden con los colectivos definidos para los consumos socioculturales, que, por otra parte, tienden cada vez más a la segmentación y diversificación. En este contexto, el desafío para el sistema político democrático es, según Verón (2002), recuperar la capacidad para forjar colectivos no formales con una lógica distinta a la que proporciona el *marketing*.

3.3.3. Consideraciones metodológicas

En la *Teoría de los Discursos Sociales*, la problemática de los colectivos está contenida en la de la enunciación política; debe pensárselos como parte de ese dispositivo. La manifestación discursiva de los colectivos de identificación afecta a los dos niveles de análisis del funcionamiento de la palabra política: el de la enunciación y el del enunciado. En el primero de esos niveles hay que considerar el fraccionamiento imaginario de la destinación y atender a la construcción discursiva de los destinatarios positivos y negativos. El vínculo entre enunciador y destinatario positivo cobra, según Verón (1987: 17), la forma de un colectivo de identificación, que encuentra su expresión prototípica en un *nosotros inclusivo*. En el nivel del enunciado, se puede distinguir más de un colectivo. Vale retomar el inventario de entidades del imaginario de la política que propone Verón (*ibid.*):

1. *Colectivos de identificación de los actores de la situación de enunciación*: a través de su designación explícita, instauran la relación del enunciador con los destinatarios positivos o negativos (e.g. *nosotros los peronistas, los oligarcas, los burgueses, etc.*), generando cierta estabilidad de las identidades políticas. Se trata de entidades que admiten fragmentación y cuantificación.
2. *Colectivos de identificación que exceden a los actores de la situación de enunciación*: ubicados habitualmente en recepción por el locutor político (por lo que amplían los límites de su interpelación), se trata de entidades que remiten a colectivos de identificación más amplios que los anteriores (e.g. *hermanos y hermanas de mi patria, vecinos, argentinos y argentinas, trabajadores*). Pueden aparecer en otros tipos discursivos. Junto a las funciones identitarias poseen, por lo general, dimensiones persuasivas, asociadas al intento de no sectorizar las bases de apoyo o, en momentos de campaña, lograr el voto de los indecisos. Así como los anteriores son enumerables.

3. *Metacolectivos singulares*: son más abarcadores que los anteriores (e.g. *el país, el pueblo, el Estado, la República, la Patria, el ejército, el mundo*). Pueden fragmentarse (e.g. *el país está dividido*), pero no admiten cuantificación.

La labor que sigue es, entonces, caracterizar los posicionamientos en el interior del campo político, a partir de la descripción de las *estrategias compositivas* sobre los elementos del dispositivo enunciativo que los diferencian. Para esta línea de indagación serían pertinentes, por ejemplo, los siguientes interrogantes:

- El modo de instalación del enunciador en su propio discurso y el lugar que le asigna a sus destinatarios. En *Perón o muerte*, por ejemplo, Sigal y Verón (1988) reconstruyen el modelo enunciativo de Perón: la relación que funda el enunciador con sus destinatarios es de exterioridad y distancia (Perón no se confunde con sus destinatarios, sea “el Pueblo” o los “argentinos”).
- La relación del enunciador con los colectivos de identificación que utiliza. Si, por caso, en su discurso decide definir el espacio de los destinatarios a los que quiere persuadir (*paradestinatarios*), los designará empleando un colectivo enumerable (e.g. *argentinos*). Según Sigal y Verón (*ibid.*), en su discurso al regresar del exilio, en el que dice retornar “sin rencores ni pasiones”, Perón le habla a “los argentinos”, destinatario genérico que no se circunscribe a sus partidarios.
- La relación del enunciador con los metacolectivos. Así, para designar al destinatario negativo (*contradestinatario*), el enunciador seguramente utilizará un metacolectivo singular (e.g. “la derecha”)⁸⁰. Sigal y Verón (*ibid.*) señalan que

⁸⁰ Llama la atención, por eso, que las agrupaciones políticas que ocupan el espacio de izquierda se suelen designar a sí mismas como *la izquierda*. Si bien está claro que el término no posee la carga peyorativa que afectaría a *la derecha*, no sería inoportuno preguntarse por el efecto de sentido de este uso, sobre todo frente a la atomización de los distintos partidos políticos de este espacio y a la erosión de su identidad.

Perón instalaba al término “la política” en el lugar de destinatario negativo, otorgándole una tonalidad peyorativa, puesto que la hacía responsable de la disociación entre argentinos.

4. Análisis y discusión

4.1. El *corpus*

El *corpus* está integrado por los mensajes de asunción como presidente de Néstor Kirchner, pronunciado el 25 de mayo de 2003, el de Cristina Fernández de Kirchner, que tuvo lugar cuatro años más tarde (10 de diciembre de 2007), lo mismo que el de Mauricio Macri (9 de diciembre de 2007), cuando asumió la jefatura de gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Esta secuencia permitiría –recuerdo– indagar particularidades discursivas de cada posición política y las eventuales continuidades y transformaciones dentro del kirchnerismo. Se objetará –no sin cierta razón– que hay más de un desnivel entre estos textos, comenzando por la posición institucional de sus locutores; valen, pues, las dudas sobre la posibilidad de compararlos y sobre los alcances de cualquier generalización que surja del análisis. Entiendo, como ya se dijo, que este ejemplar del discurso macrista puede servir al menos para cotejar e iluminar operatorias, ya que comparte ciertas restricciones genéricas con los kirchneristas. A fin de suscitar otro eje de comparación, me ocuparé conjuntamente de cuatro mensajes presidenciales formulados durante lo que se denominó, en Argentina, la “crisis del campo”⁸¹ (fechas: 25, 27 y 31 de marzo y 1 de abril de 2008) y de un mensaje que, en la misma coyuntura, el entonces ya ex presidente Néstor Kirchner pronunció en la Plaza del Congreso (15 de julio). Este otro eje de comparación pretende confrontar genericidades que, *a priori*, afectarían de modo distinto las economías funcionales de

⁸¹ Designación de los medios a una sucesión de medidas de *lock out* organizadas por los productores agropecuarios, en protesta por el aumento de las retenciones impositivas a la exportación de algunos de sus productos.

cada discurso, dado que no son similares en cuanto al peso de la contradestinación. Por último, para observar si el uso de colectivos de identificación adquiere estabilidad a lo largo del gobierno de Néstor Kirchner, tomé un conjunto de diez textos proferidos por este locutor entre los años 2004 y 2007 (v. detalle del *corpus* en el cap. I).

4.2. Genéricas

Pasemos a la descripción de las genericidades. Aunque poco estudiados, se los puede caracterizar y nombrar a partir del examen de los textos producidos y de ciertas intuiciones sobre su funcionamiento. En este capítulo me concentraré en dos, en las cuales se inscriben buena parte de los textos del *corpus*. Como se verá inmediatamente, existe una coincidencia parcial en las marcas relevadas, en cuanto a su reconocimiento como huellas de restricciones genéricas, tipológicas, institucionales y a su reconocimiento como rasgos de posicionamientos políticos. Para explicarlo mejor: ciertos rasgos de las aperturas y de los cierres se los adjudico al funcionamiento de los géneros en el discurso de la política institucional; esas mismas marcas, *vinculadas a otras situadas en diferentes zonas del texto*, participan de huellas de operaciones de otro orden. La bibliografía expuesta en el apartado que sigue también contribuye a fundamentar, según entiendo, esta distinción. Resolver definitivamente esta indecisión –producida por el hecho de contemplar la importancia de las restricciones genéricas– requeriría un *corpus* más amplio.

4.2.1. Discursos de asunción del mando

En lo que atañe a los *discursos de asunción del mando* (o discurso de investidura o de toma de posesión del cargo), ninguna de las descripciones halladas me parece del todo

satisfactoria para estudiar el *corpus* que me ocupa, pero esta dificultad en parte se explica porque se trata de una escena genérica particularmente sensible a los rituales y ceremonias de cada país. Existen, no obstante, ensayos de caracterización que aportan elementos a considerar. Algunos autores (Marchand & Monnoyer-Smith, 2000; Chumaceiro, 2006; Chumaceiro & Álvarez, 2008; Chumaceiro & Gallucci, 2008), catalogan, desde una perspectiva retórica y pragmática, parámetros elementales de la situación de enunciación de esta escena genérica. Indico los que considero relevantes para mi indagación.

Contemplan, en principio, la tipificación básica de los auditorios: los integrantes de la Asamblea Legislativa serían los alocutarios directos, físicamente presentes pero sin posibilidad de responder, y el resto de los presentes en la sala y la ciudadanía en general (a la que el discurso le llegará por obra de distintas vías de mediación) constituirían los indirectos (i.e. no forman parte de la interlocución propiamente dicha, pero su presencia está prevista por el orador). Asimismo, caracterizan su dimensión performativa: se trataría de un discurso que actualiza un acto legal, pero que implica a la vez un rito de pasaje por el cual se legitima el locutor. Existen, finalmente, rasgos definitorios del contenido proposicional, a saber: género predominantemente informativo, programático –con carácter casi vinculante, pues se debe decir algo sobre el plan de gobierno a ejecutar–, modelador –de identidades y representaciones, dado que recalca, según los autores mencionados, la alineación ideológica del gobierno– y orientado a la concertación.

Si bien se puede coincidir con este inventario, es necesario –esto es obvio– poner en cuestión la posibilidad misma de considerarlos descriptores que aíslan y dan cuenta de manera acabada de una situación de enunciación, por más ritualizada o institucionalizada que se encuentre, como sucede en este caso. Aquí sólo lo consideraré como parte de las restricciones que operan en producción y agregaré otras, surgidas del examen de los materiales. Me atrevería a postular, asimismo, que, junto con otros, este género representa mejor que ningún otro al régimen de *la política*: esto es, integra un dispositivo de instituciones, prácticas y discursos destinados a organizar de manera racional la coexistencia humana (Mouffe, 2007).

La organización retórica de la escena genérica muestra regularidades significativas, más allá de los encabezados de carácter casi formular dentro de los discursos públicos. Listo los componentes mínimos que fue posible aislar:

- *Descripción de la situación de locución.* En él, el locutor expone las fuentes legales e institucionales que encuadran y legitiman la toma de la palabra. Sobra decir que la legitimidad no proviene de estos enunciados, sino de los hechos y ordenamientos que ellos mencionan, pero esa mención se mantiene en los discursos presidenciales como si ese refuerzo discursivo de las condiciones de legitimidad fuera un rasgo característico de la escena genérica. Por ejemplo:
 - (i) “En este acto, que en los términos del artículo 93 de la Constitución de la Nación tiene por finalidad la toma de posesión del cargo de Presidente de la Nación Argentina, para el que he sido electo, creo que es necesario poder compartir con ustedes algunas reflexiones, expresando los objetivos de gobierno y los ejes directrices de gestión, para que el conjunto de la sociedad argentina sepa hacia dónde vamos, y cada uno pueda a su vez aportar su colaboración para la obtención de los fines que los argentinos deberemos imponernos por encima de cualquier divisa partidaria” (Néstor Kirchner).
 - (ii) “Vengo esta tarde a dar cumplimiento al artículo 93 de la Constitución Nacional. Luego de haberse realizado elecciones el 28 de octubre, la fórmula que encabezé junto al ingeniero Julio Cobos, obtuvo más del 45 por ciento de los votos válidos emitidos y, por lo tanto, no corresponde, tal cual ha proclamado esta misma Asamblea Legislativa convocar a una segunda vuelta. En esos términos y en los términos del artículo 97, vengo a tomar posesión del cargo de Presidenta de la República Argentina, el honor más grande que puede tener una argentino o una argentina, ser elegida por sus compatriotas para representarlos” (Cristina Fernández de Kirchner).

En el discurso del Jefe de gobierno falta este componente. La ausencia puede explicarse por tratarse de distintos niveles institucionales (Presidencia de la nación/Jefatura de gobierno), pero también por estrategias diferentes en la

construcción de la legitimidad. Si se atiende a las citas, vale observar en ambas la referencia al resultado del proceso electoral. Este énfasis en la palabra presidencial admite una lectura sintomática que reenvía a las condiciones políticas en las democracias latinoamericanas contemporáneas. Las elecciones otorgan legitimidad, pero no necesariamente la confianza de los ciudadanos, confianza que en nuestro ámbito, sobra decirlo, ha padecido una erosión permanente, dando lugar a prácticas encargadas de reforzar la legitimidad (e.g. llamar a elección con mayor asiduidad) (v. Rosanvallon, 2007). El foco de esa erosión parece ser la palabra política. Así, no es sorprendente que ciertos posicionamientos políticos se caractericen por un trabajo sobre la escena de enunciación tendiente a mostrar y decir, a fin de legitimarse, la insignificancia del habla política. De cierto modo, una paradoja.

- *Cierre emotivo bajo la modalidad de una “convocatoria”*. Otro vestigio de la retórica. Como casi todos los géneros de la política en donde el alocutario es colectivo, las peroraciones de estos discursos de asunción son el momento privilegiado – aunque no exclusivo– del dispositivo para la expresión de la emoción. Estos cierres tienen elementos invariantes de un discurso a otro. Los expongo brevemente.

1. La *convocatoria*. El mismo verbo (“convocar”) es usado en todos los textos. Parece ser un modo de mostrarse conciliador, actitud que, como decía antes, sería rasgo de identidad de esta escena genérica. Parece un reemplazo del tradicional *llamamiento*.

2. La expresión del “*sueño*”. Enunciación de los deseos para el período que se inicia, expresado generalmente a través del vocablo “sueño” (volveré sobre esto):

- (iii) “No he pedido ni solicitaré cheques en blanco. Vengo en cambio a proponerles un *sueño*. Reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación. Vengo a proponerles un *sueño*, que es la construcción de la verdad y la justicia. Vengo a proponerles un *sueño*,

el de volver a tener una Argentina con todos y para todos. Les vengo a proponer que recordemos los *sueños* de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros” (Néstor Kirchner).⁸²

En este caso, los elementos afectivos encuentran su realización a través de la movilización de recursos lingüísticos, principalmente de repetición léxica y sintáctica, y de la dimensión prospectiva –rasgo típico de este género en particular–. Estribado en la figura de la repetición, el locutor sintetiza los tópicos emotivos que fueron expuestos en el mensaje: la reconstrucción identitaria, la verdad y la justicia y la reparación de la exclusión social.

- (iv) “Tal vez, estemos un poco más modestos y humildes. En aquellos años *soñábamos* con cambiar el mundo, ahora nos conformamos con cambiar este nuestro país, nuestra casa” (Cristina Fernández de Kirchner).
- (v) “Mi *sueño* es que nuestra *generación* de dirigentes sea recordada como la que cambió el juego, la que superó la costumbre de los enfrentamientos inútiles y se puso a trabajar unida para sentar las bases del país del futuro, del país próspero e integrado. Espero que junto a esta Legislatura podamos trabajar en ese sentido. Con toda humildad pero con firmeza y con la ilusión del sueño compartido, les pido a todos ayuda y participación. Llegó la hora de poner manos a la obra, de hablar menos y hacer más” (Mauricio Macri).

3. *El uso de la primera persona*. Los ejemplos anteriores muestran un rasgo enunciativo persistente: la emergencia de la primera persona del singular en la configuración del enunciador a cargo de la convocatoria de cierre.

4. *Componente autobiográfico*. Alusión a un trayecto personal que se recorta sobre el fondo de una generación (volveré sobre este tópico). Si bien la estructura se

⁸² Todos los destacados de los fragmentos transcritos me pertenecen.

mantiene en todos los textos del *corpus*, la orientación temporal es distinta.

Transcribo ejemplos que complementan el (v):

- (vi) “Formo parte de una *generación* diezmada. Castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada. No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo” (Néstor Kirchner).
- (vii) “Para terminar, quiero convocar a todos los hombres y mujeres de mi país, a los jóvenes, a los ciudadanos, a las ciudadanas, a las que nos votaron y a los que no lo hicieron, porque en definitiva hoy estamos representando los intereses de todos, quiero hacerlo también desde mis convicciones, ustedes lo saben, como quien se va, como el Presidente formamos parte y muchos de ustedes también de los que están aquí sentados, que no somos marcianos ni Kirchner ni yo, somos miembros de una *generación* que creyó en ideales y en convicciones y que ni aún, ante el fracaso y la muerte perdimos las ilusiones y las fuerzas para cambiar al mundo” (Cristina Fernández de Kirchner).

5. *El exemplum*. Común en el habla política, aquí también se apela a este recurso, para ser más preciso, al de la *imago virtutis* o figura ejemplar que encarna una virtud: se establece una figura de la historia (e.g. Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, Belgrano, San Martín, abuelos inmigrantes, etc.) que posee los atributos generales (e.g. voluntad, coraje, etc.) que habría que imitar para ocupar el conjunto que ellos habitan (e.g. el de “patriotas”, “próceres”, etc.). Al ejemplo (iii) podemos sumarle los siguientes:

- (viii) “Pero creo tener la fuerza para poder hacerlo y además el ejemplo, el ejemplo no solamente de Eva que no pudo, no pudo, tal vez ella lo merecía más que yo, el ejemplo de unas mujeres que con pañuelo blanco se atrevieron donde nadie se atrevía y lo hicieron. Ese era el ejemplo de ellas, de las Madres y de las Abuelas, de las Madres y de las Abuelas de la Patria. Ese era el ejemplo de ellas y también de nuestros próceres, de Mariano Moreno, de San Martín y de Belgrano” (Cristina Fernández de Kirchner).

El discurso de Macri evita, por supuesto, estas figuras. Tal vez sea más apropiado decir que soslaya o minimiza las referencias a la historia. Se podrá argüir que, por su estatuto, el discurso de asunción de un jefe de gobierno no requiere evocaciones que interpelen el imaginario nacional. Ciertamente. No obstante, esa condición admite ser aprovechada como una táctica, la de erosión de la historia, en el marco de una estrategia de diferenciación y oposición con respecto a la discursividad kirchnerista, pródiga en remisiones al pasado (v. cap. IV).

6. *El ritmo*. Basado en la anáfora y en la repetición de estructuras sintácticas, el ritmo está al servicio de la fuerza emotiva, funciona como una elocuencia de inclinación apasionada, pertenece a las operaciones usualmente elegidas para la puesta en discurso de la emoción. Además, la equivalencia paratáctica conspira contra la construcción de explicaciones. Su lugar es el cierre, donde se produce el llamamiento tradicionalmente destinado a conmover.

- (ix) “*Vengo en cambio a proponerles un sueño. Reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación. Vengo a proponerles un sueño, que es la construcción de la verdad y la justicia. Vengo a proponerles un sueño, el de volver a tener una Argentina con todos y para todos (...) Vengo a proponerles un sueño, quiero una Argentina unida. Quiero una Argentina normal. Quiero que seamos un país serio. Pero además quiero también un país más justo*” (Néstor Kirchner).
- (x) “*Sé que faltan muchas cosas, sé que tendremos que corregir otras. Estoy convencida de que lo vamos a poder hacer con el esfuerzo y el trabajo de todos los argentinos. También -porque saben, que la sinceridad es uno de mis datos proverbiales- sé que tal vez me cueste más porque soy mujer, porque siempre se puede ser obrera, se puede ser profesional o empresaria, pero siempre nos va a costar más*” (Cristina Fernández de Kirchner).

Y si el discurso de Mauricio Macri no lo utiliza en su cierre, es porque funciona como principio sintáctico constructivo de *toda* su alocución (retomaré este tema más adelante). Ejemplo:

- (xi) “*Respeto es darle a los docentes y a sus alumnos las escuelas adecuadas para que puedan encontrarse y estudiar juntos. Respeto es lograr que los médicos y sus pacientes tengan lugares y recursos para cuidar la salud. Respeto es que la salud y la educación pública funcionen bien, funcionen para todos*” (Mauricio Macri).

4.2.2. Discursos de antagonismo manifiesto

En el caso de esta clase de textos, comienzo por admitir que su nombre y su estatuto son discutibles. Su caracterización, de hecho, es un trabajo por hacer, al cual pueden contribuir los datos que surjan del análisis que sigue. Serían aquellos discursos que se producen en momentos de beligerancia intensa y explícita entre los contrincantes del campo político. Aquí, el nombre designa una modalidad vincular entre enunciador y destinatario, no, como en el anterior caso, una situación correspondiente a una práctica política institucionalizada. Es justamente la contingencia de este carácter explícito y exacerbado el que pone en discusión la posibilidad de asociar a estos géneros parámetros estables. La inclusión de estos textos en el análisis está justificada por la conveniencia de, además de compararla con su otro (i.e. el discurso macrista), cotejar la palabra kirchnerista con sí misma, funcionando bajo distintas condiciones. A diferencia de los textos de asunción, esta clase se situaría en la frontera entre el régimen de *la política* y el de *lo político*, donde se podría incluir todo enunciado que se produjera en condiciones propicias para la aparición del antagonismo constitutivo de la vida en común. Por lógica, estos momentos alteran el funcionamiento de los intercambios y permiten ver cómo se comportan (i.e. si se modifican y en qué aspecto) los dispositivos enunciativos.

4.3. Los dispositivos de enunciación

4.3.1. *El carácter es el destino*

Veamos cómo se configura el dispositivo enunciativo del discurso kirchnerista presidencial. Vuelvo a aclarar que, de todos los numerosos recursos que se movilizan en la actividad discursiva, sólo me detendré en aquellos que, según Verón, hacen a la especificidad del discurso de la política, es decir: colectivos de identificación, componentes y el vínculo enunciador-destinatarios y, para describir esta última relación, me concentraré principalmente en el sistema pronominal, los morfemas y los términos que reenvían a entidades colectivas.

En tal sentido, un primer dato se revela como común a todos los textos del *corpus*. La configuración del enunciador alterna entre su presentación como componente de un colectivo y su manifestación singular (e.g. Mauricio Macri: “No voy a defender a los ineficaces”), actualizadas, lógicamente, por medio de pronombres, morfemas, etc. Ahora bien, el perímetro de la instancia colectiva del plano de la enunciación en la cual los locutores se incluyen también es fluctuante, se desplaza permanentemente: puede o bien remitir a “el gobierno” (e.g. Néstor Kirchner: “*Produciremos* cambios en el sistema impositivo para tornarlo progresivo”, “*Creemos* firmemente en los proyectos políticos”), modalidad privilegiada en las zonas programáticas del discurso, o bien remitir a una entidad de mayor amplitud y de menor especificidad política, que incluya al destinatario, como “los argentinos” o “los vecinos de la Ciudad de Buenos Aires”, cuya presencia es dominante en fragmentos prescriptivos y descriptivos (e.g. Néstor Kirchner: “...y cada uno pueda a su vez aportar su colaboración para la obtención de los fines que *los argentinos* deberemos imponernos por encima de cualquier divisa partidaria”). Este empleo del colectivo más amplio posible (*nosotros, los argentinos*), no traza ninguna partición sobre el campo de los votantes –sí sobre la de los habitantes, pero los extranjeros no votan–. La abolición de la distancia orienta la lectura hacia la idea de una cercanía entre instancias gubernamentales y ciudadanas, esfumando las jerarquías entre ambas, transfiriendo las responsabilidades de la primera a la segunda y, por lo tanto, obstaculizando las críticas. En la gramática de producción del

dispositivo enunciativo macrista esta operatoria puede explicarse, asimismo, por la resistencia que, en la *doxa* política actual, tiene la puesta en discurso de prácticas personalistas por parte de la instancia gubernamental –no necesariamente las prácticas mismas– y, más aún, que tienen los componentes mesiánicos (quizás un rechazo a todos los signos de identidad con el discurso menemista y su más reconocida interpelación: “Síganme”). De todos modos, como se expondrá en el recorrido que sigue, hay un frágil equilibrio –por no decir una paradoja– entre los recursos discursivos orientados a mitigar el personalismo sin renunciar a la exhibición de carácter o determinación. Hay otras inclusiones numéricamente menos importantes, pero significativas, como el empleo del colectivo “generación”, que consideraré más adelante. Hasta aquí las similitudes.

Como no puede ser de otra manera, la manifestación singularizada del enunciador está sujeta a diferencias de un discurso a otro. Sus regularidades, sin embargo, proporcionan un indicio para distinguir los funcionamientos específicos.

Comencemos por los textos producidos por Néstor Kirchner. Consideradas desde la óptica de la modalización, las manifestaciones que tiene allí enunciador singular pueden agruparse atendiendo algunas categorías de modalización tal como las exponen García Negroni y Tordesillas Colado (2001):

- Huellas de modalización intersubjetiva, explicitando la fuente locutiva y los índices de coenunciación: “Pero a ustedes que son docentes *les digo* que no hay que tenerles miedo” (21.02.2005); “*Les digo* a esos señores que siguen sin acertar nada” (21.02.2005). Este rasgo va a ser determinante en el caso de Cristina Fernández de Kirchner, pero en su caso va a dirigirse siempre al alocutario directo.
- Huellas de evidencialidad: “*Yo escucho* hoy: ‘y nos pasa esto porque el Estado no está’” (21.02.2005); “*Y yo escuché* algunas comparaciones que realmente sorprenden” (21.02.2005); “Y la otra obra que también se tiene que poner en marcha prontamente, que *me dijo el Gobernador* que ya está la licitación allí...” (23.02.2006). Son la derivación de operaciones orientadas a declarar la fuente

de obtención del conocimiento y, eventualmente, de establecer una distancia con el punto de vista expresado; vale considerarlas, en este segundo caso, parte de un funcionamiento polémico que evita nombrar responsables.

- Huellas de modalización intertextual autoreferencial: “*Como siempre lo digo, no hemos venido a durar de cualquier forma*” (25.03.2004); “*Yo digo que en esta etapa estamos en el segundo escalón*” (25.03.2004); “*Yo trato de decir siempre que todos los días tenemos que estar un poquito mejor*” (21.02.2005); “*O es pereza intelectual o es como yo digo: eran tantas las diferencias que no se podían votar ni entre ellos*” (23.02.2006); “*Siempre digo que cuando se habla mal de los demás es porque hay muy poco para hablar de sí mismo*” (22.09.2007). Son indicadores de coherencia y saber, como la categoría que sigue.
- Huellas de modalización epistémica o intelectual: “*Yo sé y estoy convencido que en esta simbiosis histórica vamos a encontrar el país que nos merecemos*” (25.05.2003). “*Creo que hoy podemos dormir un poquito más tranquilos*” (21.02.2005); “*Creo que somos seres imperfectos, nos equivocamos*” (22.09.2007).
- Huellas de expresividad o afectividad: “*Estoy feliz de compartir otro día de trabajo, feliz de compartir con todos ustedes*” (21.02.2005); “*Y me siento feliz de llegar al final de mi mandato*” (22.09.2007). Están dirigidas principalmente a construir un enunciador con estado emocional positivo. No sería erróneo pensar que, entre las condiciones de estas huellas, se encuentran las voces que denuncian el encono como afectividad dominante en este discurso.
- Huellas de carácter: que son parte de las figuras que diseñan a un enunciador político con fuerza de espíritu, que sabrá enfrentar las adversidades sin flaquear. En términos de Charaudeau (2006: 143), son indicios destinados a la configuración de un *ethos* de carácter: “*Voy a destapar todas las ollas que sean necesarias*” (21.02.2005); “*... entré con la gente y las convicciones y salí con la gente y las convicciones*” (22.09.2007).

→ Marcadores genéricos: finalmente, hay zonas donde la manifestación singular es propiciada por los factores genéricos ya vistos, como sucede en la *peroratio* del mensaje de asunción, única zona donde aparece el *yo*. Esa irrupción tiene peculiaridades orientadas a propiciar el contacto emocional con el destinatario ya sea a partir de las dimensiones autobiográficas (e.g. “Formo parte de una generación diezmada”), de la interpelación directa (e.g. “Vengo en cambio a proponerles un sueño”) o como inscripción de la voluntad (e.g. “... quiero una Argentina unida. Quiero una Argentina normal. Quiero que seamos un país serio. Pero además quiero también un país más justo”).

Pasemos ahora a observar lo que sucede en la *destinación* en los textos de Néstor Kirchner. Dado que en los discursos institucionales su presencia está codificada genéricamente, no ahondaré en la designación de los *alocutarios iniciales* que son nombrados y definidos en el encabezado formular de cada alocución (e.g. “Honorable Asamblea Legislativa”). Así, los diferentes destinatarios de este discurso pueden presentarse de la siguiente manera:

- El espacio del *alocutario directo* se construye a partir de los pronombres “Ustedes”, “les” –es decir, el trato es formal– y, en menor medida, utiliza formas afectivas (e.g. “queridos hermanos y amigos argentinos”). A esta escena comunicativa, puede ser incorporado el *receptor no alocutario* (previsto) (e.g. “Tienen que tener en claro los televidentes que hoy nos miran”; “Para todos los que nos están mirando también quiero decir que la Argentina está creciendo”).
- Estos destinatarios pueden ser incluidos, junto con el enunciador, en colectivos de identificación. Como se señaló más arriba, el colectivo inclusivo por excelencia es *argentinos*. Evidentemente, se trata de una entidad que desdibuja las fronteras del campo político interno, que incluye los distintos tipos de destinatarios que es capaz de segregar la enunciación política. Podríamos identificarlos como colectivos *arquipolíticos* (v. cap. anterior). Resulta evidente que, en algunos casos, el género y la situación de enunciación son variables explicativas determinantes. Por ejemplo: ¿qué gobierno, en una democracia occidental, daría su primer discurso, discurso de dimensiones programáticas,

interpelando sólo los destinatarios positivos? A esta pregunta bien le puede seguir otra: ¿se neutraliza así la manifestación discursiva de la conflictividad? ¿Hay una sustracción efectiva del litigio? No necesariamente, pues los textos que se están analizando incorporan a su discurso dimensiones confrontativas que mitigan o neutralizan la totalidad no antagónica que se propone construir el colectivo “argentinos”, es decir, se mantiene la posibilidad de manifestación de lo político.

→ El *status* de los *contradestinatarios* puede, sí, ser de índole supranacional, ya sea que se trate de:

↳ Empresas extranjeras:

- (xii) “Con absoluto respeto les decimos a las empresas productoras de gas que no invierten desde 1996 en la Argentina -¿dónde estaban los entes de contralor? ¿Dónde estaba el Estado que permitieron que desde 1996 no inviertan?- que inviertan, que nos van a tener que dar el gas y la energía que necesitamos, que no vamos a aceptar presiones para obtener beneficios de otro tipo que seguramente algunos puedan estar buscando, y que si es necesario desde el Estado vamos a recurrir a todos los instrumentos que tenemos para que asuman la responsabilidad que tienen" (25.03.2004).
- (xiii) “Nosotros no tenemos nada que ver con Southern Winds, si los de Southern Winds son culpables de algo que la Justicia los castigue con toda la fuerza que corresponde –seguramente hay funcionarios que están detenidos-, que avance rápidamente, pero no nos vengan a querer justificar con eso que en cualquier decisión que debamos tomar respecto de empresas concesionarias de servicios públicos tengamos cuidado por esto. No, esa trampa del discurso no” (21.02.2005).

↳ Corporaciones de diverso tipo:

- (xiv) “Si ustedes ven los diagnósticos de todas las consultoras económicas, todas nos daban un crecimiento por la mitad, siempre con esa teoría de que si no se aplican las normas ortodoxas que ellos dicen la Argentina no puede crecer. Puede ser que no crezcan tanto los grupos concentrados porque se está aplicando un modelo diferente, pero

evidentemente la Argentina, gracias a Dios, está creciendo mucho y fuerte” (21.02.2005).

↘ Organismos económicos internacionales, principalmente el FMI:

(xv) "El Fondo ya es historia, porque le dijimos ¡chau! ¡Chau, no nos hagas más daño, ya no podés!" (16.03.2007).

↘ Los medios:

(xvi) “Y el diario La Nación que esté tranquilo; ya sabemos que no es un diario independiente, ya lo sé, está bien, aplaudo que tengan sus ideas; son ideas minoritarias pero que no nos quieran imponer con supuestas palabras rectoras esto que se hizo. Nosotros sabemos, yo lo respeto y lo quiero mucho a Joaquín Morales Solá, pero siempre supimos que tiene una visión de derecha de la sociedad, es así, me parece muy bien lo que escriba, pero también lamentablemente el diario La Nación fue parte de esta derrota, como fue parte de la derrota cuando apoyaba a López Murphy y perdieron. Está bien que trabajen en la oposición, no tenemos ningún tipo de inconvenientes, pero que todos los argentinos sepan que es un diario opositor, no es un diario independiente. Si fuera independiente tendría una amplitud mayor en sus expresiones. Eso no quiere decir que sean malos, pero son opositores y está bien pero no hay que enojarse” (23.02.2006).

→ Con mucha frecuencia, el espacio de la contradestinatación es ocupado por entidades locales, pero cuya descripción es difusa o alusiva, demasiado abstracta, privilegiando la caracterización de los discursos por sobre sus responsables. Volveré sobre este tema en el próximo capítulo, pero me parece pertinente adelantar que estos *contradestinatarios*, prevalentes en los enunciados producidos por Néstor Kirchner, no son los partidarios de otras agrupaciones políticas, sino un sector o grupo igualmente responsable de la destrucción del Estado y la economía orquestada desde el golpe cívico militar iniciado en el año 1976 y proseguida durante la década del 90.⁸³ El campo político así diagramado

⁸³ El bosquejo conceptual que hacen algunos autores de este tema sostiene que la lógica binaria que se le imputa al kirchnerismo intenta reordenar las opciones políticas a partir de la axisimetría derecha/izquierda, y no desde la más tradicional peronismo/antiperonismo. En esa derecha hay que

no enfrenta a un conjunto de argentinos contra otro cuyas ideas serían incompatibles, sino a los argentinos contra un grupo que, a lo largo de la historia reciente, opera en contra de sus intereses y que, aún siendo argentinos, el enunciador exterioriza de ese colectivo. El relato de este antagonismo hunde sus raíces en el pasado, elaborando así su memoria específica. Ejemplos:

- (xvii) “Hoy ustedes ven que los mismos que desguazaron al Estado argentino en la década del 90, son los del 76. Todos sabemos lo que tuvimos que sufrir las cosas que nos pasaron a los argentinos, nos llegaron a hacer creer que era bueno olvidar y tapar todo para reencontrar la unidad del pueblo argentino para que la Argentina pudiera volver a resurgir. Nos querían hacer creer este tipo de circunstancias y de cosas. Las cosas que nos han hecho a las distintas generaciones de argentinos, realmente” (25.03.2004).
- (xviii) “Esto se los digo con todo cariño, me duele pero nosotros tenemos que venir –fíjense ustedes- a remediar el endeudamiento que generaron otros y el default que hizo otro. Ahora están juntos, los que endeudaron y los que causaron el default. Es la Argentina al revés. Pero esto amigos, y amigos televidentes, es muy bueno que lo vean, fíjense: ahora están juntos uno de los sectores que endeudaron la Argentina –no lo vamos a nombrar– y aquel que declaró el default, y ambos levantan las políticas del 90. Esta es la hipocresía que vive la sociedad argentina” (21.02.2005).
- (xix) “Y los mismos personajes que remataron la Argentina, muchos de ellos dicen que el Estado no está. Parece casi grotesco, pero a ustedes que son docentes, les digo que no hay que tenerles miedo” (25.03.2004).
- (xx) “Y los mismos que nos piden que reconstruyamos el Estado en un año y medio son los que lo destruyeron. Se los digo a ustedes y a los televidentes, miren los rostros de aquellos que en la década del 90

colocar: “...las políticas neoliberales y la impunidad para quienes violaron los derechos humanos durante la dictadura. Sus referentes son los políticos y técnicos a cargo del diseño de implementación de las políticas neoliberales, así como aquellos actores económicos, políticos y sociales a los que beneficiaron; los militares y la jerarquía eclesiástica que habían participado de manera directa o indirecta en las violaciones a los derechos humanos; la oposición política al kirchnerismo que pone trabas al nacimiento de lo nuevo; y los medios masivos de comunicación que pasaron a ser identificados con el aglutinador discursivo de este sector político, con especial encono a partir del año 2008” (cf. Zelaznik, 2011: 96).

aplaudían cada vez que el Estado, según ellos ineficiente, que no servía, era despojado de alguna de las tareas que tenía que llevar adelante. Aplaudían. Hoy dicen que el Estado está ausente cuando pasan determinadas cosas, está ausente porque lo vaciaron ellos. Por eso tengamos muy buena memoria” (21.02.2005).

Los ejemplos muestran que las voces de esos grupos son objetos de *descrédito* por parte del enunciador y de una descripción peyorativa, por ende son conceptualizables como *contradestinatarios indirectos*. Asimismo, vale recordar que este tratamiento enunciativo distingue a todo el discurso peronista, cuya incapacidad o desinterés táctico por precisar o directamente definir la manera en que se ponen de manifiesto los avatares específicos de la historia ha sido objeto de interés, y de crítica, por parte de diversos analistas. El trabajo de Sigal y Verón (1988) coloca esta indefinición en el origen de la violencia política. Por un carril parecido circula H. González (2011: 57), aunque centrándose, justamente, en los riesgos que emanan del carácter impreciso de las designaciones:

“En los momentos mayores de la lucha, postular imprecisos horizontes, repletos de alusiones que hablan en forma tácita para dirigirse a las aristas fuertes de la historia es un recurso de todo lenguaje que conviene apreciar y *saber descartar también cuando sea necesario*. El peronismo elaboró una doctrina pero no supo tocar estas incógnitas del lenguaje, cuya resolución y ejecución quedaba a cargo del jefe omnisciente. (...) Esta realidad obliga a distintos recaudos: al no designarse claramente a los antagonistas del duelo político, se pone toda la confrontación en manos “tácticas” del predominio de un tono impreciso en el lenguaje utilizado, que obliga a fatigosas luchas por la interpretación.”⁸⁴

Menos proclive a inscribirse en dimensiones polémicas, el discurso de asunción de Néstor Kirchner configura el espacio de los *contradestinatarios* por medio de

⁸⁴ Yo agregaría: habilitando de este modo la posibilidad de que se impongan lecturas protoparanoicas.

mecanismos que amortiguan la dimensión confrontativa, como, por ejemplo, la negación de enunciados cuya responsabilidad se puede ligar por inferencia a esos destinatarios negativos, aunque lo hace sin atenuar su impronta sentenciosa. Esta desautorización sucede principalmente cuando aborda tópicos como la transformación política y la seguridad.

- (xxi) “Para comprender la problemática de la seguridad y encontrar soluciones no sólo se debe leer el Código Penal, hay que leer también la Constitución Nacional en sus artículos 14 y 14 bis, cuando establecen como derechos de todos los habitantes de la Nación el derecho al trabajo, a la retribución justa...” (25.05.2003).

Vale consignar, como resultado de lo expuesto hasta aquí, la imagen de carácter, la afectividad y el espesor epistémico del enunciador. El espacio del destinatario es, por su lado, construido como testigo pasivo de esta intelección de los conflictos, conflictos en gran medida supranacionales, pero no es convocado directamente a participar en ellos. Digamos que el enunciador se hace así cargo de *operaciones arquipolíticas*.

¿Qué sucede con este dispositivo enunciativo en las situaciones de *antagonismo manifiesto*? Estimo, en primer término, que los cambios que tienen lugar por esta intensificación (que se verifica en diversos operadores, como los modos de cesión del referente) y esta especificación (i.e. los límites de las partes en conflictos se hacen más visibles) de las controversias pueden caracterizarse, en lo que hace a la organización de los colectivos identitarios, como casos de *totalidad fallida*, dado que se producen perturbaciones de las relaciones de inclusión y exclusión que operan estas entidades. Es, por decirlo de otro modo, la *traición* a la que se refiere Latour (v. cap. II). Podemos apuntar este dato como rasgo de la escena genérica. En efecto, el colectivo de enunciación que, según se expuso, era utilizado en los mensajes de Néstor Kirchner, el abarcador *argentinos*, muestra una evidente porosidad ante estas particulares condiciones del antagonismo político explicitado. En principio, por el uso de *el Pueblo*,

sobre el que me extenderé más abajo (v. 4.4.2), aunque adelanto aquí un fragmento que ejemplifica lo que vengo diciendo:

- (xxii) “Junto con la dignidad de este *pueblo*, le pagamos al Fondo y le dijimos ‘Chau. Los argentinos vamos a gobernar nuestro destino’. También dijimos permanentemente que queríamos memoria, que queríamos justicia y que no queríamos impunidad, y junto *al pueblo* argentino y todas *las fuerzas nacionales y populares* terminamos con la impunidad en la Argentina”.

Anticipemos por el momento que una entidad claramente política, *el Pueblo*, ocupa ahora, en importancia, el lugar de una entidad *arquipolítica*. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedía con *los argentinos*, el enunciador no se incluye en este colectivo. Más bien se asume como el representante de sus intereses y como su nexo con el líder de ese *pueblo*, Cristina Fernández de Kirchner. Se retoma así una categoría central del discurso populista y de la tradición peronista para que funcione como factor de segregación, dado que lógicamente no todos *los argentinos* son parte *del pueblo* (sea que se quiera significar un cuerpo político o el conjunto de los desposeídos). Los sentidos que convoca este colectivo serán objeto de análisis más adelante, pero este tipo de empleo enfatiza aquellos que lo colocan como un actor central de los conflictos políticos y su lugar allí concede legitimidad de acción a quienes se adjudican su representación.⁸⁵ La constitución del resto que genera esta reducción de *los argentinos*, resto que parece quedar fuera de esa relación de representación, es imprecisa (¿quiénes sin estar contra *el Pueblo* no serían *el Pueblo*?). En ese resto sólo se identifica a la *clase media*. Obviamente, aquí es instalada como un tercero discursivo, por fuera de la interlocución.

⁸⁵ Estos trayectos interdiscursivos y el vínculo que recrean son reconocidos por los alocutarios directos del mensaje de Néstor Kirchner, los cuales, interpelados a través de este colectivo, respondían “El pueblo, unido, jamás será vencido”.

- (xxiii) “Por eso tenemos que tenerlo absolutamente presente, y por eso nuestra *clase media*, que fue lamentablemente instrumentada muchas veces, tiene que darse cuenta de que nunca van a encontrar la solidaridad de los sectores de *la oligarquía argentina*. Sí van a encontrar la solidaridad de los trabajadores, de los intelectuales, de los estudiantes, de toda la patria entera. Por eso la Argentina hoy se encuentra acá. Yo hoy les puedo asegurar que vine a esta plaza a convocar a los argentinos en el *campo nacional y popular...*”.

Este último fragmento citado también exhibe que, en este texto de antagonismo manifiesto, cabe el recurso de la exteriorización *directa* de un grupo del colectivo de identificación que propone el locutor, abandonándose así el intento de totalidad que tenía lugar en otras situaciones. Veamos otros ejemplos:

- (xxiv) “Y *aquellos que ahora tienen que ser solidarios*, no todos, pero *aquellos de la concentración económica*, saltaron rápidamente porque no quieren compartir ningún esfuerzo con *el resto de los argentinos*. Entonces, hay un Estado que tiene que poner equilibrio, y las retenciones permiten que ustedes puedan comer a costos nacionales. Hay *un dirigente de ellos* que lo dijo casi con una actitud de caradurismo increíble: dijo que paguemos el lomo a \$80, como los uruguayos. ¡Qué poco le importan *los argentinos!*”
- (xxv) “Hablan de democracia, y cortan las rutas; hablan de democracia, y desabastecen a *los argentinos*; hablan de democracia, y *nos* queman los campos; hablan de democracia, y -escuchen bien, por favor, esto-, como en las peores etapas del '55 y el '76, salen como comandos civiles o grupos de tarea a agredir a aquellos que no piensan como ellos en forma vergonzosa”.

Las instrucciones que suministra el locutor para la caracterización de este grupo exteriorizado siguen siendo difusas. Apela más a referir sus valores, sus discursos y sus actos, que su identidad concreta. Por supuesto que la situación en la que tiene lugar el texto le permite al destinatario acceder a esa identidad

fácilmente: algunas de las condiciones de este texto fueron los discursos mediáticos que se encargaron de caracterizar a los contendientes. Ahora bien, las exclusiones que opera el locutor generan aporías en dos registros: no hay coincidencia entre lo real y el texto (los que desabastecen a los argentinos son también argentinos) y en el interior de su propio texto (se reconoce que son argentinos –“el resto de los argentinos”–, pero a la vez se los excluye). Se repite, asimismo, el componente descriptivo-memorístico que inscribe ahora a ese grupo excluido en el linaje de quienes reprimieron o asesinaron durante los golpes de Estado, aunque la novedad quizás aquí sea la virulencia de su carácter *denuncialista* –el término pretende ser descriptivo, no valorativo. Suscitados por la controversia con el sector agropecuario, estos cambios pueden ser leídos como un repliegue del kirchnerismo en relación a su voluntad de autonomía del peronismo.

En esta segunda serie de textos, el enunciador del discurso kirchnerista se construye como representante del colectivo *Pueblo*, al que le suministra una descripción de un nuevo tipo de conflicto. Este *Pueblo* es activado como operador para fracturar la totalidad impuesta por los términos *arquipolíticos*. O sea: la conflictividad no sólo se exagera, sino que se vuelve hacia el interior del campo político local.

4.3.2. *Yo hablo, ustedes ¿escuchan?*

Al igual que sucedía con su antecesor, en el mensaje de asunción de Cristina Fernández de Kirchner se observa una oscilación entre la inscripción del enunciador en un *nosotros*, que, a su vez, puede incluir (cuando remite a *los argentinos*) o no (cuando remite a *el gobierno* o, en menor medida, a *generación*) al destinatario, y una manifestación singular. Por su profusión, esta última es una de las diferencias significativas que guarda con las producciones de Néstor Kirchner. Esta abundancia de huellas de puesta en relieve de la subjetividad, es reconocida como uno de los rasgos discursivos típicos de este enunciador, dado que se presenta en todos sus mensajes. Así

pues, el catálogo de los diversos usos del singular y de los recursos que movilizan es prácticamente imposible. Me centraré, por lo tanto, en los más relevantes. A los que ya se expusieron en el apartado anterior, el cambio de locutor agrega los siguientes:

→ *Huellas de distancia*. El *yo* participa de una tendencia a la explicitación de la relación modal a través de los verbos, como modo de organizar y rimar la alocución, como si se tratase de una repetición anafórica. El rasgo distintivo es la escansión de los cambios temáticos del discurso por medio de la explicitación de la modalidad epistémica, a menudo por medio de un verbo de entendimiento (e.g. “Creo también que no sólo las instituciones del Estado en sus tres poderes deben abordar la reconstrucción de nuestro país...”.) y desiderativa (e.g. “Quiero decirles que tengo grandes esperanzas...”).⁸⁶ El primer caso se manifiesta en los componentes didáctico y descriptivo. En el segundo caso, tal como muestra el ejemplo, el verbo modal va a menudo asociado a un verbo de lengua; parece una necesidad de la locutora decir su deseo (o su voluntad) de decir y establece además por este medio una distancia con su coenunciador. El discurso delinea así fuertemente, desde los pronombres y los verbos, las figuras de enunciador y coenunciador de cada enunciado, estableciendo una relación de asimetría y distancia entre ellos, al explicitar los roles que a cada uno le compete: de un lado, decir su experiencia y, del otro, escucharla, como si se tratara de una instancia de mero reconocimiento de las ideas, los sentimientos, etc. del enunciador. El enunciado no es, así, el espacio para mancomunar voces, reflexiones, emociones o experiencias compartidas, sino para escenificar los roles diferenciales del acto de su comunicación. El coenunciador es una figura “muda”: se incorpora su imagen, pero no su voz. La puesta en escena elaborada es, pues, la de un enunciador que comunica su percepción de la

⁸⁶ Los ejemplos pueden multiplicarse, dado que –insisto– se trata de un rasgo discursivo central de esta locutora: “Déjenme decirles que me siento muy orgullosa cuando vi desfilar las provincias, ayer las colectividades...”; “Déjenme decirles que estoy muy orgullosa de ser Presidenta de todos los argentinos, muy orgullosa de mi país...”; “Yo quiero contarles a mis amigos y colegas Jefes de Estado...”; “Yo quiero decirles, amigos y compañeros, que en estos 200 años que comienza hoy a cumplir la Argentina y que van a venir otros Bicentenarios, hace poco estuve yo festejándolo en Caracas, nuestros pueblos están mejor que hace 100 años”.

realidad, guiando la posibilidad de su lectura. La oralidad primaria de sus alocuciones –Cristina Fernández de Kirchner suele no leer sus discursos– tiene una evidente injerencia en este autocentramiento.⁸⁷

→ *Huellas de evocación*. El enunciador también se configura como una entidad singular cuando se ponen en discurso, muchas veces interrelacionados, elementos autobiográficos e históricos.⁸⁸ Si en el caso del locutor anterior la apelación al pasado, circunscripta a un número limitado de momentos, adquiría la forma de denuncia y contribuía a la memoria y legitimidad del posicionamiento político, aquí esa operatoria va a ampliar su campo de recuerdos y sus funciones, complementándose con hábitos y relatos al servicio de la consistencia del enunciador.

(xxvi) “El Presidente que está a mi izquierda y yo somos hijos de la escuela pública y de la universidad pública y gratuita. No es casualidad, no somos hijos de personas con mucho dinero, somos hijos de trabajadores y él es Presidente y yo soy Presidenta; somos eso, producto de la educación pública. Yo me eduqué en una escuela donde había clases todos los días, donde los maestros sabían más que los alumnos, donde nosotros teníamos que estudiar todo el día para poder aprobar y pasar, porque creíamos en el esfuerzo, porque creíamos en el sacrificio. Lo recuerdo como si fuera hoy, seguramente mi madre aquí también me recuerda, horas sentada estudiando”.

(xxvii) “Recuerdo madrugadas, fines de semanas enteros aquí sancionando el ajuste permanente; ‘lo pide el Fondo, si no se acaba todo’ era la

⁸⁷ Ahora bien, parece un poco osado derivar de este rasgo discursivo hipótesis sobre futuras conductas institucionales, tal como hace B. Sarlo (v. “El vestido de la reforma no le calza a Cristina”, nota de opinión en el diario *La Nación*, publicada el 14.10.2011).

⁸⁸ El tópico que se trata de desentrañar en esta parte no ha pasado desapercibido para la crítica cultural y política. Sarlo, por ejemplo, realiza la siguiente lectura de las estrategias enunciativas de Cristina Fernández de Kirchner: “Como sabe que vivimos en una cultura que ama la biografía, ofrece versiones de su propia vida, como si un episodio juvenil o un sentimiento experimentado al azar, la anécdota banal. La cultura del Yo caracteriza también al arte contemporáneo. La dimensión autobiográfica no necesita de validación: vale porque pertenece a un sujeto. La primera persona del singular está por todas partes y es aceptada como razón suficiente de lo que se afirma. Desde Freud, el siglo XX había aprendido a desconfiar de esa inmediatez ‘sincera’ de la primera persona. Las últimas décadas, han dado una vuelta en ese camino. Alejados de Freud, volvimos a creer, contra toda evidencia, que el Yo siempre sabe de qué está hablando” (“El imperio del Yo”, nota de opinión publicada en el diario *La Nación*, 14.06.2012).

frase que más escuchábamos en aquellos días. De allí de la política del ajuste permanente que caracterizó la década de los '90 pasamos al otro Parlamento, al que aplaudía el default. De la hazaña del ajuste a la hazaña de no pagar”.

Si, como explica Verón (1987), el *componente programático* es la consecuencia del asedio de los fantasmas del futuro sobre los enunciados políticos, esta dimensión, que entrelaza memoria histórica y personal, bien puede llamarse *memorística*, es el resultado de los fantasmas del pasado.⁸⁹

Se podría postular que son dos los principales efectos de sentido que tiende a producir esta robusta impronta subjetiva en los vínculos enunciativos. Por un lado, deberíamos preguntarnos si esta singularidad autorreferencial no cortocircuita la inclusión del enunciador en los colectivos que aparecen en su discurso, principalmente en *nosotros, los argentinos*. Paralelamente, el lazo con los destinatarios –positivos y negativos– se establece con esta figura singularizada como referencia.

En cuanto a la destinación, deben computarse algunas diferencias con respecto al discurso de asunción del presidente anterior. Son preeminentes –lo vimos en la descripción del enunciador– los índices que remiten al *alocutario directo* (los diputados y senadores que componen la Asamblea para el caso del mensaje de asunción). La puesta en escena privilegia ese contacto directo con los co-presentes. Así, los no presentes en esa situación, aún los prodestinatarios, parecen quedar relegados a la posición de terceros discursivos, pues aunque previstos muchas veces no dejan huellas en la superficie discursiva. Se podría afirmar que este locutor prefiere la inmanencia de la interlocución⁹⁰ o, para usar la célebre dicotomía de H. Weinrich (1974), los índices del *mundo comentado*, aquel que pone de relieve la relación de los actores de la interlocución, por el que enunciador aparece más involucrado en el discurso y exige

⁸⁹ Verón (*op. cit.*) ubica la lectura que hace el enunciador político del pasado dentro del componente *descriptivo*, lectura que se realiza bajo el prisma explícito del presente y como parte del balance de una situación. No parece pues que los casos que señalo aquí guarden estricta correspondencia con los que considera este autor. Por eso sugiero la existencia de un componente distinto.

⁹⁰ Dispositivo que suele replicar en otra escena genérica: los mensajes por cadena nacional.

una mayor atención por parte del destinatario, obligando a este último a adoptar una posición tensa y no relajada. Además, esto es un claro testimonio de la importancia que, para analizar el funcionamiento del discurso de Cristina Fernández de Kirchner, tiene el orden indicial de la significación. En lo que concierne a los contradestinatarios, también aquí priman los *indirectos*, vale decir, aquellos que son objeto de desautorizaciones (aunque no están ausentes las advertencias). No obstante, de la comparación entre locutores surge que esta figura está mejor definida en los textos de Cristina Fernández de Kirchner, investida en la mayoría de los casos por corporaciones: oposición, medios, empresarios, sindicatos, etc. Por ejemplo:

(xxviii) “Recuerdo los argumentos de muchos opositores y de los medios de comunicación, que no son lo mismo pero a veces se parecen bastante. Y quiero decirles que aquellas profecías que se desgranaron en radio, en televisión, en río de tinta acerca de que íbamos a manipular la Justicia o perseguir a los jueces probos, resultó desestimada, no por otros discursos, sino por la realidad”.

(xxix) “Yo no he venido a ser Presidenta de la República para convertirme en gendarme de la rentabilidad de los empresarios; que se olviden. Tampoco he venido a ser Presidenta para convertirme en parte de alguna interna sindical o política. Tampoco, tampoco”.

Comparado con el dispositivo enunciativo anterior, también aquí puede visualizarse la elaboración de un *ethos* de carácter, al que se le suma otra particularidad: el enunciador se ubica mucho más que el anterior como centro de referencia para la intelección de lo real. Asimismo, algunos de los procedimientos enunciativos (e.g. exteriorización de los no presentes en la situación de locución) permiten preguntarse si no incrementa la disparidad que el enunciador guarda con los destinatarios. Por otra parte, al singularizarse en los actos de advertencia, esta figura sostiene un vínculo más personal y más conflictivo con los contradestinatarios.

Los mensajes pronunciados por Cristina Fernández de Kirchner a lo largo del conflicto con el campo fueron nodos fundamentales de la red discursiva que construyó

ese acontecimiento, el cual colonizó la agenda política y mediática durante meses ¿Cómo afectó esta situación su dispositivo enunciativo?

En estos textos de *antagonismo manifesto* se mantiene la tendencia a la singularización del enunciador. En los primeros dos textos de la serie, este no se incluye en ningún colectivo y, de hecho, refuerza su carácter individual usando insistentemente el pronombre de primera persona del singular; sólo a partir del tercer discurso del *corpus*, aumenta significativamente su inclusión en el conjunto *argentinos*, usado como colectivo central del plano de la enunciación (e.g.: “Ya no basta, siquiera, con las retenciones para contener precios por la diferencia de los precios internacionales; además está el dinero que el Estado, que *los argentinos estamos* poniendo, en materia de compensaciones” (31.03.2008)). En el otro polo, se mantienen los índices que dan cuenta de los *alocutarios directos*, pero ahora interpela también a una pluralidad mayor, que excede a los actores en presencia, dado que sistemáticamente ubica en recepción al sintagma *argentinos y argentinas* (e.g.: “Finalmente, *argentinos y argentinas*, toda vez que sea necesario vamos a dialogar, a hablar, la Casa de Gobierno está abierta para todos y para todas” (31.03.2008); “¿Saben cuánto invertido, *argentinos*, en obras hídricas que han permitido recuperar 8 millones de hectáreas que se anegaban?” (25.03.2008)). Esta nueva estrategia de contacto es otro de los datos que se incrementan con la sucesión de discursos.

En lo que hace contradestinación, el dato relevante es que en los mensajes de *antagonismo manifesto* se incrementa en un primer momento la importancia de las *advertencias* que tienen por objeto al destinatario encubierto, aunque de uno a otro son sustituidas, en el marco de un descenso del tono confrontativo, por *desautorizaciones* e, incluso, pedidos:

- (xxx) “Yo quiero llamar a todos estos sectores de los cuales también son parte de la Argentina, parte importantísima de la Argentina, son gente que produce, son gente que trabaja y que tiene la suerte de tener una excelente rentabilidad por políticas que han sido

sustentadas por todos los argentinos. Pero así como les digo y los llamo a la reflexión, también les digo que no me voy a someter a ninguna extorsión, a ninguna, a ninguna” (25.03.2008).

- (xxxii) “...yo le *pido* a todos aquellos que creen que sus derechos han sido vulnerados y que tienen el derecho a manifestarse, que lo hagan al costado de las rutas, que permitan el traspaso de los camiones que llevan los insumos y los alimentos para el pueblo y, también, los insumos para que las industrias y los servicios puedan seguir cumpliendo con su función empresarial. Porque el derecho a manifestarnos no se nos quita aún cuando tengamos rentabilidad. Uno puede ser multimillonario y quejarse igual y esto no lo convierte en una mala persona, en todo caso será valorado por el resto de la sociedad, no importa. *Pero en nombre de todos los argentinos, de todas las argentinas, en nombre de los productores y horticultores, en nombre de las industrias, de las pymes, de la minipymes familiares, en fin, en nombre de los argentinos, yo les pido, una vez más y todas las veces que tenga que hacerlo, porque para eso soy Presidenta de la República Argentina, que por favor dejen transitar a los camiones y, además, que por favor también, se piensen como parte de un país, no como propietarios del país, sino como parte (...)* Yo les pido que, en nombre de las instituciones, en nombre de la calidad institucional, en nombre del pueblo, en nombre de todo lo que les ha tocado vivir a los argentinos, *recapaciten un poco*” (31.03.2008).
- (xxxii) “Cuando uno escucha a algunos dirigentes que dicen pertenecer al campo del pueblo y representar a los pequeños productores, digo yo, *¿se puede representar al pueblo y enorgullecerse de desabastecerlo? ¿Se puede pertenecer y representar a los pequeños productores que todos los días luchan contra los pools y las grandes concentraciones económicas? Hablemos claro los argentinos, porque si hablamos claro y con el corazón en la mano vamos a poder construir un país diferente, un país sin falsos enfrentamientos*” (01.04.2008).

Los fragmentos anteriores muestran, sin embargo, que no cesa la construcción peyorativa de esos contradestinatarios, lo cual no sólo se procesa a través del componente descriptivo, sino también del memorístico al que hacía referencia más arriba. La importancia de este último componente se incrementa con la prolongación del conflicto. Pareciera que construir legitimidad se traduce en sacudir los fantasmas del pasado; en sacar al conflicto de su coyuntura específica, de su registro contingente,

para inscribirlo en una controversia histórica cuya genealogía puede llevar hasta los orígenes de la República.⁹¹

(xxxiii) “Pero, por favor, hablemos con sinceridad, hablemos con transparencia porque es, entonces, la manera como seguramente todos nos vamos a entender. No es, entonces, un problema de los pequeños productores, que dicho sea de paso escuchaba, el otro día, a alguien recordar el Grito de Alcorta. Yo quiero rendir homenaje, desde aquí, al Grito de Alcorta. Muchos jóvenes, tal vez, no sepan qué fue el Grito de Alcorta, fueron nuestros abuelos y bisabuelos. Tus abuelos Kirchner seguro que llegaron a Esperanza, Santa Fe, corridos por el hambre o la política desde Europa y venían a hacerse chacareros. Los arriendos que les cobraban, el alquiler de las tierras no los dejaban vivir, los esquilaban y surgió así el Grito de Alcorta. Y quiero también homenajear, además del Grito de Alcorta, en esta tarde, a Francisco Netri, el abogado napolitano que representaba los

⁹¹ Mientras que la parte oponente pedía, en cambio, algo bien concreto: la derogación de las retenciones impositivas a las exportaciones de la soja. Por otra parte, esta operación que establece un diagrama de conflicto permanente para la memoria nacional, donde la esencia de los antagonistas nunca cambia, es compartida por partidos que se han alineado con el kirchnerismo, aunque no necesariamente con el peronismo. Como ejemplo, cito parte del discurso del Partido Comunista de la Argentina producido a 38 años de la última dictadura cívico-militar, que muestra un archivo –no internacional– y una valoración de la militancia similares a los del discurso kirchnerista: “¡Democracia o corporaciones! Compañeros y compañeras: nos volvemos a encontrar en esta Plaza del pueblo para recordar una vez más qué pasó aquel 24 de marzo de 1976, cuando los genocidas, de la mano de las corporaciones, dieron el Golpe de Estado que masacró a varias generaciones de luchadores y que pretendió terminar con todos los sueños de la Patria Grande. Pero no pudieron: a pesar de todo seguimos de pie y unidos. Ese 24 de marzo empezó una dictadura cívico-militar: no sólo fueron las Fuerzas Armadas las que tomaron el Poder, sino que también lo hicieron empresarios, la cúpula de la Iglesia, la corporación judicial y la embajada norteamericana. Fueron ellos los que como siempre, creyéndose dueños de los destinos de la Argentina, persiguieron a militantes populares, trabajadores, estudiantes y a todos los que estábamos dispuestos a defender los derechos colectivos. Dieron el Golpe porque sabían que nuestro país, en sintonía con la región, era territorio de lucha y resistencia de miles de hombres y mujeres, hijos del 17 de octubre del '45, Revolución Cubana, El Cordobazo, y otras luchas por los derechos de los expulsados y los trabajadores. Ese 24 de marzo empezó a planificarse mucho antes y su antesala fueron los crímenes de la Triple A, la Alianza Anticomunista Argentina. Desde el aparato paramilitar se cometieron desapariciones forzadas y asesinatos, instalando el terror y la persecución. Mientras la Triple A metía el miedo en las Facultades, fábricas, Unidades Básicas y otros espacios de participación política y social, al lado estaban los editores de los medios hegemónicos, con la noticia ya escrita, esperando que se concretaran los crímenes para después decir que se había tratado de "enfrentamientos". Como siempre, callaron la verdad: que la Triple A fue el inicio del genocidio del 24 de marzo de 1976 y la continuidad de los fusilamientos de la Masacre de Trelew de 1972, del fusilamiento de militantes políticos en José León Suárez en 1956 y de La Semana Trágica de 1919. Los monopolios de la prensa nunca dijeron ni dicen que cuando se refieren a los asesinatos del pueblo ellos mismos están en la lista”.

intereses de los chacareros contra el Gobierno conservador y que fue asesinado, en 1916. Francisco Netri, asesinado, en 1916, por un sicario, dicen de la aristocracia del campo, la historia. Por eso, cuando uno recuerda hay que recordar las historias completas. Y este Gobierno popular, este gobierno que me enorgullezco de encabezar, este Gobierno popular siempre va a contemplar los intereses de los pequeños productores, que no le quepa duda a nadie” (27.03.2008).

- (xxxiv) “...tal vez muchos no lo recuerdan, pero un 24 de febrero de 1976 también hubo un *lock out* patronal, las mismas organizaciones que hoy se jactan de poder llevar adelante el desabastecimiento del pueblo llamaron también a un *lock out* patronal allá por febrero del 76. Un mes después, el golpe más terrible, la tragedia más terrible que hemos tenido los argentinos. Esta vez no han venido acompañados de tanques, esta vez han sido acompañados por algunos ‘generales’ multimediáticos que además de apoyar el *lock out* al pueblo, han hecho *lock out* a la información, cambiando, tergiversando, mostrando una sola cara” (01.04.2008).
- (xxxv) “Invito a los argentinos a hacer un ejercicio de memoria. Cuántos sectores tal vez, con muy buena fe, creyeron o esperaron que aquel 24 de marzo iba a ser para mejor, conozco inclusive militantes de los organismos de derechos humanos con esta autocrítica. Y esto debe llevarnos a pensar a todos nosotros cuáles han sido los desencuentros para 200 años de frustraciones” (01.04.2008).

Así pues, mientras se procura una disminución del conflicto a través de los términos que se utilizan para interpelar al contradestinatario, esa búsqueda se neutraliza a través por la caracterización peyorativa que recibe este último y el lugar simbólico e histórico que se le adjudica a la contienda.

¿Cómo queda diagramado el dispositivo enunciativo en estos textos de *antagonismo manifiesto*? Un dato que merece ser resaltado es la instalación del colectivo más amplio, “argentinos”, como destinatario directo. A diferencia de los discursos anteriores de esta locutora, donde el destinatario directo eran los actores presentes en el escenario de interlocución, ahora ese espacio es ocupado por una pluralidad que va más allá de las divisiones partidarias. Esta expansión puede ser conducente para robustecer el respaldo político. Al contrario de lo que ocurría con el texto de *antagonismo manifiesto* de Néstor Kirchner, se amplía la magnitud de los colectivos

interpelados, orientándose hacia operadores *arquipolíticos* (e.g. “todos”, “los argentinos”). La diferencia se explica por la responsabilidad institucional de uno y otra en esa coyuntura. La dimensión conflictiva, sin embargo, no se disuelve –el kirchnerismo nunca niega la posibilidad de *lo político*–, sino que se desplaza, como se dijo, hacia la descripción peyorativa de los contradestinatarios, a fin de desgastar su legitimación.

4.3.3. Un carácter sin política es mejor que un político sin carácter

Veamos, para finalizar esta primera revisión, qué sucede con el funcionamiento del discurso macrista, tomando como caso de análisis su mensaje de asunción como Jefe de Gobierno.

La singularización del enunciador es recortada sobre una tendencia a la creación del gobierno como un colectivo (i.e. *nosotros, el equipo de gobierno*).⁹² Esta singularización atiende, sobre todo, a la configuración de un *ethos de carácter, de determinación* (Charaudeau, *op.cit.*). O sea: comparte ciertos rasgos con el discurso kirchnerista. Esto permite apuntar que la demanda de carácter parece ser una de las condiciones de producción del discurso político argentino, sobre todo del de quien desempeña cargos ejecutivos o aspira a hacerlo. Ejemplo:

(xxxvi) “No voy a retroceder frente a los que se acostumbraron a la corrupción y al abuso. Está mal poner una persona en el Estado sin una tarea específica y necesaria”.

⁹² En otros textos se envuelve en el colectivo al cual se dirige, aún cuando ese conjunto sea de fronteras inestables (en el discurso que pronuncia en ocasión del Bicentenario, por ejemplo, varía entre “Para todos los que somos argentinos...” y “Nosotros como vecinos de la ciudad...”).

Existe también otro tipo de manifestación de la singularidad que podríamos calificar como *arquipolítica*, donde la aparición del enunciador se encuentra asociada a las zonas *programáticas* del discurso –las más abundantes– en los que explícitamente se niega la condición antagónica de la política (e.g. “Para terminar quiero dejar claro que no vengo a ser oposición de nadie. No voy a guiarme por banderas políticas o diferencias partidarias”). Así pues, el enunciador se ubica a sí mismo no ya fuera de *lo político*, sino fuera de *la política* misma. Los operandos de este gesto son, sin dudas, los discursos que desacreditan la práctica y la clase políticas.

Esto tiene su correlato en el otro polo enunciativo. Los ejemplos anteriores dejan en evidencia que la contradestinatación, negada en el enunciado, es repuesta en la enunciación. De hecho, estos contradestinatarios no son los actores de la política, sino aquellos que conspiran contra la eficacia de la gestión, aunque, como sucedía en los mensajes de Néstor Kirchner, no siempre resultan nítidas las figuras a las cuales son dirigidas. Pueden ser *encubiertos*,⁹³ como en la cita de más arriba, o *indirectos*, esto es, objeto de descalificación:

(xxxvii) “Respeto es que los vecinos sepan que sus impuestos son bien invertidos. Porque es su plata, no la de los funcionarios. Respeto es darle a los docentes y a sus alumnos las escuelas adecuadas para que puedan encontrarse y estudiar juntos. Respeto es lograr que los médicos y sus pacientes tengan lugares y recursos para cuidar la salud, que tengan hospitales públicos de excelencia. Respeto es que la salud y la educación pública y gratuita funcionen bien, funcionen para todos. Eso es respeto. Estar más preocupado por lograr eficacia en la gestión que por hablar. Ese es mi compromiso y el de quienes me acompañan”.

Me parece que hay lugar para postular que la función polémica está, por su acometividad, igual de acentuada aquí que en el dispositivo kirchnerista, aunque no sea establecida en relación con actores del ámbito de la política. El examen de un

⁹³ A los cuales se le destinan *advertencias* tan explícitas que puede dar lugar a malentendidos mantener el adjetivo *encubiertos* para esta categoría. Sería mejor hablar de *destinatarios derivados*.

corpus más amplio permitiría, tal vez, discutir la representación asentada de una marcada disposición a la conflictividad como atributo exclusivo de este último espacio.⁹⁴ La cita es también síntoma de la culturalización de la política operada por este discurso, que transfigura las políticas públicas en una virtud moral propio de la vida social. Si retomamos las categorías expuestas en el capítulo anterior, puede tener cierto valor explicativo sostener el discurso macrista no sólo tiene una fisonomía *arquipolítica*, sino también *pospolítica*, dado que procesa lo político como controversia cultural.⁹⁵

Al revés de lo que sucedía con Cristina Fernández de Kirchner, el texto de Mauricio Macri no utiliza colectivos en función alocutiva; en realidad, esa función no forma parte de su dispositivo enunciativo. Se podría decir que, en este plano, rehúye a cualquier principio de segmentación, sea esta más amplia de lo que la situación requeriría (no interpela, por ejemplo, con un “argentinos”) o sea ajustada a género y restringida (tampoco lo hace a través de “habitantes de la Ciudad de Buenos Aires”). No me privaré de decir una obviedad: este procedimiento enunciativo permite a Macri habilitar la identificación potencial de cualquier destinatario, por fuera, incluso, de aquellos a quienes interpela lo dicho en el discurso.⁹⁶ Recíprocamente, hace que el enunciador no quede fijado a la interacción propia de su cargo.

⁹⁴ Recuérdese la representación mediática del discurso kirchnerista como una palabra crispada. Volveré sobre este tópico en el cap. V.

⁹⁵ El término “respeto” no parece ser utilizado en este fragmento con el sentido de *bien social* que le otorga Rosanvallon (2012: 332), por lo cual puede sugerir reciprocidad, pero sin por ello plantear el problema de la igualdad y, por ende, el de lo político. Por eso introduzco la noción de *pospolítico*. Anticipando algunos años el debate en torno a los posicionamientos de derecha en Argentina, Žižek (2001: 215) escribía en 1999: “En la pospolítica, el conflicto entre las visiones ideológicas globales encarnadas en diferentes partidos que compiten por el poder aparece reemplazado por la colaboración de tecnócratas ilustrados (economistas, especialistas en opinión pública...) y multiculturalistas liberales; a través de la negociación de los intereses se llega a una transacción en la forma de un consenso más o menos universal. De modo que la pospolítica subraya la necesidad de abandonar las antiguas divisiones ideológicas y enfrentar nuevas cuestiones utilizando el saber experto necesario y una deliberación libre que tome en cuenta las necesidades y demandas concretas de la gente”.

⁹⁶ Viene al caso comentar aquí cierta transformación impulsada por la evolución de los eslóganes, orientada hacia la singularización del co-enunciador. El fenómeno no es absolutamente novedoso, sí lo es su masividad. Ejemplos: “Menem ¿Qué duda te cabe?” (Carlos Menem, candidato a presidente de la República, elecciones del 2003); “Vamos al ballottage ¿Venís?” (Elisa Carrió, candidata a presidente de la República, 2007); “Cristina, Cobos y vos” (Fórmula presidencial del Frente para la Victoria, 2007); “Yo

En conclusión, el discurso macrista parece estar capturado por la inestabilidad propia de querer procesar de manera *pospolítica* el campo de fuerzas de lo político. Del lado del enunciador, configura un *ethos* de carácter a la vez que pone en obra estrategias que adhieren a las voces que critican los personalismos. Del lado de la contradestinatación, mientras que explícitamente niega su lugar en la arena pública –el de ser una fuerza de oposición– y vacía sus enunciados de categorías políticas, no deja de lanzar advertencias que sostienen la conflictividad.

creo en vos” (Daniel Scioli, candidato a gobernador de la provincia de Buenos Aires, 2011); “Vos sos bienvenido” (Mauricio Macri, 2011); “Primero vos” (Francisco De Narváez, 2011); “Ricardo piensa en la ciudad ¿Y vos? Contanos” (Ricardo López Murphy, 2011); “Ella o vos” (Francisco De Narváez, 2013). El funcionamiento del eslogan descansa en una arquitectura imaginaria. Su éxito (al menos los evaluables dentro de los parámetros de la difusión, de la persuasión y del refuerzo de la creencia) procede, en parte, de la precisión del ajuste entre, por un lado, la construcción semiótica del co-enunciador y, por el otro, de los actores sociales que se emplazarán en el lugar de su reconocimiento. Pongamos por caso el eslogan que aparece en un afiche de campaña. Sin lugar a dudas, como sucede con otro tipo de afiches (e.g. publicitarios), el preelectoral es un dispositivo que postula unas relaciones co-enunciativas particulares. Implica, por su forma, un co-enunciador no identificado pero sí bien determinado: se dirigen a cualquier votante que se encuentre en condiciones de leerlo. Por lo tanto, poseen un valor co-enunciativo de presente, dado que el mismo acto de lectura provoca la actualización, por parte de cada destinatario, del *dictum* del enunciado (donde se apoyan ciertas modalidades). Esto significa que es al co-enunciador a quien corresponde tomar a cargo las operaciones complejas que lo definen como destinatario interpelado por el acto de enunciación que supone el texto. De aquí que buena parte del “éxito” del afiche dependa de la correspondencia entre la imagen del co-enunciador que propone y de los actores instalados en posición de lectura. Para explicar, al menos en parte, la configuración de estas estrategias de contacto, conviene prestar atención a lo siguiente: a) A la actividad modalizante del sujeto enunciador. Culioli (2010) identifica cierta modalidad que se actualiza por medio del modo imperativo, la interpelación, etc., que incorpora a su forma la presencia del co-enunciador (registrado en marcadores como la segunda persona, el modo verbal, etc.) y que postula una contemporaneidad con él. Entonces, con el suceder de las elecciones parece aumentar la reiteración de construcciones que apelan a esta modalización, a fin de procurar un mayor grado de interpelación y singularización; se incorpora al co-enunciador en la configuración del eslogan, empleando en general un tratamiento familiar. b) A la incidencia creciente del orden indicial de la significación en esta escena genérica. El eslogan parece abocado a la búsqueda del contacto directo del enunciador con el destinatario, a través de un registro informal, recreando en el plano verbal el contacto visual interpersonal (que es huella discursiva del universo audiovisual). c) A la depreciación de la terceridad. Cabría asimismo conjeturar que, si se bocetara el *modus operandi* vigente de los eslóganes políticos de campaña, podríamos observar, en principio, la disolución del ligamen entre cada eslogan y un cuerpo doctrinal de contornos inteligibles, fundamentalmente –creo– a causa del desvanecimiento de estos perímetros. Dicho sea al pasar: una ampliación de los observables permitiría conocer el peso de la prevalencia de la dimensión emotiva en la elaboración de los eslóganes.

4.4. Colectivos y metacolectivos

4.4.1. Aclaraciones metodológicas

Para este nivel de análisis se focalizaron las entidades del imaginario de la política enunciadas explícitamente, sea que operaran en la interlocución designando a los locutores en presencia o no. Aunque antes ya consideramos esos colectivos para caracterizar la relación específica entre enunciador y destinatario, se trata a partir de ahora de ver el funcionamiento de este fenómeno desde distinto ángulo. La investigación no preveía hacer un análisis lexicológico, pero en determinado momento pareció oportuno considerar, como complemento del análisis de las cualidades discursivas, variables cuantitativas. Concretamente, se procedió, primero, detectando y aislando los vocablos o sintagmas que remiten a lo que Verón (1987) designa *entidades del imaginario político*. Al catálogo expuesto antes (*colectivos de identificación política de los actores de la situación de interacción, colectivos de identificación política que exceden a los actores de la situación de interacción, Metacolectivos singulares*) hay que sumarle:

3. *Formas nominalizadas que simbolizan aspectos doctrinales*: sirven para darle expresión al conjunto de la doctrina de una posición política, sea de manera positiva, si la fórmula remite al enunciador (e.g. *El cambio seguro, La década ganada, La patria es el otro*), o sea negativamente, si representa la posición del contradestinatario (e.g. *La vieja política, La burocracia sindical*). Su principal característica es la posibilidad de adquirir autonomía con respecto a su discurso de origen, al punto de funcionar como fórmulas aisladas o, incluso, como eslogan durante las campañas electorales.⁹⁷ Hoy bien cabe el debate en torno al

⁹⁷ Vale la pena explayarse sobre el funcionamiento de estas formas. La explicación de Verón me parece compatible con lo que A. Krieg-Planque (2009: 7) llama *fórmula*: conjunto de expresiones fijas y concisas que, en una coyuntura y espacio discursivo dados, cristalizan posiciones políticas y sociales, a las cuales, al mismo tiempo, contribuyen a construir. Su funcionamiento en la arena política las vuelve forzosamente polémicas. Se trata, evidentemente, de un caso de retoma y circulación discursiva que tiene a los locutores de la política y a los medios como actores fundamentales. La hipótesis fuerte de la autora es que buena parte de su éxito se basa en que son, sobre todo, estructuras relacionales: estas

verdadero valor sustitutivo de estas fórmulas ¿existe realmente un componente doctrinario al cual estén reemplazando?, ¿no se han convertido estas fórmulas en el único sustento discursivo de los actores políticos?

4. *Formas nominalizadas que funcionan como operadores de explicación:* vuelven inteligibles la situación para, al menos, el prodestinatario (e.g. *la crisis, la inseguridad, el imperialismo, el capitalismo*).

El segundo paso fue computarlos y tipificarlos para ponderar su peso específico en cada texto, su comportamiento en cada genericidad y su dinámica en cada discurso (i.e.: sus invariantes y transformaciones a lo largo del tiempo). Luego, se observó cada una de sus ocurrencias en su contexto de aparición, con el objeto de estudiar cómo se comportaban semánticamente, es decir, me interesaba el comportamiento de estas entidades como parte de operadores discursivos. En otros términos, se intentó subsumir estos colectivos en el interior de operaciones cuyas huellas implican una conexión semántica frecuente entre el término que designa el colectivo y una dimensión de la política (e.g. *ciudadanía* y el ejercicio de prácticas propias de sistema democrático, como el voto, en enunciados como: “[*los ciudadanos*] se decidieron por el avance decidido hacia lo nuevo”). Es evidente que estamos considerando el reconocimiento de ciertas regularidades interdiscursivas como parte de la gramática de producción, gramática que, en este ejemplo, conduce a asociar el acto eleccionario con la *ciudadanía* y no con el *pueblo*. Si bien para facilitar esta intelección se procedió a la manipulación de los enunciados donde aparecían estos elementos,⁹⁸ el funcionamiento

expresiones vinculan términos heterogéneos, lo cual, como efecto de sentido, favorece el escándalo y la creación de nuevos significados (e.g. “Deber de memoria”). Krieg-Planque adhiere a la idea de que existen dos vías por las que se produce esta fijación (*op. cit.*: 66). Una de *orden formal*, que reenvía a un análisis sistemático de las expresiones fijadas en los términos de la lengua y en las categorías de la gramática (“delito flagrante”); el otro polo, de *orden memorial* (podríamos llamarlo discursivo), reenvía al conjunto de enunciados que circula “en bloque” en un momento dado y que son percibidos como formando un todo (“La década ganada”, “Sensación de inseguridad”, “La cadena del desánimo”, “El cepo cambiario”, “Clarín miente”, “Criminalizar la protesta”; “La grieta”). La fijación puede responder a la incidencia dominante, aunque no exclusiva, de una u otra vía.

⁹⁸ Con el objetivo de facilitar la comparación de los enunciados en los que aparecían designadas estas entidades, se recurrió a diversos procedimientos de “normalización”: descomposición en dos o más oraciones de una con sujetos o predicados coordinados, autonomización de las proposiciones relativas,

sintáctico apenas fue considerado como factor de análisis. Sí se cruzaron con otras variables –aunque, por supuesto, no todas arrojaron resultados interesantes–, fundamentalmente, con la eventual sistematicidad de su aparición en un determinado componente (*descriptivo, prescriptivo, programático o didáctico*). Debería quedar claro, pues, que estas entidades son consideradas aquí huellas de operaciones, en un vínculo que no es necesariamente uno a uno (i.e. un término puede ser huella de más de una operación y, viceversa, una operación puede estar anclada a más de un término). Con este punto de partida, fue posible rutinizar la exploración con preguntas como las que siguen: ¿cuáles son los términos que designan entidades usados por cada discurso?; ¿cuáles desaparecen, cuáles se agregan, cuáles se refuncionalizan?; ¿cuáles son las entidades más usadas?; ¿en cuáles se incluye el enunciador?

4.4.2. *Mucho pueblo para poca gente*

El primer texto considerado fue el discurso de asunción de Néstor Kirchner. Este género, que suele actualizarse en mensajes donde la situación política del presente de la enunciación queda atrapada por el balance y el programa, poco o nada tiene de espontáneo. Por ende, el uso de colectivos no puede pensarse como aleatorio: cristalizan en esa selección estrategias de construcción enunciativa e indicadores de posicionamientos en el campo político. Presentaré un segmento de la tabulación como ejemplo de la operatoria metodológica y de análisis, pues su exposición exhaustiva sería engorrosa. Me concentraré luego en la interpretación de los resultados.

transformación pasiva /activa, desarme de la nominalización, sustitución de la anáfora por el término al que remite, etc. (cf. Narvaja de Arnoux, 2006: 42).

Término	Predicado	Cantidad de ocurrencias	Porcentaje	Tipo de entidad	Manifestación en el plano de la enunciación	Componente en el que aparece	Interpretante
<i>(Todos) los argentinos</i>	<ul style="list-style-type: none"> - "...deben imponerse por encima de cualquier divisa partidaria" - "el gobierno quiere fijar con ellos prioridades nacionales y construir políticas de Estado" - "...quieren lo mismo aunque piensen distinto" - "...los males del pasado los enfrentaron seriamente entre sí" - "...no se pueden ni deben conformar con haber elegido un nuevo gobierno" - "...deben cambiar los paradigmas desde los que se analiza el éxito o el fracaso de una dirigencia y de un país" - "...tienen como derechos inalienables a la paz social, el respeto a la ley, a la defensa de la vida y la dignidad" - "...en esta simbiosis histórica van a encontrar el país que se merecen" 	8	9 %	Colectivos de identificación que exceden a los actores de la situación de enunciación	A veces	Prescriptivo	<i>De totalidad</i>

<p><i>Ciudadanos/as, ciudadanía argentina</i></p>	<ul style="list-style-type: none"> - "... se decidieron por el avance decidido hacia lo nuevo" - "...ha sido, ante todo, una decisión consciente y colectiva [hacia lo nuevo]" - "...debe estar dispuesta a participar activamente en el cambio" - "Gobernabilidad es garantizarle la prestación de un servicio de justicia próximo" - "...son convocados por el proyecto nacional que expresa el gobierno" - "El gobierno convoca al conjunto social a construir una Argentina que sea su expresión" 	<p>6</p>	<p>6,7 %</p>	<p>Colectivos de identificación que exceden a los actores de la situación de enunciación</p>	<p>En un solo caso</p>	<p>Descriptivo y didáctico</p>	<p>De <i>governabilidad o de institucionalización</i></p>
---	---	----------	--------------	--	------------------------	--------------------------------	---

A partir de la tabla que antecede, sugiero la siguiente clasificación de operadores, que funcionará también como base de referencia para el resto de los discursos analizados. Más allá de los –perfectibles– nombres elegidos, creo que la clasificación es acertada y hace su aporte a la inteligibilidad de los discursos:

- En términos cuantitativos, el primer lugar lo ocupan los interpretantes de *governabilidad* o *de institucionalización*, movilizadas por los colectivos *la sociedad*, *el conjunto de la sociedad*, *el Estado*, *el gobierno*, *dirigentes*, *dirigencia (política)* que representan un 30% de la aparición de entidades del imaginario de la política en este primer discurso. Estos colectivos formales impuestos por el sistema democrático son la huella, sin dudas, de un intento de reconstrucción simbólica de los poderes de esa institución, luego de su debilitamiento durante el período de hegemonía neoliberal (1989-2003). *Ciudadanos/as* y *ciudadanía* pueden entrar en este apartado, aunque tienden a aparecer asociados a prácticas fuertemente asociadas a la vigencia del sistema democrático, como el ejercicio del voto.
- Hay otros interpretantes, que llamaré *de ruptura*, que involucran el metacolectivo *La (República) Argentina* y formas nominalizadas como *el/los cambio/s*. Representan un 29% de las entidades. Apuntan evidentemente a producir un efecto “frontera” o de renovación.
- Tres operadores *de emotividad* o *primeridad* son identificables en este *corpus*: *Nación*, *Patria* –todo un clásico para enfatizar vínculos afectivos de un grupo con un territorio– y *generación*, que ha adquirido una fuerte dimensión emotiva en el discurso kirchnerista, pero que tampoco está ausente en el macrista, aunque –se verá– con una vectorialización temporal opuesta, la memoria del futuro (e.g. Néstor Kirchner: “Formo parte de una generación diezmada”; Cristina Fernández de Kirchner: “No somos marcianos ni Kirchner ni yo, somos miembros de una generación que creyó en ideales y en convicciones, y que ni aún ante el fracaso y la muerte perdimos las ilusiones y las fuerzas para

cambiar el mundo”; Mauricio Macri: “Mi sueño es que nuestra generación de dirigentes sea recordada como la que cambió el juego”). Representan un 11 % del total.

- Existen, asimismo, interpretantes *de totalidad*. En este texto encontramos (*todos los argentinos*, que representa el 9 % de las ocurrencias de entidades. Veremos más adelante el uso que puede adquirir en otra situación.
- Finalmente, podemos agrupar otro conjunto de operadores bajo la denominación de interpretantes de *politización*, categoría en la que cabe incluir el empleo de los colectivos no formales. En este *corpus* la entidad clave es *pueblo* y es ubicado como sujeto y objeto de transformación (el *Pueblo*, según Agamben), evocando así la discursividad peronista⁹⁹ (e.g. “Vengo en cambio a proponerles un sueño: reconstruir nuestra propia identidad como *pueblo*”), aunque es significativo la baja cantidad de ocurrencias (4 %) por tratarse de un locutor que afirma pertenecer a ese espacio político.

Otro dato estadístico significativo es que, por encima de los colectivos de identificación, la mayoría de las entidades que se ponen de manifiesto son *metacolectivos*. El nivel de abstracción que suponen estos metacolectivos, sumado a que el enunciador no suele incluirse en las entidades que emplea y al predominio de modalidades descriptivas o prescriptivas, ayuda a la construcción de efectos de objetividad y distancia –recordemos, para apoyar esta lectura, que la frecuencia de aparición del enunciador singular en este primer discurso es baja.

Ahora bien, a partir de este frondoso *stock* inicial, la cantidad de categorías se va a ir reduciendo en los sucesivos mensajes del entonces presidente. Obviamente, una causa hay que buscarla en el cambio de escena genérica: la mayoría de los mensajes producidos a lo largo del período de gobierno tuvieron lugar en situaciones menos formales y fueron improvisados. Aunque haya una merma en su cantidad y variedad,

⁹⁹ Al respecto v. Sigal & Verón, 1988.

permanecen algunas categorías, si bien pueden alterarse las operaciones que las contienen. Ejemplos (respetando su importancia cuantitativa):

- Fuera ya del régimen modal prescriptivo del primer discurso, *La (República) Argentina*, que en ese mensaje era operador *de ruptura*, se transforma en objeto de reconstrucción. Junto con *el Estado* adquieren espesor narrativo en tanto entidades que fueron recuperadas de la destrucción durante el imperio del orden neoliberal (e.g. “*La Argentina* va a crecer y vamos a necesitar más gas y más energía”; “...quiero decir que *la Argentina* está creciendo” (25.03.2004); “En esta tarea de tratar de construir una *Argentina* alternativa”; “...de la pluralidad natural que se puede tener para construir esa *Argentina* que nos sintetiza a todos”; “pero evidentemente *la Argentina*, gracias a Dios, está creciendo mucho y fuerte” (21.02.2005); “¿Dónde estaba el *Estado* que permitieron que desde 1996 no inviertan?” (25.03.2004) “Hoy ustedes ven que los mismos que desguazaron al *Estado* argentino en la década del 90, son los del '76”; “La verdad paso a paso se va a ir imponiendo y, evidentemente, la reconstrucción del *Estado argentino*, queridos docentes, que ustedes tienen un rol fundamental, va a llevar tiempo” (21.02.2005). Se podría decir que se convierten en interpretantes *de transformación*.
- *El pueblo (argentino)* aumenta su importancia estadística y pasa a definirse desde la relación de representatividad, transformándose así en una fuente de legitimidad –recuérdese, como condición productiva, la deficitaria legitimidad electoral de Néstor Kirchner– (e.g. “...hemos dado un paso muy importante para realmente generar la posibilidad de un Consejo de la Magistratura donde *el pueblo* tenga verdadera representatividad”; “...nos sentimos honrados de practicar esta profesión, esta tarea, esta representatividad *del pueblo* que nos dan para ejercer” (23.02.2006); “...pero *la gente* nos tiene que ver realizando cosas, haciendo cosas con alegría, con sonrisa, potencialidad. ¿Qué puede esperar un *pueblo* que ve a sus dirigentes todos los días enojados y con sus brazos caídos?”; “Esa es una cuestión de respeto hacia *el pueblo argentino*, que los presidentes

lleguemos por la puerta que corresponde y nos vayamos por la puerta que corresponde, porque eso significa que estamos volviendo a la normalidad, a ser un país serio. He vivido horas hermosas; he compartido con *la gente* el vernos, el tocarnos, el besarnos, el darnos fuerzas, tenemos un gran *pueblo*” (22.09.2007); “Vamos a tomar todas las decisiones que hagan a recuperar la dignidad, el dominio argentino y el respeto *al pueblo argentino* para que las empresas de servicios públicos presten el servicio que tengan que prestar” (21.02.2005)). Los ejemplos permiten también observar que los mismos contextos de aparición de este metacolectivo comienza a manifestarse otro, *la gente*, sobre el cual me centraré más abajo.

→ En el transcurso del gobierno, la totalidad se difumina en relación con el programa expresado en el discurso inaugural del discurso kirchnerista institucional, por lo que “(*Todos los argentinos*)” subsiste ahora como actor pasivo de los logros del ejecutivo (e.g. “...hemos empezado a dar con firmeza la batalla de poder bajar índices que son dolorosos y vergonzantes para *todos los argentinos*”; “...necesitamos tener energía, eso genera trabajo y posibilidades para *todos los argentinos*” (25.03.2004); “LAFSA fue creada para que 800 *argentinos* no se queden sin trabajo” (21.02.2005); “Ustedes saben hoy que los podemos mirar de frente a los ojos como a *todos los argentinos* cumpliendo la palabra empeñada; más de 500 millones de pesos en obras se ponen en marcha” (23.02.2006)).

¿Qué conclusiones podemos sacar de lo visto hasta aquí? Observemos lo expuesto desde las condiciones de producción de estos textos. Por un lado, la crisis de principios del siglo XXI y la deslegitimación de la política que lleva aparejada explicarían el funcionamiento de los operadores de gobernabilidad, de totalidad y de emotividad, orientados a revalorizar las instituciones y las entidades imaginarias (e.g. *nación, Patria*) que le dan cohesión a la vida en común. El posterior ahondamiento de

la conflictividad social pone a funcionar los colectivos en el interior de la narrativa kirchnerista sobre la reconstrucción del país o, como se demostró en los apartados anteriores, sirven para segmentar el campo de la destinación (e.g. los valores de emotividad son investidos en *pueblo* y ya no en *Patria*).

¿Qué sucede con los discursos *de antagonismo manifiesto*? Recuerdo que su pertinencia en el *corpus* pasaba por, como se vio más arriba, observar el reajuste entre los protagonistas de la destinación. Aunque no se trata de un discurso presidencial, veamos qué sucede con el que Néstor Kirchner pronuncia, el 15 de julio de 2008, en el acto realizado en la Plaza del Congreso, inmediatamente antes de la votación legislativa de las retenciones:

- *La argentina y el Estado* se mantienen como interpretantes *de transformación*.
- También se mantiene el valor pasivo de *(todos) los argentinos*, con la salvedad de que el determinativo *todos* aparece en la mayoría de las ocurrencias.
- Aumenta la significación cuantitativa de los operadores *de emotividad*, sobre todo *la Patria* y *el pueblo*. Además, participan también dentro de los interpretantes *de transformación* (e.g. “tuvimos que sacar el pecho para levantar *la Patria* con coraje, con fuerza y con amor”).
- El enunciador establece una relación de representatividad con *el Pueblo*, pero acentúa su rol como agente activo. Asimismo, esta entidad fisura el ámbito de la contradestinación, propiciando el estrechamiento de colectivo de enunciación amplio, *argentinos*, que, a través del empleo de *Pueblo*, se desplaza, de manera tácita, hacia el lugar de contradestinatarios. Es un caso de *totalidad fallida* al que aludía más arriba. Transcribo bastantes ejemplos para representar también su importancia cuantitativa:

(xxxviii) “Nosotros con los que tenemos que estar atento y con los que tenemos que tener cuidado es con aquellos *pooles* que especulan

con la riqueza argentina y que quieren enriquecerse a costa de todo *el pueblo argentino*”.

- (xxxix) “Cristina tiene el racionalismo de la inclusión, de la equidad, de la justicia, y por eso está al lado *del pueblo*, al frente de la lucha de la distribución del ingreso”.
- (xl) “Cuando venimos a una plaza como esta, venimos a decir lo que hicimos, venimos a criticarnos lo que hicimos y venimos a decir lo que nos falta hacer, porque lo importante es tener los oídos bien abiertos y el corazón despierto para que *el pueblo* siga en el proceso evolutivo hacia un mejor mañana”.
- (xli) “Todos sabemos que hemos sido sometidos a agresiones diferentes; todos sabemos que nos intentaron confundir. Pero todos sabemos que la historia muestra que *el pueblo* jamás se confunde”.
- (xlii) “Sabemos, si ustedes me permiten, queridos compañeros y queridos amigos, que es importante que en esta plaza histórica, una de las plazas más grandes de la historia argentina, que lleva hasta la 9 de Julio, que se han llenado las distintas calles colaterales y que *el pueblo* se ha convocado a esta asamblea popular”.
- (xliii) “Esperemos que todos hagan lo mismo. Basta al corte de rutas, basta a los comandos civiles, basta al grupo de tareas, basta todos estos esquemas de enfrentamiento, estos esquemas de cobardía que *el pueblo* no necesita más”.
- (xliv) “Recuperamos empresas vitales como Yacimientos Carboníferos Fiscales, que estaba fundida y quebrada; las minas de carbón, que volvieron a manos *del pueblo*”.
- (xlv) “...y como ahora está trabajando fuertemente Cristina para que Aerolíneas Argentinas vuelva a servir *al pueblo* como corresponde y que termine la ignominia que estamos sufriendo”.

Señalemos al pasar que este uso de *pueblo* como instancia de legitimación produce una posición de subjetividad específica: *el pueblo* es una entidad en nombre de la cual actúa este líder político, de la cual es su agente-instrumento.

Dos conclusiones retengo del repertorio anterior. Por un lado, se mantiene el incremento de operadores de emotividad y, en general, de la dimensión emocional del discurso –rasgo que se podría imputar a la genericidad– y crece en importancia la narrativa de la *reconstrucción* para imantar el sentido de las entidades plurales puestas en juego por el texto. Por el otro, la situación de antagonismo parece haber estabilizado unos usos que ya se encontraban en discursos anteriores.

4.4.3. *No son todos todos los argentinos*

Es el turno ahora de exponer la lectura de los discursos de Cristina Fernández Kirchner, comenzando por el discurso que pronunció ante la Asamblea Legislativa el día de su asunción.

A pesar de que suele reconocerse la trayectoria política de la locutora y atribuírsele una mayor densidad conceptual con respecto a su antecesor, su discurso de asunción del mando presenta la mitad de colectivos de identificación. Algunos pierden importancia, como *la sociedad*, otros directamente desaparecen, como *la dirigencia*. Otra disimilitud con el mensaje de Néstor Kirchner, en el que prevalecía el componente *prescriptivo*, es que prima en este texto el componente *descriptivo*. Ambas diferencias, pero sobre todo esta última, pueden ser explicadas por las condiciones sociales, económicas y políticas radicalmente diferentes. Vale decir, en el 2003, luego de llegar a la presidencia con una escasa cantidad de votos, Néstor Kirchner debía presentarse como un líder capaz de sobrellevar la crisis de poder, de allí que el enunciador se muestre como una enérgica fuente de reglas deontológicas. Su sucesora, en cambio, expresaba una continuidad y mejora de la gestión anterior, por lo que inicia discursivamente su mandato desde el orden de la constatación y del balance de lo realizado.

Si nos detenemos ya no en la cantidad, sino en la tipología de los colectivos se observa que algunos adquieren particular importancia. Por ejemplo: las operaciones *de transformación* eran vehiculizadas, en el discurso de Néstor Kirchner, por colectivos como *la Argentina* o *el Estado*; en el de Cristina Fernández ese rol lo cumple *el país* (e.g. “Fue desde la política donde por primera vez se comenzó un proceso de desendeudamiento del *país*”; “Creo también que no solo las instituciones del Estado en sus tres poderes deben abordar la reconstrucción de este, nuestro *país*”). (*Todos*) *los argentinos* ya no está vinculado a valores de unidad, sino de pasividad. Otros permanecen asociados a los mismos interpretantes, como sucede, por caso, con *la Patria* y *generación*, que siguen rigiendo los operadores *de emotividad* (e.g. “...no somos marcianos ni Kirchner ni yo, somos miembros de una *generación* que creyó en ideales y en convicciones y que ni aún ante el fracaso y la muerte perdimos las ilusiones y las fuerzas para cambiar al mundo”). Una operación novedosa implica aquí a los colectivos *El Pueblo* y *la nación*, los cuales funcionan, en mención autonímica, como indicadores *de politización* (e.g. “...en el *pueblo* y en la *nación*, palabras que tal vez en tiempos de globalización no suenan bien o suenan raro al menos (...). Por eso, *pueblo* y *nación* en tiempos de globalización siguen más vigentes que nunca”).¹⁰⁰ La distancia entre el enunciador y su palabra implicada en este segundo uso merece un estudio más profundo, sobre todo en el marco de los intentos de otorgarle legibilidad a las situaciones políticas, de imponer ciertos significantes en el contexto de una lucha por la hegemonía.

Las formas nominalizadas, por su parte, también se hacen eco de la transformación de las condiciones productivas. *El cambio* desaparece, para dar lugar a otras propias de un campo antagónico, como aquellas regidas por *el modelo* (e.g. “...este proceso que hemos iniciado el 25 de mayo de 2003 y que tiene en las instituciones, en la sociedad, en un *modelo económico* de acumulación con matriz

¹⁰⁰ Aunque con signo contrario al de Macri, Cristina Fernández de Kirchner también asume a veces un nivel meta de enunciación política. Podemos pensar que estamos frente a otro rasgo que identifica al discurso de la política contemporáneo.

diversificada e inclusión social”; “...donde cada uno de los ciudadanos sepa que todos los días cuando toma decisiones, está también construyendo el *modelo de sociedad* en la que quiere vivir”; “Creo que debemos superar ese tabú histórico que siempre hubo entre todos los argentinos de que si el *modelo* era la industria, de que si el *modelo* era el campo”).

Pasemos a los discursos de *antagonismos*. Las operaciones que intervienen en antagonismos ya ocupaban un lugar de privilegio en los discursos de Cristina Fernández de Kirchner. No obstante, las particulares condiciones de producción de los discursos producidos durante la “crisis del campo” dan lugar a la aparición de nuevos interpretantes. Estas condiciones tienen como resultado una configuración contradictoria del enunciador, pues en la superficie textual cohabitan expresiones que significan moderación o superación de la confrontación con una fuerte presencia de la contradestínación.

Esta contradicción se materializa en una serie de operaciones, aunque tal vez la cualitativa y cuantitativamente más relevante es aquella en la que se utiliza un nuevo operador, el hoy ya popular metacolectivo *todos (y todas)* que, junto con *todos los argentinos (y argentinas)*, forma parte de operaciones que efectúan una inclusión/exclusión enunciativa. Su empleo es particularmente paradójico en los pasajes en los que se manifiesta la contradestínación, pues, justamente, en nombre de *todos los argentinos* le habla a contradestínatarios que son también argentinos. Sobre la estructura de la destínación positiva y negativa utiliza un metacolectivo tan general que excede la identificación partidaria, algo inadecuado para diferenciar un conjunto del otro. Recordemos que Néstor Kirchner se colocaba como representante del *Pueblo*.¹⁰¹

(xlvi) Yo puedo entender los intereses del sector, pero quiero que sepan que soy Presidenta de *todos los argentinos* y que tengo que gobernar

¹⁰¹ Cristina Fernández de Kirchner también lo hace, aunque en menor medida. Por ejemplo: “Quiero finalmente pedirles, rogarles encarecidamente a los que aún creen que es bueno cortar caminos para que no pasen alimentos, que es bueno cortar caminos para que no pasen instrumentos para las fábricas, que por favor, en *nombre de todo el pueblo y en nombre de ellos mismos, que también son parte del pueblo*, adviertan el mal que están haciendo” (01.04.2008).

para *todos los argentinos* y para los intereses de *todos los argentinos* y para que *los argentinos* que vivimos aquí, en la Argentina, sigamos teniendo costos también argentinos en materia de alimentos, en materia de todo lo que hace a nuestra vida cotidiana. Porque somos *todos* nosotros los que con el esfuerzo sostenemos este modelo y permitimos que los sectores que tienen una mayor competitividad, puedan tener también una mayor rentabilidad. Yo quería, finalmente, dirigirme a *todos los argentinos* y pedirles un esfuerzo muy grande de tolerancia, porque siempre las pujas distributivas y los enfrentamientos con sectores generan, en definitiva, violencia” (25.03.2008).

- (xlvii) Pero en nombre de *todos los argentinos, de todas las argentinas*, en nombre de los productores y horticultores, en nombre de las industrias, de las pymes, de la minipymes familiares, en fin, en *nombre de los argentinos*, yo les pido, una vez más y todas las veces que tenga que hacerlo, porque para eso soy Presidenta de la República Argentina, que por favor dejen transitar a los camiones y, además, que por favor también, se piensen como parte de un país, no como propietarios del país, sino como parte (31.03.2008).
- (xlviii) Sepan, todos los que tengan que saber, que siempre he cumplido mi deber como ciudadana, como legisladora y lo voy a volver a hacer como Presidenta de *todos los argentinos* (01.04.2008).

Llamémosle a estos mecanismos interpretantes *de falsa arquipolitización*. Afectado por las propiedades referenciales y cuantificacionales del determinativo *todos, argentinos* es, a la vez, colectivo en el que se incluye el enunciador, en el que incluye a los destinatarios, del que simultáneamente excluye a aquellos a quienes advierte o desautoriza (e.g. “el sector”), pero, paradójicamente, no deja de incluirlos de manera nominal al hablar de “todos”.¹⁰² Se trata, otra vez, de una *totalidad fallida*.

¹⁰² Sigal y Verón (1988: 54) muestran que este operador ya cumplía un papel clave en el discurso peronista durante la tercera presidencia de Juan Domingo Perón. P. Canelo (2011: 80) verifica su

En simultaneidad con estas últimas, aparecen en los mensajes de *antagonismo manifesto* otras huellas que reenvían no ya a la designación de los actores políticos, sino a sostener la vigencia de los mecanismos institucionales y, por metonimia, del gobierno que es controvertido. La huella principal es la repetición de *República*, su no elisión, en *La República Argentina* (e.g. “Yo me acuerdo, año 2003, 2004, como pedían al Gobierno que diera palos y pusiera orden en *la República Argentina*; infinidad de editoriales, de artículos pidiendo orden para los que no tenían trabajo” (25.03.2008). “Tal vez, además de ser votada, tenga otro pecado: el ser mujer, pero de los dos me siento orgullosa, de ser mujer, la primera que gobierna *la República Argentina* en nombre del voto popular” (01.04.2008)). Podemos incluirlos en los interpretantes de *institucionalidad* o *governabilidad*.

Finalmente, además de mantenerse el uso metadiscursivo de *el Pueblo* y *la Nación* (e.g. Tengo que mirar (...) para ver cuáles son las medidas más razonables que defiendan el interés de *la Nación* y el interés *del pueblo*, términos que ustedes saben son para mí, profundamente democrática, la convicción más íntima (31.03.2008)), el primero de ellos (o su variante *pueblo argentino*) incrementa sus ocurrencias en uno de los discursos de la serie, el discurso pronunciado en el multitudinario Acto por la Convivencia y el Diálogo, el día 1 de abril de 2008, en Plaza de Mayo. Resulta evidente que la situación promueve la interpelación a una memoria interdiscursiva que –como se dijo– algunos tildan como populista, cuyo punto de referencia fue instaurado en nuestro país por el peronismo, donde el término *pueblo* (con minúscula) es expresión del subconjunto de los postergados y desposeídos, y arrastra tópicos como la entrega del líder a la voluntad ese pueblo, con la consecuente carga de emotividad que de ahí se desprende (e.g. “...quiero agradecer esta presencia multitudinaria *del pueblo argentino*”; “Esta vez no han venido acompañados de tanques, esta vez han sido acompañados por algunos "generales" multimediatícos que además de apoyar el *lock out al pueblo*”; “Cuando uno escucha a algunos dirigentes que dicen pertenecer al

continuidad en el discurso menemista. En ambos estudios, se coloca una crisis institucional y política como condición de producción.

campo *del pueblo* y representar a los pequeños productores, digo yo, ¿se puede representar *al pueblo* y enorgullecerse de desabastecerlo?"; "Yo convoco a todos, a todos, aún a los que agravian e insultan, sólo les pido, si les hace feliz agraviarme síganlo haciendo, pero por favor no agravien más *al pueblo*"; "Sé que hay costos personales que pagar, sé que cuando uno elige el camino *del pueblo*, cuando uno elige el camino de los derechos humanos, cuando uno elige el camino de una sociedad más justa y equitativa, las cosas se hacen siempre más difíciles. Pero tengo la convicción, tengo la fuerza y tengo el coraje para llevar adelante el mandato que me confirió *el pueblo argentino*"; "Quiero decirles, finalmente, que mi compromiso con *el pueblo*, mi compromiso con el voto popular es indestructible".

Cotejemos ahora estos resultados con los obtenidos anteriormente. El primer eje de comparación muestra en los textos de los locutores kirchneristas, como uno de sus datos significativos, las huellas causadas por unas condiciones discordantes, principalmente la machacona repetición del elemento *todos* como integrante de un operador de exclusión. Por una parte, estas operaciones apuntan a controvertir, teniendo en consideración los paradestinatarios, las voces de los contradestinatarios que los acusaban de promover antagonismos entre los argentinos; por otro, procuran sostener, para reforzar el lazo con los prodestinatarios, el discurso que tiene como insumo imaginario la división –a esta tensión cabe imputar el empleo de *los argentinos* como categoría conflictiva, por encima de otras como *el Pueblo*, relegada a usos autonímicos–. Del lado de las diferencias merece la pena destacar la aparición, en los textos de Cristina Fernández de Kirchner, de *fórmulas* destinadas a estructurar y conceptualizar el conflicto: "pequeños productores", "distribución del ingreso", "modelo de país".

4.4.4. *El equipo, los vecinos y la gente*

Se precisó más arriba que el discurso de asunción del cargo de Mauricio Macri no podía tomarse como equivalente, en sentido estricto, al de los anteriores, dado que asumía el gobierno de un distrito dentro del país. Esta diferencia supone que enfrentamos restricciones “gramaticales” diferentes a las vistas más arriba. De todos modos, cabe plantearse cuáles serían las entidades movilizadas por el discurso kirchnerista que pueden también aparecer aquí. Es esperable que *ciudadanos o ciudadanía, la dirigencia, el cambio, el gobierno, el Estado, generación*, entren en esa lista –de hecho las dos últimas están presentes en el texto macrista; la aparición de otras (e.g. *el pueblo, la Patria, los argentinos*), en cambio, sería un dato significativo.

Ahora bien, las operaciones que definen el funcionamiento del discurso macrista están motorizadas por entidades que no estaban presentes en los textos analizados más arriba, aunque no se podría objetar la pertinencia de todas ellas en un discurso presidencial. Las expongo según el orden de su importancia cuantitativa:

- *(Los/as) Vecino/s/as*: se trata de un colectivo enumerable; de una categoría en la que sólo caben aquellos que poseen algún tipo de propiedad que los hace habitar, cercanos unos de otros, un mismo territorio. Participa en este discurso de dos operaciones. Se asocia, principalmente, a una forma de vida que debe ser cuidada por quienes gestionan la ciudad. (e.g. “Esa Buenos Aires en la que las familias se juntaban en la vereda a tomar mate y a conversar con *los vecinos*”; “Vamos a recuperar la capacidad del gobierno para llevar soluciones a los problemas concretos de los *vecinos y vecinas*”). En menor medida, puede ser un colectivo al que se le reconoce un papel activo en ciertas transformaciones. Así, por ejemplo, como esta categoría está asociada a la propiedad, no es extraño que el término esté mayormente presente cuando se tematiza la inseguridad (e.g. “Quiero invitar a todos *los vecinos*, y a ustedes sus representantes, a trabajar juntos en esta tarea. Porque la seguridad podrá mejorar cuando haya una

policía bien paga y bien entrenada, una justicia eficiente que proteja a *los vecinos*”). Estimo que este conjunto forma parte del *interpretante de gobernabilidad*.

→ *La gente*: es el sujeto pasivo de *la gestión*, su beneficiaria, la contraparte del *equipo* (v. *infra*); de hecho, el enunciador se incluye a sí mismo en el colectivo *vecinos*, pero no en *la gente*. Asimismo, tiende a una mayor amplitud y abstracción que *vecinos* –*la gente* no se circunscribe a la geografía de la Ciudad de Buenos Aires– y a una absoluta indeterminación, dado que el reconocimiento de su sentido reenvía al contexto nacional –¿a quienes se denomina, en cada país, *la gente*?– (v. Verón, 1999: 113). En efecto, otro estudio debería detenerse a analizar los sentidos segregacionistas que evoca interdiscursivamente en el ámbito de nuestra cultura: ¿quiénes son los que no “son gente”, o no “son gente como uno”? ¿Puede ser considerada marca de exclusión social o cultural? Si bien se trata de una generalidad que sutura discursivamente la fragmentación política de la sociedad civil, en el discurso macrista tiene un funcionamiento distintivo: parece ocupar el contorno de un sujeto político, pero transfigurado en consumidor exigente¹⁰³ (e.g. “*La gente* nos votó para que trabajemos juntos”, “Creo en la pasión de hacer para *la gente*”).

→ *El equipo*:

(xlix) “...estoy tranquilo, porque nos hemos preparado y hemos formado un gran *equipo*. *Equipo* de excelencia, con alto profesionalismo, compromiso social y conocimiento técnico en el área que le toca manejar. Estoy orgulloso de la gente que me acompaña en esta etapa que iniciamos hoy. Hemos trabajado mucho para fortalecer un *equipo de gestión* donde no hay lugar para los individualismos y donde cada uno sabe que tiene qué hacer y cómo hacerlo. El *equipo* tendrá el desafío de tener una agenda de trabajo llena de realizaciones, de obras, y de tareas muy concretas”.

¹⁰³ Recuerdo lo dicho en el capítulo anterior. Al estudiar la interacción entre la clase política y la sociedad civil, Rosanvallon (2007) llama la atención sobre la existencia de procesos contemporáneos a los que denomina *impolíticos*. En estos, los ciudadanos no querrían apropiarse del poder, sino volverlo más transparente para controlarlo mejor. La respuesta de la clase política y de los gobernantes es la prudencia (e.g. se presentan a sí mismos como meros *gestores*).

La extensa cita revela que, en lugar del *gobierno*, la autoridad política que ocupa las instituciones de la ciudad es categorizada como *el equipo*. Enmarcado en un proceso de estabilización de la identidad política del posicionamiento del cual emana, el mismo texto explicita que este colectivo niega los individualismos o mesianismos en la actividad gubernativa, es decir, reconoce las voces que critican el personalismo presidencial. Las valencias deportivas y emocionales de este colectivo serán analizadas en el capítulo V.

→ La *gestión*: es la forma nominalizada que organiza la relación entre los actores activos (*el equipo*) y pasivos (*la gente*) de la acción de gobierno. Indicador fundamental de la conceptualización macrista de la política (e.g. “Estar más preocupado por lograr eficacia en *la gestión* que por hablar. Ese es mi compromiso y el de quienes me acompañan”; “Tenemos la difícil tarea de solucionarle los problemas a la gente, mejorar su calidad de vida y no debemos perder energías en peleas inútiles. No estamos en *la gestión* para eso”). Como se puede ver, el término gestión implica exaltación de lo concreto; o mejor: su sentido lo adquiere en el interior de una polarización propia del discurso político contemporáneo, donde se opone lo concreto y la acción a lo abstracto¹⁰⁴ y la palabra.

Estimo que esas pluralidades y la estructura que las vincula no pueden ser consideradas categorías políticas clásicas, ni por definición (como, por ejemplo, lo es *ciudadanos*), ni por tradición partidaria (e.g. *compañeros*, *partidarios*). Se oblitera, por ende, la potenciación de colectivos antagónicos –sabemos que la instauración del *pueblo* implica la del *poder*, pero ¿qué entidad política contrapuesta, en el sentido restringido del término, podría convocar la *gente* o los *vecinos*?–.¹⁰⁵ Pregunta: ¿no

¹⁰⁴ Donde también podemos incluir la memoria.

¹⁰⁵ Al reconocer que lo que define lo político es la relación de antagonismo, la respuesta al interrogante debería ser que tal vínculo siempre producirá entidades, incluso frente a la renegación que de esto haga un discurso. Buenos Aires, por otra parte, presenta ejemplos contundentes al respecto. Pienso en los

deberíamos pensar que se trata de una de las formas que tiene el discurso de la política de vaciarse a sí mismo, de despolitizarse o, lo que es lo mismo decir, de domesticar los antagonismos? En tal caso, podríamos designar estos colectivos como interpretantes *de pospolitización*. ¿Por qué? Porque serían formas discursivas que se corresponden con esa figura, cuya lógica –se dijo– conduce a olvidarse de las ideologías a favor de procesar las demandas concretas de *la gente*. Reformulando: actúan sobre los litigios, pero no políticamente, sino como problemas aislados, evitando así la potencial articulación de demandas.

Este estado de cosas suscita la pregunta por la presencia y fuerza de una visión liberal en nuestro campo político, es decir, motiva la averiguación de su peso específico en la actualidad, en tanto posible manifestación residual de su hegemonía vernácula durante la última década del siglo pasado y como parte de una vigente hegemonía global, mal resistida o bien consentida por los gobiernos argentinos del siglo XXI. ¿Por qué esta pregunta? La oclusión de las identidades colectivas clásicas de la política podría explicarse por la prevalencia de un modelo liberal racionalista e individualista, hoy camuflado en una tecnocracia ilustrada y tolerante que encripta las demandas transformadoras, al tiempo que patrocina un mundo donde los individuos deberían dedicarse a cultivar una diversidad de estilos de vida y rehuir a los lazos colectivos fuertes (Žižek, 2001; Mouffe, 2007). Diría, para ser más directo, que se trata de uno de los indicadores del intento por reducir los riesgos de aparición de *lo político*, siempre si –insisto– entendemos que este término designa un campo donde el conflicto tiene un carácter constitutivo.

recientes litigios en torno a la ocupación del espacio público, donde los *vecinos* (así se presentaban, así fueron llamados por los funcionarios políticos y por la prensa) demandaban que el poder de policía del Estado desalojara –a palazos de ser posible– a los “sin techo” ocupantes de terrenos públicos.

5. Conclusiones

Recuerdo ante todo que la conceptualización del discurso kirchnerista como unicidad requiere el traslado a un segundo plano de diferencias –llamémosle “estilísticas”– en la disposición que cada locutor hace de la imagen enunciativa. Entre estas hay una que ha sido registrada como capital por otros analistas: la incorporación que hace Cristina Fernández de Kirchner de una interlocución asimétrica (e.g. “quiero decirles”) al plano enunciativo. Se puede suponer que este rasgo fija una distancia con los destinatarios que no está en Néstor Kirchner, pero la evaluación de sus efectos pretendidos requiere, más que con otros atributos, de la consideración de dimensiones corporales. A fin de describir los grandes lineamientos del trayecto enunciativo kirchnerista, retomaré dos conceptos ya presentados, que pueden servir para subsumir y explicar las variaciones de las distintas escenas genéricas y etapas. En primer lugar, el de *ethos*. En el caso del kirchnerista, una secuencia plausible sería la siguiente: hasta el conflicto que da lugar a los textos de antagonismo manifiesto, prima el cultivo de dos *ethos*, el *de credibilidad* y el *de identificación*, fundados en un discurso que busca trasuntar racionalidad y seriedad (“e.g. “Quiero una Argentina normal. Quiero que seamos un país serio” dice Néstor Kirchner en su asunción). En política, la construcción discursiva de la credibilidad, según Charaudeau (2006: 119 y ss.) no sólo radica en mostrarse creíble, sino en exhibir un *poder hacer* y un *saber hacer*. Obliga a mostrar que se lleva a cabo lo que se promete, que se dispone de los medios para hacerlo y que el resultado será positivo. En este *ethos* convergen varios *ethé*, en particular el *de competencia*, para el cual el enunciador debe mostrar que conoce los engranajes de la vida política y que sabe actuar de modo eficaz y que tiene las dotes intelectuales para hacerlo. El *ethos de identificación* (*op. cit.*: 137 y ss.) también está fundado en varios *ethé* que ponen el acento en la activación de los procesos de identificación imaginaria que exponía al principio de este capítulo. Algunos de ellos, como el ya mencionado *ethos de carácter* y el *de humanidad* –este último efectuado por medio de procedimientos enunciativos como la evocación autobiográfica– caen sobre la percepción social del enunciador; otros, sobre la relación

con el destinatario, como *el ethos de jefe soberano*.¹⁰⁶ Por medio de este último, el político se posiciona como garante de ciertos valores que funcionan como líneas directrices de un proyecto político: soberanía del pueblo, distribución del ingreso, igualdad, etc. Esta convergencia se desbalancea a partir de los discursos de antagonismo, puesto que gana peso el *ethos de identificación*, que se desarrolla en el interior de un campo político más segmentado y polarizado; un *ethos* destinado a interpelar imaginariamente desde un programa de redención de los grupos postergados, erigido sobre elementos emotivos y sobre la hipostasiación de entidades como el *pueblo* (para el caso de Néstor Kirchner) o la *historia* (en el caso de su sucesora); un *ethos* orientado a fortalecer la cohesión entre los prodestinatarios. En términos ligeramente diferentes, se puede decir que se modifica la posición discursiva de construcción del líder político: en el nuevo escenario, este último se reconoce no sólo en su propio carisma, sino como instrumento de otro (e.g. la voluntad popular).

Esta transformación del enunciador involucra, en paralelo, una segmentación de la destinación por la cual se produce una sectorización en el lazo de representatividad construido a través del discurso –un cambio en aquello que es inherente al discurso de la política, según lo piensa Latour (v. capítulo II)–. Resulta posible conceptualizar este desplazamiento como un pasaje que va desde una dimensión *arquipolítica* a otra agonal, un pasaje hacia la afirmación contundente del Dos –menos pronunciado en el caso de Cristina Fernández de Kirchner, pues ocupa el cargo de presidente–; deslizamiento en el que se resaltan los contornos de las identidades en las que se reparte el campo político nacional, producto de una situación de conflicto; movimiento facilitador a su vez de las condiciones para la irrupción de *lo político*.

La configuración enunciativa previa a los discursos de antagonismo que describí más arriba guarda pocas diferencias en relación a la que propone el texto macrista,

¹⁰⁶ Desde un marcado eurocentrismo, Charaudeau señala que *ethos* de este tipo son propios de líderes “...de países orientales, africanos o latinoamericanos”, los cuales “...con razón fueron llamados, o son llamados todavía, ‘líderes populistas’, pues esa imagen está destinada a arrastrar todo un pueblo detrás de sí, en dirección a su salvación” (*op. cit.*: 160).

dado que comparten ese universo *ethico* (i.e. demostración de seriedad y carácter). Los colectivos de identificación que habitan ese discurso establecen, sí, discrepancias marcadas con el kirchnerista, y permiten además explicar su funcionamiento a partir también de las dimensiones *pospolíticas* e *impolíticas*. En otras palabras, el macrista es un discurso que posiciona a la instancia enunciativa en el lugar de la gestión –cuya resultante podríamos denominarla *ethos de gestión*– y procesa los conflictos y demandas a través de operadores culturales.

CAPÍTULO IV

“Con otras palabras, en la representación de felicidad vibra inalienablemente la de redención. Y lo mismo ocurre con la representación de pasado, del cual hace la historia asunto suyo. El pasado lleva consigo un índice temporal mediante el cual queda remitido a la redención. Existe una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra. Y como a cada generación que vivió antes que nosotros, nos ha sido dada una débil fuerza mesiánica sobre la que el pasado exige derechos. No se debe despachar esta exigencia a la ligera.” **Walter Benjamin.**

Introducción. El kirchnerismo y la memoria

En este capítulo sostendré que el discurso kirchnerista gestiona su memoria a partir de una coherencia en los recuerdos que convoca, aunque difiera su articulación, su sintaxis, ante el cambio de locutor, y que esa memoria es un elemento identitario substancial de este posicionamiento. Esa gestión no posee, a diferencia de lo que sucedía con la enunciación, momentos *arquipolíticos*.

*

Una de las novedades que trae el kirchnerismo a la escena política nacional –si bien ya no es ninguna novedad para el metadiscurso– es su particular vocación rememorativa, que tiene como momento predilecto, aunque no excluyente, la década del 70. La resemantización pertinaz del *pasado reciente*¹⁰⁷ se tornó política de su gobierno y el objetivo de sus palabras. ¿Primicia absoluta para el caso argentino? No estoy en posición de afirmarlo: no sólo porque la verificación de ese dato escapa a los límites de

¹⁰⁷ Pasado que ha sido acotado como objeto de una nueva zona de investigación, la *historia reciente* (cf. Franco & Levin, 2007), la cual indaga en los procesos históricos aún inconclusos, que actúan de manera efectiva sobre el presente. Su interés radica especialmente en los procesos entendidos como traumáticos.

esta investigación, sino porque la palabra que se estudia aquí –la del presidente de la República– obliga, aunque sea para solventar menesteres ceremoniales, a referirse de manera permanente a la historia. Pero sí se puede sostener que el caudal evocador del kirchnerismo es algo inusitado para un gobierno peronista y para el período postdictatorial. Para ese lugar de enunciación, el *vaciamiento de la historicidad* había sido hasta ese entonces condición necesaria para la consecución del Uno, para ponerle fin a los clivajes que destapan las crisis. En su primer mensaje ante la Asamblea Legislativa (08.07.1989), Carlos Menem establecía las bases de su discurso de reconciliación nacional, precursor estratégico de la amnistía, para lo cual iba a ser más indispensable que nunca la deshistorización de la palabra política presidencial; acumulando paradojas –pues quien promete no dividir, divide entre los que no quieren dividir y los que dividen–, sentenciaba ese futuro olvido convocando a la historia –otra paradoja–:

“Se murió el país donde impera la ley de la selva. Se acabó el país oficial y el país sumergido. Se acabo el país visible y el país real. Yo vengo a unir a esas dos Argentinas. Vengo a luchar por el reencuentro de esas dos Patrias. Yo no aspiro a ser el presidente de una facción, de un grupo, de un sector, de una expresión política (...) Yo quiero ser presidente de la Argentina de Rosas y Sarmiento, de Mitre y de Facundo, de Ángel Vicente Peñaloza y de Juan Bautista Alberdi, de Pellegrini y de Yrigoyen, de Perón y de Balbín. Yo quiero ser presidente de un reencuentro, en lugar de transformarme en el líder de una nueva división entre hermanos” (*apud* Canelo, 2011: 80).

Las palabras de Menem no son de ninguna manera una desviación del peronismo histórico (v. al respecto Portantiero, 1995: 106). Baste recordar como Sigal y Verón (1988: 37-39) deducen el despojamiento de la historicidad operado por el dispositivo enunciativo que monta Perón en el momento de su arribo a la arena política, por el cual escamotea, a favor de significar su irrupción como acontecimiento, hechos claves para explicar la crisis social de ese período y las relaciones entre el estamento civil y el ejército. Por ejemplo, el golpe de 1930. Así las cosas, no sería desacertado sostener que

el kirchnerismo introduce una heterología en el corazón del peronismo, dado que no recurre a la licuefacción del pasado. Si bien esta fruición evocativa parece quebrar una tradición discursiva local, el efecto no es el mismo cuando se pondera la actualidad del mundo occidental: el cambio de escala muestra que se trata de un fenómeno casi global y ampliamente estudiado.

1. La memoria en la contemporaneidad: hipertrofia y saturación

Hay algo irrefutable: desde el arranque del siglo han proliferado en el ámbito cultural argentino discursos sobre la necesidad de recordar. No se trata, por supuesto, de un proceso aislado. Es un fenómeno global, aunque, por efecto de las prácticas gubernamentales, tal vez no tenga en otras geografías la intensidad que muestra en nuestro campo. Para explicar esta vigorización de la rememoración y de los discursos sobre la memoria en el mundo occidental, A. Huyssen (cf. 2007) propone un entramado de factores políticos, culturales y experienciales que se ha venido urdiendo durante los últimos tres décadas, anudando, con una singularidad diferencial en cada caso, desarrollos globales y locales.

Por el lado de los factores políticos, hay que contar una serie de conmemoraciones de densa significación (e.g. quincuagésimo aniversario en 1983 del ascenso de Hitler al poder) y la caída del muro de Berlín (1989). La pervivencia y expansión de estos discursos sobre la memoria en la década del 90 fue responsabilidad de las prácticas genocidas de Ruanda, Bosnia y Kosovo. Pero quizás la razón política fundamental haya que buscarla en la ampliación del debate acerca de la Shoah. Esta se ha constituido como tropo universal y –agregaría yo– como una tópica que provee sentidos y retículas de lectura al fracaso de occidente para hacer un ejercicio de

anamnesis y reflexionar sobre su incapacidad constitutiva de vivir en paz aceptando la diferencia; en definitiva: del fracaso de la Ilustración. Esta cristalización permite que su memoria cumpla funciones locales, procesando fenómenos y situaciones distantes en el tiempo y en lo ideológico con respecto al acontecimiento original. “En el movimiento transnacional de los discursos sobre la memoria –afirma Huyssen (*op. cit.*: 17)–, el Holocausto pierde su calidad de índice del acontecimiento histórico específico y comienza a funcionar como una metáfora de otras historias traumáticas y de su memoria”. Esta sustitución promueve, en primer término, la pregunta sobre las consecuencias de la interferencia de la Shoah en las políticas locales de representación de la memoria y, más allá, conduce a interrogarse sobre el papel de estas últimas en el marco de los procesos de globalización.

Tal conglomerado de factores, a pesar de su importancia, no agota la trama actual de las políticas de la evocación. Paralelamente, existe un tejido cultural de la memoria promovido, según Huyssen, menos por un efecto “*fin de siècle*”, que por operaciones de *marketing* de la industria cultural occidental, que trabaja en varios registros:

- La *escritura*. Anotemos aquí el auge de los géneros que procesan el pasado personal (e.g. memoria, autobiografía, confesiones), sumado a la desestabilización permanente de las demarcaciones que separan la realidad de la ficción en la narrativa (principalmente en la novela histórica). En el capítulo anterior observamos la ubicación central de lo autobiográfico en el discurso kirchnerista.
- El universo de las *imágenes*. El registro obsesivo de los acontecimientos cotidianos, facilitado por dispositivos técnicos; incremento de los documentales históricos como producto televisivo.
- La *arquitectura* patrimonial. Emprendimientos de restauración historicista y conservación del patrimonio.

A estos elementos hay que sumarle la lenta transformación en la experiencia de la temporalidad, operada por la compleja interacción de fenómenos tales como los cambios tecnológicos, la actuación de los medios masivos de comunicación, los nuevos patrones de consumo y la movilidad global (cf. Huyssen, *op. cit.*: 29). Así, un nuevo tipo de malestar se cierne sobre las metrópolis occidentales, distinto al que diagnosticó Freud, pues ahora se articula en torno a un cambio del *sensorium* y no a través de la lógica de la represión: nuestros sentidos y nuestra psique ya no soportan la sobrecarga de información y la hiperestimulación de la percepción a la que están expuestos. “Cuanto más rápido nos vemos empujados hacia un futuro que no nos inspira confianza, tanto más fuerte es el deseo de desacelerar y tanto más nos volvemos hacia la memoria en busca de consuelo. ¡Pero qué clase de consuelo nos pueden deparar los recuerdos del siglo XX” (cf. *op. cit.*: 34). No resulta caprichoso evocar aquí la tesis de R. Koselleck (1993) según la cual la aceleración del curso histórico dificulta tanto recurrir al pasado para echar luz sobre el presente como aventurar conjeturas sobre el futuro. Nos encontramos frente a una transformación de la relación entre pasado, presente y futuro, ante una crisis fundamental de la estructura de la temporalidad característica de la alta modernidad, con su fe en el progreso, con su celebración de lo nuevo y con su impertérrita creencia en algún *telos* de la historia. Se angostaron los cimientos del pasado –que, como decía W. Benjamin, ya no experimentamos como *tradición*, sino como *cita*, como collage de referencias–, mientras que el futuro es incierto. El olvido también dice presente en este fenómeno. La presión y aceleración cultural precipitan la paradoja –y la insatisfacción– que produce el vínculo indisoluble entre (la obsesión por) la memoria y (el miedo al) olvido. El horizonte parece ser, pues, la memoria total, asediada no sólo por el fantasma de la mitologización, sino también por el de la amnesia: a mayor coacción por recordar, mayor es el riesgo de que olvidemos.

El parcial optimismo que trasunta el texto de Huyssen de cara a este culto a la memoria tiene como telón de fondo la tensión entre la globalización y las tradiciones locales:

“De manera similar a la historiografía, que dejó de lado su anterior confianza en los grandes relatos teleológicos y se volvió más escéptica con respecto a los marcos nacionalistas de su materia, las culturas de la memoria críticas de la actualidad, con todo su énfasis en los derechos humanos, en las temáticas de las minorías y del género y en la revisión de los diversos pasados nacionales e internacionales, están abriendo una camino para otorgar nuevos impulsos a la escritura de la historia en una nueva clave y, por ende, para garantizar un futuro con memoria” (*op. cit.*: 36).

La mundialización no niega necesariamente que la actividad rememorativa tiene también *subplots* que ponen de manifiesto el “color local”, los cuales, paradójicamente, algunas veces terminan por refutar el triunfalismo de aquella. Estudiar la especificidad de lo local o regional nos permite ver que, por ejemplo, fueron las políticas de la memoria las que han gestionado el tema de los desaparecidos en las democracias postdictatoriales latinoamericanas.

¿Es posible vislumbrar ya los resultados definitivos de este proceso? Menos optimista que Huyssen, R. Robin (2012: 22) plantea que este exceso de memoria no es otra cosa más que una variante del olvido. En efecto, el pasado, para esta autora, se encontraría saturado. La multiplicidad de razones que dan origen a esta saturación puede ser subsumida y expresada a través de las siguientes figuras. La *inversión* de los signos producida por la apropiación acrítica del pasado. La *relación histórica* que la sociedad tiene con él, asediada por el fantasma de la autenticidad. La *indiferenciación* de los pasados, por lo cual, por ejemplo, se igualan los “demonios” nazi y comunista. Finalmente, hay que contabilizar el *fantasma de la conservación total*, la pasión por el almacenamiento y la conservación estimulada por el avance de las prótesis tecnológicas y el universo de lo virtual. La *oscilación* en la percepción de acontecimientos traumáticos, como la *Shoah*, cuya evocación fluctúa entre la memoria obsesiva que

niega el trabajo de duelo y la memoria *kitsch* impulsada por las formas de representación que brinda la cultura de masas. Resonará seguramente en esta última figura muchas de las imputaciones que se le hacen a la administración kirchnerista de la memoria de los desaparecidos y a su política de los Derechos Humanos.

2. Memoria, rememoración, recuerdo, olvido

A fin de ganar precisión, tal vez convenga insinuar –no más que eso– unas coordinadas terminológicas y nocionales acuñadas para la manifestación individual de los fenómenos mnemónicos, dado que la gloria actual del concepto de memoria en la crítica cultural nos enfrenta al riesgo de diluir los límites de todo un campo semántico. La filosofía y la neurofisiología ofrecen una primera orientación.

La *memoria* es un fenómeno del orden de la continuidad, de la persistencia, en forma de entidades mentales, de una experiencia adquirida en el pasado y, a diferencia de lo que sucede con el *hábito*, no incorporada a la vivencia presente, o sea, marcada efectivamente como pasado. Es decir, esta definición se corresponde con la de *memoria secundaria* de la fenomenología –distinta a la *memoria primaria*, mera retención de la duración–. En la *rememoración*, *reminiscencia* o *anamnēsis* tiene lugar, por el contrario, una *praxis* de recuperación, un esfuerzo por hacer retornar un *recuerdo* a la conciencia. La *rememoración* conlleva, según P. Ricœur (cf. 2000: 83), “el retorno a la conciencia despierta de un acontecimiento reconocido como que tuvo lugar antes del momento en el que ésta declara que lo percibió, lo conoció, lo experimentó”. Esta operación de búsqueda –distintiva del sapiens– merece asimismo distinguirse de la forma pasiva de la presencia de un *recuerdo*, de su advenimiento; sería este el caso de la simple *evocación*. Las precisiones anteriores dejan en claro que estamos frente a actividades de impronta objetual: la *memoria*, la *anamnēsis* y la *evocación* tienen por objeto los *recuerdos*,

formaciones discretas, múltiples y variadas de límites más o menos precisos, que se recortan sobre un fondo memorial (cf. Ricœur, *op. cit.*: 42; Rossi, 2003: 21). ¿Es posible tipologizar estas formaciones? Conformémonos con señalar un gradiente que va desde las singularidades episódicas (e.g. un recuerdo-acontecimiento) hasta las generalidades o estado de cosas (e.g. algo que aprendimos). Retomando a Aristóteles, algunos autores añaden la siguiente diferenciación: mientras que la *rememoración* se recorta sobre la vivencia del individuo, por lo cual queda confinada al orden de la subjetividad individual, la *memoria* trasciende ese límite (cf. Montesperelli, 2005: 12). Así pues, para los fenómenos colectivos como los que se analizan en este escrito, la denominación más ajustada desde el punto de vista técnico sería *memoria*; nada impide, sin embargo, que, para marcar el valor activo de la operación, le demos ese mismo alcance grupal a *rememoración*.

El *olvido*, reverso de este fenómeno, tiene también más de una conceptualización. Ignorando matices y puntos de contacto, se puede forzar una esquematización. Un primer universo conceptual, edificado con aportes del psicoanálisis, la antropología, la sociología y la neurofisiología, ve en el *olvido* la pérdida definitiva o provisoria de fracciones de entidades pertenecientes a la conciencia individual o colectiva, cualquiera sea su estructura semiótica (e.g. ideas, imágenes, nociones, emociones). El otro, proyectado por la metafísica y la filosofía de la historia, no piensa el *olvido* como *fragmento*, sino como *totalidad*: es un fenómeno que atañe a la totalidad de la experiencia e historia humanas (cf. Rossi, *op. cit.*: 23; Bertrand, 1977: 23). También puede discriminarse entre *olvido pasivo*, en tanto déficit del trabajo de memoria, y *olvido activo*, asociado a conductas que actualizan el querer-no-saber, objeto de especial interés cuando se estudian las políticas de la memoria. Se sabe, asimismo, que no todas las acepciones del olvido son negativas. Como muestra, menciono por ahora una de las tantas que ha proporcionado la reflexión psicoanalítica. Contra el pensamiento nominalista, el olvido puede ser, en una correlación punto a punto, signo de un real singular. “Yo defino al olvido –aclara J.-C. Milner (2006: 70)– como signo dirigido al

sujeto: el signo de lo real como acontecimiento singular y contingente. Por lo tanto no se podría hablar válidamente del olvido sin hablar de lo real”.

3. La memoria colectiva

A mi entender, la terminología anterior resulta conducente para explicar las condiciones del acoplamiento de los fenómenos mnemónicos individuales y colectivos y para fundamentar el traslado productivo de términos de un domino al otro. En esta dirección, hay que comenzar por señalar que, en el plano social, la distinción pertinente es entre *memoria* e *historia*. Según D. Lowenthal (1985), la *historia* es una lectura del pasado, lo que supone una toma de distancia crítica organizada por la historiografía y, en general, monopolizada por el poder institucional de turno (la historia oficial). La *memoria* (o *memoria histórica*) en cambio, implica una relación emotiva, difusa, fragmentaria y, en alguna medida, tendenciosa con lo acontecido. Esta no está salvaguardada de la influencia de los gobiernos, pero los intentos por controlarla, interés de este capítulo, se encuentran sometidos a las indeterminaciones propias de todo proceso semiótico.

Esta última distinción permite observar la relevancia del concepto de *memoria colectiva*. La resolución de adjudicarle los recuerdos a entidades grupales es, se sabe, de Halbwachs. Su tesis es que existe un vínculo indisoluble entre memoria individual y memoria colectiva. Contra la ilusión psicologista de una conciencia responsable de la unidad indivisible de los recuerdos personales, el concepto de *memoria colectiva* sostiene que los marcos sociales determinan y organizan las operaciones de rememoración. Así pues, se recuerda como miembro de un grupo, como habitante de un espacio y “cada memoria individual es un punto de vista sobre la memoria colectiva” (2011 [1950]: 94). Gracias al fondo común de recuerdos y a las interacciones necesarias para fijarlos,

disponerlos y volver a evocarlos, la contribución capital de esta *memoria colectiva* atañe a la cohesión y a la identidad del grupo y a su proyección en el tiempo.¹⁰⁸ Sería mejor decir la identidad de *los grupos*. La memoria colectiva es por definición múltiple, dado que el conjunto social está compuesto por grupos que antagonizan por la hegemonía en la esfera pública, para los cuales cada una de esas porciones opera como sustentáculo de identidad y cohesión. Así pues, no deja de ser una memoria imprecisa, fragmentaria, arbitraria, en diálogo con los esquemas y estructuras de poder del presente. Esta arbitrariedad debe, sin embargo, ser relativizada. La misma lógica de la reconstrucción del pasado la limita: la identificación solicita la presencia de huellas efectivas, por lo que no es posible erigir “cualquier” memoria (cf. Montesperelli, 2005: 117; Robin, 2012: 239).

Aun si no se acepta el postulado de Halbwachs –o si no se reconoce su vigencia, corroída por la fuerza de la actual sobrecarga, inestabilidad y atomización de la memoria (cf. Huysens, *op. cit.*: 23)–, un estudio de la modulación de la memoria colectiva realizado desde la *Teoría de los Discursos Sociales* no puede permanecer indiferente a los aportes de la sociología de la memoria. Insistiré sobre dos que considero indispensables para cartografiar el campo político argentino actual. Primero: puesto que cada sociedad está integrada por una multiplicidad de grupos en relación antagónica, la memoria no puede ser sino plural: es el resultado de conflictos y alianzas entre los discursos que compiten por una situación hegemónica. Así las cosas, segundo aporte, se vuelve decisivo explorar la dimensión práctica de la memoria, anteponiéndola a preocupaciones veritativas. El mismo Halbwachs había alertado sobre la incidencia –aunque no la omnipotencia– de los intereses y las corrientes

¹⁰⁸ Las situaciones traumáticas perturban esta relación. Frente al conflicto identitario que se genera en torno al vínculo entre los hijos apropiados de los desaparecidos y sus apropiadores, H. Vezzetti (1994) reclama no confundir *la memoria colectiva* y *la memoria individual*, ya que “la recuperación del pasado ordenada en las exigencias de la verdad y justicia no se superpone ni reemplaza a la historización singular, irreplicable, en la que las víctimas han procesado, como todo infante, un segundo nacimiento en la trama de relaciones primarias con quienes sostuvieron para ello funciones parentales.” Y agrega que “el sujeto psíquico no es la condensación incorporada del sujeto social: si fuera así no habría otro conflicto que el de poner las cosas en su lugar reemplazando a la familia falsa por la verdadera.” Así pues, no se le puede exigir la reparación a los sujetos particulares, sino a la memoria colectiva, “en una consolidación de una tradición ética que sea capaz de instituir *lo que no debe olvidarse*”.

afectivas del presente en la rememoración; vale decir, el pasado que se hace presente en la *rememoración* no es, como lo quiere la etimología, un retorno de éste, sino una reconstrucción cuyo elemento es el olvido.

3.1. Memoria: usos y abusos

Ricœur no duda en legitimar la extensión de los recursos conceptuales del psicoanálisis hacia el ámbito de la memoria colectiva, fundamentalmente para considerar, como se hará en seguida, las perturbaciones que la aquejan. Lo hace señalando que tal transferencia no carece de antecedentes significativos –comenzando por el mismo Freud (e.g. *Tótem y tabú*)– ni de argumentos epistemológicos, pues, por un lado, el mismo dispositivo psicoanalítico coloca en lugar privilegiado la dimensión psicosocial y, por otro, existe una equivalencia estructural entre la identidad personal y la comunitaria: ambas se organizan en torno a una constitución bipolar (e.g. amor y odio, lamentación y reproche). Así, concluye, “se puede hablar, no sólo en un sentido analógico sino también en los términos de un análisis directo, de traumatismos colectivos, de heridas de memoria colectiva” (cf. *op. cit.*: 107). D. LaCapra (2005) propone tomar un camino similar, aunque pone el acento sobre la noción de *trauma* y de su elaboración.

El análisis de los abusos de la memoria que emprende Ricœur descubre cómo se entrelazan las problemáticas correspondientes a las capas individuales y colectivas de la memoria. Del primer nivel de análisis, que responde a un *enfoque patológico-terapéutico*, sólo interesa retener las categorías que ayudan a entender las formas que una comunidad tiene de procesar simbólicamente –o no– el anudamiento fundamental que existe entre historia y violencia:

“No existe comunidad histórica que no haya nacido de una relación que se puede asimilar sin ninguna duda a la guerra. Lo que celebramos con el nombre de acontecimientos fundadores son esencialmente actos violentos legitimados después por un estado de derecho precario. Lo que fue gloria para unos fue humillación para los demás (...) Así se almacenaron en los archivos de la memoria colectiva heridas simbólicas que exigen curación. Más precisamente, lo que, en la experiencia histórica, pasa por paradoja, a saber, *demasiada* memoria aquí, *no suficiente* memoria allí, se deja interpretar bajo las categorías de la resistencia, de la compulsión de la repetición, y finalmente se halla sometido a la prueba del difícil trabajo de rememoración” (*op. cit.*: 108).

En otras palabras, las desproporciones de la memoria pueden encontrar conceptualización y explicación ligando, por ejemplo, la noción de *compulsión de repetición* –donde el recuerdo verdadero se sustituye de manera acrítica por un *acting out*– con el exceso de memoria –que en ocasiones puede transfigurar en sublime un acontecimiento traumático– o con su escases; es decir, con el circular regodeo melancólico o con la omisión perversa, según el caso. Estos polos niegan el verdadero trabajo crítico de rememoración que facilitaría reconciliar el presente con el pasado (y el futuro), rechazan el trabajo de duelo liberador capaz de procesar el vínculo con lo perdido. Una “elaboración del trauma” de este tipo permitiría “distinguir entre el pasado y el presente, y recordar que algo nos ocurrió (o le ocurrió a nuestra gente) en aquel entonces, dándonos cuenta empero de que vivimos aquí y ahora y hay puertas hacia el futuro” (cf. LaCapra, *op. cit.*: 46). Al final del capítulo, retomaré esta cuestión centrándome en el caso local y en la calibración de la memoria justa.

Incorporemos el envés del fenómeno en cuestión: el olvido. El peligro fundamental lo constituyen las políticas efectivas que lo tienen por objeto: los olvidos tácticos de ciertos significantes que, criba mediante, algunos hombres han decidido negar o silenciar; a las amnistías y otras coartadas institucionales que obedecieron a la manipulación estratégica de ciertos grupos. Otras opiniones han defendido la tesis, muy aceptada por la reflexión demasiado ligera, que recordar nos preserva de repetir

los errores pretéritos.¹⁰⁹ En este terreno, el riesgo, empero, es basculante. En su *Segunda consideración intempestiva*, Nietzsche concluía que el exceso de conciencia histórica impedía la creación de la verdadera historia (en tanto *res gestae*).¹¹⁰ No ha sido el único en advertir que la intimación a recordar es una forma de cortocircuitar el trabajo de proyección. Sin la fuerza del olvido, la memoria identifica completamente el futuro

¹⁰⁹ Esta no es, sin embargo, la única lectura que habilita el freudismo. P. Bertrand (1977) sugiere un modelo de funcionamiento del engranaje entre olvido y repetición que complejiza la versión de Ricoeur y LaCapra. A la repetición patológica –cuando el olvido persiste–, se le debe agregar la beneficiosa, la que conduce al recuerdo –cuando en la transferencia analítica el sujeto *abreactúa* el pasado como si fuera su situación presente–. Así pues, es dable sostener que la repetición está también del lado de la memoria, lo cual desbarata la oposición tajante entre estas dos instancias. En Freud, el olvido del preconscious se concibe como fallo de la memoria, es el *olvido negativo*; el olvido inconsciente, en cambio, funciona como una memoria insondable en donde nada se pierde: no hay así verdadero olvido, sino que el preconscious “olvida” aquello que está “almacenado” en el inconsciente. Bertrand denomina a esta memoria inconsciente, *memoria imperialista* y la asimila con la idea hegeliana de la historia que también sería imperialista. Tanto la *memoria imperialista* como la *historia imperialista* subordinan el olvido, que es así experimentado como un fallo, como olvido negativo. Esta historia imperialista es la de los historiadores y tiene como rasgo fundamental urdir, por medio de la datación de hechos, un vínculo causal entre el pasado, el presente y el futuro. Ahora bien, según Bertrand tanto la memoria como la historia tienen un pasado que no se confunde con el tiempo pasado: es su *pasado* propio, el pasado de la memoria y de la historia, el cual, para constituirse como tales, deben reprimir, olvidar. Se trata, en definitiva, de un olvido olvidado por la historia y la memoria, un *olvido positivo*, un olvido de hechos que quedaron al margen de la historia de los historiadores –en las *Tesis de la filosofía de la historia*, Benjamin piensa el acontecimiento revolucionario a partir de este pasado reprimido: de este y no de un pasado fechado puede derivar un tiempo revolucionario–. La delicada cuestión que se presenta es cómo defender este razonamiento frente a los discursos que sostienen, para los sobrevivientes de acontecimientos traumáticos, el deber político y moral de no olvidar, de cultivar la memoria y restituir la verdad y la justicia, no sólo como una deuda contraída con las víctimas, sino fundamentalmente para evitar la repetición de esos acontecimientos. La clave está en la idea de repetición. ¿Las comunidades aprendemos del error? Frente a la evidencia de la reiteración de los errores históricos ¿se puede todavía sostener que existe una diferencia efectiva entre repetición y memoria? Bertrand llega a afirmar que “fascismo recordado es igual a fascismo repetido” (*op. cit.*: 179). Esto no quiere decir que la memoria colectiva no sea condición de la justicia. Pero sí implica considerar detenidamente el trabajo del historiador. Su labor no debe circunscribirse a la datación de una historia verdadera que puede ser apropiada por el Estado de turno –o sea, subordinar el olvido a la memoria–, sino afirmar de manera permanente el *olvido positivo* sobre el trabajo mismo de la historia ya constituida –es decir, subordinar la memoria al olvido–. Se trata, en fin, de escribir en contra de la historia datada y fechada, de su oficialización continua, para, desde ese lugar de enunciación, reclamar justicia. La pregunta por la inconveniencia de olvidar el olvido no debe, sin embargo, obstaculizar el análisis y la crítica de los olvidos instigados desde el poder.

¹¹⁰ Para Huysens, el exceso rememorativo de nuestras sociedades mediatizadas no es el mismo que identificaba Nietzsche. Lejos de proporcionar relatos legitimadores para los Estados, las actuales convulsiones mnemónicas son caóticas, fragmentarias y están propulsadas por la amnesia (cf. *op. cit.*: 37). Hoy día –concluye–, lo necesario no es el olvido productivo sugerido por Nietzsche, sino el recuerdo productivo.

con el pasado. Es indispensable, por tanto, interrogarse sobre la posibilidad de un olvido positivo –inseparable de la justicia y la reparación.

El segundo nivel, el del *enfoque práctico*, concierne a la cuestión de la manipulación de la memoria y del olvido por parte de aquellos que detentan el poder. Las nociones de las que se vale Ricœur aquí son *identidad e ideología*. Los problemas de la constitución de la *identidad* tienen una inescindible relación con la memoria –esta última estructura el componente temporal de aquella–. El aspecto decisivo es, de acuerdo con Ricœur (cf. *op. cit.*: 114), que la manipulación de la memoria es posibilitada por la fragilidad de la identidad, tanto colectiva como personal. ¿Cuáles son las causas de esta fragilidad? Tres son pertinentes para los asuntos que examina esta tesis: la significación equívoca que lleva adherida la idea de lo idéntico, la alteridad mal tolerada (i.e. una trama del vivir juntos donde el otro es percibido como amenaza) y, como ya se dijo, la herencia de la violencia fundadora propia de toda comunidad. Ahora bien, facilitada por los déficits de la *identidad*, la manipulación de la memoria es parte central de los distintos niveles operatoria de la *ideología*.¹¹¹ No desarrollaré ahora la tesis de Ricœur sobre el funcionamiento de lo ideológico, pero sí consigno que la manipulación de la memoria participa de la semiotización de los diversos planos de actuación de la ideología y, para lo que sigue, es interesante –dejando transitoriamente de lado el problema de la ideología como engaño– detenerse en la manipulación de la memoria en su carácter de participante de la construcción de la identidad colectiva y de los relatos que justifican los sistemas de poder. Para ponerlo en términos simples: la fragilidad de la identidad permite la manipulación de la memoria, la cual, a su vez, retunde sobre la arquitectura identitaria.

Cuando juzga los usos y abusos de la memoria, T. Todorov (2000) es menos terminante que Ricœur, dado que, sobre este tema, admite que la verdad puede subordinarse al bien común. Alarmado por fenómenos como la compulsión a las

¹¹¹ El lugar de la noción de *ideología* en los estudios del discurso varía según las corrientes y, como sucedió con la consistencia y cohesión de los idearios, ha sufrido transformaciones a lo largo del tiempo, dando lugar a reposicionamientos teóricos.

conmemoraciones o por el abuso (o usurpación) que hacen algunos actores de su estatuto de víctima –localización que desplaza al resto de los actores hacia la posición de deudor–, Todorov afirma que el rol de los historiadores es seleccionar y combinar aquellos acontecimientos traumáticos cuyo valor ejemplar pueda ser incorporado a un proyecto de construcción del futuro (volveré sobre este tema al final del capítulo). En otras palabras, a través de este razonamiento la pretensión veritativa de la memoria (i.e. la fidelidad del recuerdo al hecho) es desplazada por su dimensión pragmática.

Ambas dimensiones de la memoria, veritativa y pragmática, se congregan en el *deber de memoria*, movilizado por la idea de *justicia* (cf. Ricoeur, *op. cit.*: 119). En efecto, la justicia, al extraer de los recuerdos traumatizantes su valor ejemplar, transforma la memoria en proyecto. Este proyecto le da a la memoria su valor futuro y, fundamentalmente, imperativo. Nos encontramos así, finalmente, en el *enfoque ético-político*, cuya cuestión medular es la del deber (la obligación) de memoria frente a las dificultades de rememoración colectiva de ciertos acontecimientos traumáticos, aún a riesgo de que este imperativo cortocircuite el trabajo de la historia. En este último nivel, el abuso de la memoria no se deja traducir simplemente como parte de una operatoria discursiva de legitimación de un sistema de poder, sino que tiene que ver con el exceso en el manejo de la idea de justicia –por eso el revés y complemento de este nivel es la amnistía, en tanto forma jurídica de abuso del olvido–. Según Ricoeur, este pasaje del deber al abuso puede ser interpretado como el intento de cooptación de las palabras mudas de los damnificados, que está dado por una “dirección de conciencia que se proclama a sí misma portavoz de la demandas de justicia de la víctimas” (*op. cit.*: 121). Este punto, que retomaré al final del capítulo, es central para la intelección del kirchnerismo. R. Robin (2012: 367) parece añadir otra perversión. El “pedagogismo” y la voluntad desmedida por transmitir –obsesión sintomática de la ausencia de trabajo de duelo– interfieren sobre la memoria crítica.

Una buena descripción de los dilemas que se ciernen sobre el tratamiento de los relatos del pasado la proporciona Verón (1999: 130). Cuando observa la construcción

mediática de la memoria sobre un acontecimiento traumático,¹¹² alerta sobre el riesgo de que la *memoria histórica* se convierta en *memoria mítica* y que las conmemoraciones terminen siendo un *ritual* inerte que no hace más que reactualizar el sentido ya construido del hecho rememorado. La *memoria histórica* y la *memoria mítica* plantean formas enfrentadas de organización de la relación entre una comunidad y su pasado. La primera se traduce en una experiencia de la memoria como algo temporal, por lo que la historia es objeto de construcción permanente, de búsqueda de la diferencia, y es el futuro el que subordina al pasado. La *memoria mítica* es, en cambio, intemporal; responde a la concepción de una historia que se repite eternamente, donde la lógica productiva es abandonada a favor de la del “hecho consumado”: es el pasado el que determina el presente y el futuro. Lo importante aquí es el lugar asignado en cada una de estas tramas a las potencialidades transformadoras de los sujetos, que bien pueden conceptualizarse como lugar de la *praxis* y lugar del *pathos* (entendido como padecimiento): mientras que la *memoria histórica* reclama sujetos activos que intervengan en su producción, la *memoria mítica* los condena a soportar aquello para lo cual están predestinados. Desde esta óptica, vale preguntarse cuál es la forma de memoria que inviste el kirchnerismo; cómo apunta a organizar la relación entre la esfera pública y el pasado ¿Cómo rememoración abierta o como cierre litúrgico? ¿Como *praxis* o como *pathos*?

¹¹² La relación entre los medios y la memoria también capta el interés de Huyssens, aunque sus reflexiones apunten a dos flancos del universo mediático: sus formas de representación y su lógica de circulación. Por un lado, busca poner algo de claridad en el habitual debate entre la mercantilización y espectacularización de los acontecimientos traumáticos de una comunidad (i.e. los espectáculos que funcionan o bien como modo de procesar el asedio de los fantasmas de los genocidios o bien como forma de impedir la memoria) y las formas de expresión “serias” y “justas”. Su principal argumento es que no hay que volcar este debate sobre la clásica dicotomía alto/bajo de la cultura modernista. Para Huyssens, conviene “pensar en conjunto la memoria traumática y la del entretenimiento, en la medida en que ocupan el mismo espacio público, en lugar de tomarlas como manifestaciones que se excluyen mutuamente” (cf. *op. cit.*: 25). Por otro lado, la búsqueda de seguridad que, frente a la aceleración cultural, gobierna los intentos de estabilización del pasado (a través, por ejemplo, de operaciones de museificación) son inútiles frente a la presión de los medios, que ponen en circulación un remolino cada vez más veloz de imágenes, discursos y espectáculos.

4. Memoria y discurso

En los estudios del discurso, la reflexión sobre el pasado y sobre la persistencia o recuperación de sus elementos se organizó en dos tipos de problemáticas bien diferentes, aunque en determinadas investigaciones se complementan o implican. Llamemos a estas problemáticas *interdiscursivas* e *históricas*, para distinguir entre dos intereses: por la historia de los enunciados, en un caso, y por los enunciados en la elaboración de la historia y la memoria, en el otro.

Las primeras, de cepa bajtiniana, conciernen al examen de los vínculos entre ciertos enunciados y sus predecesores, sea en los límites de un texto –y se hablará allí de *memoria intratextual* (cf. Cosutta, 1989: 218)–, sea entre textos –*transtextualidad* (cf. Genette, 1989: 14)–, sea en el marco de una interacción –*historia conversacional* (cf. Golopentja, 1987)–, sea, finalmente, en el ámbito específico de una formación discursiva, donde adquiere importancia indagar la existencia histórica de un enunciado.¹¹³ En esta última dimensión, las expansiones teóricas han hecho proliferar el inventario de categorías. Dentro de la tradición francesa, por caso, se habla de *memoria externa*, para referirse a la filiación de una formación discursiva con otras anteriores, de *memoria interna* o *efectos de memoria* (cf. Courtine, 1981: 52; Maingueneau, 1984: 130), para designar el vínculo –que puede ser de oposición, rechazo, refutación o acuerdo– de un enunciado con el conjunto de los producidos anteriormente en el interior de la misma formación, o, si se pretende considerar los reenvíos en instancias configuracionales, de *memoria de los géneros* o *memoria de las situaciones de comunicación* (cf. Charaudeau, 2001). Observar la memoria de un discurso político implica, entonces, analizar los diálogos recurrentes que sus enunciados establecen con otros anteriores, cómo los repiten o transfiguran, en el marco de un conflicto. Según Courtine:

¹¹³ O de todo un dispositivo enunciativo como, por ejemplo, desde la *Teoría de los Discursos Sociales* lo hacen S. Sigal y E. Verón en *Perón o muerte*.

“Ocurre lo mismo con los discursos políticos, a propósito de los cuales la existencia de una memoria discursiva remite a preguntas familiares en la práctica política, como la siguiente: ¿qué recuerdan, y cómo lo recuerdan, en la lucha ideológica, respecto de lo que conviene decir y lo que no, a partir de una posición determinada, en una coyuntura dada, al redactar un pasquín, una moción, una toma de posición? Es decir: ¿cómo permite el trabajo de una memoria colectiva en el seno de una FD [formación discursiva], el recuerdo, la repetición, la refutación, pero también el olvido, de esos elementos del saber que son los enunciados? Finalmente ¿sobre qué modo material existe una memoria discursiva?” (1981: 49).

Asimismo, consignar la memoria como un *efecto* discursivo pone el acento sobre el proceso incesante por el que toda producción discursiva actual reconfigura el universo de las formulaciones ya enunciadas, acrecentando la consistencia y la estabilidad del *interdiscurso* (Courtine, *op. cit.*). Creo, en definitiva, que el empleo metafórico del término *memoria* permite, en este terreno, demarcar fenómenos de repetición cuya constitución es menos limitada que la de la *reformulación* o la del *comentario* y permite hacerlo con un sentido más técnico que el que otorgan términos afines, como *ecos* o *resonancias*; no sólo eso: el fenómeno que estos términos describen posibilitan reflexionar sobre el papel de los discursos en el entramado de la historia y de la memoria de una comunidad. Lo que nos lleva a las segundas problemáticas.

Estas atañen a los estudios del discurso preocupados por: a) Los acontecimientos históricos y los enunciados que se conservan de ellos, preocupación concomitante con la de los historiadores que reflexionan en torno a la discursividad de sus documentos y, en una dimensión más amplia, con la de los historiadores interesados por las formaciones discursivas e ideológicas operativas en determinadas coyunturas.¹¹⁴ b) Los mecanismos por los cuales los distintos tipos de discurso, entre ellos el político,

¹¹⁴ Estos últimos dieron origen a lo que *a posteriori* se denominó *Escuela Francesa de Análisis del Discurso* que proponía, en su primera formulación, una teoría global del discurso que articulaba una base lingüística, una comprensión de los procesos discursivos, una teoría de la subjetividad derivada del psicoanálisis y una perspectiva histórica. Un fresco de esta corriente puede encontrarse en el libro de N. Goldman *El discurso como objeto de la historia*, Buenos Aires, Hachette, 1989.

construyen la memoria colectiva. Obviamente, esta es la problemática que interesa para esta tesis y, por ende, merece un par de puntualizaciones.

En primer lugar, conviene recordar que, para la *Teoría de los Discursos Sociales*, lo discursivo no es reflejo de la realidad externa y preexistente, sino que es constitutivo de lo real, el cual se construye a través de la red semiótica. No es pertinente reponer aquí los frondosos debates originados en las ciencias humanas y sociales en torno al estatus de lo real. Me limito, por eso, a recordar que pensando las relaciones de lo lingüístico y lo extralingüístico desde la semiótica peirceana, Verón propone un dispositivo explicativo que conjuga lo discursivo, la construcción de lo real y el funcionamiento de la sociedad (cf. 1998: 119): lo real no es algo que esté afuera de la semiosis, sino que es construido en su interior, y esta construcción no es individual, sino social.¹¹⁵ Así, el sentido socialmente producido, el discurso, es el fundamento de lo que se denominan representaciones sociales y el organizador de los comportamientos de los actores y grupos. Entre otros, dos corolarios vale retener de lo anterior. Uno: analizar los discursos sociales permite entender la construcción social de lo real. Dos: la organización de los campos sociales (lo económico, lo político, lo cultural, etc.) depende de la semiosis, lo cual no implica que esta semiosis, que atraviesa la sociedad en su conjunto, responda simplemente a un principio de coherencia interna; de aquí se sigue que el campo político está estructurado por un funcionamiento específico de la dimensión significativa.

En segundo lugar, la construcción del pasado se inscribe en los anteriores fundamentos. El pasado no es una entidad presemiótica. Ni es un *retorno*. Se trata de una “elaboración secundaria” efectuada desde las posibilidades y límites del presente. Una reformulación gobernada por una perspectiva, como afirma Halbwachs. O sea: su sentido es socialmente producido (sentido que sirve para organizar y orientar las

¹¹⁵ Esta lectura de Verón es posible porque, a diferencia del inmanentismo saussureano, la definición de signo de Peirce incluye la representación del objeto. También por esta vía fija su posición en una controversia, que no cabe reconstruir aquí, sobre las determinaciones entre los componentes del signo, pero que implica concebir al *objeto* como un *tercero*, o sea, como un *objeto dinámico* definido como una suma de representaciones; por eso puede determinar al signo (cf. Verón, *op. cit.*: 118).

acciones). Desde hace tiempo que los historiógrafos enseñan que las historias nacionales son el relato a través del cual una nación se auto-constituye y legítima. La interpretación de esa elaboración semiótica se desprende de las estrategias conceptuales, lingüísticas y estructurales que los actores ponen en obra. Para el caso específico de los historiadores y de la Historia, H. White designa ese reconocimiento como la *estructura profunda de la imaginación histórica*, que puede estar organizada, según los modos de selección y combinación de los hechos que componen el relato, como explicación por la trama, por la argumentación o por implicación ideológica (cf. 1998: 18). Aunque resulte sugerente para pensar la semiotización del pasado, hay que moverse con cautela ante esta tesis historiográfica: reconocer que la historia no puede elucidarse y escribirse sino bajo el orden del discurso, no puede hacernos olvidar que el acontecimiento pretérito ejerce cierta coerción sobre el relato histórico. Como sea que se los conceptualice, los principios de la elaboración del pasado son un dato central de todo discurso, inclusive el de la política. Sobre las representaciones e imaginarios de los acontecimientos que integran el pasado de la comunidad –o, como decía al principio del capítulo, negándolas–, los distintos posicionamientos políticos construyen y organizan su propia *memoria*.

4.1. Memoria y discurso de la política

Estudiar la memoria de un posicionamiento político implica, entonces, explorar el trabajo de los discursos (lo simbólico) sobre la relación (imaginaria) que un colectivo establece con su pasado. No interesa considerar sistemáticamente la datación y apropiación oficial de la historia, sino tan sólo un aspecto del ejercicio de la palabra pública por parte de la instancia política argentina, a saber: su intervención sobre la memoria de la comunidad y las representaciones del pasado, observado a través de recortes que pueden suponerse aventajados, como ser la palabra proferida en eventos de conmemoración y en una época –la que rodea a la celebración de nuestro

Bicentenario– vivificante para la gimnasia rememorativa. En otros términos, el objetivo de esta investigación fue analizar operaciones (de rememoración) en un género (conmemoración) y en un momento determinados.

Ahora bien, el análisis debe tener en cuenta que la construcción de la memoria por parte de la discursividad política se encuentra, por lógica, sujeta a restricciones. Ya me referí a las que impone el mismo acontecimiento pasado. Otra de las más importantes es la conflictividad del campo. Cada grupo hace una selección y combinación de acontecimientos –y consecuentemente incurre en una serie de olvidos– en función del lugar que ocupa en la órbita de las controversias políticas; los delimita, nombra, evalúa, etc., es decir, les asigna un sentido particular creando y estabilizando así una serie de recuerdos orientados a configurar el imaginario colectivo con el objetivo de legitimar posicionamientos y activar estrategias de acción política y social. Esta adjudicación de sentido no responde únicamente a funciones instrumentales: interviene, correlativamente, en las modulaciones identitarias y es en este plano donde se vuelve pertinente la ponderación de los usos y abusos de esa inflexión a las que me refería más arriba. La capacidad de los distintos grupos para generar su memoria responde a su posición en la dinámica de los antagonismos: aquellos que logran una posición dominante pueden oficializar su memoria, o sea, convertirla en *Historia*¹¹⁶ –y, como correlato, condicionar o directamente despojar a otros grupos de la posibilidad de narrarse a sí mismos–. Podemos decir, entonces, que parte de la producción de enunciados de cada discurso de la política está sujeta a una *gramática rememorativa* o *archivo*. Pensar y estructurar estos fenómenos desde los estudios del discurso permite observar, a partir de su persistencia o ausencia en los enunciados, los idearios y

¹¹⁶ Otra jurisdicción de esta conflictividad es el desigual acceso a las formas de objetivación de la memoria (e.g. los depósitos y transmisores de información). Ante el acrecentamiento de la capacidad social de memoria –las nuevas tecnologías son capaces de almacenar y conservar un gran volumen de fragmentos–, se torna crucial la desigual distribución, entre grupos y clases, del poder de acceder a esos dispositivos y la gestión de la información sobre el pasado por parte de las instituciones que los detentan. Es en este punto que tiene alguna conveniencia incorporar la noción de *memoria excedente*: la presente en una comunidad, pero no disfrutada por el individuo (Montesperelli, 20005: 46). Por otra parte, las nuevas tecnologías y el carácter virtual de la memoria objetivada abren otro abanico de problemáticas (e.g. cómo la tecnología digital trastoca los mecanismos de creencia) (cf. Robin, *op. cit.*: 461).

políticas que administran los esfuerzos de rememoración, los recuerdos, los lugares de memoria, la narración de la historia colectiva (con sus traumas, imposturas y paramnesias), las prácticas conmemorativas, la construcción de los acontecimientos, etc. Permite, en definitiva, explorar la organización de todo aquello que se le arrebató al flujo incesante de la curva hacia el olvido.

5. La memoria en el discurso de la política argentino. Análisis

5.1. La *conmemoración*: el discurso de la política y el uso de la memoria pública

Para estudiar el aspecto rememorativo de la mecánica del discurso kirchnerista, me centré –repito– en el análisis de los textos producidos en actos de conmemoración, sea de fechas patrias estabilizadas desde hace tiempo en el calendario oficial, sea incorporadas por este gobierno.

La construcción de la memoria –y los olvidos implicados en esa operación– tienen como momento propicio y ostensible –sin que esto sea una ponderación de su efectividad– los eventos *conmemorativos*, destinados a rememorar los orígenes comunes de los individuos de un colectivo. La eficiencia de esa puesta en escena de la voluntad cohesiva de un grupo parece cuestionada, en las complejas sociedades contemporáneas, por varios factores. La reflexión sobre esta situación no debería limitarse a los aspectos ya mencionados: los conflictos entre las memorias y tradiciones de los diversos grupos (y la erosión de la de los derrotados) o el acceso desigual al capital de memoria objetivado, sino que está obligada a considerar que, como lo sostiene la *Teoría de los Discursos Sociales*, los sujetos son punto de paso de la red social de sentido o, para especificarlo mejor, lugar de intersección de los flujos de la memoria colectiva. Nada impide, entonces, la inscripción o diálogo de cada individuo en más de una memoria –asunto privilegiado de los estudios situados en la instancia de reconocimiento.

Ahora bien, las prácticas conmemorativas participan, como se dijo, de un fenómeno que se ha transformado en un espacio señaladamente antagónico del campo político y cultural argentino: el de la rememoración, propiciada por el Estado, de los acontecimientos traumáticos. Esta gestión no tiene nada de extraño, ni en esta ni en otras geografías: como se señaló, aunque el Estado luego procese las heridas simbólicas y las legitime, los acontecimientos que se celebran como fundadores de una nación son por lo general episodios de violencia, en los que se reparte la gloria y la humillación entre los integrantes de la misma comunidad. Sin embargo, no es posible dejar de señalar algunos de los riesgos que se le presentan al poder político en esta elaboración. Ya se aludió a uno: la administración de los conflictos entre memoria colectiva e individual y las situaciones paradójicas y patológicas que se desprenden del *doble vínculo* planteado por la exigencia de acordarse.

Viene al caso recordar aquí la fórmula de E. Renan en su célebre ensayo *¿Qué es una nación?* quien, lejos de postular el olvido, demandaba, de manera positiva, un zócalo conmemorativo de la nación basado en la glorificación de los muertos compartidos por los distintos grupos, lo cual opacaría así el valor de las muertes susceptibles de plantear una división frente a esa memoria sacralizada. Del mismo modo, no queda fuera de contexto repasar las metamorfosis que sufrió la conmemoración en Francia durante las últimas décadas del siglo pasado, consignadas por P. Nora en su monumental *Lugares de memoria*. No se trata de plantear procesos isomórficos con lo que sucedió en Argentina durante el presente siglo, sino de proporcionarnos una guía de reflexión. La idea de Nora es que, con el declive del modelo de identidad nacional centrado en el Estado Nación, la conmemoración se desplazó desde una vocación histórica hacia una obsesión patrimonialista donde la pluralidad y heterogeneidad de grupos, identidades y experiencias sociales carcome la función aglutinante del mito. La *historia nacional* fue paulatinamente sustituida por la *memoria*, cuyo correlato es la promoción del patrimonio y su cristalización en el monumento, con su topografía espectacular y su nostalgia arqueológica. La

solidaridad entre el futuro y el pasado que le sirve de garantía, dio lugar a la solidaridad del presente y la memoria (*apud* Ricœur, *op. cit.*: 527).

Pasemos ahora al plano discursivo de la conmemoración. Según R. Wodak y R. De Cillia (2007) cabría encuadrar la palabra conmemorativa en el espacio del discurso epidíctico *lato sensu* –sin dejar de tener en cuenta que no hay ejemplares puros, sino textos que muestran la prevalencia, no la exclusividad, de rasgos que definen una genericidad–. ¿Por qué pertenecerían a la familia de los epidícticos los enunciados conmemorativos? Porque elogian y/o condenan momentos del pasado y del presente de una nación. Como se señaló, refieren mayormente a gestas (individuales o colectivas, bélicas o revolucionarias) o a decesos de figuras que la historiografía transformó en próceres. Vale decir, no es el tópico el que eventualmente produce la tensión afectiva, sino la significación que se le asigna dentro de la historia de un país. Pronunciado en días de evocación derivados de la “magia” de las coincidencias numéricas en un calendario, el discurso conmemorativo tiene varias funciones: una memorística, dado que “recupera” zonas del pasado, por lo general ligadas al origen de una comunidad, para legitimar o deslegitimar una zona del presente, en función de las analogías entre el ayer y el hoy que el locutor sea capaz de trazar, lo cual era, según vimos, una operación típica de Cristina Fernández de Kirchner; otra didáctica, ya que vehiculiza valores y creencias que otorgan una identidad aglutinante al grupo, en pos de determinadas acciones futuras.

¿Cómo hemos procedido metodológicamente en el análisis? Para esta exploración se decidió, sobre la base de la agrupación genérica descrita arriba, considerar las marcas presentes en la superficie textual. Es decir, en los mensajes pronunciados en actos conmemorativos, se apuntó a detectar y aislar las continuidades y las variaciones (novedades o discontinuidades) de las operaciones que ponían de manifiesto determinados objetos de rememoración; se reconocieron hechos, agentes y acontecimientos recordados en los textos, cuyo inventario permitió delimitar la memoria de un discurso. Como el objetivo es describir funcionamientos, la lectura se

dirigió a marcas que tuvieran carácter sistemático. Por ende, para el análisis no fueron consideradas:

- Las alusiones generales, que no definan un acontecimiento o hecho puntual, es decir, que no tengan forma de *recuerdo* (e.g. “nuestro pasado está pleno de fracasos, dolores, enfrentamientos, energías malgastadas en luchas estériles” (NK. 25.05.2003).
- La mención de *hábitos* sin que forme parte de una red semántica o una serie de reiteraciones.
- Las referencias al pasado forzadas por las circunstancias de conmemoración, (e.g. referirse a la declaración de la Independencia en el acto del 9 de Julio), cuando no formen parte de una estructura significativa para este análisis (e.g. no se apartan de la historiografía oficial y de las escenas enunciativas estereotípicas). No ignoramos, de todos modos, que en todo acto conmemorativo a cargo del gobierno existen referencias al pasado construido por la historiografía oficial y que allí se involucran operaciones discursivas específicas.¹¹⁷

¹¹⁷ Un ejemplo: el uso de la *imago virtutis* o figura ejemplar que encarna una virtud. Se establece una figura de la historia (Belgrano, San Martín, abuelos inmigrantes, etc.) que posee los atributos generales (voluntad, coraje, etc.) que habría que imitar para ocupar el conjunto que ellos habitan (el de “patriotas”, “próceres”, etc.). La novedad que introduce el discurso kirchnerista es la ampliación del elenco de figuras ejemplares, como las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo (e.g. “Tenemos que tomar las cosas con la firmeza que tuvieron estos héroes, las abuelas Sonia, Estela, Hebe, las Madres, los Hijos que solos, hace 30 años, emprendieron la tarea y acá están con nosotros”). El discurso macrista evita, por supuesto, estas figuras. Tal vez sea más apropiado decir que soslaya o minimiza las referencias a la historia. Se podrá argüir que, por su estatuto, el discurso de un jefe de gobierno no requiere evocaciones que interpelen el imaginario nacional. Ciertamente, esa condición admite ser aprovechada como una táctica, la de erosión de la historia, en el marco de una estrategia de diferenciación y oposición con respecto a la discursividad kirchnerista, pródiga en remisiones al pasado.

5.2. El fundacionalismo permanente o todo tiempo pasado fue peor

Comencemos por el principio, aunque sea una licencia sobre la propia restricción genérica que me impuse en la metodología de trabajo. En el discurso *de asunción* de Néstor Kirchner, pronunciado ante la Asamblea Legislativa el 25 de mayo de 2003, se ponen de manifiesto, con mayor o menor desarrollo, los principales objetos de rememoración que van a aparecer una y otra vez en sus alocuciones y en las de su sucesora, lo que demuestra la importancia estratégica que la reminiscencia tuvo y tiene para esta entidad política. Cito largamente ese mensaje:

- (i) *“A comienzos de los ochenta se puso el acento en el mantenimiento de las reglas de la democracia y los objetivos planteados no iban más allá del aseguramiento de la subordinación real de las fuerzas armadas al poder político. La medida del éxito de aquella etapa histórica no exigía ir más allá de la preservación del estado de derecho, la continuidad de las autoridades elegidas por el pueblo. Así se destacaba como avance significativo y prueba de mayor eficacia, la simple alternancia de distintos partidos en el poder. En la década de los noventa, la exigencia sumó la necesidad de la obtención de avances en materia económica, en particular en materia de control de la inflación. La medida del éxito de esa política la daban las ganancias de los grupos más concentrados de la economía, la ausencia de corridas bursátiles y la magnitud de las inversiones especulativas, sin que importaran la consolidación de la pobreza y la condena a millones de argentinos a la exclusión social, la fragmentación nacional y el enorme e interminable endeudamiento externo. Se intentó reducir la política a la sola obtención de resultados electorales; el gobierno, a la mera administración de las decisiones de los núcleos de poder económico con amplio eco mediático, al punto que algunas fuerzas políticas en 1999 se plantearon el cambio en términos de una gestión más prolija pero siempre en sintonía con aquellos mismos intereses. El resultado no podía ser otro que el incremento del desprestigio de la política y el derrumbe del país. En este nuevo milenio, superando el pasado, el éxito de las políticas deberá medirse bajo otros parámetros, en orden a nuevos paradigmas. Debe juzgárselas desde su acercamiento a la finalidad de concretar el bien común, sumando al funcionamiento pleno del estado de derecho y la vigencia de una efectiva democracia, la correcta gestión del gobierno y el efectivo ejercicio del poder político nacional en*

cumplimiento de transparentes y racionales reglas, imponiendo la capacidad reguladora del Estado ejercida por sus organismos de contralor y aplicación” (NK. 25.05.2003).

Los momentos históricos rememorados en este fragmento son la década del 80 y la del 90, a través de una interpretación orientada a hacer inteligibles, *grosso modo*, los cambios en las sucesivas etapas políticas postdictatoriales. Lo hace, en un nivel macroproposicional, ordenándolos por décadas, sin identificar gobiernos, partidos, posicionamientos políticos o, incluso, nombres propios. No se trata, pues, de una sucesión de acciones –es decir, hechos motivados por la intervención humana–, ni tampoco de acontecimientos sin agentes responsables –dado que no se exponen las causas–, sino de la explicación de distintos paradigmas que se encadenan por una sucesión cronológica. Así, todo parece más consecuencia de un *zeitgeist* que de acciones políticas, aunque sus referencias pueden ser sobreentendidas por los destinatarios de ese texto. Si bien la cronología es marcada, la conexión lógica es más débil. El encadenamiento llega hasta el presente cuando, a partir del anuncio de un punto de inflexión, se comenzará a superar los paradigmas anteriores que fueron deficientes o perniciosos, por lo que se instala la idea de ruptura, operada, en el nivel micro, por el pasaje del componente descriptivo al prescriptivo –no al programático, lo cual es llamativo–. Hay así un vestigio de relato, pues lo enunciado se expresa a través de una sucesión temporal que pone las bases para una inminente transformación que se producirá de ahora en adelante. En resumen, el pasado reciente, cuya presentación como un todo negativo desdibuja las diferencias entre décadas –aunque *todavía* no es un bloque–, queda escindido del presente por la construcción discursiva de lo que J. Zelaznik (2011) denomina “narrativa fundacional” y G. Aboy Carlés llama un “efecto de frontera” entre dos tiempos históricos, sobre el cual afirma:

“Este proceso de demonización del pasado y elaboración de un futuro venturoso puede, sin embargo, verse facilitado cuando muestras

arquetípicas de ese pasado aparecen en una dimensión presente y pueden ser organizadas en el discurso de quien se asume como constructor de un nuevo horizonte bajo la forma de riesgo, riesgo de un retroceso hacia un punto que él mismo ha definido como calamitoso.” (2001: 187).

Se procura de esta manera instaurar en el imaginario colectivo el relato de una situación caótica –propiciado por el ritmo regular de las crisis socio-económicas y de vacío de poder– y del posterior resurgimiento, del origen de la recuperación, etc. que se iniciaría con el nuevo gobierno –o que se ha iniciado con el gobierno anterior, como veremos en el caso del discurso de Cristina Fernández de Kirchner, ya que en él se busca cierto tipo de continuidad–. Es una operación típica del discurso de la política argentino. Se sabe, además, que una situación descrita como caótica funciona como legitimación de medidas gubernamentales excepcionales, al hacerlas aparecer como inevitables. En otros términos, se trataría de una forma de estabilizar la percepción de un proceso para los destinatarios, de organizar una “mitología” que intenta fijar, en un pasado cercano, el tiempo del caos, como un momento previo al ciclo de gobierno kirchnerista, aunque sin instaurar necesariamente la culpa colectiva.

Al igual que lo hace el kirchnerista, el discurso macrista construye el presente como punto de inflexión y el pasado inmediatamente anterior como negativo, pero este último no es expuesto en una secuencia de acontecimientos históricos escandidos de manera precisa, sino que es una mera descripción del estado de las cosas hasta su llegada. Tomemos, como ejemplo, el discurso de asunción de Mauricio Macri como Jefe de Gobierno de Buenos Aires:

- (ii) “Hace años que en la Ciudad venimos sufriendo los mismos problemas. Todos los días vemos el caos en el tránsito, el deterioro de las escuelas públicas, la basura tirada en la calle, la contaminación, el mal estado de las veredas y las calles, y las colas en los Hospitales públicos. También vemos la dura desigualdad social, chicos

trabajando en la calle, la exclusión de personas con discapacidad, jóvenes que no consiguen trabajo, personas durmiendo en cualquier parte. No podemos permitir que esto siga así. Y no lo vamos a permitir. Es increíble que esto ocurra en la Buenos Aires que fue sinónimo de igualdad de oportunidades y ascenso social. Debemos trabajar todos juntos para que la pobreza y la exclusión sean superadas por la integración, la cohesión social y la dignidad. Esta inclusión también nos ayudará a crear condiciones para revertir la locura de la inseguridad, que día a día nos desintegra como comunidad. Debemos parar al crimen y al narcotráfico que quieren robarles el futuro a nuestros hijos. Les propongo recuperar la Buenos Aires que conocieron nuestros abuelos. Esa Buenos Aires en la que las familias se juntaban en la vereda a tomar mate y a conversar con los vecinos. La Ciudad solidaria y generosa que albergó a los inmigrantes y fue un ejemplo ante el mundo. Esa Buenos Aires que con gran amplitud de criterios y pluralismo desarrolló la maravillosa cultura que tenemos hoy, y que es admirada por el mundo. Para lograrlo debemos ser capaces de pasar del diagnóstico a la solución” (09.12.2007).

A la queja indignada por los desaciertos de las gestiones precedentes, se le suma la denuncia por la degradación de los hábitos. Tal como se sostuvo más arriba, en su afán de renegar de lo político y de la política en sus discursos, desplaza en muchas ocasiones su vocabulario hacia lo cultural. La cosa pública es dicha principalmente como cuestión antropológica. El macrista es un discurso sin acontecimientos históricos concretos. Estamos frente a operaciones distintas: mientras el primer discurso institucional kirchnerista propone una intelección del pasado reciente como un proceso estudiosamente segmentado, el macrista lo presenta como un conglomerado de experiencias y percepciones negativas comunes al enunciador y al destinatario; a salvo queda esa Edad de Oro de los abuelos mateando sobre la que retornaré.

El otro núcleo de evocación kirchnerista prefigurado en el discurso de asunción del cargo de presidente remite a la década del 70. Este momento histórico va a ser, sin

dudas, el de mayor peso y productividad en la economía funcional de este discurso. En este primer mensaje, no obstante, la referencia no pasa de una alusión.

- (iii) *“Formo parte de una generación diezmada. Castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada. No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo. Eso constituye en verdad un ejercicio de hipocresía y cinismo. Soñé toda mi vida que éste, nuestro país, se podía cambiar para bien. Llegamos sin rencores pero con memoria. Memoria no sólo de los errores y horrores del otro”*.

Dos aspectos me parece necesario adelantar en función de esta última cita. Por una parte, las operaciones involucradas en el sintagma “generación diezmada”; por otra, cómo estos recuerdos son evocados en tanto componentes de una memoria personal. Como bien señala A. Montero (2012: 91), el enunciador opera su inscripción en la generación de militantes de la década del 70, reivindicando sus valores, ideales y creencias –lo que, por otra parte, les ha permitido a los analistas y comentaristas de este discurso usar voces como “militancia setentista” o “setentismo”¹¹⁸–. Esta identificación no sólo va a impactar en la configuración enunciativa y en la construcción de colectivos (aquí el *yo* se erige como representante de la memoria de un *ellos*), sino también en la gestión de las situaciones emocionantes a partir de una figura presidencial que no claudica en el ejercicio de aquellos valores, a los cuales reivindica y representa (véase cap. V). Esta configuración apela, asimismo, a elementos enunciativos, retóricos y temáticos propios del género *testimonio* –particularmente del testimonio de los sobrevivientes de acontecimientos traumáticos– como ser la implicación del narrador en los hechos –según Ricœur (*op. cit.*: 211), la frase que condensa esta posición es “yo estaba allí”–; la incorporación de detalles para favorecer

¹¹⁸ Por ejemplo, Laclau ha afirmado públicamente que “El Gobierno tiene todos los ideales del setentismo, menos el militarismo. Esa renuncia al militarismo es muy importante” (*La Nación*, 20/11/2011).

el efecto de sentido de que se trata del relato de la “verdad íntima”; y el otorgamiento de prioridad al aspecto afectivo por sobre el político-ideológico (alguno ejemplos se expondrán más abajo). En otras palabras, la memoria de los sucesos políticos de la década del 70 va a ser recuperada discursivamente, por parte de la palabra presidencial, bajo la forma del *testimonio personal de la militancia*, fusionando, de alguna manera, tres universos: el de la *historia*, el de la *memoria colectiva* y el de la memoria personal. En lo que atañe a la noción de *generación*, percibida como una formación histórica singular que privilegia la solidaridad horizontal por sobre la vertical, P. Nora (*apud* Ricœur, *op. cit.*: 524) alerta sobre los problemas ligados a la construcción de la historia desde esa entidad, pues impone una mitología unidimensional. Al fijarla como objeto de evocación, y al hacerlo con los atributos que veremos más adelante, el discurso presidencial tiende a consolidar la conciencia de esa generación y a promocionar, por sobre otras, su lectura del pasado reciente.

5.3. Una propuesta nocional: el *archivo*

Propongo detener de momento la exposición del análisis para introducir una serie de precisiones terminológicas, con el objetivo de cubrir cierta vacancia conceptual y aportar soluciones heurísticas. Estimo que abordar, desde la *Teoría de los Discursos Sociales*, la cuestión de la rememoración en un *corpus* político implica indagar, observando las restricciones sistemáticas que muestran los discursos para las operaciones de su producción, las reglas que organizan:

- a) Los *lugares de memoria*¹¹⁹ de los que se habla (e.g. la militancia de los años sesenta y setenta), sea que hayan persistido en la discursividad social, sea que se los

¹¹⁹ El término lo tomo –es evidente– de P. Nora, aunque no siguiendo de manera estricta el alcance (objetual) que él le otorga. Más bien me interesa, a fin de subrayar su dimensión persuasiva, el juego que permite la homonimia con *lugar* (o *topos*) tal cual lo entiende la teoría de la argumentación: esquema

recupere; vale decir, responden al interrogante ¿de qué zona del pasado es posible hablar? (correlativamente, se podrían injerir los *lugares de olvido* u *olvidados* para figurar el *olvido activo* de los distintos posicionamientos). Estos *lugares de memoria* pueden pensarse como una unidad significativa mínima de rememoración, con una autonomía semántica que los hacen susceptibles de migrar de texto en texto –donde anclarían en parcelas de dimensión variable (e.g. varias frases)–, aunque guardando siempre una configuración reconocible. Se trata de una entidad equiparable al *motivo* de la narratología o, quizás mejor, a la *lexía*, la unidad de lectura de la crítica literaria inmanentista (cf. Ducrot & Todorov, 2003: 254).

b) La *memoria interdiscursiva*, esto es, el acervo de enunciados indicadores de *lugares* que se conservan en la memoria colectiva (e.g. “Patria Grande”, “El proceso”) y se reutilizan para convocarlos, en la larga duración, con los previsibles desplazamientos de sentidos.

c) La puesta en funcionamiento de A) y B) en un acto enunciativo a través de una *operación de rememoración*.

d) Las modalidades posibles de estructuración discursiva y articulación sintagmática de esos *lugares de memoria*.

e) Los límites y formas de su *apropiación*, esto es, qué locutores tienen derecho a utilizarlos y los posicionamientos que ocasiona ese empleo. Lejos de ser libres, algunos temas son sólo accesibles a ciertos cargos, estamentos o figuras de los distintos espacios políticos. El diseño estratégico de la palabra política parece hoy por hoy acentuar estas restricciones (e.g. sobre un tópico que compromete al gobierno, habla un ministro pero no el presidente).

f) Los elementos ajenos al discurso analizado que funcionan como *condiciones de producción* de esta organización.

discursivo característico de una operación argumentativa. Además, me resultó preferible a términos equivalentes empleados por otros autores, como *cronotopo* –correlación dominante de motivos espacio-temporales–, que Bajtín utiliza para la novela y Narvaja de Arnoux (2008: 63) para el discurso político.

Este ámbito de la producción enunciativa relacionado con el pasado de un grupo bien podría denominarse *archivo* de la gramática de producción o, de manera menos elegante, *gramática archivística*. Por su circunscripción al terreno de la memoria, este uso se aparta un poco del de la categoría propuesta por M. Foucault (1996), toda vez que este define el *archivo* como el sistema general de formación y transformación de los enunciados (i.e. está exclusivamente centrado en la memoria interdiscursiva), dándole una extensión casi similar a la que más tarde M. Angenot (2010) le otorgará a *hegemonía*.¹²⁰ Tampoco coincide del todo con el alcance que le da Maingueneau (1993), para quien el término, que se erige como reemplazo de *formación discursiva* –demasiado débil para especificar la noción de discurso–, designa al conglomerado de enunciados correspondientes a un mismo posicionamiento, inseparables de una memoria y de las instituciones que legitiman la toma de la palabra por parte de un grupo.¹²¹ En definitiva, aquí trato de congeniar ambos sentidos, el de los enunciados producidos y el de la gramática que los produce. Es tarea que le compete a analista del discurso describir las operaciones que dan lugar, por ejemplo, al *archivo* del discurso kirchnerista o al *archivo* del discurso macrista.

5.4. Nuestros años setentas

5.4.1. 76, (80), 90

Retomemos. Habíamos visto que uno de los recuerdos fundamentales que movilizan las operaciones de rememoración de Néstor Kirchner remite a los acontecimientos

¹²⁰ Entendida como “un conjunto complejo de reglas prescriptivas de diversificación de lo decible y de cohesión, de coalescencia, de integración” que regula al discurso social (*op. cit.*: 24).

¹²¹ Evidentemente, la función que le doy es tanto conceptual como metodológica, a diferencia de lo que hacen M. Pêcheux y C. Fuchs (1975: 29), que, con el término *materiales de archivo*, se refieren a los *corpus* obtenidos a través del recorte efectuado por el analista entre los enunciados conservados.

políticos de los 70. En realidad, la referencia a esa década encierra dos lugares de memoria.

Por un lado, Los idearios, acciones y prácticas de la última dictadura cívico-militar (1976-1983). Cito algunos ejemplos:

- (iv) “Entre todos tenemos que repensar profundamente esta Argentina, la tenemos que ir levantando ladrillo tras ladrillo con mucho esfuerzo y, más allá de la visión que cada uno tenga, más allá del concepto filosófico que cada uno tenga pero teniendo en claro este principio central que es la recuperación entre todos, que es una tarea conjunta de *la dignidad avasallada y perdida por las políticas que se profundizaron en la década del 90 y que empezaron en 1976*” (NK. 13.08.2003).
- (v) “Es muy difícil la recuperación de la Argentina, yo les puedo asegurar que no es una tarea fácil y ustedes lo saben bien. Bien marcó Julio (Julio César Urien) que *venimos de una explosión inédita del 2001. Los argentinos de todos los sectores por primera vez vivimos de cerca prácticamente la desintegración nacional y la recuperación de millones de excluidos, de la pérdida de fuentes de trabajo, de la pérdida del capital nacional, de la entrega del patrimonio nacional que tuvieron los argentinos no sólo durante el proceso que nos tocó vivir en la dictadura militar, sino lamentablemente también profundizado en algunas etapas de la democracia* y esto tenemos que decirlo con absoluta sinceridad, duele decirlo pero fue así. Tampoco jamás se nos pudo ocurrir a nosotros que en *un gobierno de la democracia y en un gobierno que provenía del propio partido, al que pertenecemos muchos de los que estamos acá, se profundizaron políticas que llevaron a consolidar la exclusión, a la destrucción del capital nacional*” (NK – 17.11.2005).
- (vi) “El *poder dictatorial* pretendía así que el pueblo todo se rindiera a su arbitrariedad y su omnipotencia. Se buscaba una sociedad fraccionada, inmóvil, obediente, por eso trataron de quebrarla y vaciarla de todo aquello que lo inquietaba, anulando su vitalidad y su dinámica y por eso prohibieron desde la política hasta el arte. Sólo así podían imponer un *proyecto político y económico* que reemplazara al proceso de industrialización sustitutivo de importaciones por un nuevo modelo de valorización financiera y ajuste estructural con disminución del rol del Estado, endeudamiento externo con fuga de capitales y, sobre todo, con un disciplinamiento social que permitiera establecer un orden que el sistema democrático no les garantizaba.

Para el logro de estos objetivos querían terminar para siempre con lo distinto, con lo plural, con lo que era disfuncional a esas metas. Ese modelo económico y social que tuvo un cerebro, que tuvo un nombre y que los argentinos nunca deberemos borrar de nuestra memoria y que espero que también la memoria, justicia y verdad llegue, se llama José Alfredo Martínez de Hoz.

Lamentablemente, este modelo económico y social no terminó con la dictadura; se derramó hasta fines de los años 90, generando la situación social más aguda que recuerde la historia argentina. Víctima de ese modelo fue el pueblo, que sufrió empobrecimiento y exclusión, de las que todavía hoy afrontamos las terribles consecuencias. Lamentablemente, los verdaderos dueños de ese modelo no han sufrido castigo alguno. En los momentos terribles de la noche dictatorial, fueron mujeres y hombres, pero sobre todo mujeres, mujeres, las que se organizaron para enfrentar a la barbarie, Madres y Abuelas de Plaza de Mayo” (NK – 24.03.2006).

- (vii) “Es una emoción profunda encontrarme con hermanos y hermanas que la mayoría de ellos forma parte de *los dos grandes exilios que vivió la Patria, el exilio del terrible y horroroso golpe de 1976* que dejó sobre las espaldas de la Patria 30.000 desaparecidos, impunidad, quiebre de valores, y se llevó la parte más lúcida y más importante de nuestra generación, y el país lamentablemente sintió duramente esa pérdida. *El otro exilio fue el de la década del 90, las conclusiones finales del proyecto elaborado por la dictadura militar a través de Martínez de Hoz, que tuvo su reflejo en la etapa democrática que nos tocó vivir en la década del 90*” (NK – 22.06.2006).

Digamos, primeramente, que la operación de rememoración de la última dictadura cívico-militar lleva por lo general soldada la de la década de los 90 como la etapa final de un único proceso o, como señala Montero (*op. cit.*: 85), de un mismo *bloque* histórico. Ese segmento temporal condensado se simboliza como un único lugar de memoria. Pero el efecto de continuidad de este arco se ve agrietado por la omisión de referencias al gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989), el cual, no obstante, parece estar tácitamente afectado al mismo proceso (“este modelo económico y social no terminó con la dictadura; se derramó hasta fines de los años 90”).

En realidad, las referencias al período de Alfonsín son escasas en el discurso del kirchnerismo sobre el pasado reciente. En (i) solamente se alude a su accionar en el sostenimiento de “las reglas de la democracia” y el control de las Fuerzas Armadas – cuyo resultado, aunque no se lo diga, puede leerse como deficitario–. El reconocimiento de esa etapa es, por ende, mínimo, como mínimos parecen ser sus éxitos. Justamente, por parte de voces políticas e intelectuales fue criticada la omisión, en los mensajes de Néstor Kirchner, de los logros de la gestión alfonsinista en términos de derechos humanos y políticas de la memoria. El asunto es analizado por Montero (*op. cit.*: 109). Lo que estaría en juego en este olvido es, por un lado, la propia identidad política del kirchnerismo –en parte asentada sobre sus diferencias con los gobiernos de Alfonsín y Menem, su afinidad con los discursos de ciertas organización de derechos humanos, su recuperación de los valores de la militancia– y, por otro lado, su legitimación, a la cual esta elipsis contribuye con la producción de los efectos fundacionales que ya referí (i.e. posicionarse como el primer gobierno democrático en condenar las atrocidades de la dictadura¹²²) y con la construcción de un linaje histórico propio.

Este bloque posee, sin embargo, una discordancia en su interior. Mientras que el modelo de la dictadura tiene agentes explicitados, Martínez de Hoz, su prosecución en los 90 parece ser un acontecimiento sin responsables: no se nombra a Carlos Menem ni el hecho de que fue elegido democráticamente en dos oportunidades. En todas las alocuciones de Néstor Kirchner este proceso es desagentivado: se pone en primer plano la acción (e.g. “los argentinos fueron/fuimos inducidos/persuadidos”), pero se suprime el agente activo –cuya reposición no puede presumirse unívoca por la instancia de reconocimiento– y se disuelve la responsabilidad del agente pasivo en una generalización (¿todos los argentinos fueron inducidos?) que incluso algunas veces

¹²² En el discurso del 24/03/2004, Néstor Kirchner dice “(...) si ustedes me permiten, ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como Presidente de la Nación Argentina vengo a pedir perdón de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia por tantas atrocidades.

comprende al enunciador, morigerando así también su responsabilidad individual en los hechos referidos y, entiendo, la fuerza crítica de su enunciado.

En suma: este discurso no relata la dictadura como un proceso aislado, sino como el resultado de una orquestación perversa que comprende los estratos políticos, económicos y sociales, y cuya continuidad desencadena la crisis del 2001. Este es el nudo del cual la experiencia kirchnerista es su desenlace. La operación de rememoración que encabeza la última dictadura no consiste, por ende, en una reminiscencia histórica datada, sino que se esquematiza un proceso que estaría así en las condiciones de aparición del kirchnerismo y cuyos efectos perduran hasta el presente.¹²³ En el plano discursivo, por ejemplo, suministra explicaciones para hechos (e.g. habilita una retícula paranoica de lectura) o justificaciones para los límites de las políticas de gobierno.

Asimismo, el tratamiento enunciativo que se le suele dar a este “emblocamiento” no corresponde a la demostración (no se dan pruebas), ni a la argumentación (no se dan fundamentos); aunque sí hay cierto nivel de explicación (se dan causas e intenciones) y hay, sobre todo, exposición (se dan informaciones). Si habitualmente los recursos enunciativos que pone en obra Néstor Kirchner tienden a acercarlo emotivamente a los destinatarios, frente a esos temas prima cierta voluntad expositiva y distancia pedagógica.

¹²³ El mismo razonamiento puede explicar los desplazamientos metafóricos entre el campo semántico económico y aquel en el que se suele reconocer las prácticas criminales de la dictadura cívico-militar (cf. Montero, *op. cit.*: 87) “También dijimos que íbamos a poner en marcha paulatinamente un plan de obras públicas. ¿Con qué plata?, nos decían los economistas ortodoxos, que las cuentas, que el ajuste; toda esta teoría con que nos han atormentado y torturado durante tanto tiempo” (NK – 27.06.2013).

5.4.2. *De víctimas a héroes: militancia y redención*

El otro lugar de memoria referido a la década del 70 implica cambios en la posición enunciativa. Comencemos repasando lo ya expuesto al analizar el primer discurso presidencial de Néstor Kirchner: en él hace referencia, desde una mirada testimonial inserta en un colectivo generacional, a un momento originario de su compromiso personal. Es decir: su objeto, como lo desarrolla exhaustivamente Montero (*op.cit.*), es la experiencia de la militancia. En la realización lingüística de esta modalidad prevalecen, lógicamente, elementos destinados a una construcción marcada de la subjetividad. Enunciativamente, investir este lugar de memoria supone una serie de restricciones: inscripción en la entidad plural nombrada como “generación” donde queda comprendido el enunciador; posición de este último como testigo privilegiado de los acontecimientos, por lo cual la rememoración se hibrida con formas del testimonio, la anécdota personal o el homenaje; creación de un entorno propicio para la aparición de una fuerza emocionante.

La demonización del actuar de la dictadura tiene como correlato la construcción de un espacio mental (o tipo) de militante que se mantiene estable a lo largo de toda la etapa analizada.¹²⁴ ¿Cuáles son sus atributos? Transcribo algunos ejemplos.

(viii) “Les quiero decir a todos los hermanos y hermanas de Juárez que tenía que estar presente, y voy a estar presente en cada lugar que se

¹²⁴ Al punto que se ha transformado en uno de los rasgos más característico y evidente de la palabra kirchnerista y, por ende, blanco de crítica y parodia por parte de discursos y zonas de la cultura ajenas a las investigaciones académicas. Como ejemplo de la primera de estas dos actitudes, vayan muchas de las intervenciones antikirchneristas producidas desde el periodismo de dudosa calidad (e.g. el autor de *El relato kirchnerista en 200 expresiones* denuncia en la página 242 que “En lengua K, por el contrario, se le atribuyen al militante virtudes intrínsecas como la solidaridad social, el compañerismo, la digna defensa de las convicciones, capacidad de organización, y sensibilidad frente a la injusticia, incluso repulsión a los poderes concentrados, ánimo refractario a las corporaciones (...) A su vez, sacralizar a la militancia implica para este sector un reverdecimiento del uso setentista, que estaba asociado al idealismo. La izquierda peronista envolvía bajo el concepto unificado de militancia a *la gloriosa JP*, La Tendencia, el Partido Auténtico y los Montoneros. No hacía distingo entre quienes seguían el camino de las armas, los jóvenes que realizaban trabajos sociales pero no participaban de la lucha armada y, en general, aquellos que actuaban políticamente en la superficie. Englobamiento que hacia afuera tendía a equiparar las responsabilidades del guerrillero con las del resto”. Un ejemplo de reconocimiento paródico puede encontrarse en “Bombita” Rodríguez, célebre personaje televisivo de Diego Capusotto, el cual –¡las vueltas de la semiosis!– ya ha sido objeto de eventos y obras académicas.

recuerde a *aquellos que dejaron todo, que pusieron todos sus ideales y que soportaron las cosas más atroces por defender un país distinto, un país con justicia, un país plural, un país sin corrupción, un país con igualdad social, un país con igualdad de posibilidades*” (NK – 03.12.2003).

- (ix) “Si los argentinos y argentinas durante las cosas que nos sucedieron durante estos 30 años, pero fundamentalmente de 1975 a 1983, hubiéramos tenido el coraje, la decisión y la valentía de levantar nuestra voz ante las cosas que pasaban seguramente hoy estaríamos hablando de *nuestros valientes, de nuestros héroes -porque fueron héroes- que supieron torcer la voluntad autoritaria, la voluntad represiva y genocida de una clase dirigente que se apoderó del país*. Pero debemos tener una clara definición de estos temas, porque siempre en la Argentina no sabemos qué es lo que pasa y qué es lo que sucede. No sabíamos qué es lo que pasaba y qué es lo que sucedía cuando uno a uno nuestros hermanos eran arrancados de sus casas, de sus trabajos, de la calle, de su militancia, *por el sólo hecho de pensar diferente de quienes gobernaban coyunturalmente y de forma autoritaria la Argentina*. Discúlpeme que los enlace, pero en distintos temas de la sociedad pasa lo mismo, nunca sabemos lo que está pasando y siempre nos suceden las peores cosas. Es hora de que por honor, *es hora de que por recordar a aquellos que tanto pusieron, a esta generación de hermanos y hermanas que fueron sacrificados, definitivamente cambiemos nuestra conducta y tengamos una conducta de fuerza, de sincerar las realidades, para que no digamos -propio de la amnesia que tenemos los argentinos- que no sabemos lo que está pasando, sino que tengamos la fuerza para castigar, apuntalar y marcar a aquellos que nos quiebran el derrotero que los argentinos debemos tener*” (NK – 16.12.2003).
- (x) “Vine a conocer la tierra de mis amigos, de mis hermanos, con quienes compartimos una fuerte amistad. *Carlos y Gladys estuvieron viviendo en la casa que yo alquilaba durante largo tiempo. La noche del golpe estuvimos juntos en una pensión tratando de salvar nuestras vidas, el 24 de marzo de 1976*. Compartí con él ideas y esperanzas. Yo discutí con él cuando decidió venir a Las Flores con otro amigo, que está aquí, y le pedí por favor que no viniera cuando decía que lo iban a cambiar por el padre que estaba preso, porque sabía qué clase de gente que era, la calidad de esta gente, y él tenía la posibilidad de irse a trabajar a Bariloche. *Ustedes saben que él trabajaba en changas o de mozo para poder*

sobrevivir con su amada, su compañera de toda la vida, que fue Gladys” (NK – 13.12.2004).

- (xi) “Veo los rostros de las Abuelas y de las Madres, y veo los rostros de mis amigos de aquellos tiempos. *Yo también milité como ellos, yo también me incorporé a la política creyendo y sigo creyendo que esta Argentina puede cambiar. También compartimos sueños, amores, ilusiones y sentimientos, y tengo recuerdos imborrables, por eso recorro cada lugar de la Argentina, cada pueblito, para ir a levantar una placa a cada amigo, que lo conozca o no sé que es parte de esa generación que pensó que este país se podía cambiar, y me parece que es un deber del Estado argentino -no lo hablo como un tema individual sino en lo que me toca representar- recordarlo con todas las fuerzas” (NK – 07.12.2004).*
- (xii) “Hoy, este 17 de noviembre a mí siempre me causa una gran congoja porque me acuerdo con todos aquellos que salí de La Plata. Y no eran más que *simples militantes, como era yo. Yo era un militante universitario – no voy a decir lo que no era- que iba y hablaba en las universidades, defendía las ideas y discutía con las otras fuerzas políticas con mucha pasión y con mucha fuerza–. Y les puedo asegurar que fui con toda esa ilusión, tomados de la mano fuimos, ni un ladrillo llevábamos en la mano, llevábamos la esperanza, el espíritu de construir un país que nos contenga. Eso fue lo que hicimos, pero no se entendió en esa etapa de la historia y por el sólo hecho de pensar diferente pasó lo que pasó” (NK – 17.11.2005).*
- (xiii) “Para mí que trabajé en esa campaña electoral, que participé activamente, que lo acompañé al doctor Cámpora a varios lugares, entre otros a Neuquén, por la Juventud Peronista *donde militaba yo, que vi, vivenció lo que sentía el pueblo argentino*; que estuve el 17 de noviembre yendo por Turdera con muchos compañeros, de los cuales algunos no están, la mayoría no está, otros están, que fuimos a recibir al general Perón donde tuvo tanto que ver entre otros dirigentes, indudablemente, el doctor Cámpora que era el delegado personal del general Perón. *Les puedo decir que nosotros lo vivíamos, como dijo Dante, con una profunda y tremenda esperanza de que empezaba el cambio en la Argentina. Nunca pensamos que venían las horas aciagas que vinieron después (...)* Por eso, para mí es un profundo honor, familiares, hijo del doctor Cámpora, me cuesta encontrar las palabras, en mi vida soñé esto. Yo que estuve en esa plaza del 25 de mayo del '73 con tantos miles, que lo vi lejos cuando el doctor estaba con su banda y su bastón, nunca en mi vida soñé tener en mis manos el bastón y la banda de tan digno hombre, porque sé que en mis manos también están las tuyas y las de miles que ya no están, que las miraban al lado mío también y soñaban como yo. Seguramente ninguno de nosotros, *Jorge, Andy y otros soñamos que algún día íbamos a estar acá. Ya nos dábamos por realizados,*

felices con ver el paso institucional que se estaba dando, que era tan importante para la Argentina de aquel tiempo. Y sé que hoy desde algún lado muchos nos miran y tendrán la felicidad de sentir que nuevamente la banda y el bastón están en el Salón Blanco de la Casa Rosada” (NK – 28.12.2006).

- (xiv) “Por eso como argentino, como militante comprometido en aquel tiempo y en aquella época, que no eludo mi historia, *era joven como tanto jóvenes, y no me quito mi responsabilidad por la edad que tenía* porque sería un acto de reduccionismo histórico, asumo mi responsabilidad, la edad que tenía y el tiempo que tenía con esa *generación que acertó y se equivocó, pero que tuvo la dignidad de depender, de creer, de acceder, de plantear sus ideas ante la sociedad para tratar de aportar al cambio que la Argentina necesitaba, y que fue mancillada por los violentos, por los que no entendían que la Argentina se construía con paz, con amor, con pensamientos superadores” (NK – 01.03.2006).*

Lo primero que se constata –y sigo aquí también el trabajo citado de Montero– es que las cualidades que distinguen a los integrantes del colectivo generacional son su *juventud* –que se transforma en una categoría más política que sociológica–; su *idealismo* (e.g. “de plantear sus ideas ante la sociedad para tratar de aportar al cambio que la Argentina necesitaba”, “es parte de esa generación que pensó que este país se podía cambiar”, “Jorge, Andy y otros soñamos que algún día íbamos a estar acá”); su *valentía*¹²⁵ (e.g. “aquellos que dejaron todo, que pusieron todos sus ideales y que soportaron las cosas más atroces por defender un país distinto”, “nuestros valientes”); su *voluntad de lucha y transformación* (e.g. “es parte de esa generación que pensó que este país se podía cambiar”, “esa ilusión, tomados de la mano fuimos, ni un ladrillo llevábamos en la mano, llevábamos la esperanza, el espíritu de construir un país que nos contenga”); su *pertenencia a las clases populares* (e.g. “Carlos y Gladys estuvieron viviendo en la casa que yo alquilaba durante largo tiempo. La noche del golpe estuvimos juntos en una pensión tratando de salvar nuestras vidas (...) Ustedes saben que él trabajaba en changas o de mozo para poder sobrevivir con su amada, su

¹²⁵ En el capítulo que sigue veremos cómo este atributo, por desplazamiento metonímico, forma parte del acervo emocional del enunciador.

compañera de toda la vida, que fue Gladys”). Ahora bien, esta visión de la figura del militante de los 70 no parece alejarse demasiado de la que la mayoría de las organizaciones de derechos humanos, agrupaciones de familiares y voces intelectuales habían logrado cimentar a lo largo del período postdictatorial. En efecto, el gobierno kirchnerista introduce una novedad sustancial en la gestión oficial de la memoria. Sus palabras y silencios apuntan a consolidar desde el Estado el deslizamiento en el imaginario socio-discursivo que habían puesto en marcha esos sectores: trasladar la figura del militante desde el lugar de la *víctima* rasa al del *combatiente*, *héroe* y *mártir* – haciéndolo a menudo –como, entre otros, lo sostienen A. Longoni (cf. 2007: 27) y Vezzetti (2009)– de manera acrítica y mitificada– (e.g. “de nuestros héroes -porque fueron héroes- que supieron torcer la voluntad autoritaria, la voluntad represiva y genocida de una clase dirigente que se apoderó del país”, “es hora de que por recordar a aquellos que tanto pusieron, a esta generación de hermanos y hermanas que fueron sacrificados, definitivamente cambiemos nuestra conducta y tengamos una conducta de fuerza”). Lo que, en definitiva, el kirchnerismo y las organizaciones que finalmente lo acompañaron produjeron fue el reflujo de una memoria fundada en el homenaje a las víctimas, articulada en torno a la figura “igualitaria” del *desaparecido*, a favor de una memoria inspirada en la gesta de los combatientes. Vezzetti (*op. cit.*: 17) opina –y entiendo que con razón– que se pierde así el rescate de los muertos comunes –objetos del exterminio rutinario y la muerte insignificante–, garantía del verdadero ejercicio de la justicia, el que se mide por la suerte de los más desposeídos en libertades y derechos.

A este conjunto de atributos que caracterizan una forma-de-vida militante, hay que sumarles aquellos que dan cuenta de sus prácticas e idearios políticos. En este plano, el acento cae sobre el compromiso con la *igualdad*, la *pluralidad* y los valores *democráticos*, tal como lo muestran los ejemplos (viii) y (xii). Añado otros fragmentos de discursos de Néstor Kirchner donde se pueden encontrar marcas de lo que afirmo:

- (xv) “Recuerdo las noches en que nos reuníamos antes del 17 de noviembre del 72 para ir por Turdera a recibir al general Perón, a

enfrentar la represión de aquellos tiempos que no entendía lo que era *el contacto del pueblo con su líder, la democracia, la libertad, la pluralidad, la libertad de consensos, el poder pensar diferente, el poder crear una patria diferente*. Habían instalado en la sociedad la teoría del terror, “si algo les pasó por algo será”, y esto no lo puede creer cualquiera que haya conocido a los cuatro -yo conocí a tres, a María Eve no sé si la conocí pero sí a Tatú, a Omarcito y a Julio. Los conocí mucho, me tocó vivir y estar al lado de Tatú cuando lo asesinaron ferozmente allá por el año 1974 en la ciudad de La Plata, y después con Omar y Julio compartimos tantas cosas” (NK – 03.12.2003).

- (xvi) “Me preguntaban cómo viví el 11 de marzo del 73. Me tocó ser el fiscal de mesa y recuerdo hasta hoy que había tanto miedo a la trampa y al fraude que la orden que teníamos era subirnos a los camiones que transportaban las urnas para cuidarlas hasta que se terminara de revisar el último voto. *Era el 11 de marzo del 73, una generación de argentinos nos incorporábamos a la vida democrática con la fuerza y el deseo de construir un nuevo país. Después nos tocó vivir tantas cosas, nos tocó pasar tantos dolores, nos tocó ver diezmada esa generación de argentinos que trabajaba por una Patria igualitaria, de inclusión, distinta, una Patria donde no sea un pecado pensar, una Patria con pluralidad y consenso como el que tenemos hoy aquí, que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara sino por el contrario, nos ayudara a construir una Argentina distinta*” (NK – 11.03.2004).
- (xvii) “Y quiero decir a todos los hermanos y hermanas de Las Flores que fue uno de los grandes amigos de mi vida, un gran compañero. *Se incorporó a la política creyendo que este país se podía cambiar, seguimos creyendo que se puede cambiar. Nunca lo vi tirar más que una piedra o levantar la voz fuerte contra la injusticia, siempre fue un amante de la democracia, de la paz, de la convivencia, de la pluralidad de ideas en consenso*. Sin embargo, en base al terror se generaron este tipo de circunstancias” (NK – 13.12.2004).
- (xviii) “Yo la verdad que ese 16 de noviembre también fui participé activo en el trabajo político, militante, en la lucha por el retorno del General Perón. Siempre lo dije partimos con muchos amigos, que no están, hacia Temperley, la Estación Turdera, 24 horas antes, pasamos la noche en un sindicato, creo que era el Sindicato del Plástico en ese momento, y marchamos a esperar al General Perón. Llegamos hasta el alambrado, ahí cerca del puente 12 y después pasó lo que todos saben que pasó. Y así estaba el pueblo argentino en las distintas instituciones, era la vuelta de la esperanza, era la vuelta de volver a recuperar la soberanía nacional, los derechos perdidos, la

posibilidad de ser, *la ilusión de toda una generación que nos habíamos incorporado a la política y que seguimos creyendo hoy que se podía cambiar la Argentina, una generación que trascendía el marco militante y político, que podíamos tener nosotros. Les puedo asegurar que nunca se nos ocurrió pensar jamás que en la Argentina iba a pasar lo que pasó.* Y hay otros culpables de lo que pasó, como decía el teniente de fragata Urien, que ya antes, lamentablemente, porque en eso tenemos que ser sinceros ante la historia, nunca nosotros pensamos que iban a aparecer personajes como López Rega, nunca pensamos que se nos iba a cortar la posibilidad y la voluntad de participación, que iba a pasar lo que ocurrió en la Argentina” (NK – 17.11.2005).

- (xix) “Y al final un día volvimos a la gloriosa Plaza de Mayo a hacer presente al pueblo argentino en toda *su diversidad*. Hace 33 años yo estaba allí abajo, el 25 de mayo de 1973, como hoy, creyendo y jugándome por mis convicciones de que un nuevo país comenzaba, y en estos miles de rostros veo los rostros de los 30 mil compañeros desaparecidos, pero igual veo la Plaza de Mayo de la mano de todos nosotros” (NK – 25.05.2006).
- (xx) “Ustedes saben que hubo dirigentes y militares que hoy se esconden porque tienen miedo de ir ante un Juzgado y eran dueños de la vida de argentinos comprometidos con un país distinto. *En la diversidad y la pluralidad algunos pensábamos de una forma y otros de otra, pero todos luchábamos y creíamos que nunca íbamos a vivir la Argentina posterior que nos tocó vivir; además, soñábamos con cosas muy distintas y no bajamos los brazos ni los vamos a bajar nunca.* Nos está costando más, porque hubo muchos que claudicaron y muchos que creyeron que convirtiéndose en reyes de la globalización y del seudo primer mundo, iban a hacer crecer la Argentina” (NK – 24.03.2007).

También estos atributos que caracterizan la experiencia política del enunciador pueden transferirse discursivamente al gobierno y al espacio político del cual es portavoz.

Ahora bien, la rememoración que pone en obra el discurso kirchnerista tiene cierto déficit de espesor, pues olvida y aplana. A fin de consumir su glorificación, olvida aspectos controvertidos, censurables y hasta trágicos de la experiencia militante, como ser el ejercicio de la violencia armada o el verticalismo y la militarización hacia el interior de las agrupaciones –e incluso las víctimas que estos grupos produjeron en sus propias filas–. Este olvido guarda una relación dialéctica con el antagonismo que

presenta el campo político, o sea, es su producto y a la vez lo recruce; es un olvido que genera contradestinatarios. Aplana, ya que aunque el enunciador habla de su pertenencia a la Juventud Peronista (v. (xiii)), recupera esa experiencia a través del colectivo *generación*, sin reparar en las diferencias y matices ideológicos de los diferentes grupos. Asimismo, al hacer hincapié sobre valores políticos tan generales, se desdibujan los fundamentos ideológicos que conducían a la segmentación partidaria y por los cuales, precisamente, muchos de aquellos militantes daban la vida. “Metabolizada” su figura por estos procedimientos, el militante del discurso kirchnerista termina siendo un arquetipo romántico.

Por último, las operaciones de rememoración que tienen por objeto la militancia de los 70 procuran extraer de ese lugar de memoria un valor ejemplar que se proyecte sobre la experiencia política del presente de la enunciación. Transcribo algunos fragmentos que, como el (xii), sirven para atestiguar lo afirmado:

- (xxi) “Veo hoy en los rostros de ustedes las caras de miles y miles de amigos y compañeros que hoy no están, *pero que militaron conmigo en esa gloriosa JP, que ustedes dicen que lo dejaron todo por la Patria*. Veo en vuestros ojos *la misma esperanza, el mismo sueño que tuvimos nosotros cuando nos incorporamos pensando que el país podía cambiar; seguimos soñando que puede cambiar, pero para que cambié hay que tener la fuerza indolegable del cambio y en la construcción del nuevo tiempo, mucho coraje y nada de miedo para construir la Argentina que necesitamos*” (NK – 10.08.2005).
- (xxii) “Ese va a ser el mejor homenaje que le vamos a rendir a *aquellos que dieron todo, no pidieron nada, tuvieron dignidad hasta el último minuto y soñaron con una patria no para un partido o un sector, sino en una patria para todos*. Por eso los quiero abrazar acá, como si estuviéramos hace 30 años atrás, a nuestros hermanos de Margarita Belén; acá estamos *con vuestro espíritu*, nos abrazamos a ustedes, nos caen lágrimas juntos. *Pero aquella impotencia e indefensión del ayer creo que hoy la estamos derrotando con el renacer de la conciencia del pueblo argentino*” (NK – 15.05.2007).

Los encumbrados atributos de la militancia pueden así encontrar continuidad o resurgimiento en los actores, las acciones y las prácticas del presente. Esta transferencia, no obstante, se produce de manera lacunar, ya que se tiende a elidir la comparación razonada de situaciones, acciones o esquemas de acción.

Los componentes descriptivo y sobre todo narrativo son los que estructuran el lugar de memoria identificado con la experiencia de los jóvenes militantes de los 70. A través de esos componentes, el enunciador ejerce la constatación y se construye a sí mismo como fuente privilegiada de inteligibilidad y de valoraciones. Vale afirmar que la gestión de esta parte del archivo es unidireccional y con sentidos fuertemente clausurados. Es decir: la instancia gubernamental codifica fuertemente la legibilidad de un proceso histórico. Para ser más específicos, se podría sostener que relata la genealogía de un estado de cosas que se prolonga en un ciclo abierto, pues esas aspiraciones fueron truncadas por la acción del terrorismo de Estado. Así planteado, este relato suma otro elemento para su adhesión: la posibilidad de cerrar un proyecto inconcluso, de cumplir con un destino truncado. Lo acerca a una gesta de redención.

Ahora bien, ¿cuáles serían finalmente las condiciones que producen estas operaciones de rememoración? Por ahora, esbozemos dos, ligadas a la reparación y a la redención. Por una parte, parece pertinente considerar la necesidad de justificar ciertas acciones y prácticas del gobierno, entre las que se contabiliza la reparación jurídica, social y económica activada por el Estado de las víctimas del terrorismo dictatorial. Por otra parte, se puede aislar el trabajo de este discurso sobre su propio lugar de enunciación: los atributos y la continuación del proyecto inconcluso de la generación de militantes de los 70 reaparecen en la figura del enunciador, con el objeto de ampliar las bases de apoyo. Parafraseando a C. Lesgart, Montero, ofrece una ajustada síntesis de esta cuestión:

“Para Lesgart el kirchnerismo reexamina el pasado con el interés de ‘resemantizar lo que se entiende como la historia truncada de una

juventud que fue el corazón de aquellos años’ y ‘teniendo como premisa las creencias de una juventud del ayer *que hoy quiere reescribirse*’ a la luz de las convicciones, las creencias y los ideales que la animaban, pero desacentuando las experiencias militaristas, autodestructivas o violentas que también configuran la trama de ese pasado” (*op. cit.*: 97).

5.5. El deber de darle sentido a la historia

5.5.1. El factor Bicentenario

¿Qué sucede frente al cambio de gobierno? Hablaba más arriba de cierta obsesión por hacer memoria y balance que rodeó la celebración del Bicentenario –fetichización de las centenas– desde muchos lugares de la discursividad social y desde variados locutores, incluyendo al Estado. El vocablo mismo habitó enunciados de la política, escolares, periodísticos, artísticos, deportivos, publicitarios, etc.; arrastrando alguna idea o proyecto interesante o, en general, como mero *fad*. Para una nación no se trata, sin embargo, de la acumulación de doscientos años, sino de un período –algunos meses, con algunos momentos más ajetreados que otros– de celebración de su historia –qué es la historia de su “autonomía”¹²⁶–, pero también de reflexión (¿qué significó lo hecho hasta ahora?). Junto con cierto asombro por la persistencia en el tiempo, el Bicentenario pareció incitar a la autoimposición de una cohesión histórica; a la búsqueda de diagnósticos y, en algunos casos, pronósticos. En fin: el factor Bicentenario –es decir, el conglomerado de lugares de memoria, fantasmas, enunciados, imágenes, palabras, etc., asociados al arribo inminente de esta fecha– va a tener una incidencia fundamental en las operaciones de rememoración del discurso

¹²⁶ Las comillas quieren resaltar la paradoja, señalada por muchos, que el orgullo bicentenarista de los países latinoamericanos y su discurso antiimperialista se debilitan recíprocamente. Si, por un lado, dos siglos de autonomía invitan a admitir la responsabilidad sobre las propias insolvencias (e.g. acabar con la pobreza), por el otro, el discurso contra los actuales modos de colonización conlleva la aceptación de que sólo se tiene una autonomía relativa (cf. Burello, 2010: 65).

kirchnerista durante los primeros años de la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner.

Para comenzar la exposición del análisis, transcribo un fragmento de uno de los tantos discursos pronunciados en el marco de los festejos, que tiene la ventaja de condensar operaciones identificatorias de esta etapa de la discursividad kirchnerista:

- (xxiii) “Es que el otro, *el primer Centenario*, había sido llevado a cabo en un país en el que se había declarado el estado de sitio, era un país en el que los inmigrantes que habían venido de la vieja Europa a conseguir un trabajo o un plato de comida, habían traído también las ideas del viejo mundo, las nuevas ideas, anarquistas, socialistas y los festejos se debieron hacer entonces en virtud de la represión, en virtud de la persecución, Lula, -de esos dirigentes sindicales- un sindicalismo nuevo, incipiente en la República Argentina, en medio de un estado de sitio. (...) Hace 100 años no existían los derechos sociales; hace 100 años estaba prohibida y era casi un delito la actividad sindical; hace 100 años, por lo menos aquí, no podíamos elegir libre y democráticamente a nuestros gobernantes que recién lo pudimos hacer a partir de la Ley Sáenz Peña donde se instauró el sufragio obligatorio, universal y secreto. Luego vinieron otras historias que jalonaron todo el segundo siglo pero que sumadas, con victorias y con tragedias, pudimos cumplir estos 200 años *con la más absoluta y profunda democracia de la que se tenga memoria, con libertad y con el compromiso de un gobierno que hoy también, por esas curiosidades de la historia, cumple años este proyecto que comenzó el 25 de mayo de 2003 y que hoy cumple exactamente siete años y que quiere comprometerse con todos los argentinos, cualquiera sea su origen, su identidad, su pertenencia en el compromiso de defender los intereses sagrados de la patria, como lo hicieron todos y cada uno de los hombres y mujeres que integran esta Galería de Patriotas Latinoamericanos*” (CFK – 25.05.2010).

Antes que la Revolución de Mayo, el lugar de memoria que la presidente elige evocar es su primer Centenario. Lo hace rechazando el lugar común de la historiografía escolar: lejos de ser una época de prosperidad, el Centenario ostentaba las consecuencias perversas del orden liberal, principalmente la violación sistemática, por parte del Estado, de las garantías democráticas. El desvío con respecto a la

interpretación canónica de la situación del país en la primera década del siglo XX no es usual en el discurso de la política oficial y es marca de un intento de la posición singular frente a la historia a la cual aspira el kirchnerismo. Por ejemplo, en la misma fecha de celebración, el gobernador de Santa Fe Hermes Binner, portavoz del socialismo y del progresismo que ocupa también un cargo institucional, pronuncia un discurso que se ajusta al imaginario colectivo imperante:

(xxiv) “Nosotros hace cien años teníamos grandes emprendimientos; nuestra ciudad capital tenía grandes emprendimientos (...) Estaban allí los valores fundamentales para la construcción de esa sociedad que aspirábamos y que seguimos aspirando; que se puede lograr si las argentinas y los argentinos nos sentamos a dialogar y nos ponemos de acuerdo” (HB - 25.05.2010).

La evocación presidencial se encadena en el texto con otro lugar de memoria: la historia del propio kirchnerismo (los casi cien años que median quedan compendiados en la frase “Luego vinieron otras historias que jalonaron todo el segundo siglo”). Las alusiones a la emergencia de esa corriente política y a los logros de gestión de su antecesor van a proliferar en los mensajes de Cristina Fernández de Kirchner. La estructuración semántica de ese encadenamiento tiene como organizador cronológico la coincidencia de fechas (25 de mayo) y como organizador lógico la *antítesis*.

5.5.2. *¿La misma partitura?*

5.5.2.1. Los 70 vueltos a visitar una vez visitados

Ahora bien, ¿qué sucede con los lugares de memoria que había instaurado Néstor Kirchner? ¿Persisten incólumes, mutan o son olvidados? ¿Si es efectivamente posible

hablar de un único *archivo* del discurso kirchnerista, cómo estaría organizado? Comencemos por decir que, al menos en el lapso que estudio en este apartado (2007-2010), esos lugares aparecen, aunque no escapan a la rección del Bicentenario. Transcribo algunos ejemplos, comenzando aquí también por el discurso de asunción del cargo de presidente:

- (xxv) “Para terminar, quiero convocar a todos los hombres y mujeres de mi país, a los jóvenes, a los ciudadanos, a las ciudadanas, a las que nos votaron y a los que no lo hicieron, porque en definitiva hoy estamos representando los intereses de todos, quiero hacerlo también desde mis convicciones, ustedes lo saben, como quien se va, como el Presidente formamos parte y muchos de ustedes también de los que están aquí sentados, que *no somos marcianos ni Kirchner ni yo, somos miembros de una generación que creyó en ideales y en convicciones y que ni aún ante el fracaso y la muerte perdimos las ilusiones y las fuerzas para cambiar al mundo. Tal vez estemos un poco más modestos y humildes. En aquellos años soñábamos con cambiar el mundo, ahora nos conformamos con cambiar este nuestro país, nuestra casa*” (CFK – 10.12.2007).
- (xxvi) “Quiero finalmente también decirles, que yo *soy*, como muchos de los hombres y mujeres que hoy nos acompañan, *una persona que nació en la política en los años 70*. No había democracia, sólo había proscipciones para las grandes mayorías. Nos formamos en un mundo de silencios y ocultamientos, de prohibiciones, "de no se puede" y también de violencia. Yo quiero decirles, con todo el orgullo de nuestra historia, que hoy quiero ser algo más, *hoy quiero ser parte de la generación del Bicentenario* convocando a todos los hombres y mujeres que crean que es necesario seguir construyendo este país con inclusión social y con redistribución del ingreso. En este país, a *esta generación del Bicentenario*, donde hay lugar para hombres y mujeres de distintas edades, de distintas historias, para trabajadores, estudiantes, intelectuales, empresarios, comerciantes, productores, el único requisito que se necesita es querer a esta Argentina. La otra condición que les pedimos para en serio rendir homenaje a los hombres de Mayo, es que, como ellos, aprendamos que antes que el sector, que antes que nuestra propia individualidad están los intereses del país y de la Patria. *Esa es la generación del Bicentenario y a ella convocamos a todos los argentinos*” (CFK – 25.05.2008).

- (xxvii) *“En el `55 fueron jóvenes; en el `76 fueron jóvenes; en Malvinas fueron jóvenes; y fueron jóvenes también en los días de diciembre del 2001 los que murieron. Siempre son los jóvenes. Yo les pido en nombre de esos jóvenes, que no solamente muchos mueren por una bala, sino por la miseria, o por la droga, como recién gritó una compañera del barrio, porque no han tenido las oportunidades que tuvimos quienes vivimos y nacimos en un país distinto. Ayer hizo 53 años, yo soy del 53. Nací en un país donde había trabajo, donde la gente aprendió a comer todos los días y cuatro veces, donde muchos tuvieron vacaciones por primera vez, donde muchos conocieron el mar porque empezaron a hacer turismo popular Perón y Eva Perón. Por todas esas cosas y en nombre de todos ellos les pido a todos los hombres y mujeres, pertenezcan a sectores sociales o políticos, que en nombre de esa democracia la respetemos todos los días un poco más (...) Quiero decirles finalmente que he sido una militante política toda mi vida y la verdad que cuando comenzó la democracia, allá por 1983, con una nueva valorización que también hicimos nosotros, desde la juventud, que tal vez teníamos una visión de la democracia allá por los años 70 lábil, desdeñosa casi, tal vez porque corrían tiempos en el mundo y en el país de cambios y revoluciones, pero la historia nos enseñó a valorar a la democracia. ¿Saben por qué? Por todas las cosas que nos pasaron, por todo lo que perdimos y todas las vidas que se perdieron de argentinos que ya no están”* (CFK – 17.06.2008).
- (xxviii) *“Eran tiempos muy difíciles, pero también al mismo tiempo, permitían una clara identificación de todos aquellos que eran enemigos de la democracia. Porque ¿qué es ser alguien que no es democrático? Alguien que cree que desde su posición de privilegio puede estar por encima de la voluntad popular. Y entonces digo, en esos tiempos de dictaduras, no solamente en nuestro país, sino en toda la América latina, era fácilmente identificable a los enemigos de la democracia, aquellos que no querían la democracia y eran, en definitiva, aquellos que nos impedían expresarnos a través de un acto electoral, eran aquellos que te reprimían, te torturaban, te mataban o te desaparecían físicamente por pensar diferente, por actuar diferente. Eran tiempos muy difíciles en cuanto a defender la vida, a preservar la integridad personal. Pero al mismo tiempo, era fácil identificar a aquellos que no respetaban la voluntad popular, aquellos que, en definitiva, eran antidemocráticos. De ahí que en los tiempos que corren sean otros los desafíos, porque ya no hay dictaduras militares; las formas adquieren más sutileza, son más difusas. Es más, muchas veces pueden aparecer hasta camufladas en luchas que parecen democráticas y cívicas y que, en definitiva, también encierran comportamientos*

antidemocráticos, destituyentes y desconocedores de la voluntad popular” (CFK – 11.11.2008).

Los fragmentos precedentes demuestran que se mantiene parte del archivo que regulaba la producción discursiva de Néstor Kirchner. La nueva presidente se refiere, en clave testimonial-autobiográfica (e.g. “yo soy, como muchos de los hombres y mujeres que hoy nos acompañan, una persona que nació en la política en los años 70”), a la década del 70 como momento de gestación de su formación política. Formación que se funda en valores de la militancia similares a los que manifestaba Néstor Kirchner (i.e. *idealismo, culto a la juventud* y, salvo por el esbozo de autocrítica de la cita (xxvii), *cultura democrática*). También como sucedía en el caso del presidente anterior, esa inscripción epocal e ideológica es generacional (e.g. “que no somos marcianos ni Kirchner ni yo, somos miembros de una generación que creyó en ideales y en convicciones y que ni aún ante el fracaso y la muerte perdimos las ilusiones y las fuerzas para cambiar al mundo”).

Hay, lógicamente, variantes. Por un lado, aumenta la frecuencia en la superficie textual de ciertos indicios distintos a los que usaba el locutor anterior para dar acceso a este lugar de memoria. Por ejemplo, el homenaje a las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo:

- (xxix) “Pero creo tener la fuerza para poder hacerlo y además el ejemplo, el ejemplo no solamente de *Eva* que no pudo, no pudo, tal vez ella lo merecía más que yo, el ejemplo de unas mujeres que con pañuelo blanco se atrevieron donde nadie se atrevía y lo hicieron. Ese era el ejemplo de ellas, de las *Madres y de las Abuelas, de las Madres y de las Abuelas de la Patria. Ese era el ejemplo de ellas y también de nuestros próceres, de Mariano Moreno, de San Martín y de Belgrano*” (CFK – 10.12.2007).
- (xxx) “Pero todos los aquí presentes sabemos que la historia, la política, no es algo que empieza cuando uno llega, cuando llega un gobierno, pudimos llegar a este instante en la República Argentina

precisamente por la tarea de *mujeres que con un pañuelo blanco en la cabeza enfrentaron lo que nadie se había atrevido en la República Argentina, la dictadura más sangrienta que tuvo lugar*. Y lo hicieron mujeres que no venían de la política, mujeres como Estela, como Marta, la mayoría de ellas que nunca habían participado en ninguna actividad política y sin embargo, con la fuerza que solemos tener las mujeres cuando sentimos la agresión, no ya solamente sobre nuestros hijos sino sobre toda la sociedad, con una fortaleza y un valor ineludible salieron a la calle cuando nadie lo hacía. El *presidente Kirchner sostuvo alguna vez que nosotros los argentinos y nuestra democracia somos hijos de la Madres de Plaza de Mayo y también de las Abuelas*” (CFK – 07.04.2008).

- (xxx) “Pero cuando venía caminando recién con Teresa y con Hebe venía pensando cuando venía para acá -por eso decía que no tenés que darme las gracias ni a mí ni a nadie Hebe- cómo fueron los años de la dictadura y los distintos procesos políticos que hubo en el continente, las dictaduras militares que también fueron derrotadas y se retiraron. Pero las características de la derrota política de la dictadura militar argentina fue diferente a lo que pasó en otros lados. En Chile por ejemplo Pinochet se retiró luego de un movimiento civil poderoso que en aquel famoso plebiscito le ocasionó la derrota política con el no, yo me acuerdo que estábamos en Santa Cruz y nosotros participamos activamente desde Santa Cruz porque la colonia chilena es muy importante, la más importante sin lugar a dudas. Se me ocurre otra dictadura como la de Anastasio Somoza, también derrotada por las luchas populares del pueblo, de la sociedad. Aquí no, aquí la dictadura militar fue derrotada por sus propias víctimas, por los *muertos que ustedes representaban como madres y que se atrevieron como nadie, porque eran madres claro, a denunciarlos, y por los otros muertos, los de Malvinas*” (CFK – 12.05.2010).

El lugar de memoria no cambia, pero sí su interfaz. La operación de rememoración ya no es presidida por la heroicidad de los militantes que se distinguieron de un entorno de pasividad, sino por la heroicidad de quienes reclamaron sobre el trasfondo del silencio de quienes temían o consentían.

Por otra lado, la convocatoria del fragmento (xxvi) agrega un dato que tendré oportunidad de seguir desarrollando más adelante. Además de su uso retrospectivo, la noción de *generación* puede tener una orientación proyectiva en el interior del discurso

kirchnerista. Asociada al adjetivo Bicentenario (“*generación del Bicentenario*”), se la postula como superadora de la generación de los 70. Se procura así, en una misma producción enunciativa, darle a esta generación entidad como objeto de la Historia y prometerle el mismo destino a aquellas voluntades que adhieran a la interpelación del enunciador. Esta operación –cuyo operando inmediato es el conflicto con las patronales agropecuarias– involucra, pues, varios elementos. En principio, en el uso de *generación* –se dijo– prevalece una visión horizontal del vínculo intersubjetivo, la idea de una sustitución y transmisión continua entre una y otra (i.e. un linaje) y, fundamentalmente, la representación de un colectivo histórico singular. Asimismo, el término activa la memoria interdiscursiva (e.g. *Generación de Mayo*). Finalmente, este uso de *generación* apuntala la trascendencia histórica que se le ofrece al destinatario, pues esboza la figura de la memoria del futuro (la *generación del Bicentenario* está destinada a ser recordada). La pregunta que queda es por la eficacia de estas operaciones que trabajan sobre el futuro cuando son impuestas desde la autoridad.

5.5.2.2. Contra la historia del *Billiken*

Más allá de este caso particular, vale destacar que la intervención sobre la historiografía, para extraer de allí el valor ejemplar de los hechos silenciados bajo el argumento de evitar la repetición de errores, es habitual en los textos de Cristina Fernández de Kirchner, como ocurre en los ejemplos que siguen:

- (xxxii) “Miraba esta universidad que es la sede Caseros y le quiero decir algo Jozami, yo hubiera elegido otro nombre. No sé, en los 200 años algún día vamos a tener que discutir algunas cosas, pero me gustaría que fuera otro no Caseros. Pero bueno, vamos por el reencuentro y por la construcción para adelante. Porque claro, la historia tiene sus entuertos, uno no llega a determinadas crisis, a determinados modelos de país sin haber pasado cosas en la historia. Y examinar esa historia no es para hacerlo con el dedo fiscal de señalar o de ponerse de un lado o del otro, sino para ver los argentinos en qué parte de nuestra historia, cuál fue el punto de

inflexión donde nos equivocamos para no tener, con todo el potencial de nuestros recursos humanos, de nuestros recursos naturales, de la extensión de nuestro territorio, países como los que por allí vemos en el mundo desarrollado” (CFK – 28.03.2008).

- (xxxiii) “A mí me gusta recordar la historia pero no tal vez la que siempre nos contaron, la historia del *Billiken*; a mí me gusta otra historia, la historia de los hombres y mujeres de carne y hueso, porque nuestros próceres fueron hombres y mujeres de carne y hueso que tuvieron que enfrentar luchas y oposiciones internas y fuerzas externas terribles que no querían que se declarara la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esa es la verdadera historia. Fueron San Martín, Belgrano, Güemes, los que oponiéndose a algunos hombres del puerto de Buenos Aires, que todavía hay algunas plazas y avenidas en nombre de ellos, se negaban a declarar la independencia porque, claro, el mundo había cambiado y volvía la restauración monárquica en Europa y entonces se quería echar por tierra con el esfuerzo y el sacrificio que los criollos, que los patriotas habían construido un 25 de mayo de 1810. Es bueno conocer la historia, porque yo siempre digo que los pueblos que no conocen su verdadera historia están destinados, tal vez, a tener los mismos desaciertos o los mismos errores” (CFK – 09.07.2008).

Las operaciones revisionistas también caen bajo el régimen de la antítesis Centenario/Bicentenario. Esta clase de organización, el lugar de memoria como oposición al presente, no comienza en el 2010, sino que fue puesta a funcionar, siguiendo esta línea revisionista, durante los años anteriores. Ejemplos:

- (xxxiv) “Pero creo que él también marcaba que había una realidad diferente en aquella *Argentina del Centenario a esta Argentina del Bicentenario (...)* Esta *Argentina del Bicentenario es sustancialmente diferente a la realidad social de aquella Argentina del Centenario*. Porque nosotros además, concebimos la grandeza de un país cuando la gente concreta, de carne y hueso, cuando el pueblo que vive dentro de ese país, mejora la calidad de vida. Ahí sí creo que podemos cerrar el círculo de país poderoso, de país importante” (CFK – 18.03.2008).

(xxxv) *“Déjenme por lo pronto recordar qué pasó en nuestro Primer Centenario, cómo estábamos, no para criticarnos o para ponernos tristes; simplemente, para poder ejercer nuestra memoria y conocer nuestra historia, nuestra verdadera historia que, muchas veces, no es la historia oficial. Es que muchas veces también, hay por parte de algunos pocos, como no querer que se conozca nuestra verdadera historia, porque siempre cuando uno conoce la verdadera historia tiene menos posibilidades de volver a equivocarse. Y allá en 1910, los argentinos recordaron sus primeros cien años de historia con estado de sitio; había represión sobre nuestros trabajadores porque no había trabajo, porque no había derechos. Empezaban a correr en el mundo aires de libertad y de nuevas formas de participación donde trabajadores y procesos industriales, iban transformando el mundo. Esa Argentina solamente recuerda algunos fastos en aquel 1910; era una Argentina sin trabajo, con mucha miseria, con mucho dolor, con un modelo económico, político y social de exclusión donde solamente unos pocos, los más beneficiados, podían disfrutar de los dones de la vida, de la educación, de la salud, del trabajo. Quiero, entonces, que este Bicentenario nos encuentre de una manera diferente; nos encuentre sintiéndonos parte de esta Argentina grande, de esta América del Sur, de esta Patria grande, para en un proceso de integración poder potenciar nuestras posibilidades como región, como país”* (CFK – 25.05.2009).

Esta política historiográfica se complementa con la incorporación a la agenda oficial de nuevas conmemoraciones y homenajes (e.g. el bombardeo sobre Plaza de Mayo de 1955, la presidencia de H. Cámpora), como con la relocalización de figuras de la historia (e.g. Eva Perón, Manuel Dorrego) y con las prácticas patrimonialistas y museísticas impulsadas desde la gestión. Hay que censar esta operación como parte de una estrategia de construcción de identidad, descrita por varios analistas (cf. Novaro, 2011: 134), que se resume en la apropiación de temas revisionistas; principalmente, de ciertos relatos históricos que circulaban en la escena pública enfocados en las crisis y frustraciones que azotaron a los gobiernos democráticos y los partidos, cuyas plumas más visibles fueron F. Pigna y M. Bonasso.

5.5.2.3. “En la trinchera”

Este enunciador también hace referencia a la década del 90, aunque, en relación a Néstor Kirchner, sus alusiones son más esporádicas. Comencemos por observar lo que dice en el mensaje pronunciado el día de su asunción.

(xxxvi) “Yo he pertenecido durante doce años a este Parlamento, he estado sentada en esas bancas como ustedes y con ustedes, como diputada y como senadora. *Recuerdo madrugadas, fines de semanas enteros aquí sancionando el ajuste permanente; ‘lo pide el Fondo si no se acaba todo’ era la frase que más escuchábamos en aquellos días. De allí de la política del ajuste permanente que caracterizó la década de los ‘90 pasamos al otro Parlamento, al que aplaudía el default.* De la hazaña del ajuste a la hazaña de no pagar” (CFK – 10.12.2007).

Primer dato: de un enunciador a otro no cambia la valoración que se hace de la década del 90. Este segmento histórico se sigue asociando a las consecuencias nefastas del orden neoliberal, pero su referencia, como se manifiesta en los ejemplos que siguen, es objeto de variaciones entre expresiones genéricas y específicas, como si se tratase de un “zoom” estratégico: o bien se lo enuncia como voces que defienden un macroproceso de límites temporales difusos o sólo se exponen aspectos y hechos muy particulares.

(xxxvii) “Es necesario que reflexionemos todos juntos los argentinos acerca de las cosas que nos han tocado vivir en *las últimas décadas*, cuando vinieron a plantearnos sobre todo la desaparición del Estado. En realidad el Estado era el gran estorbo para la actividad económica, y que el mercado iba finalmente a resolverles los problemas a todos, porque de alguna manera esa riqueza iba a derramar y en algún momento le iba a llegar a todos. Yo fui legisladora nacional. *Muchos me conocen en la trinchera* de ustedes cuando otros, algunos por conveniencia, otros porque realmente creyeron estos cantos de la flexibilización laboral y que el Estado había desaparecido, se hacían eco de políticas y de discursos que

destruyeron, literalmente, el tejido productivo de la Argentina y las posibilidades de tener un sistema de gobierno que tomara decisiones en pos de los intereses nacionales, y no de lo que le están desde afuera” (CFK – 22.06.2009).

(xxxviii) “(...) esos talleres ferroviarios habían sido construidos en esa Argentina de la que usted nos hablaba, en 1910, *fueron cerrados después cuando también fue devastado el sistema ferroviario en la República Argentina. Y hoy, como un homenaje al Bicentenario, en el cual todos debemos trabajar todos los días, reabrimos esos talleres ferroviarios que van a dar trabajo a los argentinos y que van a permitir precisamente volver a reconstruir un sistema ferroviario, como tienen los grandes países desarrollados del mundo*” (CFK – 28.10.2008).

Más allá del lazo referencial que se construya, se suele excluir la determinación precisa de los actores. En este lugar de memoria, el enunciador testimonia su actividad de resistencia política; mientras en las palabras de Néstor Kirchner esa posición estaba reservada para la militancia setentista, en el caso de Cristina Fernández de Kirchner se privilegia la resistencia durante los 90, procurando así acentuar el papel beligerante del kirchnerismo contra el avance del orden neoliberal. Otra diferencia es que esta década no es ubicada en el interior de un bloque que va del 1976 al 2003: la última dictadura militar y el orden neoliberal impuesto por el gobierno de Menem son igualmente demonizados, pero no se insiste en su acoplamiento como parte de un mismo proceso. Así, se desdibuja la ilación cronológica y lógica que recalca Néstor Kirchner.

5.5.3. *La década ganada*

Ahora bien, el análisis de los textos producidos durante el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner dejan ver que el discurso kirchnerista no sólo introduce variaciones sobre los lugares de memoria, sino que incorpora otros nuevos. Hay uno

que, entiendo, es de suma relevancia: la historia aún no cerrada del mismo proceso kirchnerista, bautizado por la propia locutora con el *cronónimo*¹²⁷ “la década ganada” – una fetichización de las decenas–. Veamos:

(xxxix) “Casi como un símbolo en esta Argentina que yo llamo la Argentina del *Bicentenario*. Argentinos, argentinas, en poco menos de dos años vamos a cumplir 200 años de historia. Desde aquel 25 de Mayo de 1810 han transcurrido 200 largos y difíciles años. Que nos han visto con frustraciones, con desencuentros, con inequidades, con injusticia, con fuerte destrucción de la construcción democrática, con enfrentamiento entre los argentinos, y en definitiva con un saldo, una Argentina que por allá en el 2001, como alguien recordó hace unos instantes, los argentinos pensábamos que se nos desintegraba entre las manos. *Me acuerdo de aquel 25 de Mayo del 2003, cuando el presidente Kirchner asumió*, los días posteriores, cuando muchísimos amigos intendentes como Hugo Curto acudían a su despacho, con los gravísimos problemas que teníamos en la Provincia, en todo el conurbano, en la Argentina en definitiva (...) *Díganme si no vale la pena insistir en el camino y en el sendero que emprendimos el 25 de mayo del 2003*. Que no es de ningún sector, de ningún partido, más allá de la afiliación clara y pública que pueda tener quien presida la República Argentina” (CFK – 28.03.2008).

(xl) “*Y en estos años que han corrido desde el 25 de mayo del año 2003, hemos podido demostrar que aquellas ideas que algunos acusaban de nostálgicas y del pasado, supieron reconstruir el tejido social y productivo argentinos y*

¹²⁷ Según Bacot *et al.*, un *cronónimo* es una expresión de complejidad variable que sirve para designar una porción de tiempo que una comunidad social aprehende y singulariza, referida a actos que considera apropiados para darse una coherencia y para reflexionar sobre su propia historia. Morfológicamente, suelen presentarse como sintagmas nominales cristalizados, compuestos por un sustantivo que indica duración más un adjetivo con connotación axiológica. No obstante, su estabilidad semántico-referencial debe ser relativizada, dado que los límites del período histórico designado son a menudo materia de controversia y que el conjunto de representaciones que actualiza el *cronónimo* varía según los imaginarios sociales correspondientes a distintos posicionamientos políticos y épocas. Justamente, su dimensión política se pone en evidencia si se entiende la política como conflictividad social: el corte que hace el *cronónimo* y su denominación favorece ciertas representaciones de clivajes y de campos. En el caso que nos ocupa, sin ir más lejos, el propio *cronónimo* fue arena de este antagonismo: a “década ganada” se le opusieron formas como “década perdida” o “década gastada”, así como se ironizó sobre su significado adhiriendo el sintagma original al retrato de los resultados negativos de las que se entendían como deficitarias políticas de gobierno.

devolverles dignidad, educación y trabajo a todos los argentinos. Hoy el mundo enfrenta desafíos tan fuertes como en aquel momento y aquí estamos nosotros parados frente a la historia para tener la respuesta de construir junto a todo el pueblo la profundización de este modelo que nos va a exigir a todos los argentinos tener en claro cuáles son los intereses que tenemos que defender y representar, porque también, muchas veces, por cosas que pasan, sectores sociales confunden sus intereses y terminan sirviendo a los intereses de pequeñas minorías. Por eso, digo es fuerte y es necesario que todos comprendamos el momento histórico que estamos viviendo, diferente a aquel 17 de octubre, pero tan fundacional en la Argentina y en el mundo como fue aquel movimiento histórico” (CFK – 17.10.2008).

- (xli) “Pero como a mí no solamente me gusta soñar y como junto a muchos otros millones de argentinos además de soñar nos gusta hacer, es que también hace *hoy exactamente seis años comenzamos un proceso de transformación en nuestro país para poder, precisamente, convertir en sueños, convertir en realidades esos sueños. Por eso, comenzamos a construir entre todos un país diferente donde recuperaríamos el orgullo de ser argentinos (...) Precisamente, con la misma fuerza y el mismo patriotismo de esos hombres de 1810, que son iguales a la de los hombres y mujeres del país profundo que también lucharon por construir una Argentina federal, con las mismas ideas de los hombres y mujeres que alumbraron los partidos populares y democráticos de todo el siglo XX que son los que influyeron en lo que es la construcción de la identidad nacional y de la conciencia nacional. Y ahora que nos toca a nosotros, hombres y mujeres de una generación que creyeron que otro país y otra sociedad era posible, juntando todo, juntando a todos, a esa historia desde el '10, a esos momentos donde arrancó el voto popular y democrático y luego arrancó la representación de la mujer y de los trabajadores en la escena política nacional, y ahora en nuestro tiempo, en el tiempo de estos argentinos de carne y hueso comprometidos con la construcción del gran país que alguna vez fuimos, es que convoco desde aquí, desde esta tierra colorada, desde Iguazú, provincia de Misiones, al lado del río Paraná y del río Iguazú, a todos los argentinos y a todas las argentinas, a una nueva gesta que es la misma que soñaron otros, pero que hoy hemos encontrado el camino y debemos seguirlo y profundizarlo” (CFK – 25.05.2009).*

El 25 de Mayo de 2003 es invocado como el momento inaugural de un proceso un curso, cuya historia ya puede ser narrada. A pesar de tratarse de dos presidentes distintos provenientes de una entidad política inestable –identidad a la cual no es sencillo reconocerle incluso un dato duro inicial (ni para los esforzados genetistas afines ni para sus contendientes quienes, como Novaro (2011), la leen como el mero resultado de la acumulación de respuestas tácticas a conflictos coyunturales)– esta memoria los reúne como un único proceso político. De este modo, el efecto frontera establecido por el enunciador anterior se diluye a favor de la construcción de un efecto de continuidad en el tiempo, lo cual sirve de zócalo para estabilizar su identidad como posicionamiento político, su “ipseidad colectiva”. Ahora bien, mientras el presidente anterior no iba más allá de augurar una tortuosa salida de la crisis, Cristina Fernández de Kirchner predica de este posicionamiento la puesta en obra de una transformación radical de la situación política, social y económica del país, lo cual sumado a la explotación de otros recursos –como su puesta en relación con otras etapas de similar trascendencia o la señalización de la coincidencia con una fecha patria fundacional (25 de Mayo)–, no solo tiende a resolver discursivamente la configuración de su identidad, sino también a darse un lugar en la historia.¹²⁸ Cabe presumir que los resultados de estas operaciones adquirirán relevancia con cada mensaje y cada logro político ya que, enmarcados discursivamente en un permanente antagonismo, los éxitos se ofrecerán como victoria ante un poderoso enemigo y como hitos de una gesta.

¹²⁸ La gestión del archivo es un claro considerando para plantear una transformación funcional del discurso kirchnerista a partir de la muerte de Néstor Kirchner. En esta nueva etapa, hay indicios de una mitologización cada vez más fuerte de la historia de esa posición política. Por caso, el discurso presidencial recurre a la partícula “él” para nombrar a Néstor Kirchner, como si se divinizará el pronombre para mencionar un fundador.

5.5.4. *Narrar y comparar*

Desde la óptica de los *lugares de memoria*, no parece desacertado generalizar los resultados del análisis y hablar de un único *archivo* del discurso kirchnerista. Sí se percibe un cambio en las modalidades de estructuración y organización de esos *lugares de memoria*. En las alocuciones de Néstor Kirchner, la construcción de un efecto de frontera imponía una sintaxis narrativa del pasado reciente en la cual las últimas décadas podían interpretarse como un bloque interrumpido por el capítulo kirchnerista. ¿Sucede lo mismo cuando ese discurso es investido por este otro locutor? Las operaciones discursivas que se manifiestan en sus enunciados están, se dijo, al servicio de la construcción de la singularidad del kirchnerismo con respecto al pasado inmediato y de su magnitud en el interior de la historia nacional. Se mantienen las referencias al momento crítico de su irrupción, pero la novedad pasa, al menos dentro de los límites de este *corpus* de textos conmemorativos, por el hecho de que su significación la adquiere por *comparación*. El valor del presente social y político regido por el kirchnerismo se establece en relación a otro momento con el cual tiene que irse a medir.

No se me escapa que las restricciones que impone la escena genérica pueden explicar estas operaciones. En algunos casos esta conexión es nítida, como en el fragmento (xli), correspondiente a la conmemoración del 25 de Mayo, donde se postula la semejanza entre el patriotismo de los actores de la Revolución con el de los partidarios del actual gobierno –lo cual, dicho sea de paso, promueve la transferencia del carácter de gesta de un acontecimiento a otro– o se lo toma como modelo de un *deber hacer*. Pero la sistematicidad de la operación invita a preguntarse si no se trata de un mecanismo propio de esta segunda etapa del archivo kirchnerista. En los fragmentos numerados como (xxxiv) y (xxxv), por caso, esa comparación encierra una antítesis entre la época del Centenario y la actual, tiempos del Bicentenario y de los gobiernos kirchneristas. En esa antinomia, la actualidad, en contraposición a lo que sucedía cien años atrás, se define por la plena vigencia del orden democrático. Algo similar ocurre cuando se contrastan diversos fenómenos y prácticas de la década del 70

y el presente de la enunciación. Las citas (xxv) y (xxvi) plantean, por ejemplo, las diferencias entre ayer y hoy de la generación de militantes en la cual se inscribe el enunciador; en la (xxviii) donde se opone el estatuto y accionar de la última dictadura con el de los actuales enemigos de la democracia; la (xxx) presenta una contraposición geográfica: entre la caída de los regímenes dictatoriales en Argentina y en otras partes de América Latina. Pero no se limita a tratar los objetos por oposición. En (xxvii), por ejemplo, la operación conlleva un juicio de semejanza. A la realidad, decía Borges, le gustan las simetrías. A Cristina Fernández de Kirchner también.

Se puede sostener, en conclusión, que el principio organizativo de los lugares de memoria en los textos de Cristina Fernández de Kirchner es la *comparación*. La dimensión argumentativa de esta cualidad fue examinada por Ch. Perelman y L. Olbrechts-Tyteca (1989 [1958]: 375), para quienes supone la confrontación, por oposición u ordenación, de varios objetos a fin de evaluarlos. También se debe destacar el valor cognoscitivo de este tipo de operaciones. Las comparaciones analizadas no son del orden del mero registro, algo que ya está en la *doxa*, sino que es el enunciador el que, manipulando los términos y sus relaciones, establece que estos *lugares de memoria* funcionen como explicación –la comparación es uno de los recursos de los textos explicativos– y como clave interpretativa del presente. Este uso también se deja medir a partir de su impacto en la configuración del enunciador: para realizar estos contrastes se requiere cierto dominio de la historia; o sea, colocan a quien los lleva a cabo en el lugar del saber. Así, mientras el valor argumentativo del archivo instaurado por Néstor Kirchner lo mostraba como un enunciador preocupado por el sentido narrativo que unía, con un trazo grueso, la historia reciente y su propia aparición en la arena política nacional, en el caso de su sucesora prima la trama explicativa. Dicho rápidamente, dentro del discurso kirchnerista se puede marcar la diferencia entre una gestión narrativa y otra comparativa de los lugares de memoria.¹²⁹

¹²⁹ Mostración de conocimiento de la historia y voluntad explicativa: estos factores, de los que es posible inferir un enunciador pedagógico, no son habituales hoy en los discursos institucionales de la política –

Como se aclaró, aquí sólo me ocupo de los problemas ligados a las operaciones de producción, lo cual no impide sugerir las pretendidas en reconocimiento o, al menos, la distancia asignada al coenunciador en esas operaciones. Esta es mucho más reducida en el caso de Néstor Kirchner. A diferencia de la comparación explicativa, para la asimilación del relato basta con operaciones de síntesis, además de que se presta mejor a la semiotización de situaciones emotivas –posibles en el cotejo, pero sólo si se transfieren los valores afectivos entre los elementos de comparación.

5.6. Utopismo

5.6.1. *La memoria y la función utópica*

Permítaseme esbozar –lo haré con cautela– una posible veta de análisis de la palabra política nacional. Al principio del capítulo señalaba que la multiplicación de los ejercicios de rememoración a nivel global respondía a la incertidumbre sobre el futuro, al derrumbe de las utopías. Para algunos autores relevados en la primera parte de este capítulo (e.g. Ricœur, Todorov, Verón) el diagnóstico es aún más sombrío: al no poder inscribirla en un gran relato del porvenir, la memoria se convierte en instrumento de abusos, en objeto de politizaciones mezquinas, una brida para el procesamiento virtuoso de las evocaciones conflictivas, etc. Estos mismo términos se ajustarían, dicen los que se ocupan del caso local, a una descripción de la situación argentina (cf. Vezzetti, 2009: 58). Aún cuando se encaucen los esfuerzos discursivos a distinguirse

no son tampoco un rasgo de todos los locutores kirchneristas-. Como es de prever, se los puede encontrar mayormente en actores que dicen ocupar el espacio progresista, como H. Binner: “Argentina estaba –los patriotas estaban– pensando en esas ideas de libertad, de igualdad y de fraternidad que venían, precisamente, desde veinte años antes desde Francia; conocidas como la Revolución Francesa. Y esa Revolución, que tuvo tantas idas y vueltas, desde su propio país, partió con las tropas que ocuparon España. Realidad que llevó a pensar en que nosotros podíamos desde aquí pensar y lograr la igualdad y la fraternidad en todo el curso de nuestra historia. Pero nosotros tenemos que ver que en ese momento hubo grandes hombres. Quiero rescatar a Belgrano, porque es el patriota más transparente de la historia argentina. Y en Belgrano tenemos el concepto de Patria, como una idea de libertad, que cuando se transforma en fuerza, se encarna en la gente sencilla y común de nuestro pueblo y se sienten héroes” (HB – 25.05.2010).

del pasado reciente, esto no repercutiría, paradójicamente, en una elaboración del futuro por parte de la enunciación política. Me interesa ahora, para decirlo de una vez, sentar las bases para una interrogación del *corpus* realizada a la luz de este aparente déficit. La lectura está dirigida menos a saber si estos discursos tienen truncadas sus referencias al futuro que a pensar cómo podría conceptualizarse, desde un enfoque discursivo, esta dimensión prospectiva.

¿Cómo es posible considerar una *función* o *dimensión utópica* de un discurso? Entiendo que se trata de una cuestión complementaria con la de la memoria y de mayor amplitud que la que establece el *componente programático* (i.e. los actos de promesa o anuncios) (cf. Verón, 1987: 22). En principio, porque *memoria* e *imaginación utópica* comparten su inscripción en el dominio semiótico, aunque conlleven, respectivamente, la posición de una realidad anterior y la suspensión de cualquier posición de realidad; en otros términos, se trata de la conceptualización de la elaboración, en el presente, de organizaciones semióticas con una vectorización temporal opuesta, hacia el pasado, en un caso, y hacia el futuro, en el otro. Pero la cuestión no se limita a trazar una simetría incauta. Comenté anteriormente que en *Ideología y utopía*, Ricoeur (2006) sugiere varios niveles de acción del proceso ideológico, según los efectos que ejerce sobre la comprensión del mundo. En el más “interior” de ellos, tiene lugar un juego dialéctico: la memoria es, en él, un factor que participa de la textura narrativa constituyente de la identidad comunitaria, como parte de la estructuración simbólica que requiere toda acción; así como, por un lado, esta dimensión identitaria compensa las distorsiones del imaginario, la dimensión utópica puede, por otro, operar como instancia crítica y curar la rigidez de los abusos de la memoria.

Esta función ha también cristalizado en escrituras y genericidades. La utopía es una forma del discurso político que presenta como posible una sociedad ideal. La mayoría de los investigadores del género reconocen que, si bien la palabra es invento de Tomás Moro, la historia de los ideales, de los materiales (e.g. la urbanística modelo,

el ideal armónico, el quiliastro) y de los procedimientos narrativos (e.g. narraciones de viajes, la novela filosófica, la ciencia ficción) que lo definen se extiende desde Platón hasta el amanecer del siglo XX (cf. Moreau, 1986; Comparato, 2006).

Quizás sea más apropiado distinguir, como lo hace V. Comparato (*op. cit.*: 10), entre *utopía*, para designar las obras que se ajustan al arquetipo de Moro –es decir, para designar una genericidad moduladora–, y *utopismo* o *pensamiento utópico*, que le da nombre a una visión de la vida social radicalmente crítica de la existente o, incluso, que pretende transformarla y que puede plasmarse en utopías. Utopismo puede, en realidad, encerrar una multiplicidad de sentidos. Desgloso los más evidentes, no sin antes hacer notar que pueden traslaparse parcialmente: 1) se trata de lo que es absolutamente irrealizable y, por ende, hay que anotárselo a los juegos de la imaginación (i.e. a las heterotopías) o a la fuga esquizoide del mundo real; estéril afán que no ofrece ninguna guía para la acción; 2) comprende las imágenes de futuro (i.e. se trata de una imaginación productiva), que pueden ser ideológicamente *conservadoras* –en su versión continuista (i.e. el futuro copiará al presente) o “terrorista” (i.e. el futuro será hartamente peor que el presente)–, o pueden ser *críticas* –en sus variantes utópica *stricto sensu* (i.e. el futuro será mejor que el presente) o distópica (i.e. en el futuro se intensificarán los desperfectos del presente)–; 3) implica la conciencia crítica de lo existente, la percepción de su carácter contingente, y su proyección hacia una transformación, o sea, un medio de reflexión política y de desreificación; 4) es un desafío al poder de una autoridad, frente al cual puede ofrecer una alternativa imaginativa, pero con aspiraciones a realizarse, es decir, pertenece al patrimonio de los grupos subalternos; 5) es un modelo mental de una sociedad diferente; 6) se trata del proyecto de una sociedad diferente (cf. Colombo, 1989: 191; Ricœur, 2006: 292). Para su configuración como problema discursivo, conviene retener las acepciones 2), 3) y 4) de la enumeración anterior.

Me parece prudente, asimismo, tomar nota de los vicios que se la han atribuido al utopismo. El irrealismo es uno de ellos (considerado en el punto 1) del párrafo anterior). Asimismo, cuando se lo aborda desde el campo psicoanalítico y desde el

paradigma disociativo de lo político (v. cap. II), se abre el camino para reflexionar sobre la negatividad de este fenómeno. Por un lado, la función utópica pertenece a la economía del deseo y, por tanto, a la pérdida: es el producto de la tensión entre un objeto imaginado como la plenitud del deseo satisfecho y perdido para siempre (nivel inconsciente del objeto perdido), y la búsqueda incesante de un objeto sustitutivo (imagen consciente de la anticipación) (cf. Colombo, *op. cit.*: 224). Por otro lado, el utopismo, según Y. Stavrakakis (2007: 156), está acoplado a la necesidad paranoide de la expiación. Su emergencia está condicionada por la negatividad irreductible de la experiencia humana (i.e. por el desorden, por la intensificación de los antagonismos, por la imposibilidad de totalidad, en suma, por la irrupción de *lo político* que subvierte la estabilidad fantasmática de la realidad comunitaria), frente a la cual las fantasías utópicas se articulan como respuesta. Ahora bien, esta operación siempre deja un resto: la figura de un archienemigo que debe ser eliminado.

5.6.2. *La crisis del imaginario utópico*

Me adelanto a las objeciones. Decía más arriba que no fue mi intención realizar un examen integral de los materiales, sino tan sólo esbozar, a partir de ellos, las condiciones para realizar un análisis de la *función utópica*. Esta decisión no proviene únicamente o del antojo o de los límites que exige una tesis, sino que tiene restricciones impuestas por los discursos (políticos, argentinos, contemporáneos) finalmente seleccionados para trabajar. Tales restricciones, que comportan la manifestación del fenómeno y su abordaje teórico-metodológico, son de peso y llevan a cuestionarse la viabilidad de este tipo de lectura. Por una parte, la ausencia del utopismo positivo es un indicador que algunos teóricos contabilizan para caracterizar el escenario político de nuestra época. Por ejemplo:

“Todos estos desarrollos, es decir, la crisis del imaginario utópico, parecen sin embargo dejar a la política sin su fuerza motivadora primaria: la política de hoy en día es una política de la aporía. En nuestro ámbito político actual, la esperanza parece haber sido reemplazada por el pesimismo o incluso la resignación. Este es el resultado de la crisis en la modalidad dominante de nuestra imaginación política (entendiendo el utopismo en sus variadas formas) y de la incapacidad para resolver esta crisis de una manera productiva” (Stavrakakis, *op. cit.*: 146).

Para este autor, *la política* es consecuencia del fracaso del imaginario utópico. La pregunta que cabe es si vale este diagnóstico para el universo político local. Por otra parte, existen –decía– reservas metodológicas. La palabra política institucional limita la posibilidad de observar algo distinto a las imágenes de futuro dichas por parte de la autoridad; nada de pura invención, sólo alusiones prospectivas que el orden *policial* hace sobre sí mismo. Es decir, no hay conciencia crítica de la contingencia de este orden; a lo sumo imágenes –muchas veces abstractas– que resultan de la controversia entre posiciones políticas. Así las cosas, el fenómeno que podríamos indagar es qué se dice sobre el futuro, cómo se lo dice y cuál es el componente ideológico que puede tener ese acto enunciativo. También se suman restricciones dadas por la genericidad. La palabra política, es evidente, posee nichos muchos más propicios que otros para la manifestación de esta función utópica (e.g. discursos de campaña, discursos de inauguración, discursos de espacios políticos minoritarios o de partidos que se organizan en torno al imaginario de la revolución, como el FIT o el PTS¹³⁰). En mi caso, sumé al *corpus* discursos producidos en actos de inauguración. Asimismo, la

¹³⁰ “Para quienes suscribimos este manifiesto, el comunismo, es decir la conquista de una sociedad sin Estado y sin clases sociales, libre de explotación y de toda opresión, es nuestro “objetivo político” más elevado al que pretendemos ligar, a través de la estrategia, todos los combates y las conquistas parciales. Luchamos por una nueva sociedad, “una asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción colectivos y empleen, conscientemente, sus muchas fuerzas de trabajo individuales como una fuerza de trabajo social” (Marx) (...) Cuando sostenemos que el comunismo es nuestro “objetivo político” más elevado que orienta el conjunto de nuestra estrategia, no lo sostenemos como una consideración abstracta. Sino que es parte de la reafirmación de una estrategia revolucionaria sobre el balance de la lucha de clases de todo el siglo XX”. Conclusión del *Manifiesto: Por un Movimiento por una Internacional de la Revolución Socialista -Cuarta Internacional*.

conceptualización de las marcas requería una solución que no podía ser exactamente igual a la que se empleó para el caso del estudio de la memoria, dado que no se trata de fenómenos análogos (e.g. la dimensión intertextual de la función utópica puede ser admitida en el plano teórico, pero nunca es atestiguada).

5.6.3. *El Mac Guffin y el sueño*

Tendré oportunidad de desarrollar en el capítulo que sigue algunos rasgos del discurso kirchnerista presentados aquí. Anticipo, no obstante, algunas marcas, aunque ahora para instituir las como huellas de la función utópica.

En primer lugar, el utopismo es, paradójicamente, instalado en un lugar de memoria. Si se repasan, por ejemplo, las citas (iii), (xi), (xiii), (xxv) o (xli), nos encontramos con que los enunciadores caracterizan la militancia de los 70 como una experiencia signada por la conciencia utópica. En este punto, la diferencia substancial entre locutores radica en que Néstor Kirchner afirma la persistencia, transfigurado en convicciones de gobernante, de ese utopismo hasta el presente (e.g. “Yo también milité como ellos, yo también me incorporé a la política creyendo y sigo creyendo que esta Argentina puede cambiar”), mientras que su sucesora prefiere una rememoración nostálgica o incluso melancólica, si se contempla la alusión a la pérdida (e.g. “somos miembros de una generación que creyó en ideales y en convicciones y que ni aún ante el fracaso y la muerte perdimos las ilusiones y las fuerzas para cambiar al mundo. Tal vez estemos un poco más modestos y humildes. En aquellos años soñábamos con cambiar el mundo, ahora nos conformamos con cambiar este nuestro país, nuestra casa”).

Segundo: lastrar el futuro con pasado es otra operación que distingue al discurso kirchnerista, al punto de reducir el mañana al modesto próximo día. La sombra que aún proyecta el desastroso pasado reciente, la amenaza de ser aspirados nuevamente

por él, interfiere en la elaboración utópica. Expresada como un mantra a través de la metáfora “salir del infierno”, esta tensión entre tiempos aparece de forma recurrente en los textos de Néstor Kirchner. Este y otros sintagmas buscan dar acceso a dimensiones del espacio mental que organizó la experiencia del kirchnerismo como un relato de “redención” o “reconstrucción” que se inicia en el 2003. Ese infierno “es la imagen del gobernante –dice J. Etkin (1999: 240)– cuyas decisiones de ajuste económico llevan a la crisis y la desocupación. Infierno por lo que tiene de castigo final, que es irreversible para el responsable y para las víctimas de su política. Lo opuesto es disponer de recursos y tomar decisiones que llevan al bienestar”. Para eso se evoca un momento de gestación de la “caída” del 2001, desarrollado –como se dijo– durante las tres décadas precedentes –erigida contra el menemismo, esta organización, paradójicamente, le da cierta vecindad con el relato “redentorio” menemista–:

- (xlii) “Pero claro que *estamos en el infierno, hemos subido escalones, pero como decía el Gobernador, tenemos muchas asignaturas pendientes*” (NK – 09.07.2006).
- (xliii) “*Nos va a llevar mucho tiempo levantarnos y salir del Infierno al que nos han llevado. Lo importante es que cada día veamos que vamos dando un pasito tras otro para adelante*” (NK – 09.07.2004).
- (xliv) “Podemos decir que todavía *estamos luchando por salir del infierno, pero esta Patria creció casi el 50 por ciento en los últimos años*” (NK –25.05.2007).
- (xlv) “Le decía a los chicos que trabajaban conmigo ‘*es segundo a segundo, después minuto a minuto, hora a hora y día a día*’. Hoy la lucha es *día a día*” (NK- 25.05.2007).

Este funcionamiento del discurso kirchnerista *institucional* permite describir su utilización del futuro como conservadora, ya que éste o bien es apenas una mínima mejora con respecto al presente o bien puede repetir el pasado ominoso.

La proximidad del Bicentenario, en tercer lugar, agregó nuevos insumos a la austera dimensión utópica del discurso kirchnerista. El sentido utópico de esta celebración puede asociarse a proyectos concretos –gran parte de los mensajes pronunciados en actos de inauguración o similares se consagran a exhibir los logros de los gobiernos kirchneristas– o a formulaciones de mayor generalidad que no expresan ninguna acción política concreta (e.g. convocar a conformar la “generación del Bicentenario”¹³¹). Opera como una especie de sintagma “flotante”, que puede estar asociado a configuraciones semióticas diversas y facilitar así la transición de un espacio mental a otro. Si se me disculpa lo alejado de los términos de la comparación, diría que la puesta en discurso del fenómeno del Bicentenario funciona aquí como lo que en el universo cinematográfico se denomina un *Mac Guffin*, esto es, un elemento de *suspense* que hace que una estructura narrativa avance, que facilita el despliegue de un relato, pero cuyo valor intrínseco no tiene mayor relevancia para lo que esa estructura expresa. Un elemento, en fin, cuyo sentido lo adquiere en la articulación simbólica que permite.¹³²

Las condiciones que perturban o limitan el utopismo están asociadas –lo veremos en el próximo capítulo– a la necesidad de fundamentar un estado de excepcionalidad política y a la ampliación de las bases de apoyo del gobierno, para lo cual o bien la única promesa que se enuncia es la promesa de lo peor (es el caso de las alocuciones de Néstor Kirchner), o bien se enumeran sus logros más que sus programas (en Cristina Fernández de Kirchner). El fenómeno puede, creo, recibir también una lectura que se centre en el *modus operandi* del imaginario social. Tal vez la imposibilidad de imaginar

¹³¹ La sistematicidad de esta operación fue ostensible en su momento, al punto que no pudo escapar de la parodia. Considérese, como ejemplo, que la revista humorística *Barcelona* la satiriza en su tapa del 9/05/2008 (nro. 134), al titular “Se viene el futuro”, aludiendo a anuncios que realizaría el gobierno el 25 de Mayo de ese año.

¹³² Su mejor exposición corresponde a Hitchcock, quien la hace a través de un famoso chiste: Van dos hombres en un tren y uno de ellos le dice al otro “¿Qué es ese paquete que hay en el maletero que tiene sobre su cabeza?”. El otro contesta: “Ah, eso es un Mac Guffin”. El primero insiste: “¿Qué es un Mac Guffin?”, y su compañero de viaje le responde “Un Mac Guffin es un aparato para cazar leones en los montes Adirondacks”. “Pero si en los Adirondacks no hay leones”, le espeta el primer hombre. “Entonces eso de ahí no es un Mac Guffin”, le responde el otro. Véase Truffaut, F. (1998) *El cine según Hitchcock*. Madrid: Alianza, p. 127.

el futuro sea consecuencia de la debilidad del pasado; quizás sea un cortocircuito o desbalanceo de la circularidad propia de la estructura mítica de una comunidad. Si el utopismo es una proyección originada en la no aceptación de la pérdida de un pasado imaginado como plenitud, si el aguijón oculto de la función utópica es la experiencia de la pérdida de una Edad de Oro, hay que decir entonces que es difícil encontrar un pasado así configurado en la historia de la palabra política argentina; no al menos de manera unánime. Como se dijo antes, el del kirchnerismo parece ser la militancia setentista. Lo que deja permear la siguiente pregunta ¿cómo impulsar como utopía común lo que para el imaginario colectivo es aún la consumación de un proyecto de redención truncado de manera violenta, extirpado de un pasado sumamente conflictivo? Señalaba antes que no había comunidad sin una historia que remitiera a acontecimientos violentos ya procesados. Otro interrogante: ¿el kirchnerismo saca un rédito pragmático de su apelación a esa memoria o son en realidad esfuerzos que, a fin de procesar ese pasado, acompañan los procesos de reparación jurídica correspondientes?

El discurso macrista, en cambio, tiende a colocar los hábitos del pasado porteño en esa Edad Dorada (v. (ii)); es decir, las costumbres pretéritas de la ciudad descrita como *locus amoenus* –lo cual es entendible, dado que el PRO, como espacio político, no reclama un linaje ni tiene un pasado propio al cual recurrir–. Contrastes de este tipo permiten seguir argumentando a favor de las operaciones de despolitización de la palabra política por parte del macrismo. Veamos, para continuar con el discurso macrista, los otros datos significativos de su funcionamiento utópico. Cito:

(xlvi) “Queremos lograr, junto a cada uno de ustedes, una ciudad más vivible y más justa. Hay que animarse a *soñar* con una ciudad distinta, con una ciudad mejor. Animarse a hacerla, trabajando todos los días (...) *Mi sueño es que nuestra generación de dirigentes sea recordada como la que cambió el juego, la que superó la costumbre de los enfrentamientos inútiles y se puso a trabajar unida para sentar las bases del país del futuro, del país próspero e integrado*” (MM – 09.12.2007).

- (xlvi) “*Sueño con una Argentina unida, próspera y en paz. Una nueva oportunidad nos espera para construir un futuro mejor para todos*” (MM – 24.05.2010).

Un relevamiento sistemático debería apuntar, primero, la reiteración del verbo *soñar* para introducir las alusiones al futuro político, aunque no es un rasgo del todo ausente en la palabra *kirchnerista* (v. (iii), (xli)) –al punto que, se dijo, se puede entender como parte de una *genericidad moduladora*–. Este verbo, que hace referencia a un proceso psicológico, insufla fuerza poética y emotiva –aportada en parte por las resonancias transtextuales (e.g. una alusión al célebre mensaje de M. L. King)–, aunque, a la vez, atenúa el valor compromisivo del macroacto y la certidumbre sobre la consecución del objeto de lo “soñado” –a lo que hay que sumarle que, como sucede habitualmente con este tipo de mensajes políticos, no describe los procedimientos para conseguir esos resultados–. En realidad, muchas veces es el mismo objeto anhelado el que es abstracto y general (e.g. unidad, paz, prosperidad). Y aquí también cabe un parangón. Mientras que la entidad que persigue el utopismo macrista es la *unidad* –no la gestión del Dos, sino el Uno–, el discurso kirchnerismo propende a instalar la *igualdad* en el lugar del objeto de la utopía.¹³³ Cito unos pocos ejemplos de esa tendencia:

- (xlvi) “*Sólo a través de la igualdad, la equidad, el trabajo, la vivienda y el salario digno se construirá la justicia y la seguridad, cuya base es la igualdad de oportunidades. No es tanto la pobreza sino la desigualdad lo que causa la inseguridad*” (CFK – 24.03.2009).

¹³³ De todos modos, el valor *unidad* no es ajeno al kirchnerismo; como paradójica estrategia de controversia, se pone de manifiesto a partir de la crisis del 2008, en lo que denominé discursos de antagonismo explícito: “Quiero decirles también a quienes tienen la inmensa responsabilidad, la respetabilísima profesión de informar a la sociedad, que lo hagan sin crear antagonismos, sin diferenciar en los colores de piel, por favor, no dividan a los argentinos porque los argentinos queremos estar unidos, solidarios y trabajando” (CFK – 01.04.2008). Varios teóricos de la política se han preocupado por los discursos que interpelan el Uno como respuesta al abismo del conflicto civil (Cf. Rancière, 2011: 23).

- (xlix) “Porque sabíamos que *no todos son iguales, pero sí necesitábamos que todos tuvieran la misma igualdad de oportunidades*, para que cada uno pudiera elegir la vida que quiere. Esto es con lo que *yo sueño* siempre, una Argentina en la que *cada ciudadano y cada ciudadana puedan tener el derecho a elegir qué vida quiere tener, y no que se la elijan por qué nació en un hogar sin trabajo o en donde el salario apenas alcanza para comer*” (CFK – 22.06.2009).
- (1) “*El camino es la igualdad*, el camino es la integración, no nos equivoquemos, allí tenemos la historia para igualar los buenos ejemplos” (CFK – 28.08.2011).

Si en una ampliación de la base de análisis esta discrepancia entre ambos discursos se mantiene, cabría entonces concluir que nos enfrentamos a un uso polémico de la función utópica, cuyo eje los constituyen esos principios faltantes y deseados, *igualdad* y *unidad*, y del consiguiente diagnóstico de la situación del país. En la conclusión general de la tesis retomaré este tema.

En segundo lugar, aunque sostener esto requiere ampliar el *corpus*, es significativo contrastar el uso del término *generación* con el que se le asignaba en el interior del discurso kirchnerista. Mientras que en este último el sentido del lexema provenía en general de una vectorización hacia el pasado (se debe exceptuar sus referencias al Bicentenario), en el discurso macrista *generación* siempre forma parte de la *memoria del futuro*, operación que –se dijo– busca fomentar la conciencia histórica de una posición política.

Si se acepta lo anterior, el utopismo puede ser entonces considerado como una forma de (re) introducir el impulso emocional en la sociedad, de conmoverla y motivarla, de vitalizar un orden político o, al menos, de compensar los efectos meramente reproductivos que se dependen de avivar de modo excluyente la memoria colectiva, sobre todo cuando esta se fija en acontecimientos traumáticos. Ricoeur (2006) sugiere que esta estrategia puede apropiarse de recursos que le son externos para contribuir al fomento este utopismo colectivo: la imaginación artística, el discurso

religioso o las figuras de lo pedagógico. Esto nos conduce al tema del próximo capítulo.

6. Condiciones de producción: rememoraciones conflictivas y memoria justa

Recuperemos ahora, para terminar, algunos de los riesgos que involucra el trabajo de la memoria colectiva por parte del poder. Al inicio del capítulo vimos que se trata de un espectro que incluye desde los olvidos estratégicos y la escasez de memoria que entraña la mala conciencia, hasta el exceso patológico en la actividad de rememoración, que se puede pagar con la mitologización, con la exaltación de un trauma histórico y del lugar de la víctima o, paradójicamente, con el mismo olvido. Creo que a nadie se le puede escapar el riesgo de sucumbir a estos vicios en el pasado y el presente del país. No está mal, entonces, interrogarse cómo ponderar, frente a este catálogo de problemáticas, las operaciones de rememoración en el discurso de la política contemporáneo. Una posible respuesta provendría de evaluar –como se hizo más arriba– el trabajo de modulación de la memoria colectiva como parte de la configuración identitaria, para analizar cómo se instalan allí los distintos posicionamientos políticos.

Si del macrismo podríamos decir que no tiene memoria política ni política de la memoria, del kirchnerismo cabría predicar que ofrece un único archivo, estabilizado en el tiempo, pero con cambios en la sintaxis de sus lugares de memoria.

Comencemos por las obviedades. Las expresiones políticas que enfrentan al kirchnerismo suelen imputarle una preocupación rememorativa confinada a zonas del pasado insuficientes y el insidioso silenciamiento de otras, o, *tout court*, una enfermiza pasión por rememorar acontecimientos que deberían decantar hacia un saludable olvido para ponerse a salvo de los riesgos de la *memoria mítica*; otras voces –candorosas

o aviesas– le recriminan que no fomente una configuración estable y consensuada de la memoria colectiva, dando por sentado que tal fenómeno es algo posible. ¿Qué de todo esto entra en el inventario de los abusos de la memoria y cuánto es endosable al kirchnerismo? Un rasgo definitorio de ese discurso –que lo aleja del peronismo histórico– es admitir el carácter radicalmente antagónico del orden social. Digamos por ahora que el análisis de los discursos de conmemoración permite plantear que la política oficialista sobre el capital comunitario de recuerdos y la memoria colectiva se ha constituido y organizado aceptando que –como se dijo– la multiplicidad de los grupos sociales y los vínculos que establecen entre ellos tienen su correlato en la fragmentación de las memorias colectivas. Reconoce que la imposición de una rememoración pública ideológicamente neutral y no confrontativa no hace más que profundizar el clivaje de las memorias concurrentes. Los lugares de memoria y los olvidos elegidos y la modulación que reciben de este discurso son una evidencia de esta querrela.

Pero la explicación del funcionamiento del discurso kirchnerista requiere que le sumemos otras operaciones. Resumo y esquematizo. El acrecentamiento de su legitimidad política, minada por su escaso caudal electoral de origen, tiene como operador discursivo la construcción de efectos frontera. A la construcción y estabilización de su identidad le corresponde, como operadores, la reminiscencia de la épica setentista, la condensación y rechazo del pasado reciente y el gradual desenvolvimiento de la propia gesta agonal del kirchnerismo. Además de este último, Cristina Fernández de Kirchner agrega nuevos elementos para la gestión de esta identidad, entre los que resalta el fortalecimiento de la importancia histórica de la etapa gobernada por el kirchnerismo. Sin embargo, esta locutora introduce variaciones y, fundamentalmente, ampliaciones que pueden explicarse por los lógicos cambios enunciativos y de articulación de los lugares de memoria, aunque existen otras condiciones de producción que debemos considerar: la apropiación simbólica del Bicentenario y el conflicto con la dirigencia agropecuaria.

Ahora bien, tal vez el debate dominante es el que aún hoy tiene lugar en torno a la recuperación de la militancia. La forma de recordar el campo político de los años setenta, explicitando el punto de vista, las voces y las vivencias de las víctimas de los crímenes organizados y ejecutados por la dictadura, le facilitó al kirchnerismo relocalizar el problema de los desaparecidos en el período postdictatorial y permitió darle expresión a las voces y los recuerdos reprimidos o desterrados al olvido público por parte de la gestión menemista. Pero el costo a pagar fue una transfiguración de esas víctimas en héroes –reivindicación que se venía intensificando desde mediados de los 90– y, paralelamente, la omisión de las muertes cuya responsabilidad le cabe a esas nuevas figuras heroicas. El posicionamiento kirchnerista defiende que no existió operación de reminiscencia más decisiva que esta para la puesta en funcionamiento de prácticas de transformación política. La salida de la fetichización de la fatalidad impuesta por el neoliberalismo es ejemplo de esa fuerza transformadora que le pueden brindar al presente ciertos elementos del pasado. Ahora bien, también es posible cambiar el signo de esta lectura ético-política y sostener que con la “oficialización” de la evocación de las víctimas del terrorismo de Estado como combatientes y héroes, el kirchnerismo pretendió, cínicamente o con mala conciencia, proyectar ese *ethos* sobre sus políticas. Así pues, ciertas opiniones han condenado esta orientación de la gestión de la memoria colectiva señalando que el procesamiento de los acontecimientos traumáticos como lugares de memoria debe permanecer ajeno a la cruda lógica de un sistema de poder, a su uso instrumental en el plano electoral o en crisis coyunturales. ¿Es esta, en definitiva, una imputación que le quepa al kirchnerismo? La respuesta, evidentemente, hay que buscarla en la determinación de aquello que puede llamarse *memoria justa*.

No son escasos los autores que se han aproximado al problema desde la irrupción del kirchnerismo. Mi principal referencia aquí será Vezzetti (2009), dado que si bien su trabajo no comparte las políticas oficialistas sobre la cuestión, considera, entiendo que de manera ecuánime, los argumentos de aquellos que las han apoyado.

Lo justo con relación a la memoria se refiere, como se indicó al principio del capítulo, a un equilibrio siempre difícil entre el abuso y el déficit, equilibrio que apunte al compromiso y a una construcción moral y cultural, pero, en simultáneo, plantee el vínculo entre la memoria y la realización de la justicia. Sin embargo, afirma de manera discutible el autor (*op. cit.*: 55), la efectuación de la justicia no estaría a salvo de límites, que afectarían tanto al castigo como al sentido de la reparación. Vezzetti afirma que hay que considerar que la falta de pruebas o las correlaciones políticas del presente impiden punir a todos, así como también hay que tener en cuenta la imposibilidad de reparar daños que, por su magnitud, no tienen equivalencia posible con las eventuales penas a sus responsables. Se puede tomar nota de lo que afirma Vezzetti, pero la realización de justicia no puede dejar de estar en el horizonte de las acciones del Estado. De todos modos, la actuación judicial no exime a la sociedad de otra justicia: aquella subsidiaria de la elaboración moral e intelectual de la violencia sobre *todas* las víctimas. Asimismo, la instauración de una memoria justa requiere, sostiene el autor, una acción estatal autónoma, que sea capaz de producir una trama común del pasado y de su recuperación en el presente –lo que no quiere decir vaciada de conflicto–; una trama lo suficientemente compleja como para evitar la polarización esquemática de una rememoración inmovilizada en dos archivos: de un lado, el que impone el discurso nostálgico de la dictadura, que reivindica una “guerra antisubversiva salvadora de la democracia”; en el otro extremo, el que olvida las responsabilidades de las organizaciones y de otros estamentos sociales distintos a las fuerzas militares. En el presente, esta polarización se traduciría en acciones y posiciones que nutren los enconos, como limitar la defensa de los derechos humanos a la revisión del pasado dictatorial o postular como reconciliación lo que en realidad es una estrategia para lavar las culpas de los victimarios (Vezzetti, *op. cit.*: 39). Para escapar de esta trama no puede estar ausente la dimensión prospectiva: “Sin duda, como se repite a menudo, hay que comprender el pasado para no repetirlo; pero también hay que tener un porvenir, como comunidad política y moral, para que sea posible reparar ese pasado en sus aristas fracturadas” (Vezzetti, *op. cit.*: 56).

Esbozado el horizonte de la memoria justa, la pregunta que debemos hacernos es ¿dónde colocar las políticas del kirchnerismo? Señalemos, ante todo, aquellas que no se pueden dejar de valorar positivamente. Fue capaz de recuperar y mantener espacios de deliberación acerca del pasado, instalando en el debate público las responsabilidades en torno al terrorismo de Estado. Son válidas las recriminaciones sobre el carácter sesgado de estas controversias, pero ¿puede verdaderamente existir en ellas neutralidad política? Además, los olvidos en el tejido narrativo de la memoria pública son siempre revisables. Pero el logro más consistente del kirchnerismo en esta dimensión fue haber sido capaz de elaborar una agenda básica en materia de derechos humanos y de desplegar iniciativas para asegurar una justicia retrospectiva. Esta conquista me parece primordial y es una clave tanto para la legitimación del kirchnerismo como para su ponderación. En principio, porque morigeró el efecto de saturación –y la consecuente posibilidad de parodización– de los lugares de memoria propuestos en su discurso. Asimismo, si la justicia tiene la capacidad de volver creíble el valor ejemplar de los recuerdos traumáticos, una proyección hacia el futuro es posible, bajo esa condición, en los actos de rememoración. La exposición de Ricœur y Todorov realizada en las páginas anteriores dejaba entrever que la justicia le provee a la memoria su dimensión prospectiva, dado que es capaz de convertir en proyecto de justicia el valor modélico de los recuerdos traumatizantes. Como correlato, la prosecución de la justicia convierte a la rememoración en deber. Contra la posible acusación de una falta de dimensión utópica en su palabra, el reto del kirchnerismo parece ser pues profundizar las prácticas que vuelven perceptibles el valor de la justicia y la reparación; en lugar de regodearse discursivamente con la memoria de los 70, parecería conveniente aprovechar el mismo impulso político con el cual fue posible reinstalar los procesos judiciales para ampliar su espectro de recuerdos y de actores jurídicamente responsables; para convertir la memoria en *praxis* y no en *pathos*. Es esta la *via regia* para que los modelos de percepción y de acción propuestos a partir de su archivo adquieran realmente la fuerza cohesiva y movilizadora de lo prospectivo.

Sin embargo, nos debemos preguntar si el kirchnerismo ha hecho uso o abuso en su particular articulación de la reapertura de los juicios contra los responsables de los crímenes de la dictadura con los lugares de memoria en los que se ha concentrado. Una política de Estado efectiva sobre los derechos humanos no es tal, según la mirada crítica de Vezzetti (*op. cit.*: 37-39), si no se la considera en toda su extensión. En efecto, para desactivar este peligro se requiere extender el horizonte de rememoración y acción tanto hacia el pasado, como hacia el presente y el futuro. Es evidente que los crímenes de la guerrilla no son equiparables a los del terrorismo de Estado, lo cual no los menoscaba –se deben ponderar no sólo las víctimas causadas por la acción guerrillera, sino las muertes “insignificantes” desde el punto de vista de una fracción o partido, las muertes que más rápidamente pueden hundirse en el olvido–. Hay víctimas (e.g. las que la guerrilla produjo entre sus propias filas) que no constituyen lugar de memoria ni punto de atención del kirchnerismo. Si esta amnesia es parte de una estrategia de reactivación de los juicios contra los responsables del terrorismo de Estado, desembocamos en el dilema sobre las estrategias posibles para salir de la aparente disyuntiva entre rememoración integral y justicia. También parece necesario –y en este punto adhiero a la postura de Vezzetti– instaurar, como parte de esta misma política de derechos humanos, una sensibilidad por los excluidos del presente, por las víctimas de las múltiples formas de la desigualdad, y esta implantación no tiene porqué emparejar las víctimas de hoy con las del pasado ni postular una continuidad en la dominación e impunidad. Junto con la rememoración, es esta la otra vía que asegura que la justicia retrospectiva pueda afirmarse y producir efectos en el porvenir. Pero la ampliación de las políticas de la memoria también debería alcanzar las formas materiales y simbólicas de la distribución de su ejercicio. Vezzetti advierte que la rememoración descansa menos en los partidos políticos mayoritarios, que en asociaciones de familiares y víctimas, con la consiguiente sectorización y dispersión de las convocatorias, de las ceremonias, etc. No obstante, el resultado que el autor visualiza como más pernicioso, es que bajo el amparo del gobierno kirchnerista estas agrupaciones se creen dueñas de una verdad sacralizada que sólo a ellos les cabe administrar y transmitir a nuevas generaciones.

En suma, mi postura es que urge que la –indispensable– política de la memoria que ha activado el kirchnerismo, fundamentalmente a través de la voluntad del ejecutivo, ingrese en una nueva etapa, etapa en la cual se amplíe y radicalice la visión de los derechos humanos y se pongan en marcha los correspondientes procesos judiciales, pero que debe ser acompañada por un reflujo de la vigente politización estos temas.

Justamente, conviene, para terminar, desplazar un poco el punto de vista para considerar que esta problemática de la justicia y la rememoración se inscribe, de manera sintomática, en una controversia sobre la concepción y puesta en funcionamiento del sistema democrático, que, reflejada en la fórmula “mayor institucionalización”, tuvo su apogeo durante la campaña electoral de las elecciones presidenciales del 2007. Me explico. Mientras que el gobierno de Alfonsín procesó la revisión del pasado a través del imperio de la lógica judicial y el menemismo propició la amnistía escudándose en discursos reconciliatorios, el kirchnerismo encaró la revisión del pasado desde una idea no neutral de la justicia (cf. Montero, *op. cit.*: 111). En realidad, el trasfondo de estas idas y venidas en torno a las políticas de la memoria constituyó en el período estudiado un debate sobre el funcionamiento del sistema democrático, reveladora y nítidamente expuesto por Cristina Fernández de Kirchner en el discurso de presentación del proyecto de ley de servicios de comunicación audiovisual: “No hay calidad institucional únicamente por las formas, la calidad institucional es de fondo, es de contenido, es de sustancia, es cuando las instituciones de la Constitución sirven al pueblo y solamente al pueblo y no a otros intereses” (CFK – 27.08.2009). La frase –que parece ser un reajuste del núcleo programático de la campaña electoral de la actora– pone en evidencia las dos posturas de esta aparente polémica: la consolidación, por un lado, de una democracia *formal*, en la cual se procura no contaminar los mecanismos del orden legal con las arbitrariedades hijas de los antagonismos políticos; el reconocimiento, por otro, de que la democracia es de orden *sustancial*, habitada por conflictos –principalmente en torno a la *igualdad* (cf.

Calcagno & Calcagno, 1995: 63)– cuyo tratamiento requiere la prelación de la voluntad política, incluso sobre la idea de una justicia neutral.¹³⁴ Para el caso de la evocación de los crímenes de la última dictadura y de la consecución de justicia en torno a ellos, la democracia formal, cuyos criterios primaron durante el alfonsinismo, condujo a despolitizar y deshistorizar los acontecimientos y a considerar a las víctimas como inocentes, borrando sus identidades particulares a favor de una justicia colectiva e imparcial. En cambio, el kirchnerismo, reivindicando en sus discursos esa generación de compañeros de militancia, actuó políticamente resistiendo –no sin razón– la equiparación entre los crímenes de los activistas políticos con los de lesa humanidad perpetrados por las fuerzas del gobierno dictatorial (cf. Lesgart, 2006). Esta transformación le proporcionó argumentos para presentarse como un nuevo ciclo en la lógica política y acrecentar el efecto de refundación.

7. Conclusiones

A modo de conclusión del capítulo, desprendo una serie de rasgos de la actividad enunciativa analizada (política, institucional), rasgos que poseen, estimo, cierto potencial de generalización.

Apunto, en primer lugar, la presencia sostenida en la discursividad política nacional de *efectos de discontinuidad*. Este *corpus* atestigüa el más evidente de ellos –y el de condiciones más catastróficas–, estimulado por el reclamo social materializado en la frase “que se vayan todos” del 2001. Los operandos son múltiples (e.g. ciclos de crisis, búsqueda de legitimidad frente al cuestionamiento de la clase política, justificar

¹³⁴ Algunos autores impugnan la validez de estos términos. Para M. Ollier (2010), la institucionalización de la democracia ha retrocedido al instalar la política ante un dilema falso: o bien hacen falta ejecutivos fuertes lindando con la arbitrariedad o bien el país está pronto a caer en la ingobernabilidad y la inestabilidad.

medidas a través de un estado de excepcionalidad, procurar adhesiones de naturaleza emocional), pero se traducen en un operador de discontinuidad conceptualizado de distinta manera (e.g. *narrativas fundacionales*, *efecto de frontera* o *de ruptura*). Esta interrupción no sólo se traza entre un viejo y nuevo régimen o entre una nueva y vieja clase política, sino también entre la misma política y otra entidad distinta a ella misma (e.g. la gestión).

Asimismo, si para Verón (1987: 22) el *componente programático* de la enunciación política manifestaba el peso de los fantasmas del futuro en este discurso, nada impide reflexionar sobre el asedio de los fantasmas del pasado, cuya gravitación parece haber crecido exponencialmente en la última década. A tal fin, podemos darnos como categoría analítica un *componente memorístico*, definiéndolo como una zona de discurso en la que se modaliza de manera específica la relación entre enunciador y las entidades del imaginario de la política.¹³⁵ Para el caso del kirchnerismo, pudimos ver que en el interior de ese componente se produce la inscripción del enunciador en el colectivo “generación”; o bien que, a diferencia de lo que sucedía con el peronismo histórico o el menemista, este componente produce el Dos: el lugar contradestinatario se delinea a través de la administración de lugares rememorados y olvidados (i.e. la reminiscencia como forma de antagonismo).

Para el caso específico del discurso kirchnerista, se postuló la existencia de un único *archivo*, con diferentes modalidades de estructuración y organización de sus *lugares de memoria*, es decir, con el cambio de locutor se agregan otros mecanismos para brindar las claves interpretativas del presente. La *sintaxis narrativa* del pasado reciente se amplía con diversas operaciones de *comparación* que se remontan a tiempos más alejados. Así pues, el valor del sentido narrativo original se enriquece por medio de una trama explicativa.

¹³⁵ No se superpone conceptualmente con *archivo*. Este último nombra las restricciones que operan entre un discurso y la construcción de su memoria.

CAPÍTULO V

“El soberano es quien decide en el Estado de Excepción”

Carl Schmitt

Introducción. “Pathograma” del kirchnerismo

En este capítulo defenderé lo siguiente. La palabra kirchnerista hace converger en su superficie categorías propias de *la política* con la dimensión emocional del discurso, a diferencia de, por ejemplo, el menemismo o, incluso, el peronismo histórico, que, aunque explotaba las situaciones afectivas, tendía a relegar la política. Asimismo, es posible aislar núcleos temáticos y retóricos que conducen a hablar de un único funcionamiento emocional del discurso kirchnerista, más allá de las diferencias enunciativas que plantean sus distintos locutores.

*

Términos como *odio, amor, crispación, resentimiento, indignación, miedo, irritación, rencor* o eslóganes como “*Energía política positiva*”, “*Elegir el amor al odio*”, etc., acaparan hoy el lenguaje de la política argentino, lo cual atestigua no tanto la ineludible capa pasional de la palabra política sino su actual intensidad,¹³⁶ sobre todo a la hora de persuadir, vale decir, de intentar crear colectivos de identificación. En este plano, el peso relativo de la dimensión emocional parece haber aumentado con el consiguiente desplazamiento de aquellas interpelaciones que, como estrategia de contacto, focalizan un ideario. De esta intuición se deriva el capítulo que sigue. Sus objetivos específicos consisten en exponer el análisis de un conjunto de textos pronunciados por Néstor

¹³⁶ También la reflexión sobre el fenómeno se ha propagado y hecho visible, hasta de consumo masivo. El número del 13/07/2013 del semanario de interés general *Noticias*, por ejemplo, está dedicado al odio en el ámbito político y contiene ensayos de “intelectuales” sobre el tema.

Kirchner, Cristina Fernández de Kirchner y Mauricio Macri, aunque revisando previamente un conjunto de aspectos teóricos y metodológicos concernientes al análisis discursivo de las emociones en la palabra política. Los alcances de esta revisión son limitados. Apuntan a recrear parte de la historia de la teorización del vínculo existente entre las emociones y el habla pública, teorización que ya tiene existencia plena con las primeras reflexiones sobre el fenómeno de la discursividad –es decir, con la *Retórica* de Aristóteles– y que se ha mantenido hasta hoy de manera sostenida. Tampoco cabe aquí inventariar la profusa retahíla de especulaciones en torno a la dimensión emocional del discurso de la política. La aspiración máxima puede ser, tal como ocurrirá en lo sucesivo, trazar una comprimida cartografía de los más relevantes aspectos semióticos de la cuestión; un desmochado estado de situación del tratamiento discursivo de las tonalidades emocionales de la palabra política. Comenzaré apuntando algunos indicadores de su perennidad, como una manera de testimoniar que nunca se dejaron de revelar, en el funcionamiento del discurso de la política, los apretados límites de la argumentación racional y el buen discernimiento.

1. Una cartografía disciplinar

Muchas disciplinas han ensayado una topografía analítica y una toponimia conceptual del fenómeno que nos ocupa.

La teoría de las emociones registra una existencia de larga data en el interior de la *filosofía*. El censo completo de autores que la han ejercido sería vano para la tesis e irrealizable para su autor, pero sí se debe apuntar que los desarrollos que el tópico encontró en otras disciplinas resultan impensables sin la remisión a los estudios de Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Leibniz, Hume, Spinoza y otros. N. Rosa (2006:

171) sugiere una secuenciación posible de la reflexión filosófica sobre las pasiones humanas. Platón y Aristóteles representarían una etapa descriptiva, Descartes y Condillac una etapa retórica y Hegel una moderna fase causativa-explicativa (a la que hay que sumar insignes representantes de otras disciplinas, como Lombroso, Le Bon y Freud). Otro principio de organización para la lectura filosófica de las emociones es por problemáticas. La taxonomización de las pasiones, su relación con la dimensión cognitiva, y su vínculo con las creencias son de las más abordadas. La opinión mayoritaria prefiere instalar las pasiones en un campo cognitivo, fuera del cual sólo estarían las sensaciones (e.g. dolor, excitación) o las pulsiones. Al estar orientadas hacia un objeto (exógeno o imaginario) al cual se dirigen (cf. Elster, 1995; Wollheim, 2006), es decir, al ser intencionales, participan de las propiedades de la racionalidad: tienen un deseo desencadenante, un objetivo, suscitan una serie de elecciones apoyadas en un conjunto de creencias.

Estas problemáticas no son ajenas a la *sociología*. Aunque tal vez la respuesta que primordialmente han buscado los sociólogos corresponda al carácter colectivo de las representaciones emocionales. Una situación determinada activa una representación emocional cuando el imaginario sociodiscursivo en el que se inscribe la simboliza como conmovedora, según un juicio de valor compartido colectivamente e instituido como norma social, (Cf. Charaudeau, 2011). Una búsqueda similar tiene lugar en el ámbito de la *antropología*. No hay, para esa disciplina, espontaneidad en las emociones, premisa de la que se vale para estudiar su construcción cultural, los rituales que las organizan, el vocabulario que las nombra y los movimientos corporales que las expresan (cf. Le Breton, 2009: 117).

El *psicoanálisis* da acceso a otra lectura. No posee, como bien dice N. Rosa (*op. cit.*: 184), una propia teoría de las emociones, pero sí se ocupó de la irrupción y transformación de los afectos, principalmente de la angustia, explicándolos desde una química de las pulsiones.¹³⁷ La inflexión lacaniana se mantuvo en la línea

¹³⁷ En el psicoanálisis lacaniano, bajo la palabra *pasión* se colocan, en el marco de una referencia al pensamiento budista, el amor, el odio y la ignorancia.

argumentativa que estoy refiriendo. Baste con recordar, por un lado, la insistencia de J. Lacan (1986: 57 y 271) en separar lo afectivo de lo Real (“No se lo encuentra [al afecto] en un mítico más allá de la producción del símbolo que precedería a la formulación discursiva”); ambas dimensiones, afectividad e intelectualidad, se anudan en el orden simbólico. Por otro lado, la cuestión del carácter colectivo. Los afectos no transitan únicamente el cauce individual. Si bien la vida afectiva de un sujeto es singular, como su inconsciente y su cuerpo, en tanto que el discurso se encuentra en la estructuración de la realidad social y del inconsciente, existen síntomas compartidos y afectos estandarizados (cf. Soler, 2011: 161).

El panorama en la *semiótica* añade otros vértices, comenzando por la nomenclatura que prefiere para la problemática, las *pasiones*, y siguiendo por la refracción hacia las dimensiones narrativa y corporal de los signos. Quizás los autores de referencia en lo que hace a la consideración de estos asuntos sean A. Greimas, P. Fabbri y H. Parret. La preocupación de los dos primeros son las estructuras semionarrativas que permiten la modalización pasional del discurso y, en el otro extremo, su modulación expresiva, sin importar cual sea el sistema semiótico (lingüístico, icónico, musical, etc.). Para Fabbri (1995: 231; 2004: 68), la expresión de la afectividad se realiza a través de signos no discontinuos y no arbitrarios (lo que queda claro si se consideran elementos como, por ejemplo, la entonación) o, como en igual dirección proponen Greimas y Fontanille, a través de *dispositivos patémicos*, que son ordenaciones estructurales que “rebasan las simples combinaciones de los contenidos modales que estos dispositivos conjugan” (1994: 21). En otras palabras, el efecto de sentido pasional no es propiedad de ningún elemento en particular: es el resultado (el “aroma” metaforiza Greimas) de su disposición en conjunto. La idea medular de Fabbri es la de un paradigma semiótico que vincule de manera consustancial narración y pasión. La significación no remitiría a estados, sino a una concatenación y transformación de acciones, donde las pasiones tienen una participación necesaria (2004: 57). Para ser más preciso, la narratividad es la

responsable de la configuración del sentido, de la articulación semántica global, y su zócalo es la disposición entre la acción, la transformación y los efectos que esa acción produce sobre otros (y que son competencias para futuras acciones); estos efectos son las pasiones (1995: 225; 2004: 62). Por este mismo giro que le imprime Fabbri se pone en discusión la valoración de los signos por parte de la semiología de cepa saussureana, verificada en términos exclusivamente cognitivos y conceptuales, apartada también del cuerpo. Es decir, las pasiones dan acceso a una reflexión sobre el carácter material del signo.

Para proveerle un dispositivo analítico a la dimensión pasional, Fabbri aísla cuatro componentes subyacentes (i.e. independientes de la sustancia expresiva) (2004: 64-68). El componente *modal*: hay pasiones del *poder* (las pasiones como fuerzas en proceso de realizarse), del *saber* (esboqué antes la cuestión de la intencionalidad y el conocimiento en referencia a las emociones), del *querer* (es decir, voluntarias), del *deber* (componente que toca a las pasiones que no responden a la voluntad, pero también a la responsabilidad de cara a su ejercicio), de la polaridad certeza/duda, etc. Parret (1995a: 7) remarca que este componente es decisivo, pues se trata de la *via regia* para abordar la enunciación, instancia discursiva de la red de pasiones que configuran la subjetividad y lugar donde se concatenan poder, saber, querer y deber. Es fácil entrever, asimismo, que el componente *temporal* es un factor crucial para la pasión (e.g. el caso de la esperanza). El componente *aspectual* concierne, según Fabbri, al proceso que, según un observador externo, está implicado en el desarrollo de una pasión (conciérne a variables como la duración, la incoación, la terminación, el ritmo, etc., que proporciona categorías como lo permanente, lo durable, lo pasajero, lo episódico, etc.). Queda, por último, el componente *estésico*, de importancia no siempre ponderada por la semiología, en general orientada –como decía un poco más arriba– hacia la definición cognitiva o mental de los signos. Según Fabbri, la transformación pasional siempre implica una transformación de la percepción de la expresión corporal.

Finalmente, la *retórica*. Dado que completa el instrumental analítico de este capítulo, sólo haré alusión aquí a algunos aspectos generales, que serán recuperados y

profundizados más abajo. De todas las escansiones de las que puede ser objeto esa disciplina, me interesa distinguir dos épocas: la antigua retórica, por un lado, y, por el otro, su actual convergencia con –o, si se prefiere, su reciclado por parte de– la tradición francesa de análisis del discurso.¹³⁸ Cualquier cosa que dijera en este conciso aparte sobre el tratamiento de las emociones por parte de la antigua retórica no agregaría demasiado –por no decir nada– a una cuestión abundantemente examinada y comentada. Me limitaré entonces a recordar algunos datos de *El arte de la Retórica* de Aristóteles.

Este agrupa las pruebas obtenidas por medio del discurso en tres tipos, cada uno correspondiente a distintos polos (locutor/ethos, alocutario/pathos, discurso/logos) de la actividad pragmática: “(...) las primeras están en el carácter moral del orador; las segundas en disponer de alguna manera al oyente, y las últimas se refieren al discurso mismo, a saber, que demuestre, o parezca que demuestra” (*op. cit.*, L1, 1356 a). Es decir, el orador debe reflexionar sobre las emociones capaces de afectar al auditorio que tiene en frente. El libro segundo lo consagra Aristóteles al estudio pormenorizado de ese universo emocional y a su taxonomización. Lo hace a partir de tres ejes: el estado de espíritu bajo el cual se experimenta las pasiones, los tipos de personas susceptibles de ser afectadas y los motivos que las desencadenan. Ahora bien, Aristóteles de alguna manera inaugura la postura “integrativa”, aquella que rechaza la disociación tajante entre *logos* y *pathos* en la empresa persuasiva; aquella que se niega a tachar a la emoción de patología discursiva; aquella que, en suma, le reconoce a la capacidad de conmover una contribución eficaz para suscitar una convicción. Esta posición, sin embargo, es parte de un litigio crónico en la historia de la retórica y, como era de esperar, se trasladó a las modernas teorías de la argumentación. Transcribo el resumen que al respecto hace R. Amossy:

¹³⁸ Aquí subyace un debate epistemológico que ya tiene cierta data. Al respecto véase, por ejemplo, Adam (2002) o Amossy (2002).

“Tenemos pues actitudes muy diversas en lo todo lo que concierne a la función de las emociones en la oratoria. Para unos, son el resorte de la verdadera elocuencia. Para otros, aparecen como un medio necesario, aunque criticable, para obtener los resultados buscados: el hombre se conduce por sus pasiones y sus intereses más que por su razón. Para otros, finalmente, constituyen un medio seguro para manipular al auditorio, sobre el cual es esencial asegurarse el control” (2000: 166).¹³⁹

A título ilustrativo, observemos, entre las teorías de la argumentación contemporáneas, tres posiciones que remozan esta polémica. En primer término, la teoría *pragma-dialéctica* que, considerando la emoción como un factor de infiltración de lo irracional, ve en ella una fuente de error y es, por eso, tratada en el campo de las falacias que violan las reglas de la discusión crítica (e.g. los *argumentum ad misericordiam*). “Cualquier progreso en el dominio de las técnicas argumentativas – señala F. van Eemeren– debe cimentarse, necesariamente, en una concepción filosóficamente relevante de la racionalidad, susceptible de ser incorporada a un modelo teórico de la argumentación racional” (van Eemeren & Houtlosser, 2008: 61). Estamos, como se ve, próximos a las perspectivas de la lógica informal. Subrayemos – jocosa y paradójicamente– la fe ciega en la razón que parece caracterizar a esta clase de posturas. Perelman, en segundo término, reclama para la *razón* la facultad de conmover a los espíritus y para lo *razonable* la tarea de su moderación, dificultando así el ingreso a la práctica argumentativa al juego de las emociones. No deja de reconocer, sin embargo, cierta solidaridad que en ese ámbito existe entre razón y emoción, al impugnar la antítesis absoluta entre la influencia sobre el entendimiento, presentada como impersonal e intemporal, y la influencia sobre la voluntad, presentada como irracional.

“En cuanto a nosotros, creemos que dicha distinción, que presenta a la primera como si fuera enteramente impersonal e intemporal y a la

¹³⁹ La traducción me pertenece.

segunda como irracional por completo, está fundada en un error y conduce a una situación de estancamiento. El error está en concebir al hombre como si fuera un ser compuesto por facultades completamente separadas. El estancamiento consiste en quitar toda acción racional basada en elección y convertir, por consiguiente, en absurdo el ejercicio de la libertad humana” (Perelman & Olbrechts-Tyteca, 1989 [1958]: 94).

Más allá de este reconocimiento, la *teoría de la argumentación* planteada por Perelman no va a recurrir a las pasiones para explicar el comportamiento de adhesión o no del auditorio. El auditorio y el *pathos* ya no tienen nada que hacer juntos. No está de más reiterar aquí que el fantasma de la discursividad política y la memoria de las experiencias fascista y nazi son factores que suelen asediar estas posturas, interesadas hoy en impugnar lo que entienden como procedimientos argumentativos que van por fuera de la vía racional de los cuales se sirven los regímenes populistas para manipular a la población. Detengámonos, finalmente, en lo que propone el *análisis de la argumentación en el discurso*. Según Amossy (*op. cit.*: 169) es necesario rechazar una concepción patogénica de la emoción y aceptar como principio que existe una conexión estrecha, comprobada en otras ciencias humanas, en particular –lo vimos– en la filosofía y la sociología, que liga la emoción con la racionalidad. Así pues, desplazar las emociones al territorio de los desordenes impide observar que en realidad pueden ser consideradas como una interpretación que se apoya en un juicio evaluativo, cuyo funcionamiento implica que se encuentran ligadas de manera solidaria a una *doxa* o a un saber de creencia socialmente constituido. Agreguemos, finalmente, que ese desplazamiento tampoco deja ver que la actividad argumentativa de las pasiones responde a una lógica figural. Según M. Meyer (2013: 206), las pasiones proceden como las figuras: operan por contigüidad, semejanza y asociación. Si bien la argumentación las disfraza en un razonamiento, a fin de generar la ilusión de que crean diferencias entre las premisas y la conclusión, en realidad la fuerza persuasiva de lo pasional no escapa a la circularidad. Ejemplo. Sólo con que se le sugiera que existen

similitudes entre las políticas cambiarias e inflacionarias entre los dos países, un antikirchnerista puede aceptar fácilmente que la Argentina kirchnerista es igual a la – abominada– Venezuela chavista; cree en esa identidad porque es apasionadamente antikirchnerista, aunque seguramente él afirmará que esa condición es consecuencia de los datos que se le presentaron. Vale decir, no hay en la conclusión más que lo que la pasión ya colocó en las premisas, tal como sucede en los procedimientos de identificación e indiferenciación absoluta a partir de un rasgo común.

2. Una terminología múltiple

Ch. Plantin (2011: 7-12) comienza su trabajo más exhaustivo sobre las emociones mapeando el campo de la vida afectiva y la sensibilidad a partir de la nomenclatura – francesa en su caso– que lo fracciona en disciplinas, épocas e historias. Lo refiero:

- *Pathos*: obviamente, este sustantivo reenvía a la retórica. Los avatares de la traducción o interpretación desde el griego clásico hasta hoy pueden dar lugar a otra tesis. Parret nos informa sobre su fecundidad semántica (cf. 1995a: 10). En la contemporaneidad designa cierto desborde emocional.
- *Humor*: la teoría de los humores –los líquidos que irrigan el cuerpo humano y determinan un tipo de temperamento, un carácter general– fue ideada por el pensamiento médico y fisiológico antiguo. En la actualidad, designa una disposición del psiquismo. Vale decir, da cuenta de un fenómeno más estable que el de las emociones, aunque algunos autores no dejan de subrayar su carácter transitorio (cf. Le Breton, *op. cit.*: 105; Greimas & Fontanille, *op. cit.*: 80). En el habla cotidiana suele, sin embargo, referir a lo provisorio o episódico (e.g. “¡qué humor que tenés hoy!”). En política se habla del *humor social* y de lo

que hacen los dirigentes frente a él. Es, por ende, más vinculable al *ethos* que al *pathos*, lo mismo que *temperamento*, *inclinación*, *carácter*, etc.

- *Pasión*: Su significado ha sido trabajado por el catolicismo, la filosofía y el alienismo. Hoy suele designar la afección viva que se tiene por alguna cosa, es decir, es desencadenada por cierto estímulo. La distinción entre *pasión* y *emoción* conforma un tópico clásico de la reflexión sobre la vida afectiva. Al respecto, Parret se inclina por una diferenciación epistemológica: “la pasión es una categoría explicativa –dice (*op. cit.*: 137)–, se reconstruye y presupone necesariamente a partir de sus manifestaciones, mientras que la emoción es una categoría descriptiva, empíricamente actualizada”. En consecuencia, cada una va a ser objeto de diferentes dispositivos conceptuales: las emociones (estructuralmente simples y homogéneas) de la psicología; las pasiones (sistemáticas, complejas, subordinadas a una finalidad única y menos durable) de la semiótica. Fabbri (2004: 61) reivindica el uso de este término por sobre *emoción* y lo liga a la acción: la pasión, tal como sucedía con el *pathos* para la retórica, es el punto de vista de quien padece los efectos de una acción. O. Hansberg añade a esta distinción el carácter violento de las pasiones (1996: 12).
- *Sentimientos*, *Sensibilidad*: Una primera acepción asocia *sentimiento* a intuición, a una capacidad perceptiva (de sí mismo, del mundo físico, del universo moral, del arte, etc.), que puede fundamentar un juicio válido, es decir, tiene un valor cognitivo específico. De este significado, la filosofía derivó el concepto de *sensibilidad*. Otra acepción liga *sentimiento* a opinión: se trata de una manera subjetiva de ver las cosas (e.g. “Tener sentimientos encontrados con respecto a alguien”). Para Greimas y Fontanille (*ibíd.*) y para Le Breton (*ibíd.*) se trata, a diferencia de la *emoción* que es básicamente una reacción, de un estado afectivo complejo, estable y durable, vinculado a representaciones. Entiendo que este último valor estativo es el que recogen definiciones propias del habla coloquial, como “El peronismo es un sentimiento” o “Boquita es un sentimiento”.

- *Afecto*: Vocablo instalado por el psicoanálisis, en donde se opone a *emoción*. Consiste en la expresión psíquica de la pulsión. En el habla cotidiana, el término suele estar referido a las emociones de baja intensidad (e.g. “tener cierto afecto por alguien”).
- *Emoción*: Tiene un lugar privilegiado en la psicología. Greimas y Fontanille (*ibíd.*) la describen como una reacción afectiva intensa y de carácter momentáneo (e.g. “Emoción violenta”), que se traduce en perturbaciones fisiológicas y físicas. Nace de un objeto o causa precisa. Parret (*ibíd.*) recuerda que, por extensión, se suele denominar *emoción* a cualquier sensación considerada desde el punto de vista afectivo, sea agradable o desagradable. R. Wollheim (2006: 23 y ss.), por el contrario, las piensa como *disposiciones mentales*, modificaciones mentales constantes que pueden manifestarse en *estados mentales* transitorios (junto con otros estados, como los pensamientos, las imágenes fantaseadas, etc.).

3. La propensión a la taxonomía

La labor de formular una teoría general de las emociones siempre se encontró con el escollo de la heterogeneidad del fenómeno: es evidente que las emociones no forman una clase unitaria, sino que la componen ejemplares muy diversos. ¿Qué diferencias hay entre el amor, el odio, el resentimiento, el miedo, la crispación, la furia, la indignación, la compasión, la culpa, la admiración, el orgullo, etc.? El primer inconveniente es que los parámetros para determinar esas diferencias también son múltiples: la magnitud de los cambios fisiológicos, la relación con los estados cognoscitivos o con otras actitudes, la tipicidad de las expresiones conductuales que detonan, su nivel de inmixión con actitudes racionales, su subordinación o no a la

voluntad, su grado de conexión con nuestras acciones intencionales, etc., pueden invocarse como factores de segregación (cf. Hansberg, *op. cit.*: 11). La filosofía, que pone este inventario entre sus inquietudes primeras, tampoco proporciona antecedentes nítidos. Un somero estado del arte (que puede ir, por ejemplo, desde Platón a Condillac, pasando por Aristóteles, Hobbes, Descartes, Locke, Spinoza, Malebranche y Hume) arrojaría una multiplicidad de listas de emociones divergentes en su número (e.g. Spinoza postula cuarenta y ocho, Hume veinte) y composición. La subtipificación y jerarquización tampoco muestra un panorama más uniforme. Algunos (e.g. Descartes) optan por distinguir entre emociones *básicas* (ocasionan expresiones conductuales universales) y *derivadas* (sus expresiones son culturalmente variables). Otros, según la evaluación que se haga del objeto, diferencian entre emociones *positivas* y *negativas*. Hay quienes separan las emociones *orientadas hacia el futuro* (e.g. la esperanza) de las *orientadas hacia el pasado* (e.g. el resentimiento). Parret (1995a: 73) se inclina por organizarlas según su modalización, segmentando entre pasiones *quiásmicas*, *orgásmicas* y *entusiásmicas*. La división de Hansberg (*op. cit.*: 15) es entre *fácticas* (e.g. la indignación) y *epistémicas* (e.g. la esperanza), según el grado de certidumbre con respecto al objeto que la activa. Finalmente, la nomenclatura de los ejemplares que integrarían el conjunto de las emociones también es desapareja. *Amor* y *odio* se encuentran en casi todos los catálogos, pero ¿aceptaríamos hoy, como propone Spinoza, que la *irrisión* es una emoción?

En el otro extremo de esta fruición clasificatoria se ubica parte de la semiótica contemporánea, al menos tal cual la piensa Fabbri. Este autor critica la empresa taxonómica aduciendo que se trata de modos intelectuales de descomponer y lexicalizar estados de ánimo considerados sólo en un momento determinado de su desarrollo (y, en algunas ocasiones, de dignificar esta tarea conceptual a través del uso del latín o el griego) (cf. 2004: 63). Más que hallar las pasiones previamente definidas, la propuesta de Fabbri es, como vimos más arriba, operar describiendo la estructuración interna global de las formas pasionales (e.g. las transformaciones

narrativas a las que dan lugar o de las que son efecto), a partir del comportamiento de sus componentes, lo que también sirve para pensar su performatividad (e.g. en un situación persuasiva, hacer que no sepa alguien que quiere saber).

La pregunta que se pone de manifiesto es la siguiente: ¿son pertinentes e interesantes las clasificaciones de este tipo para los estudios del discurso? Una primera respuesta es que esta multiplicidad de autores, a los que sólo evocamos a título indicativo, no nos debe engañar sobre el instrumental analítico disponible. Sería pasar por alto que, como recuerda Plantin (2011: 112), las lenguas categorizan la experiencia humana de distinta manera, por lo que el léxico que trata el universo emocional no es idéntico de un idioma a otro, de una cultura a otra, y el prestigio de la tradición citada puede opacarnos su etnocentrismo. Tampoco debemos ignorar la existencia de otras restricciones discursivas, como las sociolectales o las correspondientes al tipo discursivo (e.g. una esfera social puede ofrecer una relectura de una emoción determinada). En definitiva, aún si aceptamos el gesto taxonómico, podemos preguntarnos si, en el mismo metadiscurso, no es necesario atender a la especificidad de las emociones políticas argentinas (hoy es habitual, por ejemplo, la invocación del *amor* o el *odio* para distinguir la naturaleza del lazo que une a los colectivos políticos, para interpelar a los prodestinatarios o a los contradestinatarios). La segunda respuesta es que quizás, para ser más coherente con la crítica de Fabbri y con el enfoque planteado aquí, sea mejor pensar un modelo para estudiar la construcción de la emoción en la palabra política menos preocupado por la adaptación de una taxonomía que por examinar los recursos que definen la economía emocional de un determinado discurso.

4. Las emociones en los estudios del discurso

4.1. Justificación epistemológica: estudios del discurso y retórica

Charaudeau (2011) sostiene que el estudio discursivo de la emoción no puede permitirse desechar los aportes de la retórica, aún más: se impone un programa mayor de confluencia disciplinar, que articule los aspectos discursivos, psicológicos, sociales y filosóficos de la cuestión.¹⁴⁰ Por una parte, este estudio debe ser encarado desde una *retórica* de los efectos, movilizadora por operaciones que pertenecerían a diferentes órdenes: *inventio* (e.g. habría una “tópica” de la emoción), *dispositio*, *elocutio* (e.g. habría figuras que efectúan esa “tópica”) y *actio*. Por otra parte, este punto de vista requiere, a fin de conceptualizar las instancias de interacción social, ser completado por la noción de *situación de comunicación* tal como la concibe el *análisis del discurso*. Para Charaudeau, las emociones constituyen una problemática pertinente para la teoría *filosófica* de la subjetividad, ya que –como se expuso más arriba– serían, según la relectura que ha venido haciendo esta última disciplina, un estado mental de orden intencional y estarían integradas a la racionalidad. Finalmente, el tratamiento de la cuestión no podría prescindir –también se dijo– de la consideración que realiza la psicología social de las representaciones psico-sociales y de los imaginarios socio-discursivos.

La pregunta que surge es cómo ponderar la propuesta de Charaudeau; si no todas, cuáles de las dimensiones planteadas es propicio retener para el análisis de las emociones en la discursividad política argentina o, para especificar aún más, el estudio del *corpus* de esta investigación. Responderé progresivamente a la cuestión, a medida que vaya presentando la problemática teórico-metodológica específica de este capítulo, pero repito que no podemos desembarazarnos de la retórica. ¿Los motivos? Se trata, tal como sugiere Barthes (1974), de la primera disciplina que de algún modo construyó una problemática discursiva. En esta primera ciencia del discurso las emociones

¹⁴⁰ A decir verdad, se podría insinuar que estos aspectos que abordan las disciplinas mencionadas no están ausentes de la obra de Aristóteles. El libro segundo de *El arte de la retórica* describe una serie de pasiones, el carácter y el ánimo de quienes son susceptibles de ser afectados por ellas y las condiciones que las suscitan.

poseen un lugar central en la elaboración de los argumentos (la *vía emotiva* de la *inventio*) y en su expresión (*elocutio*). La dimensión emocional, en el primer caso, se encuentra en las pasiones que el orador, a partir de un verosímil imaginario, pretende suscitar en su auditorio. Para Aristóteles, por ejemplo, esas pasiones no se van a buscar a una profundidad psicológica, sino que son fragmentos del sentido común cristalizados en el lenguaje que el orador debe conocer bien (cf. Barthes, *op. cit.*: 64). La emoción está también en las figuras. Aunque pueda resultar *a priori* paradójico –pues mientras la figuralidad supone una domesticación del discurso, la pasión está asociada a su descontrol–, las figuras son, para algunos retóricos (e.g. B. Lamy), el lenguaje de la pasión: ésta distorsiona el punto de vista sobre las cosas y obliga a usar el lenguaje figurado. Barthes (*op. cit.*: 77) rescata el valor de esta tesis pues si las figuras le dan expresión a las distintas pasiones, es posible reconstruir su taxonomía clásica.

Asimismo, ya señalé (v. cap. I) que el desarrollo global de la investigación había justificado la incorporación de elementos de la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso* al aparato analítico. Ahora bien, el tratamiento de las emociones nos coloca, más aún que en los aspectos considerados en los capítulos precedentes, frente a una dimensión de la influencia cuya conceptualización fue muy tempranamente establecida por la retórica. Por eso, la restauración de esta disciplina en el campo de las ciencias del lenguaje fue aprovechado por la *Escuela Francesa* para, entre otras cosas, darle impulso al estudio de los componentes emocionales del discurso. No voy a examinar aquí en detalle las causas, circunstancias y efectos de este hecho, ni a dictaminar si se trata de una convergencia de dos disciplinas en funcionamiento o un reciclado de algunos vestigios categoriales de la antigua retórica, sólo me limito a apuntar que ha sido una tendencia ya historizada y estudiada (v. nota al pie 138). Ahora bien, de todo lo dicho sí conviene retener que por la decisión metodológica inicial de articular la *Teoría de los Discursos Sociales* con la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso*, el análisis debe, forzosamente, incluir el dispositivo de la retórica.

Por otra parte, no es descabellado plantear la complementariedad entre la retórica y la *Teoría de los Discursos Sociales*. Si bien existen, por supuesto, diferencias

evidentes entre una y otra disciplina (e.g. el perfil de la primera es básicamente descriptivo y prescriptivo, mientras que el de la segunda es analítico) encontramos también que ambas abordan los problemas de la producción social de sentido y lo hacen revelando algunas similitudes y espacios de ensambladura. Por caso, el dispositivo retórico o, siendo más exacto, la *elocutio* y la *inventio*, pueden ser leídas como equivalentes con los enfoques de los programas de la semiótica de primera y de segunda generación respectivamente. Las similitudes también alcanzan las preocupaciones de ambas disciplinas por el funcionamiento público y estratégico de los sistemas semióticos. La noción de *contrato de lectura*¹⁴¹ de Verón (1985), por ejemplo, trata un problema que, para este autor, integra el universo de la configuración enunciativa, pero hace ingresar los fenómenos de adhesión que también interesan a la teoría de la argumentación. Las figuras retóricas, por su lado, se ofrecen como posibles recursos para el tratamiento de las huellas discursivas; o sea, sirven para el momento descriptivo de la *Teoría de los Discursos Sociales*. Más abajo se podrá observar ejemplos de esto último.

4.2. La razón de las emociones

Vimos antes que, en el interior de la retórica, Aristóteles no disociaba el *pathos* del *logos*. Hay allí un gesto germinal que va a ser consecuente con las definiciones que de ciertos estados da en *El arte de la retórica*. El temor, vaya por caso, es descrito como “Cierta pena o trastorno que procede de un mal inminente, destructor o doloroso” (1382a20). Así, para Aristóteles, un objeto ocasiona una emoción porque el sujeto interpreta (i.e. interviene un estado cognoscitivo) aquello que experimenta como benéfico o dañino para él. La filosofía contemporánea se ha encargado asimismo de aniquilar la tesis del grado cero de la conciencia indiferente, que se enturbiaría por la

¹⁴¹ Así denomina al vínculo entre un soporte de prensa escrita y su lectura. El éxito del contrato está dado por la articulación con las expectativas y el imaginario de ese “auditorio”.

acción engeguecedora de las emociones.¹⁴² Como explica Bodei (*op. cit.*: 10), se suele confundir un esfuerzo cultural tendiente a la tranquilidad del espíritu con una premisa natural, obturando la posibilidad de comprender las emociones como constitutivas de la tonalidad de cualquier modo de ser físico y de toda orientación cognitiva. La imagen que prime no puede ser entonces la de una lucha excluyente entre estos dos procesos. Cito largamente a Bodei, para quien las pasiones son estados

“constitutivos de la tonalidad de cualquier modo de ser físico y hasta de toda orientación cognitiva ¿Por qué no concebirlas, pues, como formas de comunicación tonalmente “acentuada”, lenguajes mímicos o actos expresivos que elaboran y transmiten, al mismo tiempo, mensajes vectorialmente orientados, modulados, articulados y graduales en la dirección y en la intensidad? Las pasiones preparan, conservan, memorizan, reelaboran y presentan “significados reactivos” más directamente atribuidos a personas, cosas y acontecimientos por los sujetos que los experimentan dentro de contextos determinados, cuyas formas y metamorfosis evidencian. Dejan en realidad que sea la “razón” misma –a posteriori presentada como provisionalmente arrollada y seducida– la que establezca el objetivo y el alcance de su acción, individuando a los objetos sobre los cuales irrumpir, midiendo el punto en que detener el ímpetu, dosificando la virulencia de actitudes disipativas” (*ibíd.*).

De la exposición de Bodei se desprende que, lejos de ser una energía salvaje, la pasión es solidaria con la razón: la primera se manifestaría como una construcción de sentido y una actitud que conllevan, por obra de la tradición, una cultura e inteligencia inherentes; recíprocamente, la segunda demostraría estar inficionada por las pasiones que dice combatir. Esta idea debería, asimismo, morigerar tanto la demonización de las pasiones como la exaltación de la razón.

Ahora bien, este tipo de tesis no sólo combate la idea cartesiana de que las emociones son disturbios del espíritu, sino también aquella que las asocia a

¹⁴² Concepción que está aún inserida en habla popular. Para Bodei (*op. cit.*: 39), esto se debe a que por milenios la ira ha sido considerada una pasión paradigmática.

alteraciones fisiológicas. Vale decir: no hay, como pensaban clásicos de la estatura de Descartes y Hume, identidad absoluta entre las emociones y las sensaciones, aunque para hablar de las emociones usemos a menudo el verbo “sentir” (e.g. “siento celos”). Hansberg (*op. cit.*: 17) se encarga de recopilar los argumentos en esta dirección. Primero: una persona puede no ser consciente de un estado emocional (e.g. puede creerse un individuo moderado y ser en realidad lo opuesto), pero es improbable que no sienta una sensación (e.g. tener calor, sufrir un dolor). Segundo: las emociones pueden ocasionar, por sí mismas, conductas intencionales, mientras que la sensación sólo lo puede hacer si está conectada con deseos y otras creencias. Tercero: confundir sensaciones con emociones borraría la especificidad de estas últimas, fundada en que son un estado siempre dirigido a un objeto (e.g. no distinguiríamos el miedo causado por una amenaza del producido por medios artificiales). Papermann (1995) agrega uno más: dos emociones diferentes (e.g. celos y deseo) pueden motivar una misma sensación; inversamente, una misma emoción (e.g. los celos) pueden ocasionar estados diferentes (e.g. cólera, abatimiento).

A pesar de la contundencia de las teorías cognoscitivas, conviene sostener con Hansberg (*op. cit.*: 20) que, por sí solas, estas tampoco explican las emociones. Muchas teorías actuales son integradoras: para explicar las emociones apelan a la combinación de estados cognoscitivos, actitudes evaluativas, deseos y otras disposiciones. La sola creencia (i.e. un estado cognoscitivo) o el simple juicio (i.e. actitud evaluativa) de que un perro rabioso que nos sale al paso nos va a atacar no explica la aparición del miedo; es necesario que también tengamos un fuerte deseo de que no nos ataque.

En definitiva, gran cantidad de autores, como Bodei, Hansberg y Le Breton (*op. cit.*: 104) se mantienen dentro del binomio conceptual, aunque reconocen la solidaridad antagónica entre estas dos dimensiones.

Abandonar ese binomio ha sido, justamente, la aspiración de buena parte de la semiótica y la lingüística. Baste recordar que, para Ch. Peirce, “Los sentimientos (...)

forman la fibra y la trama de la cognición y aún en el sentido objetable de placer y dolor, son constitutivos de la cognición” (1992: 264). Más acá en el tiempo, A. Culioli, un lingüista cuyo pensamiento está inobjetablemente conectado con el de Peirce, recibe casi un siglo después los ecos de esta concepción. La *Teoría de las Operaciones Enunciativas* que ha impulsado reconoce, en su dispositivo epistemológico, el nivel de las representaciones mentales organizadoras de las experiencias, representaciones configuradas a partir tanto de nuestras relaciones con el mundo como de la pertenencia a una esfera semiótica y que dejan su huella en las formas del lenguaje. Estas representaciones pertenecen al orden de cognitivo y “cuando hablo de cognición – aclara Culioli (2010: 83)–, tomo el término en el sentido amplio. El afecto forma parte de la cognición; no hay por un lado lo cognitivo que sería del ámbito de la racionalidad explícita, y lo afectivo que sería el lugar de los sentimientos y la imaginación descontrolada”.

Esta es la dirección conceptual que también han tomado la mayoría de los analistas del discurso. Angenot, por caso, acusa a la disyunción *pathos/logos* de banal, escolar y poco operatoria, a lo cual agrega:

“Los movimientos de *pathos* y las ‘verdades del sentimiento’ no forman una categoría aparte del análisis del discurso, ni son un suplemento estilístico del *logos*. No son separables de los esquemas cognitivos y de los razonamientos los cuales tienen siempre una ‘dimensión’ afectiva” (2008: 84).¹⁴³

Quizá sea Charaudeau (2011) quien más atención le prestó a la cuestión. A partir del examen de aportes filosóficos, defiende la tesis que sostiene que las emociones poseen un marco de racionalidad. Con mayor precisión, se tratarían de estados mentales de orden intencional, debido que, como se dijo más arriba, están orientadas hacia un objeto (i.e. se manifiestan en el sujeto en función de un objeto externo o una

¹⁴³ La traducción me pertenece.

representación imaginaria). Pertenecen –como las sensaciones, las pulsiones o los instintos corporales (e.g. el hambre, la sed)– al mundo del afecto, pero están integradas a un orden cognitivo.

En conclusión: hay una lógica de las emociones, no pura pulsión no razonada. O, lo que es lo mismo decir: una estructura significativa que puede describirse.

4.3. La vida social de las emociones

La dimensión emocional de lo comunitario o la dimensión comunitaria de lo emocional pueden ser pensadas desde más de un ángulo.

Se abre, por un lado, el interrogante de índole genético. ¿Qué lugar les cabe a las emociones en el surgimiento de la vida social? El miedo, por caso, siempre fue contado como aglutinante de la arquitectura emocional de los sistemas despóticos; para algunos autores, es, no obstante, puntal de todo régimen. El ejemplo por antonomasia lo da la obra de Hobbes. Su *fear of agonizing death* es responsable de una misión civilizadora esencial y se ubica en el origen de la razón y del Estado. El miedo común a todo el reino animal se sublima en el hombre como miedo racional que regula la comprensión de la reversibilidad de las amenazas de violencia y gobierna los cálculos de su potencial reciprocidad. Pero el miedo no sólo es decisivo en la autoconservación, sino es la fuente de preservación del lazo social, contra toda posible recaída en el infierno de la violencia extrema y el estado de naturaleza (cf. Bodei, *op. cit.*: 83).

Otra posibilidad es escrutar, en un momento dado, la temperatura de la dimensión emocional de una sociedad,¹⁴⁴ su “estructura de sentimiento”. Una tesis que cabría rotular como posmoderna dice lo siguiente: el individualismo de masa propicia un “justo medio” entre el rechazo simétrico al contacto directo y a la separación

¹⁴⁴ Me centraré más abajo en el caso específico de los sistemas políticos.

absoluta de los otros, lo cual habría conducido a la rarefacción emotiva y al desvanecimiento de la solidaridad, debilitando así los lazos comunitarios (cf. Lipovetski, 2003). Otras posiciones, como la de Plantin (2011), admiten de buena gana este individualismo, pero no sin dejar de remarcar la paradoja de que, en nuestra cultura, son las emociones grupales las dominantes, sean deportivas, religiosas, artísticas, eróticas e, incluso, políticas. Plantin habla de una organización colectiva de la emoción como una inversión del modelo estímulo → respuesta:

“Los acontecimientos emocionales no sólo no son sufridos por sorpresa, sino que son buscados, coleccionados, organizados; el sujeto va al estímulo, no es el estímulo el que viene al sujeto. El individuo se induce sus propias emociones, por ejemplo, leyendo o escribiendo un poema, tocando o escuchando música. No es el blanco pasivo de un estímulo, sino que organiza y produce sus estímulos, de modo que es imposible postular un estímulo exterior al individuo. Ya no es el estímulo el que produce la emoción, es la emoción-pasión la que elabora el estímulo. No basta con describir unos episodios emocionales, pues se trata de un modo de vida que da cuenta de un modelo pasional antropológico, de la existencia. Estos estímulos son a veces administrados comercial o institucionalmente. Se distribuyen según los circuitos comunicacionales que ligan a los individuos y los grupos; la parte que le toca a los medios en la organización que un grupo le da a sus emociones se vuelve preponderante” (*op. cit.*: 115).¹⁴⁵

Esta idea expuesta por Plantin ayuda a pensar la construcción de una promesa, por parte de las distintas agrupaciones políticas, de estímulos y experiencias emocionales (e.g. la participación en la escena de la “fiesta”, en el caso del PRO; la inmersión “despersonalizante” en la masa, en el caso del peronismo).

En tercer lugar, también cabe detenerse en las modalidades del reconocimiento grupal del acontecimiento emotivo. Amossy (2008a: 124) reconoce la existencia de una dimensión afectiva con carácter más colectivo que coloquial, conceptualizable como

¹⁴⁵ La traducción me pertenece.

sim-patía o *sentir con*. Solo profundizaré este tema indicando, siguiendo también aquí a Plantin (*op. cit.*: 115), que deberíamos distinguir *grosso modo* entre dos casos. Si la irrupción afecta a un grupo con valores homogéneos, éste tiende a co-elaborar y regular los estados emocionales del mismo tipo, pues la emoción de cada uno se refuerza con la de los otros (con el tiempo, la emoción mengua o es sacralizada en la memoria colectiva a través de, por ejemplo, una estatua). Inversamente, si cae sobre un colectivo fragmentado y antagonizado, cada grupo se construye y gestiona una emoción (pena o alegría; piedad o indignación) y la resguarda por medio de fronteras comunicacionales que coinciden con barreras políticas, sociales o culturales – contrapóngase, por ejemplo, la frase “viva el cáncer” *graffiteada* furtivamente con un multitudinario velatorio oficial–. El campo político argentino parecería operar bajo la lógica del segundo tipo de reconocimiento, mientras que –¿por compensación con la situación anterior?– acontecimientos de otra índole (e.g. eventos deportivos, catástrofes naturales, etc.) son proclives a ser procesados emocionalmente de manera homogénea. La pregunta que podría plantearse es si el reconocimiento emocional no está asociado tanto a la consistencia del grupo como al tipo de acontecimiento.

Es posible acercar aún más el lente e interesarse por las explicaciones para el modo en que el sentido social interviene en el funcionamiento y la regulación de las emociones individuales, vale decir, explorar el punto donde el procesamiento grupal de las emociones se interseca con el comportamiento individual.

Por una parte, experimentar o no una emoción depende de ciertas informaciones socialmente determinadas. Charaudeau (*op. cit.*: 103) y Hansberg (*op. cit.*: 49) coinciden al señalar que la posibilidad de ser afectado por una emoción (e.g. miedo; tristeza) está sujeta a un saber respecto al objeto (e.g. reconocer que lo que se tiene en frente es un león; una figura pública ha quedado prematuramente viuda) y a una capacidad de interpretar y evaluar ese saber (e.g. tal como se presenta la situación ese león es un peligro; tal como se presenta la situación, su condición de viuda implica que tiene un desafío titánico ante sí). Estas evaluaciones se apoyarían en universos de creencias que

comparte el grupo social y su observancia o incumplimiento (i.e. si se ajusta o no al lazo convencional que une una situación típica y las emociones que ella garantiza) coloca al sujeto que experimenta la emoción ante una sanción social, sea de índole psicológica o moral (recuérdese, por ejemplo, que una de las imputaciones en el juicio contra Meursault, personaje de la novela de A. Camus *El extranjero*, es no haberse mostrado abatido durante el velorio de su madre). Es por eso que Charaudeau (*ibid.*), recogiendo un largo debate filosófico, determina que las emociones están indisolublemente ligadas a estos *saberes de creencia*. Tanto es así que la modificación de una creencia implica la modificación de la emoción (e.g. los cambios en la percepción de la “peligrosidad” del mundo musulmán pueden llevar del miedo al odio) y viceversa (e.g. la indignación puede desplazar la interpretación del kirchnerismo). Amossy (*op. cit.*: 169) agrega que tales *saberes de creencia* son equivalentes a lo que la antigua retórica llamaba *doxa*.

Una mirada antropológica diría sobre este mismo punto que, para que un individuo pueda experimentar y expresar una emoción, esta debe pertenecer al repertorio cultural de su grupo. Según Le Breton (*op. cit.*: 117), algo así como un saber afectivo difuso –por lo general orientado a la sobriedad– atraviesa cada comunidad social e impone formas y redes específicas de interacción semiótica (e.g. la vergüenza y la culpa actualizan el dispositivo de la *confesión*; la indignación parece, en la actualidad, propiciar la *declaración pública*). Las manifestaciones afectivas y corporales de cada actor son virtualmente significantes para los otros interlocutores: es la vivencia de una resonancia mutua que constituye un modo de comunicación. Desde este suelo que ayuda a construir la identidad colectiva, el saber afectivo funciona menos como un reflejo mecánico que como un recurso social: las emociones se expresan como roles socialmente desempeñados en respuesta a circunstancias particulares (cf. Le Breton, *op. cit.*: 131). En definitiva, las emociones serían operadores de incorporación a una comunidad, modos de reconocerse y poder comunicarse juntos.

Ahora bien ¿cómo se conforman y circulan esos saberes de creencia o ese saber afectivo? Según Charaudeau (*op. cit.*), las emociones juegan un papel en la

construcción de la conciencia psíquica del sujeto, la cual tiene lugar “mediante la presencia en ella de alguna cosa que le es exterior y a la cual se le ha dado una forma-sentido, a partir de la experiencia intelectual y afectiva que el sujeto adquiere del mundo por medio de los intercambios sociales en los cuales se encuentra implicado” (*op. cit.*: 105). El planteo de Charaudeau se aferra a la existencia de representaciones mentales de los objetos en virtud de una entidad del orden de la imagen. Se trata de un trabajo de simbolización que, por reflexividad, retorna al sujeto como una auto-presentación, como una imagen que él mismo elabora del mundo y es a través de esa imagen que construye su propia identidad. Así, las emociones serían representaciones psico-sociales cuya especificidad se encuentra en las descripciones específicas que brindan, descripciones que –se señaló– son resultado de un saber y un juicio de valor colectivizados que funcionan como norma social –un consenso en torno a lo que Peirce denominaba *interpretante afectivo*–. En otros términos, la representación emocional describe una situación socialmente calificada como conmovedora y que, además, compromete al sujeto, quien debe reaccionar también en función de las normas sociales. Esa descripción es semiotizada en textos o relatos que remiten a seres y escenas de vida (e.g. la viudez de una mujer inspira compasión; la superación del cáncer, admiración). Se forma así un tejido interdiscursivo que encuentra denominación en la categoría teórica *imaginarios socio-discursivos* (Cf. Charaudeau, *op. cit.*: 107). Por eso, estas representaciones emocionales son socio-discursivas.¹⁴⁶

¹⁴⁶ La descripción de Charaudeau sobre la mecánica socio-discursiva parece ser correcta. Sin embargo, preferiría ponderar otra hipótesis sobre el funcionamiento semiótico de la conciencia. En vez de una conciencia habitada por una representación que remite a una situación emotiva, sería más ajustado hablar de un *espacio mental* que presenta no una imagen, sino una combinación específica de los tres órdenes de la semiosis: los estados (emociones, afectos, sensaciones, sentimientos, etc.), la segundidad (los procesos y relatos) y la terceridad (las reglas). En otras palabras, no tenemos por qué creer que la vida mental sólo funciona en torno a imágenes (Verón, 2001a: 12).

4.4. Las emociones y el cuerpo: sustracción y deconstrucción

Un abordaje discursivo global de la emoción no puede prescindir de una reflexión sobre el cuerpo, no porque, como quiere el fisiologismo, el cuerpo sea la superficie sensible donde se imprime la expresión social de las emociones¹⁴⁷ –o superficie de la cual se ocultan, en el caso de su simulación o en el de su represión–, sino por algo más elemental: el cuerpo, como advierte Verón (1988: 42), es condición de producción de todo sentido.¹⁴⁸ Asimismo, desde la emergencia de la televisión, la elaboración del cuerpo político cobró una importancia crucial para la enunciación política. No obstante esto, aquí reduciré al mínimo las observaciones sobre las emociones y la corporalidad, puesto que, como se avisó, aún reconociendo el cuerpo como horizonte de todo sentido y la trascendencia cada vez mayor de la imagen corporal del actor político y su mediatización, el interés de esta investigación estuvo puesto en otras dimensiones de la palabra política y de sus condiciones productivas.

Comencemos por dejar en claro que una emoción no es una sustancia, sino una tonalidad afectiva; del mismo modo, el cuerpo no es un reservorio de estados de los que el individuo es una víctima pasiva. Las emociones sentidas y expresadas tienen lugar en las turbulencias de un contexto dado y –como se expuso– en el tejido de una simbólica social. O sea: las emociones no son ni compactas ni estancas y su correlato físico es cambiante y pone en juego la totalidad de los recursos faciales, posturales, vocales, pero siempre en el marco de rituales socialmente organizados, de una partitura gestual que la cultura pone a disposición de los individuos. Es evidente, que, en la esfera pública, esas rutinas corporales se fortalecen. Así pues, el cuerpo público – y más aún el cuerpo político mediatizado, que en su presentación disemina signos

¹⁴⁷ Esta bidimensionalidad es el resultado, como sugiere Fabbri (2004: 63), de la clasificación de las pasiones en la que se ha empeñado la cultura occidental, principalmente la filosofía. En lugar de pensar una configuración global de la dimensión pasional y accional, ha privilegiado la taxonomía de sus signos. Para el esquema fisiologista que subyace allí por una parte está el afecto, interior y silencioso, y por otra sus signos, exteriores y enfáticos.

¹⁴⁸ ¿Cómo opera la significación en el caso del cuerpo? Según Verón (*op. cit.*), desde el punto de vista filogenético, los cuerpos actuantes configuran una capa metonímica de producción de sentido, la cual tiene la forma de una red de vínculos intercorporales de complementariedad (i.e. regida por el principio de contigüidad) y es genéticamente anterior a toda producción de sentido. En cierto momento, la sociedad y el lenguaje se inscriben sobre esa capa, ocasionando su estabilización.

orientados a la persuasión de millones— se encuentra, como dice Verón (1999: 87), tallado por restricciones (“anulación de actos, neutralización de ciertas trayectorias, censuras de gestos y de posturas”). Se debería contemplar, no obstante, que esta gramática corporal puede soportar distintos mecanismos de producción de sentido, incluso aquellos que la subvierten, que desafían sus restricciones. Recuérdese, por ejemplo, que Néstor Kirchner hizo malabares con el bastón presidencial el día de su asunción. Demasiado entusiastas, algunos analistas interpretaron ese gesto como un signo de diferenciación con respecto a la clase política y como presagio de la identidad del espacio político comandado por el nuevo presidente.

El cuerpo del actor político no es en general sólo objeto de un aumento de intensidad en las conductas autolimitativas, sino que estas prácticas sustractivas producen un verdadero cambio de nivel. Se transforma en un cuerpo de segundo grado, un metacuerpo, pues a la portación de ciertos atributos de carácter (la sinceridad, la templanza, la integridad, la inteligencia, etc.) y emociones (coraje, alegría, humildad, etc.) debe sumarle, como sugiere Verón (*ibíd.*), cierta mostración de su puesta en escena. Sólo así se neutraliza el riesgo de que ese cuerpo sea reconocido como parte de una gran propaganda y se conjura el fantasma de la manipulación. Por supuesto que, mal calibrada, esa distancia puede ser reprobada (e.g. “la presidente finge estar emocionada ante el saludo del Papa Francisco”), pero la labor del analista del discurso no consiste en computar el hiato entre lo “verdaderamente” sentido y lo públicamente actuado (o dicho), sino en analizar, en un discurso de la política determinado, el funcionamiento de los dispositivos comunicativos y de las escenas enunciativas que caracterizan su semiotización de las emociones. Cabe sugerir, a lo sumo, que lejos de ser vergonzante, la escenificación de esa distancia es hoy cada vez más obscena y que, paradójicamente, eso no parece afectar para nada los objetivos persuasivos de los enunciados. Se arriba, por esta vía, a una cuestión esencial del discurso político, la de la relación entre enunciación y creencia, sobre la que se ha ensayado más de una respuesta, como, justamente, que la evidencia de la puesta en

escena –o sea, la deconstrucción de los resortes de la enunciación– obstaculiza la creencia, o que, por el contrario, la facilita –hoy, como síntoma, lejos de permanecer en las sombras, los consultores políticos se han vuelto verdaderas estrellas mediáticas.

4.5. El lugar de las emociones en los sistemas políticos

Muchos autores se han preocupado por la arquitectura emocional de los diferentes sistemas políticos. Considerando sólo la edad contemporánea se puede bocetar un arco que va desde la alianza estratégica y declarada entre la razón y las pasiones en los sistemas democráticos, hasta el declive y reducción de estas últimas a favor de su funcionamiento homeostático; una trayectoria que se inaugura con la transfiguración de las constelaciones conceptuales tradicionales operadas por el proceso revolucionario impulsado por el jacobinismo, donde el miedo y la esperanza dejan de considerarse nocivas para la moral pública y se reconvierten en instrumentos para la emancipación de los ciudadanos virtuosos (cf. Bodei, 1995: 361-362), que llega hasta el supuesto declive de las pasiones políticas en nuestra sociedad, donde se nos llama a invertir nuestras energías en lo social, entendido como un dispositivo para mantener la cohesión de los vínculos comunitarios y gestionar las diferencias y la vida cotidiana, lo que ocasionaría un desapego frente a los grandes ideales del siglo XIX (cf. Donzelot, *op. cit.*: 10) y, en una escala menor y doméstica, la censura de las conductas “crispadas” y todo lo que permanezca fuera de los límites de lo *impolítico* (v. cap. II), como “abocarse a solucionar los problemas de la gente”. Otras perspectivas se interrogan especialmente sobre el papel de la conducta individual en el engranaje de las economías afectivas y políticas. Una referencia clásica es el trabajo de N. Elias (1989 [1939]), quien reflexiona en torno a la dimensión política de las normas de conducta social. Más precisamente sobre las conexiones entre las estructuras emocionales, en especial las comprometidas con la moderación y la compostura, y sus efectos políticos.

Sobra aclarar que las investigaciones sobre los lazos que entretejen el gobierno de sí y el gobierno de los otros en los regímenes políticos occidentales no quedan reducidas a la obra de N. Elias. La cuestión también ha sido, desde otros enfoques, objeto de autores con los que este último dialoga, como M. Weber (1997 [1901]), interesado por estudiar el autocontrol en la ética protestante, o autores a los que preanuncia, como Foucault (2009), quien demuestra que la racionalidad del gobierno debe ser considerada en un sentido abarcador, comprendiendo, junto con los problemas ligados a la soberanía política, la regulación de la vida privada e íntima.¹⁴⁹

Esta historia política de la autocontención no puede desatender la del tráfico social de las imágenes y el papel de los medios en esa circulación. Acerca de su capítulo contemporáneo, O. Mongin (1993) dice que vivimos en sociedades asediadas por un flujo intenso de imágenes y de personas, lo cual convoca permanentemente a lidiar con el fantasma de una catástrofe. Para preservar la vida pública y la privada de este desgaste emocional que las erosiona, la democracia encuentra dos figuras de procesamiento de lo pasional –el catálogo eurocéntrico de Mongin parece más bien pobre–. Por un lado, la familia le da tratamiento a las formas privadas de la violencia extrema de la pasión, cuya figura paradigmática es la droga, ejercicio de violencia sobre uno mismo. Los fabricantes de imágenes, por otro lado, remiten las pasiones hacia el extranjero y permiten experimentarlas por delegación; hacen vivir en directo, por medio de la pantalla-frontera, las emociones desatadas de los otros (e.g. las batallas de la insurrección egipcia o siria). La principal ocupación en nuestras sociedades democráticas, sostiene Mongin, es observar el avance más o menos violento de la democracia en el resto del globo (cf. *op. cit.*: 66). Ahora bien, la simple narcotización las emociones no siempre fue considerada una condición de lo comunitario, lo cual no significa que no se procuraran modos de controlar el estímulo y el virtuoso encausamiento de esas energías. Existen estudios que examinan el rol desempeñado por los productos culturales en la modulación emotiva de los miembros de una

¹⁴⁹ Una historia y un pronóstico de las relaciones entre política y sensibilidad puede encontrarse en C. Haroche (2009).

comunidad. L. Berlant (cf. 2011: 23-25), por ejemplo, se interroga sobre los resultados de las políticas sentimentales puestas en obra, en el ámbito estadounidense, para favorecer una cultura de consenso que le sirva de zócalo a la fantasía de la identidad nacional y al funcionamiento de su organización política. Estas prácticas tienen su enclave fundamental en una retórica del dolor (de las capas vulnerables de la comunidad) y de la mala conciencia (de los privilegiados), la cual tendería puentes de identificación afectiva y de empatía capaces de franquear los antagonismos interculturales y las brechas económicas. Estas políticas sentimentales parecen, según la autora, mirar con cierta simplicidad la operatoria y el impacto social de los procesos emotivos: “Teóricamente, para erradicar el dolor, los que tienen poder harán lo que sea necesario a fin de devolverle a la nación su aroma legítimamente utópico” (*op. cit.*: 24). De hecho, la presumida eficacia del sentimentalismo como aglutinante de una nación se ve hoy corroída por la fragmentación comunitaria provocada por las demandas de las minorías culturales: apoyadas en la idea de un trauma sin reparar tienden a disgregar la utopía de una conciencia homogénea de la identidad nacional (cf. *op. cit.*: 48).

Las referencias anteriores piensan el universo emocional como un factor disruptivo o aglutinante de la organización política, como una energía que puede ser laboriosamente tratada por el orden simbólico, pero que es irreductible a él. Pero ¿es viable cambiar de nivel y asignarle a las emociones un estatuto decididamente constitutivo de una práctica política? Una respuesta a la cuestión hay que buscarla en la obra de E. Laclau, quien conecta de manera intrínseca los afectos con los procesos de significación y, por esta vía, con la lógica discursiva del surgimiento del populismo; en realidad, la aparición de cualquier totalidad social involucra la íntima relación entre significación y afecto. Sin reponer en detalle el complejo modelo que propone, podemos contentarnos con indicar que, para E. Laclau (2006: 142-158), la lógica formal del afecto es inseparable de la del lenguaje, pues se constituye a través de la catexia diferencial de una cadena de significación. Consecuencia: sin el componente afectivo serían incomprensibles las formaciones discursivas que articulan equivalencias

y diferencias, como ser aquellas que permiten el pasaje constitutivo del populismo –de las demandas parciales a una demanda general–. En efecto, sobre esta lógica política cabe afirmar que, mientras que las *formas* de la *investidura radical* implicadas en este pasaje de un conjunto heterogéneo de demandas aisladas a una demanda global –lo que da lugar al surgimiento del pueblo, al establecimiento de fronteras políticas y a la construcción discursiva del poder como fuerza antagónica– se explican por operaciones de significación, la *fuerza* de esa investidura responde a una dimensión afectiva. Así, pueden también desactivarse las críticas a la exacerbación pasional como factor que definiría al populismo, ya que la dimensión emocional no puede ser desarraigada de su lógica genética y funcional.

5. Algunos fundamentos para el análisis discursivo de las emociones políticas

5.1. La incumbencia de los estudios del discurso

El recorrido anterior permite, al menos parcialmente, esclarecer y justificar el lugar asignado a la dimensión emocional en el tipo de análisis que se intenta en esta tesis. Toca ahora completar esta labor examinando el comportamiento de los estudios del discurso de cara al tópico en cuestión.

Desde un enfoque discursivo, las emociones, como asegura Charaudeau (2011: 111), pertenecen al universo de los *efectos pretendidos que un acto de lenguaje puede producir en el marco de una determinada situación de enunciación*. Esta posición no es novedosa. Como se expuso más arriba, también la propuesta de Fabbri hace ingresar la instancia de reconocimiento para definir las emociones. Para este último, “La pasión es el punto de vista de quien es impresionado y transformado con respecto a una acción” (2004: 61). Asimismo, la demarcación que hace Charaudeau, instalando la cuestión en lo que él denomina una problemática de la *influencia*, lo acerca –se dijo– al marco de la

retórica, o sea, al de las técnicas discursivas que apuntan a desencadenar una acción. De hecho, incorpora a su conceptualización de la influencia los términos clásicos de esta disciplina: el *logos* para designar el proceso de organización semiótica (descriptiva, narrativa, explicativa, argumentativa) de lo que se quiere expresar; el *ethos* para dar cuenta de la imagen que, a través del discurso, construye el enunciador a fin de legitimarse y conseguir la identificación del interlocutor; el *pathos* para referirse a las estrategias discursivas destinadas a provocar la emoción del auditorio con el objetivo de seducirlo o hacerle sentir miedo (cf. *op. cit.*: 112). En otros términos, se trata de una posición integradora de las pruebas retóricas.

De este modo, quedan fuera una serie de problemáticas que competen sin duda al universo emocional, pero que no hacen, al menos para la orientación que sigue esta tesis, problema discursivo. Como sostiene Plantin (2011: 141), la cuestión de la *sinceridad* o *autenticidad* de las emociones aparece en extremo superficial. No se trata de saber si el discurso emocionado refleja causalmente la emoción (i.e. si la expresa) o la oculta (i.e. si es manipulador), sino de interrogarse por la significación de la emoción. Charaudeau (*op. cit.*) comparte esta postura. A los estudios del discurso no le incumbe pronunciarse sobre la veracidad de lo que el sujeto dice que siente, ya que no hay garantías de que sean la objetivación de una experiencia efectiva; o bien puede suceder a la inversa: la expresión (o represión) de las emociones puede escapar a la voluntad del individuo, por lo que no hay allí relación causal directa. El peritaje de la autenticidad de las emociones en reconocimiento supone la misma indeterminación: se puede expresar una emoción sin intentar conmover y sin embargo hacerlo; contrariamente, se pueden poner en obra recursos para emocionar y no conseguirlo. Algo similar ocurre con la actualización de la tradición retórica por parte de la *Teoría de la Argumentación en el Discurso*: fiel a su emplazamiento del *pathos* en el lugar del alocutario, no se interesa por lo efectivamente experimentado por el locutor (cf. Amossy, 2000: 170).

En suma: el área de incumbencia de los estudios del discurso son los efectos emocionales pretendidos por un acto de enunciación. Para ser más preciso, las operaciones movilizadas a tal fin.

5.2. Parámetros para el análisis de enunciados políticos: la situación *pathógena*

“Desde la perspectiva del análisis del discurso –afirma Amossy (*op. cit.*: 171)– podemos suponer dos casos de figuras principales: aquel donde la emoción es mencionada explícitamente y aquel donde es provocada sin ser designada por términos de sentimiento”.¹⁵⁰ La cita destaca la multiplicidad de procedimientos semióticos disponibles para producir un discurso emocionante, algunos de los cuales no requieren la movilización de recursos estrictamente lingüísticos. Por ejemplo, es sabido que el empleo de un vocablo que designa estados emocionales no causa necesariamente la emoción designada ni una emoción; o sea, que un taxista de Buenos Aires proclame que una decisión del gobierno “es para indignarse” no asegura la inoculación de ese estado en el pasajero y bien puede dar lugar a un efecto adverso. Otras palabras (e.g. “masacre”), exclamaciones (e.g. “¡oh!”) o imágenes (e.g. de un niño famélico) no expresan directamente emociones, pero sí convocan universos emocionantes. A la inversa, hay enunciados que no vehiculizan palabras afectivas, pero que no obstante son susceptibles de generar una reacción de este tipo (e.g. “nunca más” pronunciado al final del alegato de la fiscalía en el juicio a las juntas militares). Obviamente, todo se complica aún más si extendemos el vector temporal de los procesos interdiscursivos: un enunciado hoy afectivamente aséptico puede cambiar de signo más adelante. Lo anterior nos deposita en la cuestión de la existencia o no de marcas semióticas características de la expresión de las emociones que le permitirían al destinatario identificarlas. Charaudeau (*op. cit.*) se inclina por pensar que la *situación de*

¹⁵⁰ La traducción me pertenece.

*enunciación*¹⁵¹ (i.e. entorno de las palabras, el contexto, lugar que ocupa quién las emplea y quién las recibe) es lo que determina la orientación emocional de un enunciado. Su intento vale como muestra del volumen y diversidad de recursos semióticos que son susceptibles de ser movilizados y las restricciones y variables que pueden intervenir para conmover a los destinatarios –nada excepcional por otra parte: es la condición de toda producción social de sentido–. Ahora bien, la teoría debe proporcionar un modelo que haga legible este fenómeno, que intuitivamente se percibe como inestable y escurridizo, indisociable de ciertas cualidades subjetivas. La situación dista de ser sencilla.

El desafío es, pues, hallar el mejor camino para abordar el estudio, desde un *enfoque discursivo*, de los mecanismos *verbales* orientados a producir efectos emocionales en un *colectivo* de destinatarios, independientemente –claro– de su efectividad concreta. La descripción del fenómeno que antecede parece reclamar un dispositivo de varios niveles. Siguiendo una larga tradición conceptual, podríamos denominarlo *situación de comunicación emotiva*, pero, a falta de un debate imposible de emprender aquí sobre el alcance de cierta terminología –parcialmente zanjado por Maingueneau (2003)–, esto precisa algunas aclaraciones. Tal como lo vimos en el capítulo II, el término *situación* responde a la voluntad de analizar un acto enunciativo concreto, por lo cual las teorías que lo emplean postulan –o deberían hacerlo– un conjunto de descriptores que regularían la producción e informarían al sentido de ese acto. Hay, sin embargo, varias propuestas de sintagmas que compiten en esta conceptualización (e.g. *situación de comunicación*, *situación de enunciación*, *situación de discurso*, etc.). Maingueneau (*op. cit.*), vaya como ejemplo, opta por distinguir entre una *situación de comunicación* (cuando texto es abordado desde sus configuraciones externas, sociológicas), una *situación de enunciación* (la ostensión que hace el propio texto de su situación) y una *situación de discurso* (los datos de saber que circulan interdiscursivamente). Esa *situación de comunicación* cataloga por lo general una serie de componentes indicadores de

¹⁵¹ Quizás el sintagma *situación de comunicación* se ajuste mejor a la descripción de los componentes que propone Charaudeau (v. Maingueneau, 2003). Un poco más abajo retomo la cuestión.

restricciones de diverso orden (e.g. identidad de los participantes, finalidad, circunstancias materiales, asunto). Para el análisis que sigue, conviene pensar en una *situación de enunciación emocional* o *emocionante*¹⁵² que considere varios componentes. La empresa de su catalogación total es imposible e –insisto– sólo parcialmente útil para las pretensiones de la teoría de inmovilizar y estudiar un fragmento de sentido. Sólo censo entonces aquellos indicadores metadiscursivos que parecen dar mejor acceso a factores desencadenantes de las emociones en el discurso de la política o, para ser aún más cauteloso ante su potencial generalización, los indicadores que surgen del encuentro entre la bibliografía de consulta y la lectura de los materiales de esta tesis. La eficacia de los componentes de esta *situación de enunciación* varía, sobra decirlo, según el sistema de valores e intereses de la persona en la que se pretende construir la emoción (e.g. una madre que perdió su hijo conmueve universalmente; la indignación que puede suscitar la figura de alguien como Jorge Rafael Videla tiene límites culturales e ideológicos). En definitiva, se debería considerar al menos:

- 1) **Factores temáticos:** Convendría aquí una conceptualización que adquiriera la forma de una especie de *tópica* portadora de “guiones”, susceptibles de desencadenar, siguiendo unas inferencias, ciertas emociones.¹⁵³ Más arriba se indicó que la denominación explícita de una emoción no era un criterio confiable para determinar su efectividad; vale decir, la distinción entre la expresión directa o indirecta de la emoción no será tomada aquí como elemento clasificatorio. Ahora bien, existen temas que, como señala Charaudeau (*op. cit.*), organizan de tal modo el imaginario socio-discursivo que son proclives a producir efectos emocionales, que predisponen a esos efectos (para el caso concreto de la política, por ejemplo, el imaginario del “desorden social” y su “reparación”, el “conflicto” y su

¹⁵² El sentido de ambos adjetivos remite a causar emoción. Sin embargo, “emocionante” tiene sentido activo, aunque episódico. Me inclinaré por su uso cuando pretenda enfatizar ese atributo en un discurso.

¹⁵³ De las múltiples acepciones de *tópica*, empleo aquí –aunque no sin cierta libertad– una de las tantas provenientes de los estudios retóricos, aquella triunfante en la Edad Media que la considera una reserva de temas consagrados que se incluían en el tratamiento de ciertas cuestiones. Como indica Barthes, no coincide con la definición aristotélica (1974: 57).

“pacificación”, la contradicción de valores, etc.). Para afinar aún más este componente, se pueden tomar prestados algunos de los parámetros que, según Plantin (*op. cit.*: 173 y s.s.), intervienen en la construcción de todo tipo de discurso emocionante.

- La clase de acontecimiento mencionado: la designación de un acontecimiento reenvía a preconstruidos eufóricos (e.g. casamiento) o disfóricos (e.g. entierro).
- El tipo de ser viviente involucrado: la emoción varía según la identidad del ser viviente afectado (e.g. a igual grado de proximidad, la muerte de un niño conmueve más que la de un anciano).
- Las coordenadas espacio-temporales: en lo que atañe a su incidencia emocional, operan por lo general a partir del eje proximidad/distancia con respecto a la persona afectada.
- Las consecuencias: de un acontecimiento o comportamiento (e.g. para orientar la actitud emocional de una persona hacia el miedo, se le puede mostrar, a través de un esquema análogo al de la argumentación por las consecuencias, que las secuelas de un acontecimiento, como no reelegir al presidente xx, serán espantosas).

Para el caso que me ocupa, el discurso presidencial pronunciado en actos oficiales, bien cabe la pregunta si ciertos universos temáticos son más impuestos que libremente elegidos (¿un presidente puede decir “lo que quiera” en estas situaciones?). Esto nos introduce en la dimensión que sigue.

2) Dimensiones que funcionan *sobre todo* como fuerza restrictiva:

- A. *Identidad y lugares que le son atribuidos a los locutores.* Este descriptor recoge una problemática de larga data que la *Escuela Francesa de Análisis del Discurso*

describió como *proyecciones imaginarias* (cf. Pêcheux, 1978) y la antigua retórica como *ethos prediscursivo*. La identidad del locutor o el lugar que ocupa puede predisponer para la aparición de algún tipo de emoción en el oyente (e.g. que hable la madre de una víctima de la inseguridad o una madre de Plaza de Mayo).

- B. *Tipo y genericidad*. Cuando se habla de las restricciones que opera una situación de enunciación también podemos sumar las categorías que vimos en el capítulo II, aunque allí se ponderaba la relación, con fines clasificatorios, entre un nuevo enunciado y los que ya han sido producidos. Vistas desde las decisiones metodológicas de una investigación, tipo y genericidad informan sobre los espacios ya preestablecidos por las prácticas verbales y las instituciones; constituyen categorías que señalan regularidades en la actividad verbal vinculada a un sector social (e.g. discurso de la política) y en el uso de un componente architextual específico (e.g. panfleto). Dado que se aplican a la organización de los discursos sociales, las unidades que recortan tipos y géneros exigen que nos interroguemos sobre su variable fuerza emocionante. Es evidente por ejemplo que, potencialmente, esa fuerza es más verosímil en el discurso artístico que en el de tipo científico¹⁵⁴ (cf. Parret, *op. cit.*: 169; Plantin, *op. cit.*: 185). Ciertas genericidades, como las de *conmemoración*, facilitan la explotación de recursos conectados con alguna zona emocional del imaginario socio-discursivo (e.g. el patriotismo). Permiten la referencia o la alusión, por parte del locutor, a un universo de esperanzas, de deseos o de creencias que él supone compartido con los destinatarios, vale decir, sobreentiende la pertenencia mutua a una *comunidad de sentimientos* (cf. Amossy, 2008a, 119); a su vez, permite que los destinatarios, aún a riesgo de paralizar su espíritu crítico, puedan reconocerse en un *sentir con* el hablante, que este tiene sus

¹⁵⁴ Modalizo pues estamos, sobra decirlo, en terreno de lo que se cree que predispone al surgimiento de efectos emocionales. En su *Manifiesto por la filosofía*, A. Badiou tiene páginas muy interesantes sobre la fuerza emotiva de las matemáticas.

mismas maneras de sentir. La importancia de considerar estas clases cobra mayor evidencia en los casos en que, como señalan Greimas y Fontanille (*op. cit.*: 83), un discurso social recategoriza un elemento del repertorio emocional de la cultura a la cual pertenece (e.g. aunque no lo admita explícitamente, el discurso académico se apoya sobre una pasión socialmente valorada como negativa: la humillación, producida por la negación del saber de origen).

C. *Una dimensión material*. El sentido de un texto no es ajeno al vínculo indisoluble entre su contenido y su modo de existencia material: se trata de un soporte, de un medio de traspaso y, si añadimos la dimensión mediológica, de acumulación y de memorización. En otras palabras, el sentido de un enunciado cambia de una dimensión material a otra (e.g. de las ondas sonoras al trazo sobre el papel) y es presumible que esto tenga injerencia en el plano emocional (e.g. presenciado, un debate entre candidatos tiene más posibilidades de conmover que ese si fuera leído).

3) Dimensiones que funcionan sobre todo como recursos constructivos estratégicos. Las estrategias semióticas que sirven para darle expresión a la emoción son otro componente. Los registros en los que operan estas estrategias son, se sabe, múltiples y en general simultáneos, lo que, como dice Plantin (*op. cit.*: 136), impide hablar de un *sistema* discursivo de la emoción. Nuevamente, el catalogo que presento no debe considerarse exhaustivo.

A. Nivel *enunciativo*. Conviene, en este plano de análisis, complementar la definición de la dimensión enunciativa que se explicitó en el capítulo III con la de *escena de enunciación*, propuesta por otra corriente de los estudios del discurso, la de tradición francesa. Para Maingueneau (2003), la *escenografía* es el momento de esa escena de enunciación que no es impuesto por las dimensiones restrictivas, sino que lo instituye el discurso mismo de manera procesual, aunque sin dejar de dialogar con esas restricciones: un texto impone de entrada

su escenografía, pero, al desplegarse, la enunciación debe justificar su propio dispositivo de habla. Los ejemplos que mejor ilustran esta dimensión son aquellos que producen un desajuste con respecto a las expectativas y restricciones genéricas y tipológicas. Por ejemplo, un candidato que hace campaña contando chistes (como Luis Juez en Argentina); otro que presenta su plataforma electoral en forma de una carta distribuida a los hogares, procurando cierta proximidad afectiva (François Mitterrand en Francia); otros que, fieles a los dictados de la *pospolítica*, se socializan colocando coordenadas autobiográficas donde antes solía haber señales políticas, como lo hacen los candidatos del PRO en la web oficial¹⁵⁵ de esta agrupación).¹⁵⁶

- B. Nivel *retórico*. Una referencia resumida del entorno retórico mostraría que las figuras tienen predisposición a causar una excitación de las pasiones (cf. Meyer, 2013: 196), que el efecto estético conmueve, aunque no lo hace, tal como pensaba Lamy (*apud* Amossy, 2000), intrínsecamente (i.e. como si existiera un lazo motivado entre una pasión subyacente y una figura) o siguiendo un modelo *estímulo* → *respuesta*, sino en función de la *situación*. Una interacción *metafórica*, por ejemplo, no tiene una predisposición pathémica inherente, pero sí es

¹⁵⁵ “Soy Miguel Torres del Sel. Nací en Santa Fe y desde que mi viejo me llevó a la cancha por primera vez, soy hincha de Unión. De chico quería ser futbolista y estudié y me recibí de profesor de educación física. Cuando era estudiante formé Midachi con mis amigos el Chino y Dady. Me pasé más de 20 años llevándole risas a la gente. Pero sentí que las risas no eran suficientes. Yo sabía que podía dar más. Por eso, después de pensarlo muchísimo, sabiendo que me jugaba todo – mi carrera, mi imagen, mi tranquilidad – decidí meterme en la política. Yo quiero traer alegría, pero más duradera que la de un chiste. Quiero que la gente tenga seguridad, que tenga la alegría de tener trabajo digno, buena educación, salud. Quiero ESA alegría. Cuando vea que la gente sonría por esos motivos yo voy sentir que de verdad llegué al éxito”; “Hola, soy Javier “el Colo” Mac Allister, tengo 45 años, nací en Santa Rosa y tengo 4 hijos. Mi gran pasión siempre fue el fútbol. De chico tenía muchas ilusiones de ser jugador profesional y a los 18 años debuté en primera. Con mucha dedicación, esfuerzo y compromiso llegué a jugar en grandes equipos y a defender con orgullo la camiseta argentina. Siento que los sueños son necesarios para avanzar, y pueden cumplirse si uno pone esfuerzo y pasión en cada cosa que hace. Hoy quiero trabajar para que los pampeanos puedan cumplir sus sueños porque estoy convencido de que podemos vivir mejor. No dejemos de tener esperanza. Si trabajamos juntos podemos lograr una mejor realidad. La Pampa nos une. Hagámoslo juntos.” [https://pro.com.ar/].

¹⁵⁶ Se debe recordar que la dimensión genérica de las escenas de enunciación de la política no son inmutables, sino que se desplazan. Como ejemplo, vale invocar la reelaboración del *spot audiovisual de campaña* que propuso, en las elecciones legislativas del 2013, la dupla de candidatos Gil Lavedra y Donda.

susceptible de trasladar la fuerza emotiva de un dominio a otro (como, por caso, la que vincula los goles con los desaparecidos en enunciados del tipo “nos secuestraron los goles”, o hablar de “linchamientos mediáticos”, “fusilamientos mediáticos” o “sicarios mediáticos”) (cf. Bonhomme, 2008: 170). A pesar de estas restricciones, pueden establecerse ciertas regularidades, producto de, por decirlo así, de la experiencia y las inferencias abductivas. Por ejemplo: el obsesivo machaque de la *repetición* puede extender la *tensión discursiva*, así como la *hipérbole* la puede intensificar (cf. Bonhomme, *op. cit.*: 169); la *hipotiposis* proporciona una descripción viva de un escenario abstracto; las figuras basadas en la analogía, como el *símil*, son un poderoso constructor de la emoción, pues permiten transferir el valor afectivo de un acontecimiento cuya tonalidad emocional está estabilizada a otros acontecimientos en curso de evaluación (e.g. durante el Bicentenario, el discurso presidencial no dejó de comparar la situación del país con la época de la Revolución de Mayo de 1810); las contradicciones de valores encuentran expresión en las *antítesis*. Algunas estrategias enunciativas dirigidas a provocar una reacción emocional pueden ser reforzadas con figuras (e.g. la proximidad entre enunciador y destinatario puede lograrse a través del *dialogismo* o la *sujeción*, recurso del cual hacía uso Hugo Chávez (cf. Narvaja de Arnoux, 2008: 108)).

- C. Nivel *lingüístico*. Aquí es menester implicar, en principio, aspectos lexicales, tales como el vocabulario, las exclamaciones e interjecciones (e.g. ¡ah!) –la ruptura brusca de una *exclamación* ofrece la posibilidad de mostrarse afectado (cf. Amossy, *op. cit.*: 184; Parret, *op. cit.*: 172; Plantin, *op. cit.*: 167)–; las expresiones cristalizadas (e.g. “patria o muerte”); intensificadores (e.g. prefijo “re”, adverbios); los diminutivos (e.g. “Evita”); además cuentan los aspectos sintácticos: se suele atribuir a la emoción las operaciones de reorganización (e.g. las inversiones) de la forma considerada básica del enunciado –como la interjección, se consideran expresiones espontáneas, y por ende sinceras, de la

emoción (cf. C. Kerbrat-Orecchioni, 2000). Como ya se señaló, algunas de estas dislocaciones ya han sido “normalizadas” por la retórica (e.g. *hipérbaton*).

D. Dimensión *afectiva* (*stricto sensu*). En el ejercicio de la palabra política es posible detectar huellas que atestiguan la incidencia de *operadores afectivos* (sin entrar en un debate terminológico, también pueden ser llamados *de apreciación*), esto es, marcas que indican una propiedad del objeto o del estado de cosas considerado y una reacción emocional del enunciador, las cuales son también responsables de la inducción de la emoción (cf. Charaudeau & Maingueneau, 2005: 39). El inventario total de estas marcas –reitero– es sólo pensable si se consideran los recursos lingüísticos susceptibles de producirlas; actualizadas en el funcionamiento discursivo, ese inventario es imposible, por tratarse de fenómenos graduales e inestables, sensibles al entorno de la secuencia de enunciados en las que aparecen y a la situación de enunciación. Menciono algunas de las que, con otra denominación, sugiere Plantin (*op. cit.*: 172):

- Evaluación sobre el eje placer/displacer: evaluación del acontecimiento, básica (e.g. reacción corporal de rechazo) o más elaborada (e.g. la nota de Fito Páez socializando su asco frente a la elección de Mauricio Macri como Jefe de Gobierno).
- Intensidad y cantidad: la modulación de la intensidad puede afectar a cualquier categoría: distancia o tiempo (e.g. muy lejos de nosotros), persona o volumen de personas afectadas (e.g.: un niño muy pequeño, cincuenta y un muertos en un accidente ferroviario, o sólo una víctima en un acontecimiento donde podrían haber muerto cincuenta y uno, dado que la emoción puede nacer de la oposición entre lo único y lo numeroso).
- Casualidad/agentividad: la determinación de una causa o de un agente influye en las actitudes emocionales frente a un acontecimiento, particularmente en lo que hace a la imputación de una responsabilidad.

Un accidente debido a una fatalidad (e.g. un tsunami) ocasiona dolor; por un acto deliberado (e.g. conservar las puertas de evacuación cerradas durante el incendio de una discoteca o provocar accidentes ferroviarios por la falta de mantenimiento de los trenes), indignación y cólera.

→ Control: la emoción asociada a un acontecimiento varía, para un individuo, según su capacidad de controlarlo; así, algo que provoca miedo y escapa al control se transforma en causante de pánico.

E. Nivel *gestual*. Ya se aclaró (v. *supra*) que en esta oportunidad el cuerpo no será parte del análisis, por lo que sólo me limito a señalar su importancia.

¿Cómo vamos a proceder en el análisis? Tenemos ahora un conjunto de indicadores para establecer la fuerza emotiva de un enunciado en una situación, para observar cómo participa esa dimensión de la economía funcional de un determinado discurso. El análisis que sigue debería permitirnos comenzar a identificar el modelo de producción del discurso emocionante kirchnerista –su *gramática emocional*–, el cual se desprende de la interacción entre las dimensiones catalogadas: *restricciones*, *recursos* y *temas*. Insisto sobre este punto: además de la complejidad del fenómeno emocional, la complejidad misma de lo discursivo impide, sin embargo, dar cuenta de todos los recursos comprometidos en la fuerza emotiva, e incluso es probable que el análisis desde uno de ellos, con la pertinente construcción de una unidad de análisis y la aplicación de unas categorías, opaque la lectura de los otros.

5.3. Apostillas sobre la genericidad

Recapitulo. Las características enunciativas que vimos en este y en los anteriores capítulos permiten suponer que no hay manifestación del discurso de la política sin tintes pasionales (si es que existe el discurso alexitímico), aunque, por supuesto, esta dosificación es variable y hay que estudiarla caso por caso. O sea, el objeto de estudio de esta tesis es ya de por sí una palabra con una veta emocional intrínseca. Ya se dijo,

por otra parte, que esta investigación le otorga un lugar clave a las restricciones genéricas, al punto que han sido incorporadas como componente de la situación de comunicación emotiva. Debo aclarar entonces que el análisis se centró primordialmente en textos de *conmemoración* (cuyos rasgos fueron abordados en el capítulo precedente). Incluí, no obstante, otros discursos, a fin de minimizar las ambigüedades entre los que serían rasgos genéricos y rasgos funcionales de un discurso.

Entiendo asimismo que la incidencia de este componente genérico es variable, aunque, como en el capítulo anterior, posibilita una distinción de operatorias. Veamos un par de fragmentos correspondientes a dos discursos de Néstor Kirchner que, si bien aluden a un mismo fenómeno, invisten géneros diferentes:

- (i) “Aclaremos siempre que venimos de la más profunda *crisis* escalando peldaño a peldaño lo que ha sido y es el *calvario* de Argentina. Superando con esfuerzo lo que constituyó la *peor crisis de nuestra historia*” (NK – 01.03.2005).
- (ii) “*Pero claro que estamos en el infierno*, hemos subido escalones, pero como decía el Gobernador, tenemos muchas asignaturas pendientes y vamos a ir rindiendo todos los exámenes y el 10 de diciembre del año 2007, cuando termine mi mandato, *espero poder decirle al pueblo que estamos en las puertas del purgatorio, que hemos derrotado al infierno y que la sonrisa vuelve a todos los argentinos, porque la esperanza se consolida en el nuevo tiempo*” (NK – 09.07.2006).

En el primer caso, se trata de un discurso de apertura de sesiones ordinarias, pronunciado en el Congreso Nacional, dirigido a los integrantes de la Asamblea Legislativa que son sus alocutarios directos. En segundo fragmento se produce en el interior de una situación distinta: es el discurso emitido durante un acto de conmemoración, ante un auditorio heterogéneo. Más abajo haremos un análisis exhaustivo de estos enunciados; baste, por ahora, poder constatar no sólo la distinta

configuración enunciativa, sino también la diversidad de modulaciones afectivas que puede recibir un mismo componente semántico según la genericidad que opere en producción.¹⁵⁷

Podríamos sostener entonces que, por un lado, existen genericidades moduladoras que predisponen con mayor fuerza al reconocimiento emotivo de los enunciados que las integran. Los discursos de *conmemoración*, los de *antagonismo manifiesto*, los de *celebración* pertenecerían a esta categoría. Por otro lado, existirían genericidades más “frías”, como los discursos de *asunción del mando* o de *inauguración de sesiones ordinarias*. Ahora bien, incluso estas genericidades no impiden la presencia, en los especímenes textuales que las actualizan, de fragmentos con fuerza emocionante, algunos de ellos ya reconocibles por su estabilidad, como los que suelen ubicarse al final de la alocución, seguramente vestigio de la *peroratio* retórica (v. cap. III). Hay, asimismo, producciones discursivas donde la fuerza restrictiva del componente genérico se encuentra deprimida y también allí –sobra decirlo– hay que discernir entre funcionamientos globales (e.g. un modelo enunciativo de un posicionamiento político que tiñe con la misma configuración emocional todos sus discursos) y localizados (e.g. a un texto o fragmento). Puede decirse que esta situación es muy rara en el interior del habla política institucional, pero es seguro que puede darse en otros lugares y momentos de producción del discurso de la política (piénsese, por ejemplo, en una figura política como Elisa Carrió, que en cada una de sus alocuciones e invistiendo genericidades bien diferentes, como las entrevistas a los medios o las intervenciones en la cámara de diputados, expresa las mismas tramas paranoides, alusiones a complots o referencias religiosas, etc., con el aparente objeto de generar sospecha, indignación, etc.). En otras palabras, si bien es cierto que la neutralidad afectiva o el grado cero emocional no está en el horizonte de la discursividad política, es posible describir algunas genericidades de la palabra política

¹⁵⁷ Sólo en el último discurso ante la Asamblea Legislativa Néstor Kirchner va a introducir la figura de la salida del infierno “En una Nación desbarrancada en un profundo abismo, con un esfuerzo conjunto y sostenido, reconstruyendo y reindustrializando, intentamos salir del infierno para poder decir el próximo 10 de diciembre que nos encontramos en las puertas mismas del purgatorio”. NK – 01.03.2007.

institucional como menos susceptibles que otras a la producción de efectos emocionantes.

6. La política como melodrama. Análisis

6.1. La llegada kirchnerista

Para encontrar la diferencia específica del funcionamiento emocional del discurso kirchnerista comenzaré realizando una doble comparación: con el metadiscurso sobre el populismo –es decir, con la descripción de la “tipicidad” dentro del cual se suele incluir la experiencia kirchnerista– y con el peronismo tradicional o histórico y el menemismo –es decir, con otros especímenes de esa “tipicidad”–. Así pues, me voy a valer de las coordenadas que brindan los niveles que podemos llamar archi e hiperdiscursivo.

Conviene examinar la distancia que guarda el discurso kirchnerista con la matriz populista desde el lado de las emociones, pues algunos analistas han encontrado allí el rasgo definitorio de esa matriz, donde las emociones tendrían un peso específico mayor comparado con lo que sucede en otros regímenes –cuando no se la caracteriza directamente por la manipulación cínica del costado irracional de las masas, por la instrumentalización táctico-estratégica de las pulsiones colectivas–. Así opina Charaudeau, quien, sin embargo, también reconoce diferencias que van más allá de esta intensidad: “El discurso populista nace en una situación de crisis social. Consiste, por lo tanto, en describir esta situación cuya víctima es el pueblo, en denunciar la fuente del mal y en alabar los méritos de un líder particularmente carismático” (*op. cit.*: 114). A partir de este guión general, cataloga los factores, en su mayoría temáticos, que convergerían en el estrato emocional del discurso populista. En principio, el líder describe esa situación como un escenario de decadencia, valiéndose de una tópica de la

angustia. Esa situación no tendría responsables, sino culpables o agentes del mal, a menudo designados de manera muy general o un tanto vaga. La figura del complot, propiciado por enemigos internos y/o externos, también puede participar de esta construcción. Ante este marco, siempre de acuerdo con Charaudeau, el líder debe construirse enunciativamente como salvador, como verdadero representante de los intereses del pueblo, incluso postulándose como consustancial con él. No se trata, sin embargo, de una construcción puramente reactiva. El encadenamiento narrativo pasa de ese *resentimiento* a exaltar valores propios de la identidad que se procura elaborar, para lo cual reclama una herencia política y ciertas líneas de filiación con figuras del pasado. Este guión se tiene que actualizar en fórmulas simples, esencialistas y amenazadoras, con un vocabulario cargado de improperios y fórmulas de choque.

Ante todo, ¿se puede aceptar esta descripción?, ¿son estos los rasgos que definen la cara pasional de un sistema populista? La definición de la lógica funcional del populismo no ha estado ajena a controversias substanciales, algunas de las cuales revisa Laclau (*op. cit.*) en su conocido trabajo. Aunque apartemos por un momento esta cuestión primera, cabe atribuirle a la propuesta de Charaudeau que trata con excesiva generalidad la estructuración del campo político que engendra al populismo y se concentra en las estrategias discursivas del líder, de modo que la causa primordial del fenómeno parece ser una voluntad política patológica. Asimismo, los ejemplos que proporciona, extraídos en su mayoría de discursos de Hugo Chávez, habilitan a preguntarse si su concepción no peca de eurocentrismo y se desentiende de los rasgos diferenciales de las culturas políticas. Aún así creo que podemos servirnos de los indicadores que suministra Charaudeau. Retornemos, entonces, a la pregunta inicial ¿se ajusta el kirchnerismo a la descripción de Charaudeau?, ¿está entre los rasgos que lo informan ese desborde emocional? Es cierto que el ingrediente “crisis social”, con una determinación difusa de los agentes responsables (v. cap. III), participa de la experiencia y discursos kirchneristas. Véase, como ejemplo, los fragmentos (i) y (ii) y los que siguen:

- (iii) “No es necesario hacer un detallado repaso de nuestros males para saber que nuestro pasado está pleno de fracasos, dolores, enfrentamientos, energías malgastadas en luchas estériles, al punto de enfrentar seriamente a los dirigentes con sus representados. Al punto de enfrentar seriamente a los argentinos entre sí” (NK - 25.05.2003).
- (iv) “Queridos hermanos y hermanas: nos habían hecho perder la autoestima, nos habían hecho sentir que éramos los peores del mundo, que no podíamos administrar nuestra Patria, que teníamos que vivir recibiendo consejos de quienes no debíamos, que teníamos que seguir haciendo los deberes para otros y causando dolor adentro porque la forma de gobernar era pegarle en el corazón al pueblo argentino, consolidar su exclusión y su hambre y subordinarse a los intereses que no eran los propios de la Patria” (NK- 25.05.2007).

La falta de identificación precisa de los agentes responsables de las crisis, la apelación a designaciones abstractas, filia al discurso kirchnerista con la enunciación peronista tradicional –que identificaba como culpables de la injusticia social a la “oligarquía servil” o “los intereses extranjeros”– y pone, en cambio, cierta distancia con respecto a la menemista –cuyo relato disuelve la figura del adversario político, a fin de asegurar la pasividad del pueblo y de dejar en manos del líder la reparación de las injusticias sociales (cf. Canelo, 2011: 82)–. No obstante lo anterior, es menos evidente la presencia de otros rasgos característicos del populismo propuestos por Charaudeau, tales como un lenguaje cargado de improperios y fórmulas de choque y amenazadoras.

Consideremos, ahora, los siguientes fragmentos:

- (v) “Sabemos que estamos ante un *final de época*. Atrás quedó el tiempo de los líderes predestinados, los fundamentalistas, *los mesiánicos*. La Argentina contemporánea se deberá reconocer y refundar en la integración de equipos y grupos orgánicos” (NK – 25.05.2003).
- (vi) “Les puedo asegurar que desde lo más profundo de mi corazón de argentino, -y lo quiero reiterar ante ustedes aquí- *no llegué* ni me interesa ser presidente de la Nación para gozar los honores del cargo, quiero ser presidente de la Nación *junto con ustedes, tomados de la mano*, sintiéndonos orgullosos nosotros y yo de ustedes, que juntos estamos

caminando para construir ese país que estamos necesitando todos los argentinos y todas la argentinas. *No voy a dejar las convicciones que me acompañaron toda la vida en la puerta de la Casa de Gobierno*” (NK – 20.06.2003).

- (vii) “No *vengo* a pedir a nadie que *me siga*, sino que nos ayuden a hacer una Argentina diferente, para que el sueño de nuestros abuelos, de nuestros hijos, de nuestros estudiantes, de nuestros obreros, que tener un destino distinto se pueda concretar” (NK - 20.06.2003).
- (viii) “*Venimos* con toda nuestra voz y nuestra fuerza para construir la Argentina de la justicia y de la dignidad. *Ustedes y yo* debemos hacer lo mismo: oídos sordos a tantos agravios, ésta es la plaza del *amor* y de la reconstrucción argentina” (NK – 25.05.2006).
- (ix) “Yo no *vine* a bajar banderas, no *vine* a claudicar, no *vine* a negociar los intereses del pueblo argentino; por más trabas que me pongan, adelante con la bandera y adelante con el pueblo” (NK – 09.07.2006).
- (x) “Trataron por todas las formas que renuncie a los principios y a las convicciones y *cuando llegué a Presidente*, lo dije en el Congreso de la Nación, “*vengo a luchar* por una Patria más justa, *vengo* a luchar por la dignidad de los argentinos, *vengo a tratar* de que juntos pongamos este país de pie, *vengo a que recuperemos la autoestima*, *vengo a que recuperemos la Justicia*, que recuperemos el derecho de ser argentinos”. Y, hermanos míos, les aseguro que he dejado todo por tratar de lograr eso y creo que hemos avanzado con muchísima fuerza” (NK – 09.07.2007).

Recordemos las fibras emocionales del “modelo general de la llegada” que proponen Sigal y Verón (1988: 29-47) para identificar la producción discursiva de Perón. La posición de enunciador que allí se dibuja es la de alguien que *llega* de un lugar de exterioridad en relación a la política (del cuartel militar a la conducción del Estado, en su caso), a partir de un desplazamiento motivado por la observación de una situación de crisis social y por sentimientos pertenecientes a un sistema de valores prepolíticos. Ese pasaje configura, en definitiva, el flujo emocional que va a configurar la relación entre pueblo y líder: la *humildad* y el *coraje* de este último es pagado con *amor* del primero. ¿Es la misma llegada que describe Kirchner? Lógicamente no, pues no hay aquí un cambio de campo social: Kirchner pertenece al mundo de la política –a lo

sumo, llega del sur del país—. No se construye, sin embargo, como un político que ha ganado las elecciones, sino como un luchador que arriba a partir de la observación de un país derrumbado por la crisis. ¿Podemos pensar que Kirchner se figura como un *hombre providencial*? Si atendemos a lo que, en contra de las bases del dispositivo enunciativo menemista, él mismo dice en los fragmentos (v) y (vii), la respuesta es negativa. Sin embargo, esas mismas citas llevan *in nuce* la interpretación inversa, ya que mencionan un rasgo típico del hombre providencial que se va a confirmar retrospectivamente a lo largo del proceso kirchnerista: la ruptura de los tiempos que significó esta llegada, (cf. Girardet, 1999: 74). Gracias a Kirchner, el después no será como el antes. Como se dijo en el capítulo anterior, el kirchnerista es un discurso que, desde su inicio, trabajó estratégicamente sobre este registro “rupturista” o “de frontera” y el imaginario de los “nuevos tiempos”, aunque no de la misma manera que lo había hecho hasta entonces el discurso peronista. La llegada al poder del peronismo tradicional y la del menemismo imponen la ruptura y el vaciamiento declarado de la historicidad —puesto en fase, dicho sea de paso, con el vaciamiento del campo político—. Ambos proclamaban “construir el futuro sin mirar hacia el pasado”, tiempo de los enfrentamientos entre argentinos que era necesario superar (cf. Sigal & Verón, *op. cit.*: 54; Canelo, *op. cit.*: 79). Ahora bien, en el acto de asunción del mando, Néstor Kirchner dijo:

- (xi) “El 27 de abril las ciudadanas y los ciudadanos de nuestra patria, en ejercicio de la soberanía popular, se decidieron por el avance decidido hacia lo nuevo. Dar vuelta una página de la historia no ha sido mérito de uno o varios dirigentes. Ha sido, ante todo, una decisión consciente y colectiva de la ciudadanía argentina. El pueblo ha marcado una fuerte opción por el futuro y el cambio” (NK – 25.05.2003).

Estas palabras parecen inscribir al kirchnerismo en la misma lógica que sus antecesores; sin embargo, quedará claro a lo largo del proceso kirchnerista que la

ruptura sólo es con el pasado inmediatamente anterior o, a lo sumo, con el período postdictatorial.¹⁵⁸ En el capítulo anterior intenté mostrar el funcionamiento de la evocación de los conflictos históricos en el seno de este discurso.

Si ahora prestamos atención a los recursos concretos, veremos que para la “emocionalización” de este modelo se movilizan una serie de instancias. Es su tema, en principio, el que contribuye a ello: la *reparación de un desorden social* próximo en el tiempo (v. (i) y (ii)). Conjuntamente, se activan estrategias ya estandarizadas en el discurso de la política, de orden *retórico* y de equivalencia *sintáctica*, como la metáfora “pegarle en el corazón al pueblo argentino” o la figura de la repetición por anáfora (e.g. “nos habían hecho..., nos habían hecho...”, “vengo a luchar..., vengo a luchar...”); de orden *lexical*, como vocablos y expresiones del tipo, “esta es la plaza del amor” o “adelante con la bandera y adelante con el pueblo”. Otras marcas pertenecen a lo que denominé más arriba orden de las *operaciones afectivas*, como la indeterminación de agentes (e.g. “por más trabas que me pongan”, “Trataron por todas las formas que renuncie a los principios y a las convicciones”), que, combinados con aquellos que apuntan a reforzar la intensidad, propicia la imputación de la responsabilidad por la crisis a alguien que no está en esa escena de habla; es decir, ni Kirchner ni los asistentes son responsables, sino un tercero no identificado con precisión, pero que se opone a la gestión del primero y, por ende, hace más esforzada su labor. Esta indeterminación estimula el imaginario de la conflictividad y hace más conmovedora la faena del gobernante.

¹⁵⁸ Los vaivenes del kirchnerismo con respecto al peronismo han sido materia de múltiples estudios. Casi todos coinciden que, luego de un primer intento de permanecer en la periferia de ese espacio a fin de mostrarse como encarnación de la “nueva política”, sus movimientos tácticos lo depositaron, *circa* 2005, en la maquinaria peronista tradicional, peronización que le costó algunos de sus aliados originales (cf. González 2011: 53; Novaro, 2011: 135).

6.2. La humildad y el coraje

Todos estos operadores instalados en un nivel micro parecen ser subsidiarios de un modelo enunciativo-emocional más amplio. Si retomamos, por ejemplo, los fragmentos (vii) y (ix)/ (vi) y (x), cabe observar la diferencia temporal entre los verbos de desplazamientos *vengo* y *llegué*, no tanto por su valor semántico (cambio de lugar en el primer caso, aspectualidad de final del proceso en el segundo), sino por dimensión emocional que tiende a movilizar cada uno. Kirchner no *viene* a pedir que lo sigan, rechazando así de manera explícita el dispositivo mesiánico de la enunciación menemista –aunque este componente no estaba ausente en el peronismo histórico¹⁵⁹–, sino a pedir ayuda interpelando la *compasión* del auditorio; Kirchner *llegó* para recuperar el país sin claudicar en sus convicciones.¹⁶⁰ Si se quiere clasificar los datos representados en las citas bajo una emoción –y no en el interior de una situación con fuerza emocionante–, diríamos que estamos ante la construcción discursiva de la *humildad* y *coraje*. Estas dos pasiones ya habían sido clasificadas por Descartes, como derivadas de la *admiración* y el *deseo* respectivamente. La *humildad* consiste en la reflexión sobre la imperfección de la propia naturaleza del sujeto, sobre su valía (1997: art. CLV); el *coraje* es una agitación que predispone al alma para que se apreste a la ejecución de sus objetivos, cualquiera que sean (*op. cit.*: art. CLXXI).

La construcción de un enunciador *humilde* va a ser un organizador permanente de la situación emocionante durante la primera etapa del kirchnerismo. Es uno de los objetivos principales de los vectores de fuerza emotiva que se multiplican principalmente en los discursos de conmemoración y que tiene como punto de referencia el lugar de enunciación, a saber, la presidencia de la nación:

¹⁵⁹ En su discurso del 12.02.1946, Juan Domingo Perón pedía al auditorio: “Síguenos: tu causa es nuestra causa; nuestro objetivo se confunde con tu propia aspiración, pues sólo queremos que nuestra Patria sea socialmente justa y políticamente soberana” (*apud* Canelo, 2011: 74).

¹⁶⁰ Los enunciados citados le dan expresión, pues, a una circunstancia de gran fuerza emocional: el pedido de ayuda, presentándose como un hombre común, por parte de quien desempeña el más alto cargo de responsabilidad política.

- (xii) “Por eso, *soy solamente un hombre común, un argentino como ustedes*, que tiene responsabilidades importantes y que le toca trabajar temporariamente de presidente. Me van a ver siempre igual, tratando de escuchar y corregir los errores. Rosarinos, rosarinas; argentinas, argentinos: ante nuestra bandera, ante este día histórico, les digo con todas mis fuerzas *que nos ayudemos, que me ayuden*” (NK - 20.06.2003).
- (xiii) “(...) que no me interesaba buscar un acuerdo cupular, pero que *sí me interesaba tomarme de las manos del pueblo argentino, sin banderías de ninguna naturaleza, con una única bandera, la celeste y blanca que nos abraza y nos da la fuerza patriótica* para reconstruir desde sus mismos cimientos, esta grandiosa y gloriosa Nación, esa bandera celeste y blanca que la estamos honrando nuevamente con orgullo” (NK- 25.05.2007).
- (xiv) “*Yo les pido que me ayuden y que me acompañen*. En cada acto, *cada mano que toco* me da una fuerza espiritual suprema, pero también que estemos juntando toda nuestra fuerza espiritual y nuestra vocación de cambio porque el cambio recién comienza y la reconstrucción de la transformación también para que el 10 de diciembre de 2007, en el marco de una plena concertación, los argentinos nos encaminemos hacia un proyecto definitivamente de transformación, hacia un proyecto que definitivamente cambie las estructuras de injusticia y construya una Argentina para todos” (NK- 25.05.2007).

La estrategia constructiva se mantiene en otros géneros, aunque, como es de prever, alterándose el anclaje enunciativo.

- (xv) “Llegamos con un bastón y el anhelo de un pueblo, y aquí estamos. Fuertes en nuestras convicciones, decididos a cambiar esta Patria que soñamos grande. La tarea es inmensa y los convocamos a todos, con *humildad*, para que vengan a poner el hombro, para construir un nuevo modelo de desarrollo que permita recuperar lo mejor de la tradición argentina y de sus pioneros” (NK - 01.03.2005).

Los enunciados citados tematizan una circunstancia de gran fuerza emocional: el *pedido de ayuda y de acompañamiento* por parte de quien desempeña el más alto cargo de responsabilidad política, aunque lo hace presentándose como un hombre común –y aparece aquí otro tópico del populismo, la coalescencia del líder con el pueblo–. Así, en contraposición al discurso del peronismo tradicional y del menemismo, los cuales construían al pueblo como un actor pasivo de la política –cuyo rol es “esperar” y “confiar” (cf. Canelo, *op. cit.*: 81)–, la palabra kirchnerista parece asignarle un rol más activo al destinatario, como si pretendiera elevarlo a coprotagonista de la acción política. La exposición discursiva de esta consubstancialidad no escatima las instancias disfóricas, impacta, incluso, en un sufrimiento común, en un compadecer:

- (xvi) “Porque también *aparte de ser Presidente uno sufre como ser humano, como todos ustedes*” (NK – 11.08.2004).
- (xvii) “Les quiero decir que *me toca ser Presidente* este tiempo de la historia, pero yo soy el que ustedes conocieron siempre, como siempre: un santacruceño que *lucha y sufre* junto a ustedes” (NK – 17.09.2004).

Asimismo, la dimensión *háptica* tematizadas en los fragmentos (xiii) y (xiv) no sólo es factor constructivo de una eventual admiración, sino que ingresa también en la descripción verbal del comportamiento corporal del propio enunciador tendiente a delinear su carácter *sensible y afectivo* (v. también xxii):

- (xviii) “También les puedo asegurar que *estoy muy emocionado* porque veo los mismos rostros que ayer, que me miran con el mismo cariño y el afecto de siempre. Yo confío en ustedes, no saben el compromiso que siento cuando *toco las manos de ustedes, el rostro de los hijos de ustedes* me crece el compromiso tremendamente, *pero también me emociona que nos podamos encontrar como ayer para saludarnos y abrazarnos con el cariño, el afecto y el amor que nos tenemos*. Eso es algo

muy importante. Cuantas alegrías, cuántos *mimos* con todos los hermanos y hermanas de Puerto Deseado” (NK – 05.09.2003).

- (xix) “Quiero ir a cada lado a *abrazar a los trabajadores, a abrazar a los pobres* y decirles que aquí hay un argentino que quiere trabajar con las pocas armas que tiene pero poniendo todos los sueños y el amor por una vida distinta; *a tocarles las mejillas y decirles que queremos solidariamente tomarnos de la mano* para hacer un país distinto” (NK – 11.09.2003).

Por supuesto que no todo termina con la *humildad*. Otro conglomerado de recursos discursivos son puestos en funcionamiento para construir un enunciador que promueva en los destinatarios una identificación emocional con sus acciones valerosas. Los fragmentos (ii) y (vi) sirven como ejemplo, al igual que los siguen:

- (xx) “Formo parte de una *generación diezmada*. Castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en *valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada*. No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo” (NK - 25.05.2003).
- (xxi) “Es hora que recuperemos nuestra credibilidad, es hora que lo que decimos cuando nos toca hacer campañas electorales, después *tengamos lo que tengamos que tener* y el *coraje* necesario para sustentarlo detrás de un escritorio y con la lapicera tomando las determinaciones que este pueblo necesita para salir adelante” (NK - 20.06.2003).
- (xxii) “Les estoy profundamente agradecido, la verdad que cada vez que cierro los ojos y sueño y *encuentro los brazos extendidos* de todos ustedes con ese amor y ese cariño, se me caen las lágrimas, *me vibra el corazón*, pero me da una fuerza y un *coraje* que ustedes no saben cómo me siento alimentado mañana tras mañana” (NK – 17.03.2005).
- (xxiii) “Por eso hay que tener memoria, argentinos. *Yo no vine a bajar banderas, no vine a claudicar*, no vine a negociar los intereses del pueblo argentino; por más trabas que me pongan, adelante con la bandera y adelante con el pueblo (Aplausos). Acá durante mucho

tiempo, queridos hermanos, *ha habido una dirigencia con miedo, una dirigencia que le tiene miedo a algunos señores que se creen dueños de la voluntad de los argentinos*. Y acá los únicos dueños de la voluntad de los argentinos es el voto y la decisión del pueblo que elige quién los debe gobernar, quién debe guiar y quiénes deben guiar los destinos de sus provincias, de sus municipios y de la Nación argentina; *el pueblo argentino necesita dirigentes valientes, necesita dirigentes que se jueguen por la gente, necesita dirigentes que dejen de especular y de tener temores*” (NK – 09.07.2006).

- (xxiv) “Yo estoy emocionado hoy y les voy a contar alguna intimidad: ese 25 de mayo de 2003, cerré la puerta de mi despacho, me abracé a mi compañera de todos los tiempos, Cristina, y a mis dos hijos, Florencia y Máximo, y les dije “*vamos a dejar todo* –porque no es uno solo el que lo deja, sino la familia sufriendo a la par de uno-, pero qué lucha difícil que tenemos, Cristina, cómo está el país, qué mal están los argentinos, adónde hemos llegado” *y se me caían las lágrimas*, como hoy; cada día que me subía al helicóptero le decía a los chicos que trabajaban conmigo “es segundo a segundo, después minuto a minuto, hora a hora y día a día”. Hoy la lucha es día a día” (NK- 25.05.2007).
- (xxv) “Todavía recuerdo las palabras que dije en el Congreso y que *les juro con emoción* que traté y trato de cumplir hora tras hora, que *no me iba a sentar en el sillón para claudicar los principios por los que había luchado toda mi vida* y por los que el pueblo argentino me había votado; que no me interesaba estar en un sillón para bajar la bandera de la esperanza y de la construcción de una nueva Patria” (NK- 25.05.2007).

La misma materia semántica es trabajada, en otras situaciones y según otras restricciones genéricas, apelando a operaciones enunciativas que plasman cierto coloquialismo. Se sabe que este registro funciona como marcador de espontaneidad y establece, como estrategia de contacto, la representación de una cercanía interpersonal.

- (xxvi) “Sé, y ustedes lo saben como yo, que los intereses de algunos sectores se han acostumbrado a que los dirigentes políticos sean empleados o gerentes de ellos. *¡Conmigo, minga!* Yo voy a defender

a los argentinos y los intereses de la patria como corresponde” (NK – 03.09.2003).

- (xxvii) “Nosotros, de la mejor buena fe, le hemos tratado de explicar al sector [ganadero], no queremos la “patria ganadera” que quieren algunos dirigentes del campo. Que no se equivoquen, que *este presidente no les tiene miedo, no les tengo miedo, eh*” (NK – 30.03.2006).

En estos segmentos, se puede observar, ante todo, que estamos frente a una operación de construcción del *coraje* como cualidad del enunciador. De hecho, se hace presente ese mismo término como marca (v. xxi y xxii); es un caso de pasión *dicha*, lo mismo que aquella con lo cual se contraponen: “la dirigencia miedosa” (v. xxiii). Para esta elaboración no se ahorran cargas emocionantes: el mismo locutor explicita su estado (e.g. “estoy emocionado”, v. xxiv), relata una emotiva escena de su intimidad familiar (xii) o, en busca de intensificar el efecto dramático, enfatiza que la tarea que tiene ante sí se desarrolla “hora tras hora” (v. xxiv). Sin embargo, la forma más habitual que encuentra esta configuración emocional en la palabra de Kirchner, casi un *pathema* constitutivo de su economía funcional, es el de la formulación metonímica de *no claudicación a los principios*. Se la puede rotular como metonímica, pues los principios son concretizados como cosas que se pueden abandonar (o no), ante elementos (sillón presidencial, puerta de casa de gobierno) incluidos en un todo, elementos que funcionan como signos materiales de algo tan abstracto como el poder. Esta fórmula es instalada en el primer discurso presidencial y reaparece, a veces como autocita (e.g. (xx)), en varios de los textos que le siguen. Así pues, el modelo de la llegada kirchnerista se completa con la conservación de sus principios que significan su coraje, como un rechazo tácito a experiencias en las que, como el menemismo, la acción de gobierno desmintió los dichos de campaña. Señalemos, repitiendo parcialmente la lectura sobre los colectivos realizada en el capítulo III, que *generación* participa aquí en la producción de un efecto emocionante. El enunciador afirma su pertenencia a una generación “diezmada. Castigada con dolorosas ausencias” (v. xx). De este modo, convoca elípticamente al universo temático del asesinato, de la vida truncada, etc. La

entidad afectada es presentada como un conjunto –recordemos su lazo solidario– en el cual se incluye el enunciador, pero al no mencionar agentes responsables se orienta más a suscitar dolor que indignación. De hecho, en ese mismo primer discurso afirma: “Llegamos sin rencores pero con memoria” –lo cual, por otra parte, refuerza la idea de una ruptura temporal sin vaciamiento histórico a la que aludí más arriba.

6.3. La salida del infierno

Ahora bien, ¿para que se necesitan esos atributos?, ¿cuál es la labor que tiene ante sí este enunciador? La expresión de la situación del país completa esta organización emocionante. Y lo hace en torno a una metáfora que está también en el “adn” emocional del discurso kirchnerista: *la salida del infierno*. La forma habitual que encuentra en los textos de Kirchner es “Luchando por *salir del Infierno*”, que plantea la interacción entre el dominio teológico y la situación social, política y económica del país. Transcribo algunos ejemplos:

- (xxviii) “Nos va a llevar mucho tiempo levantarnos y salir del Infierno al que nos han llevado. Lo importante es que cada día veamos que vamos dando un pasito tras otro para adelante, porque sólo se sale con esfuerzo, con trabajo, con solidaridad” (NK – 09.07.2004).
- (xxix) “(...) en este Día de la Patria, *donde hoy podemos sentirnos aún en el infierno pero con mucha más esperanza*” (NK – 09.07.2006).
- (xxx) “Podemos decir que *todavía estamos luchando por salir del infierno*, pero esta Patria creció casi el 50 por ciento en los últimos años” (NK –25.05.2007).
- (xxxi) “Espero poder decirles a los argentinos el 10 de diciembre de 2007 que *la República Argentina está saliendo del infierno* y vendrá la discusión estratégica para construir un país con un perfil

estratégico, después de la tremenda crisis que nos tocó vivir” (NK – 25.05.2007).

Se trata de una operación que compromete principalmente los niveles *temático*, pues se interpela al imaginario de un caos social que se intenta reparar, y *retórico*, dado que se organiza sobre la base de una interacción metafórica. Se proporciona por este medio un modelo estereotipado y sencillo de la historia reciente, pero que, por su misma simplicidad, inhibe la posibilidad de leer ciertos aspectos de los acontecimientos, como, por caso, los agentes responsables la crisis: en tanto estado o lugar de castigos merecidos, “Infierno” promueve la sociabilización de las culpas. Su retoma en distintos discursos tiende, por otro lado, a facilitar su internalización. Así, figurando lo dramático de la situación a través de la presencia del pasado en el presente, el discurso kirchnerista justifica discursivamente prácticas políticas propias de un estado de excepción; es decir, es el miedo al pasado significado como lastre y amenaza, y no, como sucede con otros discursos, el temor ante la inminencia del apocalipsis lo que lo fundamenta en el plano emocional. Las periódicas crisis socio-económicas argentinas habilitan el trabajo sobre este imaginario.

Detengámonos para un *racconto*. Hay situaciones emocionantes que parecen claves y que se retroalimentan mutuamente. Una de ellas, detonada por recursos como la metáfora del infierno, coopera en la justificación del decisionismo concentrado del ejecutivo, pues enardece, en la conciencia colectiva nacional, el fantasma del terror a las crisis económicas y al vacío de poder. Otra, movilizada por los elementos discursivos que estructuran el campo político como conflicto (e.g. las declaraciones de no claudicación a los principios, gestados y sostenidos, tal como vimos en el capítulo anterior, desde la militancia de los 70), sirve de escenario cuando, como suele suceder, el oficialismo se impone a quien identifica como adversario (siempre representante de una “minoría de poderosos”), para la demostración de eficiencia, de preeminencia y de fortaleza, a la vez que tiñe su gestión con la épica de la victoria (cf. Tonelli, 2011: 12).

Finalmente, el enunciador también toma a su cargo operaciones que le dan un tono emocional a la puesta en discurso de *aquello que hay que reparar*. Si llevada por la intensificación de los antagonismos, Cristina Fernández de Kirchner va a colocar la *redistribución del ingreso* como objeto de reparación, Néstor Kirchner, por su parte, va a centrarse en la *inclusión social*. Ejemplos:

- (xxxii) “*Amo como ustedes a la Patria y amo a nuestra bandera. Pero amar a nuestra bandera no es solamente izarla, mirarla y poner cara de circunstancia en cada oportunidad, amar a nuestra bandera es seguir haciendo crecer esa bandera que está allí, para que la bandera de la Patria cubra a todos los argentinos y argentinas sin exclusión, para que volvamos a tener una Argentina que nos contenga a todos. Amar nuestra bandera es que la icen y la honren aquellos que no degradan la fe pública y aquellos que no usan el Estado con el voto y el nombre de nuestro pueblo para fines que no son los correctos. ¿Qué quiero decir con esto? Amar nuestra bandera es luchar contra la corrupción y todos aquellos poderes que impiden el cambio y la transformación de la Patria. Amar nuestra bandera es terminar definitivamente con la mezquindad de la pelea política corta, para volver a refundar nuestra querida Patria y honrar a nuestros abuelos, a nuestros pioneros, a nuestros patriotas y a todos aquellos que dejaron y dieron su vida por consolidar una Argentina con justicia y con equidad*” (NK - 20.06.2003).
- (xxxiii) “Yo con todo mi fuerza quiero decir que estamos tratando de consolidar la Independencia Nacional y también estamos tratando de consolidar una Argentina que le de posibilidades a todos los argentinos, que esa gran bandera argentina cubra los hogares y los corazones de todos los argentinos, que esa gran bandera argentina dé justicia y equidad social, que esa gran bandera argentina no permita más que el privilegio consolide la pobreza y el hambre de tantos hermanos durante tantos años y que se haya gobernado durante tanto tiempo a espaldas del pueblo” (NK – 09.07.2006).

Los fragmentos actualizan una serie de operadores típicos de toda gramática emocional, tanto lingüísticos (e.g. vocablos “amar”, “patria”) como retóricos,

destacándose las repeticiones y anáforas (e.g. “amar a nuestra bandera es...”), las prosopopeyas (e.g. “que esa gran bandera argentina dé justicia y equidad social, que esa gran bandera argentina no permita más que el privilegio consolide la pobreza y el hambre”) y la hipérbole que es el centro de la construcción emocionante (“la bandera de la Patria cubra a todos los argentinos y argentinas”). Pero tal vez la movilización de recursos más significativa en lo que hace, en este punto, a la singularización del discurso kirchnerista pase por los órdenes temático-apreciativos y enunciativos.

En el primer caso, la figura de la bandera que cubre le da expresión a una situación que convoca espacios mentales emotivos, en tanto se afirma que no todos los que comparten el colectivo *patria* tienen los mismos derechos, recursos y capacidades básicas. Se traslapa así lo patriótico sobre lo social; la significación de la inclusión afectiva en el colectivo patrio –que exige amar a esa patria y a sus símbolos– se transfiere a la inclusión –con similares derechos y beneficios– en el colectivo social (idea que Cristina Fernández de Kirchner va a retomar transfigurada en “La patria es el otro”). Nos topamos de nuevo con el tema de los colectivos, que se refuerza con “*todos los argentinos*” como operador de cantidad. En el plano del contrato enunciativo (v., por ejemplo, el fragmento (xxxiii)), el tipo de vínculo configurado va a encontrar continuidad en los textos de Cristina Fernández de Kirchner. El enunciador se preocupa allí por actualizar el sentido de la conmemoración y los símbolos patrios, como si ese sentido no fuera directamente accesible por los destinatarios y hubiese que orientar su reconocimiento en el momento de la enunciación (con operaciones de anclaje como el uso del presente del indicativo). Puede pensarse que hay aquí, nuevamente, una “contaminación” con las modalidades del discurso religioso; para ser más preciso, con la homilía, a la cual cabe definir como un “género didáctico cuya finalidad es acercar al auditorio a la comprensión de la palabra de Dios para ponerla en práctica” (Blanco *et al.*, 2003: 1043). Por supuesto que no estamos frente al caso de una reformulación de un texto sagrado, pero de todos modos me permito sugerir que el lugar que toma el enunciador, la distancia que pone entre el referente y el destinatario sumado al hecho de arrogarse la adopción de una actitud interpretativa –y de una

exégesis moral— son datos que pueden leerse como un desplazamiento hacia las formas enunciativas de la palabra homilética. Más allá de esta lectura, se debe subrayar la dimensión didáctica que muestra el fragmento, lo que se puede observar en el intento de suministrar y controlar los significados y en el empleo de la definición persuasiva por parte del enunciador. En definitiva, la explicación actualizadora que permite hablar de un componente didáctico y la concretización de una afectividad abstracta son las huellas que debemos retener. Atribuirle un significado específico al *amor* o al *odio* —como si se tratase, para usar un vocabulario de moda, de *significantes vacíos*— parece ser una táctica privilegiada en el marco de los antagonismos discursivos que tienen lugar en el campo político contemporáneo.

6.4. El purgatorio kirchnerista: la época de la radicalización del clivaje

También en este capítulo analizaré qué sucede, en el funcionamiento del discurso kirchnerista, con el cambio de locutor. Tampoco seré aquí exhaustivo. Me limitaré a la exposición de los resultados de la lectura hecha de textos de Cristina Fernández de Kirchner a la luz de la operatoria emocional impuesta por Néstor Kirchner. Ya habíamos señalado en el capítulo III que los discursos de la primera se destacan por una singularización de la figura de enunciador, por su sostenida autorreferencialidad y por la construcción de una distancia, que se va a mantener, incluso, en situaciones discursivas y coyunturas de fuerte gravitación emocional, como el conflicto contra las patronales agropecuarias que se desarrolló durante el año 2008. Para la elaboración de una escena emocionante, esta última característica no sólo va a entrar en tensión con las dos primeras.

Transcribo una cita quizás un poco extensa, que compendia, sin embargo, varios elementos relevantes:

(xxxiv) “Hace unos instantes, escuchaba a José, el Gobernador, recordando aquellos momentos donde con mucha valentía y con muchos peligros, los argentinos decidieron, con voluntad política, declarar la independencia. En ese momento, los peligros eran de carácter militar; el invasor colonial quería volver a restituir su colonia aquí porque allá en Europa estaban resurgiendo nuevamente todas las monarquías. Había que apurarse a declarar la independencia. Yo estuve aquí la primera vez como Presidenta en el año 2008 y recuerdo también que hablé de la necesidad construir una nueva independencia de la República Argentina. Porque de aquella independencia política, de aquella constitución con país, luego vinieron otras dominaciones a través de la economía, a través de la cultura, que durante doscientos años sostuvieron a los tumbos un país que iba de un lado a otro y que en cada bandazo, millones de argentinos quedaban fuera sin trabajo, sin educación, sin vivienda, sin seguridad, sin salud. Por eso decía que era necesario profundizar este trabajo de recuperación nacional, de recuperación de la dignidad nacional comenzado el 25 de mayo de 2003, permitiéndonos construir un político que, finalmente, liberara todas nuestras fuerzas como país para construir una sociedad más justa, más igualitaria, una sociedad donde la gente tuviera derecho al acceso al trabajo, a la educación. *Ese hombre de pelo gris que está sentado al lado mío, solía decir que él estaba saliendo del infierno junto a todo su pueblo.* Y yo creo que fue así y que a mí me tocó la segunda etapa, la de construir los instrumentos de solidez que permitan que ese proceso de recuperación económica, de recuperación de la dignidad nacional, del trabajo no fuera solamente un momento fugaz como los que hemos tenido en la historia” (CFK – 09.07.2010).

La retoma de la figura de la *salida del infierno* ya no funciona como operador de emocionalidad, sino que tiene por función una “autoperiodización” del kirchnerismo. Si nos atuviéramos a la propuesta de Fabbri, diríamos que hay un cambio temporal y aspectual en esta figura de la narrativa pasional del kirchnerismo: el miedo al pasado da paso a la esperanza; el incoativo da paso al terminativo. Ahora bien, esta segmentación reconoce, por una parte, al agotamiento lógico del valor argumentativo de esa figura: luego de cuatro años de gestión, el gobierno no puede no ser responsable

de la situación socio-económica. Pero además es una respuesta a voces y discursos que le imputaban a la gestión persistir en una injustificada solicitud de excepcionalidad y de tener actitudes deficitarias en el respeto de los procesos institucionales que exige el sistema republicano, expresado en la fórmula “baja calidad institucional”. La periodización sirve entonces como justificación retrospectiva, como indicador de planificación y como “naturalización” discursiva de la larga duración de la administración kirchnerista.

Pero el fragmento anterior también nos sirve para constatar otra variación que introduce el nuevo locutor en el marco de una posible regularidad genérica. Mientras que en el caso de Néstor Kirchner la actualización de los símbolos patrios enfatizaba estaba asociada a dimensión emocionante (v. (xxxii)), en Cristina Fernández de Kirchner esa operación es en general asumida –como decía más arriba– por un enunciador singularizado, distanciado y que propende a trazar relaciones históricas. Así:

(xxxv) *“Siempre me he preguntado cómo se rinde homenaje a hombres como Güemes, como Belgrano, como San Martín, como Castelli, como Mariano Moreno. Tal vez, algunos piensen que se les rinde homenaje cantando el himno, poniéndose la escarapela o izando la bandera, pero yo creo que a esos hombres se les rinde homenaje construyendo un país diferente, porque los símbolos patrios no pueden ser instrumentos vacíos, fueron creados por esos hombres como estandarte para la lucha, para la lucha, para la lucha por la liberación, por la Patria, por un país mejor, por un pueblo con dignidad nacional (...) En nombre de todos ellos, en nombre de los que hicieron Mayo, en nombre de todos los patriotas que murieron en la lucha por la defensa de la dignidad y de la Patria, los convocamos a esta nueva gesta del Bicentenario para, entonces sí, además de cantar el himno y ponernos la escarapela, rendir homenaje en serio a esos hombres que junto al pueblo ingresaron definitivamente en la historia de nuestra Patria ”* (CFK – 25.05.2008).

(xxxvi) “Déjenme por lo pronto *recordar* qué pasó en nuestro Primer Centenario, cómo estábamos, no para criticarnos o para ponernos

tristes; simplemente, para poder ejercer nuestra *memoria* y conocer nuestra historia, nuestra verdadera historia que, muchas veces, no es la historia oficial. Es que muchas veces también, hay por parte de algunos pocos, como no querer que se conozca nuestra verdadera historia, porque siempre cuando uno conoce la verdadera historia tiene menos posibilidades de volver a equivocarse. Y allá en 1910 los argentinos recordaron sus primeros cien años de historia con estado de sitio; había represión sobre nuestros trabajadores porque no había trabajo, porque no había derechos (...) Esa Argentina solamente recuerda algunos fastos en aquel 1910: era una Argentina sin trabajo, con mucha miseria, con mucho dolor, con un modelo económico, político y social de exclusión donde solamente unos pocos, los más beneficiados, podían disfrutar de los dones de la vida, de la educación, de la salud, del trabajo. Quiero, entonces, que este Bicentenario nos encuentre de una manera diferente; nos encuentre sintiéndonos parte de esta Argentina grande, de esta América del Sur, es esta Patria grande, para en un proceso de integración poder potenciar nuestras posibilidades como región, como país (...) Pero como a mí no solamente me gusta soñar y como junto a muchos otros millones de argentinos además de soñar nos gusta hacer, es que también hace hoy exactamente seis años comenzamos un proceso de transformación en nuestro país para poder, precisamente, convertir en realidades esos sueños. Por eso comenzamos a construir entre todos un país diferente donde recuperamos el orgullo de ser argentinos” (CFK – 25.05.2009).

Las marcas evidentes de esta distancia y reflexividad son la explicitación de los procesos mentales, que exigen un agente personal, como “me he preguntado” y “déjenme recordar”. En este punto es necesario retomar parte de lo dicho en el capítulo III. ¿Estamos ante un caso de supresión del componente afectivo? Prefiero responder que siempre, al perfilar un enunciador, se pueden combinar y dosificar de distinta manera mecanismos racionales y afectivos. La construcción de una imagen ilustrada –de un enunciador que posee el saber y las cualidades apropiadas para una figura pública– puede favorecer y verse favorecida por la aparición de indicadores de una proyección que interpele la dimensión emocional. En este caso, se trata de

presentarse como el garante de una reparación social necesaria. Más adelante, a partir de su condición de viuda, va a cambiar el balance entre estos dos componentes.

Por otra parte, contrastar momentos históricos (sea a través de analogías o de antítesis) es un recurso constante en los discursos de Cristina Fernández de Kirchner y gravita sobre la fuerza emocionante del discurso ¿De qué manera? La *antítesis*¹⁶¹ *cronográfica* estructura globalmente segmentos de su discurso, sea en tanto oposiciones que se ajustan a restricciones situacionales y genéricas –los presentes atravesados por crisis habilitan a construcción del tipo “el pasado fue mejor que el presente, no estamos a la altura de los próceres” (v. xxxii)–, o no –“contra lo que indica el lugar común de la historiografía nacional, el pasado fue peor que el presente”–. ¿Este último tipo de descripción del pasado, que es el que utiliza Cristina Fernández en el fragmento citado, tendría poder para conmover al auditorio? No si atendemos a la distancia temporal. En todo caso, de acuerdo a la descripción del enunciador de la situación presente, la orientación emotiva debería ser eufórica.

Entiendo que los factores que determinan este empleo de la antítesis son de diverso orden. Por un lado, existe, como se indicó en el capítulo anterior, un empleo estratégico de los balances que favorece el momento histórico del Bicentenario; sumado, encontramos de nuevo el componente histórico –en este caso con matiz revisionista– que es parte del funcionamiento del discurso kirchnerista; finalmente, la analogía también se explica por la construcción de un *ethos* ilustrado que no estaba presente en los enunciados proferidos por Néstor Kirchner.

¹⁶¹ Según Charaudeau & Maingueneau (2005: 39), el análisis del discurso carece de una problemática propia de la *antítesis*, en parte porque el paso de la noción de la retórica al habla común obró una inevitable imprecisión conceptual. Como aquí se pone el acento más en el contenido mismo de la oposición que en la estructura que permite el contraste, la empleo como figura del pensamiento.

6.5. Un tercero viene después de un primero

Dos conclusiones me gustaría retener de lo expuesto hasta acá. En primer lugar, se podría decir, de manera general, que a diferencia de lo que muestran los discursos del peronismo tradicional y del menemismo, donde los factores emocionantes parecen ocupar el lugar de donde se desaloja la política, en la palabra kirchnerista esos elementos cohabitan. Si bien del *corpus* analizado en este capítulo no surgen todos los elementos que permiten hablar de una relegitimación de la política por parte del gobierno, al menos sí muestra que la crisis –dramatizada a través de la “salida del infierno” y que se mantiene como descripción de la situación nacional a lo largo de toda la presidencia de Néstor Kirchner– no va a ser explicada por los vicios de la política. Esta no es, como surgía del menemismo y antes del peronismo histórico, un factor de disolución de los lazos comunitarios; la necesidad de unión, la consecución del Uno, no es, de hecho, un ingrediente funcional del discurso kirchnerista.

En segundo lugar, se puede hacer la siguiente secuenciación de la trayectoria emocional de la palabra presidencial. Por un lado, hay elementos que, aunque modulados de otra manera, encuentran continuidad a pesar del cambio de locutores, lo cual le otorga consistencia e identidad al discurso kirchnerista (e.g. el caso de la figura “salir del infierno”). Por otro lado, vale reconocer que hay variaciones estratégicas. Mientras que los textos de Néstor Kirchner se encuentran poblados de indicadores de fuerza emocional, principalmente asociados a la configuración del enunciador, los de la presidente Cristina Fernández de Kirchner, por lo menos hasta el año 2010, exhiben una disminución de la intensidad de las emociones, absorbidas por un enunciador que toma a su cargo operaciones destinadas a darle una modulación ilustrada y pedagógica.¹⁶² Pongámoslo en términos semióticos. La identidad del discurso se asegura por unos núcleos temáticos y retóricos que son abordados por ambos enunciadores, pero el funcionamiento de otras dimensiones semióticas no es exactamente el mismo: producido por Néstor Kirchner, el discurso opera

¹⁶² Recuérdese que en esta tesis me atengo solo a los datos que provee el orden simbólico. El cuerpo y el timbre de voz pueden corroborar o alterar esa modulación.

principalmente sobre las sensaciones, impresiones y afectos asociados a los hechos, los que parecen ser comunicados de manera directa, es decir, pertenece al orden de las terceridades primeras; puesto a funcionar por Cristina Fernández opera, en cambio, sobre los hechos y reflexiona sobre su presentación, es decir, privilegia la terceridades terceras.

6.6. El macrismo como arenga “indignógena”

Presento ahora el análisis de los enunciados de Mauricio Macri, tomados de su mensaje por el Bicentenario. Lo interesante de este texto es que concentra rasgos característicos de este discurso, lo cual lo hace pertinente para ser comparado con el funcionamiento de la palabra *kirchnerista*.

Existe, en principio, una tópica que no sólo parece regir la dimensión emocional del texto, sino que además es dicha por el mismo locutor. Cito un fragmento de su breve discurso de asunción del cargo de Jefe de Gobierno:

(xxxvii) “También *vemos* la dura desigualdad social, chicos trabajando en la calle, la exclusión de personas con discapacidad, jóvenes que no consiguen trabajo, personas durmiendo en cualquier parte. No podemos permitir que esto siga así. Y no lo vamos a permitir. *Es increíble que esto ocurra en la Buenos Aires que fue sinónimo de igualdad de oportunidades y ascenso social (...)* *Me indigna* cuando me dicen que no es posible mejorar la infraestructura que tenemos. No podemos engañarnos más con anuncios de obras que después no se concretan” (MM – 09.12.2007).

Ya se expuso en el anterior capítulo la práctica de describir el contexto imperante en el momento de asunción como negativo. Analizado desde el punto de vista de la

construcción de una situación emocionante, aquí se acumulan –sin desarrollarse causas ni medidas para combatirlos– algunos lugares de la tónica asociada a los signos urbanos del deterioro del tejido social. Ahora bien, el enunciador parece dirigirse sólo a los alocutarios directos del mensaje (i.e. los presentes en el recinto), por lo cual ese conjunto de tópicos es presentado como una serie de acciones (u omisiones) dañinas provocadas por terceros sobre terceros, una afrenta a otros de la cual el enunciador y los destinatarios son un colectivo de testigos (“vemos”).

R. Micheli (2008: 136) señala que la *indignación* es una emoción que requiere que se describa un estado de cosas negativo, aunque no como efecto del azar, sino como el de una acción cuya responsabilidad es imputable a un agente. Sin embargo, ¿quiénes son en el discurso macrista los responsables? No se los nombra. Asimismo, la indignación es una emoción reactiva, pero impersonal. Es decir, implica una reacción frente a las acciones o actitudes que perjudican a otros seres. El indignado piensa que esas acciones constituyen una violación de alguna norma cuyo cumplimiento es exigible a todo ser humano. Es un resentimiento en nombre de otro. ¿Qué sucede en este discurso con los perjudicados? Ya se dijo que son una serie de lugares comunes, de generalidades. En definitiva, lo que el enunciador pone en primer plano es la emoción.

La explotación de la indignación como recurso de fuerza emocionante sólo es posible para quien, como este enunciador, no se ubica en el mismo colectivo que los afectados por la conducta indignante. Este dispositivo se distingue del kirchnerista, donde el enunciador se integraba con los destinatarios cuando hacía referencia a los perjudicados por la crisis. Así, la emoción gestada discursivamente provenía de una reacción de índole personal, una reacción en nombre propio, como lo son el *enojo* y el *resentimiento* (cf. Hansberg, 1996: 185).

Desde el análisis de la dimensión emocional, lo significativo de este *corpus* se encuentra en el carácter coloquial que aporta la construcción metafórica de ciertos procesos. En otras palabras, la situación emocionante se apoya en recursos pertenecientes al nivel retórico. Cito algunos ejemplos del discurso del Bicentenario,

aclarando que son cuantitativamente importantes en los textos de Mauricio Macri, lo que permite postularlos como rasgos inherentes a su funcionamiento:

- (xxxviii) “Nosotros como vecinos de la ciudad damos el *puntapié inicial* a nuestros festejos en el Obelisco”.
- (xxxix) “Hay que *volver a creer* en nosotros y *poner* a la Patria, a nuestra Argentina, *en un lugar merecido*”.
- (xl) “Ojalá que el Bicentenario sea una buena excusa para que *nos juntemos y tiremos todos para el mismo lado*”.
- (xli) “Sin duda esos hombres de Mayo soñaron con una patria grande y *se la jugaron por eso*”.
- (xlii) “Sé que si nos proponemos *hacer ese click* que nos hace falta, lo vamos a conseguir”.
- (xliii) “Lo que conseguimos como Nación, hace casi 200 años, es maravilloso y *nos marca para el resto de nuestra historia*”.
- (xliv) “Tenemos las mejores posibilidades para *ponernos de pie y avanzar* hacia el futuro”.

Primer dato: este carácter coloquial del habla macrista permite alinearlos con la variante del discurso kirchnerista institucional ejercida por el locutor Néstor Kirchner (aunque hay un dato que limita esta comparación: Mauricio Macri lee o prepara y graba sus alocuciones, por lo que no todos sus rasgos son adjudicables a enunciados espontáneos). Además –segundo dato–, ese rasgo coloquial produce un efecto paradójico, dado que acerca los sentidos al habla cotidiana, sin que esto implique de por sí hacer claro los procesos que se refieren, es decir, sin especificar cuál es el sentido no figurado –si es que este sentido existe, cosa controvertida que no discutiré aquí– de, por ejemplo, “*poner a la patria en el lugar que se merece*” o “*hacer un click*”, ni qué acciones o prácticas se ven implicadas. Esta descomplejización se completa con otros procedimientos, como, por ejemplo, la ausencia de formas nominalizadas, las cuales,

como se sabe, son condensados de información que constituyen puntos críticos de incompreensión discursiva.

El examen de estas metaforizaciones muestra, asimismo, que su carácter coloquial es muy particular. Son tendencialmente similares a aquellas que se emplean en el universo deportivo, especialmente en el futbolístico, y en su difusión mediática. Que se entienda bien: no quiero decir que resulte imposible encontrar estas figuras en otro campo, no se trata de un rasgo privativo; sólo me limito a indicar la regularidad de ciertas ocurrencias, regularidad que un estudio dedicado al discurso deportivo podría incluir como parte de la descripción de su economía funcional.¹⁶³ A modo de constatación, junto a los enunciados citados anteriormente, transcribo titulares y declaraciones de futbolistas:

¹⁶³ ¿Metáforas de esta clase fueron una novedad para el discurso de la política de ese momento? No. No lo fue para Macri, que desde el año 2003 las venía esparciendo en sus discursos, no sólo aprovechando su condición de presidente de un club de fútbol (Boca Jrs.), sino también como una respuesta estratégica a la deslegitimación de la clase política y de su lenguaje luego de la crisis económica, social y política que detonó en 2001. No lo fue para el discurso de la política argentino tal como lo moldeó el orden neoliberal que instaló el menemismo: desde entonces hasta hoy este tipo de contaminaciones discursivas son comunes en la arena política; por ejemplo: “La coalición de gobierno se parece a los volantes de Racing Club: con el compañero a cuatro metros, erran el pase por dos” (Eduardo Menem – 01.02.2001); “Menen es como Martín Palermo, hay muchos que dicen que está acabado pero de vez en cuando hace buenos goles” (Alberto Kohan - 26.02.2010); “(El acuerdo opositor) es un primer paso para contrarrestar la metodología avasallante del Gobierno Nacional. Si ensanchamos la cancha, ganamos el partido” (Daniel Amoroso – 04.04.2011); “Está la CGT *A*, que es la de Azopardo, y la *B* que es la de Balcarce, y siempre a la gente le interesa más los equipos de la *A*” (Hugo Moyano - 21.08.2012); “Ninguno de los dos están en condiciones de jugar en primera: Macri no tiene cintura y Scioli está fuera de tiempo (Gabriel Mariotto - 17.01.2012); “Durante todos estos años, Macri ha tenido la posibilidad de formar el equipo y todavía no sale a la cancha; me parece que el equipo tiene un tiempo de concentración excesivo” (Agustín Rossi - 22.01.2013); “Yo nunca me cambié ni de equipo de fútbol, ni de barrio ni de partido. Massa se mudó de San Martín a Tigre, abandonó Chacarita y se fue del partido” (Martín Insaurralde - 19.10.2013). “Entre Ríos se juega un partido importante y ese partido es liderar en el país en este presente en el que hay oportunidades que antes no había para los entrerrianos. Nos jugamos eso” (Sergio Urribarri – 22.10.2013). Tampoco se trata de un fenómeno estrictamente contemporáneo. Una investigación genealógica mostraría que los lazos que entretejen deporte y política se pueden encontrar en los orígenes mismos de las sociedades humanas y están, además, entre las primeras reflexiones en torno a los problemas discursivos. Recordemos, por caso, que el género epidíctico fue inspirado por Aristóteles a partir de la observación de las disputas oratorias que tenían lugar durante las olimpiadas (cf. Perelman, 1977: 32). Lo que tal vez se ha intensificado a nivel global desde los 90 –es decir, desde la consolidación hegemónica del neoliberalismo– y localmente desde este siglo es el empleo de procedimientos orientados al vaciamiento del campo político (cf. Rancière, 2007)

Discurso de Mauricio Macri	Universo discursivo del fútbol
<p>Hay que <i>volver a creer</i> en nosotros y <i>poner a</i> la Patria, a nuestra Argentina, en un <i>lugar merecido</i>.</p>	<p>River necesita <i>volver a creer</i> frente a Godoy Cruz (AMPM Noticias.com, 17/10/2010).</p> <p>Nos da orgullo estar en esta institución tan gloriosa y, con la ayuda de todos, queremos <i>poner a</i> Racing en el <i>lugar que se merece</i> (declaración del DT de Racing, Claudio Vivas, <i>Olé</i>, 21 de septiembre de 2009).</p>
<p>Ojalá que el Bicentenario sea una buena excusa para que nos juntemos y <i>tiremos todos para el mismo lado</i>.</p>	<p><i>Tenemos que tirar todos para el mismo lado</i> si lo que queremos es que a San Lorenzo le vaya bien (declaración del futbolista de San Lorenzo Pablo Migliore a DyN, <i>La Nación</i>, 22 de Marzo de 2010).</p>
<p>Sin duda esos hombres de Mayo soñaron con una patria grande y <i>se la jugaron por eso</i>.</p>	<p>Boca <i>se la juega</i> en Paraguay (titular de <i>Página 12</i>, 21 de septiembre de 2005).</p>
<p>Sé que si nos proponemos <i>hacer ese click</i> que nos hace falta, lo vamos a conseguir.</p>	<p>En la jugada siguiente, a los 13', Bottinelli estrelló otro cabezazo en el travesaño y <i>ese fue el click</i> para el dominio de San Lorenzo hasta el final del partido (fragmento de la crónica del partido River vs. San Lorenzo, diario <i>Tiempo Sur</i>, 4 de marzo de 2010).</p> <p>En Reserva <i>hice el click</i> y empecé a hacer las cosas como debía. Me esforcé para mentalizarme en aprovechar cada oportunidad que me dieran (declaración del futbolista Sergio Araujo, <i>Olé</i>, 23 de noviembre de 2010).</p>
<p>Lo que conseguimos como Nación, hace casi 200 años, es maravilloso y <i>nos marca para el resto de nuestra historia</i>.</p>	<p>Sabemos que <i>quedará marcado para la historia</i> de Independiente (declaración del futbolista Walter Acevedo a <i>Clarín</i>, 27 de Febrero 2010).</p>
<p>Tenemos las mejores posibilidades para <i>ponernos de pie</i> y <i>avanzar</i> hacia el futuro.</p>	<p>Si queremos <i>empezar a poner a River de pie</i>, no es prudente vender a los jugadores importantes (declaración de Antonio Caselli, candidato a presidente de River, <i>El Argentino</i>, 16 de noviembre de 2009).</p>
<p>Nosotros como vecinos de la ciudad damos el <i>puntapié</i></p>	<p><i>Puntapié inicial</i> es un término propio del universo futbolístico.</p>

<i>inicial</i> a nuestros festejos en el Obelisco.	
--	--

Este atributo funcional puede rastrearse hasta los albores del discurso macrista. Cuando se lanzó como candidato a Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires el 26 de febrero de 2007, Mauricio Macri anunció:

- (xlv) “Salgo con los tapones de punta contra los problemas; mis enemigos no son los otros candidatos, sino los problemas de la ciudad”

En el discurso de presentación de los candidatos para las elecciones legislativas del 2013 (17.09.2013), Macri cerró su alocución con la misma clase de operaciones, atestiguada en la superficie textual también por una comparación.

- (xlvi) “Tenemos un verdadero *equipo*”.
- (xlvii) “Uno se siente como en un *vestuario* viendo que todos están *apasionados y listos por comerse el partido que tienen por jugar*”.

La tendencia se repite en otros géneros y momentos. Cito algunos enunciados extraídos de declaraciones a los medios y conferencias de prensa:

- (xlviii) “Me dejaron más solo que a *Mostaza Merlo*” (24.04.2007).
- (xlix) “Los *campeonatos en la política* son que la gente viva mejor. La gente percibe si vos tenés prácticas o estilos nuevos, y yo no veo que Kirchner sea lo nuevo de la política” (15.11.2007).

- (l) “Todavía no soy candidato, pero es cierto que siempre *los bosteros en el segundo tiempo jugamos mejor que en el primero (...)* El sueño del pibe es llegar a una segunda vuelta con Kirchner” (01.02. 2010).
- (li) “Lo de la fórmula presidencial con Reutemann son puras especulaciones. *Es como cuando se abre el libro de pases en el fútbol y dicen que van a venir a Boca Ronaldinho y Messi, pero al final eso no ocurre*” (18.04.2011).

Los ejemplos anteriores son figuras de la analogía más extendidas que las metáforas que tabulamos más arriba ((xlix) y (xlvi)) son construcciones comparativas; (l) y (li), analogías). Esta nueva clase de operaciones se explica, en parte, por el género. Aunque no se trate de mensajes leídos, el discurso de conmemoración y la presentación de candidatos fueron productos de planificaciones, emitidos en situaciones no dialogales, mientras que en las declaraciones prima la espontaneidad y el intercambio. Esta diferencia permite suponer que el segundo espacio genérico promueve figuras como la comparación o la analogía, las cuales facilitan el control retórico por parte del hablante y optimizan la inteligibilidad de lo que pretende decir. Los mensajes planificados, en cambio, permiten preparar estratégicamente los recursos emocionantes.

Señalemos asimismo que estas operaciones tienen más de un ámbito de acción: procuran, como toda enunciación política, crear y/o estabilizar un colectivo de adherentes, pero también contribuyen a la legitimación del enunciador como su representante. La interacción con el fútbol permite enfatizar un tipo específico entidad política y de vínculo representativo. Los fragmentos (xlvi) y (xlvii) son ejemplos en este *corpus* del uso insistente que hace el macrismo del término *equipo* para designar su propia organización funcional –empleo a primera vista paradójico, dado que se trata de una agrupación socialmente reconocida por la figura de su fundador–. El plano enunciativo muestra que Macri toma la palabra como líder de ese equipo, como una especie de capitán. La condición de producción de esta operación hay que buscarla –decía– en la crisis actual de la representación y el lenguaje de la política.

Asimismo, el conjunto de propiedades sobre los que trabaja la analogía entre fútbol y política puede agruparse en dos subconjuntos: el que ilumina la dimensión antagonica y el que acentúa la cohesión y la actitud del propio grupo. El discurso macrista se sitúa en este último subconjunto. En su economía funcional, estos mecanismos parecen destinados a exhibir: a) que la actividad política y la práctica de gobierno deben afrontadas desde una organización de buenas voluntades y no como una confrontación; b) que el colectivo que engendra este discurso está unido *quam* equipo futbolístico y que tiene un líder; c) que el lazo que une a sus integrantes es más afectivo que ideológico, dando por sentado, quizá, que esa clase de lazo es más firme que el ligamen político.

6.7. La política como continuación del fútbol por otros medios

Considero que vale la pena extenderse acerca de la convergencia de estos dos fenómenos, puesto que no es sólo una manifestación restringida al discurso macrista ni al ámbito argentino. De un lado, el discurso de la política no deja de inspirarse en diferentes universos: la guerra, la familia, el amor, el espectáculo y, por supuesto, el deporte (cf. Le Bart, 2005: 281). Del otro, la fuerte presencia cultural de este último universo, y del fútbol en particular –el más mediático circo romano de nuestra época– derrama, lógicamente, sus sentidos hacia otros campos. El fútbol no es el único dominio fuente de este procedimiento metafórico, pero, al menos en nuestro ámbito, prevalece frente a las otras disciplinas deportivas producto de su omnipresencia cultural, sin dudas, aunque no estaría mal inventariar razones más banales, como la simpleza e inmutabilidad de sus reglas. De la misma manera, la metáfora no es la única figura empleada para hacer interactuar estos dos universos.

A pesar de sus numerosas diferencias, la transferencia de un dominio a otro es impulsada por las dimensiones lúdicas –las más espectaculares– del fenómeno político: competencia, interacción entre individuos y entre colectivos, puesta en funcionamiento

de estrategias, etc. En este territorio compartido, los tropos hacen visibles otras propiedades comunes, multiplicando así los puntos de contacto. Algunos ejemplos:

- la articulación positiva entre virtuosismo personal y solidaridad grupal;
- el culto al esfuerzo;
- el valor de la pertenencia territorial;
- la creación de colectivos de identidad;
- la puesta en escena de clivajes, en la que tiene lugar una suerte de batalla entre nosotros y ellos;
- la estimulación de relaciones afectivas y pasionales;
- el engendramiento y la propagación de tópicos que propician el comentario y la discusión;
- la indeterminación de sus procesos, en los cuales la suerte, el azar e, incluso, la trampa pueden tener un lugar significativo (cf. Barbet, 2007).

El recorrido inverso, esto es, la política como fuente de metáforas para el deporte es menos habitual y casi inexistente. Si la organización metafórica en cuestión forma parte de un proyecto cognitivo, no parece lógico postular un dominio tan complejo como el político para hacer accesible la comprensión de una práctica deportiva. Hay asimismo otros factores, ligados a la valoración cultural. En ciertos ámbitos, por un lado, la sacralidad de la política rechaza contaminarse con la banalidad de lo deportivo; por otro, el desprestigio de aquella estorba su potencial metafórico.

Pregunta: ¿qué se busca con esta interacción metafórica? Los objetivos son múltiples y se sitúan en distintos planos. Están, por supuesto, aquellos que informan la finalidad argumentativa de la palabra política: el valor persuasivo de la metáfora permite economizar la demostración y la argumentación. En el plano cognitivo, el

funcionamiento operativo de la metáfora implica utilizar un dominio conocido o más concreto (e.g. fútbol) para hacer comprensible otro menos definido y más abstracto (e.g. política) (cf. Lakoff & Johnson, 2004). Así, la metaforización, y especialmente la personalización de entidades abstractas, es un modo de simplificar y optimizar la legibilidad del mensaje político para el gran público (recuérdese, como ejemplo, la personificación que hace Carrió de la República, en términos verbales –habla de “parir la república”– o icónicos –la representa con una muñeca-bebé–). Este proceso se puede ver acompañado por el intento, por parte de los enunciadores, de impregnarse de ciertos atributos asociados a un lenguaje o a un modo de hablar, (lo cual puede estimular a los destinatarios a adjudicarle, por ejemplo, un *ethos* popular). La palabra política, además, acude al fútbol en función de una específica modelación del imaginario de aquellos a quienes se dirige. El locutor que se refiere al fútbol capta para su discurso los mitos, los sueños y las entidades imaginarias que este moviliza para gran parte de la población.

Resta, por último, ponderar los posibles efectos de estas metáforas sobre las prácticas políticas en general y sobre el discurso en particular. La estructuración metafórica tiene un aspecto restrictivo: así como tiene la facultad de hacer perceptibles aspectos poco reconocidos de los fenómenos metaforizados, también oculta otros, tal como mostrábamos que sucedía en el texto de Mauricio Macri. Hay aquí una ambigüedad: se pueden llegar a enriquecer los discursos, a ampliar la semiosis, pero se empobrece algo de las representaciones en torno a los fenómenos políticos. Futbolizada, la política permanece a menudo limitada a su dimensión electoral –su costado más espectacular, sin dudas–, lo cual verifica el lugar pasivo (el de meros espectadores) de la participación ciudadana. De esta manera, a diferencia de lo que –según se señaló– ocurría con el discurso kirchnerista, pero tal como sí sucedía con el peronismo tradicional y el menemismo, el discurso macrista le asigna al destinatario el lugar de objeto pasivo de la acción política. El resultado que se obtiene de esos ocultamientos parciales es el de una pospolítica que se muestra desideologizada o con

idearios difusos. Se trata, nuevamente, de un vaciamiento discursivo del campo político.¹⁶⁴

Ahora bien, aquí he preferido destacar la función de operador emotivo de esta interacción, no sólo por las razones que anteceden, sino también porque la tonalidad pasional ya estabilizada del fútbol –el discurso publicitario además insiste en esa asociación– le permite transferirla al mundo político. En este caso concreto, existe, por supuesto, la tentación de afirmar que el futbolístico es el lenguaje que Macri utiliza en política bajo un sentido táctico. Y esta táctica no es ajena a otras operaciones que tienen su registro en lo enunciativo. Mencionaba en otro capítulo la operación de crear colectivos (como, por otra parte, es un equipo, entidad que el discurso macrista convoca explícitamente de modo permanente) y tomar la palabra como su representante, a modo de un líder, de un capitán. En este orden, se podría emparentar el texto producido por Macri con una *arenga deportiva*, género que apunta a la estimulación emocional de un grupo, y se aprovecha con este mecanismo la organización que el campo deportivo hace de las emociones.

7. Conclusiones

Hoy en día, los discursos (publicitarios y periodísticos) que tienen por objeto el fútbol promueven su experimentación como un fenómeno pasional o, directamente, visibilizan y difunden esa pasión encarnada en la figura del hincha. Es explicable, por

¹⁶⁴ Que esta operatoria se encuentra fuertemente estabilizada lo muestra el hecho de que el humor político ya puede parodiarla. Por ejemplo: la tapa del número 187 de la revista *Barcelona* (21/05/10) muestra, posando como tradicionalmente lo hacen los equipos de fútbol, a la selección argentina, sólo que el rostro de los jugadores ha sido sustituido por el de patriotas de la época de la Revolución de Mayo. En este orden de cosas, cabe afirmar que es el humor el que puede, con idéntico procedimiento (la interacción de dominios), producir el efecto inverso al de su objeto: la “repolitización” de la licuefacción de la política por el fútbol.

ende, que el discurso de la política recurra cada vez más a ese campo para apropiarse de esa fuerza emocional, así como de sus valores, esquemas cognitivos, modelos de acción, etc. Asimismo, debe integrarse a la observación de la cuestión el estado actual del campo político, a fin de postular las condiciones que dieron lugar al funcionamiento del discurso macrista descrito a lo largo de este trabajo. Si luego del 2001 la deslegitimación de ese campo era casi unánime, el fenómeno de recuperación de las prácticas políticas tradicionales fomentado por el kirchnerismo ha complejizado el panorama.

Para cerrar este capítulo, reiteraré que, a pesar del cambio de locutores, existen líneas de continuidad en la dimensión emocional del discurso kirchnerista, principalmente en lo que hace a los planos *retórico* y *temático*, lo cual le asegura cierta identidad. Sin embargo, a nivel enunciación, hay lugar para una lectura que aproxime el uso de las situaciones emocionantes que hace Néstor Kirchner con el que realiza Mauricio Macri (v. 6.6.).

También me parece oportuno puntualizar aquí algunas de las condiciones de producción que cabe postular como operandos de las huellas relevadas. En principio, la explotación discursiva del fantasma de un reflujo hacia la experiencia de la crisis desatada en el 2001 –que en los límites del *corpus* encuentra expresión en la metáfora de la salida del infierno– parece ser una respuesta al debate sobre la legitimidad de la normativa que habilita al poder ejecutivo ampliar el rango de sus atribuciones. Asimismo, es para contrapesar los discursos que, por su discreto caudal electoral, apuntaban a mermar su legitimidad como presidente y como figura política, que este enunciador activa situaciones emocionantes sustentadas en la promoción de su figura (e.g. manifestar coraje para enfrentar ciertos enemigos) y en gestos de aproximación con los destinatarios (e.g. el lenguaje coloquial). Esta proximidad se convierte en distancia enunciativa cuando habla Cristina Fernández de Kirchner, lo que ocurre, entiendo, como respuesta estratégica a las imputaciones de falta de calidad institucional y de incursión en prácticas distintivas del populismo –tomado en su acepción peyorativa, o sea, como una democracia directa ejercida por un líder que

comprende y, sin traicionarla, ejecuta la voluntad popular. Para Néstor Kirchner, la partitura emocional constituyó un elemento clave, aunque no el único, para generar un reconocimiento político de su legitimidad institucional. La distancia relativa que intenta componer Cristina Fernández va a reelaborarse con la muerte de su esposo, cuando aumenta el peso específico de lo emocional en su discurso, acontecimiento que contribuye a explicar su triunfo en las elecciones generales del 2011.

A partir de estos datos, me permito, finalmente, una reflexión sobre la dimensión emocional del discurso de la política. Se podría destacar que en la cultura política argentina se ha vuelto hoy un ingrediente cada vez más preponderante para la generación de agrupamientos. Voy a apartarme de una valoración política de este fenómeno (i.e. ¿es esto algo negativo en sí mismo?, ¿se lo debe considerar una perversión del sistema democrático?), pero no de una reflexión epistemológica.

Muchas disciplinas dentro de los estudios del discurso se ocuparon de diseñar explicaciones acerca del lugar que ocupan los idearios o argumentos en el reconocimiento mutuo de pertenecer a un grupo (e.g. las teorías de la argumentación de matriz logicista). Sin embargo, no parecen ser suficientes, en tanto no terminan de elucidar los fenómenos de adhesión gestionados sin la participación del significado ideológico o, inversamente, los fracasos de sofisticadas arquitecturas conceptuales. Parece razonable, entonces, plantear la participación de otro componente en la construcción de grupos. Se trataría de una fuerza afectiva que opera de manera preideológica y no simplemente, como quiere –y cuando quiere– la teoría de la argumentación, una eventual movilización estratégica de lo que suele llamar pasiones por parte de ciertos agentes sociales. En todo caso, este componente emocional se describe y se explica mejor desde la ontología peirceana, que hace corresponder los sentimientos, sensaciones y afectos con un modo de funcionamiento de la producción de sentido, el de la primeridad –aunque en el análisis, esa primeridad que ya está semiotizada (i.e. tercerizada), puede, a su vez, ser nuevamente precisada por las categorías, como si se tratase de una estructura fractal–. Una lectura de los

enunciadores del kirchnerismo desde Peirce (1986) –es decir, la lectura de un fenómeno que ya es terceridad– podría hacernos visible el hecho de que tanto la *sensibilidad* como el *esfuerzo* propio de un hombre de acción son los atributos que caracterizan al enunciador que se construye en el discurso de Néstor Kirchner, mientras que la *reflexión intelectual* parece ser la impronta de su sucesora; vale decir, si en un caso observamos la dominancia de aspectos ligados a la primeridad y la segundidad, en el otro la terceridad sería la categoría prevalente. Si se quisiera ensayar una asimilación de esta distribución a los términos de la retórica–sin por esto implicar una articulación de paradigmas– resultaría pertinente atribuirle a Cristina Fernández unos mecanismos de persuasión basados en el *logos* (terceridad), mientras que los de su antecesor se apoyan en el *pathos* (primeridad) y el *ethos* (segundidad). Esos atributos de Néstor Kirchner son, por otra parte, adjudicables al peronismo tradicional y al menemismo.¹⁶⁵

También el psicoanálisis sirve de ayuda, pues permite incorporar el investimento libidinal a la explicación de los procesos de formación de las identidades colectivas. En otras palabras, lo compartido por los actores sociales no es sólo un conjunto más o menos sistemático de ideas, sino también un *goce*. Ahora bien, si se me permite insistir en esta extrapolación con mala prensa (pero ya justificada en el capítulo anterior), la de términos psicoanalíticos al instrumental de las disciplinas sociodiscursivas, una “etiología” del imaginario social señalaría que ese goce se encuentra configurado por una fantasía que llena el espacio vacío de una imposibilidad constitutiva (e.g. la

¹⁶⁵ “De entre todos los que aspiraron a la herencia de Perón –afirma Portantiero (1995: 106)– ha sido Menem quién mejor encarnó ese estilo originario, mucho más que los llamados ‘renovadores’ que, a mediados de los años 80, intentaron ser más fieles al legado doctrinario clásico del justicialismo pero modificando sus modales de presentación ante la sociedad. ¿Por qué Menem, mediocre gobernador de una de las provincias más pobres del país, con presencia minoritaria en los aparatos del partido, pintoresco inquilino de las revistas del corazón, aniquiló a la ‘renovación’ en los comicios internos en los que se dirimió la candidatura presidencial para iniciar luego una carrera triunfal hacia el gobierno? En la relación simbólica que entretendió con la sensibilidad profunda del peronismo, su discurso siempre sonó más auténtico: no sólo por las consignas simples y clásicas que enarboló como las de justicia social, producción o nacionalismo sino y sobre todo por su estilo de comunicarlas a través de una puesta en escena que prolongaba las viejas formas interpelativas, tan distintas al racionalismo modernista de Cafiero y de los renovadores que buscaban sintonizar con el *mood* republicano aparentemente estallado en 1983”.

imposibilidad de una sociedad como un todo orgánico y armónico, carente de antagonismos). Ese argumento ilusorio puede comprenderse como organizado por un fantasma fundamental. Movilizado siempre por algún tipo de estructura significativa,¹⁶⁶ el fantasma es un guión que escenifica el deseo, sea que, por ejemplo, procese la representación imaginaria de un grupo en su historia o la historia de sus orígenes (vale decir: su memoria), sea que se oriente hacia el futuro, a fin de gestionar, como lo hace lo utópico, la relación del grupo con los tiempos venideros. Este dato –me apresuro a aclararlo– no tiene *per se* nada de peyorativo, aún cuando ese fantasma pueda adquirir, en sociedades donde resulta cada vez más complejo suministrar una representación congruente del funcionamiento de *la política*, una estructura de rasgos paranoicos (¿no es acaso el argentino un planeta político cartografiado por relatos de este tipo?: tal funcionario de segundo orden es el que realmente maneja los hilos del gobierno; tal conglomerado de medios ha iniciado una conspiración para determinar las conductas y pensamientos de los ciudadanos y así destituir al gobierno; los servicios de inteligencia vigilan la vida privada de ciertos líderes políticos, etc.).¹⁶⁷ O bien que este fantasma se repliegue sobre la organización de un conflicto entre grupos de una misma comunidad (lo cual conduce a interrogarnos sobre si ese fenómeno consiste, en realidad, en una “falla” de la formación imaginaria).

Es verdad que no pocos autores y actores partidarios de la “medida” han denostado lo pasional, lo irracional, lo ilusorio e, incluso, lo imaginario, imputándoles funciones de captura, falsedad, engaño, etc. Toca considerar, no obstante, si la política

¹⁶⁶ “Por eso –señala Lacan– toda tentación de reducir la fantasía a la imaginación, a falta de confesar su fracaso, es un contrasentido permanente, contrasentido del que la escuela kleiniana, que ha llevado muy lejos las cosas en este terreno, no puede salir por no entrever siquiera la categoría del significante. Sin embargo, una vez definida como imagen puesta en función en la estructura significativa, la noción de fantasía inconsciente no ofrece dificultad” (1987: 617).

¹⁶⁷ Pongamos estas ilustraciones en los términos de algunas de las *imputaciones de nocividad* evocadas por Lacan a propósito de la paranoia: *telepática* (de la influencia), *abusiva* (del desarme de la intención), *profanatoria* (de la violación de la intimidad) y *persecutoria* (del espionaje y la intimidación) (1997: 103). La característica central de la paranoia es la de ser un delirio sistematizado donde predomina la interpretación (una forma de conocimiento, al fin y al cabo). Se trata, asimismo, de una psicosis autoerótica: los paranoicos aman su delirio. Como el del fantasma, el discurso del delirio es un campo de significación que intenta llenar un vacío fundamental; pero, a diferencia de aquel, no guarda correspondencias con la lógica, la experiencia o el contexto cultural.

democrática puede realmente prescindir de tener una influencia efectiva en las emociones y fantasías de las personas; si, más allá de los momentos de campaña, los proyectos políticos no deberían apelar de manera sostenida a esos componentes para producir modalidades de identificación conducentes a mejorar las prácticas democráticas, a fin de instalar una ilusión de igualdad y comunalidad.

CONCLUSIONES GENERALES

Esta sección final se encuentra dividida en tres apartados. En los dos primeros sintetizo lo que –creo– son los principales resultados de esta tesis. Al tercero le corresponden algunas de las posibles derivaciones del tema tratado.

1. Acerca del funcionamiento de discurso kirchnerista

Repararé las que –estimo– son los corolarios más destacados de los análisis expuestos en la tesis sobre la palabra kirchnerista. Se debe recordar ante todo que los textos de los distintos locutores muestran continuidades en sus *gramáticas* memorística (e.g. ligar en un mismo bloque la última dictadura y la etapa menemista) y emocional (e.g. la salida del infierno) –condicionados en ambos casos por el juego de los antagonismos políticos–, por lo cual podría justificarse el hecho de ser subsumidos como especímenes de un único discurso.

Si, como quieren algunos, el kirchnerismo le devolvió a la política su carácter de promesa, esa restitución se debió en buena medida a la gestión política de su *archivo*. Salvo para las posiciones pospolíticas que, como el macrismo, lo “nuevo” parece consistir en la amnesia, en volverle la espalda a las prácticas memorísticas, todo espacio de la política construye sus recuerdos. Ahora bien, tal vez como nunca sucedió en la historia argentina, el kirchnerismo hizo ingresar, con mayor intensidad cuando la coyuntura conflictiva se lo requería, los *lugares de memoria* en el corazón de las pugnas hegemónicas, al punto de volver estos procedimientos ostensibles, de hacer evidente el trabajo que anuda y desanuda los itinerarios de la *historia* y la *memoria*. En tanto subsidiario de los antagonismos del presente, el *archivo* kirchnerista se propone una (re) elaboración de la memoria que, en su formulación original, enfrenta, de un lado, a los

representantes del bloque histórico que incluye a los responsables del terrorismo de Estado y los neoliberales de la década del 90; del otro, a los herederos de la militancia setentistas. Se puede entonces decir que la oferta redentora de la palabra institucional kirchnerista es la reposición de un proyecto generacional; un proceso que no plantea, en sentido estricto, la vuelta a una Edad Dorada ni una Utopía, sino consumir una emancipación interrumpida de manera traumática. Ahora bien, esa evocación y retoma no incluyen el imaginario revolucionario o militarista y otros elementos expulsados de la *doxa* actual¹⁶⁸ (v. cap. IV).

Aunque con ciertas variantes en su modalización, el guion emocional del discurso kirchnerista tiene estabilidad temática y retórica. Ahora bien, la predominancia de los afectos y la imagen sobre la racionalidad y los valores es un dato endosable al discurso político de las democracias occidentales contemporáneas. La mirada convencional –y eurocéntrica– del fenómeno dice que hasta no hace mucho los clivajes políticos tenían su origen en posicionamientos de orden ideológico (izquierda/derecha, izquierda revolucionaria/derecha nacionalista, etc.) con idearios en apariencia clausurados o relativamente fijos; nuestro siglo, en cambio, es el de la desaparición de los antagonismos, a causa de una conciencia cívica alertada de los riesgos de *lo político*, y su reemplazo por la gestión calculada del *ethos* y del *pathos* (cf. Charaudeau, 2006: 308). Así, parece que lo propio de nuestra época es la neutralización afectiva de los esquemas agonales. La novedad que inserta el kirchnerismo es que en su discurso ambos registros conviven y, por momentos, se alimentan recíprocamente. Hay momentos *arquipolíticos* de las emociones, así como también se hace de ellas un uso político: participan, en los momentos de antagonismo, de la búsqueda de adhesión de los enunciadores a su programa, pero también de la cimentación de su identidad (v. cap. V).

¹⁶⁸ Montero (*op. cit.*: 282) precisa mejor los límites de la recuperación de esa etapa por parte del discurso kirchnerista: “...la lucha armada, la revolución socialista, la eliminación del capitalismo, la violencia y la muerte como formas posibles de lucha política, el rechazo a la institucionalidad y a valores republicanos como la división de poderes, la tolerancia o el pluralismo constituyen, en la cultura política contemporánea, objetos vedados, prohibidos e indecibles”.

Si observamos el plano de la enunciación *stricto sensu*, el trayecto del discurso kirchnerista institucional puede explicarse como un deslizamiento que parte de un enunciador determinado por la construcción de *credibilidad* –en una etapa cuyas condiciones, expresadas de manera muy general, pasan por la crisis socio-económica de principio de siglo y la consiguiente ruptura del lazo de confianza entre la sociedad civil y sus representantes–, hacia una segunda fase –cuya conflictividad se dirige al interior del campo político–, en la cual la construcción enunciativa prioriza la búsqueda de *identificación* del destinatario con los garantes de un proyecto político (v. cap. III). Correlativamente, el análisis de los colectivos de identificación y las fórmulas muestran un pasaje evidente en la representación de la política que va desde lo *arquipolítico* a lo agonal, donde la construcción del dualismo radical es asumida de una nueva manera, a partir de la cual al enunciador no le toca ya la defensa del interés de los argentinos (aunque sean amenazados por agentes locales de la derecha neoliberal), sino del Pueblo.

2. El discurso de la política hoy

Lo que le otorga continuidad al discurso político argentino es, paradójicamente, su discontinuidad. La palabra política postdictatorial se presenta permanentemente a sí misma desde el lugar de la ruptura con el pasado inmediato. Este efecto de fractura cíclica es lo que le da cierta entidad. En las gramáticas enunciativas de los distintos actores institucionales siempre está la promesa o el anuncio de algo que se inicia y no coincide con lo que está terminando o acaba de finalizar. Encontramos que esta palabra se encuentra habitada por *la llegada, lo nuevo, la nueva política, el tsunami del cambio* o, incluso, *la no política*.

Por otra parte, las condiciones de aparición del kirchnerismo se ajustan mejor a la descripción de la *impolítica* que a la de la absoluta despolitización: lejos de la apatía que signó los 90, su irrupción tuvo lugar en un marco de prácticas de participación no convencionales que el kirchnerismo encauzó a través de un discurso que combinaba alternativas *arquipolíticas* y elementos tradicionales del discurso de la política –mientras que la respuesta macrista fue y es *pospolítica*–. De esta manera, el kirchnerismo intervino sobre el debate que el neoliberalismo y el auge del *marketing* habían filtrado en el funcionamiento del discurso político –que lo hacían pasar por un mero epifenómeno de imagen y escenificación–, y lo hizo restituyéndole términos y fórmulas que habían hecho reconocible este discurso (e.g. *pueblo*, “*la ope*”) o revalorizando categorías que lo especificaban, como la de contradestinatario (“Es evidente –afirma Verón (1987: 16)– que el campo discursivo de lo político implica *enfrentamiento*, relación con un *enemigo*, *lucha* entre enunciadores”¹⁶⁹). Actualmente, coexisten en el campo nacional gramáticas políticas y pospolíticas –e, incluso, fenómenos enunciativos “meta” (v. cap. III, 4.4.3).

Esta restitución, sin embargo, no alcanzó a las identidades partidarias vigentes durante el siglo XX. Pareciera incluso, que las definiciones sobre los idearios de los partidos políticos son cosas irreversiblemente superadas –para no hablar de los mismos partidos–. Algo así sugiere Charaudeau:

“Retomando nuestra discusión inicial sobre la diferencia entre el concepto político y la práctica política, parece que en el espacio público actual la segunda habría aventajado al primero. Política como lugar de ejercicio del poder y de la influencia para compartir las ideas y el gobierno; como gestión de las relaciones sociales que se preocupa por el impacto de los discursos. Ella dominaría el concepto político, en tanto espacio de los valores simbólicos en los que son elaborados proyectos relacionados con un ideal social y que se cerró sobre la fabricación de ideas, sin preocuparse –o preocupándose poco– de su impacto. Parece que se hubiera operado un pasaje de uno a otro, al

¹⁶⁹ Destacado en el original.

punto de que aquello que pertenece a los procesos discursivos de influencia oculta, e incluso penetra y reconstruye, lo que pertenece a las ideas. Para hablar de nuevo en los términos de la retórica, no es el *logos* el que se habría vestido de *ethos* y de *pathos* para hacerlo aceptable, sino el *ethos* y el *pathos* que ahora fabrican al *logos*” (2006: 306).¹⁷⁰

Siguiendo esta lógica, y poniendo entre paréntesis el debate sobre la consistencia doctrinal del kirchnerismo (v. nota al pie 1), cabe insistir con que su *ethos* (su segundidad) y su *pathos* (su primeridad) son dimensiones de su producción de sentido que abrevan en *la política*. En términos apenas diferentes, podemos preguntarnos si la palabra política kirchnerista no consiste en el efecto ideológico de *la política* pero sin *una ideología*. ¿Esto sería un déficit? No lo creo. Este efecto al menos ha probado su capacidad para sustraernos de la fetichización de la fatalidad y del inmovilismo. Creo que este estado de cosas habilita a revisar la vigencia de ciertos aspectos teóricos, a fin de considerar legítima la relevancia de la dimensión emocional y de las formaciones imaginarias en tanto aglutinantes, por encima de las doctrinas o ideologías, de los actores sociales.

En el primer caso, parece indispensable que los modelos que se proponen dar cuenta del discurso político inscriban en un contorno conceptual definido a las emociones, en lugar de, como suelen hacerlo, las contemplen como un residuo o las trabajen como entidades patológicas. Sería necesario ordenarlas no ya por medio de un nombre que aísla como entelequia lo que es en realidad un fenómeno semiótico complejo, sino a partir de ciertas regularidades que se dan en las operaciones que buscan un reconocimiento emocional. Se podría comenzar por separar las *situaciones emocionantes* según su función y según el tipo de destinatario político al que están orientadas, lo que, retomando lo expuesto en el capítulo II, llevaría a hablar de situaciones emocionantes *asociativas* (fortalecen los lazos de creencia y la identidad

¹⁷⁰ La traducción me pertenece.

“hacia dentro” del grupo) o *disociativas* (colocan como objeto al contradestinatario, por lo que ese fortalecimiento se da indirectamente, por oposición). En el mismo sentido, si, como sostiene Fabbri (v. cap. V), lo que hay que considerar son las dimensiones narrativas, deberíamos ver cómo las situaciones emocionantes se pueden organizar en función de los relatos que sirven para construirlas (e.g. “la reconstrucción”, “el triunfo de un equipo”, “la lucha desigual”, etc.).

Para el segundo caso, en esta misma tesis se intentó cierta problematización. Por ejemplo, postulando la existencia de una *dimensión utópica* o la de un *componente memorístico*. Si bien el fenómeno de la rememoración política y el de las políticas de la rememoración han sido ampliamente considerados, conceptualizaciones de esta índole se hacen hoy cada vez más indispensables para la *Teoría de los Discursos Sociales*, toda vez que la hegemonía parece pasar por fenómenos relacionados con el *archivo*, ya sea que se elaboren memorias que colisionan la Historia, ya sea que se reduzca la significación de la memoria a cero, bajo el pretexto de la urgencia de lo contingente y actual.

3. No tan distintos

La gran mayoría de los autores acuerda con que el peronismo nació como réplica, en clave nacional y popular, a una demanda igualitaria –al requerimiento de un acceso equivalente al disfrute de los bienes materiales y culturales– y a una demanda identitaria –a la necesidad de saber quiénes somos y por qué vivimos juntos–. Según L. A. Romero esas contiendas no fueron consecuencia de una sociedad excluyente, sino de una aluvial y, por eso mismo, conflictiva, pero a la vez pujante y democrática. Esta intervención política sobre ese conflicto aguzó la división cultural (e.g. entre “oligarquía” y “cabecitas negras”). ¿Hoy? “Hoy aquella sociedad democrática pertenece al pasado, y los conflictos tienen que ver con la pobreza y la exclusión, antes que con la irrupción igualitaria. Pero la matriz política y discursiva surgida en la

sociedad democrática todavía nos acompaña.” (*La Nación*, 16/10/2013). Sin abrir juicio acerca de la veracidad de esa supuesta Edad Dorada en la que brotó el peronismo, ni sobre las responsabilidades del raquitismo de nuestra democracia, sí me gustaría rescatar de su comentario el lugar sustancial que debe ocupar hoy día la crisis de la igualdad –crisis política, pero también moral, cognitiva, antropológica, etc.–, aunque adosándole, a modo de *terminus ad quem*, unas pocas reflexiones. La descomposición del lazo social, la indigencia, la inseguridad –más allá de la cuota parte imputable a la construcción mediática de lo real– son algunas de las calamidades que arraigan en la desigualdad –pero que, como los árboles que no dejan ver el bosque, muchas veces terminan por desdibujarla–. Esta pérdida de contornos también es la secuela de tramas semióticas menos ingenuas. En la discursividad política argentina el reclamo por la *igualdad* fue muchas veces ensordecido tras el vocinglero anhelo de una *unidad* incidida por una voluntad patológica de la clase política, o, aún peor, quedó preso de la conocida paradoja que consiste deplorar en general lo que se consiente en particular; como lo puntualiza Rosanvallon (2012: 24): el conocimiento de las desigualdades no conduce necesariamente a corregirlas.

Si al comienzo de la tesis la instalamos, siguiendo a Rancière, como condición teórica de *lo político*, es el momento ahora de pensar la igualdad como condición de producción efectiva de las estrategias enunciativas en particular y de las prácticas en general durante la era kirchnerista, toda vez que las implicancias sociales y culturales de la idea de igualdad han sido objeto de disputa entre los distintos actores y posiciones. Es decir, toca atender a la igualdad como problema de *la política*. Pero, sobre todo, no quiero dejar pasar la oportunidad de considerar el debate sobre el enriquecimiento de las definiciones teóricas orientadas a desmantelar los dispositivos conceptuales y normativos que sostienen la desigualdad y sobre su posible instrumentación efectiva en el ámbito de las políticas públicas. Se trata, en otras palabras, de reflexionar acerca del dilema al que nos somete la contingente irrupción

de lo político en el marco de la gestión política, y sobre la importancia de extremar y consolidar sus consecuencias igualitarias.

Crear, bajo el discurso de la compasión, que el Estado debe abocarse a garantizar un nivel mínimo de recursos para los más desfavorecidos, es estrechar las consecuencias negativas de la desigualdad, cuyo verdadero impacto se debe medir en todo el cuerpo social. Lo mismo se puede decir de la *justicia distributiva*, expresada en la figura dominante de la *igualdad de oportunidades*: se queda en el nivel de las situaciones individuales. Esto es lo que sostiene Rosanvallon (*op. cit.*), quien me ha servido de guía para lo que sigue. Este autor piensa en términos de *justicia redistributiva* integral, en derechos sociales que aseguren la cohesión del colectivo sin descuidar las particularidades; vale decir, el objetivo tiene que ser la ampliación de la idea de igualdad (e.g no contentarnos con la igualdad jurídica¹⁷¹) y, a la vez, la consecución de una igualdad de las singularidades que resuelva la tensión entre semejanza y singularidad. Ahora bien, ¿cuáles son los factores que conspiran contra esta meta, que impiden refundar la idea de igualdad?

Una de las formas de impugnación de la igualdad y vaciamiento de lo político radica en la discriminación. Esta supone la negación cruzada de la *similaridad* general (i.e. poseer las mismas propiedades esenciales que otros individuos) y la *singularidad*. Así, al discriminar a un individuo por ser originario de un país limítrofe se patologiza, por un lado, su singularidad, pues se la reduce a una clase que se emplea de modo peyorativo para depreciarlo y se encubren así otras facetas de su persona; esta reclusión en una categoría, niega, a la vez, lo que tiene en común con los otros, en tanto individuo corriente (cf. Rosanvallon, *op. cit.*: 320). Si antiguamente los Derechos del Hombre habían sido soporte de la similaridad, de la *igualdad en tanto equivalencia* que permitía imaginar la sociedad como un mundo de semejantes, hoy, de acuerdo con Rosanvallon, la similaridad debe cruzarse con la idea de *singularidad*, concepción relacional que piensa la *igualdad como una diferencia que une*. Su realización en términos

¹⁷¹ “La majestuosa igualdad ante la ley que prohíbe a los ricos y los pobres por igual, robar pan, mendigar en las calles y dormir bajo los puentes” (Anatole France).

de acción pública efectiva supone una personalización de las políticas sociales, orientadas al desarrollo de la especificidad del sujeto; supone una política de la singularidad.

Existen además en la Argentina otros signos del deterioro del imaginario de la igualdad, signos indicadores de un déficit de autonomía y un desequilibrio en los intercambios. Pensemos, ante todo, en cómo corroen la igualdad ciertos discursos emanados de una percepción de la disparidad del *compromiso* de otros actores en el sostenimiento del vivir juntos. El conflicto social de la última década exacerbó las voces resentidas que, incitadas y amplificadas por los medios, fantasean y se enconan con las distintas figuras del parasitismo de las clases subalternas, como el abuso y la perversión de los planes sociales (e.g. mujeres que se embarazan sólo para poder cobrar una asignación por hijo). Pero la queja es bidireccional: las clases bajas articulan su recelo ante la supuesta facilidad por parte de las clases acomodadas para saltarse deberes fiscales y de otro tipo; las clases medias emprenden y toleran pequeños actos de corrupción a título de compensación; etc. Se trata, según Rosanvallon, de una crisis en la *reciprocidad* de la implicación. El compromiso de los individuos con lo social depende de la percepción que tienen del compromiso de los otros. Nuevamente aparece aquí el tema de la desconfianza, pero no es ya la que colma el espacio que existe entre la clase gobernante y los ciudadanos, sino que es el lazo que, por el fantasma de las asimetrías en sus derechos y deberes, estos últimos generan entre sí. Dado que esta desconfianza se organiza a menudo en torno a fantasías, la mejor vía para desmantelarla es asegurar la transparencia de la gestión estatal –de aquí lo pernicioso de la situación del INDEC para el propio gobierno kirchnerista, porque mina hasta la credibilidad de los organismos de contralor– y la persecución de los abusos de sus recursos. Igualmente, el caso argentino abre otros interrogantes, pues, profundizado durante las últimas dos décadas, este desentendimiento con la vida colectiva que se sustenta en la percepción de un compromiso asimétrico ya parece estar

incorporado en nuestra matriz cultural, al punto de no ser siempre objeto de condena social.¹⁷²

El tercer fenómeno en el que quiero detenerme es el de la secesión de los ricos. El barrio cerrado como organización del espacio urbano es su manifestación local; el exilio fiscal, la europea. Detrás de ellos existe el sueño arquipolítico –y antidemocrático– de una comunidad homogénea de propietarios, sueño que fractura el zócalo conceptual de la política, que no es otro que la organización de una vida común entre gente diferente. En realidad, se trata de una de las figuras de aquello que Rosanvallon clasifica como un *separatismo social*, propio de un deterioro de la idea de del vivir juntos. Si tradicionalmente la *ciudadanía*, realizada en el sufragio universal, se trataba de una *participación igualitaria* que afianzaba la imagen de una comunidad de pertenencia, hoy esa idea de ciudadanía debe ser ampliada bajo el imperativo de comunalidad.

Retomando lo dicho más arriba, cabe concluir que el desafío de siempre de los estudios del discurso ha sido brindarse como instrumento para identificar, estudiar y poner en evidencia las figuras de desigualdad expuestas antes: discriminación, desconfianza, disgregación. El desafío actual de la política es, por su parte, sostener un colectivo en donde los individuos sean iguales en ciertos aspectos y diferentes en otros. Para resolver esta tensión, Rosanvallon propone pensar en términos de *igualdad escogida*. La igualdad debería derivar de un proceso a través del cual se jerarquicen diferentes propiedades y se determinen aquellas que son las socialmente más importantes, definiendo así cuál igualar –combinando variables económicas, sociales y culturales–. Sólo una vez llegados a este punto es legítimo pensar culaquier idea de unidad para los argentinos, pero pensarla como lo que puede ser: un ejercicio del Dos.

¹⁷² Pero no este el único punto donde se deben equilibrar las relaciones sociales. La reciprocidad no se puede reducir al compromiso, sino que también afecta el *intercambio de bienes* materiales y simbólicos. Para este segundo tipo, Rosanvallon sugiere considerar el concepto de *bien social* (e.g. el respeto, el reconocimiento), que engloba los bienes universales que sólo se poseen cuando se comparten. Tradicionalmente, fue el mercado el soporte de una independencia o *igualdad de autonomía*, el que aseguraba los equilibrios en el intercambio. Hoy parece conveniente insistir con la idea de *reciprocidad*, como agente igualador de las interacciones y de las relaciones sociales.

Si se acepta esto último, se puede decir que existen dos gestos improcedentes en la clase política de nuestro país. Por un lado, el de exigir o prometer una “unidad *de iure*”; una unidad que las autoridades deberían imponer o impondrían desde arriba hacia abajo, o que tendría lugar por el simple hecho de olvidar y hacer olvidar los conflictos políticos, económicos y culturales. Por el otro, no extremar los recursos para alcanzar esa igualdad.

BIBLIOGRAFÍA REFERENCIADA

Estudios del discurso y semiótica

Adam, Jean Michel (1992). *Les textes: types et prototypes*. Paris: Nathan Université.

_____ (2002). De la grammaticalisation de la rhétorique à la rhétorisation de la linguistique. En Koren, R. y Amossy, R. (2002): *Après Perelman. Quelles politiques pour les nouvelles rhétoriques? L'argumentation dans les sciences du langage*. Paris: L'Harmattan, pp. 23 - 55.

Althusser, Louis (1988). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan* (Trad. de Alberto Pla). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Amossy, Ruth (2000). *L'argumentation dans le discours. Discours politique, littérature d'idées, fiction*. Paris: Nathan.

_____ (2002). Nouvelle rhétorique et linguistique du discours. En Koren, R. y Amossy, R., *Après Perelman. Quelles politiques pour les nouvelles rhétoriques? L'argumentation dans les sciences du langage*. Paris: L'Harmattan, pp. 153 - 172.

_____ (2008a). Dimension rationnelle et dimension affective de l'ethos. En Rinn, M. (dir.), *Émotions et Discours. L'usage des passions dans la langue*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 113-126.

_____ (2008b). Argumentation et Analyse du discours: perspectives théoriques et découpages disciplinaires. En *Argumentation et Analyse du Discours*, n° 1 [En línea] URL : <http://aad.revues.org/index200.html>.

_____ (2012) Faut-il intégrer l'argumentation dans l'analyse du discours? Problématiques et enjeux. En *Argumentation et Analyse du Discours*, n° 9 [En línea] URL: <http://aad.revues.org/1346>.

Aristóteles (1978). *El arte de la retórica* (Trad. de Ignacio Granero). Buenos Aires: Eudeba.

Authier-Revuz, Jacqueline (1995). *Ces mots qui ne vont pas de soi. Boucles réflexives et non-coïncidences du dire*. Paris: Larrouse.

Bajtín, Mijaíl (2003 [1979]). El problema de los géneros discursivos. En *Estética de la creación verbal* (Trad. de Tatiana Bubnova). Buenos Aires: Siglo XXI Editores, pp. 248-293.

Barbet, Denis (2007). La politique est-elle footue? En *Mots. Les langages du politique*, n° 84, pp. 9-22.

Barthes, Roland (1974). *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica. Ayudamemoria* (Trad. de Beatriz Dorriots). Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

Beacco, Jean-Claude (1992). Les genres textuels dans l'analyse du discours: écriture légitime et communautés translangagières, *Langages*, n° 105, pp. 8-27.

_____ (2004). Trois perspectives linguistiques sur la notion de genre discursif. *Langages*, n° 153, pp. 109-119.

Bermúdez, Nicolás (2007). "La noción de ethos: historia, debates disciplinarios y operatividad analítica". En *Tonos Digital*, N° 14 [www.tonosdigital.com]

Benveniste, Émile (1966). Les relations de temps dans les verbes français. En *Problèmes de linguistique générale*. Paris: Gallimard, pp. 237-250.

Blanco, María & Narvaja, Elvira (2003). Otras formas de persuasión: la interpretación de textos bíblicos. En *Actas del Congreso Internacional "La Argumentación: lingüística, retórica, lógica, pedagogía"*. Buenos Aires: edición electrónica.

Bonhomme, Marc (2008). Les Figures pathiques dans le pamphlet: l'exemple du *Discours sur le colonialisme* de Césaire. En Rinn, M. (dir.), *Émotions et Discours. L'usage des passions dans la langue*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 165-175.

Boudon, Pierre (2000). Entre rhétorique et dialectique: la constitution des figures d'argumentation. En *Langages*, vol. 34, n° 137, pp. 63 – 86.

Boutaud, Jean-Jacques & Verón, Eliseo (2007). Du sujet aux acteurs. La sémiotique ouverte aux interfaces. En *Sémiotique ouverte. Itinéraires sémiotiques en communication*. Paris: Lavoisier, Hermès Science, pp. 165-184.

Bronckart, Jean-Paul (1996). *Activité langagière, textes et discours. Pour une interactionnisme socio-discursif*. Lausana: Delachaux&Niestlé.

Buffon, Bertrand (2004). Perelman et la relégitimation du politique. En M. Meyer (coord.), *Perelman. Le renouveau de la rhétorique*. Paris: Presses Universitaires de France, pp. 39-50.

Culioli, Antoine (1976). La formalización en lingüística. *Lenguajes. Revista de lingüística y semiología*, n° 3, pp. 11-25.

_____ (2010). *Escritos* (Trad. de Lía Varela). Buenos Aires: Santiago Arcos editor.

Charaudeau, Patrick (1994). Le discours publicitaire, genre discursif. *Mscope*, n° 8, pp. 34-44.

_____ (2001). De la compétence sociale de communication aux compétences de discours. En L. Collès et al., *Didactique des langues romanes: le développement des compétences chez l'apprenant*. Lovaina: De Boeck-Duculot, pp. 41-54.

_____ (2003). *El discurso de la información. La construcción del espejo social* (Trad. de Margarita Mizraji). Barcelona: Editorial Gedisa.

_____ (2008). L'argumentation dans une problématique d'influence. En *Argumentation et Analyse du Discours*, n° 1 [En línea, consultado el 10 de febrero de 2010] URL: <http://aad.revues.org/index193.html>.

Charaudeau, Patrick & Maingueneau, Dominique (dir.) (2005). *Diccionario de análisis del discurso* (Trad. de Irene Agoff). Buenos Aires: Amorrortu editores.

Ciapuscio, Guiomar (1994). *Tipos textuales*. Buenos Aires: Oficina de publicaciones, Ciclo Básico Común.

Cosutta, Frédéric (1989). *Eléments pour la lecture des textes philosophiques*. París: Bordas.

Dalmaso, María Teresa (2005). Reflexiones semióticas. En *Estudios*, n° 17, pp. 13-20.

Ducrot, Oswald & Todorov, T. (2003). *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* (Trad. de Enrique Pezzoni). Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Fabbri, Paolo (1995). *Tácticas de los signos. Ensayos de semiótica* (Trad. de Alfredo Báez). Barcelona: Editorial Gedisa.

_____ (2004). *El giro semiótico. Las concepciones del signo a lo largo de su historia* (Trad. de Juan Vivanco). Barcelona: Editorial Gedisa.

Fisher, Sophie; Eliseo Verón. 1986. "Théorie de l'énonciation et discours sociaux". *Etudes de Lettres*, n° 211, 71-92.

Foucault, Michel (1996). *La arqueología del saber* (Trad. de Aurelio Garzón). México: Siglo XXI editores.

García Negroni, María Marta & Tordesillas Colado, Marta (2001). *La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía*. Madrid: Gredos.

Genette, Gerard (1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado* (Trad. de Celia Fernández). Madrid: Taurus.

Golopentja, Sanda (1987). Interaction et histoire conversationnelle. En J. Cosnier, N. Gelas y C. Kerbrat-Orecchioni (eds.), *Décrire la conversation*. París-Lyon: Université de Lyon, pp.69-81.

Greimas, Algirdas (1996). *La enunciación: una postura epistemológica*. México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades - BUAP.

Koren, Roselyne (2013). Roselyne Koren, Introduction. En *Argumentation et Analyse du Discours* [En línea], 11, [Consultado el 19/12/2013. URL : <http://aad.revues.org/1571>]

Krieg-Planque, Alice (2009). *La notion de "formule" en analyse du discours. Cadre théorique et méthodologique*. Besançon: Presses Universitaires de Franche-Comté.

Lakoff, George & Johnson, Mark. (2004). *Metáforas de la vida cotidiana* (Trad. de Carmen González Marín). Madrid: Cátedra.

Lamy, Bernard (1998). *La Rhétorique ou l'art de parler*. París: PUF.

Maingueneau, Dominique (1984). *Genèses du discours*. Lieja: Pierre Mardaga.

_____ (1991). *L'analyse du discours. Introduction aux lectures de l'archive*. París: Hachette.

_____ (1993). Analyse du discours et archive. En *Semen [En ligne]*, n° 8 [consultado el 1 noviembre de 2012]. URL : <http://semen.revues.org/4069>

_____ (1999). Peut-on assigner limites à l'analyse du discours? *Modèles linguistiques*, XX, fasc 2, pp. 61-70.

_____ (2002). "Problèmes d'éthos". En *Pratiques*, n° 113/114, pp. 55-68.

_____ (2003). ¿"Situación de enunciación" o "situación de comunicación"? En revista *Discurso.org*, n° 5.

_____ (2005). L'analyse du discours et ses frontières. *Marges linguistiques*, n° 9, pp. 64-75.

Meyer, Michel (2009). Comment repenser le rapport de la rhétorique et de l'argumentation? En *Argumentation et Analyse du Discours*, n° 2 [En línea, consultado el 6 de mayo de 2012] URL: <http://aad.revues.org/index211.html>.

Pêcheux, Michel (1978). *Hacia el análisis automático del discurso* (Trad. de Manuel Alvar Ezquerro). Madrid: Gredos.

Pêcheux, Michel & Fuchs, Catherine (1975). Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours. En *Langages*, n° 37, pp. 7-80.

Peirce, Charles (1986). Cartas a Lady Welby. En *La Ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, pp. 83-109.

_____ (1992). A guess at the Riddle. En Houser, N. & Kloeser, Ch. (eds.), *The Essential Peirce. Selected Philosophical Writings*. Bloomington e Indianapolis: The Indiana University Press, pp. 245-279.

Perelman, Chaïm & Olbrechts-Tyteca, Lucie (1989 [1958]). *Tratado de la argumentación. La nueva retórica* (Trad. de Julia Sevilla Muñoz). Editorial Gredos: Madrid.

Petitjean, André (1989). Les typologies textuelles. *Pratiques*, n° 62, pp. 86-125.

Schaeffer, Jean-Marie (1986). "Du texte au genre". En Schaeffer *et al.*, *Théorie des genres*. París: Éditions de Seuil, pp. 179-205.

_____ (2006). *¿Qué es un género literario?* (Trad. de Juan Bravo Castillo). Madrid: Akal Ediciones.

Simonin-Grumbach, Jenny (1975). Pour une typologie des discours. En Julia Kristeva *et al.* (ed.), *Langue, discours, société. Pour Émile Benveniste*. París: Seuil, pp. 85-121.

Steimberg, Oscar (1998). *Semiótica de los medios masivos. El pasaje a los medios de los géneros populares*. Buenos Aires: Atuel,

Todorov, Tzvetan (1994). *Introducción a la literatura fantástica* (Trad. de Silvia Delpy). México: Ediciones Coyoacán.

Van Eemeren, Frans & Houtlosser, Peter (2008). Breve esquema del enfoque pragma-dialéctico. En Doury, M. & Moirand, S. (Eds.), *La argumentación hoy. Encuentro entre perspectivas teóricas* (Trad. de Paula Olmos). Barcelona: Montesinos, pp. 55-81.

Verón, Eliseo (1984). Semiosis de lo ideológico y del poder. En *Espacio de crítica y producción* n° 1, pp. 43-51.

_____ (1985). El análisis del "Contrato de Lectura", un nuevo método para los estudios de posicionamiento de los soportes de los media. En *Les Médias: Experiences, recherches actuelles, applications*. París: IREP.

_____ (1998). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Barcelona: Editorial Gedisa.

_____ (1999). *Efectos de agenda*. Barcelona: Editorial Gedisa.

_____ (2001a). *Espacios mentales. Efectos de agenda 2*. Barcelona: Editorial Gedisa.

_____ (2001b). Vínculo social, gran público y colectivos de identificación. A propósito de una teoría crítica de la televisión. En *El cuerpo de las imágenes* (pp. 87-100). Bogotá: Norma.

_____ (2005). Cuando leer es hacer: la enunciación en el discurso de la prensa gráfica, en *Fragmentos de un tejido*. Barcelona: Editorial Gedisa, pp. 173-192.

_____ (2013). *La semiosis social, 2. Ideas, momentos, interpretantes*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Virno, Paolo (2005) *Cuando el verbo se hace carne. Lenguaje y naturaleza humana* (Trad. de Eduardo Sadier). Madrid, Traficantes de Sueños.

Voloshinov, Valentin (1992 [1929]). *El marxismo y la filosofía del lenguaje (Los principales problemas del método sociológico en las ciencias del lenguaje)* (Trad. de Tatiana Bubnova). Madrid: Alianza Editorial.

Weinrich, Harald (1974). *Estructura y función de los tiempos en el lenguaje*. Madrid: Gredos.

Estudios sobre discurso político

Armony, Victor (2005). Aportes teórico-metodológicos para el estudio de la producción social de sentido a través del análisis del discurso presidencial. En *Revista argentina de sociología*, vol. 3, n° 4, p. 32-54.

Angenot, Marc (1982). *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. París: Payot.

_____ (2003). L'ennemi du peuple et l'agent de l'histoire. En Simone Bonnafous *et al.* (dirs.), *Argumentation et discours politique*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 213-223.

Bacot, Paul *et al.* (2008). Chrononymes. La politisation du temps. En *Mots. Les langages du politique*, n° 87 [en línea, consultado el 11 de octubre de 2012] URL: <http://mots.revues.org/11552>; DOI : 10.4000/mots.11552

Bermúdez, Nicolás (2012). Momentos pospolíticos y colectivos de identificación. *Páginas de Guarda. Revista de Lenguaje, Edición y Cultura Escrita* (revista de la Carrera de Edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires), n° 13, pp. 59-74.

Bolívar, Adriana (2009). Democracia y revolución en Venezuela: un análisis crítico del discurso político desde la lingüística de corpus. En *Oralia* n° 12, pp. 27-54.

Charaudeau, Patrick (2006). *Discurso político*. San Pablo: Editora Contexto.

_____ (2009). Reflexiones para el análisis del discurso populista. En *Discurso & Sociedad*, vol. 3 n° 2, pp. 253-279.

Chilton, Paul & Schäffner, Christina (2005). Discurso y política (Trad. de Victoria de los Ángeles Boschioli). En Teun van Dijk (compilador), *El discurso como interacción social*. Barcelona: Editorial Gedisa, pp. 297-329.

Chumaceiro, Irma (2006). Bolívar en el discurso de toma de posesión de tres presidentes venezolanos. En Sedano *et al.* (comp.) *Haciendo lingüística. Homenaje a Paola Bentivoglio*. Mérida: Universidad de Los Andes, pp. 645-669.

Chumaceiro, Irma & Álvarez, Alexandra (2008). El discurso de investidura en la reelección de Uribe y Chávez. En *Actas de VII Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso*, ALED.

Chumaceiro, Irma & Gallucci, María (2008). La noción de *democracia* en los discursos de toma de posesión de Hugo Chávez y Álvaro Uribe. En *Actas de VII Congreso Latinoamericano de Estudios del Discurso*, ALED.

Courtine, Jean-Jacques (1981). Quelques problèmes théoriques et méthodologiques en analyse du discours, à propos du discours communiste adressé aux chrétiens. En *Langages*, n° 62, pp. 9-128.

De Ípola, Emilio (1982). *Ideología y discurso populista*. México: Folios.

Etkin, Jorge (1999). *Metáfora y doble discurso político. Los juegos del lenguaje en las prácticas de poder*. Buenos Aires: EUDEBA.

Fabbri, Paolo & Marcarino, Aurelia (2002). El discurso político. En *deSignis*, n° 2, pp. 17-31.

Fairclough, Norman & Wodak, Ruth (2000). Análisis crítico del discurso (Trad. de Elena Marengo). En Teun van Dijk (compilador), *El discurso como interacción social*. Barcelona: Editorial Gedisa, pp. 367-404.

García Negroni, María Marta & Zoppi Fontana, Mónica Graciela (1992). *Análisis lingüístico y discurso político. El poder de enunciar*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Gardin, Bernard (1976). Discours patronal et discours syndical. *Langages*, n° 41, pp. 13-46.

Gobin, Corinne (2011). Des principales caractéristiques du discours politique contemporain. En *Semen* n° 30, [*en línea*, consultado el 6 de agosto de 2011] URL: <http://semen.revues.org/2410>.

Guespin Louis (1971). Problématique des travaux sur le discours politique. *Langages*, n° 23, pp. 3-24.

—— (1976). Introduction: types de discours ou fonctionnements discursifs? *Langages*, n° 41, pp. 3-12.

Guilhaumou, Jacques (1989). *La langue politique et la révolution française. De l'événement à la raison linguistique*. París: Méridiens Klincksieck.

Goldman, Noemí (1989). *El discurso como objeto de la historia. El discurso político de Mariano Moreno*. Buenos Aires: Librería Hachette.

Gutiérrez Vidrio, Silvia (2005). *Discurso político y argumentación. Ronald Reagan y la ayuda a la "contra"*. México: UAM-X.

Laclau, Ernesto (2006). *La razón populista* (Trad. de Soledad Laclau). México: Fondo de Cultura Económica.

Lamizet, Bernard (2002). Semiótica de lo político. *deSignis*, 2, pp. 97-107.

Latour, Bruno (2002). Si l'on parlait un peu politique? *Politix*, n° 58, pp. 143-165.

_____ (2006). Petite philosophie de l'énonciation. *Texto! Textes & Cultures* [en línea], vol. XI, n°2. Disponible en <http://www.revue-texto.net/Inedits/Latour_Enonciation.html> [consulta: 18 de julio de 2011].

Le Bart, Christian (2003). L'analyse du discours politique: de la théorie des champs à la sociologie de la grandeur. *Mots. Les langages du politique*, n° 72, pp. 97-109.

_____ (2005). Les métaphores en politique. En Robert-Demontrond, P. (ed.), *L'importation de concepts*. Rennes: Apogee, pp. 269-286.

Maingueneau, Dominique (2010). Le discours politique et son *environnement*. En *Mots. Les langages du politique*, n° 94, pp. 85-90.

Marchand, Pascal & Monnoyer-Smith, Laurence (2000). Les discours de politique générale français: la fin des clivages idéologiques? En *Mots. Les langages du politique*, n° 62,1, pp. 13-30.

Meyer, Michael (2003). Entre la teoría, el método y la política: la ubicación de los enfoques relacionados con el ACD. En Ruth Wodak y Michael Meyer (compiladores), *Métodos de análisis crítico del discurso* (Trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar). Barcelona: Editorial Gedisa, pp. 35-59.

Narvaja de Arnoux, Elvira (2006). *Análisis del discurso. Modos de abordar materiales de archivo*. Buenos Aires: Santiago Arcos editor.

_____ (2008). *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Olivera, Guillermo (2002). Revisitando el síntoma del populismo: lógica discursiva, operaciones retóricas y dimensión mediática de la política latinoamericana. En *deSignis* n° 2, pp. 67-79.

Raiter, Alejandro (1999). *Lingüística y política*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Vázquez Villanueva, Graciana (2006). *Revolución y discurso. Un portavoz para la integración hispanoamericana: Bernardo Monteagudo (1809-1825)*. Buenos Aires: La isla de la luna.

Valdettaro, Sandra (1997). Opinión pública y escenarios mediales: últimas mutaciones. En *La trama de la comunicación*, n° 2, pp. 75-81.

Verón, Eliseo (1987). La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política. En AA.VV., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette, pp. 12-26.

_____ (1999). “La gente”. En *Efectos de agenda*. Barcelona: Gedisa, pp. 113-115.

_____ (2002). Mediatización de la política: discursos en conflicto, cruces y distinciones. En *deSignis*, 2, pp. 367-377.

Wodak, Ruth (2003). De qué trata el análisis crítico del discurso (ACD). Resumen de su historia, sus conceptos fundamentales y sus desarrollos. En Ruth Wodak y Michael Meyer (compiladores), *Métodos de análisis crítico del discurso* (Trad. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar). Barcelona: Editorial Gedisa, pp. 17-34.

Wodak, Ruth & de Cillia, Rudolf (2007). Commemorating the past: the discursive construction of official narratives about the Rebirth of the Second Austrian Republic. En *Discourse & Communication*, 1 (3), pp. 337–363.

Zoppi Fontana, Mónica (1997). *Cidadãos modernos. Discurso e representação política*. San Pablo: Editora da UNICAMP.

Estudios políticos y discursivos sobre el peronismo, el kirchnerismo y el pasado reciente

Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Aboy Carles, Gerardo & Semán, Pablo (2006). Repositionnement et distance du populisme dans le discours de Néstor Kirchner. En Corten, A., Molina, V. y Girard-Lemay, J. (dir.), *La frontières du politique en Amérique latine: Imaginaires et émancipation*. París: Karthala, pp. 185-202.

Barros, Sebastián (2006). Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista. En *Confines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, n° 3, pp. 65-73.

Biglieri, Paula (2008). El retorno del pueblo argentino: entre la autorización y la asamblea. Barrios de pie en la emergencia de la era kirchnerista. En *Villa Libre, Cuadernos de estudios sociales urbanos*, n° 2, pp. 109-132.

Bonnet, Alberto (2007). *Kirchnerismo: el populismo como farsa*. Mimeo.

Borón, Atilio (2005). Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner. En *Periferias* (CLACSO), n° 12, pp. 45-61.

Calcagno, Alfredo E. & Calcagno, Alfredo F. (1995). *El universo neoliberal. Recuento de sus lugares comunes*. Buenos Aires: Alianza Editorial.

Canelo, Paula (2011). “Son palabras de Perón”. Continuidades y rupturas discursivas entre peronismo y menemismo. En Pucciarelli, A. (coord.), *Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, pp. 71-112.

Fair, Hernán (2009). Los dispositivos de la enunciación menemista y la tradición peronista. Un análisis desde la dimensión ideológica. En *Signa, revista de la Asociación Española de Semiótica*, n° 18, pp. 251-283.

Feinmann, José Pablo (1974). *El peronismo y la primacía de la política*. Buenos Aires: Editorial Cimarrón.

González, Horacio (2011). *Kirchnerismo: una controversia cultural*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Malamud, Andrés & De Luca, Miguel (2011). *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: Eudeba.

Montero, Ana Soledad (2007). Memorias discursivas de los setenta y ethos militante en la retórica kirchnerista. En *Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

____ (2008). Interrogación, polifonía, y ethos militante. Evocaciones de la “memoria discursiva militante peronista” en el discurso presidencial argentino (2003-2007). En *Actas del III Simposio Internacional sobre Análise do Discurso. Emoções, Ethos e Argumentação*. Belo Horizonte: UFMG.

____ (2012). *¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007)*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.

Novaro, Marcos (2006). Izquierda y populismo en la política argentina. En Pérez Herrero, P. (Comp.), *La izquierda en América Latina*. Madrid: Instituto Universitario Ortega y Gasset, pp. 115-190.

- _____ (2010). *Historia de la Argentina 1955-2010*. Siglo XXI editores.
- _____ (2011). La cultura política y el sentido común bajo el kirchnerismo. En Malamud, A. & De Luca, M. (coordinadores), *La política en los tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: EUDEBA, pp. 129- 140.
- Ollier, María (2010). Kirchner al poder institucional e informal. En *Temas y debates*, n° 20, pp. 39-58.
- Orjuela, Luis (2007). La compleja y ambigua repolitización de América Latina. *Colombia Internacional*, n° 66, pp. 16-35.
- Portantiero, Juan Carlos (1995). Menemismo y peronismo: continuidad y ruptura. En Borón, A., et al., *Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones El cielo por asalto.
- Raiter, Alejandro (2009). "Hablo y entiendan": creencias, presuposición e interdiscurso en los actos de Cristina Fernández de Kirchner. En *Oralia*, n° 12, pp. 73-96.
- Rinesi, Eduardo (2011). Notas para una caracterización del kirchnerismo. En *Debates y Combates*, n° 1, pp. 141-172.
- Romero, Luis Alberto (2012). *Breve historia contemporánea de la Argentina 1916-2010*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Sigal, Sivia & Verón, Eliseo (1988). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires. Hyspamérica Ediciones.
- Slipak, Daniela (2005). Más allá y más acá de las fronteras políticas: apuestas de reconstrucción del vínculo representativo en el discurso kirchnerista. En *Actas de las III Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.
- _____ (2007). (Re)fundación, Estado y Nación: ecos del discurso peronista en el campo de la comunicación política post-crisis (2002-2004). En *Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.
- Svampa, Maristella (2007). Las fronteras del Gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo. En *Cuadernos del CENDES*, vol. 24, n° 65, pp. 39-61.
- Tonelli, Luis (2011). Prólogo. En Malamud, A. & De Luca, M. (coordinadores), *La política en los tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: EUDEBA, pp. 9-14.
- Zelaznik, Javier (2011). "Las coaliciones kirchneristas". En Malamud, A. & De Luca, M. (coordinadores), *La política en los tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: EUDEBA, pp. 95-104.

Estudios sobre teoría política

Agamben, Giorgio (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (Trad. de Antonio Gimeno). Valencia: Pretextos.

_____ (2001). *Medios sin fin. Notas sobre la política* (Trad. de Antonio Gimeno). Valencia: Pretextos.

Badiou, Alain (2007). *Manifiesto por la filosofía* (Trad. de Victoriano Alcantud). Buenos Aires: Nueva Visión.

Balibar, Étienne (2004). *Derecho de ciudad. Cultura y política en democracia*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Castoriadis, Cornelius (1993). *El mundo fragmentado. Encrucijadas del laberinto III*. Buenos Aires: Editorial Altamira.

_____ (2007). *La institución imaginaria de la sociedad* (Trad. de Antoni Vicens). Buenos Aires: Tusquets.

Donzelot, Jacques (2007). *La invención de lo social. Ensayo sobre la declinación de las pasiones políticas* (Trad. de Heber Cardoso). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Esposito, Roberto (2006). *Categorías de lo impolítico* (Trad. de Roberto Raschella). Buenos Aires: Katz.

Foucault, Michel (1990). *Omnes et singulatim: hacia una crítica de la “razón política”*. En *Tecnologías del yo y otros textos afines* (Trad. de Mercedes Allendesalazar). Barcelona Ediciones Paidós Ibérica / I.C.E.-U.A.B., pp. 95-140.

_____ (1992). *Microfísica del poder* (Trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez Uría). Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.

_____ (1997 [1966]). *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas* (Trad. de Elsa Frost). México: Siglo XXI Editores.

_____ (1998a). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (Trad. de Aurelio Garzón). México: Siglo XXI Editores.

_____ (1998b). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber* (Trad. de Ulises Guñazú). México: Siglo XXI.

_____ (2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)* (Trad. de Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Friedman, Milton (1982). *Capitalism and Freedom*. Chicago: University of Chicago Press.

Gramsci, Antonio (1984). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* (Trad. de José Aricó). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Habermas, Jurgen & Rawls, John (1998). *Debate sobre el liberalismo político* (Trad. de Gerard Vilar) Barcelona: Paidós.

Hardt, Michael & Negri, Toni (2002). *Imperio* (Trad. de Alcira Bixio). Buenos Aires: Paidós.

Jameson, Fredric (1995). *La estética geopolítica. Cine y espacio en el sistema mundial* (Trad. de Noemí Sobregués y David Cifuentes). Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

Lacan, Jacques (1987). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (Trad. de Armando Suárez). Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 565-626

_____ (1997). “La agresividad en psicoanálisis”. En *Escritos 1* (Trad. de Armando Suárez). México: Siglo XXI, pp. 94-116.

Laclau, Ernesto & Mouffe, Chantal (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lacoue-Labarthe, Philippe & Nancy, Jean-Luc (1997). *Retreating the Political*. Nueva York: Routledge.

Lefort, Claude (1991). *Ensayos sobre lo político* (Trad. de Emmanuel Carballo). Guadalajara: Editorial Universidad de Guadalajara.

Luhmann, Niklas (2000). *Die Politik der Gesellschaft*. Frankfurt: Suhrkamp.

Marchart, Oliver (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau* (Trad. de Marta Álvarez). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Milner, Jean-Claude (1999). La visión política del mundo. En *Los nombres indistintos* (Trad. de Irene Agoff). Buenos Aires: Ediciones Manantial, pp. 79-90.

Monod, Jacques (1993). *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna* (Trad. de Francisco Ferrer Lerín). Barcelona: Planeta-Agostini.

Mouffe, Chantal (2007). *En torno a lo político* (Trad. de Soledad Laclau). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Rancière, Jacques (2007). *El desacuerdo. Política y filosofía* (Trad. de Horacio Pons). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

_____ (2010). *El espectador emancipado* (Trad. de Ariel Dillon). Buenos Aires: Ediciones Manantial.

_____ (2011). *En los bordes de lo político* (Trad. de Alejandro Madrid). Buenos Aires: Ediciones La Cebra.

Ricœur, Paul (1990). *Historia y verdad* (Trad. de Alfonso Ortiz). Madrid: Encuentro.

Rosanvallon, Pierre (2007). *La contrademocracia. La política en la era de la desconfianza* (Trad. de Gabriel Zadunaisky). Buenos Aires: Ediciones Manantial.

_____ (2012). *La sociedad de iguales* (Trad. de Víctor Goldstein). Buenos Aires: Ediciones Manantial.

Sartori, Giovanni (1989). *Teoría de la democracia*. México: Alianza Editorial.

Schmitt, Carl (2006 [1932]). *Concepto de lo político* (Trad. de Francisco Conde). Buenos Aires: Editorial Struhart & Cia.

Stavrakakis, Yannis (2007). *Lacan y lo político* (Trad. Luis Barbieri). Buenos Aires: Prometeo Libros.

Tenzer, Nicolas (1999). *Filosofía política* (Trad. de Héctor Tovar). Buenos Aires: Editorial Docencia.

Torres Nafarrate, Javier (2009). *Niklas Luhmann: la política como sistema*. México: Universidad Iberoamericana.

Virno, Paolo (2008). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas* (Trad. de Adriana Gómez). Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Wittgenstein, Ludwig (2002 [1953]). *Investigaciones filosóficas* (Trad. de Alfonso García Suárez y Ulises Moulines). Barcelona: Editorial Crítica.

Wolin, Sheldon (1960). *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* (Trad. de Ariel Bignami). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Žižek, Slavoj (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política* (Trad. de Jorge Piatigorsky). Buenos Aires: Editorial Paidós.

Žižek, Slavoj (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales* (Trad. de Antonio Antón Fernández). Buenos Aires: Editorial Paidós.

Estudios sobre la memoria y la utopía

Bertrand, Pierre (1977). *El olvido: revolución o muerte de la historia* (Trad. de Tununa Mercado). México: Siglo XXI editores.

Burello, Marcelo (2010). “Mesianismo” y “Bicentenario”: uso y abuso. En *Pensamiento de los confines*, n° 26, pp. 62-66.

Courtine, Jean-Jacques (1994). Le tissu de la mémoire: quelques perspectives de travail historique dans les sciences du langage. En *Langages*, vol. 28, n° 114, pp. 5-12.

Colombo, Eduardo (1989). *El imaginario social* (Trad. de Bernard Weigel). Montevideo: Tupac ediciones – Editorial Nordan.

Comparato, Vittor (2006). *Utopía. Léxico de política* (Trad. de Heber Cardoso). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Halbwachs, Maurice (2011[1950]). *La memoria colectiva* (Trad. de Federico Balcarce). Buenos Aires: Miño y Dávila editores.

Huyssen, Andreas (2007). *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización* (Trad. de Silvia Fehrmann). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Jelin, Elizabeth (2007). La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado. En M. Franco y F. Levín (eds.). *La historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Trad. de Norberto Smilg). Barcelona: Paidós.

LaCapra, Dominick (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma* (Trad. de Elena Marengo). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Lesgart, Cecilia (2006). Luchas por los sentidos del pasado y el presente. Notas sobre la reconsideración actual de los años '70 y '80. En Quiroga, H. & Tcach, C. (comps.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. Rosario: Homo Sapiens, pp. 167-198.

Longoni, Ana (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma.

Lowenthal, David (1985). *The past is a foreign country*. Cambridge: CUP.

Malidier, Denise & Guilhaumou, Jacques (1994). La mémoire et l'événement: le 14 juillet 1789. En *Langages*, vol. 28, n° 114. pp. 109-125.

Milner, Jean-Claude (2006). El material del olvido. En Yerushalmi, Y. *et al.*, *Usos del olvido. Comunicaciones al coloquio de Royaumont* (Trad. de Irene Agoff). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, pp. 67-78.

Montesperelli, Paolo (2005). *Sociología de la memoria* (Trad. de Heber Cardoso). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Moreau, Pierre-François (1986). *La utopía. Derecho natural y novela del Estado* (Trad. de Irma Cuña de Silberstein). Buenos Aires: Hachette.

Ricœur, Paul (2000). *La memoria, la historia, el olvido* (Trad. de Agustín Neira). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

_____ (2006). *Ideología y utopía* (Trad. de Alcira Bixio). Barcelona: Gedisa editorial.

Robin, Régine (2012). *La memoria saturada* (Trad. de Víctor Goldstein). Buenos Aires: Waldhuter Editores.

Rossi, Paolo (2003). *El pasado, la memoria, el olvido. Ocho ensayos de historia de las ideas* (Trad. de Guillermo Piro). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Todorov, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria* (Trad. de Miguel Salazar). Buenos Aires: Paidós.

Tournier, Maurice (1993). Utopie, ce lieu de nulle part qui est à tous et à personne. En *Mots. Les langages du politique*, vol. 35, n° 1, pp. 114 -120.

Vattimo, Gianni (1989). El imposible olvido. En Yerushalmi, Y. *et al.*, *Los usos del olvido* (Trad. de Irene Agoff). Buenos Aires: Nueva visión, pp. 79 – 90.

Vezzetti, Hugo (1994). La memoria y los muertos. En *Punto de Vista* n° 49, pp. 1-4.

_____ (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

White, Hayden (1998). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (Trad. de Stella Mastrangelo). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Estudios sobre las emociones

Angenot, Marc (2008). Le ressentiment: raisonnement, pathos, idéologie. En Rinn, M. (dir.), *Émotions et Discours. L'usage des passions dans la langue*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 83-97.

Berlant, Lauren (2011). *El corazón de la nación. Ensayos sobre política y sentimentalismo* (Trad. de Victoria Schussheim). México: FCE.

Bodei, Remo (1995). *Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza, felicidad: filosofía y uso político* (Trad. de Isidro Rosas). México: FCE.

Charaudeau, Patrick (2011). Las emociones como efectos del discurso, en *Versión*, n° 26, pp.97-118.

Descartes, René (1997). *Las pasiones del alma* (Trad. de José Martínez Martínez). Madrid: Editorial Tecnos.

Durkheim, Émile (2004 [1897]). *El suicidio*. Madrid: Editorial Losada.

Elias, Norbert (1989 [1939]). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (Trad. de Ramón García Cotarelo). México: Fondo de Cultura Económica.

Elster, Jon (1995). Rationalité, émotions et normes sociales. En P. Paperman & R. Ogien (dirs.), *Raisons Pratiques, 6, La couleur des pensées*, pp.34-35.

Foucault, Michel (2009). *El gobierno de sí y de los otros* (Trad. de Horacio Pons). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Girardet, Raoul (1999). *Mitos y mitologías políticas* (Trad. de Horacio Pons). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Greimas, Algirdas & Fontanille, Jacques (1994). *Semiótica de las pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo* (Trad. de Gabriel Hernández y Roberto Flores). México: Siglo XXI Editores-BUAP.

Gutiérrez Vidrio, Silvia & Plantin, Christian (2010). Argumentar por medio de las emociones: La campaña del miedo del 2006. En *Versión*, n° 24, pp. 41-69.

Hansbergh, Olbeth (1996). *La diversidad de las emociones*. México: FCE.

Haroche, Claudine (2009). *El porvenir de la sensibilidad. Los sentidos y los sentimientos en cuestión* (Trad. de María Di Battista). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Kerbrat-Orecchioni, C. (2000): Quelle place pour les émotions dans la linguistique du XXe siècle ? Remarques et aperçus. En M. Doury, Ch. Plantin, V. Traverso (Eds.), *Les émotions dans les interactions*. Lyon: Presses Universitaires de Lyon, pp. 33-74.

Lacan, Jacques (1986). *El seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

_____ (1987). La dirección de la cura y los principios de su poder. En *Escritos 2* (Trad. de Armando Suárez). Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 565-626.

_____ (1997). La agresividad en psicoanálisis. En *Escritos 1* (Trad. de Armando Suárez). México: Siglo XXI, pp. 94-116.

Le Breton, David (2009). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones* (Trad. de Horacio Pons). Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Lipovetski, Gilles (2003). *La era del vacío: Ensayo sobre el individualismo contemporáneo* Trad. de Joan Vinyoli). Barcelona: Editorial Anagrama

Meyer, Michel (2013). *Principia Rhetorica. Una teoría general de la argumentación* (Trad. de Irene Agoff). Buenos Aires: Amorrortu editores.

Micheli, Raphaël (2008). La construction argumentative des émotions: pitié et indignation dans le débat parlementaire de 1908 sur l'abolition de la peine de mort. En En Rinn, M. (dir.), *Émotions et Discours. L'usage des passions dans la langue*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes, pp. 127-140.

Mongin, Olivier (1993). *El miedo al vacío. Ensayo sobre las pasiones democráticas* (Trad. de Marcos Mayer). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Nussbaum, Martha (1995). Les émotions comme jugement de valeur. En P. Paperman & R. Ogien (dirs.), *Raisons Pratiques, 6, La couleur des pensées*. París: EHESS, pp. 24.

Papermann, P. (1995). L'absence d'émotion comme offense. En P. Paperman & R. Ogien (dirs.), *Raisons Pratiques, 6, La couleur des pensées*. París: EHESS, pp. 24.

Parret, Herman (1995a). *Las pasiones. Ensayo sobre la puesta en discurso de la subjetividad* (Trad. de Jacqueline Donoyan). Buenos Aires: EDICIAL.

_____ (1995b). *De la semiótica a la estética. Enunciación, sensación, pasiones* (Trad. de Fernando Andacht et al.). Buenos Aires: EDICIAL.

Plantin, Christian (2011). *Les bonnes raisons des émotions. Principes et méthode pour l'étude du discours émotionné*. Berna: Peter Lang.

Rosa, Nicolás (2006). *Relatos críticos. Cosas, animales, discursos*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Soler, Colette (2011). *Los afectos lacanianos* (Trad. de Agustín Kripper). Buenos Aires: Letra Viva.

Verón, Eliseo (1988). *Cuerpo significante*. En Rodríguez Illera, J. (comp.), Educación y comunicación. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, pp. 41-61.

Weber, Max (1997 [1901]). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (Trad. de Luis Legaz). Barcelona: Ediciones Península.

Wollheim, Richard (2006). *Sobre las emociones. Conferencias Ernst Cassirer 1991* (Trad. de Gema Facal Lozano). Madrid: Antonio Machado Libros.
